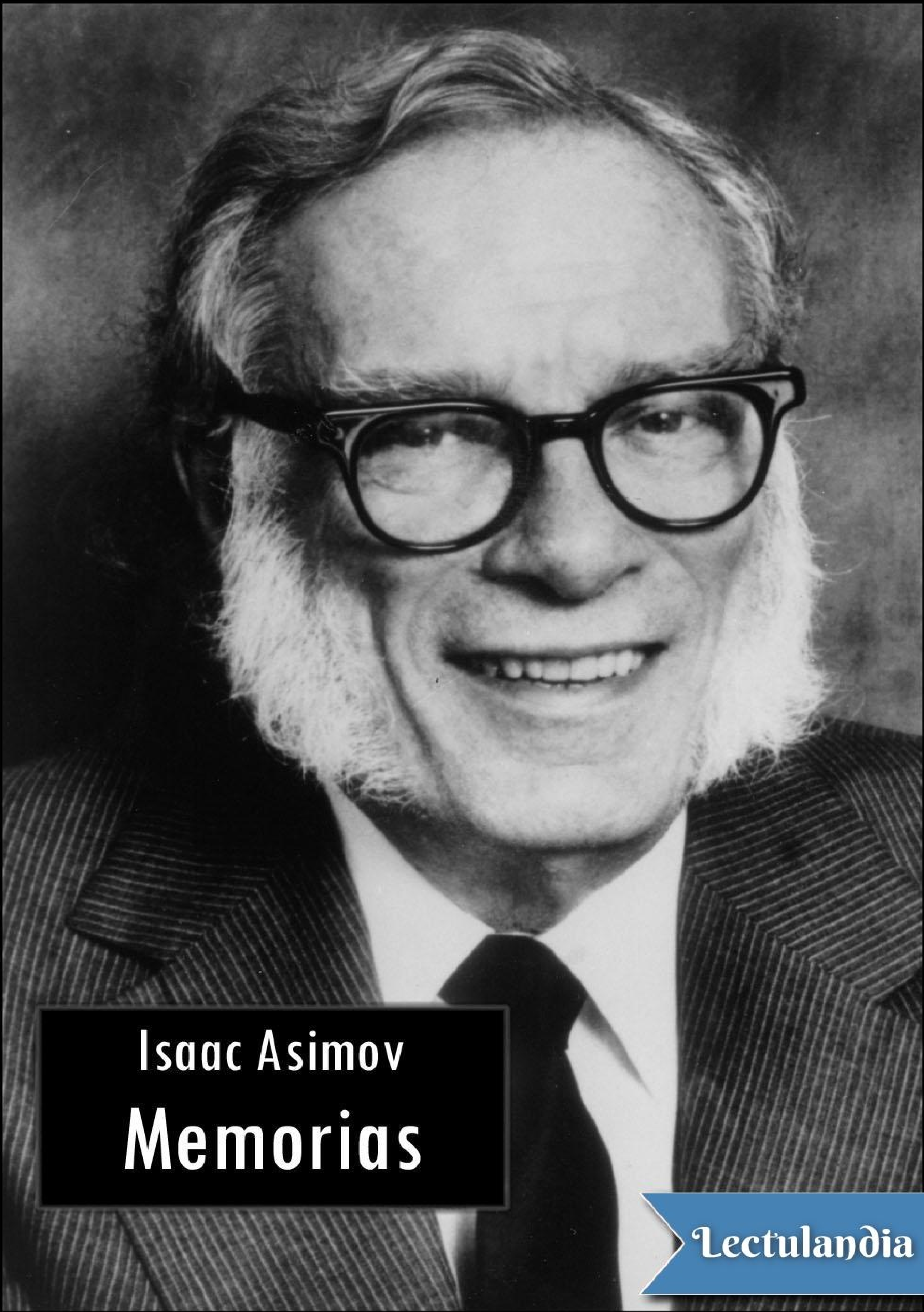


Isaac Asimov

Memorias

Encerrado en la habitación de un hospital y a sabiendas de que sus días estaban contados, Isaac Asimov decidió dejar de lado la astronomía, la bioquímica y la ciencia ficción para dedicarse al tema que más le interesaba: su vida. Nació así un autorretrato de pincelada fina, donde destaca la figura de un genio que fue niño prodigio y ya desde la infancia desarrolló las dotes que harían de él el gran humanista del siglo xx: una curiosidad infatigable, un saber aparentemente sin límites, una extraordinaria capacidad de comunicación y una dedicación incansable a la propia obra, que se cifraría en más de 470 textos publicados. Estas *Memorias* —por donde desfilan personajes de la talla de Arthur C. Clarke, Frederik Pohl, Ben Bova y Robert Silverberg— no se limitan a los perfiles del personaje público; en ellas oímos también la voz más íntima de Asimov, que con aguda ironía va desgranando sus opiniones acerca de amigos y enemigos, sin dejar de lado unas sabrosas anécdotas sobre su vida de marido y padre. El resultado de esta última entrega del gran autor es un documento único, insólito y tan apasionante como la mejor de sus novelas.

> *Confío y espero que, tras leer estas Memorias, el lector llegue a conocerme de verdad, y cabe incluso que yo llegue a gustarle. Esto me encantaría.*
>
> Isaac Asimov

Isaac Asimov

Memorias

Yo, Asimov

ePUB v1.1
ECairn 08.02.12

Título original: *I, Asimov*
Año de publicación: 1994
Traducción: Teresa de León

Dedicada a mi querida esposa Janet,
mi compañera de vida y pensamiento

Introducción

En el año 1977 escribí mi autobiografía. Como trataba mi tema favorito, escribí extensamente y terminé con 640.000 palabras.

Dado que Doubleday siempre se porta maravillosamente bien conmigo, la publicaron entera, pero en dos volúmenes. El primero fue *In memory yet green* (1979) y el segundo *In joy still felt* (1980). Juntas describen los primeros cincuenta y siete años de mi vida con bastante detalle.

He llevado una existencia tranquila y no hay demasiadas cosas excitantes que contar, así que, aunque lo compensé con lo que consideré un estilo literario atractivo (nunca me preocupo por la falsa modestia, como pronto descubrirá el lector), su publicación no fue un acontecimiento literario. Sin embargo, algunos miles de personas disfrutaron leyéndola, y periódicamente me preguntan si continuaré con la historia.

Mi respuesta siempre es:

—Primero tengo que vivirla.

Pensaba que debía esperar hasta el simbólico año 2000 (que siempre ha sido tan importante para los escritores de ciencia ficción y para los futuristas) para escribirla. Pero para entonces tendré ochenta años y es posible que no pueda hacerlo.

Cuando, justo antes de mi septuagésimo cumpleaños, sufrí una enfermedad bastante grave, mi querida esposa Janet me dijo muy seria:

—Empieza ese tercer volumen ahora.

Protesté sin mucha convicción y le dije que en los últimos doce años mi vida se había vuelto más tranquila que nunca. ¿Qué podía contar?

Me hizo ver que los dos primeros volúmenes de mi autobiografía eran estrictamente cronológicos. Contaban los acontecimientos en un orden preciso y ajustados al calendario (gracias a un diario que siempre he llevado desde que cumplí los dieciocho, por no hablar de mi magnífica memoria) y no decían casi nada sobre mi yo íntimo.

Me dijo que quería algo diferente para mi tercer volumen. Quería una retrospección en la que los acontecimientos ocuparan un segundo plano frente a mis pensamientos, mis reacciones, mi filosofía de la vida y demás cosas de índole personal.

Dije, todavía menos convencido:

—¿A quién le va a interesar eso?

Y respondió con más firmeza y mucha menos falsa modestia:

—¡A todo el mundo!

No creo que tenga razón, aunque quién sabe, así que voy a intentarlo. No voy a empezar donde terminó el segundo volumen. En realidad sería peligroso hacerlo. Los

primeros dos volúmenes están agotados y mucha gente que comprara este libro y le pareciera interesante (cosas más raras han sucedido) no podría encontrar los otros dos, ni encuadernados con cubiertas blandas ni con tapas, y podría molestarse conmigo.

Así que lo que voy a hacer es describir toda mi vida como un modo de presentación de mis ideas y convertirlo en una autobiografía independiente. No entraré en el tipo de detalles en los que entré en los dos primeros volúmenes. Lo que intento es dividir el libro en numerosos capítulos, cada uno de los cuales tratará de alguna fase distinta de mi vida o alguna persona que tuvo gran influencia en mí, y llegaré tan lejos como considere necesario, hasta el presente si hace falta.

Confío y espero que, de esta manera, el lector llegue a conocerme de verdad y, quien sabe, incluso puede que llegue a gustarle. Esto me encantaría.

1. ¿Niño prodigio?

Nací en Rusia el 1 de enero de 1920, pero mis padres emigraron a Estados Unidos, adonde llegaron el 23 de febrero de 1923. Esto quiere decir que he sido estadounidense por ambiente (y, cinco años después, en septiembre de 1928, por nacionalidad) desde que tenía tres años.

No recuerdo prácticamente nada de mis primeros años en Rusia; no hablo ruso y no conozco (más de lo que cualquier norteamericano inteligente pueda conocer) la cultura rusa. Soy completamente estadounidense de educación y sentimientos.

Pero si ahora intento hablar de mí cuando tenía tres años y de los años inmediatamente posteriores, que sí recuerdo, voy a tener que hacer afirmaciones que después llevan a algunas personas a acusarme de ser "egoísta", "vanidoso" o "engreído". O, si son más dramáticos, dicen que tengo "un ego del tamaño del Empire State".

¿Qué puedo hacer? No hay duda de que las afirmaciones que hago parecen indicar que tengo una gran opinión de mí mismo, pero sólo respecto a cualidades que, en mi opinión, merecen admiración. También tengo muchas carencias y defectos que admito sin reparos, pero nadie parece darse cuenta de ello.

En todo caso, cuando afirmo algo que yo creo realmente cierto, me niego a admitir la acusación de vanidad hasta que se pueda probar que lo que digo no es verdad.

Así que, después de inspirar profundamente, diré que fui un niño prodigio.

Que yo sepa, no hay una buena definición de niño prodigio. El *Oxford English Dictionary* lo describe como "un niño de genialidad precoz". Pero, ¿cómo de precoz?, ¿cómo de genial?

Habrá oído hablar de niños que leen a los dos años, aprenden latín a los cuatro o ingresan en Harvard a los doce. Supongo que todos ellos son, sin duda, niños prodigio, aunque yo no lo fui de esta manera.

Supongo que si mi padre hubiera sido un intelectual norteamericano, rico y con importantes conocimientos clásicos o científicos, y además hubiese descubierto en mí un posible candidato al prodigio, entonces podría haberme orientado y habría conseguido algo así de mi. Todo lo que puedo hacer es dar las gracias al destino que ha guiado mi vida e impidió que esto ocurriera.

Un niño obligado a aprender, forzado sin descanso al límite de su capacidad, podría derrumbarse sometido a tanta tensión. Pero mi padre era un pequeño tendero sin ningún conocimiento de la cultura americana, sin tiempo para orientarme por ningún camino y sin capacidad para ello, aunque hubiese tenido tiempo. Lo único que podía hacer era animarme a que sacara buenas notas en la escuela, lo que, de todas maneras, yo ya estaba decidido a hacer.

En otras palabras, las circunstancias se aliaron para permitirme encontrar mi propio nivel de satisfacción, que resultó ser bastante prodigioso a todos los efectos, y mantuvieron la presión a un nivel bastante razonable, permitiéndome avanzar con rapidez sin ninguna sensación de esfuerzo. Así es como he mantenido mi "prodigiosidad" durante toda mi vida.

De hecho, cuando me preguntan si he sido un niño prodigio (y lo hacen con una frecuencia asombrosa), me he acostumbrado a responder: "Sí, y en realidad sigo siéndolo".

Aprendí a leer antes de ir a la escuela. Incitado por el descubrimiento de que mis padres todavía no sabían leer inglés, me dediqué a pedir a los niños mayores del barrio que me enseñaran el alfabeto y cómo se pronunciaba cada letra. Después empecé a pronunciar todas las palabras que encontraba en los rótulos y en cualquier otra parte y así aprendí a leer casi sin ayuda de nadie.

Cuando mi padre descubrió que su hijo podía leer antes de llegar a la edad escolar y que, además, el aprendizaje había sido por propia iniciativa, se quedó asombrado. Ésta debió de ser la primera vez que empezó a sospechar que yo era poco común. (Siguió pensándolo toda su vida, aunque nunca evitó criticarme por mis numerosas equivocaciones.) Al darme cuenta de que él pensaba que yo era poco común, y fue muy claro respecto a esto, yo mismo empecé a sospechar que lo era.

Supongo que debe de haber muchos niños que aprendieron a leer antes de ir a la escuela. Yo enseñé a mi hermana a leer antes de que fuera a la escuela, por ejemplo, pero fui yo quien le enseñé. A mí no me enseñó nadie.

Cuando por fin inicié el primer grado en septiembre de 1925, me asombraba de que los otros niños tuvieran problemas con la lectura. Todavía me extrañaba más el que, después de que les explicaran algo, lo olvidaran y necesitaran que se lo volvieran a explicar una y otra vez.

Creo que muy pronto observé que yo sólo necesitaba que me lo dijeran una vez. No me di cuenta de que mi memoria era extraordinaria hasta que descubrí que la de mis compañeros de clase no lo era. Debo rechazar totalmente que tenga una "memoria fotográfica". Los que me admiran más de lo que merezco me acusan de ello, pero siempre digo que "sólo tengo una memoria casi fotográfica".

En realidad, poseo una memoria normal para las cosas que no me parecen especialmente interesantes, incluso puedo ser culpable de errores llamativos cuando la abstracción se apodera de mí. (Soy capaz de abstraerme por completo.) En cierta ocasión, me quedé mirando a mi preciosa hija Robyn, sin reconocerla, porque no esperaba verla allí y sólo me daba cuenta de que su cara me resultaba vagamente familiar. Robyn no se sintió dolida en absoluto, ni siquiera sorprendida, se volvió hacia una amiga que estaba a su lado y le dijo:

—Ves, te dije que si me quedaba aquí sin decir nada, no me reconocería.

Para las cosas que me interesan, y hay muchas, tengo una memoria prácticamente instantánea. En cierta ocasión en que me hallaba fuera de la ciudad, mi primera mujer, Gertrude, y su hermano, John, estaban discutiendo y mandaron a la pequeña Robyn, que tenía por aquel entonces unos diez años, a mi despacho a buscar el volumen pertinente de la *Encyclopaedia Britannica* para hallar la solución.

Robyn fue a buscarlo mientras murmuraba:

—Ojalá papá estuviera en casa. Sólo tendríais que preguntárselo.

No obstante todo tiene sus pros y sus contras. Fui agraciado con una maravillosa memoria y una comprensión rápida desde muy pequeño, pero no se me dotó de mucha experiencia ni de una profunda visión de la naturaleza humana. No me di cuenta de que otros niños no iban a apreciar que supiera más cosas y que pudiera aprender con más rapidez que ellos.

(Me pregunto por qué quien demuestra una capacidad atlética superior es admirado por sus compañeros de clase, mientras que quien demuestra una capacidad intelectual superior es casi odiado. ¿Hay algún convencimiento oculto de que es el cerebro y no los músculos lo que define al ser humano y de que los niños que no son buenos en deportes simplemente no son buenos, mientras que los que no son inteligentes se sienten infrahumanos? No lo sé.)

El problema era que no intentaba ocultar mi capacidad intelectual. La demostraba todos los días en clase y nunca, nunca jamás pensé en ser "modesto" respecto a esto. En todo momento hacía alarde de mi brillantez con alegría y ya puede usted adivinar el resultado.

Las consecuencias fueron inevitables puesto que yo era bajito y débil para mi edad, y más joven que cualquiera de la clase (hasta dos años y medio más joven debido a que me adelantaban de clase periódicamente y, a pesar de todo, seguía siendo el "niño listo").

Me convertí en el objeto de todas las burlas, desde luego que sí.

Al cabo del tiempo me habitué y lo entendí, pero me costó varios años aceptarlo, porque no podía soportar ocultar mi brillantez a los ojos de los demás. En realidad, fui objeto de burlas, con una intensidad cada vez menor, hasta después de los veinte. (Pero no lo convertiré en algo peor de lo que fue realmente. Nunca fui agredido físicamente. Simplemente se burlaban de mí, me ridiculizaban y era excluido de su círculo. Todo ello se podía soportar con una razonable serenidad.)

No obstante, con el tiempo, aprendí. No se puede ocultar el hecho de que soy poco común, y menos si se tiene en cuenta el gran número de libros que he escrito y publicado y la enorme cantidad de temas que he tratado en estos libros; pero he aprendido a evitar presumir en mi vida diaria. He aprendido a "desconectar" y a ponerme a la altura de los demás.

Gracias a ello tengo muchos amigos que me tratan con el mayor afecto y por los

que siento, a mi vez, un gran cariño.

Ojalá al menos un niño prodigio pudiera ser prodigioso en la comprensión de la naturaleza humana y no sólo en memoria y rapidez mental. Pero no todo es innato. Los aspectos más importantes de la vida se desarrollan poco a poco, con la experiencia, y quienes los aprendan con mayor rapidez y facilidad que yo pueden considerarse realmente afortunados.

2. Mi padre

Mi padre, Judah Asimov, nació en Petrovichi (Rusia) el 21 de diciembre de 1896. Era un joven brillante que recibió una educación completa dentro de los límites del judaísmo ortodoxo. Estudió con asiduidad los "libros sagrados" y dominaba el hebreo, que pronunciaba con su particular acento lituano. Años más tarde, durante nuestras conversaciones, disfrutaría citando la Biblia o el Talmud en hebreo y traduciéndolo después al yidish o al inglés para mí y comentándolo.

También adquirió conocimientos no religiosos y hablaba, leía y escribía el ruso con gran soltura, además de tener amplios conocimientos de literatura rusa. Se sabía casi de memoria los relatos de Sholem Aleichem. Recuerdo que una vez me recitó uno en yidish, idioma que entiendo.

Sabía suficientes matemáticas como para trabajar de contable con su padre en el negocio familiar. Sobrevivió a los oscuros días de la Primera Guerra Mundial sin servir, por alguna razón, en el ejército ruso. Esto fue una suerte, ya que, de haberlo hecho, probablemente hubiese muerto y yo nunca habría nacido. También sobrevivió a los desórdenes que siguieron a la guerra, y se casó con mi madre en algún momento de 1918.

Hasta 1922, a pesar de la confusión de la guerra, de la revolución y de los disturbios civiles, se las arregló bastante bien en Rusia, aunque, por supuesto, si se hubiese quedado allí quién sabe lo que nos habría ocurrido en los días, todavía más negros, de la tiranía de Stalin, la Segunda Guerra Mundial y la ocupación nazi de nuestra región natal.

Por fortuna no necesitamos hacer conjeturas porque en 1922 el hermanastro de mi madre, Joseph Berman, que había ido a Estados Unidos algunos años antes, nos invitó a ir a ese país y reunirnos con él; y mis padres, después de dolorosas reflexiones aceptaron. No fue una decisión fácil. Suponía abandonar la pequeña ciudad en la que habían vivido toda su vida, en la que tenían a todos sus amigos y parientes y dirigirse hacia una tierra desconocida.

Pero mis padres resolvieron arriesgarse y llegaron en el momento justo, ya que en 1924 se impusieron cupos de inmigración más estrictos y puede que no nos hubieran dejado entrar.

Mi padre fue a Estados Unidos con la esperanza de conseguir una vida mejor para sus hijos, y lo logró. Vivió para ver que uno de ellos se convertía en un escritor famoso, que otro llegaba a ser un periodista de éxito y que su hija gozaba de un matrimonio feliz. Pero tuvo que pagar un alto precio.

En Rusia pertenecía a una familia de comerciantes bastante próspera. En Estados Unidos se encontró sin dinero. En Rusia había sido un hombre culto, admirado por sus conocimientos por los que le rodeaban. En Estados Unidos era prácticamente

analfabeto, ya que no podía leer y ni siquiera hablar en inglés. Además, los estadounidenses, de cultura laica, no consideraban su erudición religiosa como tal. Se sintió despreciado como un inmigrante ignorante.

Todo esto lo sufrió sin una queja, ya que se concentraba por completo en mí. Yo tenía que compensarle por todo, y lo hice. Siempre le he estado muy agradecido por sus sacrificios desde que tuve edad suficiente para comprender lo que se vio obligado a hacer.

En Estados Unidos se dedicó a trabajar en todo lo que pudo: vendió esponjas de puerta en puerta, hizo demostraciones de aspiradoras, trabajó en una empresa de papeles pintados y más tarde en una fábrica de jerséis. Al cabo de tres años, había ahorrado el dinero suficiente para pagar la entrada de una pequeña tienda de caramelos, y eso aseguró nuestro futuro.

Mi padre nunca me empujó a ser un prodigio, como ya he dicho. Tampoco me castigó nunca físicamente; dejaba esto para mi madre, que lo hacía muy bien. Se contentaba con darme largas reprimendas e intentaba razonar conmigo cada vez que me comportaba mal. Creo que yo prefería los sopapos de mi madre, pero siempre supe que mi padre me quería, a pesar de que le resultaba difícil decirlo.

3. Mi madre

Se llamaba Anna Rachel Berman. Su padre fue Isaac Berman, quien murió cuando ella era joven. En su honor me pusieron su nombre.

Mi madre tenía el aspecto de una típica campesina rusa y medía poco más de metro y medio; sabía leer y escribir ruso y yidish… Y aquí tengo una queja contra mis padres. Hablaban ruso entre ellos cuando querían discutir algo sin que lo captaran mis agudos oídos. Si hubiesen sacrificado esta necesidad trivial de intimidad y me hubieran hablado en ruso, lo habría absorbido como una esponja y conocería una segunda lengua universal.

Pero no lo hicieron. Supongo que el argumento de mi padre era que quería que aprendiera inglés y que éste fuera mi idioma materno. Así, libre de las complicaciones de otro idioma, me podría convertir en un verdadero norteamericano. Pues bien, lo hice, y puesto que considero el inglés la lengua más preciosa del mundo, a lo mejor todo fue para bien.

Aparte de saber leer y escribir y poseer suficientes conocimientos de aritmética para trabajar de cajera en la tienda de su madre, mi progenitora no tenía estudios. Las mujeres judías ortodoxas simplemente no estudiaban. No sabía hebreo ni tenía conocimientos no religiosos.

Sin embargo, he oído sus comentarios despreciativos sobre la escritura en ruso de mi padre, y seguramente tenía razón. La experiencia me ha enseñado que la letra de las mujeres, por alguna razón, es más atractiva y más legible que la de los hombres. La de mi hermana, por ejemplo, hace que la mía parezca indescifrable y poco diestra. Por tanto, no me sorprendería que mi madre escribiera el ruso con más elegancia que mi padre.

La labor de mi madre en la vida se puede definir con una sola palabra: "trabajo". En Rusia había sido la mayor de muchos hermanos y tenía que ocuparse de ellos además de trabajar en la tienda de su madre. En Estados Unidos tuvo que criar a tres hijos y trabajar sin descanso en la tienda de caramelos.

Se daba perfecta cuenta de las limitaciones de su vida, de su falta de libertad. A menudo se hundía en la autocompasión y, aunque no puedo culparla por ello, frecuentemente se desahogaba conmigo. Y puesto que subrayaba que yo era parte de la culpa que tenía que soportar, me hacía sentir profundamente responsable.

Una vida tan dura hizo que tuviera un genio muy vivo y la mayoría de las veces yo pagaba los platos rotos. No niego que le diera motivos, pero me golpeaba con frecuencia y no con suavidad. Esto no quiere decir que no me quisiera con locura, porque me adoraba. Sin embargo, me hubiese gustado que lo demostrara de otra manera.

Nunca tuvo la menor oportunidad de ser una buena cocinera. Tenía que preparar

las comidas con rapidez, sobre la marcha, y atender la tienda de caramelos, así que durante toda mi juventud (en realidad hasta que me casé) comí alimentos fritos de todo tipo entre los que, de vez en cuando, aparecía algún pedazo de buey o de pollo cocido con patatas. No éramos muy aficionados a las verduras, pero sí al pan. Pero no me quejo. Me encantaba todo lo que ella nos daba.

Sin embargo, creo que la cocina de mi madre me inició en un modo de alimentación que me condujo a padecer problemas con las arterias al final de mi madurez. Por otro lado, su cocina habituó mi tubo digestivo a trabajar duro, así que desarrollé un estómago que lo digería todo.

No obstante, mi madre era hábil en algunas especialidades: rábanos rallados con cebollas y huevos duros, que eran deliciosos pero que se repetían durante una semana y obligaban a los demás a respetar la intimidad de quien los comía.

Preparaba también pies de ternera en gelatina, con cebolla y huevos duros, y quién sabe cuántas cosas más. Ese plato se llama *pchah* y preferiría esto al paraíso. Incluso después de casarme, de vez en cuando mi madre me daba un gran cuenco lleno de *pchah*, para llevar a casa. Es un gusto que se adquiere, y para mí, el día en que mi mujer, Gertrude, lo adquirió fue un día triste. El suministro se redujo de inmediato a la mitad. Recuerdo con tristeza la última vez que mi madre lo preparó.

Mi actual mujer, Janet, la más adorable del mundo, buscó afanosamente recetas y, de vez en cuando, me prepara pchah, incluso en la actualidad. Es muy bueno, pero no tanto como el de mi madre.

4. Marcia

Mi infancia transcurrió en compañía de mi hermana menor, Marcia, que nació el 17 de junio de 1922 en Rusia y que llegó con nosotros a Estados Unidos cuando tenía ocho meses. A menudo se ha quejado de que rara vez hablo de ella en mi obra, y es cierto. Pero en 1974 publiqué un libro en que la citaba y decía que había nacido en Rusia.

La llamé por teléfono para leerle el pasaje como prueba de que sí hablaba de ella algunas veces y me interrumpió inmediatamente con gritos histéricos. Le dije consternado:

—¿Qué pasa?

—Ahora todo el mundo sabrá los años que tengo —me respondió entre sollozos. (Por aquel entonces tenía cincuenta y cinco años.)

—¿Y qué? —le dije—. ¿Te van a descalificar por eso en el concurso de Miss América?

No sirvió de nada. No pude calmarla, y así es como nos hemos llevado mi hermana y yo la mayoría de las veces.

Marcia no es su nombre original. Tenía un precioso nombre ruso que no se me permite usar. Eligió ella misma Marcia más tarde y es así como tengo que llamarla.

No nos llevábamos muy bien cuando éramos niños. Esto no resulta sorprendente. ¿Por qué deberíamos haberlo hecho? Nuestras personalidades eran completamente diferentes, y si hubiésemos sido seres independientes jamás nos habríamos elegido el uno al otro como amigos. Y ahí estábamos, juntos y siempre enfadados.

Casi todo lo que uno hacía provocaba resentimiento en el otro. Una discusión pronto se convertía en una pelea a gritos, y después en berridos feroces. Las cosas podrían haber ido mejor si hubiésemos tenido unos padres que, por separado, nos hubieran escuchado con paciencia a cada uno, mientras explicábamos los graves crímenes y ofensas del otro, y después nos hubieran dado la razón de manera justa. Por desgracia, nuestros padres no tenían tiempo para eso.

Mi madre subía corriendo las escaleras desde la tienda y pronunciaba su advertencia: "Dejad de pelearos." Y después lanzaba una diatriba iracunda, en la que decía que éramos los únicos niños de la vecindad, más bien de todo el mundo, que se peleaban de manera tan escandalosa, y que los demás niños eran todo dulzura y alegría. También argumentaba que los clientes y vecinos de hasta dos manzanas alrededor nos oían y venían a la tienda a enterarse de lo que sucedía, lo que le causaba una gran vergüenza. Si no oímos ese discurso cien veces, no lo oímos ninguna. Pero no nos afectaba lo más mínimo, sobre todo porque sabíamos que otros hermanos tampoco se llevaban mejor que nosotros.

Ahora algo gracioso. Marcia recuerda que yo le enseñé a amar a Gilbert y

Sullivan y que tenía amigos del mundo de la ciencia ficción que eran interesantes y divertidos, pero no recuerda que nos peleáramos constantemente. Describe una relación idílica entre los dos, y he descubierto que esto le ocurre también a otras personas que comparten recuerdos conmigo. Vacían de contenido la memoria, construyen un cuento de hadas que nunca existió e insisten en que así es como ocurrió. A lo mejor resulta más agradable crearnos nuestro propio pasado, pero yo no puedo hacerlo. Recuerdo demasiado bien las cosas, aunque no niego que mi propio pasado sea del todo inmune a la reconstrucción. Cuando escribí mi autobiografía y consulté mi diario, estaba asombrado de las cosas que había olvidado así como de las que recordaba de forma inexacta. Sin embargo, todos eran detalles poco importantes.

Marcia era una niña inteligente. La enseñé a leer (en cierto modo en contra de su voluntad) antes de que fuera a la escuela; iba adelantada y, como yo, terminó el bachillerato con quince años. Entonces, para su desgracia, el machismo judaico hizo su aparición. Mi padre era pobre, pero de un modo u otro se las arregló para mandar a sus dos hijos a la universidad, aunque ni se le pasó por la imaginación hacerlo con la pobre Marcia. Después de todo, las chicas estaban hechas para casarse.

Por tanto, a los quince años, Marcia tuvo que buscar trabajo. Era demasiado joven para casarse y, en realidad, también lo era para trabajar, al menos para hacerlo legalmente. Supongo que debió de mentir sobre su edad. De todas maneras, consiguió un puesto de secretaria y lo hizo muy bien.

No se casó hasta los treinta y tres años. Como hermano, incapaz de ver sus virtudes, no me extraña. Recuerdo que cuando me preparaba para casarme, trece años antes, alguna mujer (obviamente de la antigua escuela) manifestó su sorpresa.

—Los hermanos —dijo— no deberían casarse antes que la hermana.

Puede que ésta fuera una costumbre aceptable en la Europa del Este, cuando los matrimonios se acordaban y cualquier chica podía estar casada (y generalmente lo estaba) antes de los veinte, siempre y cuando su dote fuera adecuada. Pero ¿aquí?, ¿en América?

—Si espero a que mi hermana se case —respondí— me moriré soltero.

Sin embargo, estaba equivocado. Un hombre de treinta y siete años, Nicholas Repanes, que era pausado, tranquilo y amable se sintió atraído por ella. Se casaron, tuvieron dos hijos preciosos y fueron felices durante treinta y cuatro años, hasta que Nicholas murió el 16 de febrero de 1989 a la edad de setenta y un años. Janet y yo fuimos en coche hasta las soledades de Queens para visitar su capilla ardiente (Nicholas llevaba las gafas puestas). Yo se lo debía por haber sido tan buen marido para Marcia.

Dicho sea de paso, Marcia mide sólo 1,52 metros, sonríe a menudo y es una persona realmente generosa. Siento que no nos lleváramos mejor.

5. La religión

Mi padre, a pesar de su educación de judío ortodoxo, en el fondo de su corazón no se sentía como tal. Por alguna razón nunca lo discutimos, quizá porque era algo muy personal para él y yo no quería inmiscuirme. Creo que mientras vivió en Rusia obró de acuerdo con las reglas sólo por respeto a su padre. Yo creo que esto es algo bastante corriente.

Puede que, puesto que mi padre creció bajo la tiranía zarista, durante la cual los judíos fueron maltratados con frecuencia, se volviera revolucionario en su fuero interno. No se comprometió, al menos que yo sepa, en ninguna actividad revolucionaria real; era demasiado precavido.

Una forma de ser un revolucionario y trabajar por un nuevo mundo de igualdad social, de libertades civiles y de democracia, pudo ser librarse del peso muerto de la ortodoxia. El judaísmo ortodoxo dicta cada una de las acciones de cada momento del día e impone diferencias entre judíos y no judíos que prácticamente garantizan la persecución del grupo más débil.

Lógicamente, cuando mi padre llegó a Estados Unidos y se libró de la abrumadora presencia de su padre, inició una vida secular. No del todo, por supuesto. Las normas dietéticas son difíciles de romper cuando se ha aprendido que la carne de cerdo es el caldo del infierno. No se puede ignorar del todo a la sinagoga local y todavía se mantienen las tradiciones bíblicas.

Pero no recitaba la gran cantidad de oraciones prescritas para cada actividad y nunca hizo el menor intento de enseñármelas. Ni siquiera se molestó en que yo hiciera mi *Bar Mitzvah* a la edad de trece años: la ceremonia en la que un joven se convierte en un judío con todas las responsabilidades de obedecer las leyes judías. No he tenido religión porque nadie hizo ningún esfuerzo para enseñármela, ninguna religión.

Durante una temporada, en 1928, mi padre, que necesitaba algo de dinero extra, trabajó como secretario de la sinagoga local. Tenía que asistir a sus servicios religiosos y algunas veces me llevaba con él. (No me gustaba.) Como un gesto de gratitud, me inscribió en la escuela hebrea, donde empecé a aprender un poco ese idioma. Esto significaba estudiar el alfabeto hebreo y su pronunciación, y como el yidish utiliza el mismo abecedario, descubrí que podía leer yidish.

Le demostré a mi padre, de manera bastante titubeante, que podía hacerlo, y me sorprendí cuando él se quedó estupefacto y me preguntó cómo lo hacía. Yo creía que para entonces ya no debería sorprenderse por nada de lo que yo hiciera.

Mi padre no fue secretario durante mucho tiempo; no podía compaginarlo con la tienda de caramelos. Por lo tanto, al cabo de algunos meses, me sacaron de la escuela hebrea, lo que fue un alivio, ya que tampoco me gustaba. No quería aprender las

cosas repitiéndolas en coro y no veía la utilidad de saber hebreo.

Puede que en esto me equivocara. Aprender cualquier cosa es valioso, pero tenía ocho años y todavía no lo sabía. No obstante, algo sí me quedó de ese período inicial y de las lecciones de mi padre sobre esto y aquello que ilustraba con citas bíblicas: despertó mi interés por la Biblia. Mientras crecí, leí la Biblia varias veces, o sea, el Antiguo Testamento. Con el tiempo y con ciertas dudas y reparos, también leí el Nuevo Testamento.

Pero para entonces, los libros de ciencia y los de ciencia ficción me habían mostrado su versión del universo y no estaba dispuesto a aceptar la historia del Génesis sobre la creación o de los distintos milagros descritos en el libro. Mi experiencia con los mitos griegos (y después con los escandinavos, todavía más inflexibles) hizo que me diera cuenta de que estaba leyendo la descripción de los mitos hebreos.

Cuando mi padre se hizo mayor, se retiró a Florida y se encontró sin nada que hacer, así que no le quedó más remedio que unirse a otros judíos ancianos cuya vida estaba centrada en la sinagoga y en la discusión de los pequeños detalles de la ortodoxia. En eso mi padre se encontraba en su elemento, ya que le gustaba discutir sobre cosas sin importancia y siempre estaba convencido de que tenía razón. (He heredado algo de esta tendencia.) A veces digo irónicamente que mi padre nunca se desdecía de ninguna de sus opiniones, excepto cuando, por casualidad, resultaba que estaba en lo cierto.

De todas maneras, durante los últimos meses de su vida se volvió de nuevo ortodoxo. No de corazón, creo yo, pero sí en apariencia.

A veces me han acusado de no ser religioso como un acto de rebeldía contra unos padres ortodoxos. Puede que esto haya sido verdad en el caso de mi padre, pero no en el mío. No me he rebelado contra nada. Me dejaron libre y me gustó mucho esta libertad. Lo mismo les sucedió a mi hermano y a mi hermana, y también a nuestros hijos.

Debo añadir que tampoco es que no encuentre nada en el judaísmo y que quiera buscar algo más para llenar el vacío espiritual que hay en mi vida. Nunca, en toda mi vida, ni siquiera por un momento, me he sentido tentado por ninguna religión de ningún tipo. El hecho es que no siento ningún vacío espiritual. Tengo mi filosofía de la vida, que no incluye ningún aspecto sobrenatural y que encuentro totalmente satisfactoria. En resumen, soy un racionalista y sólo creo lo que me dice la razón.

No vaya a pensar que es fácil. Estamos tan rodeados de historias sobrenaturales, de la aceptación sin problemas de lo paranormal, de la amenaza de los distintos poderes que intentan con todas sus fuerzas convencernos de la existencia de lo sobrenatural, que hasta los más firmes podemos sentirnos desfallecer.

Algo así me sucedió recientemente. Fue en enero de 1990, una tarde en que

estaba tumbado en la cama de un hospital (no importa la causa, hablaremos de ello cuando llegue el momento) y mi querida esposa Janet no estaba conmigo porque se había ido a casa durante unas horas para ocuparse de algunos quehaceres domésticos imprescindibles. Estaba durmiendo y un dedo me tocó con fuerza.

Me desperté, por supuesto, y miré a mi alrededor medio dormido para ver quién me había despertado y por qué.

Pero mi habitación estaba cerrada con llave y además había una cadena de seguridad en la puerta. La luz del sol inundaba la habitación y era evidente que estaba vacía, al igual que el armario y el cuarto de baño. Aunque soy racionalista, no pude evitar pensar que alguna influencia sobrenatural había intervenido para decirme que a Janet le había ocurrido algo (naturalmente, mi mayor temor).

Dudé por un momento, y traté de rechazarlo. Así que la llamé por teléfono a casa. Contestó de inmediato y me dijo que estaba perfectamente.

Más tranquilo, colgué el teléfono y me dediqué a considerar el problema de quién o qué me había tocado. ¿Era sólo un sueño o una alucinación sensorial? Quizá, pero pareció completamente real. Reflexioné.

Cuando duermo solo, a menudo me abrazo a mí mismo. También sé que cuando estoy medio dormido mis músculos tienen movimientos espasmódicos. Adopté la posición de dormido e imaginé mis espasmos musculares. Era evidente que mi propio dedo había tocado mi hombro, y eso era todo.

Ahora suponga que en el preciso momento en que me toqué a mí mismo, Janet, por alguna coincidencia puramente casual, hubiese tropezado y se hubiese dañado la rodilla. Y suponga que al llamarla hubiese dicho quejumbrosa: "Acabo de hacerme daño".

¿Habría podido resistirme a la idea de una intervención sobrenatural? Espero que sí. Sin embargo, no puedo estar seguro. Es el mundo en que vivimos. Corrompería al más fuerte, y yo no creo serlo.

6. Mi nombre

De todos los nombres que hay, el mío, Isaac, es el más claramente judío, con la posible excepción de Moisés. Me doy cuenta que hay Isaacs en las antiguas familias de Nueva Inglaterra, entre los mormones y en todas partes, pero creo que nueve de cada diez somos judíos.

Cuando era muy joven no lo sabía. Sencillamente me gustaba mi nombre. Era Isaac Asimov y nunca había soñado ser otra cosa. Este sentimiento me embargaba incluso de pequeño, y a lo mejor tenía algo que ver con mi sensación de que era extraordinario. Puesto que mi nombre era parte de mí, también tenía que ser maravilloso.

El problema era que no todo el mundo estaba enamorado de mi nombre. Durante los primeros años después de nuestra llegada, los vecinos pensaron que era su obligación advertir a mi madre de que ese nombre sería para mí una carga indeseable. El nombre de Isaac delataba mi judaísmo, me colocaba un estigma, y no tenía ningún sentido aumentar las desventajas con las que inevitablemente tendría que desenvolverme. ¿Por qué pasarles a los demás ese nombre por las narices? Los argumentos eran todos de este tenor.

Mi madre estaba perpleja.

—¿Cómo debo llamarle entonces? —preguntó.

La respuesta era sencilla. Se trataba de mantener la letra inicial, de manera que el padre de mi madre, por quien me habían puesto el nombre, siguiera siendo honrado, pero adoptando un viejo y honorable nombre anglosajón. En este caso sería Irving, que en Brooklyn pronuncian "Oiving".

(En realidad, esos cambios de nombre sirven para poco. Si un número significativo de Isaacs e Israeles se convierten en Isidores e Irvings, los viejos nombres aristocráticos acabarán teniendo un tufillo judío y estaremos como al principio.)

Pero esto nunca sucedió. En la época en que escuché la conversación tendría unos cinco años, y cuando oí la sugerencia de que me llamaran Irving, lancé un alarido tan fuerte como mi madre no había escuchado jamás[1]. Expliqué con bastante claridad que no permitiría que me llamaran Irving en ningún caso, que no respondería a dicho nombre y que gritaría y chillaría cada vez que lo oyera. Mi nombre era Isaac y lo seguiría siendo.

Y lo fue, y hasta ahora jamás me he arrepentido. Estigma o no, Isaac Asimov soy yo y yo soy Isaac Asimov.

Por supuesto tuve que aguantar que me llamaran de manera burlona Izzy o Ikey, y lo soportaba imperturbable porque no tenía elección. Cuando pude controlar mejor mi entorno, insistí en conservar mi nombre completo. Soy Isaac, no están permitidos los

apodos (excepto para los viejos amigos que están tan acostumbrados a llamarme Ike que no creo que puedan cambiar). Recuerdo que conocí a alguien que me alabó por haber mantenido el nombre de Isaac; me aseguró que era un acto poco usual de valor. Después se refirió a mí llamándome Zack, y tuve que corregirle con bastante irritación.

Pero después, hacia los veinte años, cuando estaba empezando a escribir, surgió de nuevo el problema de mi nombre. No pude evitar fijarme en que todos los escritores populares de novelas de ciencia ficción parecían tener nombres sencillos, originarios del noroeste de Europa, sobre todo anglosajones. Es probable que fueran sus verdaderos nombres, aunque también podían ser seudónimos. Los seudónimos eran corrientes entre estos escritores. Algunos trabajaban en varios géneros diferentes y utilizaban un nombre distinto para cada uno. Otros no tenían ningún interés especial en que se supiera que escribían esas novelas. Y algunos más creían que un nombre norteamericano sencillo podría ser mejor aceptado entre sus lectores.

Quién sabe. En cualquier caso, los nombres eran en su mayoría anglosajones.

Esto no quiere decir que no fueran escritores judíos. Algunos incluso utilizaban sus auténticos nombres de pila. Dos de los mejores escritores de ciencia ficción de los años treinta eran Stanley G. Weinbaum y Nat Schachner, ambos judíos. (Weinbaum publicó sólo durante un año y medio, y se convirtió en el escritor de ciencia ficción más popular de Estados Unidos antes de morir trágicamente de cáncer a los treinta y tantos años.)

Sin embargo, los apellidos eran alemanes, lo que resultaba bastante aceptable, pues a pesar de la Primera Guerra Mundial, Alemania seguía siendo Europa noroccidental. En cuanto a los nombres, eran aceptables, sin duda. Stanley era otro de esos nombres de origen inglés. (Mi hermano se llamó Stanley, debido a la insistencia de mi madre y en contra de los votos de mi padre y mío, que preferíamos Solomon.) Y por lo que respecta a Nathan, si se acorta como Nat, suena bien.

Pero mi nombre era descaradamente judío y (¡Dios santo!) mi apellido, eslavo. Cuando me advirtieron que los editores probablemente querrían llamarme John Jones, me rebelé contra semejante idea. No permitiría que ninguna obra escrita por mí apareciera bajo un nombre que no fuera el de Isaac Asimov.

Podría parecer excéntrico por mi parte estar dispuesto a sacrificar mi carrera de escritor antes de dejar de usar mi extraño y peculiar nombre, pero eso es lo que habría sucedido. Me identifico tanto con mi nombre que publicar un relato sin él no me hubiera producido ninguna satisfacción. Habría sido más bien al contrario. Sin embargo, nunca se me planteó una situación semejante. Al final, utilicé mi nombre sin ninguna objeción. Durante más de medio siglo ha aparecido en libros, revistas, periódicos y en cualquier parte donde se imprimiera mi prolífica obra. Y a medida que pasa el tiempo, Isaac Asimov aparece en letras cada vez mayores.

No quiero reivindicar más de lo que me pertenece por derecho, pero creo que ayudé a romper la costumbre de imponer a los escritores nombres sosos y simples. En concreto, facilité un poco que los escritores judíos lo fueran abiertamente en el mundo de la ficción divulgativa. Y sin embargo… sin embargo…

En cierto modo esto no parece suficiente. Un amigo me mandó un artículo que había aparecido en el *Atlanta Jewish Times* el 10 de noviembre de 1989. Citaba las ideas de alguien llamado Charles Jaret, al que se describía como "sociólogo de la Universidad Estatal de Georgia [que] ha realizado un estudio sobre los judíos y los temas judíos en la ciencia ficción".

He aquí una cita del artículo: "Probablemente el escritor judío de ciencia ficción más conocido es Isaac Asimov. Pero la relación de Asimov con el judaísmo es, en el mejor de los casos, tenue. "En su obra se encuentran más temas derivados del cristianismo que del judaísmo", afirma Jaret.

Esto es injusto. He explicado que no fui educado en la tradición judía. Sé muy poco de los detalles del judaísmo. Sin duda, esto no es algo que se pueda utilizar en mi contra. Soy un estadounidense libre y no es mi obligación escribir sobre temas judíos porque mis abuelos fueran judíos ortodoxos.

Simplemente, ser, según la definición corriente, judío no me ata de pies y manos. Isaac Bashevis Singer escribe sobre temas judíos porque quiere hacerlo. Yo no lo hago porque no me apetece. Tengo los mismos derechos que él.

Estoy harto de que, periódicamente, algunos judíos me acusen de no ser lo bastante judío.

Veamos un ejemplo. En cierta ocasión acepté dar una charla un día que resultó ser el Año Nuevo Judío. No sabía que lo fuera, pero si lo hubiese sabido nada habría cambiado. No celebro las fiestas, ni el Año Nuevo Judío, ni la Navidad, ni el Día de la Independencia. Para mí todos los días son laborables, y los días de fiesta me resultan especialmente provechosos porque no hay ni correo ni llamadas telefónicas que me distraigan.

Pero poco después recibí la llamada de un señor judío. Subrayaba que yo había hablado en un día sagrado y me censuraba con acritud por haberlo hecho. Me contuve y le expliqué que yo no celebro las fiestas, y que si no hubiese dado la conferencia tampoco habría ido a los servicios religiosos de la sinagoga.

—Eso no importa —dijo—. Debería usted servir de modelo para la juventud judía. En vez de eso, se limita a intentar ocultar que es usted judío.

Esto ya era demasiado, así que le respondí:

—Perdóneme, señor, pero estoy en desventaja, usted sabe mi nombre, pero yo no sé el suyo.

Estaba probando fortuna, por supuesto, sin embargo acerté. No utilizaré su verdadero nombre, pero dijo algo similar a lo siguiente:

—Me llamo Jefferson Scanlon.

—Ya veo —le dije—. Bien, si yo estuviese intentando ocultar que soy judío, la primera cosa que haría, lo primero, sería cambiar mi nombre de Isaac Asimov por el de Jefferson Scanlon.

Colgó el teléfono con un golpe seco y nunca volví a oír hablar de él.

En otra ocasión me trató con desprecio, por no ser lo bastante judío, alguien cuyo nombre era Leslie Aaron pero que sólo utilizaba el primero.

¿Por qué me acosan? Van por ahí con sus nombres "genuinos" de Charles, Jefferson y Leslie y me reprenden porque parece que me escondo, cuando he puesto el nombre de Isaac en todos mis escritos y he discutido mi judaísmo en letra impresa, libre y abiertamente, siempre que lo he considerado apropiado.

7. Antisemitismo

Esto me lleva a una discusión más general sobre el antisemitismo.

Mi padre me dijo una vez lleno de orgullo que en su pequeña ciudad jamás hubo ningún pogromo, que judíos y gentiles se llevaban bien. Me contó que era muy amigo de un chico no judío al que ayudaba en los deberes escolares. Después de la Revolución, el chico se convirtió en funcionario del Partido Comunista y ayudó a mi padre a preparar el papeleo necesario para emigrar a Estados Unidos.

Esto es importante. Con frecuencia he conocido a románticos exaltados que suponen que nuestra familia huyó de Rusia para escapar de la persecución. Al parecer piensan que la única manera de salir de allí era saltando de un témpano de hielo a otro a través del río Dnieper con los sabuesos y todo el Ejército Rojo tras de nosotros.

Nada de eso. No nos perseguía nadie, nos fuimos de manera completamente legal y nuestros únicos problemas fueron los que se pueden esperar de una burocracia cualquiera, incluida la nuestra. Si es decepcionante, que lo sea.

Tampoco puedo contar historias de horror sobre mi vida aquí, en Estados Unidos. Nunca nadie me hizo sufrir por mi judaísmo en el sentido estricto de ser golpeado o agredido físicamente. Fui insultado bastante a menudo, a veces abiertamente, por patanes y, con mayor frecuencia, de manera sutil, por gente más culta. Era algo que aceptaba como parte inevitable de un universo que no podía cambiar.

También sabía que existían amplias áreas de la sociedad norteamericana que estaban cerradas para mí porque era judío, pero esto había ocurrido en cualquier sociedad cristiana del mundo durante dos mil años y también lo aceptaba como un hecho de la vida.

Lo que resultaba realmente difícil de soportar era la sensación de inseguridad, incluso de terror, debido a lo que estaba sucediendo en el mundo. Estoy hablando de los años treinta, cuando Hitler se estaba haciendo cada vez más poderoso y su locura antisemítica se estaba volviendo cada vez más cruel y sanguinaria.

Ningún judío estadounidense podía ignorar que los judíos, primero en Alemania y después en Austria, estaban siendo humillados, maltratados, encarcelados, torturados y asesinados sin cesar, sólo por ser judíos. Todos nos dábamos cuenta de que estaban surgiendo partidos nazis en otras partes de Europa, que también hicieron del antisemitismo su consigna. Ni siquiera Francia y Gran Bretaña se libraron de ello; ambos tuvieron partidos de corte fascista y los dos tienen una larga historia de antisemitismo.

Ni siquiera en Estados Unidos estábamos a salvo de ello. El antisemitismo, latente y de buen tono, siempre se hallaba presente. La violencia ocasional de las bandas callejeras, más ignorantes, siempre existió. Pero también se notaba la influencia del nazismo. Podemos dejar aparte la Liga Germano-Americana (German-

American Bund), que era un brazo indiscutible de los nazis. Pero gente como el sacerdote católico Charles Coughlin y el héroe de la aviación Charles Lindbergh expresaron abiertamente sus opiniones antisemitas. También había movimientos fascistas autónomos que se unían bajo la bandera del antisemitismo.

¿Cómo pudieron vivir los judíos norteamericanos bajo esta presión? ¿Cómo no se derrumbaron? Supongo que la mayoría se limitó a practicar la "negación". Intentaron con todas sus fuerzas no pensar en ello y siguieron adelante con su vida normal lo mejor que pudieron. En gran medida, yo hice lo mismo. No quedaba otro remedio. (Los judíos de Alemania hicieron lo mismo hasta que estalló la tormenta.)

Es cierto que adopté una actitud más positiva. Tenía la suficiente fe en Estados Unidos de América como para creer que nunca seguirían el ejemplo alemán.

Y, en realidad, los excesos de Hitler, no sólo de racismo sino también de patriotería nacionalista, su paranoia cada vez más evidente, provocaron el desagrado y la ira de importantes sectores de la población norteamericana. A pesar de que nuestra nación, en conjunto, fue bastante indiferente a la situación de los judíos de Europa, se iba volviendo cada vez más anti-Hitler. O al menos eso me parecía a mí, y así me reconfortaba.

Por otro lado, intenté evitar obsesionarme con el antisemitismo y convertirlo en el principal problema mundial. Muchos judíos que conozco dividen el mundo entre judíos y antisemitas, y nada más. Otros consideran que en cualquier momento y lugar no hay más que un problema, el antisemitismo.

No obstante, me sorprendió que los prejuicios fueran universales y que todos los grupos que no eran dominantes, que no estaban en lo alto de la escala social, fueran víctimas potenciales. En la Europa de los años treinta fueron los judíos los que se convirtieron en víctimas de manera espectacular, pero en Estados Unidos no eran los judíos los peor tratados. Aquí, como podía ver todo aquel que no cerrara los ojos de forma deliberada, eran los afroamericanos.

Durante dos siglos éstos han sido esclavizados. Y a pesar de que esta esclavitud se terminó formalmente, los afroamericanos han permanecido en una situación de semiesclavitud en la mayoría de los estamentos de la sociedad estadounidense. Se les ha privado de los derechos comunes, se les ha tratado con desprecio y se les ha mantenido al margen de cualquier posibilidad de participación en lo que se llamó el sueño americano.

Yo, aunque judío y además pobre, recibí una educación de primera en una universidad prestigiosa y me preguntaba cuántos norteamericanos habrían tenido una oportunidad. Me molesta tener que denunciar el antisemitismo a no ser que se denuncie la crueldad del hombre contra el hombre en general.

Tal es la ceguera de mucha gente que he conocido, judíos que, después de condenar el antisemitismo con un tono desmesurado, pasan en un instante a hablar de

los afroamericanos y, de repente, empiezan a sonar como un grupo de pequeños Hitler. Y cuando lo hago notar y me opongo con energía, se vuelven en mi contra, furiosos. Sencillamente, no se dan cuenta de lo que están haciendo.

Una vez escuché a una mujer que hablaba con gran elocuencia de la horrible pasividad de los no judíos, que habían permanecido sin hacer nada para ayudar a los judíos de Europa.

—No se puede confiar en los gentiles —dijo.

Dejé transcurrir unos minutos y después le pregunté de repente:

—¿Qué está usted haciendo para ayudar a los negros en su lucha por los derechos civiles?

—Escuche —me respondió—. Yo ya tengo mis propios problemas.

—Lo mismo les pasa a los gentiles —argumenté yo.

Ella se limitó a mirarme asombrada. No entendió a qué me estaba refiriendo.

¿Qué se puede hacer? Todo el mundo parece vivir bajo el lema: "La libertad es maravillosa, pero sólo para mí."

Estallé una vez, en circunstancias difíciles, en mayo de 1977. En esa ocasión compartía una mesa redonda con otras personas, entre las que estaba Elie Wiesel, que sobrevivió al Holocausto (el asesinato de 6 millones de judíos europeos) y que ahora no habla de nada más. Wiesel me irritó cuando dijo que no confiaba en los científicos y los ingenieros porque habían participado en la dirección del Holocausto.

¡Qué forma de generalizar! Era precisamente el tipo de frase que diría un antisemita: "No confío en los judíos porque una vez crucificaron a mi Salvador."

Meditaba sobre el tema en la mesa y al final, incapaz de permanecer callado, intervine:

—Señor Wiesel, es un error pensar que porque un grupo haya sufrido una gran persecución, esto sea una señal de que son virtuosos e inocentes. Podrían serlo, sin duda, pero el proceso de persecución no es una prueba de ello. La persecución simplemente demuestra que el grupo perseguido es débil. Si hubiesen sido fuertes, por lo que sabemos nosotros, podrían haber sido los perseguidores.

Después de lo cual, Wiesel, muy excitado dijo:

—Déme un solo ejemplo en el que los judíos hayan perseguido a alguien.

Estaba preparado, así que respondí:

—Bajo el reinado de los Macabeos en el siglo II a.C., Juan Hircano de Judea conquistó Edom y obligó a los edomitas a elegir entre la conversión o la espada. Los edomitas, que eran prudentes, se convirtieron, pero después fueron tratados como un grupo inferior, ya que aunque eran judíos eran también edomitas.

—Esa fue la única vez —me contestó todavía más excitado.

—Ésa fue la única vez que los judíos tuvieron el poder. Una de una, no es un mal récord —respondí.

Esto terminó con la discusión, pero debería añadir que la audiencia estaba en cuerpo y alma con Wiesel.

Podría haber seguido. Podría haberme referido al trato que recibieron los cananeos por parte de los israelitas bajo los reinados de David y Salomón. Y si hubiese sido capaz de pronosticar el futuro, podría haber mencionado lo que está sucediendo en Israel en la actualidad. Los judíos estadounidenses lograrían entender la situación si imaginaran una inversión de los papeles, los palestinos gobernando el país y los judíos lanzando piedras con desesperación.

En cierta ocasión mantuve una discusión semejante con Avram Davidson, un brillante escritor de ciencia ficción que es (por supuesto) judío y que, al menos durante algún tiempo, hizo alarde de su ortodoxia. Yo había escrito un ensayo sobre el libro de Ruth afirmando que era un alegato a favor de la tolerancia y en contra de la crueldad de Ezra, el escriba que obligó a los judíos a "expulsar" a sus mujeres extranjeras. Ruth era moabita, un pueblo odiado por los judíos, y sin embargo se la describía como una mujer modelo de virtudes y era ascendiente de David.

Avram Davidson se molestó por mi afirmación de que los judíos eran intolerantes y me escribió una carta en tono sarcástico en la que también me preguntaba cuándo habían perseguido los judíos a alguien.

En mi respuesta le decía: "Avram, tú y yo somos judíos que vivimos en un país que es no judío en un noventa y cinco por ciento y nos las arreglamos bastante bien. Me pregunto cómo nos desenvolveríamos, Avram, si fuéramos gentiles y viviéramos en un país con un noventa y cinco por ciento de judíos ortodoxos."

Nunca me contestó.

En estos momentos se está produciendo una gran afluencia de judíos soviéticos a Israel. Están huyendo porque temen una persecución religiosa. En el momento en que ponen sus pies en suelo israelí, se convierten en nacionalistas extremistas sin piedad para los palestinos. Pasan de perseguidos a perseguidores en un abrir y cerrar de ojos.

Los judíos no son diferentes de los demás. Aunque como judío soy especialmente sensible a esta situación en concreto, es un fenómeno general. Cuando la Roma pagana persiguió a los primitivos cristianos, éstos suplicaban tolerancia. Cuando el cristianismo se impuso, ¿fue tolerante? ¡Ni hablar! La persecución empezó de inmediato en la otra dirección.

Los búlgaros pedían libertad en contra de un régimen opresor y utilizaron su libertad para atacar a la etnia turca que convivía con ellos. Los azerbaiyanos exigen libertad del control centralizado de la Unión Soviética, pero parece que la quieren para matar a los armenios que hay entre ellos.

La Biblia dice que aquellos que han sufrido persecución no deben perseguir a su vez: "No maltratarás al extranjero, ni le oprimirás, pues extranjeros fuisteis vosotros en la tierra de Egipto." (Éxodo 22,21.) ¿Y quién sigue este texto? Cuando intento

predicarlo, lo único que consigo es parecer raro y hacerme impopular.

8. La Biblioteca

Una vez que aprendí a leer y que mi capacidad de lectura mejoró con rapidez, se me planteó un problema serio: no tenía nada que leer. Mis libros escolares me duraban unos pocos días. Los terminaba todos en la primera semana del semestre y por tanto ya me sabía todo para ese medio año. Los profesores tenían poco que decirme.

Mi padre, cuando yo tenía seis años, compró una tienda de caramelos en la que también vendía material de lectura, pero no me dejaba tocarlo. Le parecía que era basura. Le dije que los demás niños lo leían y mi padre me respondió:

—Su cerebro se llenará de basura. Puede que a sus padres no les importe, pero a mí sí.

Me enfadé.

¿Qué podía hacer? Mi padre me sacó el carné de la biblioteca y periódicamente mi madre me acompañaba allí. La primera vez en mi vida que se me permitió ir solo a alguna parte fue a la biblioteca, después de que mi madre se hartara de acompañarme.

Una vez más, las circunstancias me ayudaron.

Si mi padre hubiese tenido tiempo y su cultura hubiera sido americana, sin duda no se habría limitado a protegerme de la seudoliteratura que vendía en la tienda de caramelos. Podría haberme dirigido hacia lo que él considerara buena literatura y, sin quererlo, podría haber restringido mis horizontes intelectuales.

Pero no pudo. Yo era libre. Mi padre dio por supuesto que cualquier volumen que estuviese en una biblioteca pública era adecuado para leer, así que no intentó supervisar las obras que pedía prestadas. Y yo, sin ninguna guía, cogía de todo.

Por pura casualidad, encontré libros que versaban sobre la mitología griega. Pronunciaba mal todos los nombres griegos y la mayoría de ellos eran un misterio para mí, pero me fascinaron. Con muy pocos años, leí la *Ilíada* una y otra vez. La solicitaba en la biblioteca siempre que podía y la volvía a empezar por el primer verso en cuanto había llegado al último. Resultó que el volumen que leía era una traducción de William Cullen Bryant, que (si no recuerdo mal) creo que no era muy buena. Sin embargo, me sabía la *Ilíada* palabra por palabra. Pueden recitarme cualquier verso al azar y les diré a qué parte corresponde. También leí la *Odisea*, pero me gustó menos, no era tan sangrienta.

Lo que ahora me tiene perplejo es que no recuerdo cuándo fue la primera vez que leí un libro sobre mitología griega, pero debía de ser muy joven. ¿Era capaz de darme cuenta de que eran historias ficticias?

La misma pregunta se puede hacer sobre los cuentos de hadas (y me leí todos los volúmenes de estos cuentos de la biblioteca). ¿Cómo sabe uno que sólo son "cuentos

de hadas"?

Supongo que en las familias normales alguien lee los libros a los niños y, de alguna manera, se les hace comprender que los conejitos en realidad no hablan. No lo sé. Aunque parezca extraño, no recuerdo lo que hice con mis hijos. No les leía demasiado (siempre estaba ensimismado) y no me recuerdo diciendo concretamente: "Esto no es más que una historia de mentiras."

No hay duda de que muchos niños tienen miedo de que bajo su cama haya brujas, monstruos y tigres y otras cosas terribles sobre las que leen, así que deben de pensar que son ciertas (y si son lo bastante ingenuos, también lo creen cuando son adultos). Nunca tuve miedo de estas cosas, así que debía de saber desde el principio que los cuentos eran ficción, pero no sé cómo lo sabía.

Por supuesto, podría haber preguntado a alguien, pero ¿a quién? Mi padre estaba demasiado ocupado en la tienda de caramelos y mi madre (aparte de saber leer, escribir y las cuatro reglas) carecía de la cultura necesaria. Yo tenía la sensación incómoda de que no debía hacerles preguntas. Y, desde luego, no se lo pregunté a mis compañeros. Nunca se me hubiese ocurrido consultarlos sobre asuntos intelectuales. El resultado fue que me vi abandonado a mi suerte y salió bien, pero no recuerdo cómo sucedió.

En realidad, a pesar de mi memoria excelente hay multitud de cosas importantes para mí que no recuerdo y que por mucho que escarbe en mi infancia no puedo rememorarlas.

Por ejemplo, cuando era bastante joven conseguí un volumen que contenía las obras completas de William Shakespeare. No podía ser de la biblioteca porque recuerdo que lo guardé durante mucho tiempo. A lo mejor alguien me lo regaló.

Recuerdo con toda claridad mi descubrimiento de *La tempestad*, que era la primera obra del libro, aunque fue la última que escribió Shakespeare (y la única cuyo argumento inventó él mismo). Recuerdo, por ejemplo, lo enigmática que resultaba la palabra "yare"[2]. Shakespeare la utilizaba para dar impresión de jerga marinera, pero yo no la había visto antes ni creo que la haya vuelto a ver.

Recuerdo que disfruté con *La comedia de las equivocaciones* y *Mucho ruido y pocas nueces*. Incluso me parece recordar que me gustaron las escenas de Falstaff en *Enrique IV*, Acto I. En resumen, me gustaron las escenas cómicas, como era de esperar. Sin embargo, *Romeo y Julieta* no me gustó porque era demasiado sensiblera.

Pero ahora llega la parte que me vuelve loco. ¿Intenté o no leer *Hamlet* o *El rey Lear*? No tengo el mínimo atisbo de ello. En realidad no puedo recordar cuando leí *Hamlet* por primera vez. Sin duda, tiene que haber un momento en el que lo leí o al menos empecé a intentar leerlo. Y, sin duda, debí reaccionar de alguna manera. Pero no, nada. En blanco.

Si dejo de pensar en ello, surgen una gran cantidad de preguntas. ¿Cuándo supe

por primera vez que la Tierra gira alrededor del Sol? ¿Cuándo oí hablar por primera vez de los dinosaurios? Probablemente leí sobre estos y otros asuntos en libros de divulgación científica para jóvenes que conseguía en la biblioteca, pero ¿por qué no me acuerdo haber dicho: "¡Oh, Dios mío! ¡La Tierra, con lo grande que es, gira a gran velocidad alrededor del Sol! ¡Qué extraño!"?

¿Se acuerda todo el mundo de cuándo oyó hablar de estas cosas por primera vez? ¿Soy un idiota por no recordarlo?

Por otro lado, ¿es posible que cuando de niño se acepta algo con convencimiento, se olvide el estado anterior de "desconocimiento" o de "conocimiento erróneo"? ¿La actividad cerebral de la memoria se limita a borrar todo lo anterior? Esto sería muy útil ya que probablemente nos perjudicaría vivir bajo la impresión infantil de que los conejitos hablan, sobre todo una vez que ya hemos descubierto que no lo hacen. Aceptaré esta explicación para pensar que no soy un idiota.

Por tanto, supondré que leí *Hamlet* y que me gustó tanto que la función cerebral de mi memoria asumió la creencia de que lo conocía desde siempre. Y supongo que de los libros aprendí cosas que admití no solo en ese momento sino también retrospectivamente.

Una cosa lleva a la otra, incluso los accidentes. Una vez estaba enfermo y no podía ir a la biblioteca, y persuadí a mi pobre madre para que fuera en mi lugar con la promesa de que leería cualquier libro que me trajera. Volvió con una biografía novelada de Thomas Edison. No me gustó, pero se lo había prometido, así que la leí y puede que ésta fuera mi introducción al mundo de la ciencia y la tecnología.

Más tarde, a medida que crecía, la ficción me llevó a la no ficción. Era imposible leer *Los tres mosqueteros* de Alejandro Dumas y no sentir curiosidad por la historia de Francia.

Mi introducción en la historia de la Grecia clásica (como oposición a la mitología) se produjo, creo, porque leí *The Jealous Gods*, de Gertrude Atherton (supongo que pensando que se trataba de mitología). Me encontré leyendo sobre Esparta y Atenas, en concreto sobre Alcibíades. La imagen que tengo de él, como Atherton lo describe, no me abandonará nunca.

The Glory of the Purple, de William Stearns Davis, me permitió conocer el Imperio Bizantino y a León III (el Isaurio), por no hablar del fuego griego. Otro de sus libros, cuyo título no puedo recordar en este momento, me puso en contacto con las Guerras Médicas y con Arístides.

Todo esto me acercó a la historia en general. Leí el libro de historia de Hendrik van Loon y decidí que necesitaba material más sólido, así que recuerdo haber leído una historia universal escrita por un historiador francés del siglo XIX llamado Victor Duruy. La leí varias veces.

Eran lecturas muy diversas y ni siquiera puedo decir cuántos campos abarcaban,

ni lo absurdas que deben de haber parecido a otras personas. En otra biblioteca a la que iba (solía visitar todas las que estaban a mi alcance), encontré volúmenes encuadernados de St. Nicholas, una revista de niños muy famosa hace un siglo. Me llevé un volumen tras otro; eran enormes. Encuadernados, cada uno de aquellos volúmenes contenía los doce números de un año, y aunque la letra era microscópica, leí todos los que pude.

Allí descubrí la historia por entregas de *Davy and the Goblin*, que no me gustó nada porque pensaba que era una imitación de Alicia en el país de las maravillas, pero no tan buena. (¡Vaya! ¿Cuándo leí por primera vez Alicia? Tampoco lo sé pero estoy completamente seguro de que cuando lo hice, me gustó.)

En todos los números había también poemas ramplones sobre una banda de duendes inocentes que siempre se metían en aventuras peligrosas. Sus ilustraciones eran maravillosas, sobre todo porque uno de los duendes siempre aparecía vestido como un inglés de comedia (chistera, frac y monóculo) y siempre tenía más problemas que todos los demás juntos.

Obviamente, me saltaba muchas cosas, pero también leía muchas otras.

Cuando crecí un poco más, descubrí a Charles Dickens. (He leído *Papeles póstumos del club Pickwick* veintiséis veces, por ahora, y *Vida y aventuras de Nicholas Nickleby* unas diez.) Incluso fui capaz de leer libros tan inverosímiles como *El judío errante*, de Eugène Sue, (atraído por la palabra "judío") y *Los misterios de París* (atraído por "misterios). Me sentí horrorizado. No podía dejar de leer, pero me aterró de principio a fin la descripción que Sue hacía de los pobres y los criminales. Incluso ahora me estremezco cuando pienso en ello. Las imágenes de Dickens sobre la pobreza y la miseria siempre tenían un toque de humor que las hacía más tolerables. Sue te machacaba.

También leí un libro olvidado en la actualidad, y con razón: *Ten Thousand a Year*, de Samuel Warren, en el que aparecía un villano excelente llamado Oily Gammon. Creo que fue la primera vez que me di cuenta de que un villano y no un "héroe" podía ser el verdadero protagonista de un libro.

Casi lo único que quedó fuera de mis lecturas fue la ficción del siglo XX. (Pero no la no ficción del siglo XX, que leí en grandes cantidades.) No se por qué prescindí de la ficción moderna. A lo mejor es que me atraían los libros más polvorientos. Tal vez las bibliotecas a las que iba no tenían esa clase de volúmenes.

La tendencia de la infancia se ha mantenido. Sigo leyendo muy pocas obras de ficción moderna (salvo las de misterio).

Toda esta lectura tan sumamente diversa, resultado de no tener a nadie que me guiara, dejó su marca indeleble. Hizo que me gustaran veinte cosas diferentes y que este interés permaneciera. He escrito libros sobre mitología, la Biblia, Shakespeare, historia, ciencia y muchas otras cosas más.

Incluso mi falta de lectura de ficción moderna ha dejado su marca, ya que me doy cuenta de que mi forma de escribir tiene un cierto aire anticuado. Pero me gusta y hay bastantes lectores a los que parece gustarles, lo cual evita que viva en la miseria.

Recibí las bases de mi educación en la escuela, pero esto no fue suficiente. Mi educación real, la superestructura, los detalles, la verdadera arquitectura, la obtuve en las bibliotecas públicas. Para un niño pobre cuya familia no se podía permitir comprar libros, la biblioteca era una puerta abierta hacia las maravillas y el éxito y nunca podré estar lo bastante agradecido por haber tenido el buen juicio de atravesar esa puerta y sacar el mejor partido de ello.

En la actualidad, cuando leo constantemente que los fondos para bibliotecas se recortan cada vez más, lo único que se me ocurre es que la puerta se está cerrando y la sociedad estadounidense ha encontrado otro modo más de destruirse a sí misma.

9. Un ratón de biblioteca

Cuando era joven, todo parecía obligarme a adoptar un modo de vida anormal. "Anormal", por supuesto, sólo si se comparaba con el modo de vida habitual de la mayoría de los jóvenes de mi entorno. Para mí era incluso deseable. Me sentaba solo con mis libros y los demás niños me daban pena.

Debo puntualizar que no estaba aislado del todo. No era un misántropo o un "solitario" huraño. En realidad soy (los demás me lo dicen) muy extrovertido. (Utilizo el presente porque aparentemente sigo siendo igual.) Esto quiere decir que podía hablar a mis compañeros de colegio y a los niños de la vecindad e incluso, de vez en cuando, jugar con ellos. Sin embargo, sólo a veces, por varias razones diferentes:

En cuanto tuve que trabajar en la tienda de caramelos familiar, mis horas de ocio se redujeron a casi nada. No había tiempo para juegos.

Incluso si, en circunstancias excepcionales, podía jugar a algo, me negaba a participar en cualquier juego que pudiese implicar algo de violencia, aunque fuera amistosa. Era bajo, débil y en cualquier pelea era el que recibía todos los golpes.

En muchos juegos, si eran con fichas, chapas, canicas u otros objetos, el ganador se quedaba con las pertenencias del perdedor. Desde muy joven me di cuenta de que a mí eso no se me daba bien. Si perdía mis objetos atesorados con gran mimo, no había manera de reemplazarlos. Mi padre no iba a darme cantidades infinitas de estas chucherías y yo lo sabía bien. Sólo jugaba "por diversión", o sea, juegos en los que la gloria de ganar lo era todo, pero en los que cada uno se quedaba con sus cosas. Para la mayoría de la gente, jugar por diversión no es nada divertido, así que tenía pocas oportunidades de hacerlo a mi manera.

Al recordar esto, parece bastante mezquino por mi parte que nunca quisiera apostar ninguna de mis chucherías a alguna habilidad, pero también eso me resultó útil. Me libró durante toda mi vida de la tentación de aventurarme en el juego. Sólo una vez quebranté este rígido estado de pureza. A los veintitantos años sucumbí a la tentación de "ser uno de ellos" y participé en una partida de póquer porque me aseguraron que las apuestas serían muy bajas.

Más tarde, abrumado por la culpa, se lo confesé a mi padre y le dije que había jugado al póquer por dinero.

—¿Qué tal te fue? —me preguntó mi padre muy tranquilo.

—Perdí quince centavos —respondí.

—Gracias a Dios —dijo—. Imagínate que los hubieses ganado. —Sabía del poder de adicción de ese vicio.

Mi prejuicio contra el juego va incluso más lejos. Es algo más que no jugar al póquer o apostar en las carreras. En todas las etapas de mi vida he intentado calcular

las posibilidades que tendría de salir con éxito. Si, en mi opinión, estas posibilidades eran muy inferiores al riesgo que debía correr, no me arriesgaba. El método funciona si eres capaz de tener un buen criterio, y aparentemente yo lo he tenido. Al menos, las cosas que he intentado casi siempre me han salido bien, incluso cuando a otros les parecían fallos; si para mí no lo eran, trataba de conseguirlas con todas mis fuerzas y casi siempre con éxito.

Así, he escrito libros que nadie más que un idiota podía pensar que se vendieran, y sin embargo se vendieron bien. Por otro lado, siempre he creído que cualquier relación con Hollywood, por trivial que fuera, aunque en el primer momento pudiera parecer provechosa, terminaría en un desastre y me he mantenido alejado de ese lugar. Tampoco me he arrepentido nunca de ello.

Como se puede ver, nunca pertenecí a la banda del barrio y, a medida que crecía, más me distanciaba de ella. Extrovertido o no, conversador alegre o no, fundamentalmente era un intruso, y mi corazón pudo haberse roto por ello y envenenar el resto de mi vida. (Tengo amigos cuyas vidas de adulto han estado más o menos envenenadas porque fueron intrusos cuando eran jóvenes.)

Pero a mí esto nunca me preocupó. Ni siquiera recuerdo sentirme afligido por estar solo. Tampoco me recuerdo mirando a los demás niños corretear por todas partes y deseando poder unirme a ellos. Más bien pensaba en esa posibilidad con desagrado.

Tenía mis libros, y prefería leer.

Recuerdo las cálidas tardes de verano en que había poco movimiento en la tienda y mi padre, con o sin mi madre, podía arreglárselas sin mí. Me sentaba fuera de la tienda (siempre disponible por si había una emergencia), con mi silla apoyada contra la pared, y leía.

También recuerdo que después de nacer mi hermano Stanley tuve que ocuparme de él; empujaba el cochecito alrededor de la manzana veinte o treinta veces mientras leía un libro que apoyaba contra el manillar.

Me recuerdo volviendo de la biblioteca con tres libros, uno bajo cada brazo y leyendo el tercero. (Se lo contaron a mi madre calificándolo de "comportamiento extraño" y me riñó, ya que tanto a ella como a mi padre los horrorizaba la posibilidad de molestar a sus clientes. Como usted se imaginará, no hice ningún caso.)

En otras palabras, era un clásico "ratón de biblioteca". A los que no lo son, les puede resultar extraño que alguien se pase el día leyendo, dejando que la vida con todo su esplendor pase inadvertida, malgastando los despreocupados días de la juventud y perdiéndose la maravillosa interacción entre el músculo y los tendones. Puede parecer que eso tiene algo de triste, incluso de trágico, y uno podría preguntarse qué impulsa a un joven a hacer algo así.

Pero la vida es fantástica cuando uno es feliz; la interacción entre el pensamiento

y la imaginación es muy superior a la de músculos y tendones. He de decir, si usted no lo sabe por propia experiencia, que leer un buen libro, embebido en el interés de sus palabras y pensamientos, produce en algunas personas (en mí, por ejemplo) una increíble sensación de felicidad.

Si quiero evocar la paz, la serenidad y el placer, pienso en mi mismo durante esas tardes de verano perezosas, con la silla apoyada contra el pared, el libro en regazo y pasando las páginas suavemente.

En determinadas épocas de mi vida ha habido ocasiones de mayor éxtasis, grandes momentos de satisfacción y triunfo, pero por lo que respecta a una felicidad tranquila y reposada, nunca nada que se pueda comparar con eso.

10. La escuela

Me gustaba el colegio. Nada de lo que me enseñaron en la escuela primaria y en la secundaria me pareció formidable. Todo era muy sencillo y yo destacaba, y me encanta destacar.

Tenía problemas, desde luego. Siempre hay problemas. No era popular entre mis compañeros, ni tampoco entre la mayoría de mis profesores. Aunque era inevitablemente el más listo de la clase (y el más joven), también estaba entre los que peor se portaban. Cuando digo esto, se debe entender que las normas de "mal comportamiento" de hace sesenta años eran totalmente diferentes de las de ahora.

En la sociedad actual los alumnos de las escuelas están sometidos a las drogas, llevan armas a clase, pegan y, a veces, violan a sus profesores.

Comportamientos de este tipo serían inimaginables en las escuelas de mi época. Me portaba mal porque cuchicheaba en clase. Siempre tenía un comentario sobre lo que estaba sucediendo y ni el potro de tortura podría haber evitado que dijera algo en un susurro a cualquiera que se sentara a mi lado.

Mi víctima solía reírse disimuladamente y eso atraía la atención del profesor. Puesto que quien se reía siempre estaba sentado a mi lado, la deducción era obvia y me lanzaban una severa mirada. Nunca pude evitarlo.

¿Por qué lo hacía? ¿Por qué no me comportaba mejor? No lo sé. A lo mejor era una reacción instintiva, en absoluto consciente. Es algo que he hecho durante toda mi vida, aunque cada vez con menos frecuencia. A veces, incluso ahora, se me ocurre algo divertido pero del todo inadecuado y lo suelto sin darme cuenta.

Así, un día, estaba en el vestíbulo de un teatro durante el descanso de una obra de Gilbert y Sullivan (una de mis pasiones), y una mujer se me acercó y me pidió un autógrafo. La complací (nunca me niego a firmar un autógrafo) y me dijo:

—Es usted la segunda persona en mi vida a la que pido un autógrafo.

—¿Quién fue la otra? —pregunté por preguntar.

—Lawrence Olivier— respondió.

—Qué honrado se sentiría Olivier si lo supiera —me oí decir a mí mismo, horrorizado.

Lo dije en broma, por supuesto, pero ella se marchó titubeante y estoy seguro de que ha dicho a todo el mundo que soy un monstruo vanidoso y arrogante.

Y no sólo digo cosas, también las hago. En esa misma ocasión, una mujer mayor (por aquella época puede suponerse que yo también lo era) me dijo:

—Fui a la escuela primaria contigo.

—¿De verdad? —le pregunté, porque no la recordaba en absoluto.

—En PS 202.

Mi interés aumentó. Era verdad que entre 1928 y 1930 había estado en PS 202.

Siguió hablando:

—Te recuerdo porque una vez la profesora dijo algo, no se qué, y afirmaste que estaba equivocada. Ella insistió en que tenía razón y durante la hora del almuerzo corriste hacia tu casa, volviste con un libro enorme y demostraste que estaba equivocada. ¿Te acuerdas?

—No —respondí—, pero es muy propio de mí. No existe ningún otro alumno que se tome tanto trabajo para humillar a una profesora y se convierta en odioso sólo para demostrar que tenía razón en algo sin importancia.

Así es, siempre tuve problemas con mis profesores, desde la escuela hasta mis estudios de doctorado. Además, he tenido problemas con cualquiera que estuviera jerárquicamente por encima de mí. Nunca encontré la verdadera paz hasta que trabajé por mi cuenta. No estaba hecho para ser un empleado.

Por eso mismo, estoy convencido de que tampoco sirvo para empresario. Al menos, nunca he sentido la necesidad de tener una secretaria o ayudante. Mi instinto me dice que el trabajar con colaboradores me haría ir más despacio. Es mejor ser un individualista. Es en lo que me convertí, y lo sigo siendo.

A veces me preguntan si no hubo algún profesor que me inspirara y si así fue, me piden que dé algún detalle. En realidad, prácticamente no recuerdo a ninguno de mis profesores, no porque fueran especialmente poco memorables sino porque soy muy egocéntrico. Sin embargo, hay tres que destacan en mis recuerdos.

Tuve una profesora durante un mes en primer grado que era corpulenta, cariñosa y agradable (y negra, la única profesora negra que tuve). Me animaba, y cuando me obligaron a cambiar de clase, lloré y le dije que la quería, me acarició y afirmó que tenía que irme. Cuando al día siguiente traté de colarme de nuevo en su clase, me cogió de la mano y me llevó afuera.

En quinto había una señorita Martin a la que (a diferencia de la mayoría de los profesores) yo le gustaba y que era amable conmigo. Fue un gran alivio para mí.

En sexto tuve a la señorita Growney, que tenía fama de "estricta" y a quien los alumnos le tenían terror. Los reñía y gritaba y, de vez en cuando, a mí también. Por lo menos, yo estaba acostumbrado y lo soportaba imperturbable. Creo que yo también le gustaba a ella, a lo mejor porque era evidente que no le tenía ningún miedo. (Descubrí muy pronto que el "chico más listo de la clase" a veces puede cometer un crimen impunemente.)

11. Hacerse adulto

Supongo que todos los niños quieren crecer y convertirse en adultos, con todos sus derechos y privilegios. Es lógico que un niño piense que su vida está muy limitada, con sus padres diciéndole todo el día lo que tiene y lo que no tiene que hacer, sin poder tomar sus propias decisiones y cosas así. Por tanto, ve la edad adulta como una época de increíble libertad. (Después, puede que descubra que no es más que un pasaporte para una esclavitud todavía más onerosa… pero no importa.)

Cuando yo era joven había algunos aspectos físicos asociados a hacerse adulto. Los niños llevaban "pantalón corto", o sea, *breeches* que se ataban con una hebilla por debajo de la rodilla, parecidos a los pantalones de los aristócratas del siglo XVIII. Por supuesto, se llevaban con calcetines largos que llegaban a la rodilla. A medida que uno crecía, aumentaba su odio hacia los pantalones cortos, ya que eran una señal de niñez. Los niños ansiaban que llegara el momento en que pudieran ponerse "pantalones largos" por primera vez, pantalones corrientes hasta el tobillo y sin hebillas.

Recuerdo la primera vez que me los puse. Estaba tan orgulloso que no cabía en mí. Salí a la calle y me paseé para que todos me vieran y se dieran cuenta de que había un nuevo adulto en el mundo. En realidad, por aquel entonces sólo tenía trece años, y enseguida descubrí que los pantalones largos no me convertían en adulto.

Sin embargo, me sorprendió que, al poco tiempo, los pantalones cortos desaparecieran de la escena. Los niños ya no los han vuelto a usar nunca. Ya no llevan el estigma y no creo que sea justo. ¿Por qué tuve yo que llevar ese distintivo de deshonor cuando en la actualidad nadie lo hace?

He vivido para ver otros cambios en la manera de vestir. Cuando éramos jóvenes todo el mundo llevaba gorra. Eran de tela y con visera. Se podían doblar, estirar, arrugar, les hacías cualquier cosa y siempre seguían bien. Nunca he tenido nada mejor para cubrir la cabeza; algunas hasta tenían orejeras para el frío.

Ahora han desaparecido. Se dice que los malos de las primeras películas de gángsters siempre llevaban gorras y que por ello el público norteamericano, que nunca se ha distinguido por pensar por sí mismo, dejó de usarlas.

No me importó. Me pasé al sombrero de fieltro, que era el de "adulto". Con el tiempo llegué a odiarlo, aunque lo utilizaba todo el mundo. En las películas, todos llevaban uno en la calle. El sombrero seguía siempre en su sitio, no importaba lo que ocurriera, incluso cuando los actores se peleaban, lo que sucedía a menudo en las películas más baratas.

Para mí fue un alivio cuando desaparecieron los sombreros y ya nadie los llevaba. Por supuesto, a medida que me hacía mayor, descubrí que era muy útil utilizar un sombrero para no pasar frío, pero ahora uso uno de piel de estilo de ruso que, como

las gorras de mi infancia, se puede doblar y meter en el bolsillo.

He visto otros cambios en la ropa de hombre. Los trajes solían tener dos pantalones. Ya no. Los chalecos casi han desaparecido. Los pantalones ya no tienen vuelta (muy útil para acumular hilos y piedrecitas). El bolsillo para el reloj ha desaparecido.

Los botones de la bragueta de los pantalones han sido sustituidos por cremalleras. Esto ha sido un favor divino, ya que cuando era pequeño uno de mis juegos favoritos era acercarme a la víctima escogida y abrirle de repente la bragueta al son de una carcajada burlona. Que yo sepa no se veía nada extraordinario, pero se provocaba una gran turbación, sobre todo si había chicas por los alrededores. Aparentemente, si el autor lograba arrancar un botón o dos, era un triunfo todavía mayor, y alguna pobre madre tenía que volverlos a ver.

12. Las largas horas

El factor dominante de mi vida entre los seis y los veintidós años fue la tienda de caramelos de mi padre.

Tenía muchos aspectos positivos. Mi padre era su propio jefe y no podían despedirle. Esto fue primordial una vez que empezó la Gran Depresión con el hundimiento de la bolsa en 1929. Con millones de parados, sin seguro de desempleo ni asistencia social, con la sensación de que lo único que la sociedad podía hacer por los desafortunados era darles de vez en cuando diez centavos para que tomaran un café ("*Buddy, can you spare a dime?*" ["Hermano, ¿te sobran diez centavos?]), no había más remedio que ponerse en una esquina con un abrigo raído y vender manzanas, escarbar en los cubos de basura o morir de hambre.

Nadie puede haber vivido en la Gran Depresión sin que le haya dejado secuelas. En Estados Unidos, al menos, su devastación fue mayor que la de la Segunda Guerra Mundial (si nos olvidamos de las víctimas militares, lo que es, por supuesto, difícil de hacer). Ningún "hijo de la depresión" podrá ser nunca un *yuppie*. Nada que haya ocurrido después puede convencer a alguien que la haya vivido de que el mundo está económicamente a salvo. Siempre se espera que los bancos cierren, que las fábricas quiebren, que llegue la carta de despido.

La familia Asimov escapó. Por poco. Éramos pobres teníamos lo suficiente para poder comer y pagar el alquiler. Nunca estuvimos amenazados por el hambre o el desahucio. ¿Y por qué? La tienda de caramelos. Producía lo suficiente para mantenernos. Sólo lo mínimo, pero en la Gran Depresión incluso lo mínimo era el paraíso.

Pagamos un precio, por supuesto. Todo tiene un precio. Hacer que funcionara la tienda requería todo el tiempo de mi padre y de mi madre (aunque ella se las arreglaba para mantener la casa más o menos en orden y para preparar la comida).

Esto quiere decir que a partir de los seis años me quedé sin la posibilidad de tener unos padres tradicionales: una madre que se quedaba en casa, que pasaba horas en la cocina, que estaba disponible si se la necesitaba para esto o aquello, y un padre que aparecía al terminar el trabajo y que hacía cosas contigo los fines de semana.

Por otra parte, siempre sabía dónde estaban. Estaban en la tienda y siempre podía encontrarlos. Esto, supongo, me proporcionaba seguridad.

Cuando tenía nueve años y mi madre se quedó embarazada de nuevo, tuve que trabajar. Mi padre no tuvo elección. Y, una vez en la tienda, no la dejé hasta que me fui de casa y me sustituyó mi hermano, que después de todo había sido la causa de mi esclavitud. (No es que yo creyera que era una esclavitud, como explicaré brevemente.)

Lo que resultaba realmente extraordinario de la tienda de caramelos era la

cantidad de horas que estaba abierta. Mi padre la abría a las seis de la mañana, lloviera, saliera el sol o nevara, y la cerraba a la una de la madrugada. Dormía sólo cuatro o cinco horas por la noche. Recuperaba el sueño durmiendo todos los días una siesta de dos horas después de comer. Esto era todos los días, incluidos sábados, domingos y festivos. Cuando abríamos una nueva tienda (tuvimos unas cinco, una tras otra) en un vecindario judío, cerrábamos en las fiestas judías más importantes, para procurar no herir sus sentimientos, pero casi siempre estuvimos en vecindarios no judíos y entonces no lo hacíamos. En realidad, las pocas veces que se cerró, recuerdo que me sentí muy incómodo por ello, como si fuera un fenómeno sobrenatural. Me sentía aliviado cuando se volvía a abrir la tienda y nuestra vida recobraba la normalidad.

¿Cómo me afectó el pasar tantas horas allí?

Por el lado negativo, mi tiempo libre se redujo casi por completo.

Cualquier esperanza de hacer vida social se desvaneció, incluso durante mi adolescencia, y en la época en que debería haber descubierto a las mujeres sólo pude hacerlo desde lejos.

En la escuela nunca pude participar en las "actividades extraescolares" ni hacerme miembro de alguno de los clubes o equipos vespertinos, porque tenía que volver a casa y estar en la tienda. Esto perjudicó mi expediente. En el instituto nunca estuve en el cuadro de honor porque no participaba en esas actividades, pero nunca intenté utilizar como excusa mi situación familiar. Hubiese parecido como si me quejara de mis padres, y no quería hacerlo.

Y no me arrepiento.

Tendría que haber sido mucho menos inteligente de lo que era para no darme cuenta de que la tienda de caramelos era lo que se interponía entre nosotros y el desastre. También tendría que haber sido un ser humano mucho peor de lo que creo ser para haber sido capaz de ver lo duro que trabajaban mis padres sin echarles una mano.

Pero es más que eso. Hay una parte positiva. Todas aquellas horas debieron de ser de mi agrado ya que más adelante, a lo largo de mi vida, nunca adopté la actitud de "he trabajado muy duro en mi infancia y mi juventud y ahora me lo voy a tomar con calma y dormir hasta el mediodía".

Al contrario, he mantenido el horario de la tienda de caramelos toda mi vida. Me despierto a las cinco de la mañana. Me pongo a trabajar tan pronto y tanto como puedo. Hago esto todos los días de la semana, incluidos los festivos. No cojo vacaciones por voluntad propia y trato de trabajar incluso cuando estoy de vacaciones. (También incluso cuando estoy en el hospital.)

En otras palabras, sigo estando siempre en la tienda de caramelos. Por supuesto que no estoy esperando a los clientes, no recibo dinero ni doy las vueltas; no estoy

obligado a ser cortés con todo el que entra (en realidad nunca lo fui del todo). En vez de eso, hago cosas que me gustan mucho, pero el horario está ahí; el horario que creció dentro de mí y contra el que quizás usted creyera que me iba a rebelar en cuanto tuviera la oportunidad.

Sólo puedo decir que la tienda de caramelos ofrecía ciertas ventajas que no tenían nada que ver con la mera supervivencia, sino más bien con la felicidad desbordante, y esto estaba tan relacionado con las largas horas que pasé allí como para recordarlo con agrado el resto de mi vida. Ahora explicaré lo que quiero decir.

13. Folletines

En los años veinte y treinta no había televisión y prácticamente no había tebeos. (Estaba la radio, y programas del tipo *Amos ‘s’Andy*, fueron, durante una época, auténticas obsesiones nacionales.) Sin embargo, en conjunto, los apasionados por la comida basura para la mente se alimentaban de "folletines de todo tipo de géneros". Estaban hechos con pastas de papel baratas que no duraban mucho, amarilleaban y se deshacían con rapidez. Sus cantos y su superficie eran ásperos, en comparación con los de las "revistas satinadas" cuya superficie era suave, el papel mejor y que, en mi opinión, eran mejor alimento para la mente.

Los folletines aparecían una vez al mes, en algunos casos dos y casi nunca eran semanales. Al principio eran obras eclécticas que ofrecían novelas melodramáticas de muchos tipos (como por ejemplo *Argosy* y *Blue Book*), pero con el tiempo resultó que la gente prefería los géneros especializados.

El lector quería historias de detectives, de amor, del oeste, de guerra, de deportes, de terror, de la selva, o de cualquier otro tipo que a menudo excluía a todos las demás. Por tanto, compraba revistas dedicadas exclusivamente al género que quería.

Quizá los que tuvieron más éxito fueron los folletines de los superhéroes. Estaba, por supuesto, el héroe más grande de todos, la Sombra que, dos veces al mes frustraba a los malvados con su risa extraña y su habilidad para moverse como un fantasma. Estaba Doc Savage, el *hombre de bronce,* y sus cinco ayudantes, a veces muy graciosos. Estaban también el Hombre araña, el Agente secreto X y Operador 5; y G—8 y sus Ases luchadores, que derrotaban sin ayuda, un mes tras otro, a la Alemania del káiser y frustraban las terribles maquinaciones científicas del sabio alemán Herr Doctor Krueger.

De estas novelas era de lo que mi padre trataba de salvarme cuando me sacó el carné de la biblioteca, y en principio tenía razón, porque no podía saber el uso que yo haría de (no, no voy a llamarle basura de nuevo, porque le debo demasiado) estos garabatos de bajo nivel cultural.

Pero en cuanto empecé a trabajar en la tienda, fue difícil mantenerme alejado de los folletines y cada vez protestaba más cuando pedía permiso para leerlos. Sostenía que mi padre leía la Sombra constantemente. Mi padre replicaba que estaba intentado leer inglés y que yo ya sabía bastante y podía hacer cosas mejores. Tenía razón, pero yo insistí en mis peticiones y mi padre finalmente se rindió, así que añadí los folletines a las lecturas de la biblioteca.

Estos folletines que me proporcionó la tienda de caramelos fueron lo que más aprecié, mucho más que cualquier otra cosa; lo que me reconcilió con el trabajo, con las horas perdidas y con todo lo que pudiera parecer pesado; lo que me identificó con un modo de vida, incluso después de que la tienda hubiera desaparecido. Si no

hubiese estado en la tienda, probablemente no me podría haber permitido comprar estas revistas. De hecho, las leí todas, esforzándome por devolverlas intactas a las estanterías para que pudieran venderlas.

A los dieciséis años ya estaba listo para empezar mi carrera de escritor, había leído con la misma voracidad los "libros buenos" de la biblioteca y el "material de poca calidad" de los folletines. ¿Qué fue lo que más influyó en mi profesión de escritor?

Lo siento, fueron los últimos.

Quería escribir para los folletines, o para un determinado tipo de ellos (ya llegaré a eso) y por tanto trataba de imitar el estilo de esas historias. En mi inocencia, pensaba que ésa era la forma de escribir.

Por consiguiente, mis primeras obras fueron realmente folletinescas. Estaban llenas de adjetivos y adverbios. Los personajes "gruñían" en vez de "hablar". Había mucha acción, los diálogos eran afectados y carecían de caracterización. (No creo que supiera lo que significaba esta palabra.)

Lo extraño es que mis primeros relatos, o al menos algunos de ellos, fueron publicados. Lo achaco a dos cosas. Primera, estas revistas devoraban el material con tanta velocidad que los niveles de calidad tenían que ser muy bajos o si no, no podían publicar. Eran lo bastante bajos como para incluirme a mí.

Segunda, el género concreto de folletines que me interesaba como escritor era el menos difundido y más solicitado y en el que, en definitiva, tenía más probabilidades de introducirme. Da la casualidad de que con el tiempo han subido mucho los niveles de calidad literaria de mi medio en concreto, y soy muy consciente (como digo con frecuencia) de que si empezara ahora siendo un adolescente, dotado con el talento que tenía en esa época, probablemente no podría introducirme en el género.

Es muy importante estar en el lugar adecuado en el momento oportuno.

Resulta evidente que no seguí siendo "folletinesco". Mi forma de escribir mejoró con el tiempo y ese estilo fue desapareciendo, aunque no del todo. Sospecho que una mirada atenta a mi obra podría detectar, incluso en la actualidad, estos antecedentes. Ya lo lamento, pero lo hago lo mejor que puedo.

Debo puntualizar ciertos detalles acerca de los folletines, ahora que estoy en ello. Se popularizaron en los días anteriores a la Segunda Guerra Mundial, y en aquella época el racismo y los estereotipos raciales se hallaban profundamente arraigados en la sociedad estadounidense. Hasta la Segunda Guerra Mundial y la lucha contra el racismo de Adolf Hitler, los norteamericanos no consideraron poco elegante expresar opiniones racistas.

Con esto no quiero decir que el racismo desapareciera después de la Segunda Guerra Mundial, sino que el ejemplo de Hitler acabó con su respetabilidad, excepto para los trogloditas que siempre quedan entre nosotros. La gente sigue sintiéndose

racista en algunos aspectos, pero procuran no decirlo y, si son buenas personas (y la mayoría lo son), tratan de combatirlo en su interior.

Los folletines anteriores a la guerra eran abiertamente racistas, y era un hecho aceptado por todo el mundo. Incluso los escogidos como víctimas lo aceptaban. Había muy poca militancia entre las minorías, muy poca agresividad.

Así que los héroes de esta literatura eran siempre buenos americanos originarios de la Europa noroccidental.

Por lo que respecta a los demás, caso de que se los mencionara, los italianos eran organilleros mugrientos, los rusos, místicos soñadores, los griegos, gente informal de piel aceitunada, los judíos, personajes cómicos cuando se mostraban ávidos de dinero, los afroamericanos, tipos que, además de cómicos cuando el argumento lo requería, también eran cobardes o asesinos. Los chinos eran astutos y crueles (era la época en que el doctor Fu Manchú era un villano aceptado sin reservas). Todos, menos los europeos noroccidentales, hablaban con acentos cerrados que no se escuchaban en la vida real. (Si vamos a eso, las películas de la época no eran mejores, y muchas, si se vieran en la actualidad, resultarían terriblemente vergonzosas para los espectadores cultos.)

Incluso yo lo aceptaba todo.

Sin embargo, cuando me llegó el momento de escribir, no importa lo folletinescos que fueran mis relatos, siempre evité los estereotipos. Me lo debía a mí mismo. Pero todos mis personajes tenían nombres como Gregory Powell, Mike Donovan y otros parecidos. Hasta más tarde no empecé a permitirme utilizar nombres étnicos.

Los folletines tenían otra característica bastante curiosa. Aunque las mujeres eran siempre amenazadas por los malos, la naturaleza de la amenaza nunca se indicaba explícitamente. Era una época de gran represión sexual y en las "revistas familiares" sólo se podía hablar muy de lejos de los actos y amenazas sexuales. Por supuesto, a nadie le preocupaba que hubiera una exhibición constante de violencia y sadismo; eso se consideraba adecuado para toda la familia, pero no el sexo.

Dicha característica reducía a las mujeres a maniquíes que nunca participaban de forma activa en el argumento. Estaban allí para ser (anónimamente) amenazadas, capturadas, atadas, hechas prisioneras y, por supuesto, rescatadas ilesas.

Las mujeres estaban sólo para que los malos fueran peores y los héroes más heroicos. Y cuando eran rescatadas, su papel era completamente pasivo: consistía fundamentalmente en gritar. No puedo recordar (aunque estoy seguro de que habrá algún caso excepcional) a ninguna mujer tratando de participar en la pelea y ayudar al héroe, ni cogiendo un palo o una piedra e intentando dar un golpe al malo. No, eran como esas ciervas que siguen paciendo despreocupadamente mientras esperan que los machos dejen de pelear para saber a qué harén pertenecerán ellas.

Dadas esas circunstancias, a todo macho vigoroso que leyera estos relatos (como

yo) le exasperaba la aparición de personajes femeninos. Sabiendo de antemano que no iban a ser más que obstáculos, yo hubiera querido eliminarlas. Recuerdo haber escrito cartas a las revistas quejándose de los personajes femeninos, lamentándome de su mera presencia.

Esta fue una de las razones (aunque no la única) de que en mis primeras obras no hubiera mujeres. En la mayoría de las ocasiones las dejaba fuera.

Era un error, por supuesto, y otro indicio de mis orígenes folletinescos.

14. La ciencia ficción

Uno de los géneros de los folletines era la "ciencia ficción", el menor y menos considerado. Surgió en el mundo del folletín en forma de *Amazing Stories*, cuyo primer número apareció en abril de 1926. Su director, y por lo tanto el padre fundador de la ciencia ficción en revista, Hugo Gernsback, lo llamó "cientificción", una horrible palabra híbrida.

Fue despedido de su puesto de director en 1929 y siguió adelante fundando ese mismo verano dos revistas competidoras, *Science Wonder Stories* y *Air Wonder Stories*, que pronto se fusionaron para formar *Wonder Stories*. En estas revistas utilizó por primera vez el término "ciencia ficción".

La presencia de la palabra "ciencia" en la nueva revista fue un regalo del cielo para mí. Me las arreglé para engañar a mi ingenuo padre y que creyera que una revista titulada *Science Wonder Stories* trataba de ciencia. Las revistas de ciencia ficción fueron, por lo tanto, los primeros relatos folletinescos que me permitieron leer. Puede que ésta sea en parte la razón por la que, cuando llegó el momento de convertirme en escritor, eligiera éste genero.

Otra razón fue que la ciencia ficción más difundida captaba la imaginación de los jóvenes. Me introdujo en el Universo, en particular en el Sistema Solar y los planetas. Aunque me había encontrado con ellos en mis lecturas de libros científicos, fue la ciencia ficción la que los fijó en mi mente, de manera definitiva.

Había, por ejemplo, una novela por entregas en tres partes que se llamaba *The Universe Wreckers*, escrita por Edmond Hamilton, que apareció en los números de mayo, junio, y julio de Amazing. En ella la Tierra estaba amenazada de destrucción por extraterrestres de fuera del Sistema Solar, pero éstos fueron derrotados por la valiente actuación de los héroes que viajaron hasta Neptuno para salvar al mundo. (¡Cuánto más excitante y lleno de emoción que la simple captura de un criminal!)

En este relato oí hablar por primera vez de Tritón, el mayor de los dos satélites de Neptuno. Alfa Centauri también desempeñaba un pequeño papel y ésa fue la primera vez que oí hablar de ella y supe que era la estrella más cercana.

Mi primera lectura sobre el principio de incertidumbre, uno de los fundamentos básicos de la física moderna, fue en una novela en dos entregas llamada *Uncertainty* escrita por John W. Campbell, Jr. y publicada en los números de octubre y noviembre de 1936 de *Amazing*.

Cuidado, no estoy diciendo que la ciencia ficción sea necesariamente una buena fuente para el verdadero conocimiento científico. Ciertamente, en mi juventud, más bien fue al contrario. En esa época inicial, muchos de los escritores de ciencia ficción lo eran también de folletines, y probaban su suerte en este campo y en otros, y tenían unas nociones de ciencia muy rudimentarias. También escribían adolescentes

engreídos cuyos conocimientos de ciencia eran mínimos.

Con todo, entre la basura se encontraban algunas perlas y dependía de la capacidad del lector el encontrarlas. Por ejemplo, en el número de septiembre de 1932 de *Amazing,* un escritor llamado J.W. Skidmore empezó una serie de relatos sobre dos seres a los que llamó "Posi" y "Nega", que representaban lo "positivo" y "negativo", y sospecho que en este relato de 1932 fue cuando por primera vez conseguí que la noción de protones y electrones me entrara en la cabeza.

Yo tuve la suerte de que mi padre tuviera una tienda de caramelos y no de otro tipo. Aunque estrictamente no se puede achacar a la suerte. Era inevitable. Como mi padre era un emigrante cuya única aptitud era la contabilidad, no tuvo elección. Carecía de destreza para ser carnicero o panadero, y es posible que ni siquiera fuera capaz de manejar una tienda de ultramarinos. Una de caramelos que no vendía más que artículos empaquetados (excepto la preparación de refrescos de jarabe y sifón, que es sencillo de aprender) era el tipo de tienda menos especializada y que requería menos conocimientos. Era lo más básico.

Una de las dificultades con la que me enfrentaba al iniciar la lectura de las revistas de la tienda era que tenía que hacerlo con rapidez para minimizar la posibilidad de que un cliente quisiera la revista. Si un cliente entraba y pedía una de Doc Savage cuando yo estaba leyendo el único ejemplar, me lo arrancaría de las manos en un abrir y cerrar de ojos. Por fortuna, no había mucha demanda de ciencia ficción. No recuerdo ni una sola vez que tuviera que entregar un ejemplar antes de haberlo terminado. Por supuesto, si recibíamos varias copias de una revista determinada, cosa bastante frecuente, entonces disponía de ella casi con toda libertad.

A menudo, una o más de mis revistas favoritas no se vendía en su período de publicación. Se puede suponer que entonces me quedaba con un ejemplar para mi colección, pero cuando salía un nuevo número de la revista los ejemplares no vendidos eran retornables a precio de mayorista, y mi padre los devolvía. Nunca me dejaron quedarme con ninguno, pero yo sabía que nuestra existencia pendía de un hilo, así que nunca me quejé.

Después de todo, tenía otras cosas gratis. Podía tomar un refresco de jarabe de chocolate de vez en cuando, aunque siempre tenía que pedir permiso. Los ignorantes los llamaban "crema de huevo", aunque no contenían ni crema ni huevo. Estaban hechos de un jarabe espeso de chocolate y agua con gas. No hay nada igual hoy en día. No sé qué tipo de basura sintética utilizan para el jarabe ahora, pero carece por completo del sabor empalagoso a chocolate del de la tienda de mi padre. Asimismo, mi madre me hacía una leche malteada de chocolate creyendo que era sano para un niño que estaba creciendo. Y lo era para ese niño. Contenía leche, cereales malteados y una ración generosa de ese maravilloso jarabe de chocolate batido para obtener espuma, que llenaba un vaso y medio grande de cristal, y que dejaba un bigote que

ningún niño se quería limpiar.

Pero estoy divagando…

Puede que alguien se pregunte qué influencia tuvo en mí y en mi desarrollo intelectual toda esa literatura folletinesca. Mi padre lo llamaba "basura" y, aunque detesto admitirlo, tenía razón en un noventa y nueve por ciento más o menos. Pero eso es lo que pienso yo.

Por muy baladí que pudiera ser, esa clase de literatura tenía que ser leída. Los jóvenes, ávidos de historias banales, torpes, intoxicadoras y llenas de tópicos necesitaban leer palabras y frases para satisfacer su anhelo. Esas obras mejoraban la capacidad de lectura de quienes las leían, y un pequeño porcentaje de ellos puede que después pasara a lecturas de más calidad.

¿Y qué ha ocurrido desde entonces? A finales de los años treinta, los tebeos empezaron a inundar el mercado y los folletines perdieron importancia debido a esa competencia. Durante la Segunda Guerra Mundial hubo una escasez de papel, lo que hizo que su producción disminuyera todavía más. Con la llegada de la televisión, lo que quedaba de ellos murió (todos menos, cosa asombrosa, los de ciencia ficción).

En general, la tendencia de la segunda mitad del siglo ha sido el abandono de la palabra por la imagen. En los tebeos prevalece la imagen sobre el texto. La televisión ha llevado esto al límite. Incluso las revistas satinadas agonizaban debido a la competencia con las ilustradas de los años cuarenta y con las revistas de chicas desnudas, que aparecieron más tarde.

En resumen, la era de los folletines fue la última en la que los jóvenes, para conseguir su material rudimentario, estaban obligados a saber leer. En la actualidad todo esto ha desaparecido y los jóvenes mantienen sus ojos vidriosos fijos en el televisor. La consecuencia es evidente. La auténtica capacidad de leer se está convirtiendo en un arte arcano y el país se va lenta pero inexorablemente "hundiendo en la estupidez".

Es algo que me parte el corazón, y recuerdo con nostalgia aquella época, no sólo por mí, sino también por la sociedad.

15. Empiezo a escribir

Empecé a escribir en 1931, a la edad de once años. No lo intenté con ciencia ficción sino que ataqué con algo mucho más primitivo.

Antes del período de los folletines, existió la era de las "novelas de diez centavos". Fui testigo del final de esta era. Cuando mi padre compró la primera tienda de caramelos, también vendía algunos libros en rústica, viejos, polvorientos y amarillentos, cuyos protagonistas eran Nick Carter y Frank y Dick Merriwell.

Había docenas y docenas de libros sobre estos personajes y supongo que sobre otros muchos. Nick Carter era un detective maestro del disfraz. Frank y Dick Merriwell eran chicos ciento por ciento estadounidenses que siempre estaban ganando partidos de béisbol para el viejo y querido Yale a pesar de las dificultades. Nunca leí ninguno de estos libros. Mi padre se opuso rotundamente, y para cuando me dejó leer basura, estas novelas habían desaparecido.

Las "series" eran libros encuadernados en tapas duras que trataban de algún personaje central sobre cuyas aventuras se editaban nuevos volúmenes sin cesar. Algunos eran para niños muy pequeños, como los de Bunny Brown y su hermana Sue (leí uno o dos de estos volúmenes cuando era bastante joven), y, para un poco mayores, los gemelos Bobbsey, los compinches Darewell, Roy Blakely, Poppy Ott, etc. (Estos libros siguieron existiendo durante décadas, sobre todo los de los chicos Hardy y Nancy Drew.)

La serie más popular de mi época era la de los Rover. En uno de sus libros, *The Rover Boys on the Great Lakes*, aparecía una joven llamada Dora que era un ejemplo tan primitivo de "historia de amor" que nunca me di cuenta de ello. Tenía una madre muy amable, pero débil, que era continuamente víctima de un timador empalagoso llamado míster Crabtree. También había un par de malos más perversos, padre e hijo (aunque con el tiempo el padre se reformó).

Cuando empecé a escribir, mi estilo era una imitación directa, incluso servil, de este libro. Titulé mi relato *The Greenville Chums in College*.

Pero ¿por qué empecé a escribir?

He comentado con frecuencia mis comienzos como escritor y la historia que cuento es que me desagradaba no tener ningún material de lectura permanente, sólo libros que debía devolver a la biblioteca o revistas que había que retornar a las estanterías. Se me ocurrió que podía copiar un libro y quedarme con la copia. Escogí uno sobre mitología griega y, a los cinco minutos, me di cuenta de que era un proceso irrealizable. Después se me ocurrió otra idea: escribir mis propios libros para convertirlos en mi biblioteca permanente.

Sin duda, ésta fue una de las razones, pero no pudo ser la única. Sencillamente debí de sentir el impulso incontrolable de inventar una historia.

¿Por qué no? Seguramente mucha gente siente este impulso. Tiene que ser un deseo humano muy común: una mente inquieta, un mundo misterioso, un deseo de emulación cuando alguien cuenta una historia. ¿No lo hacemos cuando nos sentamos alrededor de una hoguera en un campamento? ¿No hay muchas reuniones sociales dedicadas a los recuerdos en las que todo el mundo quiere contar una historia o algo que ha sucedido de verdad? ¿Y no es inevitable que dichas historias sean adornadas y exageradas hasta que su parecido con la realidad es bastante casual?

Nos podemos imaginar al hombre primitivo sentado alrededor de la hoguera relatando y exagerando de modo ridículo grandes hazañas de caza que nadie discute porque los demás pretenden contar mentiras parecidas. Cuando un relato resultaba especialmente entretenido debió de repetirse una vez tras otra y debió de atribuirse a algún antepasado o a algún cazador legendario.

Era inevitable que apareciera alguien con una habilidad especial para contar historias y que su talento fuera solicitado en los ratos de ocio. Puede que incluso le recompensaran con un pedazo de carne si la historia era realmente interesante. Naturalmente, esto debió de estimularlos a inventar historias mejores, de mayor enjundia y más emocionantes.

No creo que pueda haber ninguna duda sobre esto. El impulso de contar historias es innato en la mayoría de la gente, y si da la casualidad de que se combina con el talento y la energía suficiente, no se puede contener. Eso ocurrió en mi caso.

Sencillamente, tenía que escribir.

Por supuesto, nunca terminé *The Greenville Chums in College*. Escribí ocho capítulos y lo dejé. Después intenté escribir otra cosa y después otra, a lo largo de siete años.

Escribir era excitante, porque nunca lo planeaba de antemano. Inventaba las historias a medida que escribía, y se parecía mucho a leer un libro que no había escrito. ¿Qué sucedería con los personajes? ¿Cómo saldrían del lío en el que estaban metidos? En esa época yo sólo escribía por la emoción que me producía. Ni en mis sueños más descabellados se me ocurrió pensar que nada de lo que escribía pudiera ser publicado alguna vez. No escribía por ambición.

De hecho, sigo escribiendo así mis obras de ficción, inventándolas a medida que escribo, con una mejora importantísima: he descubierto que es inútil hacerlo de esta manera si no se ha pensado con toda claridad un final para la historia. Por no tenerlo, abandoné todos mis primeros relatos.

Lo que hago ahora es discurrir un problema y una solución para ese problema. Entonces empiezo la historia, inventándola a medida que la escribo, y experimento toda la emoción de descubrir lo que les va a suceder a los personajes y cómo van a salir del lío en el que están, pero trabajando siempre hacia el final conocido, de manera que no me pierdo por el camino.

Cuando los escritores noveles me piden consejo, siempre subrayo esto. Sepa usted el final, les digo, o su historia puede terminar sepultada en las arenas del desierto sin llegar nunca al mar.

16. Humillación

Ya he explicado que siempre he creído ser un individuo notable, incluso desde la infancia, y nunca he dudado de ello. ¿Necesito decir que esta convicción no era compartida por todos?

No estoy hablando de la gente que conocía mis defectos, mi locuacidad, mi presunción, mi abstracción o mi falta de diplomacia. Yo también admitía estos defectos y me esforzaba (con resultados mediocres) en corregirlos. Estoy hablando de quienes no pensaban que yo fuera notable desde el punto de vista intelectual o que tuviera algún talento especial (o ninguno en absoluto).

Me deslicé por los primeros seis años de enseñanza con bastante facilidad, sabiendo que ninguno de mis compañeros de clase podía alcanzarme. Pero esto terminó cuando entré en el instituto en 1932 y empecé en décimo grado.

Uno de los problemas fue que no iba al instituto de mi vecindario, el Thomas Jefferson High School. Quise ir al Boys High School, que estaba a bastante distancia, aunque por supuesto seguía siendo Brooklyn, el barrio en el que pasé toda mi juventud. En esa época el Boys High School era una escuela de elite y mi padre y yo pensamos que me resultaría más fácil ir a una buena universidad si me graduaba allí.

Pero eso significaba que dicho instituto reunía a los "niños más listos" de todo el barrio, y algunos eran más listos que yo, al menos en cuanto a notas altas se refería. Lo sospeché cuando intenté formar parte del club de matemáticas (Boys High siempre ganaba las competiciones de matemáticas) creyendo que era un matemático de primera. Enseguida descubrí que los demás alumnos sabían cosas de las que yo nunca había oído hablar y me retiré muy confundido.

Al poco tiempo, vi que bastantes alumnos obtenían mejores notas que yo en algunas asignaturas. Esto no me inquietó. Recuerdo que en la escuela anterior un chico ganó el premio de biología pero era muy malo en matemáticas, y otro ganó el de matemáticas pero era malísimo en biología, y yo fui subcampeón de las dos.

Por desgracia, también descubrí que algunos alumnos terminaban con mejores promedios que yo, y que esos promedios no sólo eran más altos, sino más duraderos que los míos. Los promedios se exponían y yo sufría la irritación de ver mi nombre relegado al décimo o duodécimo lugar. (No era un deshonor, pero ya no era el "chico más listo".)

Fue tal la impresión que esto me causó que sigo recordando, más de medio siglo después, los nombres de tres estudiantes que sacaban mejores notas que yo. Esto es notable en alguien como yo, tan egocéntrico que no considera que merezca la pena recordar los nombres de los demás. Es obvio que ese asunto me afectó mucho.

Nada de esto hizo que se tambalearan mis propias convicciones, pero en mi interior buscaba una explicación. Siempre lo hago y, en esa ocasión, no tenía

elección. No podía acudir a nadie, desde luego a ningún profesor, y preguntar: "¿Por qué estos alumnos están sacando mejores notas que yo?"

La respuesta obvia habría sido: "Porque son más listos que tú, Asimov, niño estúpido, y me alegro de que lo sean." Era una respuesta que no quería oír, y tampoco quería creer en ella.

En vez de eso, llegaba a la conclusión de que esos chicos extraordinarios procedían de familias adineradas y bien establecidas, que habían crecido en un ambiente intelectual, tenían tiempo de sobra para estudiar y, en cierto modo, eran brillantes.

En cambio, yo seguía trabajando en la tienda de caramelos, así que mi tiempo para estudiar era limitado. Además, no me esforzaba de verdad en encontrar tiempo para estudiar. Tenía la obstinada idea de que no necesitaba hacerlo. Leía los libros de texto y escuchaba a los profesores, y ya estaba.

El decirlo no lo convierte en una realidad y, si de verdad hubiese querido competir, si realmente hubiera sentido la necesidad de conseguir notas más altas, habría empollado más, pero me negué. Decidí que no tenía que hacerlo porque no necesitaba notas extraordinarias para probarme a mí mismo que era notable. La satisfacción de ser como era no se vio afectada. Después de todo, no era sólo un estudiante, era un escritor.

Pero incluso en ese aspecto estaba condenado a sufrir una humillación en el instituto. En realidad, padecí el más duro golpe que mi ego haya sufrido nunca. En 1934, uno de los profesores de inglés, Max Newfield, que era el profesor asesor de la revista literaria semestral del instituto, decidió dar una clase especial de redacción para recopilar material para la revista. Rápidamente me apunté. Sólo tenía catorce años, y todos los demás dieciséis o diecisiete, pero yo era un escritor.

Fue un gran error. Nos pidió que escribiéramos un artículo, y el mío fue malísimo. Cuando Newfield pidió voluntarios para leer en voz alta, levanté la mano. Sólo había leído la cuarta parte cuando el profesor me interrumpió y utilizó una palabrota insultante para describir mi trabajo. (Nunca antes había oído a un profesor decir "tacos" y me quedé estupefacto.) Pero la clase no se sorprendió, se rieron de mí a carcajada limpia y me senté profundamente humillado y avergonzado.

No obstante, seguí en la clase. Sabía cuál era el error que había cometido. Había intentado ser "literario" cuando no sabía cómo serlo. Nunca volvería a cometer el mismo error. (Y jamás lo he hecho; otros errores, tal vez, pero ése, no.) Estaba decidido a mejorar.

Al fin, nos pidieron que escribiéramos algo en concreto para la revista semestral literaria. Lo intenté con gran ahínco. Escribí un artículo llamado *Little brothers* sobre el nuevo bebé que había llegado a nuestra casa cinco años antes. Intenté que fuera divertido. Newfield lo aceptó y lo publicaron; era la primera obra de verdad escrita

por mí que se publicaba.

Traté de dar las gracias a Newfield, y esperaba que me dijera lo mucho que había mejorado, pero no fue así.

Parece que, como estábamos en plena Gran Depresión, los artículos de todos los alumnos, terriblemente influenciados por la situación, parecían tragedias de Dostoievski. Sólo yo, salvado por la tienda de caramelos, escribí algo alegre. Newfield necesitaba un artículo así, y el mío era el único. Tuvo la poca elegancia y la crueldad innecesaria de decirme que ésa era la única razón por la que lo había aceptado. Incluso añadió una nota editorial en la revista, en la que prácticamente se disculpaba por incluirlo.

¿Cómo sobreviví a todo esto?

Debo decir que sufrí una gran impresión y no puedo recordar qué argumentos utilicé para convencerme de que, a pesar de todo, era un buen escritor y triunfaría. Supongo que me limité a mantener mi buena opinión sobre mí mismo con terquedad y a odiar a Newfield. (Odio a muy poca gente, pero a él le odio.)

Todos los que "triunfan" deben de tener una sensación parecida a "Si fulano lo supiera, se arrepentiría de haber dicho aquello". O "se arrepentiría de haberme rechazado". El mundo entero puede conocernos y aclamarnos, pero alguien de nuestro pasado, ya fuera de nuestro alcance para siempre, lo estropea todo. Es algo que permanece como un estigma, una mancha oscura, como un dolor que nunca será aliviado.

En mi caso se trata de Newfield. Supongo que murió antes de que me convirtiera en un escritor famoso de verdad, así que nunca supo lo que había hecho. No obstante, de vez en cuando, desearía tener una máquina del tiempo para volver a 1934 con alguno de mis libros y los artículos que se han escrito sobre mí y decirle "¿Qué te parece esto, maldito estúpido? No sabías a quién tenías en clase. Si me hubieses tratado como debías, te podría haber recordado como mi descubridor, en vez de considerarte un maldito estúpido."

De hecho, he soportado tanto menosprecio durante más de medio siglo de sufrimiento que recientemente he escrito un relato llamado *Time traveler*, en el que un personaje que ha sufrido exactamente igual que yo vuelve al pasado. Por desgracia, como soy escritor me vi obligado a terminar la historia de una manera dramática y adecuada y no de manera realmente satisfactoria para mí. (No, no le diré como termina.)

Mi única satisfacción es que tiene que haber unos pocos ejemplares de la revista literaria semestral que contiene *Little brothers*. Yo tengo uno, por ejemplo. Le aseguro que, aparte del mío, no hay ningún nombre en el índice que sea famoso. Incluye varios poemas de Alfred A. Duckett, un joven afroamericano de gran talento que después escribió una obra considerable, pero el nombre más familiar es, con

mucho, el mío. Hay coleccionistas que, si descubrieran uno de estos ejemplares, estarían dispuestos a pagar una cantidad importante por él, aunque no fuera más que porque contiene mi primer trabajo publicado, aquél por el que Newfield pidió perdón.

Cuando se publicó el anuario de la graduación, se hizo pública una lista con los nombres del mejor alumno en conjunto, el mejor escritor, el primero en esto y el primero en aquello. No necesito decir que no fui el mejor en nada pero ninguno de "esos mejores" se ha hecho famoso (al menos que yo sepa). En realidad, sí soy mencionado, justo debajo de mi foto, donde dice: "Cuando mira un reloj, éste no sólo se para, sino que va hacia atrás". Ingenio escolar.

No, mi paso por el instituto no fue un éxito en ningún sentido aunque terminé con una media general muy alta. Y eso a pesar de que descubrí horrorizado que había asignaturas que era incapaz de manejar.

Estaba acostumbrado a aprender cualquier materia, de la gramática al álgebra avanzada y del alemán a la historia, con igual facilidad. Pero en Boys High, durante un semestre estudié economía y descubrí, profundamente desconcertado, que no entendía nada. No servía de nada escuchar al profesor ni estudiar el tema. Por primera vez en mi vida tropecé con una barrera mental, una asignatura que no podía hacer que me entrara en la cabeza.

Tuve que sobrevivir a todo esto. Tuve que superar la humillación de la clase de redacción, el no estar ni siquiera entre los seis mejores promedios, ser ignorado en el anuario escolar y saber que había asignaturas que era incapaz de entender.

Lo logré. Al menos no recuerdo haberme sentido abatido. Seguía siendo alguien notable y pretendía demostrárselo al mundo entero. Terminé en el instituto en 1935; sólo tenía quince años.

17. El fracaso

Pretendía entrar en el Columbia College, la facultad más elitista de la Universidad de Columbia. En realidad mi padre no podía pagar los gastos de enseñanza pero dijo que de eso ya nos preocuparíamos más tarde. Lo primero que había que hacer era ser admitido. Fui a hacer una entrevista a Columbia con personal de la universidad, a cuyo campus entré por primera vez el 10 de abril de 1935.

No fui aceptado. Sé por qué. La cuota para judíos del Columbia College ya estaba cubierta. Fue mi primera experiencia seria del efecto limitador del antisemitismo. El entrevistador fue muy amable y atribuyó la denegación al hecho de que era demasiado joven. Tenía que tener dieciséis años para convertirme en un estudiante de primer año del Columbia College. Me sugirió que entrara en el Seth Low Junior College, que también pertenecía a la Universidad de Columbia. (Allí la edad mínima para entrar también era de dieciséis años, pero no parecía ser un obstáculo en un centro que no era elitista.) Estaba en Brooklyn, estudiaría allí dos años, y después podría pasar los dos últimos años con los alumnos del Columbia College.

Acepté. No podía hacer mucho más.

Pero mi padre no estuvo de acuerdo. Estaba dispuesto a pasar apuros, incluso a pedir dinero prestado, para que asistiera al Columbia College, pero no al Seth Low. Así que me aguanté y fui al City College, al que también había enviado una solicitud, que fue aceptada. Allí no cobraban por la enseñanza, pero era una especie de gueto, profundamente judío, y sus graduados no tenían muchas posibilidades de encontrar un buen trabajo.

Pasé allí tres días horribles, y lo único que recuerdo es el examen físico. En la ficha de todos ponía WD, menos en la mía, que ponía PD. Pregunté. Me dijeron que WD quería decir "bien desarrollado" (*well developed en inglés*.) PD significaba "mal desarrollado (*poorly developed* en inglés). No habían tenido en cuenta el hecho de que yo era hasta tres años más joven que los demás examinados. Me sentí profundamente agraviado.

Pero entonces me llegó una carta del Seth Low. Después de abrir la misiva, mi padre los llamó por teléfono para decir que no podía pagar la enseñanza. Le ofrecieron una beca de 100 dólares y no pudo resistir la tentación. Cambié a Seth Low. Después me llegó una carta del City College. Habían visto los resultados de un test de inteligencia que me habían hecho y deseaban que fuera para hablar de mi carrera. Les escribí con bastante frialdad para decirles que era demasiado tarde. Estaba en el Columbia. ("Poco desarrollado" y todo.)

(Dicho sea de paso, el incidente provocó una seria discusión con mi padre. En Rusia, recibir una carta era algo tan extraordinario que el primero de la familia en cuyas manos caía la abría. Le expliqué, bastante molesto, que en Estados Unidos las

cosas no eran así. Una carta dirigida a mí sólo podía ser abierta por mí. A mi padre le dejó perplejo esta exclusividad, pero a partir de entonces mi correo fue algo privado).

Seth Low resultó ser otro gueto. La mitad aproximadamente judía y la otra mitad italoamericana. Aparentemente recibía a los estudiantes brillantes para los que no tenía cabida el Columbia College.

No era un centro con mucho éxito. Después del primer año lo cerraron y nos trasladaron en masa al campus de Morningside Heights. Durante el resto de mi carrera me senté con la clase del Columbia College, pasé sus exámenes y fui puntuado según sus criterios.

¿Me convirtió eso en un miembro de la clase? No. Estaba clasificado como universitario sin graduación. Cuando llegó el momento de la graduación, todos los miembros del Columbia College consiguieron un B.A., *Bachelor of Arts*, el título de los caballeros. Yo recibí un B.S., *Bachelor of Science*, un título de menos prestigio. Pensé que esto era debido a que me había especializado en un tema específico. Pero no, después averigüé que era una demostración de ciudadanía de segunda, y otra causa más de irritación para mí. Además, con el tiempo, la universidad creó la School of General Studies para sustituir a la University Extension. Se ocupaba sobre todo de los estudiantes nocturnos que tenían que trabajar durante el día. Bajo este nombre reunieron varias categorías diferentes, incluidos los estudiantes no graduados. Esto significa que estoy inscrito como alumno de esta facultad y que cualquier biógrafo descuidado podría llegar a la conclusión de que fui a ese centro nocturno. No lo hice.

Con el tiempo, la Universidad de Columbia estuvo lo bastante orgullosa de mí como para nombrarme doctor honoris causa, agasajarme y hacer que presidiera distintas ceremonias. Y cuando el Columbia College me invitó a que les diera una ceremonia, era lo bastante importante como para insistir en que sólo lo haría si me incluían en la promoción de 1939. Lo hicieron y en 1979 asistí a la reunión de cuadragésimo aniversario. No es que me apeteciera (por lo general, no voy a las reuniones porque no me gusta mucho sumergirme en la nostalgia), pero en esta ocasión fui para ejercer mi derecho, por decirlo de alguna manera. No conocía a ninguno de los demás asistentes y, aunque ellos a mí sí, no creo que ninguno me recordara como compañero de clase.

En muchos aspectos mi carrera en el *college* fue un fracaso quizá mayor que el del instituto. Se produjo un mayor declive en mi capacidad académica. En mis estudios primarios era el niño más listo de la clase. En el instituto, uno de los más listos. En el *college*, no fui más que un alumno inteligente que no destacaba.

El mayor fracaso se produjo al final de mis estudios en el *college*.

Al terminar, había un peligro. Mientras estudiaba, era un alumno contento: estaba en casa, trabajaba con mi familia y vivía una vida regular y equilibrada. Pero a medida que pasaban los años, la graduación, el título y el fin de los estudios parecían

amenazantes, y tendría que buscar un trabajo. Iba a graduarme en 1939. tendría diecinueve años y seguía siendo difícil encontrar un trabajo. Además, algunas profesiones estaban prohibidas para mí, no importa la razón. No podía obtener un tipo de trabajo del que los judíos estaban excluidos de manera automática. La clase de trabajo que coloca a uno en el camino para alcanzar las posiciones más prestigiosas y lucrativas, por supuesto. Pero no me estoy quejando de antisemitismo. Incluso si no hubiera sido judío pero hubiera sido el mismo, no habría cumplido los requisitos. No tenía buena apariencia, era desgarbado, con la cara llena de acné, una sonrisa burlona que aparecía con facilidad y, creo, proporcionaba a mi rostro una expresión ridícula y, lo peor de todo, carecía de diplomacia. No puedo imaginar que nadie me quisiera dar trabajo.

La única solución era seguir estudiando y, si fuese posible, prepararme para un empleo en el que fuera mi propio jefe. Debido a un extraño giro de las circunstancias, ya había logrado mi objetivo sin saberlo. En mis años del *college* vendí mis dos o tres primeros relatos y me convertí en un escritor profesional.

Pero nada me permitía imaginar que mi literatura serviría para pagar algo más que un capricho. La idea de escribir como carrera, y bien pagada por añadidura, sólo se le habría ocurrido a un megalómano, y por mucha confianza que tuviera en mí mismo, yo no lo era.

Los trabajos autónomos accesibles a los judíos, que proporcionaban prestigio social y una buena vida, eran las profesiones de médico, dentista, abogado, contable y algunas más. Por supuesto, era mejor ser médico. Gran parte de los médicos de Nueva York eran judíos, y para un judío era un método seguro de triunfar en una sociedad moderadamente antisemita.

Da la casualidad que mi padre había asumido esto hacía mucho tiempo. Pensaba que, tras mi graduación, ingresaría en la facultad de medicina y me convertiría en médico. Puesto que nunca se me ocurrió discutir con mi padre sobre estos asuntos, lo acepté de forma natural.

Pero a medida que pasaba el tiempo, empecé a albergar ciertas dudas. En primer lugar, ¿de dónde demonios iba a sacar el dinero? No había manera de que yo pudiera pagar la enseñanza, los libros y el material. Había pagado el *college* con dificultad, ayudándome con trabajos de verano, la venta de unos cuantos relatos, unas becas de cuantía menor y todo el dinero del que pudo disponer mi familia. Nunca se podía ahorrar nada. La facultad de medicina era mucho más cara. No había ninguna posibilidad de que pudiera asistir a ella.

Para empeorar las cosas, mi padre sufrió una angina de pecho en 1938 y no se sabía si podría volver a trabajar en la tienda o si yo tendría que ocuparme de todo y abandonar las esperanzas de llegar a ser algo distinto de un tendero.

Por fortuna, mi padre, que en esa época pesaba cien kilos, perdió peso a gran

velocidad, lo rebajó hasta setenta y dos y se mantuvo así durante toda su vida. Siguió medicándose y trabajando en la tienda, pero esto hacía que estudiar mi carrera de medicina fuera todavía más problemático.

En un aspecto más personal, tenía que pensar en abandonar mi casa. ¿Qué ocurriría si me aceptaran en una facultad de medicina en Ohio o Nevada?

Yo siempre había vivido en mi casa y sólo en muy raras ocasiones, y durante intervalos muy cortos, había abandonado la ciudad de Nueva York. De nuevo, como en el caso de las largas horas en la tienda, podía haberme rebelado contra ello, y cuando llegó la ocasión y ya no estaba obligado a permanecer en casa, podía haber salido a recorrer el mundo con la mayor alegría. Mi hermano, Stanley, reaccionó exactamente así. Él y su mujer recorren el mundo y les encanta.

Por desgracia (tal vez por fortuna, ¿quién puede saberlo?), la necesidad de viajar me agobiaba. No quería marcharme de casa. En realidad, me asustaba terriblemente abandonarla. No podía dormir pensando que tal vez tendría que irme a otro Estado, estar solo y tener que ocuparme de mí mismo. No sabía cómo hacerlo.

Desde luego, con el tiempo, tuve que irme de casa y vivir solo y asumir las responsabilidades de compartir mi vida con una mujer y unos hijos. No obstante, siempre que me establecí en un lugar al que pudiera llamar hogar, me enraizaba profundamente en él y no quería abandonarlo.

Esto ha seguido sucediendo durante toda mi vida, y mi aversión a viajar, mi deseo de permanecer en casa, en mi entorno cómodo y familiar, se ha acentuado. En la actualidad vivo en Manhattan, y he vivido allí durante veinte años. Hago todo lo que puedo para no tener que abandonarlo nunca, si puedo evitarlo. Con toda franqueza, no me entusiasma dejar mi piso. Envidio al detective de ficción Nero Wolfe que prácticamente no sale nunca de su casa en la calle 35 Oeste.

La tercera razón era la más simple de todas. Cuanto más pensaba en ello más sentía que no quería ser médico, de ninguna especialidad. No puedo soportar ver la sangre, se me revuelve el estómago en cuanto se menciona una herida y la descripción de alguna enfermedad me desagrada. Aunque uno se acostumbra. Me fui habituando a las disecciones cuando elegí zoología en el *college*, pero no quería volver a pasar por el mismo proceso.

Por fortuna, esta situación la resolvieron por mí las propias facultades de medicina, y su decisión fue correcta. Envié la solicitud sólo a las cinco facultades del área de Nueva York (puesto que estaba decidido a no abandonar mi casa). Dos de ellas, incluida la Facultad de Medicina y Cirugía de la Universidad de Columbia, me rechazaron sin más ni más, probablemente porque su cuota de judíos ya estaba completa. Las otras tres me hicieron una entrevista y, como siempre, produje una impresión desfavorable en los entrevistadores. No lo hice a propósito, hacía todo lo posible por resultar encantador y simpático, pero yo no poseía estas cualidades; al

menos en esa época de mi vida.

Fui rechazado por las cinco en mi primer año de *college* y, cuando al año siguiente volví a enviar mi solicitud, me rechazaron todavía con más rapidez.

Para mi padre fue una gran decepción. Era la primera vez que su notable hijo había intentado algo que creía que era importante y había fracasado. Creo que pensaba que la culpa, hasta cierto punto, era mía (lo que, sin duda, era cierto) y nuestras relaciones se enfriaron durante algún tiempo. Yo, por mi parte, sentí mi orgullo herido, si no, no hubiese sido humano. Mi mejor amigo del *college*, con peores notas pero mucho más sociable, fue admitido en la facultad de medicina y, por unos momentos, me invadió un sentimiento nada grato que casi nunca experimento: la envidia.

Sin embargo, lo superé y el paso de los años no ha hecho más que confirmar que no hubiera conseguido terminar la carrera. Hubiera sufrido la humillación, mucho mayor, de tener que abandonar, incluso si hubiese dispuesto del dinero suficiente, sencillamente porque carecía de la capacidad necesaria y, sobre todo, del temperamento adecuado.

Hubiera sido un golpe muy duro. Nunca habría superado algo así. Siempre recuerdo esta época tan peligrosa de mi vida con enorme gratitud hacia la perspicacia e inteligencia de las personas encargadas de la selección que me impidieron ingresar en la facultad de medicina.

18. Los futurianos

Me convertí en un "fan" (esta palabra es una abreviatura de "fanático", no es una broma) de la ciencia ficción a mediados de los años treinta. Con esto no quiero decir que me limitara a su lectura. Intenté participar en su desarrollo. El modo más fácil de hacerlo era escribiendo cartas al director.

Todas las revistas de ciencia ficción tenían una sección de cartas y animaban a los lectores a escribir. La que más me gustaba en aquella época era *Astounding Stories*. Empezó a publicarse en 1930 bajo la dirección de Clayton Publications. La Depresión terminó con el negocio de la revista, y con Clayton, después del número de marzo de 1933, pero la mayor editorial de folletines, Street & Smith Publications, adquirió los derechos del nombre.

Por tanto, a los seis meses de su muerte, *Astounding* resucitaba con el número de octubre de 1933. Bajo la dirección imaginativa de F. Orlin Tremaine, enseguida se convirtió en la mejor y más vendida revista de ciencia ficción. Sigue existiendo en la actualidad, aunque ha cambiado su nombre por el de *Analog Science Fact-Science Fiction*. En enero de 1990 la revista celebró su sexagésimo aniversario (pero una enfermedad, con gran disgusto por mi parte, me impidió asistir al acontecimiento.)

Escribí mi primera carta a *Astounding* en 1935 y la publicaron. Como la mayoría de los fan, yo citaba las historias que me habían gustado y las que no, decía por qué y pedía que los cantos de las páginas fueran más suaves en vez de tan ásperos, puesto que se desmenuzaban y dejaban hilas de papel por todas partes. (La revista, con el tiempo, se hizo con cantos suaves. No es que carecieran de sensibilidad: los cantos suaves cuestan dinero.)

En 1938 escribí cartas a *Astounding* todos los meses, y por lo general las publicaban. Esto resultó ser más importante de lo que podía haber imaginado.

Había otras maneras de ser un fan. Los fans pueden llegar a conocerse entre sí (tal vez a través de la sección de cartas, puesto que se publicaba el nombre y la dirección). Si vivían cerca, podían reunirse, discutir los relatos, intercambiar revistas y cosas así. Lo que acababa convirtiéndose en un "club de fans". En 1934 una de las revistas creó la Liga Americana de Ciencia Ficción y los fans que se unían a ella podían ampliar su círculo de amistades a zonas más lejanas.

Clavado como estaba a la tienda de caramelos, no sabía nada de estos clubes y nunca se me hubiese ocurrido unirme a la Liga. Pero un joven que había ido conmigo a Boys High vio mi nombre en las cartas de *Astounding* y me envió una postal invitándome a asistir a una reunión del Club de Ciencia Ficción de Queens.

Esta posibilidad me resultaba excitante y de inmediato empecé a negociar con mis padres. En primer lugar, tenía que estar seguro de que podían prescindir de mí en la tienda por el tiempo que durara la reunión. Después, se trataba de convencerlos de

que me dieran dinero para el billete, más algunos centavos extra por si comíamos en el club y tenía que comprar algo.

Llegados a este punto, debo decir que nunca recibí paga de ningún tipo. Trabajaba en la tienda por la comida, el alojamiento, la ropa y la educación; mis padres pensaban que era suficiente, y también yo. Había oído hablar de pagas para los niños en las películas, tiras de dibujos, etc., pero siempre tuve la vaga sensación de que era una romántica irrealidad.

Por supuesto, si necesitaba dinero para alguna cosa (transporte a la escuela, comida o incluso para algo frívolo como el cine) nunca me lo negaban, pero tenía que pedirlo. Hasta que no empecé a recibir cheques por mis relatos no pude abrir mi propia cuenta en el banco, y siempre bajo la condición implícita de que el dinero estaba destinado a la enseñanza y a otros gastos escolares inevitables, a ninguna otra cosa.

Cuando fui mayor me pareció extraño que mi padre, a pesar de que no me daba ni un penique, no dudara en permitir que tuviera acceso a la caja registradora. Obviamente, la caja registraba todas las ventas y, si hubiese robado de vez en cuando una moneda de 25 centavos, se habría notado. Habría podido vender caramelos o cigarrillos y después "olvidarme" de meter el dinero en la caja y embolsármelo, pero fui muy bien educado y jamás se me ocurrió hacer algo así y, aparentemente, mi padre tampoco pensó que podía hacerlo.

En cualquier caso, me permitieron asistir a la reunión del club de fans y me dieron dinero suficiente, así que el 18 de septiembre de 1938 conocí, por primera vez, a otros aficionados a la ciencia ficción. Sin embargo, entre la primera invitación y la segunda tarjeta en la que se me daban instrucciones para llegar al lugar de la reunión, había habido una escisión en el club de Queens, y un pequeño grupo disidente había formado una nueva organización. (Con el tiempo, llegué a darme cuenta de que los aficionados a la ciencia ficción eran un grupo discutidor y pendenciero y que los clubes estaban siempre dividiéndose en facciones hostiles.)

Mi compañero de instituto pertenecía al pequeño grupo escindido, e ignorando por completo que no iba al club de Queens, me uní a ellos. Este grupo se había separado porque eran activistas que pensaban que los aficionados a la ciencia ficción debían adoptar posturas más antifascistas, mientras que el núcleo mayoritario sostenía que la ciencia ficción estaba por encima de la política. Si hubiese sabido algo de la ruptura, me habría puesto sin dudarlo del lado del grupo escindido, así que, de todas formas, había llegado al lugar adecuado.

El nuevo grupo se puso un nombre bastante largo y grandilocuente, pero popularmente se les conoce como los Futurianos y formaban el más extraño club de fans que jamás haya existido. Estaba compuesto por un grupo de adolescentes brillantes que, por lo que pude ver, procedían todos de hogares rotos y habían tenido

una infancia desdichada o, por lo menos, insegura.

Una vez más, era un intruso, ya que había tenido una familia muy unida y una infancia feliz, pero en otros aspectos todos me gustaron y sentía que había encontrado un hogar espiritual.

Para demostrar cómo cambió mi vida, debo explicar mis ideas sobre la amistad…

A menudo en libros y películas oímos hablar de amistades de la infancia que duran toda la vida; de antiguos compañeros de escuela que permanecen juntos a lo largo de los años; de camaradas de armas que se reúnen para emborracharse y revivir la alegría de la vida en los cuarteles; de compinches de colegio que se ayudan durante toda la vida en honor a los viejos tiempos.

Puede que suceda, pero yo soy escéptico. Me parece que la gente que ha compartido la escuela o el ejército ha vivido en un estado de intimidad forzada que no han elegido por sí mismos. Podría existir algún tipo de amistad por costumbre y proximidad entre aquellos que se caen bien aisladamente o que fueron forzados al compañerismo social fuera de los ambientes artificiales de la escuela y el ejército, pero no de otra manera.

En mi caso, no hubo ninguna amistad de la escuela que se mantuviera después, ni ninguna amistad del ejército que sobreviviera a mi paso por él. En parte fue porque no tenía tiempo para las relaciones sociales fuera de la escuela o el ejército, y en parte debido a mi aislamiento.

Pero, una vez que me uní a los Futurianos, todo cambió. En este caso, aunque tenía pocas posibilidades de mantener relaciones sociales y a pesar de que no estaba en contacto con algunos de ellos durante largos períodos de tiempo, hice amistades profundas que en algunos casos han durado medio siglo, hasta la actualidad.

¿Por qué?

Por fin conocía a gente que estaba en la misma onda que yo, a quien le gustaba la ciencia ficción y que era tan brillante e irregular como yo. Reconocía a un alma gemela de manera inconsciente. Lo notaba de inmediato, sin necesidad de un proceso intelectual. De hecho, en algunos casos, entre los Futurianos y fuera de ellos, he encontrado almas gemelas y amistades eternas incluso en gente que no me gusta.

De todas maneras, en este libro pretendo dedicar capítulos cortos a individuos que han influido mucho en mi carrera o cuyas vidas se entrecruzaron con la mía de alguna manera, y lo mejor que puedo hacer es empezar con algunos de los Futurianos más destacados.

19. Frederik Pohl

Frederik Pohl nació en 1919 y es sólo unas semanas mayor que yo. Cuando nos encontramos como compañeros Futurianos en septiembre de 1938, los dos estábamos a punto de cumplir los diecinueve años. A pesar de tener mi misma edad, él siempre ha sido más astuto y ha tenido mucho más sentido común que yo. Lo reconozco y acudiría a pedirle consejo sin dudarlo.

Es más alto que yo y su voz es serena. Sus dientes son un tanto prominentes y, a menudo, la expresión de su cara es burlona, lo que le da un aspecto un poco conejil, pero, para mí, agradable, porque me gusta mucho. Tiene el pelo claro y cuando lo conocí ya le empezaba a ralear.

Fred es una persona muy especial. No lanza destellos de vez en cuando, como yo y algunos otros Futurianos. Él brilla con una luz clara y uniforme. Es uno de los hombres más inteligentes que he conocido y, a menudo, escribe cartas o artículos para las revistas de aficionados o profesionales expresando sus opiniones sobre temas científicos y sociales. Los leo con avidez, ya que escribe muy bien y con mucha claridad y, a lo largo de cincuenta años, nunca he discrepado de nada de lo que ha dicho. En las pocas ocasiones en las que ha expresado un punto de vista diferente del mío, me he dado cuenta de inmediato de que yo estaba equivocado y él tenía razón. Creo que es la única persona con cuyas opiniones nunca estoy en desacuerdo.

Siempre me he sentido más cerca de él que de ninguno de los demás Futurianos, a pesar de que nuestras personalidades y circunstancias fueran tan diferentes. Tuvo una infancia inestable, aunque nunca hablaba mucho de ello, y la Gran Depresión le obligó a abandonar la escuela.

Sale del paso lo mejor posible y se refiere a sí mismo con humor como alguien "dado de baja de la escuela". Pero no se deje engañar. Siguió con un programa autodidacta que le ha permitido saber mucho más sobre muchas más cosas que la mayoría de personas que han tenido una educación tan intensiva como la mía.

Su vida social también ha sido muy agitada. Se ha casado cinco veces, pero su matrimonio actual con Bette parece feliz y estable.

Cuando nos conocimos, él y los demás Futurianos escribían ciencia ficción a un ritmo loco, solos o en colaboración, bajo distintos seudónimos. En esto no me uní a ellos; yo insistía en escribir solo mis relatos y utilizaba mi propio nombre. Dio la casualidad de que fui el primer futuriano que empezó a vender narraciones de manera regular, pero me siguieron de cerca.

Pohl empezó a firmar los relatos con su nombre en 1952, cuando, en colaboración con otro Futuriano, Cyril Kornbluth, publicó una novela en tres entregas en *Galaxy* llamada *Gravy Planet*. Apareció en un volumen como *Mercaderes del espacio* en 1953, y los hizo famosos a los dos. A partir de ese momento Fred y Cyril fueron

considerados escritores importantes de ciencia ficción.

¿Su relación conmigo?

En 1939, Pohl revisó mis relatos cortos rechazados, lo llamó "los mejores rechazos que haya visto nunca" (lo que fue muy alentador) y me dio consejos interesantes para poder mejorarlos. Después, en 1940, cuando sólo tenía veinte años, se convirtió en el director (y muy bueno, por cierto) de dos nuevas revistas de ciencia ficción, *Astonishing Stories* y *Super Science Stories*. Compró para estas revistas algunos de mis primeros relatos. Esto me permitió seguir adelante hasta que tuve acceso a la mejor revista del sector, *Astounding*. Fred y yo incluso colaboramos en dos narraciones, aunque me temo que no demasiado buenas.

En 1942, cuando estaba atascado y no podía continuar una novela corta que estaba escribiendo y debía entregar al cabo de una semana más o menos, me dijo cómo salir del agujero en el que yo mismo me había metido. Estábamos de pie en el puente de Brooklyn, pero no recuerdo cuál era mi problema ni su solución. (Muchos años después, averigüé que estábamos de pie en el puente porque la mujer de Fred, Doris, pensaba que yo era un "pelotillero" y no quería que fuera a su apartamento. Me quedé estupefacto cuando leí esto en la autobiografía de Fred, porque ella siempre me había gustado y nunca pensé que le desagradara. Tampoco lo pude aclarar con ella porque había muerto joven.)

En 1950, Pohl fue mi valedor y logró que se publicara mi primera novela. En resumen, Fred, más que cualquier otra persona, dejando aparte a John W. Campbell, Jr. (del que hablaré más adelante), hizo posible que me convirtiera en escritor.

20. Cyril M. Kornbluth

Cyril M. Kornbluth era el más joven de los Futurianos y, en algunos aspectos, el más brillante e irregular. Nació en 1923, y cuando le conocí no tenía más que quince años. Era bajo y gordinflón, con el pelo castaño y rizado y tenía una manera de hablar cortante, así que no resultaba una persona muy agradable.

Era más inteligente que yo y pienso que parecía mucho más prometedor, pero, como en el caso de Fred Pohl, sus estudios se habían interrumpido por alguna razón que nunca descubrí. Podría haber envidiado su brillantez pero evidentemente él no era feliz. Desconozco la razón, pero sospecho que era porque estaba rodeado de gente que le apreciaba muy poco aunque eran mucho menos inteligentes que él.

Por otro lado, él no podía haberme catalogado en el grupo de los "menos inteligentes" y, sin embargo, me embargaba la sensación de que yo no le gustaba, por decirlo de una manera suave. No tenía pruebas directas de ello. Nunca me lo dijo con palabras pero me evitaba, nunca me hablaba y, de vez en cuando, se burlaba de mí. Tendía a ser hosco y sarcástico con todo el mundo y puede que, al fin y al cabo, todo fuese debido a un exceso de susceptibilidad por mi parte. Tal vez mi buen humor ruidoso y constante lo ponía nervioso, pero no lo hacía para molestarle. Yo era tan alegre como él hosco.

En cierta ocasión en que canté una canción para tenor, "A Maiden Fair to See", de *H.M.S. Pinafore*, entoné la nota alta de la última línea sin dificultad y Cyril murmuró: "¡Demonios! ¡Ha llegado!", como si hubiera estado esperando que mi voz fallara para poder saborear mi turbación.

Y otra vez, cuando estaba dando una charla en un encuentro sobre ciencia ficción, Cyril me interrumpía continuamente y de manera agresiva, así que me callé durante breves segundos para crear suspenso y asegurarme la atención, y después dije, alto y claro:

—Cyril Kornbluth. El pobre se parece a George O. Smith.

George O. Smith era otro escritor de ciencia ficción terriblemente aburrido. En cualquier reunión, hacía que todo el mundo perdiera el hilo, conferenciante y oyentes, con sus observaciones inútiles e incongruentes. Esa comparación desfavorable con George le detuvo. No hubo más interrupciones.

Pero resultó que Cyril era un buen escritor y en sus obras hacía gala de un sentido del humor del que carecía en la vida real. Lo mejor eran sus relatos cortos, y el más famoso es *The Marching Morons* (*Galaxy*, abril de 1951). En él presenta un mundo formado en su mayor parte por imbéciles sin inteligencia que no se mezclan con las escasas personas inteligentes que mantienen el mundo en marcha. Estoy seguro de que Cyril pensó en una aplicación personal.

Colaboró con Fred Pohl en *Gravy Planet* y escribió varias novelas. Estoy

convencido de que estaba a punto de abandonar la ciencia ficción para empezar a escribir novelas de argumento que le hubieran hecho muy famoso, cuando todo terminó.

Padecía del corazón y el 21 de marzo de 1958, después de una sorpresiva tormenta, estuvo quitando nieve con una pala. Después corrió para coger el tren, sufrió un ataque al corazón en la estación y murió. Sólo tenía treinta y cinco años.

21. Donald Allen Wollheim

Donald Allen Wollheim había nacido en 1914 y era el mayor de todos los Futurianos. Constituía el miembro más dinámico y dominaba la sociedad. Probablemente era el mayor aficionado a la ciencia ficción de todo el país, con la posible excepción de Forrest J. Ackerman, de Los Ángeles.

No era guapo, tenía una nariz bastante prominente y cuando le conocí también sufría (al igual que yo) un grave caso de acné. Sin embargo, poseía una autoridad innegable a pesar de ser tan serio como Cyril Kornbluth. En 1941 se convirtió en el director de dos revistas de ciencia ficción: *Stirring Science Fiction* y *Cosmic Stories*. Los recursos para su publicación eran muy escasos. En realidad no tenía dinero para pagar las narraciones y dependía de los compañeros Futurianos, que le suministraban el material que no podían vender. Incluso me pidió a mí un relato y le di uno que se llamaba *The Secret Sense*, que apareció en el número de marzo de 1941 de *Cosmic*. No lo había podido vender porque era realmente malo, incluso para mí, así que estaba dispuesto a contribuir con él, por amistad.

Pero F. Orlin Tremaine, que había editado *Astounding* hasta 1938, también había lanzado una nueva revista, *Comet Stories*, y pagaba la increíble suma de un penique por palabra. Me dijo que los escritores que cedían historias a las revistas que no pagaban ayudaban a que éstas quitaran lectores a las que sí pagaban. Dichos escritores estaban perjudicando a los demás y a la ciencia ficción en general y debían estar en una lista negra.

Eso me asustó. Llamé inmediatamente a Wollheim y le pedí diez dolares por mi historia (0,2 centavos por palabra) sólo para poder decir que me habían pagado por ella. Wollheim me pagó, pero junto con el cheque me envió una carta muy desagradable.

Siguió haciendo grandes cosas. Escribió muchos relatos cortos, el primero de los cuales fue *The Man from Ariel* (*Wonder Stories*, enero de 1934), que fue publicado cinco años antes que mi primer relato. El que más me impresionó fue *Mimic* (*Fantastic Novels*, septiembre de 1950). También escribió varias novelas de ciencia ficción, la mayoría para jóvenes.

No obstante, era evidente que, al igual que el legendario John Campbell de *Astounding*, prefería editar a escribir. Editó la primera antología de revistas de ciencia ficción, *The Pocket Book of Science Fiction*, en 1943. Fue editor de Ace Books durante mucho tiempo, donde realizó un trabajo estimable e innovador. Después fundó DAW Books, la primera editorial de libros de bolsillo dedicada únicamente a la ciencia ficción, y mientras lo hacía, ayudó a varios y buenos escritores contemporáneos en ese género.

En 1971 publicó *The Universe-Makers*. Era una historia de la ciencia ficción en la

que trataba de desenmascarar algunos de los aspectos descabellados de la leyenda de Campbell. También hablaba favorablemente de relatos míos pertenecientes a la serie de la Fundación (de los que hablaré a su debido tiempo) y afirmaba que habían establecido el comienzo de la ciencia ficción moderna. Aunque yo no estaba de acuerdo con él en todo, acepté agradecido sus elogios y finalmente le perdoné el incidente de *The Secret Sense*. (Sí, soy susceptible a los halagos. Todo el mundo se da cuenta enseguida, sobre todo mis editores).

Don sufrió en 1989 un ataque de apoplejía que le inmovilizó gran parte del cuerpo, pero no su mente. DAW Books sigue adelante sin problemas bajo la dirección de su mujer, Elsie (su única mujer, un caso que a veces creo que es bastante sorprendente entre los escritores de ciencia ficción), y su hija Betsy.

22. Las primeras ventas

Hasta que no tuve diecisiete años no se me ocurrió que debía crear narraciones con un final definido en vez de inventar cosas al azar. Empecé un relato de ésos en mayo de 1937; se llamaba *Cosmic Corkscrew*; avanzaba a rachas, y a veces permanecía relegado en el cajón de mi escritorio durante meses.

Pero a principios de 1938 *Astounding* cambió su fecha de aparición sin avisar y no llegó en el día esperado. Temí que hubiese dejado de publicarse, llamé a Street & Smith y descubrí que se iba a publicar otro día. El pánico momentáneo que me había producido el pensar que la revista había desaparecido me hizo sacar del cajón *Cosmic Corkscrew* y terminarlo. Quería presentar la narración mientras siguiera habiendo algún lugar donde poder hacerlo. La terminé en junio de 1938.

¿Por qué esta prisa repentina por enviarla? Para 1938 estaba harto de todos los folletines menos de los de ciencia ficción. Leía exclusivamente este género y sus escritores estaban empezando a parecerme semidioses. Yo también quería ser un semidiós.

Además, si vendía alguno de mis relatos, podría ganar algo de dinero y deseaba ardientemente poder pagar parte de la enseñanza universitaria sin recurrir a mi padre. Durante el verano de 1935 había tenido un trabajo temporal, pero fue insoportable y prefería mucho más ganar dinero con la máquina de escribir.

Pero una vez terminado el relato, ¿cómo presentarlo? Mi padre, con menos mundo que yo todavía, sugirió que fuera a ver en persona al director y le entregara el manuscrito. Le dije que estaría demasiado asustado para hacer algo así. (Me imaginaba al director expulsándome de la oficina con frases ofensivas.)

Mi padre dijo:

—¿De qué hay que tener miedo? —Claro, él no iba a ir.

Para mí, obedecer a mi padre era una costumbre arraigada desde hacía mucho tiempo, así que fui en metro hasta Street & Smith y pedí ver al señor Campbell. No me lo podía creer cuando la recepcionista le llamó y después me dijo que el director me recibiría. Esto fue posible gracias a que yo no era un desconocido para él. Había estado recibiendo y publicando mis cartas, así que sabía que yo era un gran aficionado a la ciencia ficción. Además, como descubrí después, era un conversador incansable que necesitaba audiencia y en ese momento pensó que yo le escucharía sin chistar.

Me trató con el mayor respeto, cogió mi manuscrito, prometió que lo leería con rapidez y mantuvo su promesa. Me lo devolvió casi a vuelta de correo, pero su carta de rechazo era tan amable que empecé a escribir otro relato de inmediato, se llamó *The Callistan Menace*. Sólo me costó un mes escribirlo.

A partir de entonces, escribí uno al mes, y lo enviaba a Campbell. Él lo leía y me

lo devolvía con comentarios muy útiles.

Hasta el 21 de octubre de 1938, exactamente cuatro meses después de mi primera visita a Campbell, no logré vender mi tercer relato, *Marooned off Vesta*, pero no a Campbell, que lo había rechazado. Lo vendí a *Amazing Stories*, cuyo nuevo dueño, Ziff-Davis, decidió publicar relatos de acción folletinescos y, al bajar la calidad, incrementó la tirada.

Amazing Stories estaba dirigida por Raymond A. Palmer, un jorobado de 1,20 metros con una mente muy viva y muy poco ortodoxa. Años después creó, casi sin ayuda, la locura de los platillos volantes y se dedicó a la publicación de revistas de seudociencia. Murió en 1977 a los sesenta y siete años. Nunca lo conocí en persona, pero fue el primer director que compró una de mis narraciones, y andando el tiempo él lo contaba con orgullo.

Cobré 64 dólares por ella y apareció en el número de marzo de *Amazing*. La revista llegó a los quioscos el 9 de enero de 1939, una semana después de mi decimonoveno cumpleaños. Mi padre envió pomposas cartas a todos sus amigos (yo no me enteré de que lo había hecho) y parecía dispuesto a seguir haciéndolo con cada relato que lograra vender. Me costó mucho conseguir que dejara de hacerlo.

Después, vendí mi segundo relato, *Callistan Menace*, a Fred Pohl y apareció en el número de abril de 1940 de *Astonishing*. Nunca vendí mi primera narración *Cosmic Corkscrew* ni cualquier otro de mis primeros siete relatos. Ninguno de ellos existe ya. Sospecho que cuando me fui de la ciudad en 1942 (por razones que diré después), mi madre, ignorando lo que tenía, los tiró. Desde el punto de vista literario no era ninguna pérdida, más bien el mundo ganó con su desaparición. Pero, históricamente, fue una pena. Siempre existe un cierto interés por las obras juveniles.

La primera narración que vendí a John Campbell se llamaba *Trends* y apareció en *Astounding* en julio de 1939. Para entonces *Amazing* ya había publicado otro de mis relatos, uno bastante malo llamado *The Weapon Too Dreadful to Use* (*Amazing*, mayo de 1939), así que mi primer relato de *Astounding* era el tercero publicado.

Nunca me gustó mucho. Siempre he rechazado estas dos primeras historias porque nunca me gustó la *Amazing* de Ziff-Davis y me daba vergüenza que mis relatos estuvieran en tan mala compañía. Yo quería aparecer en *Astounding* y en mi corazón intento considerar *Trends* mi primera obra publicada.

Sin embargo, estoy equivocado al hacerlo, ya que estas dos narraciones quizá me salvaron de un destino peor que la muerte. John Campbell era un partidario acérrimo de los nombres cortos y simples para sus escritores y estoy seguro de que me habría pedido que utilizara un seudónimo del tipo de John Smith, yo me habría negado categóricamente a hacerlo y quizás habría abortado mi carrera como escritor.

Sin embargo, estas dos primeras narraciones aparecieron en Amazing con mi nombre real, Isaac Asimov. A Palmer esto no le preocupaba en absoluto, Dios le

bendiga, y a lo mejor como era un hecho consumado y mi nombre, mi verdadero nombre, había aparecido en las páginas de las revistas de ciencia ficción, Campbell no dijo ni palabra. Así, mi verdadero nombre apareció en las respetadas páginas de *Astounding*.

En total, en mi último año en Columbia gané 197 dólares. No era mucho, aunque en 1939 se trataba de una cantidad más importante de lo que es ahora, pero marcó un comienzo. No sólo pude empezar a pagar mis gastos de enseñanza, sino que también fue el principio de mi libertad, de mi capacidad para mantenerme solo.

Todo ello representaba mucho más que eso para mí, ya que había una cosa que yo ansiaba más que el dinero. Lo que yo quería, lo que yo soñaba, era ver mi nombre en el índice y, en letras todavía mayores, en la primera página de la publicación.

Lo he logrado, y eso me entusiasma.

23. John Wood Campbell, Jr.

John Wood Campbell, Jr., nacido en 1910, tenía sólo nueve años y medio más que yo, aunque cuando le vi por primera vez pensé que no tenía edad. Era un hombre alto y grande, con el pelo claro, la nariz ganchuda, la cara ancha, los labios delgados y un cigarrillo en una boquilla permanentemente encajada entre los dientes.

Era locuaz, terco, inconstante y despótico. Hablar con él significaba escuchar un monólogo. Algunos escritores no lo podían aguantar y le evitaban, pero me recordaba mi padre, así que yo le escuchaba todo lo que fuera necesario.

Como tantas personalidades brillantes de la ciencia ficción, tuvo una infancia desgraciada. Nunca supe los detalles porque nunca me dijo nada, y si alguien no me lo cuenta, yo no pregunto. Por un lado, no se me da bien curiosear y por otro, prefiero hablar de mí antes que de los demás.

Campbell asistió al MIT (Instituto Tecnológico de Massachusetts) pero nunca terminó sus estudios. Según creo, no pudo con el alemán. Se trasladó a la Universidad Duke de Carolina del Norte, muy conocida en mi juventud por el trabajo de Joseph B. Rhine sobre la percepción extrasensorial y que posiblemente influyó en las ideas posteriores de Campbell sobre el tema.

Su primer relato publicado fue *When the Atoms Failed*, en el número de enero de 1930 de *Amazing*. En aquella época el escritor más famoso de ciencia ficción era Edward Elmer *Doc* Smith, quien relataba "historias de superciencia". Smith fue el primero que escribió sobre viajes interestelares en *Skylark of Space* (*Amazing*, agosto septiembre y octubre de 1928) y Campbell quería imitar con sus cuentos de héroes superhombres que recorrían sin descanso estrellas y planetas. Con *Piracy Preferred* (*Amazing*, junio de 1930) empezó su famosa serie *Wade, Arcot y Morey*, que le situó casi al nivel de Smith.

Smith continuó escribiendo sus relatos de superciencia hasta que murió en 1965, a los setenta y cinco años. Fue uno de los escritores de ciencia ficción más queridos, pero no pasó de ahí. Sus primeros relatos estaban diez años adelantados a su tiempo, y sus últimos, diez años retrasados, aunque Campbell siguió publicándolos fielmente en *Astounding*.

Por otro lado, Campbell se cansó de la superciencia y buscó otros temas. En 1936 y 1937 escribió para *Astounding* un relato en dieciocho entregas que trataba de los últimos avances científicos sobre el Sistema Solar. Fue una de las primeras incursiones de un escritor de ciencia ficción en el campo de la ciencia real.

Más importante fue el cambio que imprimió al estilo de sus obras. En vez de superciencia, empezó a escribir relatos de humor; eran tan radicalmente diferentes de sus primeros relatos que tuvo que utilizar un seudónimo para evitar la ira de los lectores que los compraban pensando que serían superciencia. Su seudónimo era Don

A. Stuart, una variación del nombre de soltera de su primera mujer, Dona Stuart. El primer relato escrito bajo este seudónimo fue *Twilight* (*Astounding*, noviembre de 1934), todo un clásico.

Abandonó sus relatos de Campbell y continuó con la línea de Stuart hasta que publicó *Who Goes There?* (*Astounding*, agosto de 1938). Puede que éste sea el mejor relato de ciencia ficción de todos los tiempos.

Para entonces ya había descubierto su verdadera vocación. En 1938 se convirtió en director de Astounding y lo siguió siendo durante el resto de su vida. Enseguida cambió el nombre de *Astounding Stories* por el de *Astounding Science Fiction* (por lo general citada como *ASF*).

Fue la mayor autoridad en el género que haya existido nunca, y durante su primera década como director mantuvo el dominio absoluto de este campo. En 1939 creó *Unknown*, una revista dedicada a la fantasía para adultos que era única y maravillosa, pero la escasez de papel de la Segunda Guerra Mundial acabó con ella.

Durante aquella maravillosa década descubrió y promovió a una docena de escritores de ciencia ficción de primer nivel, incluido yo mismo.

Parecía imposible que aquel gigante se hundiera en el ocaso, pero lo hizo. Su éxito, que proporcionó a la ciencia ficción una nueva respetabilidad al contar relatos de científicos e ingenieros en vez de versar sobre aventureros y superhéroes, provocó la aparición de la competencia. En 1949, *The Magazine of Fantasy and Science Fiction* (F & SF) salió a la calle bajo la dirección de Anthony Boucher y J. Francis McComas, y fue todo un éxito. En 1950, *Galaxy Science Fiction*, dirigida por Horace L. Gold, apareció en el mercado y también evolucionó favorablemente. Campbell, a la sombra de ambas, inició el declive.

El ocaso de Campbell fue acelerado por sus propios cambios de orientación. Le gustaba moverse por los límites de la ciencia y deslizarse más allá de la pseudociencia. Parecía tomarse en serio los platillos volantes, las facultades "psiónicas" como la percepción extrasensorial (la influencia de Rhine) e incluso insensateces como el "mecanismo de Dean" o la "máquina de Hieronymus". Sobre todo, abanderó la "dianética", una especie de tratamiento mental nada convencional inventado por el escritor de ciencia ficción L. Ron Hubbard. Sus principios fueron publicados por primera vez en un artículo titulado *Dianetics* (*ASF*, mayo de 1950).

Todo esto influyó en el tipo de relatos que Campbell compraba y, en mi opinión, hizo que la revista empeorara. Varios autores escribían artículos pseudocientíficos para asegurar sus ventas a Campbell, pero los mejores abandonaron, yo entre ellos. No dejé de escribir del todo para él, ni nuestra amistad se rompió, pero hubo un cierto distanciamiento, ya que yo no aceptaba sus extrañas opiniones y se lo decía.

Escribí un relato titulado *Belief* (*ASF*, octubre de 1953) que hablaba de las facultades "psiónicas" a mi manera. Después de muchas discusiones acepté cambiar

el final por él, pero nunca se lo perdoné.

Campbell continuó editando *ASF*, cuyo nombre cambió por el de *Analog* a principios de los sesenta, hasta su muerte, el 11 de julio de 1971 a la edad de sesenta y un años. Sin embargo, durante los últimos veinte años de su vida, no fue más que una sombra de lo que había sido.

24. Robert Anson Heinlein

En mis primeros dos años con John Campbell, conocí a una serie de personas que con el tiempo se convertirían en estrellas de primera magnitud de la ciencia ficción. Las amistades creadas de esta manera, como todas las que hice dentro de la comunidad de la ciencia ficción, duraron toda la vida.

El motivo es que todos nos sentíamos parte de un minúsculo grupo denostado y calumniado por la gran mayoría, que no llegaba a comprendernos. Así que nos unimos en busca de seguridad y calor y formamos una hermandad que nunca falló. Tampoco nos convirtió en enemigos la competencia por las ventas. Se podía ganar tan poco dinero en el campo de la ciencia ficción que no valía la pena competir por ello. En realidad escribíamos por amor al arte.

(En la actualidad me temo que es diferente. El número de escritores de ciencia ficción se ha multiplicado por diez desde 1939 y las cantidades de dinero que se obtienen en concepto de adelantos, ventas de películas, etc., a veces son astronómicas. Me parece que en estas condiciones el viejo sentimiento de hermandad no puede existir.)

En algunos aspectos, mi amigo más importante fue Robert Anson Heinlein. Era un hombre muy guapo, con un bigote perfectamente recortado, una sonrisa amable y tan cortés que siempre me hacía sentir especialmente tosco cuando estaba con él. Yo hacía el papel de campesino y él, de aristócrata.

Heinlein había servido en la marina de Estados Unidos, pero en 1934 fue licenciado por invalidez debido a su tuberculosis. En 1939, cuando tenía treinta y dos años (un poco tarde para un escritor), se dedicó a la ciencia ficción y su primer relato, *Lifeline* (*ASF*, agosto de 1939), se publicó un mes después de uno mío titulado *Trends*. Desde el momento de su aparición, el mundo de la ciencia ficción, atónito, lo aceptó como su mejor escritor, y mantuvo este privilegio durante toda su vida. Desde luego, yo estaba impresionado. Fui de los primeros en escribir cartas de elogio para él en las revistas.

De inmediato se convirtió en el pilar principal de *ASF* y él y Campbell se hicieron amigos íntimos, aunque parece que Heinlein impuso para esa amistad la condición de que Campbell nunca rechazara ninguna de sus narraciones.

Heinlein jamás superó su licenciamiento de la marina. Al conocer la noticia de Pearl Harbor, intentó alistarse, pero le rechazaron. Por tanto, se trasladó al Este para poder ayudar en su condición de civil.

Se las arregló para situarse en la Naval Air Experimental Station (NAES) y buscó a otros científicos e ingenieros brillantes que pudieran unirse a él. Reclutó a Sprague de Camp (del que hablaré extensamente más adelante) y también a mí me ofreció un trabajo. Al final, después de muchas dudas, que describiré más tarde, acepté.

Mi amistad con Heinlein, dicho sea de paso, no mantuvo el mismo curso uniforme y sin altibajos que siguieron todas mis relaciones de la ciencia ficción. Que esto iba a ser así se vio de inmediato en cuanto trabajamos juntos en la NAES. Nunca discutí abiertamente con él (trato de no hacerlo con nadie) y nunca le volví la espalda. Hasta que Heinlein murió, no dejamos de saludarnos calurosamente siempre que nos encontramos.

Sin embargo, en nuestra amistad ha habido una cierta reserva. Heinlein no era un individuo complaciente y tolerante como los demás escritores de ciencia ficción que conocía y que me gustaban. No era partidario del vivir y deja vivir. Tenía el convencimiento de que él sabía más y se empeñaba en enseñarte para que estuvieras de acuerdo con él. Campbell hacía lo mismo, pero a éste no le preocupaba que al final siguieras estando en desacuerdo con él, mientras que Heinlein, en semejantes circunstancias, se volvía hostil.

No me llevo bien con la gente que está convencida de que sabe más que yo y que me acosa por eso, así que empecé a evitarle.

Además, aunque durante la guerra fue un liberal convencido, nada más finalizar ésta se convirtió en un conservador reaccionario e inamovible. Eso sucedió en el mismo momento en que sustituyó a una esposa liberal, Leslyn, por otra conservadora y reaccionaria, Virginia.

Ronald Reagan hizo lo mismo cuando cambió a su mujer, Jane Wyman, liberal, por Nancy, ultraconservadora, pero siempre he pensado que Ronald Reagan es un descerebrado que repite las opiniones de cualquiera que esté cerca de él.

No puedo explicar el caso de Heinlein de la misma manera, ya que no creo que siga las opiniones de sus esposas a ciegas. Solía pensar en ello perplejo (por supuesto, nunca se me habría ocurrido preguntar a Heinlein; estoy seguro de que no me hubiera respondido, y habría demostrado la mayor hostilidad), y llegué a una conclusión: nunca me casaría con alguien que no estuviera de acuerdo, en términos generales, con mis opiniones políticas, sociales y filosóficas.

Casarse con alguien con opiniones completamente diferentes sobre estos principios básicos supondría buscarse una existencia llena de discusiones y controversias, o bien (cosa en cierto modo peor) llegar al acuerdo tácito de no discutir nunca de estos temas. Pero no creo que haya ninguna posibilidad de llegar a un acuerdo. Desde luego yo no mudaría de opinión sólo por mantener la paz del hogar y no querría una mujer tan poco firme en sus convicciones que fuera capaz de hacerlo. No, yo quería una esposa compatible con mis ideas, y debo decir que esto ha sido así en el caso de mis dos mujeres.

Otra cuestión acerca de Heinlein es que no era de esos escritores que, tras encontrar un estilo determinado, siguen siendo fieles a él durante toda su vida, a pesar de que las modas cambien. Ya he dicho que E. E. Smith era de ésos y debo admitir

que yo también. Las novelas que he escrito últimamente son del mismo tipo de las que escribí en los años cincuenta. (Muchos críticos me han censurado por ello, pero les haré caso el día que el cielo se desplome sobre nuestras cabezas.)

Heinlein intentó evolucionar con los tiempos, así que sus últimas novelas no desentonaron por lo que se refiere a las modas literarias posteriores a los sesenta. Digo que "intentó" porque pienso que no lo logró. No soy quién para juzgar la obra de otros escritores (ni siquiera la mía) y no me gusta hacer afirmaciones subjetivas sobre ellos, pero me veo obligado a admitir que siempre deseé que Heinlein hubiera mantenido el estilo de relatos como *Solution Unsatisfactory* (*ASF*, octubre de 1941), que escribió bajo el seudónimo de Anson McDonald, y de novelas como *Double Star* (*Estrella doble*), publicada en 1956, que para mí es su mejor obra.

Destacó también más allá del mundo limitado de las revistas de ciencia ficción. Fue el primero de nuestro grupo en abrirse paso en las revistas "satinadas", al publicar *The Green Hills of Earth* en *The Saturday Evening Post*. Durante algún tiempo le tuve bastante envidia, hasta que me convencí de que él estaba llevando adelante la causa de la ciencia ficción y facilitándonos el camino a todos los demás. Heinlein estuvo también metido en una de las primeras películas que intentaban ser al mismo tiempo inteligentes y de ciencia ficción: *Con destino a la luna*. Cuando los Escritores de Ciencia Ficción de América empezaron a entregar sus premios Gran Maestro en 1975, Heinlein recibió el primero por aclamación general.

Murió el 8 de mayo de 1988 a la edad de ochenta años. Su fallecimiento fue muy sentido incluso en ámbitos ajenos a la ciencia ficción. Se mantuvo firme en el primer puesto como el más grande escritor de este género.

En 1989, se publicó a título póstumo su libro *Grumbles from the Grave*. Se trata de un epistolario formado por cartas que escribió a los directores y, sobre todo, a su agente. Lo leí y negué con la cabeza, deseé que no se hubiese publicado, ya que Heinlein (al menos me lo parecía a mí) revelaba en esas cartas una mezquindad de espíritu que había visto en él en la época de la NAES y que no debió ser revelada al público en general.

25. Lyon Sprague de Camp

Lyon Sprague de Camp nació en 1907, el mismo año en que vio la luz Robert Heinlein. Es alto y guapo, se mantiene erguido y tiene una preciosa voz de barítono (aunque es incapaz de cantar una sola nota). Cuando le vi por primera vez llevaba un cuidado bigote y en los años posteriores le añadió una barba perfectamente recortada. Hay algo muy británico en su apariencia.

De toda la gente que conozco es el que menos ha cambiado de aspecto. Le conocí cuando tenía treinta y dos años. En la actualidad, cincuenta años después, se le reconoce enseguida con facilidad: un poco menos de pelo, la barba un poco más gris, pero el mismo L. S. de Camp. Otros han cambiado tanto que si los pusiera junto a una foto suya de cuando eran jóvenes, no parecerían los mismos.

Parece formidable y reservado, pero él no es así. Es (aunque parezca increíble) tímido. Yo creo que por ese motivo nos llevamos tan bien, porque en mi presencia nadie puede ser tímido; no lo permito. Conmigo, se puede relajar. De cualquier manera, siento por él un profundo afecto. Desde el principio, cuando nos conocimos en la oficina de Campbell en 1939 y yo era un principiante de diecinueve años y él ya era un escritor consagrado, me trató con respeto y se ganó mi corazón. Y desde entonces siempre nos hemos mantenido en contacto aunque estuviéramos en ciudades diferentes.

Siempre he sentido demasiado temor y respeto como para llamar a John Campbell por su nombre de pila, y he sido lo bastante distante con Heinlein como para hacerlo con él. Pero De Camp, para mí, es, ha sido y siempre será "Sprague".

Lleva casado con su mujer, Catherine, más de cincuenta años (cuando lo conocí estaba recién casado). Ésta nació el mismo año que él y ha conservado exactamente su buen aspecto de siempre. De apariencia eternamente joven, ambos llevan una vida muy ocupada escribiendo y viajando.

Sprague tuvo problemas para ganarse la vida durante la Depresión (¿no los tuvimos todos?) y en 1937 se dedicó a la literatura de ciencia ficción. Su primer relato, *The Isolinguals*, apareció en septiembre de 1937 en *ASF*. Esto era en los días anteriores a Campbell, y cuando éste asumió el liderazgo, introdujo tales cambios en el género que muchos autores, muy conocidos antes de Campbell, no fueron capaces de realizar la transición y se quedaron en la cuneta. (Fue como la carnicería que se produjo entre las estrellas del cine mudo cuando llegaron las películas sonoras.) No obstante, Sprague aguantó sin dificultad.

Es uno de esos escritores de ciencia ficción que domina la ficción y la no ficción con igual facilidad. Ha escrito muchos libros sobre aspectos poco importantes de la ciencia y siempre ha mantenido la lógica más estricta al hacerlo. También ha escrito obras estupendas de fantasía y novelas históricas excelentes.

Heinlein, Sprague y yo estuvimos juntos en la Naval Air Experimental Station durante la Segunda Guerra Mundial. Al empezar, éramos todos civiles. A Heinlein no se le permitió alcanzar rango de oficial y yo me negué en redondo a llevar galones. Pero Sprague lo intentó y pronto llegó a ser teniente de navío. Antes de que terminara la guerra había ascendido a capitán de corbeta, aunque sus obligaciones le mantuvieron detrás de una mesa en la NAES.

Ahora voy a repetir una historia que ya conté en mi anterior biografía.

Por razones de seguridad, todos teníamos que llevar tarjetas de identificación cuando entrábamos en el área de la NAES. Si nos la olvidábamos, nos trataban con cierto desprecio, nos daban una tarjeta temporal y nos descontaban una hora de paga.

En nuestros primeros días allí, Sprague y yo íbamos a menudo a trabajar juntos, y una vez, cuando llegamos los dos a la puerta, se tocó la solapa de la chaqueta y dijo:

—¡He olvidado mi tarjeta!

Para él esto era importante, ya que un incidente de este tipo en su historial podría entorpecer sus aspiraciones de convertirse en un oficial.

Así que me quité mi tarjeta y le dije:

—Sprague, coge ésta y póntela. Nadie la va a mirar y podrás pasar. Me la devuelves al salir de trabajar.

—Pero ¿qué vas a hacer tú? —me preguntó.

—Me ganaré una bronca, pero estoy acostumbrado.

—Vale más tener un buen corazón que una medalla —murmuró Sprague con voz ronca.

Desde entonces, Sprague nunca ha dejado de cantar mis alabanzas, de palabra y por escrito, aunque afirma que no recuerda el incidente. Me gusta pensar que mi gesto estuvo motivado por mi cariño sincero con Sprague, pero si fuera un auténtico cínico con el don de la previsión, podría haberlo considerado como una buena inversión.

Después de la Segunda Guerra Mundial, Sprague se quedó en Filadelfia y yo volví a Nueva York. Asistí a la celebración de su ochenta cumpleaños el 27 de noviembre de 1987. En 1989, Sprague y Catherine se trasladaron a Tejas para disfrutar de un clima más templado y para estar más cerca de sus dos hijos, Lyman y Gerard. No importa. Hablamos por teléfono ayer por la noche.

26. Clifford Donald Simak

Clifford Donald Simak nació en 1904 y trabajaba como periodista en Mineápolis. Mi primer contacto con él fue cuando leí un relato, *The World of the Red Sun*, en el número de diciembre de 1931 de Wonder Stories. Me gustó tanto que a la hora del almuerzo en el instituto, me senté en el bordillo de la acera y se lo conté con todo detalle a una multitud de niños atentos.

No me fijé en que el autor fuera Clifford Donald Simak. Ni siquiera me di cuenta de ello hasta cuarenta años después, cuando estaba reuniendo una antología de mis historias favoritas de los años treinta, que se publicó bajo el título de *Antes de la Edad de Oro*. Para entonces, Cliff era un viejo y apreciado amigo y me quedé estupefacto al descubrir que el relato que me había gustado tanto era el suyo.

En realidad, *The World of the Red Sun* era la primera historia de Cliff. Escribió algunas más y después lo dejó porque no le gustaba la ciencia ficción que se estaba publicando. Pero cuando Campbell se hizo cargo de *ASF*, animó a Cliff y empezó de nuevo, convirtiéndose rápidamente en uno de los principales pilares de Campbell.

Ahora debo contar cómo nos hicimos amigos, aunque lo he relatado a menudo.

Cliff Simak publicó *Rule 18* (*ASF*, julio de 1938) y en mi carta mensual que por aquel entonces escribía para la revista decía que no me había gustado y le daba una puntuación muy baja.

Al poco tiempo, me llegó una carta muy educada de Cliff, pidiéndome detalles sobre lo que estaba mal para así poder mejorar. Su cortesía y amabilidad me dejaron sin respiración y, con franqueza, dudo mucho que yo pudiera hacer gala de semejante cortesía y amabilidad con cualquier mequetrefe presuntuoso que tuviera la temeridad de criticar uno de mis relatos.

Sin embargo, esto era típico de Cliff, que, sin duda, era una de las figuras menos controvertidas de la ciencia ficción. Nunca oí una frase en su contra, sólo frases de aprobación.

En cualquier caso, volví a leer *Rule 18* (para entonces ya conservaba mis revistas de ciencia ficción) y descubrí, profundamente avergonzado, que era un relato muy bueno y que me gustaba.

Lo que me había desconcertado era que Cliff había pasado de una escena a otra sin nada que las relacionara y, al leerlo por primera vez, puesto que no estaba acostumbrado a esta técnica, me quedé perplejo. En la segunda lectura, lo comprendí y me di cuenta de lo que Cliff había hecho y del porqué. Había dado mucha más agilidad a la historia.

Le escribí una carta reconociendo humildemente mi error. En ese momento se inició una correspondencia y empezó nuestra amistad (anterior incluso a la venta de mi primer relato), que duró hasta la muerte de Simak.

Además, el incidente hizo que leyera sus historias con cuidado y que imitara su estilo sencillo y claro. Creo que lo he logrado en cierta medida y que esto ha mejorado muchísimo mi forma de escribir. Es el tercero de los tres que me formaron en mi carrera literaria. John Campbell y Fred Pohl lo hicieron por precepto y Cliff Simak con su ejemplo.

He contado tantas veces esta historia que Simak, un individuo sumamente modesto, me preguntó bastante avergonzado si algún día dejaría por fin de elogiarle.

Le respondí con una sola palabra:

—¡Nunca!

Cliff fue uno de los que recibió el premio de Gran Maestro de los Escritores de Ciencia Ficción de América; galardón totalmente merecido.

Murió el 25 de abril de 1988, a la edad de ochenta y cuatro años. Pero Heinlein murió menos de dos semanas después, así que la muerte de Simak fue relegada a un segundo plano. Eso me dolió mucho, porque aunque Heinlein era el escritor de más éxito, no pude menos de pensar que Cliff era mejor persona.

27. Jack Williamson

Jack Williamson es la clase de nombre anglosajón que cuadra perfectamente a los folletines, pero él lo consiguió con honestidad. Su verdadero nombre es John Stewart Williamson, y Jack su apodo natural.

Nació en 1908 y en esto momentos es el decano incuestionable de los escritores de ciencia ficción, ya que su primer relato, *The Metal Man*, apareció en *Amazing* en diciembre de 1928, y él sigue en activo, una marca que no ha igualado ningún escritor importante en este campo, que yo sepa. Es otra figura querida, por encima de cualquier controversia y crítica, sólo por detrás de Cliff Simak. Su obra de los años treinta está entre mi literatura preferida.

Fue uno de los pocos que hizo la transición de antes de Campbell a Campbell sin problemas, y la segunda persona (después de Heinlein) que recibió el título de Gran Maestro de los Escritores de Ciencia Ficción de América.

Mi primera experiencia de la bondad de Jack llegó en 1939, cuando después de que se publicara mi primer relato, *Marooned off Vesta*, recibí una postal en la que me decía: "Bienvenido a bordo." Fue el primer acontecimiento que me hizo sentir como un escritor de ciencia ficción y nunca he dejado de estarle agradecido por su gesto considerado y generoso.

Williamson se había criado en la pobreza, en el Suroeste, y su educación era muy limitada cuando nos empezamos a escribir. Pero después volvió a la escuela y con el tiempo consiguió una plaza de profesor. Un caballero realmente asombroso.

Como en el caso de Cliff Simak, sólo he visto a Jack en esas raras ocasiones en que los dos asistimos a los mismos congresos de ciencia ficción.

28. Lester del Rey

Lester del Rey (la forma sencilla de un sonoro apellido español) nació en 1915. Es un individuo bajo y delgado, con una gran voz y una personalidad agresiva. Su cara es tringular, se estrecha en la barbilla, y lleva gafas con cristales muy gruesos desde que le operaron de cataratas. Cuando le conocí, en 1939, iba completamente afeitado, pero ahora ostenta una espesa barba que, desde entonces, no ha dejado de crecer. Siempre he tenido la sensación irresistible de que se parece al personaje de Gandalf de *El señor de los anillos* de Tolkien.

A Horace Gold (un escritor y editor de ciencia ficción del que hablaré más adelante) le gustaba decir que Lester "tenía el cuerpo de un poeta y el alma de un camionero" y estoy de acuerdo con él. Por desgracia, Horace intentaba completar el epigrama diciendo: "E Isaac tiene el cuerpo de un camionero y el alma de un poeta." Creo que está equivocado en las dos acusaciones.

Lester es una de esas personas a las que he tenido la buena suerte de conocer. Es un hombre honesto, cumplidor de su palabra y totalmente digno de confianza. Después de todo, en este mundo se conoce tanta hipocresía y sordidez, a tanta gente que miente y difama, en cuya palabra no se puede confiar, que a veces se siente la dolorosa sensación de que la vida es un cubo de basura en el que los hombres no somos más que las peladuras de plátano podridas. A pesar de todo, un hombre honesto refresca el aire viciado por un millón de falsarios. Por ese motivo valoro tanto a Lester y a los demás hombres honestos que he encontrado dentro y fuera de la ciencia ficción.

Hay una historia en la literatura moralista judía en la que Dios se abstiene de destruir este mundo perverso y pecador en consideración a los pocos hombres justos que nacen en cada generación. Si yo fuera religioso, creería en ello con devoción, y nunca estaré lo bastante agradecido por haber conocido a tantos hombres justos y a tan pocos malvados.

Lester ha tenido cuatro mujeres. No sé si hay algo en los escritores que favorece el divorcio. A lo mejor, los escritores están tan ensimismados, como en parte requiere su profesión, tan consumidos por su obra, que tienen muy poco tiempo, o ninguno, para dedicarlo a sus familias. Supongo que son muy pocas las mujeres que pueden soportarlo durante mucho tiempo. Algo de esto debe de ser cierto porque los escritores rara vez ganan mucho dinero y su cónyuge ni siquiera puede consolarse y decir: "Bueno, por lo menos cubre todas nuestras necesidades."

Conocí bastante bien a la tercera mujer de Lester, Evelyn. Tenía la cara delgada, y era atractiva e inteligente. Creo que al principio yo no le gustaba mucho. (No sé por qué; nunca lo sé.) Pero a medida que me fue conociendo mejor, le fui gustando más. A mí, ella siempre me gustó. Me ayudó a volver a la ciencia ficción después de que la

abandonara durante algún tiempo (algo que explicaré en su momento). En marzo de 1967 me preguntó:

—Isaac, ¿por qué ya no escribes ciencia ficción?

—Sabes muy bien que me he quedado tras la línea. Soy un número atrasado —le respondí con tristeza.

—Estás loco, Isaac. Cuando escribes, tú eres la frontera de la ciencia ficción —argumentó ella.

Me aferré a ello y me ayudó a volver a tiempo a la ciencia ficción.

Evelyn murió en un trágico accidente de coche el 28 de enero de 1970. Sólo tenía cuarenta y cuatro años.

Hubo una época, al principio, en que me pareció que Lester bebía demasiado. Puede que fuera algo exagerado por mi parte debido a mi antipatía por el alcohol, y en cualquier caso, si alguna vez tuvo problemas, los superó hace décadas.

Esto plantea la cuestión de si el alcoholismo es un riesgo laboral de los escritores. Lo he oído decir bastante en serio y creo que puedo entender por qué podría serlo. Escribir es un trabajo solitario. Incluso si un escritor se dedica a su verdadero oficio están solos él y su máquina de escribir y su ordenador. Nadie puede intervenir.

Además, los escritores son famosos por su inseguridad. "¿Estoy creando basura?" Incluso un escritor popular que está seguro de publicar cualquier cosa que escriba puede seguir preocupándose por la calidad. Creo que la combinación de soledad e inseguridad (más, en algunos casos, la presión inexorable del plazo de entrega) favorece la búsqueda de consuelo en el alcohol. Y, es cierto, conozco a muchos escritores de ciencia ficción que son bebedores empedernidos.

¿Cómo escapé? Por un lado, tuve un padre estricto que me educó como abstemio. Por otro, las causas que conducen a la bebida a los escritores no existen en mi caso. Me gusta estar solo, aunque puedo ser muy sociable si estoy en grupo y me dejan dirigir la conversación. Tampoco he pensado nunca que mi obra pudiera ser basura. Carezco totalmente de sentido crítico y me gusta todo lo que escribo.

Lo que me sorprende es que Harlan Ellison (del que escribiré más adelante), quien siendo un escritor con más talento que yo ha tenido una vida literaria mucho más difícil, tampoco bebe nada en absoluto. Nosotros dos y Hal Clement (sobre quien también escribiré más tarde) somos, creo, los tres más prominentes abstemios de la ciencia ficción.

Pero estoy divagando…

La vida de Lester cambió por completo cuando se casó con su cuarta mujer, Judy-Lynn. Éste fue un acontecimiento dramático que trataré a su debido tiempo.

El primer relato de Lester, *The Faithful* (*Astounding*, abril de 1938), fue escrito en circunstancias que a menudo se producen en la ciencia ficción pero no en la vida real. Después de leer una historia de ciencia ficción que no le gustaba, tiró la revista contra

la pared y dijo:

—Podría escribir una historia mejor que ésta.

Después de lo cual, su novia, a la que había hecho la observación, le respondió:

—A que no lo haces.

Se sentó de inmediato a escribir, y el resto ya es historia.

Mi relato favorito de Del Rey es *The Day is Done* (*ASF*, mayo de 1939), que leí en el metro y me hizo llorar. Una vez se lo conté (qué incauto) y desde entonces siempre me lo recuerda.

29. Theodore Sturgeon

Theodore Sturgeon, nacido en 1918, se llamaba en realidad Edward Hamilton Wlado, pero adoptó el nombre de su padrastro. Igual que Fred Pohl, Jack Williamson, Lester del Rey y otros, Ted tuvo una infancia difícil y una educación escasa. (¿Una educación escasa hace que la gente que no tiene una profesión definida se dedique a escribir?)

Ted fue dando tumbos de un trabajo a otro hasta que finalmente se dedicó a escribir ciencia ficción. Su primer relato fue *Ether Breathers*, que fue publicado en septiembre de 1939, en *ASF*, un mes después del primero de Heinlein y dos meses más tarde que mi primer relato. En esos días felices Campbell descubría a un escritor importante cada mes.

Ted era, como Ray Bradbury, un escritor especialmente poético. (Bradbury fue el único escritor importante de los años cuarenta que no fue descubierto por Campbell y que prácticamente nunca le vendió nada a éste. No se llevaban bien, pero a Bradbury, que alcanzó la fama y la fortuna de todas maneras, no le importaba.)

El problema con las obras poéticas es que si se da en el blanco, el resultado es muy bello; si se falla, es basura. Los escritores poéticos son por lo general desiguales. Un escritor prosaico como yo, no alcanza la cima pero evita caer en el abismo. En cualquier caso, las historias de Ted casi siempre eran perfectas.

Sturgeon era un individuo espiritual. (No estoy seguro de lo que significa este adjetivo, pero sea lo que sea, le va bien a Ted.) Amable y de voz pausada, parecía tímido y era justo el tipo de persona que a las mujeres jóvenes les gusta mimar, incluso después de que ha crecido. El resultado fue que tuvo una vida sexual compleja y una vida marital complicada que yo nunca intenté comprender. Esto se reflejaba también en sus obras de ficción, que cada vez trataban más del amor y el sexo en sus distintas variantes.

Fue bastante prolífico en los años cuarenta y cincuenta, pero después sufrió un bloqueo cada vez más grave y en la última parte de su vida se vio inmerso en un permanente estado de inseguridad. A veces me escribía pidiéndome pequeñas sumas para evitar situaciones embarazosas y se las envié.

En ese aspecto, soy un "blanco fácil" y docenas de escritores han acudido a mí para pedir pequeñas cantidades de vez en cuando. La cuestión es que mis necesidades son escasas y tengo pocas oportunidades de gastar mi dinero de manera alocada. Incluso en el ejército, otros soldados hacían cola para pedirme pequeñas sumas que me devolvían el día de pago. Si no fumas ni bebes, el dinero sigue en el bolsillo. Cada vez que presto dinero siento que es una manera de expresar mi profunda gratitud por no tener que pedirlo yo prestado.

Tampoco espero que me lo devuelvan. Al considerar cada préstamo como un

regalo, estoy, en primer lugar, aceptando la cuestión de manera realista. La gente que se ve obligada a pedir dinero prestado a sus amigos, a menudo no está en disposición de devolverlo y, por supuesto, nunca los apremio para que lo hagan. En segundo lugar, al no esperar su devolución, evito decepciones no obstante, debo decir que, en muchos casos, aunque no en todos, el dinero volvió.

En cierta ocasión, un amigo no judío vino a pedirme una pequeña suma y, sin decir una palabra, saqué el talonario y le extendí un cheque. Me prometió que me lo devolvería al cabo de seis semanas y lo hizo. Después me dijo:

—Antes había acudido a todos mis amigos gentiles y ninguno me lo dio. Acudí a ti el último porque eras judío, y me prestaste el dinero.

Le respondí, con lo que espero que fuera una ironía amable:

—Pues tampoco te he cobrado intereses. Debo de haber olvidado que soy judío.

Pero volvamos a Sturgeon. Ted era de esos que siempre devuelven el dinero, en alguna ocasión tanto tiempo después que me había olvidado del préstamo.

Pero Ted también se preocupaba por los demás. En una ocasión había conseguido que varios escritores de ciencia ficción participaran en algún tipo de proyecto radiofónico. Por desgracia, el empresario a cargo del proyecto no pudo sacarlo adelante y lo abandonó debiendo dinero a los escritores, no grandes cantidades, pero seguía siendo dinero. Ted trabajó durante meses para que el empresario lo restituyera. Por fin lo logró y cada escritor implicado, incluido yo, recibió su dinero.

Unas semanas después, recibí una carta bastante quejumbrosa de Ted. Describía con detalle todos los esfuerzos que le había costado el conseguir el dinero, y después decía: "Y de todos los escritores a quien he enviado cheques, fuiste el único que me escribió dándome las gracias."

Siempre he creído que no cuesta nada ser amable con los demás con pequeños detalles y, sin duda, esto hace que ellos también estén dispuestos a serlo.

30. La universidad

Pero a pesar de lo ocupado que había estado en 1939 con las obras de ciencia ficción y con las reuniones de la gente dedicada a esta literatura, no podía vivir con 197 dólares al año, así que consideraba la escritura sólo como una distracción agradable.

Al no ser admitido en la Facultad de Medicina seguí teniendo el problema de qué hacer cuando finalizara el *college*. Me parecía inútil terminar con mi título de *bachelor*. No encontraría trabajo, así que debía seguir estudiando.

Si el título de Doctor en Medicina estaba fuera de mi alcance tendría que intentar doctorarme en otra disciplina, aunque no estaba seguro de que un doctorado me ayudara a encontrar trabajo. No podía estar seguro, pero la cuestión era que me mantendría estudiando de dos a cuatro años y que el paso del tiempo podría resolver el problema.

Pero si trataba de obtener un doctorado, ¿qué estudiaría? Cuando estaba en el *college*, seguía fascinado por la historia, igual que lo había estado durante mis primeras lecturas en la biblioteca. Hacía tiempo que me había graduado en la lectura de Herodoto y Edward Gibbon.

Había pensado, y recuerdo esto con claridad, que a lo mejor podía convertirme en un historiador profesional. Lo anhelaba, pero después pensé que como historiador profesional lo único que podría hacer era encontrar una plaza en alguna facultad, probablemente una no muy grande; tendría que irme lejos de casa y nunca podría ganar mucho dinero.

Así que decidí que debía convertirme en científico de algún tipo, ya que así podría trabajar en la industria o en alguna importante institución de investigación. Podría ganar mucho dinero, hacerme famoso, ganar (quién sabe) un premio Nobel, etc.

Pero a veces un razonamiento cuidadoso no sirve para mucho. Me convertí en un científico y ¿cuál fue el resultado? Encontré una plaza en una facultad, una bastante pequeña y lejos de casa, y nunca gané mucho dinero. (Por fortuna, los acontecimientos borraron todo esto, como explicaré más adelante.)

A pesar de todo, nunca dejé de querer ser historiador. El hijo de mi hermano Stan, Eric, después de terminar el *college* fue a Tejas para obtener un doctorado en historia; sentí una punzada de envidia y me pregunté cómo podría haber sido mi vida si yo lo hubiera hecho. (No obstante, Eric cambió de idea, volvió a Nueva York y se hizo periodista, como su padre.)

Si decidía obtener un doctorado en ciencias, ¿qué ciencia elegiría? Por fortuna, la pregunta se contestó sola. Había elegido una especialidad al entrar en el *college*, y como pensaba que optaría por los estudios de medicina elegí las asignaturas que me

prepararan para ello, así que me decidí por zoología.

Fue uno de mis más graves errores. No podía soportar la zoología. Lo habría hecho bien si se hubiese tratado sólo de aprender en los libros, pero no era sólo eso. Había un laboratorio y diseccionábamos gusanos, ranas, peces y gatos. Me desagradaba profundamente, pero me acostumbré a ello.

El problema era que teníamos que encontrar un gato extraviado y matarlo metiéndolo en un cubo de la basura que llenábamos con cloroformo. Lo hice, como un estúpido. Después de todo, sólo seguía las órdenes de mi superior, como cualquier funcionario nazi de los campos de concentración. Pero nunca lo superé. Aquel gato muerto siempre me acompaña, e incluso en la actualidad, medio siglo después, cuando lo recuerdo, me retuerzo de pena.

Abandoné la zoología al terminar el curso.

Esto, a propósito, es un ejemplo de la división entre la inteligencia y los sentimientos. Intelectualmente, comprendo la necesidad de la experimentación con animales para que la medicina avance (siempre que la experimentación sea completamente necesaria y se realice con el menor sufrimiento posible). Puedo argumentar con una buena base sobre este punto.

Sin embargo, nunca, en ninguna circunstancia, participaré en una experimentación de este tipo, ni siquiera como observador. Cuando entran los animales, siempre me voy.

Eliminada la zoología, tuve que elegir entre química o física. Eliminé enseguida la física porque era demasiado matemática. Después de muchos años de encontrar fáciles las matemáticas, llegué por fin al cálculo integral y choqué contra una barrera. Me di cuenta de que había llegado lo más lejos posible, y hasta hoy nunca he podido ir más allá.

Esto me dejaba con la química, que no era demasiado matemática. Es decir, la química, elegida por defecto, no era una muy buena base para una profesión, pero no podía hacer nada más.

Por desgracia, como mi objetivo había sido un doctorado en medicina y no uno de otro tipo, me encontré con que solicitar una plaza en una facultad era un problema. No había estudiado suficiente química en los años anteriores. Para la Facultad de Medicina, sí; pero no para la Facultad de Ciencias. Además, yo no le gustaba al jefe del Departamento de química. En realidad, llegué a la conclusión de que me detestaba.

Este hecho en sí no me preocupaba demasiado. Tenía un largo historial de profesores a los que no gustaba, sin duda por buenas y abundantes razones. Pero el jefe de departamento podía impedir que entrara en la facultad y su intención era hacerlo.

Entonces empezó el duelo. Él me ordenaba que me fuera del despacho; y yo

volvía con el reglamento que demostraba que podía entrar en la facultad a prueba hasta que aprobara la asignatura necesaria que me faltaba, química física.

Mi persistencia y obstinación me dieron la victoria. Me fui ganando la simpatía de los demás miembros del departamento y el jefe cedió, pero no me lo puso fácil. Podía hacer química-física siempre que eligiera un programa completo de otras asignaturas (para todas las cuales la química-física era la clave). Además, tenía que lograr por lo menos una media de notable o no obtendría ningún crédito por ninguna de las asignaturas y todo el dinero que hubiera gastado en un año de enseñanza se iría a la basura. Eran unas condiciones draconianas, pero acepté. ¿Qué otra opción tenía?

Lo logré. En el curso de química-física que daba Louis P. Hammett, fui uno de los tres alumnos de una clase numerosa que obtuvo un sobresaliente. Esto hizo que pasara de estar a prueba a ser un alumno normal al cabo de medio año.

Por aquel entonces tenía veinte años y resultó ser mi último triunfo académico.

En realidad, mi carrera académica fue inexorablemente hacia abajo desde mis comienzos notables. En el *college* seguía siendo un alumno inteligente. Para cuando llegué a la facultad, era poco más que mediocre. Por lo general, los demás alumnos parecían entender la materia mejor y con más facilidad que yo, y en el laboratorio era un perfecto inútil. Casi nunca me salían los experimentos y cuando lo hacían, demostraba menos habilidad y pericia que cualquiera de la clase.

En cierto modo, esto no era sorprendente. Los demás alumnos habían hecho de la química el objetivo de su vida. Su meta era lograr un puesto en la universidad o en la industria, mientras que yo me limitaba a dejar pasar el tiempo, trabajando en química, partiendo de la base de que cualquier otra cosa era peor, sólo para alejar de mí el día funesto en que tendría que buscar un trabajo y (estaba tristemente convencido) no encontraría ninguno.

Pero ¿qué pasó con mi convencimiento (sostenido con tanta firmeza durante mi infancia) de que era una persona notable? Ahora que había dejado de ser un monumento a la inteligencia brillante y no era más que un estudiante de notables bastante corriente (que seguía sin gustar a los profesores), ¿tendría que volverme atrás, perder al menos algo de seguridad en mí mismo, ceder mi puesto y prepararme para la oscuridad y los lamentos de una vida que empezó tan bien y continuó tan mal?

Por extraño que parezca, no sucedió nada de eso. No me dejé amedrentar y mi opinión sobre mí mismo permaneció firme. Me había vuelto más sabio. Empecé a darme cuenta de que los logros académicos eran algo más que títulos y puntuaciones de exámenes, puesto que éstos eran criterios más o menos arbitrarios y triviales diseñados para juzgar los progresos de los jóvenes durante su enseñanza. Lo verdaderamente importante de cuanto había hecho en el escuela (y en la biblioteca) era crear una base de conocimientos y comprensión en una gran variedad de temas.

No importaba que los estudiantes de química que había a mi alrededor fueran

mejores que yo en química. La mayoría eran prácticamente incultos en cada una de las doce áreas del conocimiento en las que yo me sentía a gusto.

Empezaba a darme cuenta de que yo no era un especialista; de que en cualquier campo del conocimiento habría muchos que sabrían mucho más que yo y que, quizá, podrían ganarse la vida y alcanzar la fama en ese campo, mientras que yo no. Yo era un generalista, con conocimientos considerables sobre casi todo. Había muchos especialistas de cien o de mil clases diferentes, pero, me dije a mí mismo, sólo iba a haber un Isaac Asimov. Al principio, este sentimiento era débil, pero con el tiempo se fue haciendo cada vez más fuerte.

¿Megalomanía? ¡No! Tenía un buen conocimiento de mis aptitudes y talentos y trataba de mostrárselos al mundo.

A medida que mi éxito en química se desvanecía (y por desgracia lo hacía) mis logros literarios seguían aumentando y la propia impresión de que era extraordinario se afianzaba con más fuerza (y quizá con más lógica) que nunca.

31. Las mujeres

Quiso la suerte que nunca sintiera confusión o duda alguna sobre el sexo. Incluso en el jardín de infancia ya pensaba que las niñas eran mucho más agradables de contemplar que los niños. En esa época, nunca me pregunté la causa, me limité a aceptarlo como un hecho.

Con el tiempo, por supuesto, me instruí sobre la naturaleza del sexo. No a través de mis padres, como se podrá imaginar. Ni a mi padre y ni a mi madre se les habría pasado por la imaginación hablar de sexo conmigo (me temo que tampoco entre ellos, aunque puede que me equivoque). Y a mí no se me habría ocurrido hacerles preguntas sobre este tema.

Tampoco recurrí a una fuente de información adecuada. Lo aprendí a través del conocimiento, distorsionado e imperfecto, de otros chicos. Éste es el destino usual impuesto a los jóvenes por una sociedad que es demasiado mojigata e hipócrita para enseñar educación sexual como cualquier otra asignatura del conocimiento.

Teniendo en cuenta la importancia del sexo, que es una gran fuente de placer, una causa importante de miserias y enfermedades y que impregna todo el noviazgo y el matrimonio, ¿no resulta extraño que hagamos todo lo posible para enseñar a nuestros hijos a jugar al fútbol y no nos esforcemos en enseñarles a hacer el amor?

Cualquier intento de introducir las clases de educación sexual en los planes de estudios siempre encuentra una oposición feroz. Los que se oponen piensan (una vez eliminada la hipocresía de la "moralidad") que la educación sexual animaría a los jóvenes a experimentar, lo que conduciría a embarazos no deseados y a enfermedades.

A mí, esto me parece ridículo. Nada en el mundo puede evitar que los jóvenes experimenten con el sexo, a no ser que los mantenga en una ignorancia y cautiverio tan brutales que sus vidas se vean distorsionadas y arruinadas. Eliminando los misterios del sexo y tratándolo abiertamente, el acto pierde su ilegalidad, su atracción como "fruto prohibido". En mi opinión, un buen conocimiento de todos los aspectos del sexo, incluidos los métodos anticonceptivos y la higiene, reduce los embarazos no deseados y las enfermedades.

Podría, sin duda, haber aprendido algo más sobre el sexo que lo que me dijeron otros chicos y haber puesto a prueba mis conocimientos escasos e imperfectos. Seguramente habría sido fácil con chicas de buen corazón. Podría, sobre todo, haber encontrado una mujer con experiencia que hubiera querido enseñarme.

El hecho es que no lo hice. No fue porque no lo deseara. Miraba a las chicas con ansia y aprendí a flirtear de una manera bastante torpe, pero nunca logré nada.

La razón principal es que no tenía tiempo. Tenía que empollar en la escuela y trabajar en la tienda de caramelos. Para poner la guinda al pastel, mi padre decidió

vender la primera edición de la noche del Daily News, que no se entregaba directamente a los quioscos. Así que, todas las noches sin excepción del final de mi adolescencia, no importaba el tiempo que hiciera, tenía que recorrer alrededor de un kilómetro hasta un centro de distribución, esperar a que llegara el camión, recoger los periódicos, pagarlos y después llevarlos a la tienda. Esto me ocupaba todas las noches y me imposibilitaba tener ni siquiera una inocente relación amistosa con una chica.

De hecho, no tuve una cita con ninguna hasta que no cumplí los veinte años.

Además, entre los doce y los diecinueve años asistí a la Boys High School, al Seth Low Junior College y al Columbia College, en ninguno de los cuales había chicas en clase. Así que en la escuela viví en una soledad monástica.

Puede que eso no haya sido tan malo. La ausencia del otro sexo me permitió concentrarme en mis estudios sin la menor distracción. Además, como iba adelantado, todas las chicas de mi clase hubieran sido dos años mayores que yo y me habrían mirado por encima del hombro, rechazando con desprecio cualquier requerimiento amoroso que me hubiese atrevido a insinuar.

Tampoco fue tan bueno. La ausencia de mujeres contribuyó a distorsionar mi desarrollo social. También significó que en mi noche de bodas (a la edad de veintidós años) era virgen, con una mujer que también lo era. Puede que a los moralistas esto les parezca algo maravilloso, pero yo creo que resultó un desastre.

32. Mi corazón roto

Por fin, al entrar en la facultad a los diecinueve años, me encontré en clases en las que había chicas. Quiso la suerte que la que ocupaba la mesa de al lado en la clase de química orgánica sintética fuera una rubia atractiva, sólo un año mayor que yo y mucho mejor química que yo.

(Cuando fui uno de los tres que consiguió un sobresaliente en química-física, ella fue otra y le costó mucho menos que a mí.)

En estas circunstancias, no es sorprendente que me enamorara enseguida de ella. Era estúpido hacerlo con tanta rapidez, pero creo que fue muy natural.

No me molestaba en absoluto que fuera mucho mejor químico que yo. Cuando miro hacia atrás, este hecho es para mí la mayor prueba de que, entonces, ya había reorganizado mi escala de prioridades. En una época anterior de mi vida, cuando las notas eran lo más importante para mí, nunca me habían gustado los alumnos que sacaban mejores notas que yo o que amenazaban con hacerlo (aunque nunca perdí el tiempo con grandes odios o envidias). Si todavía hubiese tenido esa opinión de la "inteligencia", el que ella fuera mejor que yo en química me habría hecho perder mi interés.

Era una chica dulce y amable que se desvivió para no herir mis sentimientos aunque no estaba en absoluto interesada en mí de un modo romántico. Salimos varias veces (mis primeras citas) y aguantó mis increíbles torpezas. Por ejemplo, me enseñó que las cafeterías de autoservicio no eran los únicos sitios en los que se puede comer y me llevó a un pequeño restaurante después de advertirme, muy amablemente, que tenía que dejar propina.

De hecho, el día más feliz de mi vida, hasta ese momento, fue el 26 de mayo de 1940, cuando la llevé a la Exposición Universal, pasé el día entero con ella e incluso logré darle lo que yo pensaba que eran "besos".

Sin embargo, esto fue el final. Ella había obtenido el título de master, y lo consideraba suficiente. Consiguió un trabajo en una industria de Wilmington (Delaware) y el 30 de mayo me dijo adiós y yo me quedé completamente desconsolado.

Después de esto la vi un par de veces. Una fui a Wilmington a verla y acudimos junto al cine. Veinticinco años después, estaba dando una charla en la Sociedad Química Americana en Atlantic City y una mujer que esperaba tranquilamente para hablarme después de que terminara la conferencia me dijo:

—¿Me recuerdas, Isaac?

Era ella y la reconocí, pero no me produjo ninguna emoción especial. Cené con ella y su marido en el paseo de la playa. Entonces ya tenían cinco hijos.

Lo que ocurrió después de nuestra separación, me parece ahora (ahora, medio

siglo después) que es la parte más interesante de todo el suceso. Se me rompió el corazón, por primera y única vez en toda mi vida.

El corazón se rompe, tal y como yo lo juzgo con mi limitada experiencia, cuando se siente dolor por la pérdida de una persona amada, en el caso de que ésta, al no corresponder con su amor, rompe (ya sea amable o cruelmente) y desaparece. La persona a quien se ama se ha ido, pero sigue existiendo y no está a nuestro alcance. Ésta es una situación bastante benigna comparada con la pérdida irreparable que constituye la muerte de alguien que amamos, pero no por ello deja de ser muy dolorosa.

Durante mucho tiempo vagué triste e infeliz. Para mí, las nubes resultaban opresivas y me daba igual que el sol brillara. No podía pensar en nada que no fuera ella, y cuando lo hacía, se me encogía el pecho y me resultaba difícil respirar. Decidí que la vida no tenía sentido para mí y estaba convencido de que nunca lo superaría. En realidad, creí que tumbarse y morir por tener el corazón roto no era tan mala idea.

Lo extraño es que lo superé y no recuerdo cómo. ¿Fue por etapas? ¿Se aligeró la carga lentamente, día a día? ¿O me levanté una mañana silbando? Ni siquiera estoy seguro del tiempo que me costó recuperarme.

Y cuando se me pasó, no dejó ninguna cicatriz. Por eso digo que es benigno. Supongo que cuanto más joven se es cuando se te rompe el corazón, más suave es el ataque y más completa es la recuperación. (Me pregunto si alguien ha estudiado alguna vez este tema.) Suponiendo que mis conjeturas sean ciertas, me alegro de no haberlo experimentado después de cumplidos los veinte.

Me gustaría suponer que el que se te rompa una vez el corazón confiere una cierta inmunidad, si no se es una persona increíblemente emotiva. Al menos yo, después de mi experiencia, tuve mucho cuidado de no dejarme arrastrar por mis emociones. Mantenía a raya mis sentimientos hacia las chicas y sólo permitía que crecieran si me parecía notar una respuesta. El resultado fue que nunca se me volvió a romper el corazón.

Me casé dos veces, las dos por amor, pero lo hice, quiero creer, con sensatez; y con más sensatez la segunda vez que la primera.

33. *Anochecer*

En la primavera de 1941 ya llevaba publicados quince relatos, cuatro de ellos en *ASF*. También había escrito otros diez que no había vendido. La mayor parte de lo que había publicado no era muy buena. Sin embargo, por aquel entonces, empecé a escribir una serie de relatos sobre "robots positrónicos" que alcanzaría un cierto renombre. Había publicado ya tres relatos: *Strange Playfellow*, para el que después utilicé el nombre de *Robbie* (*Super Science*, septiembre de 1940), *Reason* (*ASF*, abril de 1941) y *Liar!* (*ASF*, mayo de 1941). Eran bastante buenos.

Sin embargo, en los casi tres años que llevaba publicando, no había logrado nada destacado.

Pero el 17 de marzo de 1941, cuando visité el despacho de Campbell, me leyó la siguiente cita de un viejo discurso de Ralph Waldo Emerson titulado *La naturaleza*: "Si las estrellas aparecieran una noche cada mil años, cómo creerían, adorarían y preservarían los hombres durante generaciones el recuerdo de la ciudad de Dios."

Campbell dijo:

—Creo que Emerson está equivocado. Creo que si las estrellas aparecieran una vez cada mil años, la gente se volvería loca. Quiero que escribas una historia sobre esto y que la llames *Nightfall (Anochecer).*

Alexei Panshin, un importante historiador de la ciencia ficción, está convencido de que Campbell había decidido que era yo, en concreto, el que tenía que escribir la historia. No lo creo. Pienso que Campbell estaba esperando que apareciera uno cualquiera de los de confianza, y resultó que fui yo. Si es así, vaya suerte la mía. Podía haber sido Lester del Rey o Ted Sturgeon y me hubiera perdido la oportunidad de mi vida.

Trabajé en *Anochecer* como en cualquier otra historia y la vendí a Campbell en abril. Apareció en el número de septiembre de 1941 de *ASF*.

Para mí no era más que otro relato, pero Campbell, mucho mejor juez en estos asuntos, lo trató como algo extraordianrio. Me pagó un extra por primera vez, enviándome un cheque por 1,25 centavos por palabra en vez del penique acostumbrado. (No me explicó que lo hacía, así que tuve que meditar un poco, y después, de acuerdo con el estricto código de ética que mi padre me había inculcado, le llamé para decirle que me había pagado de más. A Campbell le hizo gracia. Estaba acostumbrado a las quejas por pagar demasiado poco; era la primera vez que recibía una queja por haber pagado de más. Por supuesto, me lo aclaró.)

También me dio la portada, la primera vez que la portada de *ASF* era para mí, y el mío fue el principal relato de la revista.

Anochecer ha sido considerado un clásico desde entonces. Mucha gente piensa que es el mejor que he escrito, y algunos creen incluso que es el mejor relato

publicado en una revista de ciencia ficción de todos los tiempos. Con franqueza, creo que esto es ridículo, y siempre lo he creído.

Ante todo, sigue teniendo muchos rasgos folletinescos. Según mis cálculos, no me libré de esta herencia hasta 1946.

Aunque estoy de acuerdo con que el relato posee un argumento interesante que amplía horizontes (sobre un mundo en el que la luz brilla siempre y que experimenta la oscuridad sólo una vez cada muchísimo tiempo), desde entonces ha escrito unos cuantos relatos que me gustan mucho más que *Anochecer*.

En los últimos años, Campbell creó algo a lo que llamó "Laboratorio analítico", que informaba de los votos de los lectores sobre la popularidad alcanzada por los relatos de un determinado número. Si hubiese existido esto en 1941, estoy convencido de que *Adam and No Eve*, de Alfred Bester, que apareció en el mismo número que *Anochecer*, habría sido el más votado porque Bester era mejor escritor que yo (entonces y después) y porque su relato era buenísimo.

En los años posteriores, las organizaciones de ciencia ficción repartieron premios, cada vez más prestigiosos, para las mejores narraciones del año. Los dos más importantes son el Hugo, que se otorga en la Convención Mundial de Ciencia Ficción y el Nébula, que lo entregan los Escritores de Ciencia ficción de América. Si hubiesen existido en 1941, estoy convencido de que Anochecer no habría ganado ningún premio en la categoría de novela corta. Ese año, Robert A. Heinlein y E. van Vogt eran, con diferencia, los escritores más populares de ciencia ficción y los pilares de *ASF*. Seguramente se habrían llevado todos los premios.

Y sin embargo *Anochecer* mantiene su puesto retrospectivo. En varias encuestas realizadas desde entonces sobre el mejor relato de todos los tiempos, siempre termina en primer lugar. Incluso en la actualidad me informan con bastante regularidad de que cuando se incluye entre los relatos estudiados en las clases de ciencia ficción, siempre es el preferido.

Nunca lo entenderé.

De todas maneras, fue un momento decisivo, aunque no puedo comprender la razón. Después de que *Anochecer* fuera publicado, dejaron de rechazar mis historias. Escribía y vendía, y en un año o dos, había llegado al nivel de Heinlein y Van Vogt, o casi.

Cuando, cuarenta años después de que el relato se publicara, decidí crear una sociedad anónima, no tuve elección, la llamé Nightfall, Inc.

34. Empieza la Segunda Guerra Mundial

Casi en el mismo momento en que empecé mis estudios en la facultad, estalló la Segunda Guerra Mundial en Europa.

No quería aceptar que mi declive en el rendimiento académico se debiera a causas ajenas a mí, pero la guerra desviaba mi atención de los estudios. Tenía que hacerlo. Ningún joven judío inteligente que hubiera estado siguiendo durante años la situación en Europa con dolorosa atención podía considerar la guerra como algo que no le concernía sólo porque su país no participara en ella y se mantenía neutral. Todos los judíos del mundo estaban en peligro si Hitler ganaba la guerra.

Quería desesperadamente que Hitler perdiera la guerra. ¡Desesperadamente!

El año escolar, durante el cual ocurrió mi pequeño devaneo amoroso, empezó con la destrucción de Polonia y terminó con la ocupación de Francia. Me pasaba las horas escuchando la radio y leyendo los periódicos en busca inútilmente de buenas noticias, de algo que me levantaba la moral. Durante el verano de 1940, al sufrimiento por mi desengaño amoroso se añadió el dolor por algo muy relacionado con la situación en Europa.

Estoy seguro de que mi trabajo académico tenía que sufrir. Era difícil concentrarse en él o considerarlo importante. Me parece extraño que continuara escribiendo. Sólo puedo explicarlo con mi experiencia posterior. Cuando me he sentido deprimido e infeliz, el único antídoto que he tenido (puesto que nunca he fumado, bebido o tomado drogas) ha sido escribir. Eso era lo único que mitigaba mi ansiedad. En una ocasión en que Robyn se había roto el tobillo y yo estaba desesperado, pensando que podía afectar al crecimiento de su pierna y dejarla con una cojera permanente, mi único escape fue sentarme y escribir tres largos artículos uno tras otro.

Pero en esa época tan aciaga ni siquiera eso me bastaba. Escasos meses después de vender *Anochecer* las fuerzas alemanas invadieron la Unión Soviética a gran escala y con enorme fuerza. Cuando *Anochecer* se publicó, parecía que la Unión Soviética estaba al borde de la destrucción.

Estados Unidos seguía manteniendo su neutralidad. Cada victoria de Hitler debilitaba las fuerzas aislacionistas de este país. Cada victoria asustaba a más gente y aumentaba su deseo de que Estados Unidos participara de manera activa para ayudar a los que luchaban contra Hitler. En concreto, la notable resistencia de Gran Bretaña contra Hitler en el otoño de 1940 y su victoria en la Batalla de Inglaterra galvanizó las simpatías estadounidenses hasta el punto de que, menos luchar a tiros, lo hacíamos todo contra Alemania. Incluso los gritos de aquellos (bastantes) que temían a la Unión Soviética más que a Alemania fueron acallados por la gran mayoría, que abominaba de Hitler.

35. *Master of Arts*

Al final, tenía que pasar un examen para demostrar que merecía que me otorgaran el título de *Master of Arts* (M.A.) y que, además, podía seguir adelante para obtener el doctorado.

La chica de la que había estado enamorado no había tenido ningún problema, después de un año de estudios, en pasar su examen y conseguir su M.A., y podría haber seguido para obtener un doctorado, si hubiese querido. Mi examen fue una señal del grado de decadencia de mi calidad académica; obtuve mi M.A., pero, a mis ojos, fue estrictamente un premio de consolación, ya que mi puntuación no fue suficiente para permitirme hacer un doctorado.

Esto me colocaba en un dilema, el mismo en el que había estado durante años. Si aceptaba mi M.A. y me quedaba ahí, tendría que abandonar los estudios y encontrar un trabajo. Por otro lado, podía seguir estudiando ya que me permitirían hacer el examen por segunda vez.

Por supuesto, la situación del trabajo había cambiado de forma importante. Estados Unidos se estaba preparando para una probable intervención en la guerra, o si eso no era posible, por lo menos para servir como lo que Franklin Roosevelt llamaba el "arsenal de la democracia".

Por tanto, los expertos buscaban estudiantes brillantes en ciencias que pudieran dedicarse a trabajar para la guerra. Me hubiera gustado tener un trabajo así y sentir que estaba contribuyendo a luchar contra Hitler.

Por desgracia, tenía dos cosas en mi contra. Ya no era un estudiante brillante, al menos no en química. En segundo lugar, seguía con el ya viejo problema de la oposición de mis profesores: no tenían una buena opinión de mí y eran ellos los que recomendaban a un estudiante u otro.

Había encontrado a otro profesor al que le gustaba intimidar a sus alumnos. Me negué a someterme y supongo que pensaba que era irrespetuoso con él; por tanto, no era probable que me recomendara para nada, y su voz tenía mucho poder. Así que allí estaba yo, en la facultad y todavía incapaz de establecer una relación laboral normal con mi profesor.

Después tuve problemas con el profesor Arthur W. Thomas, un grosero de la peor especie, y completamente desesperado pedí una entrevista para poder dar mi versión del problema. (Este profesor había recibido quejas de que yo me dedicaba a cantar en el laboratorio de química y distraía a los demás; algo muy semejante a lo de mis cuchicheos en clase.) Me esforcé por presentar una buena imagen y convencerle y, para asombro de todos, lo logré.

Con gran sorpresa por mi parte, se volvió pro-Asimov y poco después fue nombrado jefe suplente del Departamento de química. Sospecho que una razón para

su cambio de actitud fue que había dado instrucciones a los ayudantes de laboratorio (me lo dijeron un año después) para que me dieran problemas analíticos muy difíciles y así hacerme fracasar y librarse de mí. Pero logré resolverlos con gran tenacidad y lo hice sin quejarme porque era demasiado estúpido como para sospechar una conspiración.

A menudo he pensado en mi charla con Thomas y me he preguntado qué rumbo habría tomado mi vida si me hubiese deshecho en amabilidades cuando pensaba que era necesario en vez de adoptar la actitud de "Tengo razón —y tú estás equivocado— y no pienso llegar a un acuerdo". Pero nunca hice lo primero. Hasta que empecé a trabajar por cuenta propia, seguí teniendo problemas con cualquiera que pudiera considerarse mi superior jerárquico.

Cuando pasé el examen por segunda vez, recibí por fin autorización para seguir con mis estudios de doctorado el 13 de febrero de 1942, quizá por intercesión del profesor Thomas, que se había vuelto amable. Pero esto tampoco terminó con mis problemas. Tenía que encontrar un profesor que estuviera dispuesto a aceptarme, darme un tema para trabajar, y supervisar este trabajo de manera competente y amistosa. Por desgracia, ninguno de los profesores que yo conocía en el departamento me aceptarían bajo ningún concepto, y Thomas estaba inmerso en tareas administrativas y no hacía investigación.

Otro estudiante me dijo que su profesor, Charles Reginald Dawson, era un individuo bondadoso que aceptaba a todos los "perros cojos" que otros no querían. No me ofendí por el apelativo porque tuve que reconocer que era acertado.

Me apresuré a hablar con Dawson y me aceptó. Era un hombre de mediana altura, voz suave y temperamento tranquilo. Nunca perdía la paciencia ni se enfadaba. (Puede que eso tuviera un precio, ya que padecía de graves úlceras duodenales.) Tenía una paciencia infinita y yo le divertía. Esto me agradaba. No me importa que piensen que soy un bicho raro si la alternativa es ser considerado un estudiante problemático.

Dawson me sirvió de inspiración y siempre fue un caballero de una amabilidad intachable. A pesar de mi irremediable falta de habilidad para el trabajo de laboratorio, Dawson me supervisaba concienzuda e incansablemente y se aseguró de que me las pudiera arreglar. Creo que en cierto modo tenía la sensación de que yo era un inventor de ideas entusiasta y una persona notable. (Al menos en una o dos ocasiones cuando le oí hablar de mí por casualidad a otro profesor, me resultó difícil reconocerme en su descripción.)

¿El resultado? Vivió para ver en lo que me había convertido. Le he dedicado libros y en varias ocasiones lo he elogiado en mis obras impresas. (Puedo tener muchos defectos, pero nunca he sido un ingrato.)

De hecho, me dijo (estoy seguro de que era una exageración cariñosa) que al final

lo que le dio mayor fama fue el hecho de que yo hubiera sido su alumno. No puedo creerlo, pero ¡cómo me gustaría que fuese verdad!, porque no puedo pensar en una mejor forma de pagarle por todo lo que hizo por mí.

36. Pearl Harbor

Dos meses antes de que lograra aprobar mi examen para hacer el doctorado, los japoneses bombardearon Pearl Harbor, así que el 7 de diciembre de 1941 entramos en guerra.

Supongo que sería magnífico si pudiese decir que lo dejé todo inmediatamente, fui a apuntarme como voluntario a las fuerzas armadas y después luché en la guerra y gané medallas y me hirieron.

Si el mundo fuera ideal y yo perfecto, lo habría hecho, pero no lo es y yo tampoco, de modo que no lo hice. Siempre he admitido que no soy en absoluto heroico en el aspecto físico.

Si me hubiesen llamado a filas, habría ido, por supuesto, aunque me habría muerto de miedo en cada etapa del camino. No puedo imaginarme el tipo de soldado que habría sido, y me paraliza pensar que bajo el fuego enemigo me podría haber convertido en un cobarde que huye gritando o haber hecho alguna otra cosa igual de terrible. Me consuelo a mí mismo pensando que los seres humanos saben ponerse a la altura de las circunstancias, que incluso los cobardes encuentran algo de valor en su interior cuando las circunstancias lo requieren.

Bueno, es posible, pero estaba seguro de que podía utilizar mi cerebro para servir a mi país con mejores resultados que si utilizaba mi esmirriado cuerpo.

Por supuesto que me siento avergonzado por no haber corrido a alistarme como voluntario, pero hubiera sido mucho peor si hubiese pretendido demostrar un valor del que carecía. De todas maneras, no me llamaron a filas, al menos no durante bastante tiempo, así que seguí escribiendo y empecé a trabajar en mi tesis doctoral.

37. Matrimonio y problemas

En el año 1941 formaba parte del Brooklyn Authors Club. Nos reuníamos, leíamos manuscritos y los criticábamos. Era algo bastante divertido. A otro joven del club, Joseph Goldberger, le gustó uno de mis relatos y sugirió que podíamos salir juntos con nuestra pareja. Le expliqué que no tenía novia y me dijo que él me buscaría una chica. Muy nervioso, acepté.

Más tarde supe que la novia de Goldberger, Lee, quería decidir si se casaba o no con él y deseaba presentarle a su mejor amiga para tener una opinión imparcial. Por tanto, le pidió a esta amiga, cuyo nombre era Gertrude Blugerman, que aceptara la cita a ciegas aunque no fuera más que para observar a Goldberger. Gertrude aceptó a regañadientes. Le habían dicho que yo era un ruso con bigote y sólo Dios sabe la imagen exótica que se había formado de mí. La cita se fijó para el 14 de febrero de 1942. Estoy seguro de que ninguno se dio cuenta de que era el Día de San Valentín, o al menos yo no.

Hacía un año que llevaba bigote, pero era horrible, y un compañero de clase se había apostado conmigo un dólar contra mi bigote a que pasaba el examen para el doctorado. Cuando lo hice, el 13 de febrero, me lo afeité y conocí a Gertrude con la cara afeitada.

Me miró horrorizada y (creo) intentó anular la cita alegando un repentino dolor de cabeza, pero Lee no la dejó. Le dijo que sólo eran un par de horas y que tenía que ayudarla a decidir sobre Joe.

Para mí fue muy diferente. Había visto *El capitán Blood*, con Errol Flynn y Olivia de Havilland, y aunque no soy de esos que se enamoran de las actrices, admiro a unas más que a otras. En esa época, Olivia de Havilland, me impresionó como el epítome de la belleza femenina. Gertrude, ante mi asombro, era su viva imagen. Era una chica extraordinariamente guapa.

Mi reacción fue inevitable, pero yo era tres años mayor que cuando me enamoré en el laboratorio de química. No tenía intención de que me rompieran el corazón de nuevo. Por tanto, reaccioné con precaución y fui poco a poco.

Pero estaba decidido. Mi conducta, mi firmeza, mi insistencia en los días siguientes, mi serenidad y mi convencimiento de que nos casaríamos eran tales que terminó aceptando. Desde luego ella no pensaba que yo fuera un objeto de adulación romántica (¿quién podría pensarlo?), pero hablé con ella y logré deslumbrarla lo suficiente como para que consintiera en darme una oportunidad. (Por supuesto admiraba mi inteligencia. Eso ayudó.) El 26 de julio de 1942, al cabo de menos de medio año de habernos conocido, nos casamos.

No fue un matrimonio fácil. Después de todo ella no me amaba, estoy bastante seguro. Los dos éramos virgenes (aunque ella era dos años mayor que yo) y las

relaciones sexuales tampoco funcionaron muy bien al no tener experiencia ninguno de los dos.

También había otras incompatibilidades que fueron apareciendo y que serían difíciles de explicar. Ni siquiera voy a intentarlo.

Sin embargo, había un problema que no tuve en cuenta durante nuestro noviazgo (por la sencilla razón de que no tenía la más ligera idea de que fuera tan vital) y que al final sirvió para crear muchas dificultades en nuestro matrimonio.

¡Gertrude fumaba!

Volvamos hacia atrás y hablemos del tabaco. Uno de los artículos más vendidos en la tienda de caramelos era el tabaco. Vendíamos cigarrillos por paquetes y por cartones, puros por unidades o por cajas y tabaco de pipa de varias clases. No recuerdo si, en algún momento, vendimos pipas, pero recuerdo un expendedor vertical de cajas redondas de rapé de marca Copenhagen. Creo que nunca vendimos tabaco de mascar.

Las pipas y los puros eran bastante exóticos, pero casi todo el mundo fumaba cigarrillos. Los paquetes de veinte cigarrillos de las principales marcas costaban trece centavos cada uno y los de algunas marcas inferiores costaban diez. Además, teníamos abierto un paquete de todas las marcas más importantes para que la gente pudiera comprar cigarrillos sueltos por un penique. Muchos adolescentes que frecuentaban la tienda y eran de mi edad compraban cigarrillos sueltos, los encendían y salían fuera echando humo.

Es obvio que el tabaco estaba a mi alcance. No tenía más que coger uno de un paquete abierto. No obstante, mi padre había establecido unas reglas muy estrictas: los artículos de la tienda eran para vender, no para consumir.

Esto me resultaba difícil cuando se trataba de bombones. Teníamos cajas y cajas de bombones abiertas y expuestas en el mostrador, y los jóvenes entraban, elegían lo que querían y yo se lo daba. Pero nunca me permitieron coger un bombón para mí.

No, no pasaba hambre por eso. Siempre podía preguntar a mi padre o (mucho mejor) a mi madre: "Mamá, ¿puedo coger una chocolatina Hershey?" Algunas veces, pero no siempre, la respuesta era afirmativa y yo me sentía feliz. Lo que era válido para los dulces deliciosos de la tienda lo era también para los cigarrillos. Tendría que haber preguntado: "Papá, ¿puedo coger un cigarrillo?"

Nunca lo hice. Ni una vez. Sabía que la respuesta sería negativa. El resultado es que nunca he fumado. Por tanto, soy no fumador debido a las circunstancias. Un ligero cambio en la actitud de mi padre y me podría haber convertido en un fumador empedernido.

Ni mi hermana ni mi hermano han fumado nunca y mi madre tampoco. Stanley me dijo que durante algún tiempo (pero sólo durante algún tiempo) mi padre fumó bastante y cuando lo oí me extrañó muchísimo. Mi hermano lo jura y no puedo dudar

de él porque es un hombre recto, pero por más que lo intento, no puedo recordar a mi padre con un cigarrillo en las manos.

Puede que lo deteste tanto que sencillamente haya borrado todos los recuerdos de mi padre fumando.

Pero en 1942, aunque no fumaba, no me molestaba que los demás lo hicieran. Lo hacían en la tienda, y esto nos convenía, porque el tabaco constituía una parte importante de nuestros pequeños ingresos. Así que estaba acostumbrado a su olor y no le daba importancia. Por tanto, el hecho de que Gertrude fumara no me pareció que fuera algo que debería tener en cuenta a la hora de planear casarme con ella, y fue un desastre.

Si hubiese pensado entonces como pienso ahora o como pensaba algunos años después de haberme casado con ella, probablemente no habría habido nada capaz de persuadirme para que me casara con una mujer que fumase. Citas, sí. Aventuras, también. Pero ¿encerrarme para siempre dentro de un piso con una fumadora? Nunca. Nunca. Jamás. No habría importado ni la belleza, ni la dulzura ni la compatibilidad en todos los demás aspectos.

Pero no lo sabía. Nunca había vivido realmente en una casa o un piso que siempre estaba lleno de humo y del hedor de las colillas apagadas de los ceniceros.

Cuando me di cuenta de que vivir con Gertrude significaba eso y de que no tenía escapatoria, nuestra relación se fue deteriorando.

Debo decir que Gertrude era en muchísimos aspectos una esposa estupenda. Además de mantenerse guapa, era una ama de casa cuidadosa, buena cocinera, totalmente leal y estricta con las cuentas de la casa.

Éstas son cosas muy importantes, y sin embargo, pequeños detalles pueden arruinarlo todo. Es la historia del hombre que estaba planeando divorciarse de una mujer a la que todos sus amigos consideraban perfecta. Discutían con él, elogiando sus cualidades y virtudes y él los escuchó hasta que ya no pudo más. Después se quitó el zapato, lo enseñó a los demás y les dijo:

—¿Alguno de vosotros puede decirme dónde me aprieta el pie este zapato?

Y recuerde, no era sólo el hedor del tabaco. Empecé a darme cuenta de las complicaciones de la salud relacionadas con él. Enseguida se empezó a hablar de los problemas respiratorios y del cáncer de pulmón y no veía la diferencia entre inhalar el humo en los pulmones directamente o después de que hubiese pasado por los pulmones de otra persona.

Por lo tanto, empecé una campaña para que Gertrude dejara de fumar, o si eso no era posible, para que fumara menos, o si no, por lo menos para que dejara de fumar en el dormitorio, en el coche o mientras comíamos. Por desgracia, no tuve ningún éxito. A medida que pasaban los años, el asunto era como una llaga en la que de tanto frotarla e irritarla se iban formando unas ampollas que eran cada vez más dolorosas.

Lo aguanté más de lo debido por tres razones. Primera, sabía que ella fumaba cuando nos casamos y me parecía injusto castigarla por algo que había aceptado al principio.

Segunda, me daba cuenta de que no estaba muy dispuesta a casarse conmigo y yo la había convencido. Por tanto, creía que debía aguantarme.

Tercera, en la época en que estaba pensando en divorciarme sin decírselo a nadie, tenía dos niños pequeños. Podía divorciarme, dado que los motivos me parecían adecuados, pero no había manera de que pudiera abandonar a mis hijos. Tenía que esperar a que crecieran.

Tal vez parezca extraño que algo tan simple como el fumar pueda romper un matrimonio duradero, que en otros muchos aspectos funcionaba bien, pero, por supuesto, era algo más complejo que todo eso. Además, había otras diferencias irreconciliables más difíciles de explicar. No creo que Gertrude me amara de verdad y esto hería mi amor propio. Después de doce años, me cansé de amar y no ser amado, aunque el matrimonio siguió durante bastantes años por pura inercia.

No obstante, reconozco los méritos de Gertrude. Puede que no me amara mucho, pero no se metió con mi inteligencia. (Esto habría sido demasiado para soportarlo.)

En el ejército, por ejemplo, hice una prueba de inteligencia llamada ACGT cuyas iniciales no recuerdo qué significaban. Saqué 160, la puntuación más alta que habían visto nunca los examinadores. Debía de estar muy cerca del máximo posible. Llamé a Gertrude para decírselo.

En mi siguiente permiso, me contó indignada que le había dicho a un amigo que yo había sacado 160.

—Debes de querer decir 116[3] —le dijo su amigo.

—No —respondió Gertrude, 160.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó.

—Me lo ha dicho Isaac.

—Estaba mintiendo —le dijo su amigo riéndose; lo que puso furiosa a Gertrude.

—¿Cómo sabías que no mentía? —le pregunté con curiosidad.

Quería que me dijera que por la sencilla razón de que yo nunca mentía, pero no lo hizo. En vez de eso afirmó:

—Para ti 160 es algo normal. ¿Por qué ibas a mentir?

Unos veinte años después, Lee, la chica que había organizado aquella doble cita tan original, vino a visitarnos. (Creo que para entonces se había casado y divorciado de Joe Goldberger.) Le preguntó a Gertrude:

—Cuando conociste a Isaac, ¿en algún momento pensaste que podría llegar a ser lo que es ahora?

—Desde luego —le respondió—. Lo esperaba.

—¿Por qué ibas a esperar algo así?

—Pues porque al principio él me dijo que sucedería.

Hay una anécdota parecida que tengo que contar sobre Fred Pohl. Cuando ya habíamos salido del ejército, me dijo:

—Mi puntuación del ACGT fue 156. ¿Cuál fue la tuya?

Dudé, y después le dije a regañadientes:

—Lo siento, Fred, saqué 160.

—¡Oh…! —dijo.

Pero jamás puso en duda mi palabra. Sabía que era incapaz de mentir sólo por sacar más puntos que él, y eso hizo que le quisiera todavía más.

38. Los parientes políticos

Al casarme, adquirí una nueva familia, los Blugerman. Durante mi matrimonio, iba a verlos mucho más que a mi familia.

Después de trasladarnos, volvíamos periódicamente a Nueva York y siempre nos quedábamos con ellos porque era adonde Gertrude quería ir. No la culpo. Mi familia, con su tienda de caramelos, podía ofrecernos muchas menos comodidades.

El padre de Gertrude, Henry Blugerman, era un hombre muy tranquilo, muy afable y muy amable, a quien todo el mundo quería, incluido su yerno. Para mí, se parecía a Edward G. Robinson. (Teniendo en cuenta que el padre y la madre de Gertrude eran más bien poco atractivos, me maravillaba que hubieran podido tener unos hijos tan guapos como Gertrude o como su hermano.)

Henry era el clásico padre judío pasivo.

Yo solía contar un chiste, nunca delante de Gertrude, acerca de que a sus catorce años ella le preguntaba a su madre: "¿Quién es ese hombre que siempre come con nosotros?"

Años después, oí un chiste sobre un aspirante a actor que llegaba a casa entusiasmado diciendo que por fin había conseguido un papel.

—¿Qué clase de papel? —le preguntaba un amigo.

—El de un padre judío —respondía el actor.

—¿Qué pasa? ¿No pudiste conseguir un papel con diálogo? —le replicaba el amigo.

Ése era Henry.

La madre de Gertrude, Mary, era la que dominaba por completo a la familia. Medía alrededor de 1,50 y, en mi opinión, más o menos lo mismo de anchura. Era gorda y también era el centro alrededor del cual giraba toda la familia. Lo dirigía todo con voz dominante, lo corregía todo e insistía en que todo se hiciera a su manera. A mi parecer, doblegó la voluntad de sus hijos y logró que dependieran totalmente de ella, hasta el punto de ser incapaces de crear verdaderos lazos fuera de su familia.

Creo que fue la dependencia de su madre (en mi opinión, nada sana) lo que impidió que Gertrude se entregara a mí por completo. Me parece muy significativo que, después de la boda, cuando nos marchábamos para nuestra luna de miel, su madre gritara en mitad de la calle:

—Recuerda, Gittel, si las cosas no van bien, siempre puedes volver a casa.

Ya pueden imaginar qué confianza me dio ese comentario.

Mary tenía cuarenta y siete años cuando la conocí y muy mala salud. Por lo menos eso decía, lo que ayudaba a mantener el resto de su familia pendiente de ella. En los momentos cruciales, se las arreglaba para empeorar rápidamente, con gran alarma por parte de todos.

Gertrude estaba convencida de que su madre (repito, de cuarenta y siete años de edad) era una viejecita, incapaz de cuidar de sí misma. De hecho, en bastantes ocasiones durante nuestro primer año de matrimonio quiso volver a Nueva York para ocuparse de su pobre y anciana madre. "Es muy mayor", decía indignada cuando yo afirmaba que su lugar estaba junto a mí. Pero Gertrude nunca llegó a cumplir su amenaza de ir a Nueva York para hacer de enfermera de su madre las veinticuatro horas del día.

Muchos años después, cuando Gertrude ya había cumplido los cincuenta, le pregunté si se acordaba de que quería volver a casa de su anciana madre para cuidarla. Gertrude, sin pensarlo, dijo que sí y entonces (con un toque de malicia, me avergüenza decirlo) le dije:

—Bueno, pues era cuatro años más joven de lo que eres tú ahora.

Gertrude tenía un hermano, John, que cuando nos casamos tenía diecinueve años. Nunca llegué a entenderle. Era un poco más alto que yo, tenía un buen cuerpo y era muy guapo. Para mí, se parecía tanto a Cary Grant como su hermana a Olivia de Havilland.

John era bastante inteligente y, al parecer, le gustaba humillar a los amigos de Gertrude cuando los invitaba a su casa de vez en cuando. Aparentemente, uno de los pocos puntos a favor que Gertrude halló en mí fue que John no podía conmigo. (Ni siquiera me di cuenta de que lo estaba intentando.)

A mí me extrañó que John fuera un depresivo sin que, a mi entender, hubiera ningún motivo para su depresión. Era obvio que, a pesar de su aspecto y de su inteligencia, padecía de falta de autoestima. En realidad, a Gertrude le sucedía lo mismo.

Respecto a esto, tengo una teoría. Creo que su madre, a la que John amaba con locura, le había forzado a subir a un nivel por encima de su capacidad. Se sentía incapaz de alcanzar los objetivos que se esperaban de él o de resignarse a otros objetivos inferiores. No pudo entrar en la Facultad de Medicina y se hizo dentista, así que acabó convirtiéndose, según su madre, en un "doctor de cirugía mental". Pero nunca tuvo una consulta propia.

Se interesó por la psiquiatría de Jung y fue a Suiza para estudiar psicoanálisis, pero volvió al cabo de bastante tiempo sin terminar el curso. Y nunca se casó.

Gertrude era seis años mayor que John (había nacido el 16 de mayo de 1917) y fue muy mimada por su madre hasta que él nació. John era un chico y Gertrude se convirtió de inmediato en ciudadana de segunda, lo que le causó una gran conmoción. Además, ella me dijo que su madre insistía en decirle que no era guapa para que no se volviera vanidosa. No es extraño que la pobre Gertrude careciera de autoestima.

Recuerdo que en cierta ocasión, durante una discusión entre Gertrude y yo, cuando me quejé de su actitud innecesariamente pesimista hacia la vida, me dijo:

—Cualquiera que estuviera casado contigo se deprimiría.

A lo que respondí:

—Pero tu hermano John es todavía más depresivo que tú y no está casado conmigo. ¿No hay nada que tengáis los dos en común?

Gertrude comprendió lo que quería decir. Tuvo que hacerlo, porque se puso furiosa.

Mi suegra y yo no nos llevábamos bien. Ella no podía dominarme. No se lo permití nunca. Supongo que mi evidente antagonismo hacia ella se contabilizó como un punto negativo.

También le molestaba que mi éxito social pareciera proyectar una sombra sobre su querido hijo, a quien siempre llamaba Sonny, en lo que a mí me parecía un intento deliberado de mantenerle en estado infantil. Una vez, me dijo con arrogancia:

—Mi hijo es un artista, no un hombre de negocios como tú.

A lo que repliqué:

—Soy profesor de universidad y novelista, ¿no es lo bastante artístico para usted? (Lo era; otro punto negativo.)

Los consejos profesionales de Mary a su marido, quien los seguía sin rechistar, fueron desastrosos. Cediendo a sus ruegos, Henry dejó su trabajo después de la Segunda Guerra Mundial y abrió su propia consulta, que fracasó enseguida. No obstante, Mary siempre insistió en declinar toda responsabilidad y echó la culpa al pobre e inocente Henry.

Yo fui el único miembro de la familia que protestó e intentó hacer responsable del desastre a la verdadera culpable, y eso añadió más puntos negativos en mi contra.

Pero demos a cada uno lo suyo. No he conocido a nadie que cocine mejor que Mary Blugerman. Cuando comía su pollo relleno asado, o su budín de pasta con trocitos de hígado o su *strudel*, estaba dispuesto a perdonárselo todo. Esto significaba que Gertrude, que había aprendido de su madre, también era una buena cocinera, aunque no tanto.

39. NAES

En la primavera de 1942, Robert Heinlein trató de reclutarme para trabajar en la Naval Air Experimental Station de Filadelfia, junto con Sprague de Camp. Me puso en un auténtico dilema, ya que tenía argumentos convincentes tanto para aceptar como para rechazar su oferta.

En contra de ir a Filadelfia estaba el hecho de que yo no quería ir a ninguna parte. Quería quedarme en casa. Con veintidós años, aún tenía miedo de ocuparme de mí mismo. Segundo, quería seguir haciendo mi doctorado; no deseaba interrumpirlo durante un período indefinido, tal vez para siempre.

Pero los argumentos para aceptar ir a Filadelfia eran más consistentes. De todas formas, no estaba seguro de que me dejaran terminar mi tesis doctoral. Los primeros meses después de Pearl Harbor no habían sido muy buenos para Estados Unidos y, aunque en Europa las tropas de la Unión Soviética se habían replegado y resistían frente al ejército alemán, esto podía ser el fin de la resistencia soviética.

Muchos jóvenes estadounidenses iban a ser llamados a filas y yo no podía alegar que mi doctorado era más importante que la guerra. Si trabajaba para la NAES, mi ocupación podría aplicarse directamente a la guerra, y sabía que un químico bastante capaz haría muchas más cosas que un soldado de infantería muerto de miedo y, probablemente, el gobierno pensaría lo mismo.

Otro argumento a favor de Filadelfia era que se trataba de un trabajo. Quería casarme con Gertrude, pero ¿cómo iba a mantenerla? Había ahorrado cuatrocientos dólares, que me parecía mucho, pero necesitaba un trabajo que me proporcionara unos ingresos continuos y seguros. El trabajo que me ofrecía Heinlein me proporcionaría dos mil seiscientos dólares al año. Sería suficiente.

Mis deseos de casarme ganaron. Me trasladé a Filadelfia el 13 de mayo de 1942 y me las arreglé para vivir solo durante diez semanas (con visitas de fin de semana a Nueva York para ver a Gertrude). Después de casarme pasé una semana de luna de miel en Allaben Acres, en los montes Catskill.

Allí me las arreglé para demostrarle a Gertrude mi inteligencia cuando me presenté voluntario a un concurso y le aseguré que lo ganaría. Se sentó sola, en la terraza, para evitar que alguien viera su turbación cuando yo perdiera, pero, por supuesto, vencí. Me gané la antipatía de la mayor parte de la gente del hotel porque cuando me puse de pie para responder a las preguntas, muy ansioso por no humillar a Gertrude, la tensión de mi cara fue interpretada como estupidez, y todo el mundo se rió. (No se rieron de nadie más.) Cuando gané, tomaron una actitud de enfado: no tenía derecho a parecer estúpido y engañarlos.

Después de la luna de miel llevé a mi mujer a Filadelfia y alquilamos un apartamento (y después otro mejor) por algo más de cuarenta dólares al mes.

Descubrí que, después de todo, no me importaba estar fuera de casa, porque con Gertrude me sentía como en mi propia casa. Por desgracia, a Gertrude no le pasaba lo mismo. El apartamento era pequeño, no tenía aire acondicionado (en esa época casi ninguno lo tenía), ni siquiera podíamos establecer corrientes y padecimos uno de esos veranos calurosos y húmedos de Filadelfia. Gertrude tenía que quedarse en casa pasando calor mientras yo trabajaba en un laboratorio con aire acondicionado. Se quejaba con amargura, tanto más porque echaba de menos a su madre y su antigua casa.

Todas las semanas íbamos a Nueva York. Salíamos el viernes por la tarde, yo volvía el domingo por la tarde y ella se quedaba hasta el miércoles, y su madre hacía todo lo posible para que estuviera cómoda y para que así se sintiera más desdichada en Filadelfia. Todas las semanas yo creía que no volvería, pero siempre lo hizo. De todas maneras, no tenía ninguna posibilidad de hacerla feliz y eso, a veces, me desesperaba.

Permanecí en la NAES durante tres años y cuatro meses, de 1942 a 1945. Espero que mi trabajo fuera útil para la guerra; me decían que lo era.

El trabajo evitó que me llamaran a filas durante ese período y no pude dejar de observar que había una gran cantidad de jóvenes de mi edad (y en mejores condiciones físicas) que también trabajaban allí y a los que no parecía importarles lo más mínimo el no ser llamados a filas. Siempre consciente de mi falta de valor, me sentía eternamente atrapado entre el deseo de permanecer fuera del ejército y la pena por estar fuera de él. A la larga, no necesito decirlo, el deseo venció a la pena, sobre todo desde que me enamoré perdidamente de Gertrude y no podía soportar la idea de dejarla.

La estancia en la NAES no resultó nada feliz. En conjunto, era un fracaso completo. Estoy convencido de que si no hubiera habido guerra y no hubiera estado en el cuerpo de funcionarios del estado, y por tanto sujeto a la increíble inercia con que éste funciona en todos los países, me habrían despedido. Por el contrario, recibí enseguida un ascenso, que aumentó mi sueldo de dos mil seiscientos dólares a tres mil doscientos al año, y eso fue todo. Me hicieron ver claro, sin decirme nada realmente, que no debía esperar nada más.

¿Por qué? Lo de siempre. Estoy seguro de que usted está harto de oírlo (lo extraño es que yo no estuviera harto de vivirlo): no me llevaba bien con mis superiores. Por supuesto, años después, algunos de ellos, los que sobrevivieron, me trataron con mucho afecto y yo también fui muy amable con ellos (¿por qué no?), pero seguramente todos somos lo bastante cínicos como para saber lo poco que esto significa. Cuando trataban conmigo durante la guerra, yo era el "problema" del laboratorio.

Cuando lo recuerdo, lo que realmente me asombra es que no me esforzara más

por aplacar a los poderes fácticos. Después de todo, por primera vez no estaba solo. Podía minimizar el fracaso de no conseguir un aumento de sueldo argumentando que se trataba de un trabajo temporal y que un futuro bastante más prometedor se abriría ante mí. Pero tenía que enfrentarme a Gertrude con la evidencia del fracaso, y a ella le molestaba que los demás ganaran más que yo. Yo solía decir: "Quédate conmigo, nena, y dentro de diez años estarás cubierta de diamantes." Aunque después me dijo que me había creído, en esa época no parecía muy impresionada.

¿Y mi obra literaria?

La presión de un trabajo de seis días a la semana y mi deseo de pasar con Gertrude todo el tiempo libre del que disponía redujeron drásticamente mi trabajo literario. De hecho, en mi primer año en la NAES no escribí nada. A pesar de todo, ni siquiera el trabajo y el matrimonio pudieron refrenar mi impulso de escribir y en 1943 empecé a hacerlo de nuevo.

Había escrito un relato llamado *Foundation*, que apareció en el número de mayo de 1942. de *ASF*. También escribí una continuación llamada *Bridle and Saddle*, que se publicó en el número siguiente. Esta última es la narración en la que me encontré bloqueado cuando Fred Pohl me ayudó a seguir adelante en el puente de Brooklyn. Apareció en los quioscos el mismo mes en que empecé a trabajar en la NAES.

Éstas dos fueron mis entregas de la Fundación y cuando volví a escribir mientras estaba en la NAES, publiqué cuatro relatos más, continuación de éstos que aparecieron en *ASF* durante la guerra. Fueron *The Big and the Little*, *The Wedge*, *The Dead Hand* y *The Mule*.

Ahora explicaré el significado de todo esto.

Ya he hablado de mi temprano interés por la historia, mi deseo de especializarme en este campo e incluso de hacer un doctorado. Dejé todo esto de lado porque creí que no funcionaría bien. En vez de eso, me dediqué a la química, pero mi interés por la historia permaneció.

Me encantan las novelas históricas (si no contienen ni demasiada violencia ni demasiado sexo sucio) y todavía las sigo leyendo siempre que puedo. Naturalmente, igual que mi amor por la ciencia ficción me llevó al deseo de escribir ciencia ficción, mi afición por las novelas históricas me indujo a querer escribir novelas históricas.

Pero para mí era imposible escribir una novela histórica. Requería una enorme cantidad de lectura e investigación y no podía perder tanto tiempo haciéndolo. Quería escribir.

Así que se me ocurrió que podría escribir una novela histórica si me inventaba mi propia historia. En otras palabras, podría escribir una novela histórica del futuro, una historia de ciencia ficción que se leyera como una novela histórica.

No pretendo haber inventado la idea de escribir historias del futuro. Se había hecho en muchas ocasiones; el más acertado y asombroso era el escritor británico

Olaf Stapledon, que escribió *First and Last Men* y *Hacedor de estrellas*. Pero estos libros se leen como relatos y yo quería escribir una novela histórica, un relato con diálogos y acción, igual que cualquier otro de ciencia ficción, aunque no sólo trataría de tecnología sino también de problemas políticos y sociológicos.

Intenté hacerlo en 1939, cuando escribí *Pilgrimage*. Era horrible y Campbell no tenía nada que hacer con él. Por fin lo vendí a *Planet Stories*, con el título de (elección del editor y no mía) *Black Friar of the Flame* y apareció en el número de primavera de 1942. Probablemente es el peor relato que jamás haya publicado y el que tiene peor título. (Lo corregí siete veces antes de venderlo y cada revisión lo empeoró. Desde entonces casi no corrijo mis obras, excepto en circunstancias realmente extraordinarias.)

Esto me desalentó bastante, pero el deseo de escribir una novela histórica del futuro seguía rondándome. Acababa de leer por segunda vez *Historia de la decadencia y ruina del Imperio romano*, de Edward Gibbon, y se me ocurrió que podía escribir una novela sobre la decadencia del Imperio galáctico. El 1 de agosto de 1941 se lo comenté a Campbell y la idea le entusiasmó. No quería sólo una novela, sino una gran saga, sin límite previo, de la caída del Imperio galáctico, la Edad oscura que le sigue y el resurgimiento de un Segundo Imperio galáctico, todo mediante la ciencia inventada denominada "psicohistoria", que permitía a los psicohistoriadores capacitados prever los movimientos de masas de la historia del futuro.

Dio la casualidad de que la serie de la Fundación resultó ser mi obra más popular y mi mayor éxito, y la continuación de estos relatos en los años ochenta, después de una larga interrupción, tuvo todavía más éxito y fue aún más popular. Estas narraciones contribuyeron más que ninguna otra a hacerme más rico y famoso de lo que nunca podría haber imaginado. La mayor parte de la serie de la Fundación la escribí mientras era un completo fracaso en la NAES.

Por supuesto, no tenía manera de saber lo que iba a ocurrir mientras trabajaba de químico durante la Segunda Guerra Mundial, pero cuando miro hacia atrás, me doy cuenta de que la química, mi profesión, continuaba siendo un fracaso, y a medida que pasaba el tiempo era cada vez peor. No sólo me llevaba mal con mis superiores, sino que no era un químico especialmente bueno y nunca lo sería.

Pero la historia, a la que había descartado, apareció en su forma más inverosímil como una serie de ciencia ficción de novelas históricas del futuro y me elevó hasta las alturas.

Sabía que iba a tener éxito, pero nunca habría podido predecir la manera en que éste se iba a presentar.

40. La vida al final de la guerra

El 2 de septiembre de 1945 terminó la guerra y Estados Unidos celebró el día de la victoria sobre Japón con gran júbilo. El 7 de septiembre recibí mi llamada a filas.

¡Qué gran oportunidad para compadecerme de mí mismo! Mientras todo el mundo festejaba el evento yo miraba fijamente una carta que empezaba: "Saludos." Me faltaban sólo seis semanas para cumplir los veintiséis años y, después del día de la victoria en Europa, la edad límite para ser llamado a filas se había fijado en veintiséis años. Si hubiesen esperado sólo seis semanas, me habría librado.

La autocompasión es un sentimiento horrible e hice todo lo que pude para librarme de él. Después de todo, la llamada a filas no se había producido durante los largos años de lucha sangrienta, y cuando por fin su dedo me daba golpecitos en el hombro, había paz. Las armas se habían callado. Más bien debería estar agradecido de que mi cobardía no tuviera que someterse a las exigencias del heroísmo.

Además, sabía por qué me reclutaban justo cuando me estaba preparando para volver a la investigación. Tenía que ingresar en el ejército a fin de que un soldado que había estado inmerso en el fragor de la batalla pudiera volver a casa. Iba a sustituirlo sin ponerme en peligro. Debería considerarlo como una experiencia extraña e interesante.

Todo esto me lo decía la lógica y la razón. Pero no sirvió de nada. De todas maneras, me sentía muy abatido.

Ingresé en el ejército el 1 de noviembre de 1945. Al terminar mi primer día allí, la tarde del 2 de noviembre, miré a mi alrededor, contemplé la desolación de la base y pensé: "¡Dos años! ¡Dos años!" Ante mí se extendía el abismo de la eternidad.

En realidad, en el ejército no fui maltratado en ningún aspecto. Tuve que sufrir los rigores y el tedio del entrenamiento básico, y no me llevaba bien con la mayoría de los demás soldados (¿sorpresa?), pero nunca me castigaron por nada. Mi puntuación de 160 en el ACGT me definía a los ojos de los oficiales como alguien demasiado estúpido para ser soldado y me ignoraban cuidadosamente, lo que fue de agradecer.

En febrero de 1946, me había acostumbrado más o menos a la rutina del ejército. Camp Lee, en Virginia, donde había recibido el entrenamiento básico, estaba lo bastante cerca de casa como para ir a ver a Gertrude cuando tenía permiso. Esperaba ansioso que me destinaran a algún lugar todavía más cercano a Nueva York.

No hubo suerte. Había que probar la bomba atómica en el atolón de Bikini, en el océano Pacífico, y varios soldados fueron destinados a participar en esta tarea; yo estaba entre ellos. Estaría a unos dieciséis mil kilómetros de casa por un período indefinido de tiempo y creo que en ese momento me habría gustado morirme.

Una bibliotecaria amable me preguntó por qué tenía un aspecto tan desolado y le conté mi triste historia con tono lastimero. Después de escucharme me dijo fríamente:

—Escuche, no hay nadie aquí, nadie en el mundo que no tenga problemas. ¿Qué es lo que le hace pensar que es usted especial?

Eso me puso frente a frente con mi necedad e hizo que me resignara a mi destino.

No relataré los detalles de mis experiencias en el ejército, que fueron monótonas y aburridas. Nada más sacar la mejor puntuación en el ACGT, terminé el último en las pruebas físicas, y por un gran margen en ambos casos. De vez en cuando me destinaron a cocinas, pero la mayoría de las veces me libraba de eso porque era un buen mecanógrafo y los mecanógrafos estaban (a) muy solicitados en la administración y (b) exentos del servicio de cocina.

Por supuesto desarrollé un profundo odio hacia el ejército, su rutina, su estupidez, su insensibilidad y su falta de sentido, pero mirando hacia atrás, creo que me dolió más a mí de lo que le dolió al ejército.

Mi rechazo a aceptar la situación racionalmente me impidió observar una extraña subcultura que podría haber utilizado en mis artículos y relatos y que a su vez no me dejó disfrutar de cuanto había para divertirse. Camino de Bikini, por ejemplo, pasé diez semanas en Hawai sin ninguna obligación. Podría haber pasado todo ese tiempo disfrutando de aquel maravilloso lugar, pero nunca me lo permití. Seguí considerándolo un exilio detestable. (En Hawai me las arreglé para coger una pequeña infección de pie de atleta, algo de lo que nunca he podido librarme del todo.)

A propósito, mientras estaba en Hawai, ocurrió algo que en sí mismo no parecía tener mucha importancia, pero que, al pasar los años, siempre he considerado como un momento decisivo de mi vida social, tal vez el más decisivo.

El grupo de soldados enviados a Bikini vía Hawai incluía a seis "expertos imprescindibles" (o sea, soldados con alguna preparación científica, y yo era uno de ellos) entre otros muchos sin preparación universitaria. (Yo los consideraba, con bastante crueldad, "chicos de granja"; pero ellos eran todavía menos considerados conmigo y a veces lo demostraban. Era el más viejo de los barracones y a veces me llamaban "papi", lo que hería mis sentimientos, ya que en mi fuero interno me seguía considerando un niño prodigio.)

Los "expertos imprescindibles" formamos un grupo aparte y, en realidad, el disfrutar de su camaradería en el tren y en el barco que nos llevó de Camp Lee a Hawai fue lo más parecido a la diversión que experimenté en el ejército. Jugamos innumerables partidas de bridge. Yo era muy malo, pero no importaba, jugábamos para divertirnos.

En una ocasión, me quedé solo en los barracones de Honolulú, puesto que los otros cinco especialistas se habían ido a alguna parte. Incapaz de relacionarme con los "granjeros", estaba tumbado en mi camastro leyendo.

Había tres de ellos más lejos y estaban muy preocupados (como lo estábamos todos, teniendo en cuenta la naturaleza de nuestra misión) por la bomba atómica.

Uno de los tres se encargaba de explicar a los demás cómo funcionaba la bomba y no es necesario decir que lo dijo todo al revés.

Aburrido, dejé el libro y empecé a ponerme de pie para unirme a ellos e instruirlos asumiendo la "carga de hombre inteligente". Sin embargo, mientras iba hacia allí, pensé: "¿Quién te ha nombrado su educador? ¿Les va a hacer algún daño estar equivocados sobre la bomba atómica?" Y volví a mi libro.

Ésta fue, que yo recuerde, la primera vez que resistí deliberadamente el impulso de exhibir mi singularidad.

Eso no quiere decir que mi carácter cambiara de repente y por completo, pero era un paso, un diminuto primer paso para la creación de lo que se puede describir como un nuevo yo. Seguía siendo detestable para muchos, no me llevaba bien con mis superiores, pero empecé a cambiar. Era capaz de "desconectar", de no estar siempre haciendo gala de mi inteligencia.

Contesto a una pregunta si me la hacen, doy explicaciones si me las piden, escribo artículos educativos para los que quieren leer, pero he aprendido a no ofrecer mis conocimientos cuando nadie me los pide.

Es asombroso el cambio que se produjo. Parecía que, muy lentamente, iba madurando. Al hacerlo, se iba suavizando el rasgo más importante de mi carácter, el síndrome de "yo lo sé todo" que hacía que los demás me detestaran. De hecho, si puedo confiar en lo que los demás me han dicho con vehemencia con el paso del tiempo, me he convertido en una persona mayor muy querida. Siempre me resulta increíble recordar cómo eran las cosas durante la primera parte de mi existencia, sobre todo cuando algunas mujeres jóvenes y guapas me tratan ahora como si fuera un suave osito de peluche. Por fortuna, he aprendido a disfrutar de la adulación.

Y todo se inició, se lo juro, en aquel momento, en el barracón de Honolulú.

¿Por qué sucedió en ese momento? A lo mejor, mi inusual situación como el más provecto del lugar, como "papi", hizo que se desarrollara en mí un principio de seriedad, inducido por la edad. Tal vez, mi declive en las proezas académicas, que le aseguro que no había escapado a mi atención, impidió que me sintiera tan extraordinariamente "inteligente" en el sentido escolástico.

Es evidente que todo lo que hacemos es el resultado de los distintos cambios que ocurren a nuestro alrededor y que pocas veces podemos controlar. No empecé la conversión de niño odioso a venerable patriarca porque conscientemente tomara la decisión de hacerlo, sino porque la vida, de varias maneras, me moldeó como un objeto sin que fuera consciente de ello.

Sólo puedo alegrarme de que lo hiciera para bien, pero no es mérito mío.

Además, no perdí nada al hacerlo. No perdí el placer de explicar e instruir. Llegarían tiempos en los que escribía miles de artículos, todos destinados a ilustrar y enseñar a mis lectores; tiempos en los que daría cientos de conferencias, todas

destinadas a educar a mi audiencia, en los que incluso mis obras de ciencia ficción tendrían su aspecto educativo.

Pero, y éste es el punto crucial, nadie está obligado a leer lo que escribo, y de hecho, la gran mayoría de la población terrestre no lo hace. Mis esfuerzos educativos son sólo para aquellos que quieren someterse a ellos por voluntad propia.

Esto es algo total y completamente diferente de mi empeño en educar a víctimas poco deseosas de serlo, y es esto lo que he abandonado y lo que es importante.

Otro acontecimiento extraordinario durante mi estancia en el ejército fue que logré escribir un relato. Durante el entrenamiento básico, convencí al bibliotecario para que me encerrara en la biblioteca cuando iba a almorzar y me dejara usar la máquina de escribir. Al cabo de varias sesiones, había terminado un relato de robots que envié a Campbell. Se llamaba *Evidence* y se publicó en el número de septiembre de 1946 a *ASF*.

Lo interesante del relato es que cuando lo volví a leer recientemente, porque iba a aparecer en una antología y tenía que corregir los errores tipográficos, me di cuenta de que era el primero de mis relatos que podría haber escrito cuarenta años después.

Lo peor del estilo folletinesco había desaparecido de repente y a partir de este relato escribí con más racionalidad (o al menos es lo que yo pienso). No se por qué mi obra literaria maduró de repente, mientras estaba en el ejército. He reflexionado sobre ello pero no he encontrado ninguna respuesta.

Dio la casualidad de que no permanecí en el ejército durante dos años.

Debido a un error burocrático, Gertrude fue informada de que dejaría de recibir su asignación como esposa de un soldado porque había sido licenciado. Fui de inmediato a ver a mi capitán con la carta. Estudió el caso y me dijo que eso no era asunto suyo pero que me enviaría de nuevo a Camp Lee para resolverlo. (Probablemente se alegraba de librarse de mí.)

En consecuencia, salí hacia Camp Lee el día antes de que el barco partiera de Hawai hacia las Bikini. Así que nunca vi la explosión de una bomba nuclear de cerca y, probablemente, gracias a eso no he muerto de leucemia a una edad relativamente temprana.

De vuelta en Camp Lee, empecé a mover los hilos para conseguir un "licenciamiento por investigación", puesto que no estaba haciendo nada en el ejército y volvería a la investigación científica si me licenciaban. Así que me licenciaron (y una vez más, debieron alegrarse de librarse de mí). Abandoné el ejército el 26 de junio de 1946, que dio la casualidad que era el día del cuarto aniversario de mi boda. Había estado movilizado durante ocho meses y veintiséis días.

41. Los juegos

En el capítulo anterior mencioné que había jugado innumerables partidas de bridge con los "expertos imprescindibles" y que era bastante malo. En general soy bastante malo en todos los juegos.

No estoy hablando de los juegos callejeros violentos, las clases de gimnasia para desarrollar la musculatura o los esfuerzos coordinados de deportes que requieren agudeza visual y buenos reflejos como el tenis o el golf.

Mi ignorancia de todas estas cosas es patética.

En 1989, di una charla en un club deportivo importante y me encontré entre un grupo de elite que se había reunido para asistir a la conferencia y jugar al tenis y al golf en su tiempo libre. Había varios objetos expuestos que los jugadores que competían podían ganar si su puntuación era buena, y uno de ellos me resultaba muy extraño. Lo estudié con detenimiento y al final le dije a un joven que tenía aspecto de contestar a una pregunta hecha con educación:

—Perdone, ¿qué es esto?

—Una bolsa de golf —me respondió después de mirarme fijamente durante un momento.

—¿Ah, sí? —le dije inocentemente como si tuviera siete años, cuando en realidad podría ser su abuelo—. Nunca había visto una.

Estoy seguro de que la conversación se comentó y todos debieron de preguntarse alarmados por qué me habían invitado para darles una charla. Sin embargo, les demostré que uno puede no saber lo que es una bolsa de golf y a pesar de todo dar una buena conferencia.

Nunca me ha importado no hacer buen papel en los deportes. Cuando era joven y atontado, incluso me consolaba pensando que esa característica mía no era más que un subproducto de mi "inteligencia", pero a medida que me hice mayor, descubrí que tampoco destacaba en las actividades competitivas en las que intervenía la mente. No sólo no era un buen jugador de bridge, sino que no era bueno en ningún juego de cartas, lo que también tiene sus ventajas, ya que eso me mantuvo alejado de la pasión por el juego.

Pero me molestaba mi fracaso en el ajedrez. Cuando era bastante joven y tenía un tablero de ajedrez, pero no las piezas, leía manuales sobre el juego y me aprendí las diferentes jugadas. Después, recorté cuadrados de cartón y dibujé los símbolos de las distintas piezas e intenté jugar contra mí mismo. Con el tiempo, conseguí convencer a mi padre de que me comprara las piezas de verdad. Después enseñé a mi hermana las jugadas y empecé a echar partidas con ella. Los dos jugábamos bastante mal. Mi hermano Stanley, que nos miraba mientras competíamos, aprendió las jugadas y me pregunto si podría probar suerte. Como su condescendiente hermano mayor le dije

que sí y me preparé para darle una paliza. El problema fue que en la primera partida de su vida me ganó.

En los años siguientes descubrí que todo el mundo me ganaba, independientemente de su raza, color o religión. Sencillamente, era el peor jugador de todos los tiempos y, con los años, dejé de jugar al ajedrez.

Este fracaso me dolió realmente. Estaba en total contradicción con mi "inteligencia", pero ahora sé (o al menos eso me han dicho) que los grandes jugadores de ajedrez logran sus resultados estudiando durante años y años partidas de ajedrez, memorizando gran cantidad de complejas "combinaciones". No ven el ajedrez como una sucesión de jugadas sino como un patrón. Sé lo que eso significa porque yo veo los artículos o los relatos como patrones.

Pero son aptitudes diferentes. Kasparov considera el juego de ajedrez como un patrón, pero para él, un artículo no es más que una mera sucesión de palabras. Yo veo los artículos como patrones y las partidas de ajedrez como meras sucesiones de movimientos. Así que él puede jugar al ajedrez y yo puedo escribir artículos, pero no al revés.

Sin embargo, esto no es suficiente. Nunca pensé en compararme con los grandes maestros del ajedrez. ¡Lo que me molestaba era mi incapacidad de ganar a nadie! La conclusión a que llegué finalmente (cierta o equivocada) era que no estaba dispuesto a estudiar el tablero y sopesar las consecuencias de cada uno de los movimientos posibles. Incluso la gente que no es capaz de ver patrones complejos por lo menos puede deducir las dos o tres jugadas siguientes, pero yo no. Muevo por impulsos, cuando no al azar, y soy incapaz de hacer nada más. Esto quiere decir que tengo todas las probabilidades de perder.

Y una vez más, ¿por qué? A mí, me parece obvio. Mi capacidad para comprender y recordar todo enseguida es lo que me inutiliza. Esperaba ver las cosas de inmediato y me negaba a aceptar una situación en la que algo así no era posible. (Igual que cuando me negaba a estudiar en el instituto y en el *college*.)

Tengo la gran suerte de poder ver los patrones de inmediato, sin esfuerzo, cuando escribo y cuando doy conferencias. Si tuviese que pensarlo, supongo que habría fracasado en ambas cosas. (Y no me sorprendería que mi falta de disposición para tomarme el tiempo para pensar las cosas haya contribuido a mi fracaso como científico.)

42. Acrofobia

No subo a los aviones debido a mi acrofobia; considero que es una buena razón, como explicaré en seguida. Sin embargo, volé en avión una vez cuando estaba en la NAES y otra en el ejército. Debo explicar las circunstancias.

En la NAES estaba trabajando con unos "tintes marcadores" cuya finalidad era teñir el agua que rodeaba a los pilotos derribados en el océano y hacerlos más visibles para los aviones de rescate. (Me encantaba trabajar en esto porque contribuía directamente al bienestar de los combatientes y me servía de excusa para no estar entre ellos, al menos en parte.)

El método corriente de probar los distintos marcadores era subir en un avión y comparar sus diferentes grados de visibilidad. Pero yo había diseñado una prueba que a mi juicio haría lo mismo evitando el gasto de un vuelo de avión, aunque para comprobar que mi prueba funcionaba tendría que comparar sus resultados con los de la vigilancia aérea. Si ambos daban los mismos resultados, estaba hecho.

Me sentía tan entusiasmado (y creo que fue el último destello de verdadero entusiasmo que sentí por la investigación científica real) que pedí ir en un avión para observar los marcadores. Subí a un pequeño bimotor de la NAES pilotado por uno de sus oficiales. Estaba tan concentrado en observar las pequeñas manchas verdes en el agua, que me olvidé de la acrofobia y no fui presa del pánico. Incluso tuve intención de volver a volar, pero mis superiores querían saber si podía garantizar los resultados.

Les dije:

—Desde luego que no. Si pudiese, no tendría que volar en el avión.

Así que haciendo gala de su estupidez, suspendieron los vuelos.

Mi segundo vuelo fue a mi regreso de Hawai. Había solicitado viajar en el primer transporte marítimo disponible para San Francisco, que significaba pasar seis días en el océano. Prefería eso a un vuelo en avión.

Pero en la marina, "transporte marítimo" significa avión. Protesté airadamente, pero el sargento que se encargaba de mí se limitó a darme la orden de subir al avión y no tuve más remedio que obedecer. Despegó de inmediato y me transportó por la noche durante doce horas hasta que llegamos a San Francisco. Sucedió todo tan de prisa y me dejó en tal estado de incertidumbre y confusión, que no tuve tiempo de pasar miedo.

Ninguno de los dos viajes hizo que los aviones me gustaran. Claro que, dadas las circunstancias, había pocas posibilidades de que lo hicieran. El primero era un pequeño avión en absoluto pensado para el transporte de civiles y el segundo era un DC—3 destripado en el que todos los pasajeros tenían que dormir, o al menos intentarlo, sobre el suelo curvo de madera.

¿Y qué sucedería si cogiese un avión moderno, con asientos confortables, azafatas

con bandejas de comida, películas y todo lo demás? ¿Y qué? Nunca lo sabré, puesto que no existe la menor posibilidad de que acepte volar (a menos que Janet o Robyn estuvieran muy lejos y me necesitaran desesperadamente y con urgencia). Además, está la extraordinaria publicidad y los detalles macabros con que se da noticia cada vez que hay un accidente de avión, y en cuanto se produce uno de estos incidentes terribles, se reafirma mi incuestionable decisión de no volar.

Pero ¿tengo realmente acrofobia, o es una excusa para evitar los aviones? Como Lester del Rey insinuó una vez, ¿soy un cobarde o un acrófobo?

Créame, soy acrófobo. Me di cuenta de ello la primera vez que me puse realmente a prueba. Cuando visité la Exposición Universal de Nueva York en 1939, con mi amada del laboratorio de química, se me ocurrió montarme en la montaña rusa. Por lo que había visto en las películas, imaginé que mi pareja gritaría y se abrazaría a mí, algo que, pensé, sería maravilloso.

En cuanto el vagón llegó a la parte superior de la pendiente más alta y empezó a deslizarse hacia abajo, reaccioné como alguien que padece acrofobia. Grité aterrorizado y me agarré desesperadamente a mi pareja, que seguía imperturbable e inmóvil. Me bajé de la montaña rusa medio muerto y si hubiese sido mayor y mi corazón no tan joven, seguro que me habría muerto.

No creo que esta experiencia fuera la causa de la acrofobia. Más bien creo que ya la tenía de siempre, pero nunca había estado lo bastante arriba y en situación de sentir miedo de caer. Me pregunto si en realidad nací con esta fobia, si es parte de mi dotación genética.

Después de descubrir que tenía acrofobia, evité cuidadosamente cualquier situación que pudiera activar la sensación. Sólo una vez me camelaron para que hiciera caso omiso de esta sensata precaución.

En diciembre de 1982, un gran *menorah*[4] de nueve metros de altura se instaló en los días del *Hanuka*[5] en el Columbus Circle, muy cerca de mi casa. Un rabino me telefoneó para pedirme que encendiera algunos de sus brazos con un soplete, dijera unas palabras y repitiera un corto rezo tras él. No tenía ganas de hacerlo, pero soy reacio a actuar de alguna manera que pueda sugerir que no tengo sentimientos judíos.

—¿Cómo llegaremos hasta arriba? —le pregunté.

—Con una plataforma de extensión hidráulica —me respondió, refiriéndose a uno de esos cubos en los que se suben los trabajadores para podar los árboles.

—No puedo hacerlo —le dije—. Tengo acrofobia. Tengo un miedo enfermizo a las alturas.

—Tonterías —dijo—. Yo también subiré en la plataforma, y recuerde, cuanto más arriba subamos, más cerca estaremos de Dios.

Eso sí era una tontería. Incluso si Dios existiese, no estaría "ahí arriba". Sería inmanente a toda la creación. Pero dejé que me convenciera. Al recordarlo, no puedo

creer que fuera tan sumamente estúpido. Pero lo fui.

La tarde en cuestión fui andando hasta Columbus Circle junto con Janet y su sobrina Patti. Janet estaba furiosa conmigo porque había aceptado, en parte porque significaba participar en un acto religioso y en parte por su miedo a mi acrofobia. En cuanto a mí pensaba: "Será el triunfo de la mente sobre la materia. Me limitaré a ignorar el hecho de que estaré subiendo por los aires."

Sin embargo, en cuanto me monté en la plataforma y noté que empezaba a ascender, me di cuenta de inmediato que no basta sólo la mente para controlar mi fobia. Me derrumbé en el suelo del cubo y lo único que los asistentes a la ceremonia podían ver eran mis dedos agarrados que se aferraban al borde del artefacto volador. En esa época padecía ataques de angina de pecho que, por lo general, sólo se manifestaban cuando iba andando. Por primera vez se presentó uno estando yo inmóvil, y sentí un fuerte dolor en el pecho.

Todo lo que se me ocurrió era que podía ser un ataque al corazón y pensé: "Si me muero, Janet me matará".

Pero me puse en pie, todavía vivo, y logré con mucha dificultad encender el número necesario de brazos del menorah con el soplete. (Nunca había tenido en mis manos algo así y aprender a controlar su llama, mientras estaba agarrotado por la fobia, resultó difícil.)

Pronuncié unas palabras durante varios minutos, aunque no tengo la más remota idea de lo que dije y después, a punto de morir, repetí las sílabas hebreas que entonaba el rabino. (Él no tenía fobia.)

Por fin, empezamos a bajar y pensé agradecido que cada metro que descendíamos me alejaba de Dios y me acercaba a la bendita tierra.

Mis problemas no habían terminado. Cuando llegamos al suelo, descubrí que estaba sufriendo una parálisis nerviosa. No podía mover las piernas y me tuvieron que sacar de la plataforma. Me mantenía derecho, y con Janet sujetándome por un lado y Patti por el otro, me las arreglé para arrastrar los pies. Mientras me llevaban a casa andando, mis piernas fueron recuperando lentamente la normalidad.

Me preocupaba lo que Janet diría, ya que mientras caminábamos hacia casa mantuvo un silencio que no auguraba nada bueno (igual que solía hacer mi madre cuando estaba pensando en la zurra que me iba a dar una vez que estuviera a salvo en casa.) Para evitarlo dije lastimeramente:

—Tenía miedo de que si me daba un ataque al corazón y me moría, tú me matarías, Janet.

—No —me respondió—, pero habría matado a ese rabino.

Una vez tuve la oportunidad de ver a alguien en acción sin acrofobia y todavía no puedo creérmelo. Había una grieta en la fachada de nuestro edificio de apartamentos y durante las tormentas los vientos racheados hacían que entrara agua hasta el piso a

través de la pared. El 17 de diciembre de 1986, un hombre subido en un andamio que colgaba del tejado se dedicaba a quitar los ladrillos y a buscar la filtración. El andamio parecía una estructura poco segura y por debajo había treinta y tres pisos.

Me maravillaba su aplomo y, con el estómago revuelto, le pregunté si no le importaba estar así suspendido en el aire. Miró hacia abajo, después hacia mí y dijo:

—No.

Descubrió en la pared un trozo de metal que era el causante de la grieta y que, al intentar arrancarlo, cedió de repente. El trabajador se tambaleó hacia atrás y yo reaccioné como quien tiene acrofobia, lanzando un grito ensordecedor. El hombre quedó retenido en la parte trasera del andamio, durante un momento pareció un poco alterado, y después empezó a poner los ladrillos que había quitado en el agujero abierto en la pared.

Eso es no tener acrofobia.

43. Claustrofilia

Al hablar de mis particularidades fóbicas, debería mencionar que también padezco una afección benigna, la claustrofilia, o afición a los lugares cerrados.

Permítaseme explicar cómo me di cuenta de ello. De vez en cuando iba a algunos grandes almacenes con Gertrude. (Odio ir de compras y no soy capaz ni de comprarme mi propia ropa de manera adecuada, así que Gertrude tenía que venir conmigo para supervisar, y una vez que estaba allí, también se compraba cosas para ella.)

Mientras caminábamos por el almacén miraba los escaparates de mi alrededor y me interesaban en particular las exposiciones de muebles. Algunas tiendas exponían modelos de dormitorios y salas de estar y mostraban los muebles perfectamente colocados. Encontraba estas habitaciones extraordinariamente atractivas, cálidas y acogedoras. Me gustaban más que las habitaciones corrientes de mi casa o las de mis amigos.

Pero ¿por qué? Las habitaciones en las que vivía estaban bien amuebladas y no se diferenciaban de las de los grandes almacenes en nada esencial. El asunto me intrigaba y, un día, estudiando una de estas habitaciones piloto que me producía el deseo habitual de vivir en ella, por fin me di cuenta de la diferencia.

La habitación piloto no tenía ventanas, su iluminación era una acogedora y cálida luz artificial. No había invasión violenta de la luz del sol.

De repente, comprendí algunas cosas sobre mí mismo que antes me había limitado a aceptar sin más. En una de las tiendas de caramelos que tuvimos había un piso en la planta superior. También tenía una pequeña habitación en la trastienda equipada con un hornillo y otros accesorios de cocina, ya que antes la tienda había servido comidas. Mis padres dejaron de hacerlo, pero a menudo yo comía en esa habitación.

La prefería a la cocina de arriba. Una vez que descubrí mi claustrofilia, recordé que el cuartito no tenía ventanas y que me había sentado allí a comer a la luz de una bombilla incluso en pleno mediodía.

En esa época, en el metro había quioscos que vendían periódicos, revistas y dulces. Por la noche, los laterales, que eran de madera, se doblaban y se cerraban y todo el quiosco parecía una caja hermética hasta que se abría antes de la hora punta de la mañana.

Soñaba con poseer uno de aquellos quioscos y fantaseaba con que cuando estuviera cerrado, me quedaría dentro con una bombilla encendida. Entonces, podría leer las revistas que me gustaban, recluido y aislado por completo mientras oía de vez en cuando el ruido sordo de los trenes del metro. (Los problemas mundanos de cómo me las arreglaría para ir al cuarto de baño en mitad de la noche jamás me los planteé.)

Mi claustrofilia no es extrema. Aunque prefiero los sitios cerrados, soporto muy bien las habitaciones iluminadas por el sol y estar al aire libre. No tengo ningún resquicio de agorafobia (angustia morbosa ante los lugares abiertos), aunque prefiero pasear por las gargantas de Manhattan cercadas por sus altos edificios que por el despejado Central Park.

Mi claustrofilia sale a flote en mi despacho, donde mantengo siempre las persianas cerradas y trabajo sólo con luz artificial, no importa cuánto brille la luz del sol. Además, mi máquina de escribir está colocada de tal manera que, cuando la estoy utilizando, me queda enfrente una pared en blanco, desprovista de ventanas.

No obstante, ahora, mi ordenador está en nuestra salita, en la que entra la luz del sol ya que las persianas nunca están bajadas. Pero, por mucha claridad que haya en la habitación, siempre enciendo la lámpara.

En cierta ocasión, mi claustrofilia me resultó útil.

A medida que envejecemos y nos desmoronamos, como la tecnología médica avanza, a los médicos les gusta jugar con sus juguetes y utilizarnos como víctimas. Una vez me hicieron una resonancia magnética, una técnica no invasora e inofensiva utilizada para observar el interior del cuerpo humano. (Le diré ahora mismo que no encontraron nada preocupante.)

Para ello, me metieron en un cilindro metálico y me dejaron allí durante hora y media, mientras se producían extraños ruidos, como de explosiones. El hecho era que el cilindro quedaba muy pegado al cuerpo, como un ataúd, y se supone que tienes que estar allí quieto, tumbado como un cadáver.

Estaba aburrido y empecé a temer que los médicos se hubieran olvidado de mí y se hubieran ido a casa, pero las paredes cilíndricas que me rodeaban no me suponían molestia alguna. No sé cómo pueden hacer esta prueba a los que tienen claustrofobia (angustia morbosa ante los lugares cerrados). Sospecho que no pueden.

Se podría afirmar incluso que toda mi forma de vida es una expresión de mi claustrofilia. Mi completo aislamiento al escribir crea un mundo artificial y cálido a mi alrededor (un mundo sin ventanas) que impide la entrada del mundo exterior con su sol deslumbrante. Y, a lo mejor, no es una casualidad el que en mi libro *Bóvedas de acero* (1954) describiera ciudades subterráneas en la Tierra, la última consecuencia de un entorno sin ventanas.

Heinlein, a raíz de mi relato *Soñar es un asunto privado* (*F&SF*, diciembre de 1955), me acusó, en tono amistoso, de estar haciéndome de oro a costa de mis neurosis. En realidad, B*óvedas de acero* es un ejemplo mucho mejor. Y no me arrepiento. Todos los escritores, estoy convencido, utilizan al máximo sus propias neurosis en su obra literaria.

44. La tesis doctoral y hablar en público

Cuando uno interrumpe su tesis doctoral durante algunos años, es fácil suponer que nunca la continuará. Debo admitir que yo también sentí esta desconsolada sensación y que fue otro factor más en contra de aceptar el trabajo de Filadelfia. De hecho, uno de mis compañeros estaba convencido de que yo nunca volvería, no tanto por el trabajo como por mis planes de casarme. Pensaba que mis responsabilidades dirigirían mi vida por otros caminos más mundanos.

Cuando la guerra y mi trabajo en la NAES llegaron a su fin y terminaron mis obligaciones militares, habían transcurrido cuatro años y medio. Por fortuna, mi matrimonio todavía no se había complicado con hijos y estaba decidido a no abandonar mi tesis doctoral. Por tanto, en setiembre de 1946 me presenté en Columbia dispuesto a volver al trabajo. El profesor Dawson seguía allí, me recordaba bien y estaba encantado de verme.

Pero no se puede volver a casa de nuevo. No era lo mismo. Yo era cuatro años mayor, llevaba cuatro años desilusionado de la ciencia y otros tantos convencido de que no estaba hecho para la investigación científica. Peor todavía, mientras había estado fuera se había producido una gran revolución en la química debido a la aplicación de la mecánica cuántica, algo que debemos sobre todo al trabajo del gran Linus Pauling.

No me había mantenido al día de los cambios y descubrí asombrado que la química se había convertido en algo así como el griego para mí. Por fortuna, antes de irme de Filadelfia había realizado todos mis cursos de doctorado y lo único que me quedaba por hacer era investigación. Esto fue una gran suerte, ya que si me hubiese visto obligado a hacer algún curso, no habría tenido la mínima oportunidad de aprobarlo.

Era otro paso más en mi decadencia. No sólo era un estudiante mediocre; era un fracaso seguro.

No obstante, durante mi investigación doctoral sucedió algo bueno, algo sobre lo que los acontecimientos posteriores proyectaron su sombra.

Una parte de mis obligaciones como doctorando era dar un seminario sobre el trabajo que estaba realizando. (Era una investigación sobre la cinética —o sea, la velocidad de reacción— de algún oscuro enzima.)

Había asistido a esos seminarios y por lo general eran sonoros fracasos. La mayoría de las veces la persona que daba el seminario (por muy buen químico que fuera) no tenía un talento especial para la exposición oral. Además, para cualquiera que no fuera él mismo, su tema era como un misterio de la ciencia, difícil de entender sin una explicación a fondo. Y por lo que a los oyentes respecta, como sabían por experiencia que no iban a entender nada después de las cinco primeras palabras, se

preparaban para sufrirlo y asistían sólo porque se esperaba que lo hicieran.

Sin embargo, me apliqué a la tarea con entusiasmo. Por un lado, era algo que podía hacer sin necesidad de trabajo manual. No tendría que preocuparme de que el material se rompiera o de que los experimentos salieran misteriosamente mal.

Pero había algo más. Pensaba con ilusión en la charla, y en realidad no sé por qué. No tenía ninguna experiencia de hablar en público, algo que por lo general se considera la prueba final de confianza en uno mismo, la manera de destrozar a los más osados. Hay gente que prefiere enfrentarse a una carga de rinocerontes que a una audiencia pacífica y somnolienta. Uno se siente muy desprotegido frente al público. Existe la posibilidad de ponerse en ridículo. No sé la razón por la que no compartía esta sensación tan común.

Me dirigí al aula mucho antes de que fuera la hora de comenzar el seminario y llené una gran pizarra con ecuaciones químicas y matemáticas a fin de no tener que interrumpir el curso de mi charla para escribirlas. (¿Qué me hizo pensar que esto era lo que había que hacer? Sólo puedo suponer que fue cierto instinto. Igual que el dominio casi innato del oficio de escribir me permitió empezar a hacerlo a los once años, ahora parecía tener una predisposición para hablar en público.)

Por supuesto, cuando la audiencia llegó y vio las ecuaciones, se produjo un sobresalto palpable y un murmullo de incertidumbre.

Estoy seguro de que todos pensaron que no iban a entender nada en absoluto de la charla. Pero levanté los brazos y, seguro de mí mismo, dije:

—Limítense a escuchar lo que digo y todo estará tan claro como el agua de un arroyo de montaña.

¿Cómo lo sabía? Sin duda era un remanente de mi arrogante seguridad, más acorde con mis años de la escuela primaria que con los de gran desilusión respecto a mis aptitudes, que había experimentado durante el *college* y posteriormente.

Pero esto era algo que no había hecho nunca. No había tenido la oportunidad de sufrir una desilusión al hablar en público y estaba impaciente por demostrar mis aptitudes.

¡Y funcionó! No sentí pánico ni se me contrajo el estómago. Hablé fluida y cómodamente. Empecé por el principio (los oradores de los seminarios rara vez lo hacen, sino que se sumergen en la complejidad del tema nada más empezar, a lo mejor para demostrar su erudición). Iba avanzando por la serie de ecuaciones, explicándolas todas y cada una de ellas con claridad y después seguía adelante.

Al final, la audiencia parecía entusiasmada y el profesor Dawson le dijo a alguien (que rápidamente me lo hizo saber) que era la explicación más clara que había oído nunca.

Ésta era la primera vez en mi vida que daba una conferencia formal de una hora. No tuve ocasión de repetirlo en varios años, ni tampoco planeé o pensé dar otras. Sin

embargo, a partir de ese momento supe por siempre jamás que podría hablar en público sin dificultad.

Todo esto plantea una cuestión interesante. Era obvio que la aptitud para hablar en público debía de haber estado latente en mí durante mucho tiempo. Sólo que no había tenido la oportunidad de ponerla en práctica. Cuando ésta surgió, a la edad de veintisiete años, hablé con el suficiente dominio como para tener éxito.

Supongamos que la oportunidad hubiese surgido con anterioridad. ¿A qué edad podría haber dado una conferencia sin ponerme nervioso? Es obvio que no lo sé. O supongamos que la oportunidad no hubiese surgido hasta mucho después, o nunca. ¿Es posible que pudiera haber vivido y pudiera haber muerto sin saber que era un excelente orador?

Tal vez.

Por eso me pregunto: ¿tendré algún otro talento, cuyo ejercicio hubiera sido útil y divertido para mí, que nunca he tenido ocasión de descubrir? No lo sé.

Si vamos a eso, lo mismo se puede aplicar a todo le mundo. ¿Quién sabe qué aptitudes no desarrolladas subyacen en la vasta población humana y se pierden porque nunca se ponen en juego?

Durante mi investigación doctoral apareció otro progreso inesperado.

Estaba sentado en mi mesa, preparando el material para los experimentos del día y pensando que se acercaba el momento de tener que escribir mi tesis doctoral. Una tesis es un documento de estilo muy definido y las reglas estrictas exigían que fuera redactada de un modo rígido y anormal (incluso estúpido). Yo no quería escribirla así. Por tanto, se me ocurrió, en un arranque malicioso, escribir una parodia de una tesis doctoral que aliviara mi alma y me permitiera enfrentarme a la tesis real con más ánimo.

Dio la casualidad de que estaba trabajando con unos cristales minúsculos y muy ligeros de un compuesto llamado catecol, que era muy soluble en agua. Cuando añadía alguno al agua, se disolvía nada más tocar su superficie. Me decía a mí mismo: "¿Y si se disolviesen justo una fracción de segundo antes de tocar la superficie? ¿Qué sucedería entonces?"

El resultado fue que escribí una seudodisertación tan indigesta como pude sobre un compuesto que se disolvía 1,12 segundos antes de añadirle el agua. Le puse el título siguiente: T*he Endochronic Properties of Resublimated Thiotimoline*.

Se la enseñé a Campbell y le gustó. Él no se oponía a publicar de vez en cuando un artículo burlesco. Tuve en cuenta que la revista aparecería casi al mismo tiempo que mi exposición oral, que sería mi triunfo o mi ruina y tuve la precaución de decirle a Campbell que publicara mi parodia bajo un seudónimo.

Apareció en el número de marzo de 1948 de *ASF* y a Campbell se le olvidó lo del seudónimo. Allí estaba, Isaac Asimov, escrito por todas partes y, por supuesto, toda la

Facultad de Química de la Universidad de Columbia se enteró y lo pasó de mano en mano.

Me puse enfermo. Sabía lo que sucedería. No importa lo que hiciera en la exposición oral, iban a suspenderme alegando falta de seriedad. Todos esos años, todo ese tiempo, y lo iba a echar a perder por el viejo crimen de irreverencia hacia mis superiores.

Pero no ocurrió así. Después de pasar el infierno de la exposición oral, el profesor Ralph Halford me hizo la última pregunta:

—Señor Asimov, ¿podría decirnos algo sobre las propiedades termodinámicas de la tiotimolina resublimada?

Estallé en una risa histérica, porque sabía que no bromearían si quisieran suspenderme, y no lo hicieron. Aprobé y uno por uno salieron del aula del examen, me estrecharon la mano y dijeron:

—Felicidades, doctor Asimov.

Era el 20 de mayo de 1948. tenía veintiocho años y lamenté haber perdido cuatro años a causa de la Segunda Guerra Mundial. Podría haber conseguido el doctorado a los veinticuatro años y haber retenido algo más de mi infancia prodigiosa. Lo que era bastante estúpido por mi parte, teniendo en cuenta que millones de personas habían perdido mucho más que yo durante los cuatro años de guerra.

La ceremonia de graduación fue el 2 de junio, pero me negué a asistir oficialmente, puesto que no aprobaba la parafernalia medieval que encerraba. Sin embargo, me senté entre los asistentes con mi padre, que se sintió muy defraudado, él quería verme sobre la tarima con traje de ceremonia. Pero por lo menos, mi padre estaba allí presenciando cómo me convertía en doctor, aunque fuera un doctor de una especialidad equivocada.

45. El Posdoctorado

Empecé a preocuparme por conseguir un trabajo en 1938, en mi primer año de *college*, cuando solicité ingresar en la Facultad de Medicina. Desde entonces, mi vida había sido una larga dilación. Primero la universidad, después la NAES, el ejército, y de nuevo la universidad. Habían pasado diez años, corría el año 1948, estaba a punto de ser doctor y seguía con el mismo problema. ¿En qué iba a trabajar?

Debo admitir que el profesor Dawson, por muy buen director de investigación que fuera, no estaba entre los miembros de la facultad con más poder para conseguir puestos de trabajo para sus alumnos. Tampoco mi trabajo era tan maravilloso como para atraer mucho la atención. En consecuencia, no encontré empleo.

Lo que me salvó fue que me ofrecieron un trabajo de estudiante de posgrado durante un año. Eso significaba que continuaría haciendo investigación y que me pagarían cinco mil dólares al año. Tenía que investigar las drogas contra la malaria, intentando descubrir algún sustituto sintético para la quinina que fuera mejor que los existentes.

Era un tema que no me interesaba particularmente, pues la química me había decepcionado y me daba cuenta de mis limitaciones como investigador. De hecho, no recuerdo casi nada del trabajo que hice ese año, una señal inequívoca de su carencia de interés para mí.

Pero a medida que avanzaba el año 1949 no vislumbraba en el horizonte la posibilidad de un trabajo real. ¡Sin trabajo! Ni siquiera una posibilidad remota. Estaba tan desesperado que había decidido dedicarme al proyecto contra la malaria con la esperanza de que mi contrato se prolongara un año tras otro.

Probablemente éste fue el momento más bajo de toda mi carrera de químico, ya que estaba considerando la posibilidad de condenarme a un trabajo que no me gustaba, y sólo por dinero. Tenía veintinueve años y era un completo fracaso, a pesar de todas mis jactancias y afirmaciones de que mi triunfo asombraría al mundo.

Y después descubrí una de las situaciones más molestas de la vida académica de posguerra. Cada vez más, la investigación universitaria era financiada por becas del gobierno. Estas becas, por lo general, duraban un año. Cada año, si se deseaba que la financiación continuara, el profesor que dirigía la investigación tenía que solicitar su renovación y presentar una justificación para ello.

Siempre he pensado que las consecuencias de esto eran perniciosas. En primer lugar, el profesor que deseaba una beca gubernamental debía elegir un tema que pareciera digno de interesar al gobierno hasta el punto de que éste invirtiera fondos en él. Los científicos, por tanto, se concentraban en los campos que eran rentables y dejaban las demás áreas sin estudiar. Esto significaba que dichos campos estaban sobrefinanciados, de manera que se perdía mucho dinero, mientras que las partes

olvidadas de la ciencia podrían haber producido algún descubrimiento importante si no se hubieran dejado de lado.

Además, la dura competición por los fondos gubernamentales aumentaba las probabilidades de fraude, ya que los científicos (seres humanos al fin y al cabo) intentaban mejorar o incluso inventar los resultados de los experimentos a fin de poder hacerse con el dinero.

Otra consecuencia del sistema de becas es que se dedica el segundo semestre de cada año a la preparación de documentos relacionados con la renovación de la beca, en vez de centrarse en la propia investigación.

Para terminar, los escalones inferiores de los grupos de investigación, cuyos salarios son pagados con las becas en vez de con los fondos de la universidad, viven en continuo estado de inseguridad. Nunca saben cuándo se interrumpirá la renovación y les pondrán de patitas en la calle. Descubrí esto cuando, al final del año, mi beca no fue renovada.

Sólo ocurrió una cosa buena en el período posdoctoral. Un vecino nuestro me preguntó con curiosidad cuál era mi trabajo. Le dije que estaba trabajando con compuestos antipalúdicos y, con toda inocencia, me preguntó:

—¿Qué es eso?

Le expliqué concienzudamente lo que estaba haciendo, completado con fórmulas químicas, y cuando terminé, me dijo, con toda sinceridad:

—Hace usted que parezca claro y sencillo. Muchas gracias.

La consecuencia fue que, por primera vez, se me ocurrió que podría escribir libros de no ficción sobre temas científicos. En ese momento no surgió nada, pero esa idea no me abandonó y a la larga me dio excelentes resultados.

46. En busca de trabajo

Mi peor momento en la búsqueda de trabajo se produjo de la manera siguiente. Un conocido mío que trabajaba en Charles Pfizer, una empresa farmacéutica ubicada en Brooklyn, me dijo que había concertado una entrevista para mí con un alto cargo de la empresa. La cita era para el 4 de febrero de 1949 a las diez de la mañana y puedo asegurarle que llegué a tiempo. La persona a la que tenía que ver, no. Apareció a las dos de la tarde. No es necesario decir que fue absurdo por mi parte quedarme allí sentado durante cuatro horas, a la hora de almorzar, pero fue una de esas veces en que la terca indignación que me embargaba pudo más que el sentido común. No me iban a echar de una manera tan indigna.

El alto cargo apareció por fin, probablemente porque le habían dicho que tenía toda la pinta de no irme hasta que él viniera. Me trató con indiferencia y perdió muy poco tiempo conmigo.

Vi lo suficiente de Charles Pfizer como para saber que no quería trabajar allí y que habría rechazado un empleo si me lo hubieran ofrecido, pero eso no importa. Estaba furioso por el modo en que me habían tratado y es uno de esos casos en los que la rabia nunca se ha apagado del todo. Sigue tan viva en mi corazón como si hubiese sucedido ayer. No me enorgullezco de guardar rencor a alguien y, probablemente, no se lo guardaría de no haber ocurrido un incidente que remató todo el asunto.

A pesar de todo, había dado al directivo de la empresa una copia de mi tesis cuidadosamente encuadernada. No esperaba impresionarle, pero había planeado dársela, así que lo hice. A los pocos días me devolvió la copia por correo con una fría nota que decía que me devolvía mi "panfleto". Eso, a mis ojos, era un insulto. No podía creer que semejante ser miserable no pudiera reconocer una tesis doctoral al verla, sobre todo cuando lo dice claramente en la portada. Llamarla "panfleto" era como llamar "escribano" a un escritor y nunca lo he olvidado.

Un último detalle sobre Charles Pfizer. Muchos años después me pidieron que diera una conferencia a un grupo de ejecutivos de la empresa. Me ofrecieron cinco mil dólares, y por lo general no regateo mis honorarios. En esa época era una cantidad habitual por una conferencia en Manhattan. Sin embargo, hice una excepción con Pfizer. Les pedí seis mil dólares y no haría concesiones. Por fin aceptaron.

Los mil dólares de más eran para calmar mis sentimientos heridos hacía tantos años, y después de terminar mi charla con muchos aplausos y de haberme embolsado el cheque les dije la razón exacta por la que habían tenido que pagar mil dólares más.

Eso hizo que me sintiera mejor. Fue mezquino por mi parte, pero soy humano. No había buscado la venganza pero cuando se presentó ante mí no pude rehusarla.

Aunque el incidente de Pfizer fue el peor de mi búsqueda de trabajo, el resto tampoco fue mucho mejor. Sencillamente, no pude conseguir un trabajo.

47. Los tres grandes

Pero mientras mi búsqueda de trabajo continuaba siendo un fracaso, ¿qué ocurría con mi obra literaria?

No sólo no era un fracaso, sino un éxito creciente. Seguía con mis relatos de robots y de la Fundación, aunque fui un poco más despacio mientras me dedicaba a la investigación. Vendí todas las narraciones que escribí a *ASF* y mi popularidad iba en aumento.

No había duda de que en 1949 se me consideraba en amplios sectores uno de los principales escritores de ciencia ficción. Algunos pensaban que junto con Robert Heinlein y A. van Vogt formaba el trípode sobre el que se sostenía la ciencia ficción.

Dio la casualidad de que A. E. van Vogt prácticamente dejó de escribir en 1950, quizá porque estaba cada vez más interesado en la dianética de Hubbard. Pero en 1946, un escritor británico, Arthur C. Clarke, empezó a escribir para *ASF*, y él, al igual que Heinlein y Van Vogt (pero al contrario que yo), tuvo éxito desde el primer momento.

En 1949 se empezaron a oír los primeros rumores que consideraban a Heinlein, Clarke y Asimov como "los Tres Grandes". Esto se mantuvo durante unos cuarenta años, porque todos seguimos vivos durante décadas y seguimos cultivando el mismo género. Al final, los tres pedíamos grandes anticipos y colocábamos nuestros libros en las listas de éxitos. (¿Quién lo habría imaginado en los años cuarenta?)

Ahora que Heinlein ha muerto y Clarke y yo cada vez estamos más decrépitos, uno se siente obligado a preguntar: "¿Quiénes seran los próximos Tres Grandes?" Me temo que la respuesta es que no habrá nadie. Al principio, cuando se eligieron los Tres Grandes por consenso general, el número de escritores de ciencia ficción era escaso y resultaba fácil elegir a los ejemplos destacados.

Pero en la actualidad el número de escritores de ciencia ficción, incluso de buenos escritores, es tan grande que es prácticamente imposible elegir tres y que todo el mundo esté de acuerdo.

Tal vez no sea una gran tragedia. Siempre he pensado que el hablar constantemente de los Tres Grandes era, en cierto modo, un fenómeno que se alimentaba a sí mismo. Éramos los Tres Grandes porque teníamos éxito, pero ¿qué parte de nuestro éxito continuo se debía al hecho de que fuéramos considerados, un día tras otro, como los Tres Grandes? A pesar de que me beneficié de ello, siempre me ha inquietado la sensación de que podía estar engañando al resto de los escritores de este género.

Pero en ese caso, si mi obra literaria iba tan bien, ¿por qué me preocupaba tanto encontrar un trabajo? El problema, como quizás haya adivinado usted, era el dinero.

En 1949 ya había vendido sesenta relatos y novelas, y era considerado a nivel

mundial una de las figuras más destacadas de la ciencia ficción. Y sin embargo, en los once años que había estado escribiendo y vendiendo ciencia ficción había ganado un total de siete mil setecientos dólares. Es evidente que unos ingresos medios de setecientos dólares anuales no eran suficientes para mantener a una pareja, así que necesitaba algo más.

48. Arthur Charles Clarke

Arthur Charles Clarke nació a finales de 1917 en Gran Bretaña. Es otro escritor de ciencia ficción con una formación muy completa en ciencias y muy bueno en física y matemáticas.

A él y a mí nos conocen ahora como los Dos Grandes de la ciencia ficción. Hasta principios de 1988, como ya he dicho, la gente hablaba de los Tres Grandes, pero entonces Arthur modeló una pequeña figura humana de cera y con un largo alfiler…

Al menos eso es lo que me ha dicho. A lo mejor está tratando de avisarme. Pero le he explicado con toda claridad que si se convirtiera en el Único Grande se encontraría muy solo. Al reflexionar sobre ello se sintió tan afectado que casi lloró, así que creo que estoy a salvo.

Quiero mucho a Arthur, y le he querido durante cuarenta años. Hace muchos años llegamos a un acuerdo en un taxi que en ese momento iba hacia el sur por Park Avenue, así que lo llamamos el Tratado de Park Avenue. Consiste en que yo he aceptado afirmar, cuando me lo preguntan, que Arthur es el mejor escritor mundial de ciencia ficción; aunque también me está permitido declarar, si insisten, que le voy pisando los talones en la carrera. A su vez, Arthur está de acuerdo en decir, siempre, que soy el mejor escritor mundial de ciencia ficción. Tiene que afirmarlo, lo crea o no.

No sé si a él le atribuyen el mérito de obras mías, pero a mí me echan constantemente la culpa de las suyas. La gente tiende a confundirnos porque los dos escribimos historias muy cerebrales en las que las ideas científicas son más importantes que la acción.

Muchas jóvenes me han dicho: "Doctor Asimov, no creo que *El fin de la infancia* esté a la altura del resto de sus obras."

Siempre respondo: "Bueno, encanto, por eso la escribí bajo un seudónimo."

El fin de la infancia, dicho sea de paso, fue el primer libro de ciencia ficción que leyó mi querida esposa, Janet. *Yo, robot*, de su futuro marido, fue el segundo. Pero ninguno de los dos está en los primeros puestos de sus preferencias literarias. Su escritor favorito de ciencia ficción es Cliff Simak, y a mi juicio tiene muy buen gusto.

Arthur y yo compartimos las mismas opiniones sobre la ciencia ficción, la ciencia, las cuestiones sociales y la política. Nunca he estado en desacuerdo con él en ninguna de estas cosas, lo que demuestra la brillantez de su inteligencia.

Por supuesto, hay diferencias entre los dos. Él es calvo, es más de dos años mayor que yo y no tan guapo, pero no está nada mal para ser el segundo.

Desde el principio, Arthur se interesó por la ciencia ficción y los aspectos más imaginativos de la ciencia. Fue un devoto temprano de los cohetes y en 1944 fue el primero en sugerir, en un artículo científico serio, el uso de los satélites de

comunicaciones.

Se pasó a la ciencia ficción y su primer relato publicado en una revista estadounidense fue *Loophole*, en el número de abril de 1946 en *ASF*. Tuvo éxito de inmediato.

Arthur admite con humor que, cuando iba al colegio, sus compañeros le llamaban "Ego". Pero es una persona increíblemente brillante, que escribe con la misma facilidad ficción y no ficción. A pesar de su amor propio, es una persona adorable y jamás he oído que nadie hable mal de él en serio, aunque yo lo haya hecho infinidad de veces en broma y viceversa. Tenemos la misma relación de insultos en broma que mantengo con Lester del Rey y con Harlan Ellison. He observado que las mujeres a veces se inquietan por nuestras tomaduras de pelo. No parecen entender las relaciones masculinas en las que la observación: "Hola, cabrón, ¿cómo te va?", quiere decir: "¿Cómo estás, mi querido y encantador amigo?"

Bueno, pues Arthur y yo hacemos lo mismo, pero, por supuesto, en inglés formal, en el que procuramos introducir un poco de ingenio. Por ejemplo, cuando un avión se estrelló y aproximadamente la mitad de los pasajeros sobrevivieron, resultó que uno de los supervivientes había conservado la calma durante los peligrosos intentos de aterrizar leyendo una novela de Arthur C. Clarke, noticia que apareció en un artículo del periódico.

Arthur, como acostumbra, hizo rápidamente cinco millones de copias del artículo y las envió a todo el mundo que conocía, aunque sólo fuera de oídas. Recibí una y en la parte inferior de la copia que me envió, había escrito a mano: "Qué pena que no estuviera leyendo una de tus novelas. Habría seguido durmiendo durante toda la terrible experiencia".

No me costó nada enviarle una carta de respuesta: "Al contrario, la razón por la que estaba leyendo tu novela era porque si el avión se estrellaba, la muerte llegaría como una liberación celestial."

Sospecho que Arthur es uno de los escritores de revistas de ciencia ficción más ricos, ya que ha escrito varios éxitos de venta y ha participado en varias películas, incluido el primero de los grandes éxitos cinematográficos de ciencia ficción, *2001: Odisea del espacio.*

Estuvo casado una vez durante poco tiempo, pero desde entonces ha llevado una tranquila vida de soltero. Fue un gran aficionado al submarinismo y en una de sus inmersiones estuvo a punto de morir.

49. Más familia

Volvamos al mundo de la posguerra: cuando mis desventuras laborales me llevaron a las filas de los desempleados y mis esfuerzos literarios eran brillantes pero poco productivos, entre mis padres y yo existía cierta frialdad. Durante algún tiempo, Gertrude y yo vivimos en el primer piso de la casa de dos plantas en la que residían mis padres. No era una solución muy cómoda y yo odiaba estar cerca de la tienda de caramelos. Así que cuando, en 1948, nos dijeron a Gertrude y a mí que disponíamos de un apartamento en una nueva y moderna urbanización llamada Stuyvesant Town, nos mudamos a Manhattan. No obstante, a mis padres les molestó y se enfadaron bastante conmigo. Naturalmente, su enfado no duró mucho.

Mi padre, con gran dolor de su corazón, me tomó por un fracasado después de lo prometedor que había sido, pero él conservaba otro as en la manga: mi hermano pequeño, Stanley. (Cuando éste se hizo adulto prefirió acortar su nombre a Stan, y yo lo acepto.)

Stan nació el 25 de julio de 1929. Era el primer miembro de nuestra familia que nacía en los Estados Unidos. El embarazo de mi madre y la necesidad de cuidar al nuevo bebé fue lo que hizo que yo tuviera que ocuparme de la tienda de caramelos. Además, tenía que pasar parte de mi tiempo ocupándome de Stan, dándole al biberón y paseándolo en el cochecito. En consecuencia, me parecía que Stan era mi bebé en vez del de mi madre, y todavía ahora confundo a Stan y a mi verdadero hijo, David, y tengo tendencia a cambiarles los nombres.

Stan era un buen niño. Nunca contestaba a nuestros padres y siempre hacía lo que le decían. Fue un gran respiro para ellos después de mí (con mi lengua mordaz) y Marcia (con su terquedad). Siempre me he preguntado por qué mi madre me consideraba su favorito, cuando era yo quien le causaba innumerables problemas mientras que Stan nunca le causó ninguno.

Por supuesto, según la tradición de las novelas, las mujeres siempre prefieren al pícaro encantador e ignoran al pobre individuo de valores sólidos, pero no creo que ésta fuera la respuesta en mi caso. Era el hijo mayor, el primer hijo, y cuando tenía dos años casi muero de pulmonía en una epidemia que se extendió por todo nuestro pueblo y de la que, según mi madre, yo fui el único superviviente. Y, además, sobreviví sólo gracias a los cuidados frenéticos y constantes de mi madre, quien, día y noche, sin comer ni dormir, se ocupó de mí, y eso (cree ella) me salvó. Parece que por este motivo yo era más apreciado por ella. Con todo, para ser justos, Stan debería haber sido su favorito, o si no, ninguno de los dos.

Cuando me marché a Filadelfia, Stan asumió mis obligaciones en la tienda. No había cumplido los trece, pero ese hecho no me causó remordimientos de conciencia. Yo no tenía más que nueve cuando empecé y Stan era más fuerte que yo (supongo

que por haber sido mejor alimentado de niño en Estados Unidos que yo en Rusia) y más diestro. Sabía ir en bici, por ejemplo, desde el momento en que tuvo una mientras que yo jamás he conseguido aprender.

A Stan se le dieron bien los estudios. Fue a la Brooklyn Technical High School, después a la Universidad de Nueva York y finalmente a la Facultad de Periodismo de Columbia.

En 1949, el año en que las cosas estaban más negras para mí, Stan estaba en la Universidad. Fui a ver a mi padre, que me confió que le resultaba difícil conseguir el dinero para la enseñanza. Puede que las cosas no me fueran muy bien, pero no estaba sin blanca y no quería que mi padre tuviera que escarbar para encontrar dinero, ni que los estudios de Stan se resintieran.

Así que le dije:

—No importa, papá. Yo pagaré la enseñanza.

—No permitirá Dios que llegue el día en que tenga que acudir a mis hijos para pedirles dinero —me respondió con sequedad.

Siguió fiel a sus palabras y la pagó él.

Hace varias semanas, mientras pensaba en este capítulo del libro, evoqué este recuerdo y se lo conté a Janet, muy indignado.

—Mi padre —le comenté— hizo que pareciera como si yo fuera un hijo desagradecido que le diera de mala gana el dinero o que le hiciera sentirse humillado. Al contrario, le habría dado el dinero muy gustoso y lo habría considerado una mínima compensación por todo lo que él había hecho por mí, ¿por qué no pudo entenderlo?

—Pero Isaac, tú eres exactamente igual. ¿Aceptarías dinero de tus hijos? —me contestó Janet.

—Eso es diferente. Yo tengo mi orgullo —le dije frunciendo el ceño.

Al oír mi respuesta se rió a carcajadas y me mandó poner esta anécdota en el libro.

—¿Por qué? —pregunté.

—Tus lectores sabrán por qué —me respondió.

Cuando Stan estaba en la escuela participaba en actividades extraescolares. (O bien el trabajo de la tienda de caramelos era más ligero o Stan era mucho más emprendedor que yo.) Participó en el periódico de la escuela, y en el último año de su *college*, fue codirector del periódico. Había descubierto su vocación e iba a ser periodista. Con el tiempo, entró a trabajar en *Newsday*, un diario de Long Island, y se abrió camino ascendiendo hasta convertirse en un muy apreciado vicepresidente a cargo de la administración editorial.

Stan es un buen hombre en el antiguo sentido de la palabra, honesto, ético, amable y digno de confianza. Una vez dijo de mí que era trabajador, eficiente,

puritano y absorbido por mi trabajo, y que, por tanto, tenía todas las virtudes antipáticas. Bueno, pues Stan tiene todas las virtudes agradables y, en realidad, todo el mundo le quiere, incluso su hermano (y el amor es recíproco). Solía decir, en broma, que yo podía ser el hermano brillante, pero que él era el hermano bueno, y tal vez no se trate de una simple observación jocosa.

Éste es un ejemplo clave de su bondad: Debido a su apellido, está en peligro constante de perder su identidad. Infinidad de personas, cuando los presentan le preguntan:

—¿Es usted pariente de Isaac Asimov?

Permanece sonriente ante la embestida y contesta con paciencia:

—Sí, es mi hermano.

No permite que esto envenene nuestras relaciones, por lo que le estoy muy agradecido. Si la situación fuera al revés, lo odiaría, y sería una fuente de problemas entre los dos. Pero ésa es la cuestión: él es el hermano bueno.

En los años cincuenta conoció a una divorciada maravillosa, Ruth, con quien decidió de inmediato que se casaría (a pesar de que cuando los presentaron lo primero que ella le preguntó fue si era pariente mío). Se casaron y han vivido en perfecta armonía desde entonces.

Tienen un hijo, Eric, y una hija, Nanette. Los dos han seguido el ejemplo de su padre y se han convertido en periodistas. (Ruth tenía otro hijo, Daniel, de su matrimonio anterior, y Stan lo adoptó, así que se llama Daniel Asimov. Es matemático.)

El que sus hijos quisieran seguir sus pasos puede dar una idea del éxito de Stan como padre. A veces suspiro cuando pienso que mis hijos no han seguido mis pasos, pero es una estupidez. ¿Por qué iban a hacerlo?

Mi hija Robyn, cuando tenía doce años, escribió una historia corta por propia iniciativa y me la trajo para que la leyera. Estaba asombrado. Me pareció que era mejor de lo que yo habría podido escribir a esa edad. Así que le dije:

—Robyn, si te gusta escribir, adelante, hazlo. Te ayudaré si puedo y, cuando llegue el momento, intentaré abrirte alguna puerta.

—Ni hablar —me respondió—, no quiero vivir como tú.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Trabajo. Trabajo. Trabajo. Eso no es para mí.

—Los escritores no tienen por qué trabajar, trabajar y trabajar —repliqué—. Eso es lo que yo hago. Pero tú podrías escribir sólo cuando quisieras.

—No —me dijo—. No pienso intentarlo. —Y nunca lo hizo.

Bueno, puede que sea mejor así. Años después, cuando estaba intentando escribir un memorándum en su puesto de trabajo, tachaba y corregía, tachaba y corregía como todo el mundo lo hace. Finalmente, tiró el bolígrafo y exclamó dirigiéndose al mundo

en general:

—¿Creería alguien que soy la hija de mi padre?

50. La primera novela

Y sin embargo, el mismo año de 1949, testigo de mis momentos más bajos, lo fue también de mi resurgimiento, aunque no era del todo obvio y yo no me di cuenta de que había tocado fondo y estaba empezando a ascender. Todo gracias a una novela de ciencia ficción, más que a un relato de revista.

En realidad, la ciencia ficción se hizo famosa primero por las novelas. Para mí, este género, considerado en sentido moderno, empieza con el escritor francés Julio Verne. Escribió sus obras en la segunda mitad del siglo XIX y fue el primer autor cuya producción más importante se puede calificar de ciencia ficción, y además se ganó bien la vida con ello. Sus libros, en especial *De la Tierra a la luna* (1865), *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870) y *La vuelta al mundo en ochenta días* (1873), se hicieron famosos en todo el mundo. Verne fue el único escritor de ciencia ficción que leyó mi padre, en su versión en ruso, por supuesto.

Otros escritores de ciencia ficción menos conocidos le siguieron y, en la última década del siglo XIX, el escritor británico Herbert George Wells se hizo famoso con *La máquina del tiempo* (1895) y *La guerra de los mundos* (1898).

Después se publicaron otros libros de ciencia ficción, la mayoría de escritores británicos, tales como *Un mundo feliz* (1932) de Aldous Huxley, *Odd John* (1935), de Olaf Stapledon, y *1984* (1948), de George Orwell. En un nivel algo inferior, el escritor estadounidense Edgar Rice Burroughs escribió una famosa colección de libros cuyo argumento se desarrollaba en Marte, el primero de los cuales fue *La princesa de Marte* (1917).

Pero la aparición de las revistas de ciencia ficción, cuyo contenido era de menor calidad, tendió a arrollar a las novelas. Después de todo, las novelas eran relativamente escasas y aparecían esporádicamente, mientras que las revistas salían de la imprenta todos los meses.

Por lo general, los lectores de ciencia ficción de los años treinta y cuarenta sólo leían los relatos de las revistas e ignoraban por completo las novelas que aparecían de vez en cuando. Se habría producido un gran revuelo si algunos de los relatos de las revistas hubiesen aparecido en forma de libro o si se hubiesen publicado novelas originales de escritores de revistas de ciencia ficción conocidos. Pero no sucedió así. A muy pequeña escala, algunos editores aficionados a la ciencia ficción publicaron estas revistas en forma de libro, pero las obras fueron escasas, las tiradas pequeñas y la distribución prácticamente inexistente.

Tras la Segunda Guerra Mundial las cosas cambiaron. La ciencia ficción, de repente, se hizo más respetable. Primero fue la bomba atómica; después los cohetes alemanes, que aumentaron las expectativas de que fueran posibles los viajes espaciales; más tarde, los ordenadores. Estas cosas habían sido elementos esenciales

de la ciencia ficción y todas ellas se hicieron realidad tras la posguerra.

Por tanto, Doubleday & Company, una importante empresa editorial, decidió, en 1949, crear una colección de novelas de ciencia ficción y para ello necesitaba manuscritos.

Dio la casualidad de que en 1947 yo había escrito una novela corta de 40.000 palabras que no conseguí vender en ninguna parte; mi peor fracaso literario hasta ese momento. La había metido en un cajón y traté de olvidarla. No sabía que Doubleday estaba planeando crear una colección de novelas de ciencia ficción, pero Fred Pohl, que lo sabía, insistió para que les enviara el original.

—Si les gusta —me dijo—, puedes rescribirla para que se ajuste a sus necesidades.

Le dejé el manuscrito y así se inició un período de tres años durante los cuales Fred actuó como mi agente.

Walter I. Bradbury, el director de Doubleday a cargo de la nueva colección, vio que el relato prometía y me pidió que lo ampliara a 70.000 palabras. Después, me dio un cheque de setecientos cincuenta dólares, la primera vez en mi vida que me pagaban por una obra que todavía no había escrito, con la promesa de que me daría más cuando estuviera terminada.

Me puse a trabajar a la velocidad del rayo y el 29 de mayo de 1949 Bradbury me telefoneó para decirme que aceptaba publicar la novela que más tarde llamé *Un guijarro en el cielo*.

Había vendido mi primera novela, lo que supuso un gran avance en mi carrera literaria (aunque en ese momento no me di cuenta). El único problema era que, de repente, me enfrentaba a un *embarras de richesse*. No sólo había dado un paso literario, también tenía un trabajo.

Permítaseme explicar cómo ocurrió.

51. Por fin un nuevo trabajo

Supongo que cualquier escritor, incluso si su producción es muy escasa, debe recibir de vez en cuando alguna carta de un lector.

Sospecho que los escritores de ciencia ficción son bombardeados especialmente por esas cartas. Por un lado, creo que los lectores de ciencia ficción se expresan mejor y son más obstinados que el resto. Por otro, la sección de "cartas al director" de las revistas de ciencia ficción anima a enviar estas misivas.

Me encantaban las cartas de mis admiradores e intentaba contestarlas todas. A medida que aumentaba su número, junto con el de mis obligaciones, llegó un momento en que tuve que volverme selectivo, algo que siempre me ha molestado. No puedo evitar sentir que cualquiera que se toma la molestia de escribirme merece una respuesta, pero el tiempo y las fuerzas son limitadas, por desgracia.

No sólo eran cartas de jóvenes entusiastas. Algunas de ellas procedían de miembros importantes de nuestra sociedad. Así, durante mis años de doctorado y posdoctorado recibí varias cartas de William C. Boyd, un profesor de química inmunológica de la Facultad de Medicina de la Universidad de Boston. Le había impresionado mucho mi relato *Nightfall* y desde entonces era uno de mis admiradores.

Me quedé atónito. La correspondencia entre los dos aumentó y cuando de vez en cuando venía a Nueva York, aprovechaba la oportunidad para pasar un rato conmigo.

Naturalmente, a lo largo de nuestra amistad, le hablé de mis problemas de trabajo y me escribió para decirme que había una vacante en el Departamento de Bioquímica de su facultad en Boston y que si quería estaba dispuesto a recomendarme para el trabajo.

Me negaba desesperadamente a abandonar Nueva York por segunda vez, pero necesitaba todavía más desesperadamente un trabajo. Ya lo había buscado fuera de la ciudad, incluso había ido a Baltimore con un compañero de estudios en busca de un puesto relacionado con productos químicos de origen vegetal. Mi compañero consiguió el trabajo (sabía algo de botánica) y yo (que no sabía nada de eso), no.

Pensé que tenía que considerar la nueva oportunidad y, con el corazón encogido, tomé el tren de Boston y fui al despacho de Burnjam S. Walker, jefe del Departamento de Bioquímica. La Facultad de Medicina de la Universidad de Boston no me produjo una gran impresión. Era pequeña, estaba algo abandonada y, además, situada en un barrio no muy bueno. Pero Walker parecía agradable y me ofreció el puesto de profesor auxiliar que me permitiría convertirme en miembro de una facultad universitaria. El sueldo que correspondía al puesto era de cinco mil quinientos dólares al año.

Lo que me molestaba, sin embargo, era que no trabajaría directamente para la

facultad sino para Henry M. Lemon, un individuo carente por completo de sentido del humor, a quien me habían presentado y que enseguida me produjo una sensación de incomodidad. Además, mi salario procedía de una beca y, por lo tanto, tendría que vivir año a año.

Volví a casa, triste, sin saber qué hacer y sintiéndome tan desgraciado como cuando me llamaron a filas. ¿Pero de qué servía? Necesitaba un trabajo y no me habían ofrecido ningún otro. Por tanto, acepté el puesto.

Y entonces, justo unas pocas semanas después, vendí mi primera novela a Doubleday. Enseguida tuve la tentación de agarrarme a esta disculpa y quedarme en Nueva York. Con la venta de la novela contaba con algo de dinero y podía disponer de más tiempo para buscar trabajo en la zona de Nueva York. En realidad, si la novela se vendía bien, podría no necesitar un trabajo.

Era una tentación. Había oído hablar de escritores jóvenes que vendían un libro, o a veces sólo un relato para una revista, y que abandonaban su trabajo para dedicarse a escribir. Y por lo general el final del asunto consistía en que no lograban vender nada más y debían intentar volver a su trabajo o encontrar uno nuevo.

Estaba seguro de que vendería más obras, pero sabía que no ganaría bastante para mantenernos mi mujer y yo. Tampoco podía estar seguro de que la novela me resultara rentable. Todo lo que ésta me había aportado era el adelanto de setecientos cincuenta dólares, y si no se vendía no vería ni un penique más. (Si la hubiese vendido a *ASF* me habrían pagado por ella casi el doble.)

Además, había aceptado el puesto de Boston y si decidía no ir allí en cierta manera estaría faltando a mi palabra, y me aterrorizaba hacerlo. Así que, en contra de mis deseos, fui a Boston a finales de mayo, en un estado de ánimo bastante afligido. Gertrude, que me acompañó, sentía lo mismo que yo. Llevábamos siete años casados y todavía no había recibido ni uno solo de los diamantes que le prometí.

Éste es uno de los momentos en que podemos jugar al juego, divertido pero completamente inútil, de las conjeturas.

¿Y si no me hubiesen ofrecido el trabajo de Boston? ¿Y si hubiese vendido el libro unas semanas antes de haberme comprometido a ir a Boston? Es probable que hubiera permanecido en Nueva York, contando con que el adelanto y el prestigio de un libro me darían tiempo para encontrar un trabajo más cerca de casa. ¿Cómo puede saber nadie lo que habría ocurrido? Tengo tendencia a mirar las cosas de manera constructiva y con optimismo. Al final, permanecí en servicio activo en Boston durante nueve años. En ese tiempo enseñé, instruí y amplié mi campo de operaciones como no habría podido hacerlo de otra manera. Además, obtuve el sello del título académico, que me dio autenticidad como escritor científico.

Aunque el traslado fue doloroso, amplió mis horizontes y estoy convencido de que contribuyó a que fuera un escritor mejor y más conocido de lo que hubiera sido

de otra manera, así que ir a Boston fue importante.

Y además, hacerlo significaba que cumplía mi palabra.

52. Doubleday

Un guijarro en el cielo se publicó el 19 de enero de 1950, dos semanas y pico después de mi trigésimo cumpleaños. He seguido con Doubleday desde entonces en perfecta armonía. Han publicado, hasta este momento, ciento once de mis libros, y el 16 de enero de 1990 aprovecharon la oportunidad para celebrar mi septuagésimo cumpleaños y el cuadragésimo aniversario de la publicación de este libro. Habían preparado una gran fiesta en el restaurante Tavern on the Green e invitaron a cientos de personas.

Cuando llegó el día, yo estaba en el hospital. Pero no podía decepcionar a tanta gente, así que esa tarde me escabullí del hospital. Janet empujaba mi silla de ruedas y mi fiel internista, el doctor Paul R. Esserman, me acompañó. La fiesta resultó muy bien, aunque tuve que recibir a todo el mundo en la silla de ruedas y hacer mi discurso sentado en ella. Después volví a hurtadillas al hospital, con la esperanza de que nadie se hubiese dado cuenta de mi desaparición.

¡Vana esperanza! En el *New York Times* apareció una divertida reseña y a la mañana siguiente lo sabía todo el mundo. Las enfermeras me sermonearon. Lester del Rey me telefoneó y me insultó acusándome de arriesgar mi vida.

Cuando llamé a Los Ángeles por negocios, las primeras palabras de la joven que me contestó fueron:

—Chiquillo desobediente…

Tres días después era el septuagésimo aniversario de *ASF* y estaba previsto que yo diera una charla, pero esta vez no me atreví a escaparme, así que me perdí la fiesta. Ésta fue una de las veces que sentí compasión de mí mismo. Me sentí como si hubiese traicionado a John Campbell.

A menudo, la gente me ha preguntado por qué he seguido con Doubleday todo este tiempo. La opinión general parece ser que una vez que un escritor alcanza la fama, se convierte en una "mercancía caliente" y debería negociar con las editoriales, dejar que pujen por él y aceptar la mejor oferta. Así, cada vez es más rico. Pero yo no puedo hacer eso. Doubleday siempre se ha portado bien conmigo y soy incapaz de pagar el bien con el mal. La gratitud y la lealtad han sido una constante en mi vida y jamás me he arrepentido de las posibles pérdidas económicas que me hayan podido causar. Prefiero perder dinero que parecer un ingrato.

La gente me dice: "Por supuesto que te tratan bien. ¿Por qué no iban a hacerlo cuando les haces ganar tanto dinero?"

Los que dicen esto cometen un error. Tengo que decir que cuando envié mi primer relato y nadie en Doubleday podía saber si se vendería bien o no, o si escribiría otro, entonces fue cuando me trataron bien.

La bondad personificada fue mi primer director de Doubleday, Walter I. Bradbury

(a quien todo el mundo llamaba "Brad"). Era de altura mediana, ligeramente rollizo, y se parecía mucho (en mi opinión) al actor británico Leo Genn. Era amable y educado y tenía hacia mí una actitud paternal, sin ser condescendiente, que hizo que me sintiera a gusto en una época en que estaba muy poco seguro de mí mismo. Me aconsejó amablemente sobre mi obra y me ayudó a leer mis primeras galeradas. Siempre estaba dispuesto a hablar por teléfono conmigo. Incluso una vez que le llamé muy agitado, a su casa, cuando su hijo estaba enfermo, siguió hablándome amablemente y sin prisa. Fue la tercera persona, después de Campbell y Dawson, que me ayudó en mi carrera sin que hubiera otra razón aparente que su corazón bondadoso. Pero tendré que repetir una anécdota para que conozca bien a Brad. Otra editorial me ofreció un adelanto de dos mil dólares por los derechos en rústica de una de mis primeras novelas, *Las corrientes del espacio* (1952). Estaba encantado, ya que en esa época representaba una gran suma para mí. Le dije que Doubleday poseía los derechos pero que harían lo que yo dijera.

Entonces telefoneé a Brad para darle la noticia y, cuando se produjo un silencio al otro lado del hilo, se me cayó el alma a los pies. Pregunté:

—¿He hecho algo mal?

—Pues, Bantam acaba de ofrecernos tres mil —me respondió Brad.

Me quedé callado y Brad añadió amablemente:

—¿Te has comprometido, Isaac?

—Sí —afirmé—. Le dije que Doubleday poseía los derechos, pero sí, me comprometí.

—En ese caso, aceptaremos los dos mil dólares.

—No hace falta que Doubleday pierda —le dije—. Vuestra mitad de los tres mil habrían sido mil quinientos dólares. Podéis quedaros con mil quinientos y yo me daré por satisfecho con los quinientos restantes.

—No digas tonterías —me replicó—. Lo dividiremos por la mitad.

En otras palabras, Brad (y Doubleday) estaban dispuestos a perder quinientos dólares sólo para mantener a salvo mi palabra de honor. Puede que para ellos no fuera una gran suma, pero eso no importa. Para mí, mi palabra lo es todo y el hecho de que Doubleday la respetara significó que a partir de ese momento nada en el mundo me habría hecho romper con ellos, y nunca lo hice. (Por supuesto, nunca más volví a intentar negociar en nombre de una editorial.)

Desde hace tiempo el dinero ha dejado de ser un problema para mí. Tengo suficiente. Prefiero otras cosas, y la más importante es el don de poder escribir lo que quiero, de la manera que quiero y con la seguridad de que será publicado. Esto es algo que Doubleday hizo posible hace mucho tiempo.

Así, cuando les llevé el manuscrito enorme de *Asimov’s Anotated Gilbert & Sullivan* (1988) sin ni siquiera haberles avisado que lo estaba escribiendo, lo

publicaron sin la menor queja. Podían haber aprovechado para negarse, pero insistieron en darme un anticipo mayor de lo que yo esperaba que el libro fuera a permitir. Insistí con todo tipo de razonamientos pero no me escucharon. Siempre me dan adelantos que no parecen sensatos, pero de alguna manera siempre se las arreglan para recuperarlos. (No pretendo ser injusto con mis otras editoriales. Ahora unas pocas están dispuestas a complacerme de cualquier manera razonable, pero Doubleday lo hizo en primer lugar y a gran escala).

Soy una persona amigable y hago amistad con todos mis realizadores y editores, sencillamente porque no me queda más remedio. A menos que esté enfermo, furioso o muy preocupado (todo lo cual sucede rara vez), soy todo sonrisas, bromas y cordialidad. Por eso y porque nunca creo problemas ni me comporto como una *prima donna*, parece que les agrado a todos ellos y me tratan como a un amigo. Esto también hace que para mí sea difícil marcharme de Doubleday. ¿Cómo se lo explicaría a todos mis amigos de la editorial?

Si le digo la verdad, me gusta. Me gusta la amistad y el trato informal en mis relaciones de negocios. (Tal vez sea una mala política para los negocios, pero yo los hago así).

Una vez que estaba almorzando con una docena de miembros del personal editorial de Doubleday, la conversación derivó hacia el tema de los escritores. (Si los comensales hubiesen sido escritores, la conversación habría derivado hacia los realizadores y editores, estoy seguro, pero nunca me he permitido este tipo de actitud de confrontación). De todas maneras, durante el almuerzo, un director dijo apasionadamente:

—El único escritor bueno es el escritor muerto.

Yo me reí. Nadie en la mesa parecía haberse dado cuenta de mi presencia, y eso demostraba que me había convertido en un miembro de la familia Doubleday tan integrado que no recordaban que era un escritor.

En mi actitud hacia los realizadores influyeron de forma notable mis primeros tratos con John Campbell. Éste era totalmente atípico dentro del sector, aunque yo en esa época no lo sabía. En primer lugar, era una parte permanente de la empresa. Fue realizador de *ASF* durante treinta y tres años y nadie se planteó jamás su sustitución. Sólo la muerte le retiró.

Naturalmente, yo pensaba que todos los realizadores eran como dioses, piezas fijas y dominantes, y para mí fue una sorpresa cuando descubrí que, a menudo, cambiaban de una empresa a otra.

Así, perdí a Brad cuando se trasladó a otra editorial, y me sentí hundido. (Con el tiempo volvió a Doubleday). Naturalmente, me asignaron a otro, y cuando éste se fue me pusieron otro y así sucesivamente. En total, he tenido unos nueve realizadores en Doubleday, todos ellos muy buenos.

Timothy Seldes sucedió a Brad. Era alto, delgado y tenía una cara de facciones marcadas que resultaba bastante atractiva y parecía esbozar siempre una media sonrisa. Fingía siempre cierta brusquedad y se dirigía a mí como "Asimov" con un gruñido, pero no me engañaba. De hecho era tan cordial que yo me permitía gastarle bromas. Después de conseguir que admitiera que Gilbert Seldes, el escritor, era su padre; George Seldes, el escritor, su tío y Marian Seldes, la actriz, su hermana, le dije con los ojos muy abiertos y con cara de inocente:

—Dime, Tim, ¿qué siente uno cuando es el único miembro sin talento de la familia?

Sólo me estaba desquitando porque me había dado una mala noticia. Los dos fuimos a almorzar y cuando llegué a la puerta del restaurante, que era muy pesada, la abrí y la sujeté para que pasara. (Sabía cuál era mi lugar). Pero Timothy agarró la puerta y me indicó con la mano que entrara.

—Tú eres el realizador, Tim. Pasa tú primero —protesté.

—Jamás —dijo Tim—. Mi madre me enseñó a ser respetuoso con mis mayores.

Esto hizo que me diera cuenta de que yo era mayor que él. El niño prodigio era mayor que su realizador (en la actualidad, es mayor que el Papa y el presidente de Estados Unidos y le dobla con creces la edad a su realizador de Doubleday).

Mi amistad con los realizadores y mi agrado al tratar con ellos hacía muy difícil para mí tener un agente. Cuando empecé a escribir, nunca había oído hablar de los agentes. Trataba directamente con Campbell porque no podía pensar en nadie que me hiciera de intermediario. Después, cuando oí hablar de ellos, me pareció muy poco razonable darles el diez por ciento de mis beneficios cuando sin su ayuda estaba vendiendo todas las historias que escribía. (Nunca había oído hablar de regateos para conseguir mejores tratos, ni de ventas subsidiarias, y cosas así, de las que un agente podía encargarse y yo no.)

Por supuesto, después de que Fred Pohl me ayudara a vender mi primera novela no me quedó más remedio que aceptarlo como agente. Dirigía la agencia literaria Dirk Wylie, llamada así por otro futuriano, que, al igual que Cyril Kornbluth, murió joven, y durante tres años se ocupó de mis novelas. Fred era un buen agente, al igual que era bueno en todo lo que hacía, pero la agencia literaria Dirk Wylie por alguna razón no funcionó y en 1953 se marchó. Esto me creó un problema y, durante algún tiempo, nuestras relaciones se enfriaron, pero quedó olvidado y al final fuimos más amigos que nunca.

Desde entonces, no he tenido agente literario, excepto para un par de proyectos individuales en los que no pude evitarlo. Lo prefiero así. Me gusta hacer mis propias ventas y que el editor haga las ventas subsidiarias. Me evita problemas.

Ciertamente, no tengo ayuda de ningún tipo, ni secretaria, ni mecanógrafa, ni representante. Soy una empresa individual, trabajo solo en mi despacho, contesto mi

teléfono y mi correo.

Esto también sorprende a la gente, pero no es tan extraño. La cantidad de trabajo ha aumentado de manera tan gradual que en ningún momento se produjo un salto repentino que me obligara a pedir ayuda. La situación es parecida a la que se describe en la leyenda de la Grecia clásica sobre Milos de Crotona, un célebre levantador de pesas. Se cuenta que levantó un ternero recién nacido y después siguió levantándolo todos los días hasta que creció y se convirtió en un toro adulto.

He enfocado la situación de la manera más satisfactoria para mí: Si tuviese empleados, necesitaría una oficina, y me gusta trabajar en mi casa. Además, de tener empleados, habría de darles instrucciones, vigilarlos a ellos y a lo que hacen, señalar los errores, enfadarme, etc. Todo ello retrasaría mi trabajo y me abatiría.

Prefiero vivir como hasta ahora.

53. Gnome Press

En los primeros años, Doubleday no publicaba todo lo que yo escribía. Tuve conciencia de ello cuando se me ocurrió que no era imprescindible escribir una novela nueva cada año. ¿Por qué no podía aprovechar el trabajo que ya tenía hecho?

Por ejemplo, en 1950 había abandonado la serie de la Fundación. Después de haber trabajado en ella durante ocho años y de haber escrito ocho relatos que totalizaban en conjunto unas 200.000 palabras, me había cansado de la serie y quería escribir otras cosas, pero los relatos todavía existían y me pareció que merecería la pena volverlos a publicar.

Así que cogí las copias (que no estaban en muy buenas condiciones, puesto que nunca pensé que tuvieran ningún valor) y se las enseñé a Brad. Las estudió y después las rechazó, porque quería novelas nuevas, no viejas. (Esto fue un gran error por parte de Doubleday, y aunque después fue corregido, significó la pérdida de once años de ganancias, tanto para ellos como para mí.)

Cuando me trasladé a Boston, llevé el manuscrito a la editorial de Little, Brown y también lo rechazó.

No obstante, había otra empresa editorial. Ya dije antes que existían pequeñas editoriales semiprofesionales dirigidas por aficionados a la ciencia ficción. Una de ellas, la última quizá y la mejor, era Gnome Press, dirigida por un joven llamado Martin Greenberg. (Posteriormente trabajé con un hombre magnífico llamado Martin Harry Greenberg. Es importante recordar que son dos personas diferentes).

El Martin Greenberg de Gnome Press era un joven elocuente, con bigote y muy simpático, como suelen ser los jóvenes elocuentes, pero, como descubrí más tarde, no del todo digno de confianza.

Sin embargo, parecía dispuesto a publicar series de mis viejos relatos y esto le engrandeció ante mis ojos. Reuní nueve de mis relatos de robots, los ocho que habían aparecido en *ASF* y el primero, al que devolví su título original, *Robbie*. Greenberg los publicó a finales de 1950 bajo el título de *Yo, robot*, un nombre que él mismo sugirió. Señalé que había un relato corto bastante conocido con ese título escrito por Eando Binder, pero Martin le quitó importancia a este hecho.

Después publicó la serie de la Fundación en tres volúmenes que aparecieron en años sucesivos: *Fundación* (1951), *Fundación e imperio* (1952) y *Segunda fundación* (1953). Escribí un capítulo de introducción en el primer libro para presentar la saga de forma más concreta, así que la primera parte del libro fue lo último que escribí.

Gnome Press también publicó obras de Robert Heinlein, Hal Clement, Clifford Simak, L. Sprague de Camp, Robert Howard y otros.

Prácticamente todos los libros que Martin publicó, incluidos los míos, han sido reconocidos posteriormente como grandes clásicos de la ciencia ficción y resulta

asombroso que Martin los tuviera todos.

No obstante, no pudo beneficiarse de ello de forma adecuada. No tenía capital, no podía hacer publicidad, no tenía medios de distribución, ni contactos con las librerías, y el resultado fue que no vendió muchos ejemplares.

Además, Martin tenía una peculiaridad. Aborrecía pagar los derechos de autor y, de hecho, nunca lo hizo. Al menos, a mí no me pagó nunca. Estos derechos no debían de ser muy elevados, pero, por muy poco que fueran, nunca me los pagó.

Siempre tenía disculpas, grandes excusas. Su socio estaba enfermo. Su contable se estaba muriendo. Le había pillado un tornado. Le dije que estaba dispuesto a esperar con paciencia el dinero, pero ¿no podría ver el estado de las ventas y los beneficios para hacerme una idea de lo que me debían? Pues no, esto también parecía ir en contra de su religión.

Y, sin embargo, tuvo la desfachatez de quejarse cuando no le entregué más libros. Le había llevado cuatro que Doubleday, en una actitud irreflexiva, no quiso, pero desde luego a partir de ahora no le iba a dar nada que Doubleday sí quisiera, y actualmente Doubleday lo quería todo.

Así que cuando Martin se quejó, me limité a decirle:

—¿Dónde están mis derechos de autor, Martin? —y eso le cerró la boca.

En 1961, Tim Seldes me dio una carta de un editor portugués que pensaba que Doubleday era el editor de los libros de la Fundación. Se ofrecía a hacer una edición en portugués. Leí la carta, me encogí de hombros y dije:

—No sirve de nada. Gnome Press no paga los derechos de autor.

—¿Qué? —respondió indignado Tim—. En ese caso vamos a quitarle los libros. —Y envió a Martin los abogados de la empresa.

Martin tuvo el valor de establecer condiciones demasiado ventajosas para él y Tim quería demandarlo, pero le dije inquieto:

—No, Tim, dale lo que quiera y descuéntalo de mis derechos de autor. Lo que tenemos que hacer es conseguir los libros.

Fue un buen consejo y Tim hizo lo que pedí, pero nunca descontó el dinero de mis derechos de autor.

Otros autores también arrancaron sus historias de las garras de Martin y tuvo que abandonar el negocio. No sé qué fue de él después de eso.

Si Martin se hubiera quedado con los libros y hubiese pagado los miserables derechos de autor que habíamos ganado, ninguno de los autores podría haber retirado sus obras.

A medida que otros libros de sus escritores hubieran ido adquiriendo fama, habría aumentado la demanda de las obras publicadas por Gnome Press, y Greenberg podría haber prosperado y haber convertido a su empresa en una importante editorial de ciencia ficción. Pero eligió otro camino.

Una vez que Doubleday tuvo *Yo robot* y los libros de la Fundación, empezó a ganar dinero a una velocidad sorprendente y Martin nunca recibió un penique por ellos.

Sin embargo, aunque entonces me molestó lo sucedido y odié a Martin, el tiempo, como en muchas otras ocasiones, me ha demostrado que aunque una persona no pretenda hacerme un favor, acaba haciéndomelo.

Después de todo, me pagara o no, Martin produjo los libros cuando Doubleday no quería hacerlo. Existieron y permanecieron hasta que llegado el momento Doubleday cogió las orugas de Gnome Press y las convirtió en mariposas.

54. La facultad de medicina de la Universidad de Boston

Trasladarse a Boston significaba hacer nuevos amigos y conocer a gente diferente.

Burnham Walker, director del Departamento, tenía cuarenta y nueve años cuando llegué. Era un hombre de Nueva Inglaterra, tranquilo, poco comunicativo y muy brillante, al que no parecía importarle mi bulliciosa manera de ser. Me gustaba, y tengo que admitir que hizo que la vida de la facultad me resultara tolerable.

William Boyd, que cuando llegué tenía cuarenta y siete años, había intervenido para conseguirme el trabajo. Era un tipo grandote y de andar pesado que, según me pareció, trabajaba a disgusto. Había ido a la Universidad de Harvard y era compañero de curso de J. Robert Oppenheimer. Bill no pudo mantenerse a la altura de este último, por supuesto (yo tampoco habría podido), y eso, creo yo, le mortificaba.

Fue muy amable conmigo, al igual que su mujer, Lyle. Me invitaban a su casa a menudo y me presentaron a sus amigos. Esto fue lo que más me ayudó a sentirme como en casa en una ciudad nueva. Cuando Boyd aceptó un trabajo en Alejandría (Egipto) en calidad de funcionario estatal con un sueldo mucho mayor del que ganaba en Boston, me ofreció a llevarme con él. Me estremecí y rechacé su oferta. No sólo no pensaba ir a África, sino que además le previne contra el cuerpo de funcionarios del estado y le dije cómo sería. (Por supuesto, no era imparcial, ya que no quería que se fuera. Era mi mejor amigo en Boston y su partida me dejaba solo en un mundo extraño).

Boyd se fue el 1 de septiembre de 1950, tres meses después de que yo llegara a Boston, pero pronto volvió a su antiguo trabajo. Me confesó que todo lo que le había avisado sobre los funcionarios era exacto y que se arrepentía de no haberme escuchado.

A Henry M. Lemon, la persona para la que yo trabajaba, le caí mal desde el primer momento y tal vez su actitud no estaba del todo injustificada. Cuando nos conocimos antaño en el último piso del hospital, señaló hacia la ventana y habló de la belleza del "perfil de Boston", que no es algo de lo que presumir ante un residente de Manhattan.

No estaba contento de estar en Boston, así que miré por la ventana y vi un mar interminable de casas de dos pisos, pensé afligido en las gargantas de mi ciudad y dije abruptamente:

—¿A quién le interesa el perfil de Boston?

Fue una estupidez decir algo así y nuestra relación fue empeorando a partir de ese punto. Lemon estaba dedicado a su trabajo, que consistía en estudiar la relación del

cáncer con los ácidos nucleicos (en realidad una línea de investigación muy fructífera que, por desgracia, ni él ni yo teníamos la capacidad de explotar adecuadamente), y yo no. Cada vez me dedicaba más a mi obra literaria. Él quería que asistiera a toda clase de conferencias científicas y fui a algunas, pero lo que yo quería era ir a Nueva York periódicamente y visitar a mis editores. La nuestra era una relación de odio mutuo, cada vez mayor.

Encontré un buen amigo fuera de la facultad. En casa de Bill Boyd conocí a Fred L. Whipple, un astrónomo de la Universidad de Harvard. Tenía cuarenta y tres años cuando me lo presentaron y era una persona educada y afable que se ganó mi afecto casi instantáneamente. Como Sprague de Camp, Fred no cambia de aspecto. Ahora, con ochenta y tantos años, sigue siendo delgado, ágil, activo y va en bici al trabajo. Es el auténtico modelo de la eterna juventud. Nos llamamos sin falta en nuestros respectivos cumpleaños.

Pero, por supuesto, yo no estaba en la Facultad de Medicina para cultivar amistades. Se esperaba que hiciera mi trabajo. Además de investigar para Lemon, tenía que dar clase de bioquímica a los estudiantes de primer curso de la facultad. Era una tarea bastante ingrata. A los estudiantes de medicina lo único que les interesa son los estetoscopios y los pacientes, y debe de ser exasperante tener que pasar el tiempo escuchando las clases como si siguieran en el *college*.

Encontré maneras de liberarme de la investigación. Había ayudantes de laboratorio y alumnos graduados a los que dejaba que hicieran la mayor parte de la investigación mientras yo supervisaba los resultados. (Eran mejores que yo en el manejo de los equipos). Lo que quería era escapar de la investigación. En mi fuero interno había terminado con ella, pero había elegido un camino equivocado.

No obstante, el trabajo no estaba del todo mal. Me gustaba dar clases (me habían ascendido a profesor auxiliar de bioquímica en 1951), y la enseñanza estaba hecha para mí. Los distintos miembros del Departamento se repartían las clases y cada uno elegía las asignaturas que más le gustaban. Yo (con un residuo de mi antigua arrogancia) dije que esperaría a que todo el mundo hubiera elegido y que me quedaría con lo que sobrara. El resultado fue que terminé con las clases más relacionadas con la química, once en total.

Las que di en la primavera de 1950 fueron las primeras clases importantes que impartía desde aquel seminario de la facultad tres años antes. Como entonces, mi audiencia estaba cautiva, los estudiantes no tenían más remedio que asistir y escuchar. Puede suponer que ésta no es la mejor receta para lograr una audiencia entusiasta.

Además, estas clases, al igual que el seminario, debían ser preparadas cuidadosamente. Nunca llegué al extremo de escribirlas, ni siquiera de memorizarlas, pero necesitaba tener un conocimiento bastante exacto de lo que iba a decir y debía

escribir una gran cantidad de fórmulas en la pizarra que no podía permitirme que estuvieran equivocadas.

A medida que mi investigación empeoraba, mi enseñanza mejoraba. En la época en que mi período activo en la Facultad de Medicina estaba llegando a su fin, se me consideraba el mejor profesor. Me contaron la anécdota de dos miembros de la facultad que estaban hablando en uno de los pasillos. Les llegó el sonido distante de risas y aplausos y uno dijo:

—¿Qué es eso?

—Probablemente es Asimov dando clase —le respondió el otro.

Mi profundo fracaso como investigador no me importaba lo más mínimo, puesto que era bueno dando clases. Lo justificaba de la siguiente manera: la función principal de una facultad de medicina es enseñar a los estudiantes a ser médicos y una forma importante de hacerlo son las clases. Yo no sólo era capaz de informar e instruir a mis alumnos durante la clase sino que también despertaba su entusiasmo.

La prueba de ello eran sus reacciones. Era costumbre aplaudir al profesor al final de su última clase del curso. Por supuesto, lo hacían de forma poco entusiasta y superficial, producto de la costumbre más que de la convicción. Yo era el único al que aplaudían a mitad de curso y con ovaciones de verdad. Y mientras esto ocurriera, me sentía invulnerable.

¡Qué equivocado estaba! Había pasado por alto un factor. Las clases sólo ayudan a los estudiantes. Por otro lado, la investigación significaba becas de gobierno, y una parte de las becas corresponden a "gastos generales" que van a la facultad. Lo que quiere decir que la facultad siempre prefiere la investigación a la enseñanza, el dinero a la instrucción de sus alumnos. Es decir, que yo no era en absoluto invulnerable, sino que más bien sería una presa fácil en cuanto mi investigación se desvaneciera, y así fue.

Puede que el lector opine que la facultad hacía bien en anteponerse a sus estudiantes, ya que si se viera obligada a restringir sus instalaciones por falta de fondos, los estudiantes sufrirían las consecuencias.

Por otro lado, sin duda se podría lograr un equilibrio. A un profesor muy bueno se le pueden perdonar sus fracasos como investigador. Sin embargo, como ya explicaré más adelante, éste no iba a ser mi caso.

55. Artículos científicos

Una función importante, incluso la principal, de un investigador era escribir artículos sobre el trabajo que estaba haciendo y conseguir que se publicaran en las revistas apropiadas. Cada uno de estos artículos es una "publicación" y las esperanzas de un científico para ascender y adquirir prestigio se basan en la calidad y cantidad de sus publicaciones.

Por desgracia, la calidad de una publicación es algo difícil de valorar, mientras que el número es muy fácil de determinar. Por tanto, se tendía a juzgar sólo por el número y esto hizo que los científicos escribieran muchas publicaciones preocupándose muy poco de la calidad.

Aparecerían publicaciones con apenas nuevos datos que merecieran ser considerados una novedad. Algunas se dividían en partes y cada una se publicaba por separado. Otras eran firmadas por cualquiera que hubiera tenido algo que ver con el trabajo, por muy de refilón que fuera, ya que contaría como una publicación para cada uno de los autores citados. Algunos científicos de categoría superior insistían en poner su nombre en todos los artículos que producían sus departamentos, aunque no hubiesen tenido nada que ver con el trabajo.

Nunca entré en ese juego, ni me lo planteé. En primer lugar, rara vez obtuve datos que merecieran la pena publicarse. En segundo lugar, no me gustaba el estilo literario requerido por dichos artículos y no quería exponerme a ello. Y en tercer lugar, no existía la menor esperanza de hacerme famoso por mis investigaciones y por tanto no tenía intención de perder el tiempo en una lucha inútil.

No carecía por completo de artículos. Mi tesis contaba como uno y una versión resumida de la misma fue publicada en *The Journal of the American Chemical Society*. Durante mis años de investigación añadí mi firma, como científico supervisor, a media docena de artículos escritos por varios ayudantes y alumnos del laboratorio. (No obstante, en estos casos por lo menos supervisé la investigación, leí los artículos y los pulí un poco).

Eso era todo, y era bastante lamentable tanto en número como en importancia. Por lo que sé, ninguno de los artículos en los que aparecía mi nombre resultó tener la menor importancia, fue citado por alguien o sirvió para algo importante.

Sin embargo, se me ocurrió una idea. The Journal of Chemical Education era una revista buena y útil que publicaba artículos de interés para los alumnos universitarios de química. Me pareció que podría ser provechoso escribir artículos de ese estilo y que me los publicaran. Sería divertido y contarían como publicaciones. Escribí una media docena a principios de los cincuenta y me los publicaron todos.

Uno de ellos resultó ser importante, ya que en él señalaba el peligro concreto del carbono 14 como generador de mutaciones graves en el cuerpo humano. La razón de

su importancia fue que, más tarde, Linus Pauling dijo lo mismo de manera convincente y detallada (y puede que lo hiciera incitado por mi sugerencia puramente especulativa). Las pruebas nucleares en superficie añadieron carbono 14 a la atmósfera y eso significó un aumento desproporcionado de malformaciones congénitas y cáncer. Esto contribuyó a que se declararan ilegales estas pruebas atmosféricas y me agrada pensar que mi artículo tal vez haya contribuido mínimamente a este hecho tan deseable.

No obstante, la suma de estos artículos cortos a mi lista, fue por completo insignificante. Después de todo, no implicaban ninguna investigación. Por otro lado, como explicaré más tarde, hicieron por mí algo mucho más importante que proporcionarme cifras para sumar.

Pero los artículos científicos que escribí no representan la única literatura docente de mis años de enseñanza.

En 1951, Bill Boyd decidió escribir un libro de texto de bioquímica para estudiantes de medicina. Se le ocurrió que podría aprovechar mi experiencia como escritor y me lo sugirió como proyecto conjunto.

Como siempre que me presentan un proyecto así, mi mente se sumerge en un torbellino de pros y contras. En contra de la idea estaba el hecho de que no creía saber la suficiente bioquímica como para escribir un libro de texto y (aunque eso pueda ofenderle) tampoco creía que Boyd la supiera. Pero representaba un reto para mí, y ése era un argumento a favor. Por otra parte, trabajar en el libro de texto me daría la oportunidad de abandonar la investigación con el pretexto de que tenía otra tarea importante desde el punto de vista escolar.

Ganaron los pros y acepté unirme a Boyd, siempre que el profesor Walker, el jefe de departamento, me diera su permiso y estuviera de acuerdo en protegerme contra la ira, totalmente justificada, del doctor Lemon.

Conseguimos bastante más que lo que negociamos, ya que Walker insistió en unirse al proyecto. Esto tenía tres ventajas: reducía mi trabajo de la mitad a un tercio; Walker tenía los conocimientos bioquímicos que nos faltaban a Boyd y a mí; y, finalmente, si formaba parte del proyecto, tendría que protegerme.

En realidad, escribir el texto no fue tan divertido como esperaba. Los estilos literarios de los tres autores eran tan diferentes que nos pasábamos el tiempo discutiendo sobre lo que escribíamos cada uno. Casi nunca conseguí imponer mi criterio, así que el libro era el típico texto ampuloso y denso. Finalmente se publicó como *Biochemistry and Human Metabolism* (1952). Una segunda edición (revisada) se publicó en 1954 y una tercera en 1957. aunque el trabajo fue enorme, no obtuvimos beneficios económicos. Las tres ediciones fueron un completo fracaso porque en los años cincuenta aparecieron otros textos bastante mejores. Después de la tercera edición dejé que el libro tuviera una muerte merecida.

Podría considerar este volumen una pérdida increíble de tiempo y esfuerzo, pero todo tiene su utilidad. Me proporcionó mucha práctica para escribir obras de no ficción y, aún más, me enseñó que este tipo de obras (cuando los coautores no interfieren en mi tarea) eran más fáciles y, en algunos aspectos, más interesantes de escribir que las de ficción. Esto tuvo gran influencia en el posterior curso de mi carrera de escritor.

Debo hacer una puntualización final sobre *Biochemistry*. Era mi octavo libro (y el primero de no ficción, lo que es un punto a su favor según mi parecer) y todavía no se me había ocurrido que el número exacto de libros que yo había escrito podía tener su importancia.

En consecuencia, las ediciones segunda y tercera, aunque cada una de ellas requirió más trabajo que un libro medio de ficción, no se añadieron a mi lista de libros independientes. Más adelante, siempre consideré que un libro cuya revisión fuera importante era como un libro nuevo debido al trabajo que requería. El no haberlos contado significa que si ya no pudiera trabajar más y supiese que terminaba mi carrera con, digamos, cuatrocientos noventa y ocho libros, me fastidiaría no haberlos contabilizado y por eso no llegar al número redondo de quinientos. Sin embargo, esto es algo muy trivial que puede que sea importante para mí pero que, estoy seguro, a otros sólo puede hacerles gracia.

56. Novelas

A pesar de lo mucho que me absorbían la investigación, los artículos científicos y los libros de texto, mi principal labor durante mis años de enseñanza siguió siendo la escritura de ciencia ficción. Incluso antes de que se publicara *Un guijarro en el cielo,* Walter Bradbury me pidió otra novela. La escribí y le envié dos capítulos de muestra. El problema fue que, ya que era un escritor que publicaba, intenté ser tan literario como lo había sido en aquella inolvidable clase de redacción de la *high school*. Lo hice bien, por supuesto, pero no lo suficiente. Brad me devolvió los dos capítulos y me indicó amablemente el camino a seguir.

—¿Sabes —me preguntó— como diría Hemingway "El sol salió al día siguiente"?

—No —le dije preocupado. (Nunca había leído a Hemingway)—. ¿Cómo lo haría, Brad?

—Diría: "El sol salió al día siguiente" —me respondió Brad.

Fue suficiente. Era la mejor lección de literatura que me habían dado jamás, y sólo duró diez segundos. Escribí mi segunda novela, que fue *En la arena estelar,* con un estilo sencillo y Brad la aceptó. Ésta es la relación de mis novelas publicadas por Doubleday en los años cincuenta:

Un guijarro en el cielo, 1950
En la arena estelar, 1951
Las corrientes del espacio, 1952
Bóvedas de acero, 1954
El fin de la eternidad, 1955
El sol desnudo, 1957.

De estas seis novelas, las tres primeras formaron, agrupadas, lo que más tarde se llamó "las novelas del Imperio". *Bóvedas de acero* y *El sol desnudo* fueron mis dos primeras "novelas de robot", que introducían por primera vez al equipo de detectives de Elijah Baley y R. Daneel Olivaw. (Daneel era un robot humanoide y probablemente sea el personaje más famoso de toda mi obra.) Y por lo que respecta a *El fin de la eternidad*, era una novela independiente que no tenía ninguna relación con las demás.

Además, Brad me pidió que escribiera una novela corta de ciencia ficción para jóvenes que pudiera adaptarse a televisión. El protagonista sería un *ranger*[6] del espacio y su papel en la televisión equivaldría a lo que fue *The lone ranger* para la

radio. Nadie comprendía muy bien el nuevo medio y se dio por supuesto que los programas de televisión durarían tantos años como el de la radio. Parecía que, si funcionaba, el personaje del *ranger* del espacio nos proporcionaría una renta vitalicia a Doubleday y a mí. (Por supuesto, no sabíamos los pocos programas que se harían en una temporada, menos de veinte, pero tampoco sabíamos nada de las reposiciones).

La idea no me entusiasmó en lo absoluto. Temía que la televisión arruinara cualquiera de los relatos que utilizaran y que mi reputación literaria se viera afectada. Brad tenía la respuesta:

—Usa un seudónimo.

En esa época yo era un gran admirador de Cornell Woolrich y sabía que éste había utilizado el seudónimo de Wiliam Irish. Pensé que yo también podía usar una nacionalidad como apellido y decidí utilizar el nombre de Paul French. Fue un gran error. No hubo ningún problema con la adaptación para la televisión, pero otro programa, *Rocky Jones, Space Ranger*, nos ganó, y el nuestro resultó tan terrible como esperaba que salieran todas las obras adaptadas a la televisión. Además de eso, la gente empezó a decir que "Isaac Asimov escribe ciencia ficción bajo el seudónimo de Paul French", como si yo estuviera tratando de proteger mi respetabilidad de científico escondiendo el hecho de que también escribía novelas baratas de suspenso. No se imagina lo que me molestó.

De todas maneras, me sentí aliviado de que la televisión nos dejara en paz, y puesto que mi primera obra juvenil se vendió bastante bien sólo en forma de libro, escribí otras cinco. Empecé llamando a mi héroe David Starr. Me pidieron algo con más gancho, así que lo convertí en Lucky Starr. Al principio era un *ranger* del espacio semimístico con una aureola de radiación, pero pronto abandoné esto y empecé a utilizar elementos relacionados con mis relatos, tales como robots positrónicos. No quería que mi autoría fuera un secreto y en las ediciones posteriores insistí en que apareciera mi nombre y en enterrar para siempre al odiado Paul French.

Éstos son mis seis libros de Lucky Starr:

Lucky Starr, el ranger del espacio, 1952
Lucky Starr. Los piratas de los asteroides, 1953
Lucky Starr. Los océanos de Venus, 1954
Lucky Starr. El gran sol de Mercurio, 1956
Lucky Starr. Las lunas de Júpiter, 1957
Lucky Starr. Los anillos de Saturno, 1958

Escribir novelas para adultos no me impidió colaborar con piezas cortas para las

revistas. Mi relato favorito de todos los que he escrito para revistas, *La última pregunta*, se publicó en 1956 y mi tercer favorito, *El niño feo*, se publicó (bajo el horrible título de *Last-Born*) en 1958. (Mi segundo favorito no lo escribí hasta los años setenta y hablaré más adelante de él).

Para entonces, Doubleday ya no ponía objeciones a las colecciones de mis relatos cortos y en los años cincuenta publicaron tres de ellas:

A lo marciano, 1955
Con la Tierra nos basta, 1957
Nueve futuros, 1959

Si añadimos a todo esto los cuatro libros de Gnome Press, *Yo, robot* y las tres novelas de la Fundación, de las que Doubleday pronto se iba a hacer cargo, resulta que durante los años cincuenta escribí treinta y dos libros, diecinueve de los cuales, todos de ciencia ficción, fueron publicados por Doubleday.

Lo que más me asombró casi desde el principio de los años cincuenta fue el efecto de estos libros en mis ingresos. Durante los once años que había estado escribiendo exclusivamente para revistas, me acostumbré a un pago único y después nada (excepto minúsculas sumas por participar en antologías; algo a lo que volveré más adelante).

Sin embargo, de los libros se cobran derechos de autor, y se siguen cobrando, es decir, no sólo se siguen vendiendo los libros durante años sino que, además, hay un goteo constante de derechos añadidos: la segunda edición, edición en rústica, traducciones. Cuando se publicó *En la arena estelar* y empecé a ganar derechos de autor, seguía recibiendo algo de dinero de *Un guijarro en el cielo*. Para cuando mi tercera novela empezó a ganar derechos de autor, todavía recibía dinero de las dos primeras y así sucesivamente. En realidad, desde que se publicó el *Guijarro*, he recibido ochenta estados de cuentas semestrales de Doubleday, y esta novela ha ganado una cantidad respetable de dinero en todos ellos, sin excepción.

El resultado fue que las cuentas de mis derechos de autor de Doubleday tendían a ascender de manera constante (como también lo hicieron las de otras editoriales, pero menos). De inmediato comprendí que podía ganarme la vida escribiendo. De hecho, en 1958 (un año crucial en la facultad) ganaba tres veces más con mis obras que con la enseñanza. Puede imaginarse que esto aumentó mi sensación de independencia.

También me dio algo en que pensar. Comprendí en ese momento que si me hubiese arriesgado con el primer libro y hubiese roto mi compromiso con la facultad de medicina quedándome en Nueva York, habría sido capaz de mantenerme sólo con la literatura. No habría necesitado un empleo. (Ciertamente, nunca más lo necesité).

A mediados de los cincuenta me preguntaba si no debería abandonar mi trabajo y volver a Nueva York. Una vez más, la prudencia ganó la batalla. ¿Y si Doubleday por alguna razón abandonaba la colección de ciencia ficción? ¿Y si de repente me quedaba bloqueado? Sentía la necesidad psicológica, si no la económica, de un ingreso regular, de un sueldo, aunque fuera pequeño, que no estuviera sujeto a las fluctuaciones de la obra literaria. (Además, no quería abandonar todavía mis clases o mi título académico).

No obstante, me sentía lo bastante fuerte como para amenazar con dimitir si no me sacaban de las garras de Lemon y me pagaban mi salario con dinero de la facultad. Me salí con la mía, lo que significaba que mis ingresos de la facultad ya no dependían de las vicisitudes de las becas.

57. Obras de no ficción

Durante todo el tiempo que estuve en la Facultad de Medicina escribía ciencia ficción por las tardes, los fines de semana y en vacaciones. Nunca lo hice durante las horas lectivas por muy agobiado que estuviera por los plazos de entrega, ya que eso habría sido poco ético.

No me pagaban para escribir ciencia ficción sino por actividades lectivas, y se me ocurrió que mientras no estaba dando clases podía dedicarme a la investigación o a escribir publicaciones científicas. Ambas actividades redundarían en beneficio de la facultad. Éste fue el razonamiento que me permitió trabajar en los dos libros de texto durante el horario escolar sin remordimientos de conciencia.

Pero ¿qué podía hacer cuando no estaba ni enseñando ni trabajando en los textos? No quería investigar. Quería escribir, y eso significaba no ficción. Me sentí libre de hacerlo una vez que dejé de depender de Lemon (que se puso furioso, y con razón, por mi trabajo en los libros de texto).

La cuestión era: ¿qué podía escribir?

Se me ocurrió que podía elaborar artículos como los que enviaba a *The Journal of Chemical Education*, pero más largos e informales, más "joviales", si se me permite el término, y sin embargo, dotados de rigor científico. Por ejemplo, había escrito para esta revista un artículo breve sobre el sinfín de combinaciones que pueden constituir una molécula de proteína, formada por cientos de aminoácidos pertenecientes a veinte tipos diferentes. (El sinfín de combinaciones es, más que astronómico, inimaginable).

Escribí un artículo sobre el tema, mucho más largo e informal, y lo titulé *Hemoglobin and the Universe*. Mi intención era vendérselo a *ASF*, que publicaba artículos científicos lo bastante imaginativos como para llamar la atención de los escritores de ciencia ficción. Campbell lo aceptó y apareció en el número de la revista de febrero de 1955.

Éste fue el primer artículo científico que publiqué y por el que me pagaron. Descubrí con asombro que escribir estos artículos costaba menos tiempo, era más fácil y mucho más divertido que concebir una obra de ciencia ficción de la misma extensión. (No tenía que urdir nada. Los hechos se basaban en datos). A partir de entonces, se abrieron las compuertas. Estaba ansioso por escribir ensayos sobre ciencia o, de vez en cuando, sobre temas no científicos y, hasta ahora, he escrito, literalmente, miles de estas obras.

Una ventaja añadida de la no ficción era que cuando trabajaba en obras de ficción sólo podía dedicarme a un relato o novela a la vez. Cuando intentaba escribir dos simultáneamente, acababa confundiendo personajes y acontecimientos. Las obras de no ficción son muy distintas. Si estuviese escribiendo una sobre las vitaminas y otra

sobre la evolución estelar, no habría la menor posibilidad de confusión entre las dos. Descubrí que podía trabajar en muchas obras de no ficción a la vez y pasar de una a otra cuando me interesaba.

Pero no sólo escribía no ficción en forma de artículos.

Boyd, que me había arrastrado al desastre del libro de texto, después lo compensó. Una editorial pequeña quería que él escribiese un libro de bioquímica para adolescentes. Boyd no se sentía capaz de hacerlo, así que propuso que lo hiciera yo. Acepté encantado. Quería escribir para los jóvenes, en realidad ya lo había intentado, pero apunté demasiado alto y no fui capaz de persuadir a Little, Brown de que publicara el libro.

Sin embargo, esta vez tenía un editor y decidí que la obra estaría a la altura del joven brillante de la época escolar. El libro se llamó *The Chemicals of Life*, y fue publicado por Abelard-Schuman en 1954.

Era el primer texto de no ficción que escribía para el gran público y también me abrió las compuertas, ya que después escribí muchos más libros de este tipo. Si escribir novelas me cuesta de siete a nueve meses, *The Chemicals of Life* sólo me llevó seis semanas. Así que lo único que se me ocurrió preguntarme fue: "¿Cuánto tiempo ha durado esto?"

Durante los años cincuenta escribí ocho de estos libros para Abelard-Schuman. Fueron:

The Chemicals of Life, 1954 (bioquímica)
Races and People, 1955 (genética)
Inside the Atom, 1956 (física nuclear)
Building Blocks of the Universe, 1957 (química)
Only a Trillion, 1957 (ensayos científicos)
The World of Carbon, 1958 (química orgánica)
The World of Nitrogen, 1958 (química orgánica)
The Clock We Live On, 1959 (astronomía)

Como puede ver, empezaba a poner en práctica mis conocimientos.

58. Mis hijos

A pesar de que los años cincuenta parecieran ocupados por completo con los asuntos de la Facultad de Medicina, con los libros de texto, los de divulgación científica y cantidades enormes de ciencia ficción, seguía teniendo una vida privada, un matrimonio e incluso, con gran sorpresa por mi parte, hijos.

Debo ser franco y explicar que no me gustan los niños. Cuando era joven, mi madre se empeñó, no sé por qué, en que me encantaban los bebés y los niños. A lo mejor pensaba que con ello me estaba preparando de manera sutil para que algún día le diera nietos. Sea como fuere, siempre que un cliente traía a la tienda a un niño menor de cinco años mi madre decía: "¡Oh! A Isaac le encantan los niños", y me daba un empujón para que exteriorizara mi alegría.

Era una terrible prueba para mí. Con una ojeada me basta para saber todo lo que quiero sobre un niño. Las miradas adicionales son inútiles. Si los niños tienen edad suficiente para moverse libremente, procuro mantener las distancias. Estos niños son demasiado activos y ruidosos e invariablemente demasiado poco controlados. También es probable que tengan las manos pringosas y el estómago inestable. No quiero tener nada que ver con ellos.

Por tanto, no resulta sorprendente que cuando me casé no tuviera planes concretos para tener hijos. Tampoco los tenía Gertrude. Nos habríamos acostumbrado muy bien a una existencia sin hijos, ¿por qué no? El mayor problema con que se enfrenta la humanidad hoy en día es el aumento de población. No se puede resolver ningún problema medioambiental hasta que la población esté estabilizada y controlada. En estas circunstancias, se diría que cualquier pareja joven que se mostrara indiferente hacia los hijos y no estuviera dispuesta a aumentar la carga de la Tierra, debería ser animada y felicitada.

Sin embargo, la realidad es bastante diferente. El mundo no nos dejaría no tener hijos. Nuestros conocidos siempre nos preguntaban si teníamos hijos y cuando decíamos que no, nos miraban con desaprobación o con pena. Entre nuestras amistades, todas las parejas jóvenes iban teniendo hijos y después no hablaban más que de las alegrías de la paternidad. (En mis momentos de mayor cinismo, me preguntaba si no estarían tan aterrados por los gastos, el trabajo y las responsabilidades de la paternidad que se encolerizaban con nosotros por haber escapado de ello y, por tanto, hacían todo lo posible para hacernos caer en la trampa).

Como seres humanos, no estábamos hechos a prueba de la propaganda y la presión, y empezamos a intentar tener hijos. Durante algunos años fracasamos y, aparentemente, con razón. Los períodos de Gertrude eran muy irregulares y, cuando visité al médico, resultó que yo tenía pocos espermatozoides. Podíamos ser padres, pero las probabilidades eran menores de las normales.

En consecuencia, nos resignamos (sin demasiada dificultad) a continuar con una vida sin hijos. Compré una grabadora rudimentaria para poder dictar mis relatos, con la idea de que Gertrude los pasara a máquina después y así podríamos tener una carrera en colaboración.

A menudo me pregunto qué habría sucedido si esto hubiera ocurrido de verdad. ¿Nos hubiéramos acercado más el uno al otro? ¿Habría sido más feliz nuestro matrimonio? No hay manera de saberlo, ya que no tuvimos oportunidad de intentarlo. Había dictado tres relatos que ella pasó a máquina (todos vendidos y todos tuvieron éxito) y entonces, como probablemente ya habrá adivinado, quedó embarazada y la posibilidad de una carrera en colaboración y sin hijos se desvaneció.

Hizo falta un análisis médico para convencernos de que estaba embarazada, e incluso después de esto seguíamos aturdidos e incrédulos hasta que Gertrude empezó a padecer las molestias físicas propias de su estado.

Y, a su debido tiempo, me encontré convertido en el padre, asombrado y no del todo contento, de un hijo, David.

59. David

David nació el 20 de agosto de 1951. Fue un parto difícil y pesó menos de dos kilos y medio. (Creo que es un hecho probado que los hijos de madres fumadoras, sobre todo si fuman durante el embarazo, cosa que Gertrude hizo, tienden a nacer con poco peso).

Pronto fue evidente que David no podría jugar con otros niños en una relación de igualdad ni sería capaz de hacer amigos. A medida que crecía, descubrimos que la escuela constituía una fuente de infelicidad para él porque era utilizado como cabeza de turco. Más tarde, resultó que no podía conservar un empleo porque no se llevaba bien con sus compañeros de trabajo.

Acepté todo esto con cierta resignación, porque reconocía la situación. Yo había sido exactamente igual que él. De hecho, incluso cuando David era un niño y yo enseñaba en la Facultad de Medicina, no me llevaba bien con la gente, así que mi trabajo estaba constantemente en peligro.

Pero lo que David no tenía era mi inteligencia. Quiero decir que su capacidad mental era completamente normal, no era retrasado en ningún aspecto. (No nos arriesgamos. Le hicimos pruebas neurológicas y consultamos a psiquiatras.) Pero la normalidad no es suficiente cuando uno es un inepto social.

Yo me salvé de mi ineptitud sólo gracias a mi demostración de brillantez y, a pesar de ello, lo logré a duras penas.

Pero, no crea, David es una persona buena y cariñosa, por lo general amable y comprensiva. Tiene tendencia a volverse testarudo cuando le llevan la contraria (también yo) y en esas ocasiones no muestra muy buen criterio.

Cuando mi hijo todavía era un adolescente, me pareció que no iba a ser capaz de mantenerse cuando fuera adulto, así que tomé medidas para crear un fondo en fideicomiso de manera que esté libre de preocupaciones financieras.

La mayor afición de David es grabar los programas de televisión que le gustan y crear un enorme archivo con ellos. Me parece una vida bastante solitaria, pero, como a mí, le gusta estar solo y que le dejen en paz. No fuma, ni bebe, ni se droga y tampoco me crea ningún otro problema que el de mantenerle, lo cual no es ningún problema y (aunque no sea exactamente un placer) es mi obligación.

La gente a veces supone que como tengo un hijo y soy tan notable, mi hijo también debe serlo. Me preguntan lo que hace, esperando que les responda que es físico nuclear como mínimo. Mi contestación invariable es que es un "caballero que vive de rentas". Si insisten, les digo francamente que le mantengo y que lleva una vida tranquila e intachable.

Si actúan como si pensaran que yo debería estar molesto, les digo (a veces ocultando algo de irritación) que mi hijo vive su vida y que no tiene que trabajar para

proyectar su gloria sobre mí. Puedo crear mi propia gloria. Mi único deseo para mi hijo es que sea feliz y yo trabajo para que esto sea posible. Cuando hablo con él por teléfono siempre parece sentirse dichoso, y prefiero tener por hijo a un caballero feliz que vive de rentas en vez de a un físico nuclear desgraciado.

60. Robyn

Debo admitir que aunque no me gustan los niños en general, encuentro que las niñas son mucho más soportables. Cuando Gertrude tuvo a David, di casi por supuesto que sería mi único hijo. Después de todo, nos había costado tanto que parecía poco probable que fuéramos capaces de tener otro, y más si tenemos en cuenta que, cuando nació David, Gertrude tenía treinta y dos años.

Había deseado ardientemente una niña, pero no desatendí a David porque fuera un chico (no se me habría pasado por la imaginación hacerlo). De hecho, recuerdo que lo criamos con biberón y puesto que Gertrude tenía el sueño muy profundo y yo no, era yo el que se levantaba por las noches en cuanto oía el mínimo lloro infantil, y el que normalmente calentaba el biberón y se lo daba de madrugada.

Pero, en 1954, con gran asombro de nuestra parte, Gertrude quedó embarazada de nuevo. El 19 de febrero de 1955 dio a luz a una niña a la que pusimos Robyn Joan. Yo insistí en la "y" de Robyn porque no quería que la gente pensara que era un chico y añadimos Joan como una alternativa clara en caso de que cuando creciera decidiese que no le gustaba Robyn. Por fortuna, le gustó. Se aferró a Robyn como yo a Isaac y le resulta inconcebible adoptar cualquier otro nombre.

Robyn no lloraba mucho; era muy buena; aprendió enseguida a usar el orinal y era agradable en todos los aspectos, excepto por la costumbre que tenía (de vez en cuando) de tomarse el biberón y después devolverlo tranquilamente sobre mi camisa.

Robyn se convirtió en una niña preciosa de pelo rubio y ojos azules. A los siete años era exactamente igual que las ilustraciones de *Alicia en el país de las maravillas* hechas por John Tenniel. El parecido era tan evidente que, cuando entraba en una clase nueva en el colegio, el profesor le echaba un vistazo y le pedía que hiciera de Alicia en la representación de la clase.

Yo estaba encantado y no paraba de abrazarla y besarla y decirle lo guapa que era. Gertrude (pensando quizás en su propia infancia) decía que no debía hacerlo.

—¿Y si cuando sea mayor es fea? —me decía.

—No lo será. E incluso si lo es, a mí siempre me parecerá guapa y quiero que lo sepa siempre —le solía responder con firmeza.

Y dio la casualidad de que cuando Robyn creció seguía siendo muy guapa a los ojos de todo el mundo. Mide 1,58 metros, igual que su madre, y sigue teniendo el pelo rubio aunque sus ojos se han oscurecido. Además de guapa, y mucho más importante, es una chica agradable, bondadosa y cariñosa, que corresponde por completo al cariño de su padre.

Por otra parte, tiene una lengua afilada (no se de quién la habrá heredado) y debo tener cuidado con ella, ya que es perfectamente capaz de tumbarme con una sola frase. Por ejemplo, en los años sesenta, me gustaba llevar pajaritas chillonas y Robyn,

que se había vuelto muy conservadora con respecto a mi ropa (no respecto a la suya), protestaba. Una vez, me rebelé y me puse una con rayas de un chillón color naranja y entré en la cocina, donde mi hija estaba sentada. Me miró y dijo:

—Muy logrado, papá. Sólo te falta pintarte la nariz de rojo…

Le costó algunos años acostumbrarse a mi sentido del humor. (Al final lo logró y nos divertíamos mucho porque nos entendíamos muy bien. "Me he pasado la vida entre risas", le dijo una vez a un amigo).

El aspecto de Robyn es tan diferente del de su madre o del mío (aunque hay rubios en mi familia) que más de una persona me ha preguntado si no era posible que en el hospital nos la hubieran cambiado por otro bebé. Y mi respuesta siempre es coger a Robyn, apretarla contra mí y decir:

—Si es así, es demasiado tarde. Me quedo con ésta.

Robyn ha nacido para tener amigos y llevarse bien con los demás. Yo solía decir que si se enrollara como una bola de bolera y yo la hiciera rodar entre una multitud de extraños, cuando llegara al otro extremo tendría cinco amigos con ella. Este instinto social ha hecho que su vida sea relativamente fácil. Ha tenido dos relaciones de larga duración, pero hasta el momento sigue soltera.

Le he explicado con claridad que puede tener hijos si lo desea, pero que no tiene que sentirse obligada a tenerlos, si ella no quiere, sólo para darme un nieto.

He manifestado a menudo mi horror por la creciente superpoblación en la Tierra y Robyn comparte mis sentimientos. Ninguno de los dos creemos que beneficiará a la humanidad traer más niños al mundo sólo porque es lo que se hace. Por tanto, Robyn no siente la necesidad de tener hijos, o yo de tener nietos.

Robyn estudió en el Boston College, donde se especializó en psicología, y después se doctoró como asistenta social en la Universidad de Boston.

Entre paréntesis, a Robyn le gusta su apellido. Le encanta que la gente le pregunte si tiene algo que ver conmigo y responde orgullosa que soy su padre. Me llega al fondo del corazón.

Sin embargo, una vez que mencioné lo mucho que me quería, la mujer a la que estaba hablando me dijo (a lo mejor con cierto cinismo):

—Mira, si tienes un padre rico que te da todo lo que quieres, ¿cómo no le vas a querer?

Me molestó un poco su respuesta, pero estoy lo bastante unido a Robyn como para hacerle preguntas comprometidas y confiar en que me dirá la verdad. Así que le pregunté:

—Robyn, ¿me querrías si fuera pobre?

Me respondió sin dudarlo:

—Por supuesto. Seguirías estando chiflado, ¿o no?

La respuesta me convenció. Estaba claro que valoraba más las risas que

compartimos que todo el dinero que yo pudiera tener.

61. La improvisación

Hasta el verano de 1950 había dado varias conferencias con éxito, pero siempre a audiencias profesionales y bien preparadas. Pero entonces en un congreso de ciencia ficción me pidieron que hablara sobre robots. Acepté, pero me negué a perder el tiempo requerido para preparar una charla. Me pareció que el tema me resultaba lo bastante familiar como para no necesitar preparación.

Gertrude, que sabía que no había preparado nada, se sentó en la última fila por temor a que lo echara todo a perder. Quería estar en un lugar del que pudiera marcharse sin llamar la atención.

Empecé a hablar y descubrí que, incluso sin preparación, las frases se sucedían unas a otras con naturalidad. Un poco sorprendido, pero encantado, vi que la audiencia se reía cuando quería que lo hiciera. Todavía más encantado, observé que Gertrude, más confiada, había cambiado su asiento por uno en la primera fila.

Éste fue otro momento decisivo, ya que me di cuenta de que podía hablar con facilidad y, como comprobé con el tiempo, sobre cualquier tema, improvisando y sin preparación. A partir de entonces, excepto mis clases de la facultad, nunca preparé una conferencia. ¡Nunca!

En una ocasión, escribí una conferencia que iba a ser publicada, pero hablé sin mirar las páginas escritas. Por lo general, si es necesario publicar una de mis conferencias, deben grabarla y después mecanografiarla a partir de la cinta.

Otro momento decisivo se produjo poco después, cuando di una conferencia a un grupo de una Asociación de Padres y Profesores de un área residencial del sur de Boston a petición de un compañero de la facultad. Con gran sorpresa por mi parte, me pagaron diez dólares. Intenté no cogerlos, tenía la sensación de que no podía aceptar dinero sólo por hablar, pero insistieron.

Estuve más dispuesto a cobrar por mi trabajo a medida que fue pasando el tiempo, y mis honorarios para dar conferencias fueron subiendo. Una vez di una charla en el MIT (Instituto Tecnológico de Massachusetts) por cien dólares y durante la cena descubrí que habían pagado a Wernher von Braun mil cuatrocientos dólares por una conferencia algunas semanas antes.

Les pregunté con el ceño fruncido:

—¿Fue catorce veces mejor que yo?

—¡Oh, no! —respondieron con ingenuidad—. Usted ha sido mucho mejor.

Puede suponerse que fue la última vez que acepté hablar por sólo cien dólares. Con el tiempo llegué a cobrar hasta veinte mil dólares por una charla de una hora. Puede que esto le parezca exorbitante (a mí me lo parece), pero me entregan el dinero con sonrisas y expresiones de gratitud y esto es suficiente para aliviar una conciencia tan escrupulosa como la mía.

¿Por qué? Una razón es precisamente que mis charlas son improvisadas. Una conferencia que está escrita con todo cuidado en inglés literario y que después se lee, no se puede dar en inglés hablado (el inglés hablado y el escrito son dos idiomas diferentes, lo crea o no) porque suena poco natural. Además, al leerla, el pasar las páginas y atascarse en alguna palabra añade una nota artificial. Aprenderse de memoria una conferencia puede eliminar algo de la artificialidad, pero cuesta mucho trabajo y el resultado es que sigue siendo inglés escrito y suena poco natural.

Pero si se improvisa, se puede hablar de manera coloquial y cambiar de humor y de emociones para adaptarse a la reacción de la audiencia.

El éxito continuo tiende a generar arrogancia si no se tiene cuidado y, de vez en cuando, caigo en la arrogancia sobre mi aptitud para dar conferencias. Con frecuencia estoy en un estrado con dos o tres conferenciantes más y, en tales casos, siempre pido que me dejen hablar el último. Si me preguntan por qué, contesto la verdad (pero puede parecer arrogancia):

—Porque resulta imposible mejorar mi actuación.

Por lo general, mi actuación lo prueba, pero de vez en cuando alguno de los que hablan antes que yo es tan bueno que tengo que esforzarme al máximo para superarle y, en contadas ocasiones, me pregunto, incómodo, si habré tenido éxito.

En cierta ocasión, por ejemplo, el conferenciante anterior habló de Kissinger y la teoría del equilibrio de poderes. Era un tema importante y fue expuesto con tanta fluidez y aplomo que me sentí hundido. Nunca podría mejorar aquello. Lo intenté, por supuesto, pero me quedé corto.

En la recepción que hubo después, alguien me comentó:

—Disfruté mucho de su excelente conferencia, doctor Asimov.

—Me temo que la charla sobre Kissinger fue mucho mejor —respondí abatido.

—¡Oh, no! —dijo el otro—. Ya había oído hablar a ese señor sobre Kissinger y dio la misma conferencia, palabra por palabra. A usted también le he oído hablar antes, pero sus charlas son siempre diferentes.

Ésa es otra cuestión. Si te tomas la molestia de memorizar una conferencia larga y complicada, no puedes desperdiciarla utilizándola sólo en una ocasión. Tienes que repetirla una vez tras otra y que el cielo ayude a los que acudan por segunda vez a oírte.

Por otro lado, la improvisación permite multitud de variaciones sobre la marcha, y aunque a lo largo de mi vida he dado sin duda unas dos mil conferencias, no ha habido dos que hayan sido exactamente iguales.

A propósito, la fama de mis conferencias es tal (gracias a la propaganda de mis oyentes agradecidos) que siempre me invitan a dar conferencias en todos los estados de la Unión, por no hablar de otros países (incluso tan lejanos como Irán o Japón). Pero mi aversión a los viajes sólo me permite dar charlas relativamente cerca de

donde vivo. Si no, podría ganarme la vida muy bien sólo con eso y además ver mundo.

Pero no me arrepiento. Mi vocación es escribir, no dar conferencias.

Hay muchas anécdotas divertidas en torno a mis charlas y no me resisto a contar algunas. Muchas están relacionadas con las presentaciones que hacen de mí.

Cuando alguien da una conferencia, la presentación corre a cargo de otra persona. Hay un riesgo en ello, ya que, a menos que la introducción sea corta y concisa, puede crear problemas: si es larga y aburrida enfría la audiencia, pero si es ingeniosa, corta o larga, eclipsa al orador.

Por lo general, prefiero que no haya ninguna presentación. Me gustaría entrar en un escenario vacío a la hora programada para el comienzo, avanzar hacia el podio y decir: "Señoras y señores, soy Isaac Asimov", y después empezar a hablar. Ésa es toda la introducción que quiero y necesito, pero hasta el momento nunca lo he podido conseguir. Siempre hay alguien que quiere su momento de gloria.

En 1971 hablé en la Universidad Estatal de Penn, en la que daba clase mi compañero de ciencia ficción Phil Klass. Estaba encargado de mi presentación y me sentí agobiado. Recordaba las intervenciones de Phil en las reuniones de ciencia ficción. Era muy, muy divertido, así que esperaba que su presentación fuera corta y concisa.

No lo fue. Phil habló con brillantez durante quince largos minutos, dando una descripción exagerada de mi carácter y de mis aptitudes hasta casi el ridículo, lo que hizo que la audiencia se partiera de risa. Yo cada vez me iba hundiendo más en mi asiento. Él hablaba gratis y a mí me iban a pagar mil dólares. Estaba deleitando a la audiencia y yo iba a producir una triste impresión.

Por fin, cuando yo ya vislumbraba el desastre total, Phil llegó a su frase final:

—Pero no se imaginen que Asimov puede hacer de todo. Por ejemplo, nunca ha cantado *Rigoletto* en el Metropolitan Opera.

Se produjo una sonora explosión de carcajadas, me incliné hacia Janet y le murmuré sonriendo victorioso (como dijo una vez Thomas Henry Huxley mirando a Samuel Wilberforce en el gran debate sobre la evolución):

—El Señor lo ha puesto en mis manos.

Me acerqué por el escenario hacia el podio, miré a la audiencia, esperé a que terminaran los aplausos y después permanecí de pie durante quince segundos en silencio. Contemplé fijamente al público y les dejé que se preguntaran qué estaba ocurriendo.

Y en el momento exacto en que la perplejidad había llegado al nivel adecuado, sin avisar y con una voz de tenor tan fuerte como pude, entoné "Bella figlia dell'amore", los compases iniciales del famoso cuarteto de *Rigoletto* y auténtico epítome de todas las obras operísticas.

La audiencia rompió a reír y a partir de entonces los tuve en la palma de la mano. (Un conferenciante tiene que saber cómo hacerlo).

Arranqué otra victoria de las fauces de la derrota el 21 de marzo de 1958, cuando hablaba en el Swarthmore College, cerca de Filadelfia. Llegué a la víspera y el presidente de la escuela me advirtió que hablaría a la asamblea al día siguiente a las ocho de la mañana. La asistencia era obligatoria y muchos estaban molestos por ello.

—Es posible —dijo el presidente— que algunos estudiantes hagan alarde de leer el periódico mientras usted habla. No es una actitud de enfado hacia su persona, sino una muestra de desaprobación por la obligatoriedad de asistir a las charlas.

—No tema —le respondí con un ademán—, nadie leerá el periódico mientras yo esté hablando.

Esa noche Filadelfia sufrió la peor tormenta de nieve de los últimos cien años. (Ésta fue la tormenta, dicho sea de paso, que mató a Cyril Kornbluth.) Se formó una capa de nieve de más de sesenta centímetros. Cayó una aguanieve pegajosa y fuerte que destruyó muchos jardines y dañó muchos árboles.

A la mañana siguiente, contemplé a los estudiantes entrando en el salón de la asamblea, peleándose con la nieve de sus botas y pensé, alarmado, que si se oponían a la asamblea en condiciones normales, ¡lo molestos que debían de estar por ésta! Iba a tener una audiencia fría como el hielo, figurada y literalmente.

¿Qué hacer? Me serví de la fecha y empecé diciendo:

—Señores, he venido hasta aquí el día del equinoccio de primavera, cuando las tormentas y los sobresaltos de nuestro invierno de descontento han abandonado la escena y los brotes de la primavera se estremecen a punto de aparecer; cuando los fuertes vientos se transforman en suaves brisas…

Seguí así, cada vez más disparatado en mis encomios, y la audiencia empezó a reírse entre dientes y después a carcajadas. Cuando me pareció que el ambiente estaba suficientemente caldeado, me adentré en mi conferencia y nadie leyó el periódico.

En cierta ocasión evité una catástrofe mucho peor por pura suerte. Fue durante los años sesenta, iba a hablar en Ohio por unos doscientos cincuenta dólares para recibir una placa de alguna organización interesada en las comunicaciones. Les iba a dar lo que yo llamaba mi "conferencia sobre Mendel", varias versiones de la cual había dado aquí y allá con mucho éxito. Era sobre Gregor Mendel, quien descubrió las leyes de la herencia, pero, por un fallo de la comunicación, estas leyes permanecieron ocultas para la ciencia durante treinta y tres años.

En este caso también hubo una presentación larga y divertida, mientras yo estaba sentado en un enorme comedor, cada vez más deprimido, esperando a que el presentador se sentara y pensando que tendría que esforzarme para evitar el anticlímax. El individuo que estaba a mi derecha, me susurró durante la introducción:

—Estamos esperando ansiosos su charla, doctor Asimov.

Me sentía bastante deprimido, y contesté:

—¿Cómo sabe que será buena?

—Porque ya le he oído antes en la Gordon Research Conference. Dio una charla sobre Mendel.

Me enderecé en la silla.

—¿Sobre Mendel? ¿Alguno más de los que están aquí asistió a la conferencia?

—Casi todos —me respondió.

Tenía cinco minutos para organizar una charla diferente. Lo logré, pero cada vez que pienso en que estuve a punto de dar una charla a una audiencia que ya la había oído en su mayor parte, me entra un sudor frío.

En otra ocasión, el presentador me pidió permiso para leer algo de la correspondencia previa a nuestro acuerdo. No recordaba lo que había escrito en esas cartas, pero sabía que nunca escribo nada que me pueda llevar a los tribunales, así que le dije: "Por supuesto, adelante."

Leyó las cartas y resultó que me había mostrado inexorable en exigir el triple de los honorarios que me ofrecían alegando que era tres veces mejor que cualquier otro. Esto significó que tuve que ponerme de pie ante una audiencia predispuesta contra mí porque le había sacado mucho dinero a su organización y necesitaba demostrarle que era tres veces mejor que cualquiera. Fue una tarea ardua, pero lo logré.

La peor presentación que me hayan hecho nunca fue en Pittsburgh. Es la única que recuerdo que en vez de divertirme, me irritó. Estaba en el estrado esperando a que empezara el acto y la mujer engreída que lo dirigía se quedó de pie en frente del podio ordenando a la gente que se sentara con una voz estridente y monótona.

Finalmente, llegó el momento de empezar y me presentó. Subí al podio y empezaron los aplausos, y que me muera ahora mismo si no es verdad que se puso delante de mí, hizo un gesto con las manos para que se callaran y así poder dirigir a sus asientos a los rezagados de última hora. Sentí unas enormes ganas de echarla fuera del estrado a empujones, pero me contuve.

Tuve que empezar a hablar a una audiencia fría y estaba demasiado furioso para pensar en cualquier truco para calentarla de nuevo. La conferencia no fue un fracaso pero distó mucho de ser un éxito. ¡Qué mujer tan estúpida!

A menudo no se puede hablar si no desarrollas tu propio reloj interior. Cuando daba clase a los estudiantes de medicina, decía la última frase rutinariamente cuando sonaba la campana de fin de clase. Por supuesto, en el aula había un reloj grande que estaba a la vista, para que pudiera marcar el ritmo de la clase. A pesar de todo, era un buen entrenamiento y ayudaba a desarrollar el reloj interno.

Por lo general, cuando pregunto a la persona organizadora cuánto quiere que hable y me dice un tiempo determinado, hablo durante ese tiempo más una sesión de

preguntas y respuestas. Si me dicen: "El tiempo que usted quiera", hablo durante cuarenta y cinco minutos.

El 18 de mayo de 1977 (fecha que recuerdo por una razón que explicaré más adelante), pronuncié un discurso de entrega de diplomas en el Ardmore College en los alrededores de Filadelfia. Justo antes de que me pusiera en pie, el presidente de la institución se inclinó hacia mí y murmuró:

—Hable durante unos quince minutos.

—Desde luego —le respondí.

Me puse en pie y anuncié divertido que me habían pedido que hablara durante quince minutos, así que no les entretendría mucho tiempo. (Esto puso de buen humor a la audiencia de inmediato. No habían ido a oírme a mí. Habían ido a recibir sus diplomas o a ver cómo los jóvenes ilusionados los recibían.)

Después del discurso uno de los graduados se me acercó y me dijo que había dado la casualidad de que llevaba un cronómetro en el bolsillo y lo había puesto en marcha en cuanto mencioné el límite de los quince minutos.

—Tardó usted catorce minutos y treinta y seis segundos —dijo—, y en ningún momento le vi mirar el reloj. ¿Cómo lo ha hecho?

—Mucha práctica, joven —le respondí.

Tiempo después, mi hermano Stan me comprometió seriamente y no me dijo nada. *Newsday* inauguraba una sección semanal de ciencia y, como un favor a Stan, el 3 de septiembre de 1984 fui a dar una charla sobre la importancia de la ciencia a una audiencia de anunciantes potenciales.

—Habla durante sesenta minutos —me dijo Stan.

Y lo hice, durante exactamente una hora.

Stan estaba risueño.

—Les había dicho —me confesó— que si te decía que hablaras durante sesenta minutos no emplearías ni un minuto más ni un minuto menos.

—¿Por qué no me avisaste? —le pregunté horrorizado.

—Tenía fe en ti —me respondió.

Me enfadé bastante. Soy bueno, pero no tanto.

A propósito, meses antes *Newsday* me había ofrecido cuatro mil dólares por la conferencia y llegamos a un acuerdo. Por alguna razón, quizá porque lo estaba haciendo por Stan, había olvidado este asunto y dio la casualidad de que no recordaba nada sobre los honorarios prometidos cuando di la charla.

Semanas después, el periódico me llamó para saber mi número de la Seguridad Social.

—¿Para qué? —dije con desconfianza.

—Para poder enviarle un cheque.

—¿Por qué? —pregunté. Y tuvieron que explicármelo.

—¡Oh! —le dije, incapaz de mantener la boca cerrada—. Creí que lo estaba haciendo gratis.

Esa tarde llamé a Stan.

—Stan —le dije—, el periódico quiere pagarme por la charla y no recordaba haber quedado en eso. Si recurren a ti y te preguntan si de verdad tienen que pagarme puesto que yo creía que iba a hablar sin cobrar honorarios, por favor, diles que me paguen.

Se produjo un corto silencio, y después Stan dijo malhumorado:

—¿Por qué me llamas un viernes por la noche para decirme eso?

—¿Qué importa cuando te lo digo? —pregunté sorprendido.

—Pues porque ahora —respondió Stan— tendré que esperar hasta el lunes por la mañana para poder contar la última anécdota del tonto de mi hermano Isaac.

Pero estoy divagando…

Que yo recuerde, sólo en dos ocasiones he tenido que hablar durante más de sesenta minutos. Una vez fue culpa mía y la otra de la audiencia.

Fue mi culpa el 30 de mayo de 1967, cuando hablé en el centro de Boston. Gertrude no se podía mover porque padecía artritis reumatoide, Robyn llevaba la pierna enyesada debido a una fisura de tobillo, David estaba con fiebre y yo tenía que dar una conferencia, la séptima del mes. Estaba tan nervioso que cogí un taxi para ir al centro porque no creía estar en condiciones de ponerme al volante. Una vez allí, acepté una copa en vez de rechazarla como hago invariablemente. Pensé que podría calmar mi ansiedad, pero no fue así. Pude pedir un ginger ale, pero no lo hice.

Empecé mi conferencia y eso fue mi calmante. Todas mis preocupaciones se desvanecieron, pero sabía que volverían cuando terminase, por tanto, era reacio a acabar. La charla duró hora y media antes de que pudiera pararme (y, por supuesto, la ansiedad volvió de inmediato).

Para explicar el otro caso, debo decir que me gusta que el auditorio esté bien iluminado mientras hablo. Quiero ver a la audiencia. Hablar en la oscuridad me hace sentir incómodo. Por supuesto ver a la audiencia no significa que la mire. Eso puede distraer mi atención, sobre todo si una joven en minifalda está sentada en primera fila y cruza las piernas. (Me distrae tanto que no me atrevo a mirarla y me pregunto si algunas no lo hacen sólo para distraer).

Por tanto, lo que hago es escuchar a la audiencia. Oigo las toses, los suspiros, cuándo se agitan en el asiento. Todo ello me indica el estado de los que me escuchan. Me dice cuándo debo ser divertido o serio, cuándo debo cambiar de tema, etc.

Puedo decirle exactamente que sonido va con cada cambio. No lo sé de manera consciente, pero algo dentro de mí lo intuye. Lo que sí sé es lo que escucho con más satisfacción. Es el sonido del silencio.

Cuando se acaban los susurros y mi voz es el único sonido que se oye en la sala,

entonces sé que me hecho con ellos y que debo continuar por ese camino. Debo decir, sin embargo, que logro esto último muy pocas veces.

Una vez estaba hablando a un grupo de empleados de IBM en el King de Prussia (Pensilvania) y percibí el silencio. Exultante, seguí, esperando que sería mejor que fuera terminando. (Lo que yo llamo mi reloj interno puede que sea, al menos en parte, mi reacción inconsciente al sonido de la audiencia). Pero el silencio siguió y cuando ya no podía aguantar más, miré el reloj y había transcurrido una hora y media. Me callé de repente y añadí bastante indeciso:

—Llevo hablando hora y media.

—¡Siga hablando! —respondió la audiencia a gritos. Y lo hice, pero sólo durante cinco minutos más.

Lo que todo conferenciante quiere es un aplauso fuerte y prolongado, por supuesto, y casi siempre lo consigo. Todavía mejor es una "ovación con el público en pie". El aplauso en sí mismo puede ser bastante automático, pero ponerse de pie requiere un esfuerzo y es algo más que un aplauso. Me encantan las ovaciones con el público en pie.

En una ocasión, descubrí algo todavía mejor. Di una conferencia en el Carnegie Tech de Pittsburgh. Iba tan bien y la respuesta de la audiencia era tan buena que pensé que seguro que recibiría una ovación con el público en pie. Sin embargo, cuando terminé, todo lo que recibí fue un prolongado aplauso. Nadie se puso de pie,.

Traté de disimular mi disgusto, sonreí, me incliné y me retiré tristemente entre bastidores para meditar. Pero los aplausos siguieron y finalmente, mi presentador vino y me dijo:

—No van a parar. Salga otra vez.

Salí sonriendo de oreja a oreja y saludé por segunda vez. Es la única vez que me ha sucedido algo así, pero es un recuerdo que guardo en mi memoria.

62. Horace Leonard Gold

En los años cuarenta vendía prácticamente todos mis relatos a *ASF*. Esto me hacía sentir incómodo. Es bastante arriesgado ser escritor de una sola revista y depender de un único director. ¿Y si Campbell decidía retirarse o se moría? ¿Y si la revista fracasaba? Mi carrera de escritor podría terminar de repente. ¿Quién sabe si podría vender mis relatos a otro director o encontrar a otro editor de revistas?

Mis temores se aliviaron cuando vendí *Un guijarro en el cielo* a Doubleday. Ahí, por lo menos, había otro mercado, y muy prestigioso. El posterior hallazgo de dos nuevas revistas fue, en cierto modo, incluso más importante. *The Magazine of Fantasy and Science Fiction* (*F&SF*) no representaba un mercado muy apropiado para mí. Publicaba obras literarias y de fantasía y yo no era muy bueno en ninguna de las dos cosas. Sin embargo, la otra revista, *Galaxy*, era estrictamente de ciencia ficción y con su primer número demostró ser un serio competidor para "la mejor revista de ciencia ficción". El dominio absoluto de Campbell se resquebrajó y nunca volvió a ser lo que había sido.

Galaxy me pidió un relato y escribí uno titulado *Darwinian Poolroom*. Apareció en su primer número, en octubre de 1950. Era una obra floja, pero la revista quería más relatos. En el segundo número apareció uno mejor, que yo llamé *Green Patches*, pero el editor le cambió el título por el de *Misbegotten Missionary*, que no me gustó.

Después Galaxy publicó por entregas mi novela *En la arena estelar*, que el director retituló *Tyrann*, algo que me desagradó todavía más. Asimismo, me hizo introducir una intriga secundaria que yo desaprobaba, y cuando quise eliminarla antes de la publicación del libro, Brad decidió que le gustaba y me apremió a dejarla. Debido a esto la novela nunca me ha gustado demasiado.

Todo esto no pudo suceder en un momento mejor, ya que, en 1950, Campbell empezó a promover la seudo ciencia llamada "dianética". Esta empresa me parecía tan desacertada que me hubiese gustado distanciarme de él. No dejé de venderle mi obra, pero me alegré de poder vender relatos a otros.

El director de *Galaxy*, el que me cambiaba los títulos e insistía en añadir horribles intrigas secundarias, era Horace Leonard Gold (más conocido como H. L. Gold).

Era un personaje casi tan pintoresco como el propio Campbell, tan terco y tan hablador como él, pero mucho más propenso al mal genio que el siempre risueño Campbell. Gold era bastante apuesto a pesar de que su cabeza era como una bola de billar.

Entre 1934 y 1937 había escrito varios relatos bajo el seudónimo de Clyde Crane Campbell (un caso de encubrimiento de nombre judío). Pero cuando John Campbell se convirtió en editor de *ASF*, Horace no pudo conservar el seudónimo y empezó a escribir con su propio nombre.

Participó en la Segunda Guerra Mundial y, aunque no sé los detalles de lo que le ocurrió, la contienda dejó en él dos secuelas: agorafobia y xenofobia (temor morboso a los espacios abiertos y a la gente extraña). Cuando le conocí, literalmente no era capaz de salir de su piso.

La primera vez que lo vi, hablamos en el salón de su casa. No conocía su desgracia y me quedé estupefacto cuando de repente se puso en pie y abandonó la habitación. Pensé que había dicho algo que le había molestado y no sabía qué hacer cuando su mujer, Evelyn, me aseguró que no le había ofendido, pero me pidió que me fuera.

Estaba saliendo por la puerta cuando sonó el teléfono; Evelyn respondió y me dijo:

—Es para usted.

—¿Quién sabe que estoy aquí? —pregunté intrigado.

Pero era Horace. No podía soportar la compañía de los extraños. Así que había ido al dormitorio, había cogido otro teléfono y me había llamado.

Tuvimos una larga conversación, él en su habitación y yo en el salón.

El que tuviera problemas para hablar a la gente en persona le convertía en un ser terrorífico al teléfono. Una vez al teléfono no había manera de colgar, como enseguida aprendí. Hablar con él de este modo era un continuo ejercicio de inventar excusas para colgar: "Lo siento, Horace, pero tengo que irme. Mi casa está ardiendo".

Hasta donde yo pude enterarme, su única distracción era jugar una partida de póquer semanal con sus compinches. Puesto que no juego al póquer (ni a ningún otro juego de azar), jamás asistí a esas partidas.

Horace era, en potencia al menos, un director buenísimo, pero tenía un defecto fatal: era muy enfadadizo y, con el paso del tiempo, parecía volverse cada vez más irascible.

Cambiaba los títulos y hacía retoques innecesarios en las narraciones y después se mostraba grosero cuando los escritores se quejaban. También se enfadaba cuando intentabas colgar el teléfono después de una hora o dos de conversación.

Lo peor de todo era su perniciosa costumbre de escribir cartas de rechazo insultantes. Para algunos escritores, como yo, el simple hecho de ser rechazado ya resultaba perturbador incluso cuando el director (consciente del frágil ego de los escritores) procuraba ser educado al hacerlo. Cuando alguien recibía un comentario destructivo y cruel sobre un relato, el insulto era mayúsculo.

Le había ofrecido la primera creación que tecleé en una máquina de escribir eléctrica, un relato titulado *Profesión*. Lo rechazó con terribles alusiones a mi pereza y a mi "abotargamiento mental" y daba a entender que yo creía que podía vender cualquier basura porque llevaba mi nombre escrito. (Después me pedía ver más obras para poder mejorar su impresión). El rechazo me enfureció. Puede que *Profesión* no

fuera el mejor relato del mundo, pero desde luego no era la porquería que Horace pensaba.

Se lo llevé a Campbell, que lo aceptó de inmediato. Apareció en el número de julio de 1957 de *ASF* y tuvo muy buena acogida entre los lectores.

Algún tiempo después tuve la ocasión de escribir un poema cómico titulado *Rejection Slips* (*Rechazos equivocados*) que incluía una estrofa para cada uno de los tres editores de ciencia ficción más importantes. La segunda estaba destinada a Horace, y decía así

Dear Ike, I was prepared
(And, boy, I really cared)
to swallow almost anything you wrote.
But Ike, you're just plain shot,
Your writing's gone to pot.
There's nothing left but hack and mental bloat.
Take back this piece of junk;
It smelled; it reeked; it stunk;
Just glancing through it once deadly rough.
But, Ike, boy, by and by,
Just try another try.
I need some yarns and, kid, I love your stuff.

[Querido Ike, estaba preparado / (Y chico, me importaba de verdad) / Para tragar cualquier cosa que escribieras. / Pero, Ike, no eres más que una ruina, / Tu obra es una porquería, / Eres un escritorzuelo de mente abotargada. / Te devuelvo esta basura; / Olía; hedía; apestaba; / Ojearla una vez ha sido muy duro. / Pero, Ike, en el futuro / Haz otro intento. / Necesito alguna historia y, chico, me encanta tu material).

No fui el único que sufrió tales afrentas. Horace trataba así a todos sus escritores y muchos rehusaron exponerse a tales improperios y se negaron a enviarle ninguna historia más. Yo era uno de los "huelguistas", aunque pensaba que era el único.

La situación de Horace llegó a ser tan apurada que se vio obligado a publicar una carta en una revista de aficionados que leían muchos escritores pidiendo que le enviaran originales y prometiendo rechazarlos con educación, si el rechazo era necesario.

Me gusta dar a cada uno lo suyo, así que escribí un relato sobre un joven Neanderthal que había sido trasladado al presente, y se lo mostré a Gold. Sus críticas

(expresadas con todo cuidado y en el tono más cortés) me parecieron tan certeras que rompí el relato y escribí otro totalmente diferente (la única vez que he hecho algo así). El resultado fue *El niño feo*, que, como ya dije antes, ocupa el lugar número tres entre mis historias preferidas.

Algún tiempo después, Horace perdió su trabajo como director y le sustituyó Fred Pohl, que prosiguió su labor con gran maestría.

63. La vida en el campo

Soy un chico de ciudad, pero de vez en cuando la vida me obliga a ir al campo. Cuando era bastante pequeño, mi madre solía pasar dos semanas en los montes Catskill y nos llevaba a Marcia y a mí. Creo que esto ocurrió en 1927, 1928 y 1931. Así pues mi padre se quedaba en la tienda solo, y no tengo ni idea de cómo se las arreglaba.

En 1941, por alguna razón, se me metió en la cabeza ir sin compañía al mismo pueblecito de las montañas al que mi madre nos solía llevar. Pasé allí una semana, seis días en realidad, ya que volví un día antes, cuando Alemania invadió la Unión Soviética y pensé que eso sería el comienzo de una victoria total de los nazis.

El hecho es que odiaba aquel lugar y suspiraba por volver a las calles de la ciudad.

Cuando me casé con Gertrude pasamos la semana de nuestra luna de miel en el campo, y a partir de entonces, íbamos todos los veranos, durante una semana o dos, a un sitio u otro. No lo odié tanto como cuando era niño pero seguía sin gustarme.

Si conocíamos a alguna persona interesante no estaba tan mal, pero no podía contar con ello. A falta de algo así, no tenía nada que hacer, excepto participar en las estúpidas actividades de rigor. Recuerdo especialmente cuando pretendieron que yo jugara a balonvolea.

Una vez intenté pasar el tiempo escribiendo un relato, que acabó llamándose *Lenny* y finalmente fue publicado en el número de enero de 1958 de *Infinity*. Pero Gertrude no quería que estuviera dentro escribiendo, así que salía al aire libre y sujetaba las hojas con piedras.

Naturalmente la gente me preguntaba qué estaba haciendo y cuando decía que era escritor y que estaba escribiendo se molestaba. Por lo visto, se supone que uno no puede disfrutar trabajando en vacaciones, se supone que hay que sufrir jugando a balonvolea.

Sólo una de las veces que fui con Gertrude de vacaciones al campo disfruté de verdad. Fue en 1950, cuando estuvimos en un lugar llamado Annisquam.

Al principio pensé que no era más que otro purgatorio de balonvolea, pero después me enteré de que el personal de Annisquam estaba preparando un musical cómico para sus huéspedes. Para ello iban a utilizar la música de *Kiss Me, Kate*, de Cole Porter, y estaban intentando escribir una letra apropiada que se ajustase a la melodía.

Enseguida descubrí que nadie tenía la más mínima noción de métrica, de ritmo ni de cómo encajar las palabras con las notas existentes, así que les dije:

—A cada nota le debe corresponder una sílaba. Tienen que asegurarse de que el metro y el ritmo son exactamente iguales a los de Cole Porter. Es imposible hacerlo

de otro modo. —Me miraron estupefactos, y entonces añadí—: Están trabajando ustedes con la canción *Wunderbar*, ¿no? Pues déjenme que se lo demuestre. (Ése era yo, educando al ignorante sin que nadie se lo pidiera, pero no podía soportar oír cómo destrozaban las canciones.)

Pensé un rato y después les pedí un trozo de papel y escribí:

Annisquam, Annisquam
We've taken ocean trips
But when the sea ain't calm
Take a train to Annisquam.

[Annisquam, Annisquam / Hemos hecho viajes por mar / Pero cuando el mar esté revuelto / coge el tren a Annisquam.]

Miraban fijamente la letra, completamente desconcertados, y les dije impaciente:

—Bueno, cántenla.

Lo hicieron y estaban asombrados. La letra encajaba perfectamente con la música.

—Siga —me dijeron.

—Naturalmente que seguiré.

Durante días y días me iba al salón de actos con ellos, les ponía nuevas letras a las canciones y les enseñaba cómo cantarlas. Ensayábamos una y otra vez y, al final, yo mismo cantaba el papel principal.

Gertrude, como era de esperar, estaba furiosa. Se suponía que estábamos pagando mucho dinero por estar en el campamento veraniego un par de semanas, y yo me las pasaba dentro, trabajando para la colonia.

Traté de explicarle que era un dinero bien gastado porque estaba en el séptimo cielo trabajando en el musical y que la alternativa eran mis obligaciones en el purgatorio jugando a balonvolea. Fue inútil. No lo entendió. En realidad, el encargado de la colonia me dio veinte dólares cuando nos fuimos como pago por mi ayuda, pero no lo hice por dinero. Se lo regalé a los empleados para que se lo repartieran.

64. El coche

Mientras viví en Nueva York no necesité un coche para nada. Gracias a la tienda de caramelos, la familia casi nunca iba a ninguna parte. Para ir a la escuela utilizaba el transporte público y podía ir a cualquier parte por cinco centavos (y después otros cinco para volver). Cuando sólo tenía que desplazarme un par de kilómetros, iba andando.

En Filadelfia, los transportes públicos también funcionaban bien. Además eran tiempos de guerra y el uso de la gasolina estaba muy restringido, así que nos juntábamos varios para viajar en coche.

Una vez en Boston, me encontré en una ciudad en la que el transporte ya no era satisfactorio, sobre todo si uno vivía en un barrio residencial de las afueras. En 1950 llegué a la conclusión de que necesitaba un coche. Consciente de mi falta de habilidad, me temía no llegar a conducir de manera adecuada. Mi idea era que Gertrude aprendiera y que después me hiciera de chofer.

No obstante, era lo bastante buen perdedor como para estar dispuesto a tomar clases, y en cuanto sentí que el coche avanzaba conmigo al volante descubrí, sorprendido, que me encantaba conducir. En cuanto supe hacerlo, compré un Plymouth.

El mejor consejo que me dieron para ir al volante se lo debo a Sprague de Camp. Le propuse trasladarnos en coche a Nueva York y alardeé de la velocidad a la que conducía y de mi seguridad al volante.

—Adiós, Isaac —me dijo.

—¿Adónde vas, Sprague? —le pregunté sorprendido.

—A ninguna parte —me respondió—, pero si conduces un coche a semejante velocidad, no vivirás mucho y por eso me despido ahora.

Aprendo rápido, así que reduje la velocidad.

65. ¡Despedido!

La historia de mi vida, ya en la madurez, estaba marcada por mi incapacidad para llevarme bien con mis compañeros y mis superiores. Cuando todavía era profesor de la Facultad de Medicina, demostré este desagradable aspecto de mi personalidad por última vez.

A lo mejor no fue del todo por mi culpa. Sospecho que no era popular en la facultad y tal vez no importaba que me esforzara por mostrarme amable. Ser el mejor profesor del lugar podía gustarme a mí y a los alumnos, pero no tenía por qué recibir medallas del resto de los profesores.

Además, me resultaba imposible ocultar que tenía una carrera aparte y que ganaba dinero con ella. Ésa era otra razón por la cual no agradaba a los esforzados miembros de la facultad. Tampoco aprobaban la cantidad de temas que tocaba en mis obras. Había escrito *The Human Body* (1963), un libro muy bueno (si puedo dar opinión) sobre anatomía. Pedí a una profesora de anatomía que lo revisara para ver si había cometido algún error grave. Encontró unos pocos, el más importante fue que había puesto el bazo en el lado del cuerpo equivocado, algo que le pareció muy divertido.

Cuando me iba, oí a uno de los anatomistas decir: "¿Qué le parecería que yo escribiera un libro de bioquímica?"

Con el tiempo había abandonado la idea de dedicarme a la investigación y empleaba todo mi tiempo libre en la facultad escribiendo obras de no ficción, lo que desagradaba a la dirección.

Traté de hacerme perdonar mis ingresos externos no pidiendo nunca un aumento. (Hubiera sido ridículo por mi parte arañar unos pocos dólares más de la facultad cuando mis ganancias con la literatura cada vez eran mayores.) El resultado fue que en 1950 sólo ganaba seis mil quinientos dólares al año; me habían aumentado mil dólares a lo largo de nueve años sin que yo lo pidiera. Era el sueldo de profesor más bajo de toda la Facultad de Medicina y probablemente de toda la universidad. Esto, que en mi inocencia yo consideraba un comportamiento ético, resultó ser otro argumento más en mi contra. El que me pagaran tan poco se interpretó como que era lo que merecía.

Lo peor de todo, por supuesto, era que había ofendido a Lemon al abandonar su investigación. Se dedicó a la tarea de librarse de mí. No obstante, mientras James Faulkner fuera decano y Burnham Walker fuera jefe de departamento yo estaba relativamente a salvo. A ambos les gustaba a pesar de mis peculiaridades.

Pero el decano Faulkner anunció que dimitiría al final del curso 1954-1955. fue un golpe terrible, ya que no sólo perdía un aliado muy bien situado, sino que su marcha resultaba catastrófica porque seguramente sería reemplazado por Chester Keefer, probablemente el miembro de la facultad más conocido. Keefer era muy

amigo de Lemon y estaba seguro de que me despediría.

Walker debió de pensar lo mismo porque, en mayo de 1955, justo un mes antes de que Faulkner se fuera, me consiguió un ascenso a profesor asociado a partir del 1 de julio de 1955. Esto me proporcionaba un cargo de carácter permanente y no podían despedirme sin causa justificada. Supongo que lo hizo antes de que Faulkner dimitiera porque sabía que después no tendría ninguna oportunidad. Por supuesto, Keefer fue elegido decano de la Facultad de Medicina.

Éste tenía un pretexto contra mí. En 1956, yo había recibido una pequeña beca del Gobierno para escribir un libro sobre el flujo sanguíneo. (Me la habían ofrecido, yo no la había pedido.) Escribí el libro y se publicó como *The Living River* (1960). Keefer esperó.

Entonces Walker dimitió (por razones familiares) el 1 de noviembre de 1956 y Bill Boyd empezó a desempeñar las funciones de jefe de departamento. Supongo que pensaba que le adjudicarían la plaza en propiedad, pero en el verano de 1957 Keefer trajo a alguien de fuera, F. Marrott Sinex, para el puesto. Sinex era un hombre bajito, con una eterna sonrisa nerviosa en los labios, una voz gritona y una risa todavía más chillona y, además, sus clases resultaban bastante difíciles de seguir. Me llegó el rumor de que Sinex había conseguido el puesto después de comprometerse a no impedir mi despido.

Era el momento en que Keefer podía actuar. Cuando llegó el dinero de la beca asignada para mí por el libro sobre la sangre, Keefer se negó a dármelo. Decía que el dinero era para la facultad. Señalé que la facultad había recibido una parte, pero que una determinada cantidad estaba asignada específicamente para mí. Siguió diciendo con desprecio que cualquier miembro de la facultad escribiría un libro si le pagaban por hacerlo. Respondí furioso que no necesitaba cobrar para escribir un libro, que ya había escrito más de veinte y que si no me daba mi dinero, organizaría un escándalo en Washington. Me lo dio y se preparó para la tarea, bastante más importante, de despedirme.

El 18 de diciembre de 1957 Keefer me llamó a su despacho para la confrontación final. Sinex estaba presente pero no habló. Su función era simplemente la de ratificar. Keefer estaba tranquilo y lo único que dijo era que no quería que escribiera durante las horas de trabajo en la facultad. Tenía que dedicarme a la investigación. Como ya se esperaba, me negué y señalé que mi obligación era enseñar a los estudiantes de medicina y que era, por consenso general, el mejor profesor de la facultad. Insistió en que lo único importante era la investigación y finalmente me enfurecí lo bastante como para decir:

—Doctor Keefer, como escritor científico soy extraordinario. Pienso llegar a ser el mejor del mundo y espero que mi estela alcance a la Facultad de Medicina. Como investigador no soy más que mediocre y, doctor Keefer, si hay algo que esta facultad

no necesita es otro investigador mediocre más.

Keefer, estoy seguro, lo interpretó como un insulto hacia la facultad, y acertó, porque eso era lo que yo pretendía. Esto fue el final. Me dijo:

—Esta facultad no puede permitirse pagar a escritores científicos. Su contrato termina el 30 de junio de 1958.

También estaba preparado para esto. Así que le respondí:

—Muy bien, doctor Keefer, no me pague el sueldo. —Hice un esfuerzo heroico para controlarme y no añadir por dónde se podía meter mi sueldo, y después seguí—: En compensación, no daré clases en la facultad. Pero no hay manera de que pueda quitarme mi título. Mi cargo es permanente.

Él afirmaba que no y yo insistía que sí, lo que dio lugar a una pelea intermitente durante dos años. Mis obligaciones con la Facultad de Medicina acabaron el 30 de junio de 1958 y nueve años después del despido continuaba yendo a la facultad con bastante regularidad para recoger mi correo y realizar algún que otro trabajo, pero sobre todo para mantener mis derechos, a fin de demostrar que era un miembro del profesorado y que no iba a escapar corriendo.

El resto de los profesores me evitaba por miedo a que su relación con el leproso de la facultad les causara problemas. Sin embargo, en cierta ocasión uno de ellos se me acercó con precaución y, después de asegurarse de que no le veían, me confesó que estaba orgulloso de mí y de mi valor para seguir luchando por la libertad académica.

Me encogí de hombros.

—No hay nada de valor en eso. Tengo libertad académica y te la puedo resumir en dos palabras.

—¿Qué palabras son esas? —me preguntó.

—Ingresos externos —le respondí.

Es la verdad. La mayoría de los profesores se encuentran en una gran desventaja en su lucha contra la administración. No necesitan ni siquiera ser despedidos, basta con que los acosen y se ven obligados a buscar otro puesto. No es fácil hallarlo y, por lo general, si esperan demasiado se encuentran en la calle, sin sueldo y, posiblemente, con graves problemas económicos.

En mi caso, sin embargo, ¿qué me importaba lo que hiciera la administración? No tenía ningún problema financiero.

Después de dos años el asunto fue sometido a votación por el claustro (o como quiera que se llame el grupo que tiene que aprobar las decisiones) de la facultad. Votaron en contra de Keefer y conservé mi título. Todavía lo tengo. De hecho, el 18 de octubre de 1979, me ascendieron a catedrático numerario.

Al recordarlo me pregunto por qué me molesté.

Hubo dos razones. Primera, no quería perder mi título de profesor. Había luchado

durante demasiado tiempo para conseguirlo, a veces en circunstancias adversas, y no iba a rendirme sin pelear.

Segunda, era una simple cuestión de orgullo y terquedad. Estaban dispuestos a echarme y no pensaba permitírselo.

En ese momento estaba furioso con Lemon y Keefer, pero, sin darse cuenta, me hicieron el mayor favor de mi vida desde que, veinte años antes, las distintas Facultades de Medicina me rechazaran. Si me hubieran dejado en paz, mi prudencia natural me habría hecho seguir en la facultad y me habría obligado a perder gran parte de mi tiempo en asuntos sin importancia. Al despedirme, me obligaron a dedicarme a escribir durante todo mi tiempo y eso fue un hecho decisivo para mí.

Estoy seguro de que ni Lemon ni Keefer tenían la mínima intención de hacerme un favor, pero puedo olvidarme de la intención si considero los resultados. Por tanto, hace mucho que los he perdonado.

En 1961, cuando uno de mis libros científicos disfrutó de un éxito notable, asistí a una fiesta en la facultad. Keefer también estaba presente y me tendió la mano para felicitarme. Pensé que era de buen tono hacerlo, así que estreché su mano y le di las gracias con sinceridad. Lemon también me felicitó, asentí con la cabeza y sonreí, pero ésta fue la última vez que le vi. Poco después se fue a la Facultad de Medicina de la Universidad de Nebraska.

Una posdata: En la primavera de 1989, participé en Boston en la celebración del ciento cincuenta aniversario de la Universidad de Boston.

Pronuncié una conferencia sobre el futuro ante una gran cantidad de alumnos de esta universidad, y lo hice con mi ardor acostumbrado. Durante el período de preguntas y respuestas uno de los alumnos dijo:

—Hemos oído algunas charlas muy buenas, doctor Asimov, y puesto que es usted miembro de esta universidad, ¿por qué no da clases permanentemente?

Ésta fue mi respuesta:

—Hace cuarenta años trabajaba aquí y di clases durante nueve años, alrededor de un centenar en total; fueron las mejores clases que se dieron a los alumnos, pero —hice una corta pausa para asegurarme que escuchaban— me despidieron —añadí.

Se produjo una especie de exclamación general en la audiencia y me sentí contento. Durante mi pelea con Keefer le dije al vicedecano, Lamar Soutter (que estaba de mi parte), que si la facultad me despedía, en el futuro, a la gente le resultaría increíble. Pareció pretencioso, supongo, pero sabía que no lo era y estuve encantado de que el tiempo me diera la razón, aunque tardara tanto.

66. Escritor prolífico

Debo reconocer que el 1 de julio de 1958 estaba un poco nervioso. Ahí estaba yo, con treinta y ocho años (un hombre maduro), con una mujer infeliz, dos hijos de siete y tres años, y sin trabajo.

No todo era malo. Nos habíamos comprado una casa en 1956 y habíamos pagado la hipoteca enseguida, así que era nuestra del todo. Tenía una buena cantidad de dinero en el banco y por fin, después de casi dieciséis años de matrimonio, podía cumplir mi promesa y comprar algunos diamantes (debo admitir que no muy grandes) a mi primera mujer, Gertrude; pero ella no los quería. Y, por supuesto, estaba mi obra literaria, que producía, por sí sola, algo más de quince mil dólares al año.

El problema era psicológico. De 1942 a 1945, y luego de 1949 a 1958, había tenido un trabajo y un sueldo fijo. El sueldo no era muy alto, pero era algo a lo que recurrir y me proporcionaba una sensación de seguridad. Ahora la pregunta era: ¿podía dedicarme sólo a escribir sin contar con la seguridad de un sueldo mínimo? ¿Podía dedicarme únicamente a escribir sin que mi mente se desgastara con rapidez y se quedara seca? ¿Me abrumaría la habitual inseguridad del escritor?

Gertrude estaba bastante convencida de que no funcionaría. Se metió durante tres días en la cama y dejó los niños a mi cuidado. Esto no sirvió para darme confianza y mitigar mis dudas.

Yo estaba lo bastante nervioso como para intentar, sin mucho entusiasmo, encontrar otro trabajo académico. Fui a la Universidad de Brandeis, que estaba cerca de casa, y estudié la posibilidad de hacerme con un puesto en el Departamento de Biología, pero el jefe de departamento no estaba interesado en mí, así que me batí rápidamente en retirada. Ésta fue la última vez en mi vida que busqué un trabajo.

Por tanto, lo único que podía hacer era lanzarme a la escritura con auténtico frenesí para conseguir estrujar mi mente al máximo mientras pudiera.

Después resultó que no debía haberme preocupado. Desde que me dediqué por completo a escribir, siempre he escrito una media de trece libros por año (tengo mi propio club del libro del mes). Según parece, soy el autor estadounidense más prolífico. Además, mientras que la mayoría de los escritores realmente productivos tienden a cultivar un solo género (misterio, novelas del oeste o de amor), mis libros abarcan todas las divisiones de la clasificación decimal de Dewey (según un bibliotecario entusiasta). Nadie ha escrito nunca más libros acerca de más temas diferentes que yo. Comprenda que soy tan modesto que me resulta embarazoso decir algo así, pero no puedo mentir.

La pregunta es: ¿cómo se convierte uno en un escritor tan prolífico?

He meditado mucho al respecto y creo que el primer requisito es que a la persona le apasione el proceso del trabajo literario. Con esto no me refiero a que disfrute

imaginando que escribe un libro o inventa argumentos. No significa que tenga que gozar sosteniendo un libro terminado entre sus manos mientras lo agita triunfal ante la gente. Quiero decir que debe apasionarse por lo que sucede entre la idea del libro y su conclusión.

Debe amar el proceso real de escribir, los arañazos de una pluma llenando una hoja de papel en blanco, el golpeteo de las teclas de una máquina de escribir, la contemplación de las palabras que aparecen en la pantalla de su ordenador. No importa la técnica que utilice, mientras ame el proceso.

Claro que la pasión no es imprescindible para ser un escritor; ni siquiera para ser un gran escritor. Hay muchos grandes escritores que detestan escribir y que publican un libro cada diez años. El libro puede ser una maravilla de la técnica y el escritor puede convertirse en inmortal por ello, pero no será un escritor prolífico, y en este momento estoy hablando de escritores prolíficos.

Poseo esa pasión. Prefiero escribir a cualquier otra caso. En cierta ocasión, un tipo listo, que conocía mi inclinación a la galantería con las mujeres jóvenes, me preguntó al finalizar una conferencia:

—Si tuviese que escoger entre escribir y las mujeres, ¿qué elegiría, doctor Asimov?

—Bien, puedo escribir a máquina durante doce horas sin cansarme —respondí al momento.

La gente a veces me dice: "Qué disciplinado debe ser usted para sentarse delante de la máquina de escribir todos los días."

Siempre respondo: "No soy en absoluto disciplinado. Si lo fuera, podría dejar la máquina de escribir de vez en cuando, pero soy un tipo tan perezoso que nunca lo logro."

Es verdad. No se necesita disciplina para que alguien como Bing Crosby o Bob Hope juegue al golf durante todo el día, ni para que Joe Six-Pack dormite en la butaca mientras ve la televisión. Yo tampoco necesito disciplina para escribir.

Además, soy inmune a la seducción. El hecho de que afuera haga un día maravilloso no me causa ninguna impresión. No tengo ningunas ganas de salir ni de que me dé el sol. En realidad, en un día perfecto siempre me asalta el temor (que por lo general se cumple) de que Robyn venga llena de entusiasmo, dé una palmada con sus manitas y diga: "Vamos a pasear por el parque. Quiero ir al zoológico."

Por supuesto voy allí porque la quiero, pero le aseguro que dejo mi corazón detrás de mí, pegado a las teclas de la máquina de escribir.

Así que me comprenderá cuando digo que mi tipo de día favorito (siempre que no tenga una cita inevitable que me obligue a salir) es un día frío, triste, borrascoso y con aguanieve en el que me puedo sentar frente a la máquina de escribir o al ordenador en paz y tranquilidad.

Además, un escritor compulsivo siempre debe estar dispuesto a escribir. Sprague de Camp afirmó una vez que quien quiera escribir precisa cuatro horas de soledad ininterrumpida, ya que se necesita mucho tiempo para empezar, y si te interrumpen, tienes que volver a iniciar el proceso desde el principio.

Quizá tenga razón, pero alguien incapaz de escribir si no cuenta con cuatro horas ininterrumpidas no será prolífico. Si no tenga nada que hacer, me bastan quince minutos para escribir una página o dos. Tampoco necesito sentarme y pasar mucho tiempo organizando mis pensamientos.

En cierta ocasión alguien me preguntó qué hacía para empezar a escribir.

—¿A qué se refiere? —pregunté perplejo.

—Bueno, que si antes hace ejercicio o saca punta a los lápices o hace crucigramas o cualquier otra cosa que le sirva para estar en disposición de escribir.

—¡Ah!, Eso —dije asintiendo—. Ya entiendo lo que quiere decir. ¡Sí! Antes de empezar a escribir necesito conectar la máquina eléctrica y acercarme a ella lo suficiente como para que mis dedos lleguen a las teclas.

¿Por qué soy así? ¿Cuál es el secreto para ponerse a escribir sin más?

Por una parte, yo no escribo sólo cuando estoy escribiendo. Siempre que no estoy sentado frente a mi máquina de escribir, cuando estoy comiendo, durmiendo o haciendo mis abluciones, mi mente sigue trabajando. A veces, oigo fragmentos de diálogos que atraviesan mis pensamientos o a la charla que estoy exponiendo. Incluso cuando no oigo las palabras concretas, sé que mi mente está trabajando en ello de manera inconsciente.

Por eso es por lo que siempre estoy dispuesto a escribir. Todo está, hasta cierto punto, escrito. No tengo más que sentarme y empezar a teclear, a una velocidad de hasta cien palabras por minuto, al dictado de mi mente. Además, si me interrumpen, no me afecta. Después de la interrupción me limito a volver a lo que llevaba entre manos y teclear al dictado de mi mente.

Para que esto ocurra, lo que entra en la mente debe permanecer en ella. Es algo que siempre doy por supuesto, así que nunca tomo notas. Cuando Janet y yo nos casamos, a veces yo me despertaba brevemente por la noche y decía:

—Ya sé cómo sigue mi novela.

—Levántate y escríbelo —me decía ansiosa.

—No necesito hacerlo —le respondía. Me daba la vuelta y me dormía.

A la mañana siguiente lo recordaba. Janet contaba que al principio esto la volvía loca, pero que después se acostumbró.

Un escritor normal es propenso a que le asalte la inseguridad cuando escribe. ¿Es acertada la frase que acaba de crear? ¿Está lo suficientemente bien expresada? ¿Sonaría mejor si estuviese escrita de otra manera? Por tanto, el escritor normal siempre está revisando, cambiando de opinión, buscando diferentes modos de

expresarse y, hasta donde yo sé, nunca está satisfecho del todo. Desde luego éste no es un modo de ser prolífico.

Por tanto, un escritor prolífico tiene que estar seguro de sí mismo. No puede quedarse sentado dudando de la calidad de su obra. Más bien tiene que amar su trabajo.

Yo lo hago. Puedo coger uno de mis libros, empezar a leerlo en cualquier parte y ser absorbido por él de inmediato, y seguir leyéndolo hasta que algún acontecimiento externo rompe el hechizo. A Janet esto le divierte, pero yo creo que es de lo más natural. Si mis obras no me gustaran tanto, ¿cómo demonios iba a aguantar con todo lo que escribo?

El resultado es que casi nunca me preocupan las frases que salen de mi cabeza. Si las he escrito, doy por supuesto que hay veinte probabilidades contra una de que estén perfectamente bien.

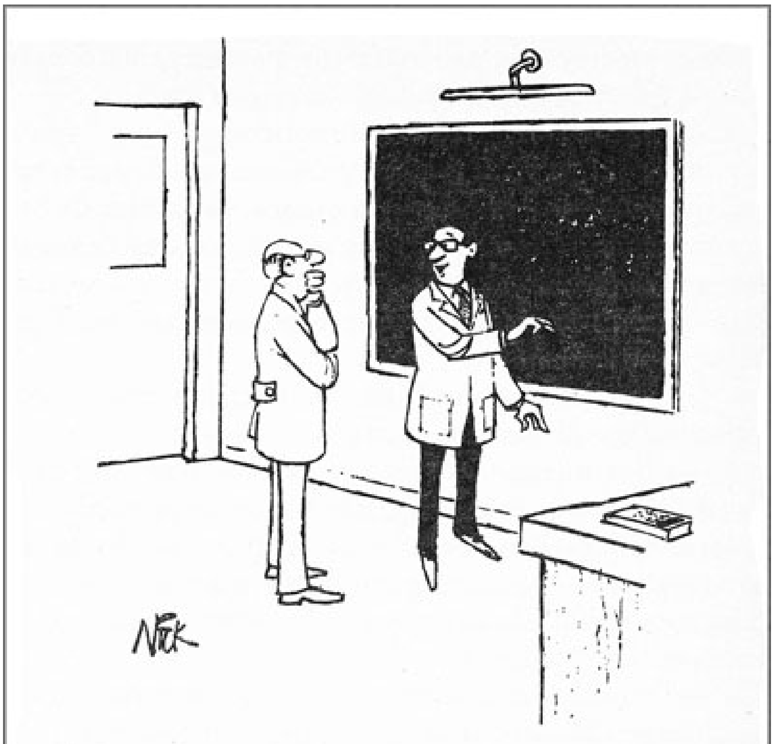
No estoy seguro del todo, por supuesto. Robert Heinlein me contaba que a él "le salía bien a la primera" y siempre enviaba el primer borrador. Se supone que lo mismo le ocurre al escritor de misterio Rex Stout. Yo no soy tan bueno. Preparo el primer borrador y los cambios que hago no suelen pasar del cinco por ciento del total; después lo envío.

Una de las razones de mi confianza en mí mismo tal vez sea que no veo un relato, un artículo o un libro como una sucesión de palabras, sino como un patrón. Sé como encajar cada detalle de la obra en el patrón, de manera que no necesito nunca trabajar a partir de una idea general. Incluso el argumento más complicado o la exposición más intrincada surge por sí misma, con sus distintas partes en perfecto orden.

Me inclino a pensar que un gran maestro de ajedrez ve una partida más como un patrón que como una sucesión de movimientos. Un buen entrenador de béisbol probablemente ve el juego más como un patrón que como una sucesión de jugadas. Pues bien, yo también veo patrones en mi especialidad, pero no sé como lo hago. Simplemente tengo ese don, y lo tenía incluso cuando era niño.

También ayuda el no intentar ser demasiado literario al escribir. Crear prosa poética cuesta tiempo, incluso para un experto en ello como Ray Bradbury o Theodore Sturgeon.

Por esta causa he cultivado deliberadamente un estilo sencillo, incluso coloquial, que se puede crear con rapidez y difícilmente sale mal. Por supuesto, algunos críticos, en cuyos cráneos hay más hueso que cerebro, interpretan esto como "carencia de estilo". Pero si alguien piensa que es fácil escribir con total claridad y sin adornos le recomiendo que lo intente.



«Ahí lo tienes. La obra literaria de Asimov expresada como una función del universo en expansión.»

Ser un escritor prolífico también tiene sus desventajas. Complica su vida social y familiar, ya que debe estar concentrado. No le queda más remedio. Tiene que estar escribiendo o pensando en su obra prácticamente en todo momento y no tiene tiempo para nada más.

Esto es difícil para su mujer. Janet es la tolerancia personificada, además me tiene mucho cariño a mí y a todos mis caprichos y peculiaridades, pero incluso ella protesta algunas veces y se queja de que no hablamos lo suficiente.

Mi hija Robyn es muy cariñosa, como ya he dicho. Hace poco le pregunté:

—Robyn, ¿qué tal padre he sido?

Quería que me dijera que era un padre amante, generoso, afectuoso y protector (lo que me gusta pensar que he sido y soy), pero reflexionó y por fin dijo:

—Bueno, has sido un padre ocupado.

Supongo que es aburrido para una familia tener un marido y un padre que nunca quiere viajar ni ir de excursión, a fiestas o al teatro, que lo único que desea es sentarse en una habitación y escribir. Estoy casi seguro de que el fracaso de mi primer matrimonio se debió en parte a esto.

Cuando estaba terminando mi libro número cien, Gertrude me dijo con acritud:

—¿Para qué sirve todo esto? Cuando te estés muriendo te darás cuenta de todo lo que te has perdido en la vida, de todas las cosas maravillosas que te podías haber permitido con el dinero que ganas y que ignoras en tu insensata búsqueda de más y más libros. ¿Para qué te servirán los cien libros?

—Cuando me esté muriendo, inclínate sobre mí para oír mis últimas palabras. Serán: "¡Qué horror! ¡Sólo cien!"

Haber llegado a cuatrocientas cincuenta y una obras, como ahora, no ayuda mucho. Si fuera a morirme ahora, estaría murmurando. "¡Qué horror! ¡Sólo cuatrocientas cincuenta y una!" (Éstas serían mis penúltimas palabras. Las últimas serían: "Te quiero, Janet.") [Lo fueron. —Janet.]

En una ocasión en que me entrevistaba Barbara Walters, mientras hablábamos antes de la emisión pareció muy interesada por mi prolífica obra y me preguntó si no me gustaba hacer alguna otra cosa en vez de escribir.

—No —le contesté.

—Y si un médico le diera seis meses de vida, ¿qué haría? —me preguntó.

—Teclear más de prisa —le respondí.

67. Problemas de escritor

Todos los escritores tienen problemas. En mi caso, el más divertido es el de hacer frente a la gente que no cree o no puede creer que sea tan prolífico. Y no es que yo esté todo el día hablando de eso. No le digo a nadie: "Hace un buen día, y, a propósito, he publicado tropecientos libros."

Pero es un tema que surge de vez en cuando. Allá por 1979, acababa de aparecer el primer volumen de mi autobiografía, y dio la casualidad de que era mi libro número doscientos. Estaba en una fiesta o algo parecido y alguien que no me conocía y que nunca había oído hablar de mí (por desgracia hay millones de ellos) me preguntó:

—¿A qué se dedica?

—Escribo —le dije, que es mi respuesta tipo.

Esperaba que me preguntara qué era lo que escribía, pero no lo hizo. Lo que me dijo fue:

—¿Cuál es su editorial?

—Tengo varias, pero Doubleday es la más importante. Ha publicado las tres octavas partes de mis libros —fue mi respuesta.

Interpretó mi contestación como un alarde de vanidad. Enarcó las cejas, hizo una mueca de desprecio y añadió:

—Supongo que con esa observación quiere decir que ha escrito ocho libros y que Doubleday ha publicado tres.

—No —le respondí con serenidad—. Quiero decir que he escrito doscientos libros y Doubleday ha publicado setenta y cinco.

Los que estaban a mi alrededor de la mesa y sí me conocían sonrieron, y mi interlocutor puso cara de idiota.

Un caso parecido me ocurrió unos siete años después, cuando acababa de publicar mi libro número 365. estaba esperando el ascensor en Doubleday con un ejemplar en mis manos cuando un joven llegó corriendo. Era nuevo en la empresa y quería conocerme. Me dio un apretón de manos y me preguntó:

—¿Cuántos libros ha publicado, doctor Asimov? (Me preguntan esto a menudo.)

Le mostré el libro y respondí:

—Éste es mi libro número trescientos sesenta y cinco.

En ese momento, entró en el vestíbulo un señor que no me conocía.

Le dije al joven:

—He publicado un libro por cada día del año.

El extraño que en ese momento me estaba adelantando sonrió de manera paternal y replicó:

—Estoy seguro de que hay días en que uno se siente así. —Y siguió su camino.

Pero los escritores tienen problemas mucho peores que éste. Después de todo, la vida de un escritor es intrínsecamente insegura. Cada proyecto supone empezar de nuevo y puede ser un fracaso. El que una obra anterior haya sido un éxito no es una garantía contra el fracaso de la siguiente vez.

Además, como se ha dicho tantas veces, escribir es una labor muy solitaria. Puedes hablar sobre lo que estás escribiendo y discutirlo con tu familia, tus amigos o tu editor, pero cuando te sientas delante de la máquina de escribir, estás a solas con ella y nadie te puede ayudar. Tienes que sacar cada una de las palabras de tu doliente cerebro.

No es de extrañar que los escritores se vuelvan misántropos y se den a la bebida para aliviar su sufrimiento. He oído decir que el alcoholismo es una enfermedad laboral de los escritores.

Una joven que buscaba datos para un artículo que estaba escribiendo debió de darlo por supuesto, porque me llamó por teléfono y me preguntó de buenas a primeras:

—Doctor Asimov, ¿cuál es su bar favorito y por qué?

—¿Bar? —le contesté—. ¿Quiere decir un sitio en el que se toman bebidas alcohólicas?

—Sí.

—Lo siento —añadí—. A veces atravieso un bar para entrar al restaurante, pero nunca me detengo en ninguno. No bebo.

Se produjo una breve pausa y después me dijo:

—¿Es usted Isaac Asimov?

—Sí —respondí.

—¿El escritor?

—Sí.

—¿Y ha escrito usted cientos de libros?

—Sí —le dije—. Y los he escrito todos completamente sobrio.

Murmuró algo y colgó el teléfono. Según parece la desilusioné.

La cuestión es obvia: ¿por qué no bebo?

La respuesta (si no tiene en cuenta la severa educación que me dio mi padre) es que, como escritor, no soy inseguro. Con excepciones sin importancia, he vendido todo lo que he escrito durante cincuenta años.

No obstante, tal vez el obstáculo más grave al que un escritor se enfrenta es el "bloqueo mental".

Se trata de una dolencia grave y cuando un escritor la padece se encuentra mirando perplejo una hoja de papel en blanco en la máquina de escribir (o una pantalla vacía de ordenador) y no puede hacer nada para llenarla. Las palabras no llegan. O si lo hacen, no son en absoluto adecuadas y rápidamente son borradas o

lanzadas a la papelera. Además, la enfermedad es progresiva, ya que cuanto más dura la incapacidad, más seguro es que continúe.

En relación con esto recuerdo una viñeta que vi una vez. Mostraba a un escritor sentado ante la máquina de escribir. Necesitaba un afeitado. Sobre su mesa había varias tazas de café vacías. El cenicero estaba desbordante de colillas. El suelo a su alrededor estaba cubierto de hojas de papel rasgadas y arrugadas y una niña se hallaba a su lado, diciéndole algo. El pie de la viñeta decía: "Papá, cuéntame un cuento". Es un ejemplo de humor negro.

En la vida real, algunos escritores de ciencia ficción, y muy buenos, se han quedado bloqueados durante temporadas que a veces han durado años. Varios de ellos, y muy buenos, han sido prolíficos durante algunos años y después se han parado en seco. Tal vez porque ya lo habían escrito todo; a lo mejor ya habían dicho cuanto tenían que decir y no se les ocurrió nada más; y puede que también esa sea la razón por la que se quedan bloqueados. Un escritor no puede escribir en un papel cuando no le queda nada (por lo menos temporalmente) en su mente.

Por tanto, puede que el bloqueo mental sea inevitable y que, en el mejor de los casos, un escritor tenga que hacer una pausa de vez en cuando, durante un intervalo más corto o más largo, para permitir que su mente se vuelva a llenar.

Entonces, ¿cómo me he librado de ese bloqueo, si nunca paro? Si hubiese estado metido en un único proyecto literario supongo que no lo habría logrado. Con frecuencia, cuando estoy trabajando en una novela de ciencia ficción (el género más difícil de todos los que trato) me siento profundamente harto e incapaz de escribir una sola palabra más. Pero no dejo que esto me vuelva loco. No miro perplejo una hoja en blanco. No me paso dos días y dos noches sacudiendo la cabeza y falto de ideas.

En vez de eso, dejo la novela y sigo con cualquiera de los otros doce proyectos que tengo en la mano. Escribo un editorial, un artículo o una historia corta, o trabajo en uno de mis libros de ciencia ficción. Para cuando me canso de estas cosas, mi mente ya se ha puesto en marcha y se ha vuelto a llenar. Vuelvo a la novela y, de nuevo, me siento capaz de escribir con soltura.

Esta dificultad periódica para conseguir que broten ideas me recuerda lo irritante de la eterna pregunta: "¿De dónde obtiene sus ideas?"

Supongo que a todos los escritores les plantean esta cuestión, pero para los de ciencia ficción la pregunta por lo general se plantea así: "¿De dónde saca sus extravagantes ideas?"

No sé que respuesta esperan, pero Harlan Ellison suele contestar: "De Schenectady. Hay una fábrica de ideas a la que estoy suscrito, así que todos los meses me mandan una idea nueva".

Me pregunto cuánta gente se lo cree.

Hace unos meses me hizo esa pregunta uno de los mejores escritores de ciencia

ficción cuyo trabajo admiro. Llegué a la conclusión de que llevaba bloqueado una temporada y me llamaba por teléfono debido a mi fama de ser inmune a esa situación.

—¿De dónde sacas tus ideas? —quiso saber.

—Pensando, pensando y pensando, hasta que estoy a punto de reventar —le respondí.

—¿Tú también? —me dijo aliviado.

—Por supuesto —afirmé—. ¿Acaso creías que era fácil dar con una nueva idea?

La mayoría de la gente, cuando les digo esto, se siente profundamente molesta. Todos estarían mucho más dispuestos a creer que necesito usar LSD o algo así para que me vengan ideas mientras disfruto de un estado alterado de la conciencia. Si todo lo que tiene que hacer uno es pensar, ¿dónde está el encanto?

A esa gente le aconsejo: "Intente pensar. Descubrirá que es mucho más difícil que tomar LSD."

68. Los críticos

Cuando apareció Un guijarro en el cielo, ¡inocente de mí!, esperaba que *The New York* Times anunciaría de manera inmediata el día de su publicación. Por supuesto no lo hizo, ni entonces ni nunca, y pronto aprendí que las "reseñas de prestigio" prácticamente no existían para escritores como yo.

Un ejemplo, ninguno de mis libros ha sido ni siquiera mencionado en *The New York Times*, aunque yo, como ser humano, sí lo he sido.

Enseguida aprendí algo más. Cuando las críticas de mis libros empezaron a aparecer en publicaciones menores (y los editores y las empresas especializadas en recortes que contraté al principio me las enviaban) descubrí que no siempre eran favorables y que me desagradaba, mejor dicho, que odiaba una crítica desfavorable.

Estas reseñas son otra fuente de inseguridad especialmente perniciosa, ya que dicha inseguridad aparece tras la publicación del libro. ¿Qué dirán los críticos? ¿Puede una mala crítica acabar con un libro, después del trabajo que ha costado?

Los escritores creen que los críticos tienen un gran poder, pero sólo son imaginaciones. Cualquier reseña (aunque sea desfavorable) es útil, porque menciona el libro y contribuye a divulgarlo. O, como se dice que afirmó Sam Goldwyn: "La publicidad es buena. La publicidad favorable es todavía mejor."

Pero aunque los críticos no tengan el poder de acabar con un libro, sí pueden herir el frágil ego de un escritor. Por tanto, no es sorprendente que, en general, los escritores detesten a los críticos y abominen de ellos. Se podría escribir un ensayo muy largo (y divertido para los que no sean críticos) sólo citando todas las vituperaciones lanzadas por los escritores a las cabezas de los críticos.

Un escritor declaró en una ocasión: "Un crítico es como un eunuco en un harén. Ve lo que se hace y puede criticar la técnica, pero no puede hacerlo por sí mismo." Y yo he dicho: "Un crítico no es considerado como un profesional hasta que no haya presentado pruebas irrefutables de que pega a su madre".

Pero dejemos los prejuicios aparte y señalemos que los críticos buenos y profesionales desempeñan una labor muy útil. La afirmación de que "no pueden hacerlo por sí mismos" no siempre es cierta, y si lo fuera, ¿qué? No hace falta poder poner huevos para saber que uno de ellos está podrido.

El talento de la crítica y el de escribir son diferentes. Soy un buen escritor pero carezco de aptitud crítica. Soy incapaz de juzgar si algo que he escrito es bueno o malo, ni siquiera comprendo por qué debería ser una cosa u otra. Sólo puedo decir: "Me gusta esta historia" o "Se lee con facilidad", u otras observaciones banales que no suponen un juicio.

El crítico, aunque no escriba como yo, analiza lo que escribo y señala los defectos y las virtudes. De esta manera guía al lector e incluso ayuda al escritor.

Dicho esto, debo recordar que estoy hablando de los críticos de gran calibre. Por desgracia, la mayoría de los que nos encontramos son personas insignificantes en las que no se puede confiar, sin ninguna calificación para el trabajo, aparte de una capacidad rudimentaria para leer y escribir.

A veces, se complacen en destrozar salvajemente un libro, o en atacar al autor en vez de al libro. Otras, utilizan la reseña como vehículo para demostrar su propia erudición o para hacer gala de su sadismo impunemente. (A veces las críticas ni siquiera están firmadas).

Son estas reseñas, cuando soy la víctima, las que me enfurecen.

Lester del Rey soluciona el problema no leyendo nunca las críticas (aunque él mismo fue el responsable de una columna de crítica de libros, y era muy bueno).

—Si tienes que leer una crítica, Isaac —me sugirió—, en cuanto llegues a la primera palabra desfavorable, déjala.

He tratado de seguir este sabio consejo, pero no siempre me ha servido.

Mi primera experiencia real realmente desagradable con un crítico se produjo a principios de los años cincuenta, cuando alguien llamado Henry Bott atacó mis libros con ferocidad. En su reseña de *Bóvedas de acero* no mencionaba ningún aspecto del argumento y en su referencia a los antecedentes de la novela había tantos errores ridículos que era evidente que no se había molestado en leer el libro. Yo estaba furioso.

Escribí un artículo denunciando a aquel idiota y lo envié a una pequeña revista de aficionados, pensando que esto me calmaría y que nadie importante lo leería. Pero incluso esto resultó desastroso. Siempre es un error contestar a un crítico por muy incompetente y tendenciosa que sea su reseña. Todos los que leyeron el artículo mandaron una copia al director de la revista en la que había aparecido la reseña de Bott, y él escribió un artículo criticándome.

Me ofrecía la oportunidad de contestar a su editorial. Decidí no correr riesgos y no hacerlo, pero después leí el siguiente número de la revista. Bott, el infame, hacía una crítica favorable de *Lucky Starr. Los piratas de los asteroides*, y fue así porque no sabía que yo era Paul French. (Es el único favor que me ha hecho mi seudónimo). Rápidamente escribí una carta a la revista, dando las gracias a Bott por la reseña en nombre de French y en la última línea descubrí mi identidad. Esto destruyó al villano.

El director de la revista admitió después que lo único que intentaba era crear una polémica que beneficiara a la tirada. Mi diestro final estropeó sus planes y la revista acabó quebrando.

Debo admitir que al principio de mi carrera literaria acepté hacer la crítica de algunos libros de ciencia ficción. Pronto lo dejé por dos razones. Primera, me di cuenta de que no tenía talento como crítico y de que era incapaz de distinguir lo bueno de lo malo. Segunda, me parecía poco ético criticar libros de ciencia ficción.

La mayoría de los escritores eran amigos míos y corría el peligro de hacer concesiones para evitar decir algo desagradable. E incluso si no conocía al escritor, era de todas maneras un competidor y ¿podía estar seguro de que era justo con él?

A otros escritores de ciencia ficción parece que no les preocupa este dilema ético. He leído reseñas realizadas por un escritor de ciencia ficción en las que éste vituperaba sobremanera un libro de otro autor del mismo género, competidor suyo. Incluso he sido víctima de tales críticas.

No puedo evitar recordar los nombres de los que han escrito reseñas de este tipo. Tampoco hago nada; nunca levanto un dedo o hablo mal de estos malhechores despreciables. Sin embargo (me digo a mí mismo), algún día, uno de estos gusanos miserables vendrá a pedirme un favor y se lo negaré.

Esto ya ha sucedido. Un escritor que en cierta ocasión me acusó (sin razón) de nepotismo tuvo el increíble descaro de pedirme un favor algunos años después. Favor denegado. Ésa fue mi única venganza.

69. El humor

Una ventaja de ser prolífico es que reduce la importancia de cualquiera de los libros. Cuando se publica una obra determinada, el escritor prolífico no tiene mucho tiempo para preocuparse por cómo será recibido o si se venderá. Para entonces, ya ha vendido varios más y está escribiendo otros y son éstos los que le preocupan. Esto aumenta la paz y la tranquilidad de su vida.

Además, después de haber publicado bastantes libros, uno goza de cierta sensación de "tranquilidad financiera". Incluso si un libro no va bien, toda la obra literaria, en conjunto, está proporcionando dinero y el déficit de uno no se nota. Incluso el editor puede adoptar esa actitud.

También permite experimentar con más facilidad. Si una narración breve no funciona, bueno, ¿qué importa una entre cien?

Una prueba que yo quería hacer consistía en escribir una historia cómica de ciencia ficción. No sé por qué, pero siento el impulso de hacer reír a los demás. Da la casualidad de que cuento los chistes muy bien e incluso he escrito un libro de chistes con bastante éxito, que no sólo contenía seiscientas cuarenta historias divertidas, sino también innumerables consejos sobre cómo contarlas, qué hacer y qué no. Se titula *Isaac Asimov's Treasury of Humor* (1971).

Esta obra vio la luz debido a que en cierta ocasión Gertrude, yo y otro matrimonio nos dirigíamos en coche al hotel Concord de los montes Catskill. Como siempre, yo estaba desesperado por tener que ir, aunque no era más que para un fin de semana, y para ahogar mis penas conté una serie interminable de chistes durante el viaje en coche. La otra mujer me dijo:

—Eres muy bueno, Isaac. ¿Por qué no escribes un libro de chistes?

Empecé a decir que quién lo publicaría, pero me echaron una bronca, alegando que cualquiera de mis editores lo haría. En consecuencia, me pasé todo el fin de semana en el Concord con un pequeño cuaderno de notas que había comprado, garabateando todos los chistes que se me ocurrían. Lo hice incluso cuando fuimos a la sala de fiestas (se supone que es la mayor del mundo) y tuvimos que aguantar un ruido ensordecedor. Fue lo que me permitió sobrevivir en un lugar tan espantoso.

Así que era natural que quisiese escribir una historia divertida. Al principio de mi carrera intenté el humor con *Ring Around the Sun* (*Future Fiction*, marzo de 1940), *Robot AL-76 Goes Astray* (*Amazing*, febrero de 1942) y *Christmas on Ganymede* (*Startling*, enero de 1942). El humor de las tres historias era bastante infantil y, respecto a su calidad, están muy cerca del final de la lista de mis relatos.

El problema era que intentaba imitar las payasadas de otros relatos de ciencia ficción y eso no se me daba bien. Hasta que no me di cuenta de que mi humorista preferido era P. G. Wodehouse y de que lo mejor para mí sería imitarle —utilizar mi

léxico y decir tonterías con la cara seria— no empecé a tener éxito con mis obras de humor.

Mi primer relato "wodehousiano" fue *The Up-to-Date Sorcerer* (*F&SF*, julio de 1958). A partir de ese momento, las cosas me resultaron mucho más fáciles. En los años ochenta empecé a escribir una serie completa de relatos sobre un pequeño demonio llamado Azazel, al que la gente recurría constantemente y que hacía lo que le pedían, pero siempre con consecuencias desastrosas. Muchos de esos relatos se reunieron en *Azazel* (1988) y adopté un estilo tan "wodehousiano" como pude.

No me avergüenza ser "poco original" en esto, y es algo que nunca he tratado de ocultar. Sam Moskowitz, que ha escrito muchos estudios sobre la historia de la ciencia ficción, dice, con bastante acritud, que soy el único escritor de ciencia ficción que reconoce haber sufrido alguna influencia. Todos los demás, según él, dan a entender que su obra es la producción original de una mente que no le debe nada a nadie.

Creo que Sam exagera. Estoy seguro de que cualquier escritor, si se le presiona, admitirá estar influido por algún otro escritor al que admira. (Por lo general es Kafka, Joyce o Proust, aunque para alguien tan humilde como yo sean Cliff Simak, P. G. Wodehouse o Agatha Christie.) ¿Y por qué no? ¿Por qué no tomar como modelo a alguien que merezca la pena? Ninguna imitación es realmente servil. Estoy seguro de que por muy del estilo de Wodehouse que sea uno de mis relatos, no puedo evitar tener algo del estilo Asimov. (Por ejemplo, mi humor es claramente mucho más cruel que el de Wodehouse).

Sin duda, es difícil explicar por qué se produce este fuerte impulso que nos empuja a escribir humor, no sólo a mí sino también a muchos otros escritores. Después de todo, el humor es difícil. Otro tipo de obras no tienen que dar en la diana. Los círculos exteriores del blanco también tienen su premio. Una historia puede tener algo de suspenso, un poco de romanticismo, un toque de terror y así sucesivamente.

Esto no ocurre con el humor. Es divertido o no lo es. No hay término medio. El humor sólo puede dar en el blanco.

Luego está el hecho de que es algo subjetivo. La mayoría de la gente estará de acuerdo en el suspenso contenido en un relato, en su naturaleza romántica, en el misterio o el horror que encierra. Pero sobre el humor, seguro que hay graves desacuerdos. Lo que para uno es divertidísimo, para otro no es más que una estupidez, así que incluso mis mejores relatos cómicos a menudo son denostados por lectores, que los consideran estúpidos. (Evidentemente, no son más que personas ignorantes, tristes y sin sentido del humor a las que no hago ni caso).

Dicho esto, volvamos al mundo del humor hablado. Ya he dicho que cuento muy bien los chistes; a ello contribuyen mis obras de ficción. Un montón de esas anécdotas son en realidad historias muy cortas que tengo que contar con gran

habilidad para asegurarme que encierran humor. Puedo hablar de cinco a diez minutos y mantener el interés de la audiencia antes de soltar la frase final que encierra toda la gracia.

Me encantan esas anécdotas, porque la gente que las escucha nunca las puede repetir con éxito. Si las quieren oír de nuevo, deben recurrir a mí. Muy de vez en cuando (ya que no las cuento muy a menudo), me convencen para que las repita. Saben el chiste final, pero quieren oír toda la historia.

¿Y de dónde saco estas anécdotas? Pues de quienes las cuentan resumidas y mal. Después, las elaboro para convertirlas en historias cortas. Una vez vi que un conocido escuchaba con deleite una historia que yo estaba contando y cuando terminé, le dije:

—Si fuiste tú el que me la contó.

—Pero no de este modo —me contestó riéndose todavía.

A veces mi facilidad para contar chistes me crea problemas. En cierta ocasión estaba en televisión con el gran humorista Sam Levenson y me dijo:

—¿Conoce el chiste del astronauta judío?

Debería haber contestado: "No, Sam, cuéntemelo", para que pudiera contarlo. Pero me olvidé de que estaba en televisión y respondí:

—Sí, lo conozco.

—Entonces cuéntelo usted —me dijo Levenson mientras se recostaba enfadado.

Me quedé estupefacto. No estaba preparado. Ni siquiera estaba seguro de que fuera el mismo chiste, pero empecé:

"Un israelí le dice a un estadounidense:

"—¿Crees que llegar a la Luna ha sido algo tan extraordinario? Los astronautas judíos vamos a llegar al Sol.

"—No podréis —protestó el estadounidense—. ¡El calor! ¡La radiación!

"—No seas estúpido —dijo el israelí—. ¿Crees que estamos locos? Iremos por la noche."

El chiste era éste y la gente se rió, pero yo sudé un montón.

Mi tendencia a pasar por alto pequeñas cosas como micrófonos y cámaras apareció de nuevo hace unos seis meses durante una entrevista radiofónica en el hotel Algonquin. Estaba conmigo un músico con su mujer, que era muy llamativa. Una de las preguntas era si el sexo obstaculiza el proceso creativo. Por supuesto lo negué taxativamente. El músico también lo hizo pero admitió que la noche anterior a un gran concierto, por lo general, se abstiene.

Después de lo cual, susurré a media voz a la mujer:

—Llámeme esas noches.

Entonces me di cuenta de que había susurrado directamente encima del micrófono. Una expresión de horror apareció en mi cara, pero, por fortuna, la entrevista no era en directo y se pudo eliminar la frase.

70. Sexo literario y censura

Pese a lo prolífico de mi obra nunca he experimentado ni con la vulgaridad ni con el sexo.

Cuando empecé a escribir, los redactores de la prensa escrita o de los medios audiovisuales no podían usar un lenguaje vulgar, ni siquiera ciertas palabras. Por esa razón, los vaqueros siempre decían cosas como: "Tú, maldito bribón, te atraparé y te mataré", cuando es evidente que ningún vaquero habla así. Todos sabemos lo que dicen realmente, pero entonces no se podía imprimir ni repetir.

Palabras como "virgen", "pecho" y "embarazada" tampoco se imprimían ni decían. En algunos ambientes incluso era imposible decir "Ha muerto", había que sustituir la frase por "Ha pasado a mejor vida", "Descansa en paz" o "Se ha reunido con sus antepasados".

Este tipo de remilgos era un fastidio para los escritores, incapaces por ello de presentar el mundo tal y como era, así que se produjo un gran alivio cuando en los años sesenta se permitió el empleo de vulgarismos en las obras literarias e, incluso hasta cierto punto, en televisión. Los cursis estaban horrorizados, pero viven en algún país de nunca jamás y no estoy de humor para preocuparme por ellos.

Sin embargo, a pesar de todo esto, no me he unido a la revolución. Esto no se debe a que yo sea un remilgado. He publicado cinco libros de quintillas jocosas y picantes que he creado yo y que son bastante obscenas. Además, no me he escondido bajo un seudónimo, aparecen con mi nombre.

Pero son versos jocosos. En el resto de mi obra, no hay ni sexo ni vulgaridad. En realidad, en mis primeros relatos las mujeres estaban excluidas. Incluso en 1952, cuando escribí *The Martian Way* (*Galaxy*, noviembre de 1952), omití a las mujeres. El argumento no lo requería. Horace Gold insistió, irascible como siempre, en que incluyera a una mujer o no aceptaría el relato.

—Cualquier mujer —me dijo.

Así que transformé a uno de mis personajes en una mujer gruñona. Horace protestó pero le hice un gesto expresivo con la cabeza y dije:

—Un trato es un trato.

Así que tuvo que aceptarlo. No obstante, escribió mal mi nombre en la portada, puso Asimov con dos eses. No me extrañaría que a propósito.

Introduje algunas mujeres en las primeras narraciones, pero mi primer personaje femenino logrado fue Susan Calvin, que aparecía en algunos de mis relatos de robots. Salió por primera vez en *Liar* (*ASF*, mayo de 1941). Susan Calvin era una solterona poco atractiva, una "robopsicóloga" muy inteligente, que luchaba hasta el final en un mundo de hombres y que siempre ganaba. Eran relatos sobre la "liberación de la mujer" que se adelantaron veinte años en el tiempo y no me dieron mucha fama.

(Susan Calvin se parecía mucho, en algunos aspectos, a mi querida esposa, Janet, a quien no conocí hasta diecinueve años después de haber inventado a Susan.)

A pesar de Susan Calvin, mis primeros relatos de ciencia ficción a veces han sido considerados como sexistas debido a la ausencia de mujeres. Hace unos años, una feminista me escribió criticándome por ello. Contesté amablemente, explicándole mi completa inexperiencia respecto de las mujeres en esa época.

"Eso no es una excusa", fue su respuesta furiosa.

Me callé. Es evidente que no tiene ningún sentido discutir con fanáticos.

A medida que mis obras progresaban, mis personajes femeninos empezaron a mejorar. En *El sol desnudo*, presenté a Gladia Delmarre, como parte romántica, y creo que funcionó bien.

Apareció de nuevo en *Los robots del amanecer* (1983), donde estaba todavía mejor, en mi opinión. En esa obra, incluso dejé claro que héroe y heroína tenían relaciones sexuales (adúlteras, ya que el héroe era un hombre casado), pero no daba detalles explícitos y el episodio era esencial para el argumento. No lo incluí como adorno.

En realidad, en mis escasas novelas escritas últimamente, me he acostumbrado a excluir no sólo cualquier vulgarismo sino también cualquier palabrota. Es difícil, ya que la gente utiliza este tipo de expresiones (y mucho peores) de manera rutinaria. Lo hago, en parte, como rebelión deliberada contra la libertad literaria actual y también como un experimento. Sentía curiosidad por saber si los lectores lo notaban. Parece que no. (¿Se ha dado cuenta de que en este libro no hay vulgarismos ni palabrotas?)

Sin embargo, he tenido problemas con la censura. No me refiero a mis versos picantes. Nunca me dieron problemas porque jamás los enviaron a bibliotecas o a escuelas. Tampoco se vendieron demasiado, porque a mis lectores no les va mucho el estilo de esos versos. Los escribí única y exclusivamente para divertirme.

Mi obra *Isaac Asimov’s Treasury of Humor* recibió algunos duros golpes. A lo largo de todo el libro hice hincapié en mi deseo de no utilizar vulgarismos innecesarios. Podía incomodar a los lectores y no añadían humor a la historia. En realidad, subrayé que el humor es más efectivo cuando sólo se hace alusión a lo escabroso. El lector llena la laguna mental según sus gustos y yo presentaba varios ejemplos de bromas en las que los detalles obscenos se habían suprimido para mejorar la historia.

Pero los dos últimos chistes del libro ejemplificaban casos en los que el uso de vulgarismos era necesario. El último mostraba la manera en que la utilización abusiva de un determinado vulgarismo le priva de todo su significado.

En algún lugar de Tennessee, el *Treasury of Humor* fue atacado con virulencia. Se afirmaba que los dos últimos chistes eran una representación de todo el libro, y no se aludía a mi reparo al uso de vulgarismos.

No resulta sorprendente. Los censores puritanos, en su intento de eliminar todo lo que no les gusta, no dudan en distorsionar, engañar y mentir. En realidad creo que prefieren hacerlo. Pero fracasaron. El libro fue eliminado de las estanterías de la escuela pero permaneció en la biblioteca municipal. Espero que la publicidad sirviera para que lo leyeran más estudiantes, aunque si esperaban algo obsceno de verdad se debieron sentir decepcionados.

(Lo que me sorprende de todo esto es que los alumnos de la escuela, si son como los que yo he conocido, conocen y utilizan libremente la palabra obscena que aparece en los dos últimos chistes. Y también, supongo, los propios censores, ya que deben estar saturados de tanta hipocresía).

Los robots del amanecer también recibió sus ataques. A los padres de una ciudad del estado de Washington les horrorizó el libro y pidieron que fuera retirado de la biblioteca de la escuela. Algunos de los que firmaron la petición reconocieron que no lo habían leído, porque no leían "basura". Bastaba con llamarlo basura y quemarlo.

Uno de los miembros del consejo escolar tuvo el valor de leerlo. Dijo que no le había gustado (tenía que ponerse del lado de los ángeles si quería conservar su empleo), pero tuvo el valor suficiente para confesar que no veía nada obsceno en él. Así que el libro siguió allí.

En una época en la que los libros obscenos se publican sin ninguna prevención y las chicas los leen abiertamente en el autobús, me asombra que alguien, en alguna parte, pierda el tiempo con mis inofensivos volúmenes. A veces, sin embargo, me gustaría que la gente que se dedica a eso no fuera tan mediocre y petulante, y que atacara de verdad alguno de mis libros. ¡Cómo mejorarían mis ventas!

71. El día del juicio final

Algo más que he evitado en mi prolífica obra de ficción es el guión "apocalíptico" (con una pequeña excepción de la que hablaré).

La humanidad ha estado dañando el planeta y su equilibrio ecológico desde que aprendió a fabricar instrumentos de piedra y empezó a reunirse en bandas para cazar a los grandes herbívoros. No me cabe la menor duda de que las bandas de cazadores son responsables de la desaparición de los magníficos mamuts y de los demás grandes mamíferos que vagaban por la Tierra hace miles de años.

Hace diez mil años, los seres humanos descubrieron las técnicas de la ganadería y la agricultura e iniciaron lentamente el proceso de destrucción del medio ambiente debido al exceso de tierras agrícolas y de pastoreo.

A pesar de todo, lo que los seres humanos hacían en sus peores excesos bélicos y de rapiña no pudo causar daños graves al planeta hasta 1945. En ese año explotó la primera bomba nuclear y la revolución industrial, alimentada de petróleo barato, se aceleró. Ahora somos perfectamente capaces de dañar el planeta sin posibilidades de repararlo en un plazo de tiempo razonable y, en realidad, lo estamos destruyendo.

Los escritores de ciencia ficción nos dimos cuenta de esto antes que otros, e inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial los relatos sobre el desastre nuclear se hicieron muy populares. En realidad, ya se estaban escribiendo narraciones de este tipo antes de que llegaran las noticias del bombardeo nuclear de Hiroshima, el 6 de agosto de 1945. Los agentes del servicio de inteligencia estadounidense llegaron incluso a investigar a *ASF* porque publicó *Deadline*, de Cleve Cartmill, en el número de marzo de 1944: describía una bomba nuclear con demasiada precisión.

Como casi siempre sucede, los relatos acerca de la muerte nuclear se hicieron tan populares que dominaron el género y murieron víctimas de su propio éxito ya que los lectores se hartaron de su constante repetición. Siguieron otros tipos de obras apocalípticas, relatos de una atmósfera envenenada, de una superpoblación increíble, etcétera, y la ciencia ficción se tiñó de rojo y gris.

Esto, en cierto modo, resultó útil. El escritor de ciencia ficción Ben Bova dice que los escritores como él son *scouts* enviados por la humanidad para vigilar el futuro. Vuelven con recomendaciones para mejorar el mundo y advertencias sobre su destrucción. En tiempos como éstos, en los que la humanidad trabaja complacida en su autodestrucción, debe ser advertida del peligro una vez tras otra.

No obstante, nunca me he sumado a la procesión de pesimismo y muerte. No porque no crea que la humanidad es capaz de destruirse a sí misma, lo creo de corazón y he escrito numerosos artículos sobre diferentes aspectos del problema (sobre todo acerca de la superpoblación). Es sólo que pienso que ya hay suficientes escritores de ciencia ficción que gritan: "¡El día del juicio final está cerca!" y nadie

me echará en falta si no estoy entre ellos.

Claro que en *Un guijarro en el cielo*, describo una Tierra destruida por la radiactividad, pero la humanidad de la Tierra, en este libro, es parte de un gran imperio galáctico, de manera que la destrucción de un pequeño mundo no significa nada para la humanidad en su conjunto.

Mis libros tienden a celebrar los triunfos de la tecnología más que sus desastres. Esto también es válido para otros escritores de ciencia ficción, sobre todo Robert Heinlein y Arthur Clarke. Es extraño, o quizá significativo, que los Tres Grandes sean todos "tecnológicamente" optimistas.

72. El estilo

Ya he mencionado que he cultivado de forma deliberada un estilo simple e incluso coloquial y en este capítulo querría profundizar más en este tema.

Orson Scott Card, uno de los mejores escritores de ciencia ficción contemporáneos, es muy generoso al aprobar mi obra. Piensa que es especialmente clara y que mientras otros escritores tienen algunas particularidades que permiten imitarlos, yo no tengo ninguna y, por lo tanto, nadie puede imitarme con éxito. (Debo subrayar que es él quien dice esto, no yo. Puesto que no tengo talento como crítico, no opino nada sobre este asunto).

Otros no son tan amables. Consideran mis novelas demasiado coloquiales y mi estilo demasiado aburrido.

De nuevo, al no ser crítico, no sé como definirme a mí mismo. Por fortuna, Jay Kay Klein viene en mi defensa.

Jay Kay es un individuo rechoncho y bastante calvo, con una sonrisa fácil y una mente rápida, cuya presencia es bienvenida en todas las convenciones de ciencia ficción. Es el principal fotógrafo del género y nunca va sin su cámara. Ha hecho miles de fotografías de personalidades de la ciencia ficción, incluyéndome a mí. En una ocasión me recogió en una docena de instantáneas besando a diferentes mujeres jóvenes. Las expuso en la pantalla, acompañándolas de un comentario que hizo estallar en carcajadas a la audiencia, y a mí también.

Jay Kay definió dos tipos de estilos, y yo profundizo en su tesis convirtiéndola en mi teoría del "mosaico y la luna de cristal".

Hay obras que se parecen a un mosaico de cristales de los que vemos en las vidrieras de colores. Estas ventanas son bellas en sí mismas y dejan pasar la luz en fragmentos de colores, pero no podemos ver a través de ellas. De igual manera, existe el estilo poético, que es bello en sí mismo e influye con facilidad en las emociones, pero también puede ser denso y resultar arduo de leer si uno intenta imaginar lo que está sucediendo.

La luna de cristal, por otro lado, no encierra ninguna belleza en sí misma. Idealmente, no debería ni verse, pero a través de ella se observa todo lo que sucede fuera. Éste es el equivalente de un estilo sencillo y sin adornos. Idealmente, al leer estas obras, uno ni siquiera se da cuenta de que las está leyendo. Las ideas y los acontecimientos se limitan a fluir de la mente del escritor a la del lector sin ninguna barrera entre los dos. Espero que sea esto lo que esté sucediendo cuando lea este libro.

Escribir de una forma poética es muy difícil, pero también lo es escribir con claridad. De hecho, tal vez la claridad sea más difícil de conseguir que la belleza, si me permiten continuar con la metáfora del mosaico y la luna de cristal.

El cristal de colores usado en las vidrieras se conoce desde tiempos inmemoriales, pero eliminar el color del cristal resultó ser una tarea tan difícil que no se resolvió hasta el siglo XVII. En comparación, la luna de cristal es una invención reciente y fue el gran triunfo de la habilidad de los vidrieros venecianos, que guardaron el secreto durante largo tiempo.

Lo mismo ocurre con el estilo. En el pasado, todos los estilos eran adornados. Lea una novela victoriana, por ejemplo. Lea incluso a Dickens, el mejor de esa época. Hasta hace relativamente poco, el estilo de algunos escritores no se ha convertido en simple y claro.

Este estilo, para mí, tiene sus ventajas. He recibido varias cartas de gente que me dice que odiaba leer hasta que tropezó con uno de mis libros y, por primera vez, vio que la lectura era algo agradable. Incluso algunos disléxicos se dieron cuenta de que mis libros se podían seguir poco a poco, y su lectura mejoró gracias a ellos. Una vez recibí la carta de una madre agradecida a cuyo hijo había aficionado a la lectura.

Estas cosas son agradables. Escribo en primer lugar por placer personal y para ganarme la vida, pero resulta maravilloso descubrir que, asimismo, se ayuda a los demás.

Pero ¿cómo se consigue escribir con claridad? No lo sé. Supongo que se debe tener una mente ordenada y cierto talento para ordenar los pensamientos y poder saber exactamente lo que se quiere decir. Aparte de esto, no puedo añadir nada más.

73. Las cartas

Puesto que he mencionado algunas de las cartas que recibo, voy a profundizar más en ello.

La mayoría de las cartas que me remiten son, por supuesto, muy agradables. Proceden de gente que ha leído uno de mis libros (a veces muchos), le ha gustado y es tan amable que escribe y me lo dice. Al principio trataba de contestar todas las cartas, aunque fuera con una postal de agradecimiento. Debo admitir, sin embargo, que a medida que pasan los años y mis fuerzas decaen, mis obligaciones como escritor aumentan y cada vez me resulta más difícil hacerlo. Temo estar volviéndome perezoso y ya no contesto todas las cartas.

Una parte de éstas están escritas por jóvenes, a mano y en papel pautado. Afirman que han leído algunos de mis relatos en la escuela y que les han gustado. La última frase por lo general suele ser: "Por favor, respóndame." Es casi imposible no hacerlo, porque ellos no entienden eso de "Estoy demasiado ocupado" y les molesta muchísimo no recibir contestación. Sería muy desagradable, así que mando más postales.

Debería mencionar, de paso, que la postal es un gran invento. Ahorra tiempo y franqueo. Sacrifica la intimidad, pero nunca he escrito una postal que no quisiera que el cartero leyera.

No podía faltar el caso de la joven directora con la que flirteaba en broma. (Cuando era joven lo hacía constantemente con cualquier mujer y ninguna de ellas me tomaba en serio, lo cual, ahora que lo pienso, no es exactamente como para vanagloriarse.) Le escribí una postal y, por puro hábito, terminé con una frase de doble sentido.

Me llegó la respuesta por carta: "Querido Isaac. Hasta ahora he recibido muchas proposiciones, pero nunca en una postal."

Pero estoy divagando…

Existe un "modelo" de carta que considero un disparate. Es el que empieza: "Soy fulano de tal de 7° grado de la escuela tal y mi profesor me ha pedido que escriba a algún autor y le haga algunas preguntas sobre su trabajo." A continuación siguen las preguntas más triviales que pueda imaginar, siempre las mismas. ¿Cuándo empecé a escribir? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Dónde consigo mis ideas? ¿Voy a escribir una nueva obra?

Cuando empezaron a llegar, las contestaba brevemente, pero cuando ya eran montones, mi enfado fue en aumento.

Por todo el país hay profesores estúpidos que piden a sus alumnos que asalten a escritores ocupados y les pidan lo que, sin duda, es un trabajo escolar. ¿Qué derecho tienen? Para trabajar sólo cuento con el tiempo, es mi materia prima, y cada día que

pasa mi suministro de tiempo disminuye en veinticuatro horas. ¿Debo malgastarlo contestando preguntas estúpidas de niños a los que jamás se les habría ocurrido molestarme si no hubieran sido incitados por profesores obtusos que no alcanzan a pensar mejores tareas para sus alumnos? Además, otros escritores tienen secretarias que responden a sus cartas, pero yo no.

A veces, mi enfado llega a tal punto que en casos muy flagrantes le mando una filípica al profesor. En una de esas ocasiones, enviaron mi carta a un periódico local (¡sin mi permiso!), que la presentó como un ejemplo propio de un escritor arrogante. Una amiga de la profesora me mandó el recorte y el comentario y me censuró por negarme a perder los "cinco minutos" necesarios para hacer feliz a un niño.

No debería haberlo hecho. Fue la gota que derramó el vaso de mi ira. Le escribí para preguntarle si era tan imbécil como para creer que sólo recibo una carta como ésa. Me llegan montones de cartas así, cada una solicitando cinco minutos; eso demuestra el bajo nivel de compasión y comprensión que existe en gran parte de la profesión docente. Me temo que me dejé llevar y le lancé una reprimenda en el más claro e injurioso de mis lenguajes. Nunca me respondió; probablemente se quedó muerta de miedo.

En la actualidad ya no tengo problemas. En cuanto leo las palabras mágicas "mi profesor me ha pedido que…", la carta va a la papelera. Ahorra mucho tiempo y mucho desgaste emocional.

Otras veces recibo cartas que señalan errores en mi obra de no ficción (o, con menos frecuencia, en la de ficción). En estos casos envío tarjetas respondiendo de manera rutinaria y, cuando los errores son graves, hago cambios para la versión del libro o para la siguiente edición si ya está impreso. Un error importante es embarazoso, pero inevitable de vez en cuando si se escribe tanto y tan rápido como yo lo hago. Lo asombroso no es que cometa errores, sino que sean tan pocos.

Siempre puedo contar con mis lectores para corregirlos. Ha habido hombres famosos como Linus Pauling que me han escrito para indicarme errores.

Por supuesto, también recibo de vez en cuando cartas censurando mi obra y llamándome monstruo arrogante y presuntuoso e incluso relatan otros supuestos defectos. Éstas no las contesto. Si quieren tenerme manía, que lo hagan.

Otra vertiente de la correspondencia son los pedidos de información; si la cuestión es concreta y se puede contestar con brevedad, trato de hacerlo, sobre todo si la pregunta es interesante y la respuesta no es fácil de conseguir. Es extraño, casi nunca recibo una carta de agradecimiento por haber contestado a esas preguntas. Sinceramente, no sé por qué.

A veces la petición de información demuestra con claridad que me han confundido con una biblioteca pública. "Por favor, envíeme los últimos datos de la carrera espacial", es una petición corriente, por lo general de jóvenes que tienen que

hacer un trabajo sobre los últimos progresos en la carrera espacial y que piensan que sería una buena idea que yo lo haga en su lugar. Papelera.

En otras ocasiones (y con sorprendente frecuencia) alguien de una prisión me pide que le envíe un libro o dos, porque ha leído todas las obras mías que hay en la biblioteca de la cárcel y quiere más. Siempre siento un poco de compasión por los reclusos, independientemente de lo que hayan hecho, sobre todo si leen mis libros (lo que me convence de inmediato de que pueden haber sido condenados injustamente). En esos casos pido a Doubleday que envíe un libro o dos, que siempre se niegan a deducir de mis gastos de los derechos de autor, lo que, por supuesto, evita que abuse de este privilegio.

También me piden dinero, pero jamás lo envío a extraños. Puedo ser un poco blando, pero no tanto.

Un tipo de petición todavía más embarazosa es la de que lea el manuscrito de un principiante y haga una crítica concienzuda. Es imposible. Carezco de tiempo y de aptitud crítica para hacerlo, pero no importa cómo lo explique, siempre me queda la desagradable sensación de que el emisor me considera un pez gordo demasiado egoísta y mezquino para ayudar a un principiante. Algunos incluso se aprovechan de mi franqueza al describir mi vida y me dicen: "John Campbell le ayudó cuando empezaba, así que ¿por qué no puede usted ayudarme a mí?" La respuesta es que ayudar era el trabajo de Campbell y tenía talento para hacerlo; no es mi trabajo y yo no tengo ese talento. Tampoco Campbell ayudaba a todos los principiantes de forma indiscriminada. Elegía con mucho cuidado. Estaba esperando a un Isaac Asimov y sabía cómo reconocerlo en cuanto lo vio; yo no. Pero ¿cómo explicar todo esto?

Lo mismo sucede con muchos principiantes que piensan que hay un truco especial para vender historias, alguna estratagema que yo sé y que podría contarles. No importa que insista en asegurar que no hay truco, que es una cuestión de talento innato y trabajo duro. Estoy seguro de que piensan que me guardo el secreto para mí, sólo por miedo a la competencia.

Algunas cartas son razonables y discrepan sobre alguna opinión que he expuesto. A veces, una carta muy bien razonada me obliga a cambiar de opinión y, por lo general, en ese caso contesto y, a veces, encuentro una disculpa para escribir un artículo expresando mi cambio de opinión. Más a menudo, tales catas son simplemente desagradables y las dejo de lado.

Una parte de estos desacuerdos se refieren a mi carencia de sentimientos religiosos, que expreso abiertamente. Recibo cartas de gente que lo lamenta por mí, lo cual no me importa. Estoy seguro de que les hace sentirse mejor.

Que me envíen pequeños folletos pregonando alguna creencia sectaria con la esperanza de que me hagan "ver la luz" me irrita. No sé por qué a esta gente no se le ocurre nunca pensar que mis opiniones están profundamente arraigadas y unos

folletos no las van a cambiar.

A veces me enfado tanto que contesto. En cierta ocasión un sectario me censuró en términos desmesurados; le envié una tarjeta que decía: "Estoy seguro de que piensa que cuando me muera iré al infierno, y que una vez allí sufriré todo el dolor y las torturas que la ingenuidad sádica de su deidad pueda imaginar y que esta tortura durará eternamente. ¿No es bastante para usted? ¿Tiene además que insultarme?" Por supuesto, jamás recibí su respuesta.

Después están los cazadores de autógrafos. (No puedo imaginar qué hace la gente con ellos). Las cartas pidiéndolos (sobre todo de jóvenes que los terminarán tirando) son como copos de nieve en una ventisca cada vez más fuerte. Hace tiempo que dejé de sentirme halagado por esto, y si alguien quiere un autógrafo y me envía una tarjeta para firmar y un sobre con su dirección y el sello puesto, contesto. En caso contrario, ya no lo hago. (Desconfío en especial de los que me dicen lo buen escritor que soy y lo que les gustan mis libros y, sin embargo, no mencionan ni un solo título que hayan leído. Sospecho que son cartas modelo.)

En los últimos años ha aparecido una nueva moda. Ya no es suficiente con un autógrafo. Quieren una foto; a veces incluso especifican que sea brillante y de 20 x 28. Pues bien, no tengo fotos. No soy un artista. No me gano la vida con mi cara. Si alguien me envía una foto en un sobre con su dirección y sellos, le contesto. En caso contrario, no lo hago.

También hay quien me manda libros para que los firme y se los devuelva. Por lo general incluyen su dirección y sellos, pero a pesar de todo es un incordio. Los paquetes son voluminosos y hacen que mi correo diario pese una tonelada más o menos. Después tengo que salir y encontrar un buzón en el que quepa el paquete. Cuando me lo piden con anticipación, siempre sugiero que me envíen tarjetas que firmaré y devolveré y que después pueden pegar al libro. Sin embargo, hay pocos lo bastante considerados como para pedirlo de antemano, y de los que lo hacen, pocos aceptan la idea de la tarjeta.

Otro invento horrible bastante reciente es la "subasta de objetos de celebridades". Alguien descubrió que una buena manera de conseguir dinero era escribir a una serie de famosos y pedirles algo personal —un calcetín viejo, una lista de la lavandería— que se pueda subastar entre aquellos que dan valor a semejante basura. Por lo general, la causa para la que se recoge el dinero parece loable, así que las primeras veces que recibí estas peticiones, envié libros en rústica firmados.

Esto puso mi nombre en un listado de ordenador que circula por todo el país, y después llegó el diluvio. Con cada subasta que hay en Estados Unidos, me escriben una petición. He llegado a recibir cuatro en un mismo día y son pocos los días en que no recibo ninguna. ¿Qué puedo hacer? En cuanto echo una mirada a una carta sospechosa y veo las palabras mágicas “subasta de objetos de celebridades”, mi

papelera aumenta de peso.

También recibo un pequeño número de cartas estrambóticas de gente que es manipulada por rayos extraños, que ha entrado en contacto con extraterrestres, que ha descubierto conspiraciones secretas o que son sencillamente incoherentes. Suspiro y las tiro a la basura.

Después está la gente que hace “como que escribe libros”. Esto ocurre cuando alguien envía un cuestionario estúpido a un centenar de celebridades, recoge las respuestas y las reúne en un libro del que espera cobrar derechos de autor.

Hay, por ejemplo, gran cantidad de libros de cocina de famosos. ¿Por qué se va a tomar uno la molestia de inventar y probar recetas cuando puede conseguir que una serie de famosos le envíen su receta “favorita”? Me han pedido mi receta favorita un millón de veces, pero la única que tengo es hervir agua y utilizarla para convertir polvo liofilizado en café. Hasta ahí alcanzan mis habilidades culinarias.

(Por supuesto, de vez en cuando, cuando Janet está ocupada, prepara todos los utensilios e ingredientes necesarios y una receta detallada. Entonces, yo trabajo, mezclo, añado, ajusto la temperatura y hago todo lo que haya que hacer. Siempre, no importa lo complicado que sea, resulta excelente, porque soy muy meticuloso siguiendo la receta, mucho más que Janet, por algo soy químico. Pero en tales ocasiones me opongo rotundamente a que nadie entre en “mi cocina” y estoy tan satisfecho con mis propios resultados que Janet rara vez se resigna a dejarme actuar a mi aire).

Casi nunca contesto a este tipo de cuestionarios, en parte porque las preguntas a menudo son completamente estúpidas.

En cierta ocasión una mujer me pidió que escribiera un ensayo sobre mi padre y por qué le admiraba, y me envió una lista de otros famosos que iban a hacer lo mismo. En realidad he escrito sobre mi padre con frecuencia (como en este libro) y está muy claro que le admiraba. Con todo, pensé que la idea era estúpida porque todo lo que podía esperar eran ensayos descafeinados sobre los padres. ¿Qué famoso va a admitir que su padre era un alcohólico que maltrataba a las mujeres, aunque sea verdad?

Fui lo bastante incauto como para escribirle diciéndole esto y ella me contestó una carta virulenta acusándome de odiar a mi padre. Sentí haber contestado, pero nunca oí que el libro se publicara, así que a lo mejor no funcionó.

Una vez, me pidieron que describiera la peor cita que había tenido. Respondí breve y sinceramente que nunca había tenido esa mala experiencia. En muy pocas ocasiones he tenido citas que no hayan sido con las dos mujeres con las que terminé casándome, y siempre me ocupé de que fueran agradables. Publicaron mi carta entre otras que describían unos desastres tan espantosos que me produjeron asco. (He tenido más suerte de la que creía).

En otra ocasión me preguntaron qué quería para Navidad, relacionado con los ordenadores. Me pedían que describiera cualquier cosa que pudiera imaginar, fuera factible o no. Respondí breve y sinceramente diciendo que tenía una máquina de escribir eléctrica antediluviana y un procesador de textos y una impresora medievales y que todos funcionaban perfectamente. Era todo lo que necesitaba, y no quería nada, ni en Navidad ni en cualquier otra época, nada que no necesitara.

La entrevistadora me contestó que recibir mi carta entre todos las que habían contestado había sido un placer, las demás reflejaban pura codicia, pero que su editor no le dejaría publicarla porque el resto quedaría muy mal. (Además, pensé para mis adentros, no ser codicioso probablemente es antiamericano y subversivo).

En la misma carta me pedía que le describiera las satisfacciones que produce el viajar y que comparase los viajes de negocios con los viajes de placer. Tuve que explicarle que yo no viajo. (De nuevo algo antiamericano).

He escrito otras cosas que, al parecer, son antiamericanas e inadecuadas para su publicación. El Tribune de Chicago me pidió que escribiera un artículo sobre la Navidad. “Diga lo que quiera”, me aseguraron. Acepté encantado y aproveché la ocasión para denunciar el craso mercantilismo de las fiestas. Puede imaginar la naturaleza de mis observaciones si le digo que el título era *And now, a Word from Scrooge*[7] (“Y ahora, unas palabras de Scrooge”). Lo aceptaron con entusiasmo y me pagaron, pero, que yo sepa, jamás lo publicaron.

74. Los plagios

Una de las plagas de un escritor prolífico es la preocupación constante por el plagio, es decir, por la apropiación de las palabras de otra persona con la pretensión de que son propias. En mi opinión, éste es el mayor crimen que puede cometer un escritor, y no hay ninguna posibilidad de que yo lo haga alguna vez. El problema es que quiero evitar la apariencia de plagio y escribo tanto que a veces resulta difícil.

Por ejemplo, el relato de Jack Williamson *Born of the Sun*, escrito en 1934, describía una escena en la que un grupo de fanáticos intentaba destruir un observatorio astronómico donde se había desarrollado una nueva teoría asombrosa. Lo leí y no hay duda de que me impresionó y permaneció en mi inconsciente.

Siete años después publiqué *Anochecer*, en el que había una escena de un grupo de fanáticos que intentaba destruir un observatorio astronómico donde se había desarrollado una teoría asombrosa. Treinta años después de haber escrito Anochecer, cuando volví a leer *Born of the Sun* porque quería incluirlo en una de mis antologías que llamé *Antes de la edad de oro* (1974), me di cuenta de lo que había sucedido y me sentí muy molesto.

No se trataba de un verdadero plagio, ya que las ideas y las situaciones se formulan con diferentes palabras, y los contextos y las consecuencias son distintos. Las ideas y las situaciones incluso se pueden copiar deliberadamente siempre que se utilicen de manera diferente.

Me apropié gratuitamente de la *Historia de la decadencia y ruina del Imperio romano*, de Edward Gibbon, al planear la serie de la Fundación, y creo que la película *La guerra de las galaxias*, a su vez, se apropió de la serie de la Fundación.

Aprendí a no considerar un crimen la coincidencia parcial de ideas cuando escribí *Each an Explorer*, que apareció en 1956 en *Future and Fiction*, no. 30, sin fecha. Cuando lo estaba escribiendo, me di cuenta que la idea era incómodamente parecida a la del gran relato de Campbell *¿Quién anda por ahí?* Empecé a sudar. Llamé por teléfono a Campbell, le dije lo que pasaba y le pedí consejo.

Campbell se rió y me dijo que la duplicación de ideas era inevitable y que en manos de escritores capaces y honestos era inofensiva.

—Puedo dar la misma idea a diez escritores diferentes –dijo— y obtener diez historias completamente distintas.

No obstante, trabajé para que fuera lo más diferente posible de *¿Quién anda por ahí?*

Otra vez escribí un relato llamado *Lest We Remember*, que apareció en *Isaac Asimov’s Science Fiction Magazine* (*IASFM*) el 15 de febrero de 1982. mientras lo escribía, vi que se parecía a la idea del gran clásico de Daniel Keyes *Flores para Algernón* (*F&SF*, abril de 1959), y trabajé como un chino para que mi historia fuera

lo más diferente posible.

La vez que he estado más cerca de un plagio fue con un relato corto que alguien me pidió. Tenía que describir un ordenador en el momento en que es consciente de su propia existencia. Escribí sobre uno que deja de funcionar y al cabo de un tiempo empieza a hacer la pregunta “¿Quién soy? ¿Quién soy?”.

Se publicó en un boletín de aficionados a la cibernética y más tarde reapareció en una revista para niños. Otro escritor lo vio y me envió una copia de uno de sus relatos cuyo final describía un ordenador preguntándose “¿Quién soy? ¿Quién soy?. (Por lo demás el argumento era completamente diferente).

Mi interlocutor me dijo dónde había aparecido su relato y con el estómago encogido me di cuenta de que había sido incluido en una antología que también contenía una narración mía y que, por tanto, tenía en mi biblioteca. La busqué y allí estaba su relato, publicado años antes que el mío.

¿Qué podía hacer? Le escribí diciendo que había leído su narración y que el final tal vez se había quedado en mi memoria. Le pregunté si se sentiría satisfecho si no permitía que mi relato se volviese a publicar en ninguna parte. Respondió que sí y fue lo bastante amable como para decirme que en ningún momento había pensado que le estaba plagiando.

Pero ¿qué puedo hacer? Siempre existe el peligro. Fragmentos de esto y aquello se quedan en mi pertinaz memoria y en cualquier momento podría pensar que uno de ellos es de mi creación. Peor todavía, no he leído más que una parte mínima de todos los relatos de ciencia ficción que se han escrito, y podría coincidir, por pura casualidad, en parte con ideas de textos que no he leído nunca.

Una vez, Theodore Sturgeon y yo, cada uno por su lado y casi al mismo tiempo, escribimos un relato en el que la palabra *“hostess”* (anfitriona, azafata, mesonera en inglés) se utilizaba con doble sentido, con el mismo doble sentido. Es más, dos de sus personajes se llamaban Derek y Verna y dos de los míos eran Drake y Vera. Los dos se enviaron a *Galaxy*, por pura coincidencia. Puesto que el relato de Ted llegó al despacho de Horace unos días antes, me tocó a mí hacer algunos retoques. (Vera se convirtió en Rose, por ejemplo.) Mi narración apareció como *Hostess* en el número de mayo de 1951 de *Galaxy*.

Yo soy muy cuidadoso, e intento mantenerme alejado del más mínimo atisbo de plagio, pero no puedo evitar ser plagiado. En todo el país se pide a los estudiantes que escriban textos y relatos, y un pequeño porcentaje de ellos es lo bastante cretino como para buscar la vía más rápida y copiar algo que ya existía.

Digo “cretino” porque cualquier joven que se muestre tan inseguro de sus aptitudes como para plagiar tiene que ser un escritor malísimo, por muy joven que sea. Si de repente entrega un trabajo terminado como el de un profesional, ¿a quién va a engañar, a no ser que su profesor sea igual de cretino?

En cierta ocasión, una profesora de un *college* de Rhode Island me envió una copia de un manuscrito bastante largo. Se lo había dado uno de sus alumnos como escrito por él. Pero trataba de robots y pensaba que a lo mejor le podía decir si el alumno lo había plagiado.

Sí, era un plagio. El muy burro había copiado *Galley Slave* (*Galaxy*, diciembre de 1957) palabra por palabra. No era capaz de parafrasear para poder alegar coincidencia, ni siquiera tuvo el ingenio de cambiar los nombres de los personajes.

Informé de esto a la profesora y espero que el joven haya sido severamente castigado.

Hace unos años, alguien encontró una revista literaria de un instituto que contenía, bajo la firma de algún alumno, mi relato *Nothing for Nothing* (*IASFM*, febrero de 1979). Indignado, escribí una carta al colegio y también lo hizo Doubleday, pero nunca nos respondieron. O la gente del colegio estaba demasiado avergonzada para contestar (y no creo que esto sea imposible) o bien les molestaron mis observaciones sobre el hecho de que uno de sus alumnos descubriera una manera tan inteligente de cumplir con su cometido.

Si duda que esto último sea posible, lea lo siguiente (aunque no implica ningún plagio). Un joven me pidió una vez una carta de recomendación. Quería entrar en una determinada escuela, había leído mis relatos y pensó que mi firma en una carta que declaraba lo fabuloso que era tendría mucho peso. Admitía que yo no le conocía pero pensaba que para mí no sería muy difícil pretender fingir que sí y hablar de su magnífica inteligencia y carácter, para ayudarle. Después de todo (la vieja idiotez), ¿no me había ayudado Campbell?

Me enfurecí. Le contesté que me estaba pidiendo cometer un acto inmoral y que me había insultado al suponer que era capaz de algo así. Su carta, le dije, no demostraba ni inteligencia ni carácter.

Y eso es todo, pensé. Pero con gran sorpresa recibí una contestación, no del chico sino de su madre. Me reprendía con bastante elocuencia por hacer que su hijo se sintiera tan mal, cuando en realidad sólo había estado bromeando. ¿Cuál era mi problema (y el de mi enorme ego, supongo), es que no sabía aceptar una broma?

Me volví a indignar. Le contesté todavía más ásperamente que si ella y su hijo no cambiaban de opinión sobre lo que es una broma y lo que no tiene gracia, el joven terminaría algún día en la cárcel. Esta vez no recibí ninguna respuesta.

La historia más divertida sobre plagios me ocurrió el 23 de mayo de 1989. La editorial Tor Books había publicado un “doble”. Era una edición en rústica que contenía una novela de Ted Sturgeon. Al dar la vuelta al libro, se veía la portada de otra historia, que empezaba en el lado posterior. Esa otra historia era *El niño feo*, escrita por mí.

Después de que se hubiese anunciado en la prensa el doble como una obra de

próxima aparición y se describieran brevemente los argumentos mediante enigmas, recibí una carta furiosa de una joven que me acusaba de plagio. Parece que año y medio antes (en 1987 o 1988) había escrito un relato, lo había presentado y se lo rechazaron. Me envió a mí un resumen del texto en el que aparecía un niño (al igual que en *Las aventuras de Oliver Twist*, de Charles Dickens). Así que pensaba que los editores no habían querido publicar un relato de una desconocida, y que me habían cedido la idea para que apareciera bajo un nombre famoso y se vendiera mejor. Así se había escrito *El niño feo*. "¿Qué argumento tenía en mi defensa?", preguntaba en su carta.

Tenía que contestar. No importaba lo ridículo que fuera, una acusación de plagio no se puede pasar por alto. Fui lo bastante cruel como para dirigirme a ella como "Mi querida loca". Después le decía que si hubiera leído el doble de Tor en vez de limitarse a leer un anuncio de su futura aparición, habría visto que *El niño feo* era una reimpresión y que los derechos de autor del libro indicaban que había sido publicado en 1958, mucho antes de que ella escribiera su relato y, probablemente, antes de que naciera. ¿Qué había sucedido? Tal vez era ella la que me había plagiado a mí.

Nunca me contestó, aunque lo normal habría sido que se disculpara humildemente.

Esto me recuerda que, con frecuencia, los principiantes me preguntan si sus relatos pueden "desaparecer" si los envían al director de una revista. La respuesta es: "No existe la menor posibilidad." Si la narración fuera lo bastante buena como para ser robada, el director preferiría el escritor a la obra, ya que éste podría escribir más y mejores relatos. ¿Por qué robar uno si puede conseguir muchos legítimamente?

75. Las convenciones de ciencia ficción

El mismo impulso que hizo que los aficionados a la ciencia ficción se reunieran en clubes locales y que llevó a la formación de los Futurianos, forzó a estos clubes a unirse en asociaciones mayores.

En 1939, Sam Moskowitz programó una Convención Mundial de Ciencia Ficción. Se celebró en una sala en el centro de Manhattan con sólo unos cientos de personas. Sam, que era miembro del Club de Ciencia Ficción de Queens, del que se habían escindido los Futurianos, se negaba a que ninguno de ellos participara. Como, según Sam, yo no estaba asociado a ellos y ya había vendido tres relatos, podía participar.

Desde entonces, se ha celebrado una Convención Mundial de Ciencia Ficción todos los años (menos durante la guerra, de 1942 a 1944) en diferentes ciudades. En todas hay algún invitado de honor importante, conferencias, fiestas de disfraces, banquetes, etc. Se celebra siempre en el fin de semana del Día del Trabajo[8], a no ser que se haga fuera de Estados Unidos, donde este día no es festivo.

Por lo general, la asistencia ha aumentado hasta llegar a seis o siete mil personas. Se fueron creando otras convenciones menores y llegó un momento en que un participante entusiasta como Jay Kay Klein o Sprague de Camp podría, si quisiese, asistir a una convención casi todos los días del año.

Puesto que no me gusta viajar, no suelo asistir a la Convención Mundial de Ciencia Ficción, aunque cuando he estado presente me propusieron a menudo desempeñar las funciones de maestro de ceremonias en el banquete. Sin embargo, una vez hice las cosas con torpeza, cometí el error de entregar un premio a un escritor que no lo había ganado. Pasé tal vergüenza que desde entonces me niego a ser maestro de ceremonias en los banquetes de la convención.

Hubo una excepción. En 1989, en Boston, celebramos las bodas de oro de la primera convención de 1939 y yo era uno de los pocos que había asistido a ella (y desde luego el más destacado de los supervivientes). Por lo tanto, acepté viajar a Boston y oficiar como maestro de ceremonias del “almuerzo de la nostalgia” que servía de celebración. Me encantó.

El invitado de honor de la Convención Mundial de Ciencia Ficción suele ser de alguna zona alejada de la ciudad donde se celebra. Al fin y al cabo, la mayoría de los asistentes son de los alrededores de la ciudad sede y no quieren ver a alguien a quien puedan saludar en las reuniones locales. Un invitado de honor forastero, al que los aficionados locales no suelan ver, atrae más inscripciones y ayuda a pagar los gastos de la convención. Yo, como sólo voy a las convenciones que se celebran cerca de donde vivo, no suelo ser un buen invitado de honor. No obstante, en 1955, la convención se celebró en Cleveland y me pidieron que lo fuera. No pude negarme a

semejante halago, así que me dirigí en coche hasta Cleveland para asistir.

Es la única vez que he sido invitado de honor de la convención (algunas personas lo han sido dos veces e incluso tres), pero eso no me molesta. He sido invitado de honor en muchas convenciones menores y tengo muchas placas y diplomas que ocupan casi todas las paredes y llenan los armarios de mi casa.

Mis catorce doctorados honorarios, que se enmohecen en un baúl, también tienen sus inconvenientes ya que me consideran un graduado de la facultad y, por tanto, destinatario legítimo de las cartas de petición de fondos. Esto me recuerda al hombre que se quejaba de que su mujer estaba todo el día pidiéndole dinero. Un amigo le preguntó:

—¿Qué hace con él?

—Nada –replicó el hombre—. No se lo doy.

Pero estoy divagando…

La Convención Mundial de Ciencia Ficción de Cleveland de 1955 hacía el número trece (para los supersticiosos). Fue casi la menos concurrida de todas. Sólo trescientas personas. Esto tenía sus ventajas. En los años anteriores, había estado en convenciones con miles de asistentes, lo que significa grandes hoteles, programas larguísimos, salones y salas de actividades atestados y multitud de desconocidos entre los cuales era imposible encontrar a amigos y compinches. Sencillamente, había demasiada confusión, caos y anarquía.

Cuando me piden que firme libros en una de estas enormes convenciones, la fila se extiende como una anaconda. Es muy halagador, pero uno se cansa de firmar libros después de hacerlo durante hora y media sin interrupción. Como soy un escritor prolífico, no es del todo inaudito que un lector ansioso aparezca con una maleta con dos docenas de libros para que los firme. E incluso cuando no es la hora oficial de firmar, los aficionados te paran en los salones para que lo hagas en programas y trozos de papel.

En parte es por mi culpa. A Arthur Clarke, por ejemplo, se le conoce porque sólo firma libros encuadernados en tapa dura. Pero no soy capaz de negárselo a quien está de pie frente a mí mirándome con cara “que parece” de devoción.

La asistencia de trescientas personas fue perfecta. No había confusión. Los escritores se encontraban fácilmente. La firma de libros era limitada. Durante años, la convención de 1955 fue recordada como la más acogedora de todas.

En la de 1953 se habían entregado premios a los mejores libros del año en diferentes categorías. Esto se consideró un truco publicitario que en 1954, por ejemplo, no se utilizó. Pero en 1955 se reanudó la costumbre y se hizo permanente. A partir de entonces, el momento crucial de la convención fue el banquete en el que se entregaba una serie de premios al estilo de los Oscar de las películas. A los premios se les llamó Hugo, en honor de Hugo Gernsback, que había fundado la primera

revista de ciencia ficción veintinueve años atrás.

Cuando era maestro de ceremonias, solía entregar los Hugo y usaba la misma técnica de Bob Hope: me quejaba de que nunca me los dieran a mí. Después de todo, escribí *Anochecer* y mis series de robots y de la Fundación antes de que se creara un premio como el Hugo.

Por supuesto, al final conseguí el Hugo, pero ya lo comentaré más adelante.

76. Anthony Boucher

En 1949 empezó a publicarse *The Magazine of Fantasy and Science Fiction* (*F&SF*) y yo estaba destinado a mantener una estrecha relación con ella durante décadas aunque al principio no lo parecía en absoluto. Mis primeros intentos para publicar en esta revista fracasaron y no lo logré hasta que escribí *Flies*, un relato que apareció en el número de junio de 1953.

El director de *F&SF* era Anthony Boucher, al principio junto con J. Francis McComas, y después solo. Su verdadero nombre era William Anthony Parker White. Había nacido en 1911 y entró en el mundo de la ciencia ficción con su relato fantástico *Snulbug*, publicado en el número de diciembre de 1941 de *Unknown*. También escribía narraciones de misterio. Una de ellas, *Rockets to the Morgue* (1942), fue un *roman à clef*[9] en el que se reconocía a varios autores de ciencia ficción, sobre todo Heinlein, ligeramente disfrazado. También se hacía una mención breve de mí y de mis historias de robots.

A comienzos de los años cincuenta también había Tres Grandes entre los directores de revistas: John Campbell, Horace Gold y Tony Boucher.

Se distinguían entre sí por la forma de escribir sus cartas de rechazo a autores reconocidos.

Campbell era pesado y enviaba cartas de entre dos y siete páginas a un solo espacio en las que explicaba por qué esa historia concreta era inaceptable. A menudo resultaba difícil entender lo que quería decir. Una vez recibí una carta acerca de un artículo de ciencia ficción que le había enviado e interpreté que me lo había rechazado. Traté de venderlo, sin éxito, hasta que Campbell me preguntó impaciente por qué estaba retrasando tanto la revisión. Volví a leer su carta, me estrujé los sesos para saber lo que quería, hice los cambios y le vendí el artículo.

Ya he hablado de Horace Gold y de sus despiadados rechazos, pero añadiré alguna cosa más. Una vez me dijo, en la cara, que una de mis narraciones era "meretricia". (La palabra procede del latín y significa prostituta, con lo cual Horace quería decir que estaba prostituyendo mi talento escribiendo basura para ganar dinero.)

Me controlé y le dije con inocencia:

—¿Qué palabra has dicho?

Horace, orgulloso de su vocabulario y encantado de haberme cazado en una falta (o eso creía él), contestó con arrogancia:

—¡Meretricia!

—Que pases un feliz Año Nuevo –le respondí. Era una observación estúpida, pero me sentí mejor, puesto que era evidente que a Horace le había molestado.

Los rechazos de Tony Boucher, por otra parte, eran tan amables y educados que

era fácil equivocarse y tomarlos por una aceptación, si no fuera porque te devolvía el original.

En las mismas coplas en las que satirizaba los rechazos de Horace, hacía lo propio con los de Tony en la tercera estrofa. Decía así:

Dear Isaac, friend of mine,
I thought your tale was fine.
Just frightful—
Ly delightful
And with merits all-a-shine.
It meant a quite full,
Night, full,
Friend, of tension
Then relief
And attended
With full measure
Of the pleasure
Of suspended
Disbelief.
It is triteful,
Almost spiteful
To declare
That some tiny faults are there.
Nothing much,
Perhaps a touch,
And over such
You shouldn't pine.
So let me say
Without delay
My pal, my friend
Your story's end
Has left me gay
And joyfully composed.
P.S.
Oh, yes,
I must confess
(With some distress)
Your story is regretfully enclosed.

[Querido Isaac, amigo mío, / Pensé que tu historia estaba bien. / Terrible / deliciosa / y con méritos para brillar. / Supuso una noche bastante llena / llena, / amigo, de tensión / después alivio / y esperada / con la cantidad exacta / de placer / de incredulidad / suspendida. / Es trivial, / casi rencoroso / afirmar / que hay algunas faltas pequeñísimas. / No mucho, / quizás un toque, / y por eso / no debes padecer. / Así que déjame decirte / sin esperar más / mi camarada, mi amigo / que el final de tu historia / me ha dejado contento / y alegremente sosegado. / PD. / Oh, por cierto, / debo confesar / (un poco molesto) / que siento devolverte tu historia.]

Si Tony tenía algún defecto, era que a veces se quedaba con los manuscritos durante mucho tiempo. El que un director de revista haga algo así provoca una queja bastante común entre los escritores, pero el retraso es comprensible. Los directores, incluso los de revistas pequeñas de ciencia ficción, reciben cantidades ingentes de originales, la mayoría de desconocidos y principiantes (el “montón de basura sentimental”). Las revistas grandes, más rápidas, tienen “lectores” cuyo único trabajo consiste en echar una mirada a los originales y suprimir rápidamente los impublicables, de manera que el director sólo tiene que leer unos pocos que ofrecen mínima esperanza de aceptación.

Pero en las revistas de ciencia ficción, a menudo es el propio director el que tiene que examinar el montón de basura sentimental. Puede imaginarse lo harto que debe estar después de leer cientos de relatos inaceptables. Llega un momento en que leer se convierte en una tortura y, sin embargo, se debe seguir porque cabe la remota posibilidad de que en alguna parte del montón de basura haya un Heinlein en ciernes. Se va muy despacio.

Los escritores no siempre comprenden lo que significa, física y psicológicamente, enfrentarse a ese montón de basura. A veces no entienden que los muchísimos rechazos que se envían a desconocidos no pueden ir acompañados, cada uno, de una carta que detalle amablemente los defectos de la historia. En ocasiones, un rechazo auténtico debería decir, sencillamente: “No tiene ningún talento aparente como escritor”, y los editores no están dispuestos a hacer algo así. De modo que se emplea un modelo de rechazo, suave y sin ninguna información.

En mi calidad de director de una revista sólo como figura decorativa (llegaré a eso más adelante) recibí varias quejas por no ayudar a escritores jóvenes, puesto que sabían que Campbell me enviaba largas cartas muy útiles cuando yo era un principiante.

Pues bien, por un lado la gran misión de la vida de Campbell era enviar largas cartas (no siempre útiles), pero no es la mía. Por otro, Campbell las enviaba sólo a los escritores que parecían prometedores. La gran mayoría únicamente recibía de

Cambpell la carta modelo de rechazo, igual a las que recibían de cualquier otro director.

Los escritores principiantes ni siquiera entienden la necesidad de enviar un sobre con su dirección y sellos por si les rechazan la obra. Cuando estaba en la revista, una vez recibí una carta indignada de un principiante ofendido que preguntaba si no merecía siquiera unos cuantos sellos. Le contesté que desde luego que los valía, pero que teníamos que devolver cientos de originales todas las semanas y que no podíamos soportar los gastos de franqueo. Era mucho más sencillo, le dije, que cada escritor pagara sus propios gastos de rechazo y no que lo hiciera la revista. Por supuesto, no recibí respuesta.

Quería mucho a Tony Boucher, como todo el mundo, pero la única vez que tuve la oportunidad de departir informalmente con él fue en la convención de 1955, donde era maestro de ceremonias. Su muerte, en 1968, nos entristeció a todos. No tenía más que cincuenta y siete años. Le sucedió en el puesto su director gerente, Robert Park Mills, del que hablaré más adelante.

77. Randall Garrett

Había estado con Randall Garrett en varias ocasiones, pero no llegué a conocerle bien hasta la convención de Cleveland. Durante los días que pasamos allí fuimos compañeros inseparables.

Era siete años más joven que yo, un poco más alto y (como yo) bastante gordo. Los dos éramos igual de sociables, ruidosos y extrovertidos. La diferencia era que él bebía bastante y yo no lo hacía en absoluto, pero cuando íbamos juntos y en plena juerga nadie podía notar la diferencia. Éramos tan parecidos en aspecto y comportamiento que, una vez que estábamos los dos en el estrado en una convención de ciencia ficción, la lengua viperina de Harlan Ellison soltó:

—Ahí están: Tweedledum y Tweedledee[10].

—Ponte entre los dos y así harás de guión –le grité a mi vez.

Cuando le conocí, todos le llamaban Randy, pero al cabo del tiempo insistió en que le llamáramos Randall y me plegué a sus deseos. En los años cincuenta, Randall publicaba, con distintos seudónimos, una gran cantidad de relatos cortos, aunque pocos destacaban por su calidad.

Era perspicaz y terriblemente inteligente. Escribía versos cómicos excelentes, muchísimo mejores que los míos. Cantaba las canciones de Gilbert y Sullivan mejor que yo. Podía hacer figuritas de barro de los personajes de la tira cómica de “Pogo”.

Probablemente ha sido, de todos cuantos he conocido, el ejemplo más perfecto de una persona extraordinariamente dotada pero que malgastaba su talento. En parte, a causa de lo que bebía, creo yo, y también porque su talento abarcaba tantos campos diferentes que tenía problemas para decidir qué camino seguir.

Una directora me dijo una vez:

—No puedo aguantar a Randall. Es ruidoso, chillón y continuamente trata de flirtear con todas las mujeres.

—¡Pero eso me describe a mí! –le contesté azorado.

—¡Qué va! Tu puedes dejar de hacerlo –me respondió.

Un auténtico puritano no tiene que elegir un modo de proceder. Permanece sobrio, grave y desaprueba la alegría en todo momento. Un alcohólico tampoco. Siempre es alegre, ruidoso y alocado. Pero yo tengo que elegir –divertido o serio— de acuerdo con la ocasión.

La incapacidad de Randall para “dejar de hacerlo” no era precisamente una virtud. Impedía que le tomaran tan en serio como se merecía.

Al final, se fue a California y perdimos el contacto. No obstante, tuvimos un último encuentro. En diciembre de 1978 fui a California. (Parece increíble, pero ya hablaré de ello más adelante.) El día 12 pronuncié una conferencia en San José y Randall estaba entre el público.

Estaba hablando a un grupo de médicos y abogados sobre el futuro de la Medicina y tenía mucho que decir sobre los clones. (Es importante fijarse en que, aunque no insistí en ello en mi conferencia, un clon de un determinado ser humano es del mismo sexo que él. Por supuesto, un varón tiene un cromosoma X y otro Y, mientras que una mujer tiene dos cromosomas X. Por tanto, si el cromosoma Y del clon varón se pudiera cambiar por el X, se convertiría en una mujer.)

Después de haber hablado de clones durante un rato, Randall se acercó silenciosamente al podio y dejó delante de mí un trozo de papel. Lo leí mientras seguía hablando (no es tan fácil como parece) y me di cuenta enseguida de que se trataba de un poema burlesco sobre los clones adecuado a la melodía de *Home on the Range*. Así que lo canté al final de la conferencia y obtuve una calurosa ovación.

Con el tiempo, escribí cuatro estrofas más para la canción y he cantado lo que llamé *The Clone Song* (La canción del clon) innumerables veces en muchísimas reuniones. He escrito bastantes poemas cómicos para distintas melodías, pero ninguno ha sido tan popular como éste. No es sorprendente porque la idea fue de Randall y no mía. Aquí está la letra de la canción por si siente curiosidad:

Oh, give me a clone
Of my own flesh and bone
With its Y chromosome changed to X
And after it’s grown
Then my own little clone
Will be of the opposite sex

(Coro) Clone, clone of my own
With its Y chromosome changed to X
And when I am alone
With my own little clone
We will both think of nothing but sex

Oh, give me a clone
Is my sorrowful moan,
A clone that is wholly my own.
And if she’s X-X
And the feminine sex
Oh, what fun we will have when we’re prone.

My heart’s not of stone
As I’ve frequently shown
When alone with my own little X
And after we’ve dined,
I am sure we will find
Better incest than Oedipus Rex.

Why should such sex vex
Or disturb or perplex
Or induce a disparaging tone?
After all, don’t you see
Since we’re both of us me
When we’re having sex, I’m alone.

And after I’m done
She will still have her fun
For I’ll clone myself twice before I die.
And this time without fail
They’ll be both of them male
And they’ll each ravage her by and by.

[¡Oh! dame un clon / de mi propia carne y hueso / con su cromosoma Y cambiado por uno X / y cuando haya crecido / mi pequeño clon / será del sexo contrario. / (Coro) Clon, mi clon / con su cromosoma Y cambiado por uno X / y cuando esté solo / con mi pequeño clon / no pensaremos más que en el sexo. / ¡Oh! Dame un clon / es mi triste quejido, / un clon que sea todo mío. / Y si es X-X / y del sexo femenino / como nos vamos a divertir cuando estemos boca abajo. / Mi corazón no es de piedra, / como he demostrado muchas veces. / Cuando esté solo con mi pequeño clon X / y después de cenar, / estoy seguro que encontraremos / un incesto mejor que el de Edipo Rey. / ¿Por qué este sexo debería irritar / molestar o confundir / o inducir a comentarios de desprecio? / Después de todo ¿no veis / que, puesto que los dos somos yo / cuando hacemos el amor, estoy yo solo? / Y cuando me llegue el final / ella seguirá divirtiéndose / ya que me clonaré dos veces antes de morir. / Y esta vez, sin error / los dos serán varones / y los dos la destrozarán uno tras otro.]

Algunos años después de este último encuentro, Randall fue atacado por una forma de meningitis que destrozó su mente. Permaneció postrado durante algunos años en estado vegetativo y murió en diciembre de 1987 a la edad de sesenta años.

78. Harlan Ellison

El personaje más pintoresco de cuantos conocí en las convenciones de ciencia ficción de los años cincuenta fue Harlan Ellison, que en esa época tenía poco más de veinte años. Afirma que mide 1,62, pero en realidad no tiene importancia. En talento, energía y valor mide 2,50.

Nació en 1934 y tuvo una infancia penosa. Al haber sido siempre bajito pero enormemente inteligente, descubrió que podía desollar con facilidad a los imbéciles que le rodeaban. Pero sólo podía hacerlo con palabras, y los imbéciles podían usar sus puños. Así que pasó su infancia (como dijo una vez Woody Allen de sí mismo) vapuleado por todo el mundo independientemente de su raza, color o religión.

Esto le amargó pero no le enseñó a mantener la boca cerrada. Al contrario, a medida que crecía fue aprendiendo todas las modalidades de artes marciales y llegó un momento en el que atacar a Harlan resultaba peligroso hasta para cualquier grandulón, ya que aquél lo derribaba sin ningún problema. (Yo lo admiro por esto, debido a que cuando por las mismas razones era yo el maltratado, sólo estudié las distintas artes de correr y esconderme. No obstante, debo admitir que nunca fui tan lenguaraz como él, así que me maltrataron menos, si se compara con su penosa experiencia.)

Harlan utilizaba sus dotes para lanzar terribles y variados improperios a los que le irritaban; seguidores intrusos, directores obstinados, editores crueles y extraños ofensivos. No provoca daño físico, pero de palabra es especialmente duro con las directoras jóvenes, que no están acostumbradas a sus peculiaridades. Las puede hacer llorar en tres minutos. Así que mucha gente de las editoriales y de Hollywood (ya que Harlan no sólo escribe ciencia ficción, sino que es un escritor en el amplio sentido de la palabra) se muestra reacia a tratar con él. Además, es tan pintoresco y su personalidad tan peculiar que a muchos les gusta contar historias maliciosas sobre él.

Esto es pernicioso por dos motivos. En primer lugar, Harlan es (en mi opinión) uno de los mejores escritores del mundo, mucho más cualificado que yo. Resulta terrible que constantemente esté enredado en asuntos que no tienen nada que ver con su trabajo literario y que hacen que su producción sea mucho menor. En segundo lugar, Harlan no es lo que parece. Siente un placer perverso en mostrar su lado peor, pero si eso se ignora y uno se abre camino a través de sus espinas de puercoespín (aunque te deje sangrando) se descubre a un tipo afectuoso y tierno que daría su propia sangre a quien creyera que la necesitase.

Yo también tengo bastante facilidad para lanzar improperios y soy la única persona que conozco que puede enfrentarse a Harlan en un estrado durante más de medio minuto sin ser eliminado. (Creo que puedo durar hasta cinco minutos.)

Me divierte pelearme con él en público, al igual que con Lester del Rey y Arthur

Clarke. Para nosotros, es un juego. Sin embargo, en privado, Harlan y yo jamás discutimos y puedo asegurar que es afectuoso y tierno; no hay que hacer caso de todo lo que de él se dice. Le conozco mejor y tengo razón.

Una última palabra. Harlan tiene un asombroso encanto y no sé cuantas mujeres altas y guapas han estado relacionadas con él. Se ha casado cinco veces. Los cuatro primeros matrimonios fueron cortos y desastrosos, pero el quinto, con una joven muy dulce llamada Susan, parece estable y Harlan se ha suavizado. Eso espero. Merece ser más feliz de lo que lo ha sido hasta ahora.

79. Hal Clement

Cuando me trasladé de Nueva York a Boston, creía dejar atrás (o al menos eso pensé entristecido) el mundo de la ciencia ficción. Pero resultó que no fue así. En Boston había una gran afición a la ciencia ficción, y el MIT, en concreto, contaba con un gran número de entusiastas del género. Por ejemplo, esta institución tiene una de las mejores colecciones de viejas revistas de ciencia ficción y todos los años organiza una merienda en las colinas del sur de Boston. Siempre asistía y a veces incluso me convencían para que acompañara a los alumnos en el ascenso a la cima de la colina. Era más fácil convencerme de que comiera gran parte de los alimentos que llevaban, una increíble mezcla de comida basura que deleitaría a cualquiera.

En Boston había también un club de ciencia ficción, que organizaba una convención semestral llamada “Boskones”. Era una palabra procedente de *Galactic Patrol*, famoso relato en cuatro entregas de E.E. Smith, que empezó a publicarse en el número de septiembre de 1937 de *ASF* y que, cuando lo leí por primera vez, pensé que era lo mejor que se había escrito nunca (aunque no aguantó cuando lo volví a leer, ya de adulto). También era una forma de “Boscon”, abreviatura de Boston Convention. Con el tiempo, los “Boskones”, por su tamaño y preparación, fueron las segundas en importancia después de la Convención Mundial de Ciencia Ficción.

En el club de ciencia ficción de Boston conocí a Hal Clement, cuyo verdadero nombre es Harry Clement Stubbs. Nacido en 1922, ha pasado casi toda su vida dando clases de ciencias en la Milton Academy, y puesto que deseaba mantener aparte su carrera de escritor, eliminó su último apellido y utilizó una forma familiar de su nombre. No ha sido muy prolífico, pero su obra se caracteriza por un profundo apego a los hechos científicos sobre los que basa la especulación científica de sus argumentos.

Tiene la cara redonda, es tranquilo y habla calmadamente. Es un hombre agradable. A veces ha señalado errores en mis artículos de ciencia, pero lo hace con tanta amabilidad, hasta con timidez, que sería imposible molestarse por ello, incluso si yo fuera de ésos que se molestan porque les corrigen. Las veces que me corrigió algo me lo tomé muy en serio porque siempre tenía razón.

En la Convención Mundial de 1956 celebrada en Nueva York, Hal y yo compartimos una habitación. (Sprague de Camp utilizó nuestra habitación como una especie de caja de seguridad para su provisión de bebidas alcohólicas, para evitar así que se las tragaran los bebedores más famosos de la ciencia ficción. Sabía, por supuesto, que ninguno de las dos las tocaría).

Era el compañero de cuarto ideal, ya que no roncaba. (Una vez me vi obligado a compartir la habitación con un terrible roncador y no repetiría esta experiencia por todo el oro del mundo. Janet dice que ronco, pero que no le importa porque así sabe

que estoy vivo. Cuando duermo en silencio, cosa que hago a menudo, se pone nerviosa y comprueba si estoy respirando).

Hal asiste a casi todas las convenciones de ciencia ficción, sean del tamaño que sean, y es muy apreciado por los aficionados. Una de las cosas que más lamento es que desde que abandoné Boston le veo muy poco.

80.Ben Bova

El otro escritor de ciencia ficción destacado que conocí en Boston fue Benjamin William Bova, universalmente conocido como Ben Bova. Nació en 1932. Cuando le conocí llevaba el pelo al rape, pero ahora ya no. Tiene un gran sentido del humor y nos gusta bromear. Algunos de los mejores chistes que cuento son suyos. No empezó a publicar hasta 1959, pero desde entonces no ha dejado de hacerlo con regularidad. Es otro de los escritores de ciencia ficción que se encuentra bastante a sus anchas escribiendo no ficción.

La mayor oportunidad le llegó a Ben en 1971, cuando después de la muerte de Campbell le contrataron como director de *ASF*. Sustituirlo era una tarea difícil, pero Ben lo hizo de un modo loable durante siete años. Después se convirtió en director de *Omni*, una nueva revista. Luego, participó en sociedades interesadas en la exploración del espacio y, de hecho, Ben ha escrito excelentes libros sobre el tema.

Después de la ruptura de su primer matrimonio, Ben (que es de ascendencia italiana) me confesó que creía estar enamorado de “una guapa chica judía”. Fingí un sobresalto y le ofrecí algo de dinero para que pudiera abandonar la ciudad rápidamente, pero estaba enamorado de verdad. Se casó con Barbara, una morena atractiva y vivaz, que también contraía segundas nupcias, y desde entonces han sido felices.

Ben ha sido siempre un buen amigo. Cuando estuve incapacitado durante algún tiempo en 1977, le pedí que me sustituyera en algunas charlas que yo no podía dar. No dudé en hacerlo porque le había oído y sabía que era muy bueno. Aceptó amablemente e insistió para que me enviaran a mí los honorarios de las conferencias. Estaba horrorizado y aseguro que le dije terminantemente que cualquier cheque que fuera enviado a mi nombre sería hecho pedazos de inmediato. Pero él es de esa clase de personas.

Tengo muchos otros amigos íntimos, y nunca dejo de asombrarme de la buena suerte que he tenido en la vida por haber conocido a tanta gente maravillosa.

81. Por encima de mis posibilidades

No quiero dar la impresión de que toda mi obra literaria es de una calidad uniforme. Todo el mundo tiene sus días buenos y sus días malos. He creado obras de ciencia ficción, incluso en épocas tardías, a las que defino, con cierta vergüenza, como “los menores de Asimov”. No obstante, me gusta pensar que (a excepción de algunos de mis primerísimos relatos) incluso los menores no son demasiado malos.

Por otro lado, de vez en cuando escribo mejor de lo normal. Lo llamo “escribir por encima de mis posibilidades”, y cuando vuelvo a leer uno de estos relatos o fragmentos, me es difícil creer que lo haya escrito yo, y deseo ardientemente poder hacerlo siempre así.

Otros podrían llamarlo “estar en vena”. Todo parece salir bien, como cuando un jugador de béisbol un día logra cuatro carreras en un solo partido y nunca más vuelve a hacer ni siquiera dos el mismo día.

Cuando entregué los Hugo en Pittsburgh, en 1960, uno de los ganadores fue *Flores para Algernon*, de Daniel Keyes, que me había encantado. Es, sin duda, uno de los mejores relatos de ciencia ficción de todos los tiempos, y cuando anuncié el ganador fui muy elocuente respecto a su magnífica calidad. “¿Cómo lo ha hecho? –preguntaba a la audiencia—. ¿Cómo lo ha hecho?”

Sentí un tirón en mi chaqueta y allí estaba Daniel Keyes esperando su Hugo.

—Escucha, Isaac –me dijo—. Si averiguas cómo lo hice, dímelo. Me gustaría volver a hacerlo.

Supongo que cuando escribí *Anochecer* estaba escribiendo por encima de mis posibilidades. Si el relato no hubiese sido mejor de lo habitual, no habría conseguido tantos premios, pero, con franqueza, no me doy cuenta del porque. Hace años lo volví a leer sólo para ver si podía descubrir la causa de tanta alharaca. A lo mejor era porque la estructura de la historia era inusual. Todas las escenas (si lo recuerdo bien, ya que no pienso volver a leerlo para comprobarlo) se interrumpían. Antes de llegar a un final normal, iba en otra dirección, que a su vez se interrumpía. Esto daba un ritmo vertiginoso al argumento. Al principio del relato decía que al cabo de cuatro horas se iba a producir un desastre. Las cuatro horas eran un descenso a toda velocidad por un tobogán y al final había una catástrofe de verdad.

Es posible que el relato estuviera escrito de tal manera que el suspenso fuera aumentando hasta llegar a su punto álgido, y después estallaba. Si es así, puedo jurar que no había planeado hacerlo. No fue a propósito. Allá por 1940 no tenía los conocimientos suficientes como para hacerlo de manera deliberada. Sólo estaba escribiendo por encima de mis posibilidades.

En mi relato favorito, *The Last Question*, no es el estilo lo que está por encima de mis posibilidades, es la idea y la forma en la que construí el clímax. Durante años, la

gente me ha llamado por teléfono para preguntarme por un relato que habían leído, cuyo título habían olvidado y de cuyo autor no estaban seguros del todo, aunque podía ser yo. Pero podían identificar el relato por la última frase y querían saber dónde podrían encontrarlo para volverlo a leer. Invariablemente, se referían a *The Last Question*. Mi segunda obra favorita es *The Bicentennial Man*, que apareció en una antología de relatos originales en 1976. aquí, por fin, estaba el estilo. La volví a leer recientemente y me asombré de que fuera mucho mejor que la mayor parte de mi obra literaria. Mi tercera favorita, *El niño feo*, es extraordinaria por la misma razón. Mis obras tienden a ser cerebrales y poco emotivas. Así que, ¿cómo es posible que pudiera escribir un relato que crea emoción hasta el punto en que, al final, el lector no puede evitar llorar? Lloro cada vez que lo leo, aunque la verdad es que lloro con bastante facilidad. Pero una vez conté el argumento de la historia y la audiencia permaneció en silencio absoluto mientras hablaba porque las lágrimas, al resbalar por las mejillas, no hacen ruido.

Cuando Robyn tenía doce o trece años, le di la historia para que la leyera y salía de su habitación cada cierto tiempo para decirme que le estaba encantando. Después, durante un largo rato, no apareció. Por fin salió con la cara roja e hinchada y los ojos inyectados en sangre mirándome de manera acusadora.

—No me habías dicho que era una historia triste –me reprochó.

Ésa era también una obra por encima de mis posibilidades.

No diré que todo lo que he escrito es maravilloso. Me resultaría difícil encontrar otra narración comparable a *The Bicentennial Man* y *El niño feo*, pero, de todo lo que he escrito por encima de mis posibilidades, lo mejor no es un relato corto sino un capítulo de una novela.

La novela en cuestión es *Los propios dioses* (1972). Tiene tres partes y la segunda trata de extraterrestres en otro universo. Corro el riesgo de ser acusado de nuevo de poseer un “ego inmenso” al decir que en mi opinión son los mejores extraterrestres que jamás se hayan descrito en la ciencia ficción y también la mejor obra que haya escrito o pueda escribir jamás. He recibido cantidad de confirmaciones de ello de mis lectores.

Unas palabras más sobre el tema…

Es mucho más difícil escribir por encima de las propias posibilidades en no ficción que en ficción. Cuando más cerca he estado de lograrlo, en mi opinión, fue en un artículo titulado *A Sacred Poet*, publicado en el número de septiembre de 1987 de *F&SF*. Por lo general en estos artículos trato algún tema científico, pero en esta ocasión me sentí impulsado a tomar otra dirección. Había tenido una discusión con alguien al que consideraba un erudito de mente estrecha y, como consecuencia, decidí escribir un artículo sobre poesía.

No estaba tan loco como para creer que era capaz de escribir cualquier cosa sobre

la calidad literaria de la poesía. Sólo quería hablar de poemas que emocionan a las personas e influyen en sus acciones. Por ejemplo, empecé con Oliver Wendell Holmes y su poema *Old Ironsides*[11], que levantó un clamor tan grande de protestas públicas contra el desguace de este barco que todavía sigue existiendo en la actualidad.

Tenía miedo de recibir cartas de desaprobación que me dijeran: “Siga con las ciencias, Asimov, es usted un ignorante para las letras.” ¡En absoluto! Recibí una avalancha de cartas, más que por ningún otro artículo que haya escrito, y todas eran favorables. No hubo ni un comentario negativo.

82. Adiós a la ciencia ficción

He dedicado mucho tiempo a los años cincuenta, la década de mis mayores triunfos en ciencia ficción. Sin embargo, es extraño que al terminar esta década se acabaran también mis relaciones con este género.

Después de *El niño feo*, parecía que estaba agotado, al menos en parte. Ya he dicho que a veces los escritores de ciencia ficción se quedan en blanco, y en mi opinión esto puede durar hasta diez años. En mi caso duró veinte. Pero ¿por qué? Me he hecho esa pregunta muy a menudo.

En primer lugar, me había alejado de Campbell y sus extravagantes ideas, había abandonado a Horace Gold, y *F&SF* ya no era un mercado digno de confianza para mí. Incluso me había cansado de escribir novelas. En 1958 empecé una tercera novela de robots, me quedé atascado enseguida y no pude continuar. Me costó años convencer a Doubleday de que aceptara la devolución de los dos mil dólares que me había dado como adelanto.

En segundo lugar, ya cuando estaba escribiendo *El niño feo*, la Unión Soviética había enviado su primer satélite artificial y Estados Unidos sintió pánico al pensar que se quedaría atrás en la carrera tecnológica. Me pareció que era necesario escribir libros de divulgación científica para el público en general y ayudar a educar al pueblo estadounidense.

Así que se debe entender que no me quedé bloqueado. Simplemente dirigí mis esfuerzos hacia otro camino. Trabajé igual que siempre, la misma cantidad de horas que antes, pero durante veinte años escribí no ficción.

No es que esto no me preocupara. Consciente de que mi principal fuente de ingresos era la ficción, preveía un fuerte descenso de mis ganancias justo cuando ya no tenía un salario fijo de la facultad al que poder recurrir. Trataba de decirme a mí mismo que escribir no ficción era una cuestión patriótica y que uno debe estar dispuesto a sufrir por una causa así, pero, con toda honestidad, esto no hizo que me sintiera mucho mejor.

No obstante, las cosas no funcionaron como yo había esperado. En primer lugar, escribir no ficción era mucho más fácil y divertido que escribir ficción, así que era precisamente lo que debía hacer para pasar a escribir a tiempo completo. Si hubiese intentado escribir ficción a tiempo completo, probablemente me habría derrumbado.

Además, justo cuando empecé a pensar que debía escribir ciencia para el gran público, los editores tuvieron la idea de publicar dichos libros. El resultado fue que aceptaron todo lo que escribía, incluso cuando lo hacía más rápido de lo que podía. Mis ingresos no disminuyeron, sino que aumentaron rápidamente.

¿Que si estaba asombrado? Por supuesto que sí.

Pero la vida no es un camino de rosas. A la ciencia ficción, después de

abandonarla, le ocurrió lo mismo que le había sucedido a la química mientras yo pasaba varios años en la NAES y en el ejército. Se produjo una revolución.

Después de todo, la ciencia ficción también tiene sus modas. Durante los primeros doce años, en las revistas prevalecía sobre todo la acción. Muchas de sus historias eran en esencia novelas del oeste ambientadas en Marte, por decirlo de alguna manera, y estaban escritas por autores que no sabían nada o muy poco de ciencia.

A principios de 1938, Campbell lo cambió todo. Insistió en presentar personajes que fueran auténticos científicos o ingenieros y que hablaran como suelen hacerlo ellos. En los relatos prevalecían las ideas y los enigmas. Y en eso, yo era muy bueno.

Creo que yo representaba exactamente lo que Campbell quería, incluso mejor que Heinlein (que actuaba por su cuenta). Los relatos de robots y, todavía más, los de la Fundación eran sus hijos, y durante los años cuarenta y cincuenta los escritores de ciencia ficción, de manera consciente o inconsciente, trataron de seguir mi ejemplo.

Pero después llegaron los sesenta y de nuevo hubo un cambio radical. Nació una nueva casta de escritores de ciencia ficción. La televisión había acabado con la mayor parte de las revistas del género de ficción. Los nuevos escritores habían perdido su mercado natural y se volvieron hacia la ciencia ficción porque había sobrevivido a la televisión. Y empezó algo que se llamó “la nueva ola”: relatos llenos de emoción y experimentación estilística así como obras lóbregas y otras completamente surrealistas y tenebrosas.

En una palabra, la ciencia ficción dejó de tener el “estilo Asimov” y me felicité por haber abandonado el campo. Es mucho mejor hacerlo voluntariamente que ser expulsado por obsoleto.

También pensaba con tristeza que si quisiese volver a ese género, no podría. Me había sobrepasado, igual que la química con la llegada de la resonancia y la mecánica cuántica.

83. *The magazine of fantasy and sciencie fiction*

Sin embargo, ocurrió algo muy extraño. A pesar de que en los sesenta no escribí ciencia ficción, seguía siendo uno de los Tres Grandes, en parte porque mis novelas se seguían vendiendo y también porque aparecía en antologías. No obstante, la razón más importante estaba relacionada con una decisión que tomé con la esperanza de llevar a cabo un determinado propósito y, para mi sorpresa, lo conseguí. (Mi puntería por lo general no es tan buena).

Sucedió gracias a la ayuda de Robert Park Mills, que primero fue director gerente de *F&SF* y después, a partir de septiembre de 1968, director, sucediendo a Tony Boucher. Bob Mills era alto y desgarbado, su mentón era tan anguloso y pronunciado que le llegaba justo hasta debajo de las orejas. Era otro de esos tipos que hablaba despacio y con un suave tono de voz. Había nacido en 1920 y, al igual que Fred Pohl, tenía unas pocas semanas menos que yo.

En 1957 nació una revista hermana de *F&SF*. Se llamaba *Venture Science Fiction* y Bob Mills fue nombrado director. Ansioso por intentar algo nuevo, me preguntó si estaría dispuesto a escribir una columna dedicada a las ciencias de manera regular para *Venture*.

Había seguido escribiendo artículos ocasionales de no ficción para *ASF*, pero no eran del todo satisfactorios. Campbell, que tenía las ideas muy claras sobre el tipo de artículo que quería, no me dejaba las manos del todo libres y, de vez en cuando, rechazaba mis sugerencias.

Lo que *Venture* me ofrecía no sólo era una columna fija, sino también las manos libres. Mientras cumpliera los plazos podía escribir sobre el tema que quisiera y del modo en que lo deseara. Esto era exactamente lo que andaba buscando y, puesto que no tenía miedo de ser incapaz de cumplir los plazos, acepté con un grito de alegría.

Rápidamente escribí un artículo para el número de enero de 1958 de *Venture*, el séptimo. Tres más aparecieron en los números siguientes, pero después del décimo la revista dejó de publicarse. Mis días como columnista científico habían terminado con tanta rapidez (y justo cuando le estaba cogiendo el ritmo) que me sentí muy disgustado.

Sin embargo, el 12 de agosto de 1958 fui a almorzar con Bob Mills. Acababa de convertirse en director de *F&SF* y sugirió que podía seguir con mi columna en esta revista, obviamente una salida mucho más estable de lo que había sido *Venture*.

Me alegré muchísimo. Acababa de tomar la decisión de no seguir escribiendo ciencia ficción, pero no quería abandonar mi actividad como columnista. Al escribir una columna de ciencia para *F&SF* aparecería todos los meses en una de las revistas más importantes y mi nombre seguiría sonando al público de este género.

Por supuesto, acepté, ya que los términos eran los mismos. Mientras cumpliera

los plazos de entrega, tenía total libertad.

La revista y yo mantuvimos el acuerdo. Mi primera columna apareció en el número de noviembre de 1958 de *F&SF*, y desde entonces hasta ahora, durante más de treinta años, nunca he dejado de cumplir los plazos y todos los números han incluido un artículo mío, no importa las vicisitudes que me haya deparado el destino. Bob Mills y los siguientes directores también cumplieron el acuerdo. Nunca sugirieron un tema, nunca rechazaron un artículo y me enviaban puntualmente las galeradas para que me asegurara que todo era exactamente como yo quería que fuera.

Nunca me he aburrido de mis artículos de *F&SF* y siempre han sido mis favoritos (a pesar de que son los que peor me pagan por palabra). Aunque he escrito trescientos setenta y cinco, de unas cuatro mil palabras cada uno (un millón y medio de palabras), nunca me quedo sin ideas ni pierdo el entusiasmo.

Además, estos artículos han logrado lo que yo quería. Han mantenido mi nombre vivo para el público de la ciencia ficción y han garantizado, más que cualquier otra cosa, que siguiera siendo uno de los Tres Grandes. (También es verdad que el abismo de veinte años no ha estado desprovisto del todo de ciencia ficción, como explicaré a su debido tiempo.)

Bob Mills y yo siempre mantuvimos muy buenas relaciones. En mis artículos me refiero a él con frecuencia como “mi comprensivo director”. En realidad, los aficionados acabaron conociéndole por este mote. Cuando se retiró como director en 1962, Avram Davidson le reemplazó. Lo primero que hizo Avram fue decirme que no quería que le llamara “mi comprensivo director”.

No había ningún peligro. Avram era un escritor de primera y una persona irritable: nunca se me hubiera ocurrido tacharle de “comprensivo”.

Bob se convirtió en agente durante unos veinte años y después, a mediados de los ochenta, se fue a California. Murió casi de repente, en 1986, a la edad de sesenta y seis años.

84. Janet

Durante los años cincuenta, la década de los triunfos en la ciencia ficción y de los desastres en la Facultad de Medicina, también tenía una vida privada. Los niños estaban creciendo y Gertrude y yo éramos cada vez mayores y más infelices en nuestra relación.

No creo que un matrimonio se deteriore en un momento. Uno no se cae de un precipicio. Lo que sucede es que las discusiones se multiplican, las fricciones lentamente empiezan a parecer irreconciliables, cada vez es más difícil perdonar y se hace más a regañadientes. Y entonces, un día, uno mueve la cabeza negativamente al darse cuenta de que su matrimonio no funciona.

No sé cuando me sucedió a mí, probablemente alrededor de 1956, después de catorce años de matrimonio. Gertrude había hablado de divorcio, pero hasta entonces no había empezado a pensar en ello. No parecía posible, en mi familia no había ninguna tradición de divorcio. Mi padre y mi madre estuvieron casados cincuenta años. Fue un matrimonio a veces tormentoso, pero no se habló, ni siquiera en voz baja, de divorcio. Algo así habría sido inimaginable por completo.

La idea de divorciarme me habría horrorizado aunque sólo hubiese afectado a Gertrude, pero era algo peor. Estaban David y Robyn. Aunque pudiese llegar a divorciarme de Gertrude, no podría dejar plantados a dos niños pequeños, por muy desgraciado que fuera. Así que suspiré y decidí seguir casado hasta que los niños crecieran y, quién sabe, para entonces las cosas incluso podrían haber mejorado.

Mi infelicidad me dejaba en una situación emocional vulnerable y creó las bases para mi encuentro fortuito con Janet Opal Jeppson.

Nuestro primer encuentro se produjo en 1956 y yo ni siquiera fui consciente. Janet tenía un hermano pequeño, John, que fue a la Facultad de Medicina de la Universidad de Boston y había estado en la última clase de Bioquímica que di. Era aficionado a la ciencia ficción y convirtió a su hermana Janet a la verdadera fe. También le había hablado de mí, de lo buen profesor y de lo excéntrico que era. Le picó la curiosidad.

En 1956 la Convención Mundial se celebraba en Nueva York y Janet (que había nacido el 6 de agosto de 1926, y acababa de cumplir los treinta en esa época) asistió a algunas sesiones con el propósito, entre otras cosas, de conocerme y de que le firmara uno de mis libros. Por desgracia, sufrí un ataque de cálculo renal.

El primer ataque de este tipo lo padecí en 1948. No duró mucho, lo atribuí a una indigestión y lo olvidé. En 1950 tuve un ataque mucho peor, fui hospitalizado e incluso me dieron morfina (la única vez en mi vida). Entre 1950 y 1969, tuve por lo menos dos docenas de ataques, todos ellos muy dolorosos. Después desaparecieron, por razones que explicaré más adelante.

Pero en 1956 tenía uno de los malos. Me esforcé todo lo que pude para cumplir con mi cometido y seguí firmando libros, pero con el ceño fruncido (en realidad una mirada de agonía moderada) y no fui tan encantador y amable como de costumbre.

Janet se acercó con su ejemplar de Segunda fundación y le pregunté su nombre para poderlo escribir en el libro.

—Janet Jeppson –dijo.

—¿A qué se dedica? –le pregunté mientras escribía, sólo para darle conversación.

—Soy psiquiatra –me respondió.

—Estupendo –añadí de forma automática mientras terminaba de firmar—. Tumbémonos juntos en el sofá.

Ni siquiera la miré, y les puedo asegurar que, con mi ataque de cálculo renal, no tenía ganas de flirtear.

Janet me dijo después que se marchó pensando: "Bien, puede que sea un buen escritor, pero es un borde."

Borde es el término que Janet usa siempre para alguien difícil y sin solución.

En ese momento yo no tenía ni la menor idea de lo que había hecho. Podía haber acabado con mi felicidad futura y haber arruinado lo mejor de mi vida.

Por fortuna, mi desliz se podía corregir y llegó el momento en que lo supe todo de Janet.

Sufría de una carencia de autoestima. Al principio esto no fue así, ya que de pequeña era como una muñeca a la que sus padres idolatraban. Tenía el pelo dorado y los ojos azules, y cuando tenía nueve años nació su hermano John. Janet lo trató como a un hijo y durante mucho tiempo su actitud hacia él fue un poco maternal.

El problema fue que Janet siguió siendo bajita cuando sus compañeras crecían. Con el tiempo dio un estirón y ahora mide 1,70 metros, pero como muchos hijos de ascendencia escandinava, tardó en desarrollarse físicamente. (Pero no mentalmente. Era bastante más inteligente que sus compañeros más crecidos, lo que tampoco fue de gran ayuda para ella).

La Janet adulta no es una belleza en el sentido clásico. Su barbilla es pequeña y ella piensa que la afea. Como no se consideraba guapa y dedicaba mucho tiempo a sus estudios, no tenía una vida social muy activa. Cuando llegó a los treinta, había conseguido su B.A. (Bachelor of Arts) por la Universidad de Stanford, su doctorado en Medicina por la Facultad de la Universidad de Nueva York, había terminado su residencia en psiquiatría en el hospital Bellevue y trabajaba en el Instituto de Psicoanálisis William Alanson White. Por tanto, tenía una carrera que la mantenía ocupada y le proporcionaba una vida acomodada independientemente de su estado civil.

Su fugaz encuentro conmigo en 1956 no evitó que leyera otros libros míos y decidió, por lo que yo revelaba de mí mismo en ellos, que no podía ser tan "borde"

como me había mostrado. Decidió que me daría otra oportunidad.

En 1959 los Escritores de Misterio de América celebraban su banquete anual en Nueva York y yo, que había escrito una novela de misterio que no tuvo ningún éxito, decidí asistir. Me animó a hacerlo uno de mis amigos de Boston, Ben Benson, que había escrito una serie de novelas de misterio, con bastante éxito, en las que aparecía representada la Policía Estatal de Massachusetts. Me gustaban los libros y también Ben, que había sobrevivido a la Segunda Guerra Mundial aunque con el corazón muy dañado. No esperaba conocer a nadie en la convención pero Ben podría presentarme a algunas personas.

El día del banquete era el 1 de mayo, y la tarde anterior, mientras cenaba en casa de un director, me enteré de que Ben Benson había tenido un infarto y había muerto en las calles de Nueva York. Me sentía profundamente deprimido y me pasé la noche preguntándome si no debería volver a Boston. No me sentía con ganas de ir al banquete sin Ben.

Al día siguiente visité a Bob Mills, que también pensaba ir al banquete, y esperaba que pudiera levantarme la moral, pero no hubo suerte. Bob también estaba en horas bajas por algún problema relacionado con su trabajo. Cada vez tenía más ganas de volver a Boston, sin saber que, si lo hacía, se confirmaría la desgracia de 1956 y mi vida se arruinaría.

Por fortuna, Judith Merril apareció en el despacho de Bob justo cuando me iba. Judy era una de las pocas autoras importantes de ciencia ficción de la época, y su obra más reconocida era That Only a Mother, publicada en el número de junio de 1948 de *ASF*. Había sido la tercera mujer de Fred Pohl.

Me animó e insistió para que fuera al banquete donde, me dijo, la gente probablemente me estaría esperando, ansiosa por conocerme. Me dejé convencer y es algo por lo que siempre le estaré agradecido a Judy.

Mientras tanto, la amiga de Janet, la escritora de novelas de misterio Veronica Parker Johns, era la encargada de la distribución de los asientos en el banquete. Convenció a Janet para que fuera porque iba a hablar Eleanor Roosevelt y se podría sentar entre Isaac Asimov y Hans Santesson.

Cuando llegué al banquete descubrí que Judy tenía razón. Había bastante gente a la que conocía y enseguida me pareció estar en una convención de ciencia ficción y empecé a sentirme a gusto.

Llegó la hora de sentarme y Hans Stefan Santesson vino a buscarme. Era un individuo gordo y pesado, con la cara ovalada y un ligero acento sueco. Dirigía Fantastic Universe Science Fiction, revista a la que había vendido algún relato. (Murió en 1975 a la edad de sesenta y un años.)

Me dijo:

—Ven, Isaac, hay alguien que quiere conocerte.

Al mirar hacia donde indicaba vi a Janet Jeppson sentada a la mesa, saludándome con una amplia sonrisa.

Mi solitario corazón buscaba algo en esa época, y no era belleza. Había tenido belleza a montones y no había funcionado. Buscaba algo más, no sabía qué, y puede que ni siquiera me hubiese dado cuenta, al menos conscientemente, de que estaba buscando algo.

Tal vez lo que quería era cariño, afecto amable y sin exigencias; la belleza era algo superfluo. No importa lo que estuviera buscando, lo encontré en esa cena. Janet era afectuosa, sencilla, alegre y no disimuló que estaba encantada de estar conmigo. Para el final de la cena, me parecía guapa y desde entonces no he cambiado de opinión. Cuando entra en un recinto y veo su cara, mi corazón, todavía ahora, salta de alegría.

Por supuesto ese día no tenía una piedra en el riñón, así que estaba en mi estado habitual de amabilidad y alegría. Janet quedó encantada y decidió que después de todo no era un borde.

Cuando una joven explosiva, tan artificial que pensé que un pinchazo con un alfiler la haría desintegrarse, se acercó a recoger un premio, Janet dijo:

—Me gustaría tener su aspecto.

Le respondí con toda sinceridad que su aspecto era mucho mejor.

Y cuando le dije que mi novela de misterio probablemente era la peor que se había escrito jamás, decidió que no era el monstruo arrogante que la gente decía que era.

A partir de entonces permanecimos en contacto por correspondencia. Esto me ayudó durante los malos tiempos. La llamaba por teléfono de vez en cuando. Alguna vez la vi en mis visitas a Nueva York y todos estos contactos no hicieron más que reforzar mi convencimiento de que era el tipo de persona adecuada para mí.

Seguiré hablando de ella más adelante.

85. Novelas de misterio

En mi infancia, como ya he relatado, leía novelas de misterio además de las de ciencia ficción. Seguí leyendo ambos géneros a medida que crecía y, aunque mi interés por la ciencia ficción decayó, no sucedió lo mismo con las novelas de misterio; incluso ahora es la única literatura ligera que me gusta.

Pero no me agradan los relatos de misterio modernos de chicos duros, las novelas de suspenso demasiado violentas o los estudios de psicopatologías criminales. Siempre he preferido los que incluyen un número limitado de sospechosos y que se resuelven por medio del razonamiento y no a tiro limpio.

Por supuesto, mis relatos favoritos son los de Agatha Christie y mi detective ideal es Hércules Poirot. También me gustan las novelas de Dorothy Sayers, Ngaio Marsh, Michael Innes y muchos otros que escriben de modo culto sin subrayar las escenas de sexo o de violencia. De joven era un seguidor incondicional de John Dickson Carr y Carter Dickson, pero cuando años después los volví a leer, sus libros me parecieron demasiado sentimentales y afectados.

Quería escribir ciencia ficción y también relatos de misterio, y lo hice. John Campbell dijo una vez, sin pensarlo, que era imposible escribir un buen misterio a la manera de la ciencia ficción, porque el detective siempre podría crear algún artefacto que le ayudara a resolver el problema.

Yo pensaba que era una afirmación irreflexiva, porque lo único que se necesitaba era establecer las bases al principio y evitar introducir nada nuevo en el resto del libro. Entonces se consigue un misterio de ciencia ficción que es auténtico.

En 1952, Horace Gold me propuso que escribiera una novela de robots. Le di largas diciendo que sólo me arreglaba con relatos cortos, pero me dijo:

—Tonterías, escribe una novela sobre un mundo superpoblado en el que los robots están quitando el trabajo a los humanos.

—No —repliqué—. Sería demasiado deprimente.

—Conviértelo en un misterio —me contestó—, con un detective y un compañero robot que se encargará del caso si el detective falla.

Éste fue el germen de *Bóvedas de acero*, una buena novela de ciencia ficción y al mismo tiempo un misterio sencillo. Fue la primera vez (en mi opinión) que alguien ha unido los dos géneros en una fusión tan perfecta.

Después, para demostrar que no había sido un accidente, escribí otro misterio de ciencia ficción, *El sol desnudo*, que era una continuación del primero. Cuando se publicó el segundo libro, en 1957, ansiaba escribir un misterio “auténtico”, uno sin los adornos de la ciencia ficción.

Dio la casualidad de que el director de la colección de misterio de Doubleday me pidió que escribiera una novela y aproveché la oportunidad. Puesto que no sabía nada

de los procedimientos policiales y prefería evitar la violencia (cuando en mis relatos de misterio hay un asesinato, sólo hay uno, que se realiza fuera de la escena y que por lo general sucede antes de que empiece la historia), decidí que la situación se desarrollaría en un laboratorio de química de la universidad. De esta manera, la novela no tendría un fondo de ciencia ficción pero sí científico.

Para ello, utilicé mis recuerdos de la Universidad de Columbia y de los profesores y los alumnos que había conocido para fijar los personajes en mi mente. Los acontecimientos, naturalmente, eran ficticios (mejor que fuera así, porque incluían un asesinato).

Llevé a Doubleday los dos primeros capítulos y los aprobaron, pero cuando presenté la novela completa me dijeron, cuando llamé por teléfono para preguntar, que había sido rechazada. No me pedían una revisión, estaba rechazada. Fue la única novela que presenté a Doubleday que me rechazaron.

Este rechazo (cómo insisto en la palabra) llegó en un mal momento. Mi pelea con Keefer en la Facultad de Medicina estaba llegando a su desenlace final y había llamado a Doubleday para que me dijeran que habían aceptado el libro y así poder aliviar algo mi tensión. En vez de eso (no volveré a usar la palabra) no fue admitida.

Pasé un mal momento. Cerré con llave la puerta de mi laboratorio y me senté dentro durante un rato. Me sentía profundamente desdichado. Después decidí que no debía dar vía libre a la autocompasión y me dediqué a escribir los versos más divertidos que jamás haya escrito. No, no los voy a citar aquí, son demasiado largos. Una vez terminados, me sentí mucho mejor, pero seguía estando muy lejos de mi alegría habitual. Creo que el golpe de (no lo diré) la no aceptación me llevó a la decisión de cambiar a la no ficción a partir de entonces.

Intenté vender mi novela en otra parte y, durante algún tiempo, no tuve suerte. Por fin, Avon la aceptó, aunque sin ningún interés real. Sospecho que esperaban que esta aceptación me llevaría a escribir un libro de ciencia ficción para ellos. (Me temo que no lo hice.) Publicaron el libro en 1958 bajo el título *The Death Dealers*, que no era el mío, y pusieron una cubierta completamente equivocada.

Todavía peor, el libro fue un fracaso. Avon no hizo ningún esfuerzo por promocionarlo y los beneficios de las ventas sólo cubrieron una parte del adelanto. El bochorno fue enorme y no es de extrañar que, cuando me encontré con Janet en el banquete de escritores de misterio poco después le dijera, con tristeza, que había escrito la peor novela de misterio del mundo. Era el único de mis libros publicados en los años cincuenta, dicho sea de paso, que no era de ciencia ficción ni de ciencia, aunque repito, tenía un fondo científico.

Sin embargo, *The Death Dealers* experimentó una resurrección. Uno de mis editores, Walker & Company, lo encontró en 1967 en una exposición de mis obras que hizo la Universidad de Boston en honor a la publicación de mi libro número

ochenta. Al ver que estaba agotado, Walker me pidió que se lo pidiera a Avon. Lo hice, y Walker imprimió una edición con encuadernación de tapa dura en 1968, diez años después de su primera aparición, y utilizó mi título, *A Whiff of Death*. Se hicieron dos ediciones en tapa dura y varias en rústica, por no hablar de las traducciones a otros idiomas, así que después de todo, fue un éxito. Me dio el valor para volver a leerla y cambiar mi opinión anterior. Puede que no sea la mejor novela de misterio que se haya escrito, pero dista mucho de ser la peor.

Hay algo aún más curioso sobre *A Whiff of Death*. El detective de Homicidios que aparecía era de origen irlandés y de clase baja. Trataba de resolver un misterio en el que estaban implicados muchos intelectuales que no podían evitar mirarle por encima del hombro. El detective, Doheney, era muy humilde y respetuoso y preguntaba con indecisión. Pero al final, de repente, resultaba que llevaba ventaja a todos y sabía perfectamente lo que estaba haciendo.

Llegaría un tiempo (y ahora también) en que “Colombo”, de Peter Falk, sería mi serie favorita de televisión y encuentro cierto parecido entre Colombo y Doheny. Nunca he pensado que se haya copiado de *A Whiff of Death*, y si así fuera no me habría importado ya que mejoraron la idea notablemente. Lo único que consigue el parecido es que disfrute más de la serie.

La resurrección y el éxito de mi novela me dieron la agradable sensación de que Doubleday se había equivocado en 1958 y también el valor para intentarlo de nuevo, cuando Larry Ashmead (mi director en Doubleday por aquel entonces) me pidió que asistiera a una reunión de la Asociación Americana de Libreros (ABA) en 1975. Era una de sus raras reuniones en Nueva York, así que podía asistir, y celebraban su septuagésimo quinto aniversario.

Larry no me llamó para pasar el rato. Quería que captara el ambiente y escribiera una novela de misterio llamada *Murder at the ABA* (Asesinato en la reunión de la ABA). Me dijo que la quería para el siguiente encuentro de la asociación, un año después.

—Te entregaré el manuscrito mucho antes, Larry —le dije.

—No estoy hablando del manuscrito —me contestó—, sino del libro terminado.

Estaba asustado. Sólo tenía dos meses para escribir el libro, así que protesté. Larry repitió lo que he oído un millón de veces de los realizadores:

—Puedes hacerlo, Isaac.

Asistí a la reunión de la ABA y escribí el libro en siete semanas. Comparado con los siete a nueve meses que necesitaba para una novela de ciencia ficción, ¿dónde estaba la diferencia?

Para mí la respuesta es bastante sencilla. Al escribir una novela de ciencia ficción hay que inventar una estructura social futurista que sea lo bastante compleja como para resultar interesante por sí misma, aparte de la historia, y que tenga consistencia.

También se tiene que configurar un argumento que sólo funcione dentro de esa estructura social. La trama tiene que desarrollarse sin oscurecer demasiado la estructura social y esta última se debe describir sin retrasar demasiado el argumento.

Conseguir que una novela de ciencia ficción cumpla este doble propósito es difícil, incluso para alguien con experiencia y talento como yo. Cualquier otro tipo de obra literaria es más fácil que la ciencia ficción.

Escribir una novela como *Murder at the ABA* no requiere inventar una estructura social. Es la que hay aquí y ahora. En realidad la estructura era precisamente la de la reunión a la que había asistido. Todo lo que tenía que hacer era componer el argumento. No es de extrañar que escribir una novela de misterio costara siete semanas en vez de siete meses.

Doubleday publicó el libro en 1976 y me gustó mucho. Pensaba que estaba escrito en un tono animado y que era una demostración de genialidad deliciosa. Había un personaje parecido a uno de Harlan Ellison, llamado Darius Just, que contaba la historia en primera persona. (Me preocupé de conseguir un permiso escrito de Harlan, por supuesto, y le dediqué el libro a él). Yo, bajo mi propio nombre, aparecía en el libro en tercera persona, como referencia cómica. Y para relajar la tensión y añadir un toque humorístico, Darius y yo discutíamos algunos puntos en las notas a pie de página. Unos pocos críticos lo censuraron, pero hay idiotas en todas partes.

Naturalmente, enseguida pensé en hacer una serie de novelas de misterio con Darius Just como protagonista. Siete semanas por obra era un trabajo estupendo. Lástima que nunca sucedió. Doubleday no quería. Si iba a escribir ficción, tenía que ser ciencia ficción. Habían permitido *Murder at the ABA* como una experiencia aislada.

Pero no importa, me las arreglé de todas maneras para escribir obras de misterio, pero por desgracia no fueron novelas. Lo explicaré a su debido tiempo.

86. Lawrence P. Ashmead

He tenido muchos editores a lo largo de mi vida, pero algunos destacan de manera especial. John Campbell y Walter Bradbury son dos ejemplos que ya he descrito. El tercero es Lawrence P. Ashmead.

En 1960, Ashmead trabajaba como ayudante de Richard K. Winslow, que sucedió a Timothy Seldes como mi realizador en Doubleday. Yo estaba ocupado escribiendo un libro titulado Life and Energy que fue publicado por Doubleday en 1962. Como no había conseguido devolver a Doubleday los dos mil dólares que me habían adelantado en 1958 para la tercera novela de robots que nunca escribí, los convencí para que los transfirieran a *Life and Energy* y librarme así de la obligación.

Larry Ashmead, que es un científico (tiene un título en geología), repasó el manuscrito de *Life and Energy* y sugirió una serie de correcciones. Dick Winslow se enteró de lo que había hecho cuando ya me había enviado el manuscrito corregido y, sabiendo lo especiales que somos los escritores, estaba preocupado por mi reacción.

Sin embargo, aunque tengo mis manías, no son las que suelen tener los escritores. La siguiente vez que fui a Doubleday entregué el manuscrito corregido y pregunté quién había hecho las correcciones. Larry dijo que había sido él (posiblemente preparándose para aguantar una rabieta de escritor.)

—Gracias, señor Ashmead —le dije—. Eran muy buenas correcciones, me alegro de que las hiciera.

No sabía que, cuando Dick se fuera de Doubleday, Larry le sucedería como mi realizador. A partir del momento en que le di las gracias, fue totalmente pro-Asimov. Yo me limito a trabajar basándome en el principio de que la gratitud (junto con la honestidad) es la mayor de todas las virtudes y esto me ha ayudado en numerosos momentos.

En cuanto me despidieron de la Facultad de Medicina y dispuse de todo mi tiempo, tomé por costumbre ir una vez al mes a Nueva York. Siempre seguía el mismo procedimiento. Llegaba el jueves, pasaba el resto del día y todo el viernes en la editorial, descansaba el sábado y volvía el domingo al mediodía. Cuando llegaba el jueves, lo primero que hacía después de dejar mi equipaje en el hotel y arreglarme era ir a Doubleday y almorzar con Larry en Peacock Alley. (Siempre ha sido mi restaurante favorito).

En 1970, cuando volví a Nueva York, me preocupaba un poco mi relación con Doubleday. Mientras estaba en Boston, sólo daba la lata en la editorial una vez al mes, lo que era bastante tolerable. Al estar en Nueva York, ¿no me sentiría tentado de molestarles un día sí y otro no hasta que me echaran del edificio?

En absoluto. El almuerzo mensual con Larry continuó y me hicieron ver que podía dejarme caer por allí cuando quisiera, aunque tenía cuidado de no estropear el

acuerdo abusando del privilegio. En los últimos años he establecido una visita a Doubleday de una media hora de duración todos los martes, aunque con los últimos directores casi nunca voy a almorzar. Doubleday se ha acostumbrado a mi aparición semanal y en las pocas ocasiones en que no he podido ir se quejan de que “no parece que sea martes”.

Mi anécdota favorita de los almuerzos con Larry es la siguiente:

Después de haber terminado de comer muy bien, como de costumbre, en Peacock Alley, el maître (que nos conocía bien) nos trajo la bandeja de los postres. Ya había tomado las excelentes galletas que se sirven siempre con el café, así que preocupado por mis problemas de peso, elegí un postre muy pequeño y relativamente inocuo.

Entonces Larry me dijo:

—Venga, Isaac, eso es muy poco. Coge algo más. El que paga es Doubleday.

(Larry es bajo, guapo y, en esa época al menos, bastante delgado, aunque no flaco).

—Vamos, doctor Asimov —se entrometió el maître—. Tome alguna otra cosa.

—A Janet no le va a hacer ninguna gracia que tome dos postres —dije no muy convencido.

—Nunca lo sabrá —me respondió Larry.

Soy débil, así que tomé el segundo postre.

Cuando volví a casa, Janet me estaba esperando en la puerta con una mirada severa en su rostro.

—¿Qué es esa historia de los dos postres? —me preguntó.

El viejo Larry, amablemente, la había llamado para informarle en cuanto le dejé. Le perdono porque me gusta y por tanto clasifico su infamia en el apartado de “bromas pesadas”.

Dicho sea de paso, siempre que alguien preguntaba a Larry por un escritor para hacer algún trabajo difícil, invariablemente me sugería a mí. Y como odiaba, por cuestión de principios, decirle que no, en algunas ocasiones me encontré en situaciones incómodas. Tuve que escribir un artículo sobre sexo en el espacio para *Sexology*, por ejemplo.

Este artículo en concreto me llevó a una entrevista con la doctora Ruth en su popular programa de preguntas y respuestas relacionadas con el sexo. Tenía que hablar sobre sexo con ella. No me importaba porque era una mujer inteligente y muy guapa. Vi una grabación de la entrevista y la última observación que me hacía era:

—Espero que venga a visitarme de nuevo, doctor Asimov.

Mi contestación, mientras el sonido se iba desvaneciendo, fue:

—¿En qué está pensando, doctora Ruth?

Pero los realizadores también son mortales desde el punto de vista editorial y el 24 de octubre de 1975 Larry me llamó por teléfono para decirme que había aceptado

un trabajo con Simon & Schuster, probablemente con más sueldo. Fui el primero en saberlo, porque no quería que me enterase por alguien de fuera. Fue terrible para mí. Me quedé sentado en la silla con la vista perdida durante una hora.

Luego vi que no fue tan terrible como pensaba. Doubleday me proporcionó otro realizador muy profesional y agradable, Cathleen Jordan, e iba a ver a Larry de vez en cuando, ya que conozco todas las editoriales. Ahora está en Harper's, editorial para la que acabo de escribir un libro.

87. Mi sobrepeso

Puesto que en el capítulo anterior he hablado de mi “problema de peso”, es mejor que comente algo sobre un tema molesto pero importante.

Los Asimov somos propensos a la obesidad. Mi padre, delgado de joven, pesaba cien kilos a los cuarenta años y estaba bastante obeso. (Mi madre también ganó peso con los años, aunque menos).

Pero los Asimov tenemos también otra habilidad. Si adelgazamos, lo hacemos a fondo. He conocido a muchos obesos que, mediante un régimen draconiano, adelgazan, pierden veinte kilos o más y después recuperan todo lo perdido. Para mí esto es una tragedia. Hay que esforzarse tanto, es tan duro olvidarse del placer de comer para adelgazar y tener buen aspecto, y después, ¿volver a recuperarlo todo? No merece la pena pensar en ello.

Cuando a mi padre le apareció una angina de pecho en 1938, a los cuarenta y dos años, y los médicos le dijeron que adelgazara, lo hizo. Bajó con relativa rapidez hasta los setenta y tres kilos y se mantuvo en este peso durante los siguientes treinta años de su vida. Si no, no habría vivido todo ese tiempo.

Por lo que a mí respecta, yo era un chico flaco. En la universidad pesaba setenta kilos y nunca engordaba por mucho que comiera. Eso era porque en realidad no comía demasiado (casi nunca desayunaba, por ejemplo), pero no me daba cuenta de ello.

Una vez casado con Gertrude, tuve la oportunidad de comer platos mejores que los que hacía mi madre y comía todo lo que quería porque pensaba que no engordaría y, en cuestión de unos pocos meses, había engordado catorce kilos.

Para 1964, cuando tenía cuarenta y cuatro años, ya pesaba noventa y cinco kilos. Tenía la misma altura que mi padre y estaba sólo cinco kilos por debajo de su máximo.

Me asusté. Había sobrepasado en dos años la edad a la que a mi padre le sobrevino la angina. Sin duda, había escapado y parecía disfrutar de una salud perfecta, pero ¿cuánto tiempo duraría eso? Mi miedo se acrecentó cuando el actor Peter Sellers, que no estaba gordo, tuvo un ataque cardíaco y la noticia se publicó en toda la prensa.

Empecé a perder peso dejando de comer, y poco a poco fui bajando, primero a ochenta y dos kilos, después, unos años más tarde, a setenta y dos. Mi peso se ha estabilizado ahora en setenta y un kilos. Más o menos el mismo que cuando me casé con Gertrude, pero el daño ya estaba hecho.

88. Más convenciones

En cuanto conocí a Janet, empecé a disfrutar más de las convenciones. En 1959 fui a Detroit en tren a la Convención Mundial. Era sólo pocos meses después del banquete de los escritores de relatos de misterio y, sin embargo, recuerdo que me sentí muy a disgusto por estar solo. Después de todo, Janet era una aficionada a la ciencia ficción por derecho propio. Si ella hubiese ido a la convención hubiéramos almorzado juntos y después habríamos asistido a las charlas, y Janet incluso habría escuchado una de mis conferencias y sabría si yo era un gran profesor, como insistía en afirmar su hermano.

Sin embargo, no estuvo allí.

Mi recuerdo más claro de la convención de Detroit es que pasé prácticamente toda una noche riendo y divirtiéndome con otros escritores. (Es la única vez que he hecho algo así). Cuando por fin fui a mi habitación, hacía rato que había amanecido y pensé que no tenía ningún sentido ir a dormir, así que me arreglé y bajé a desayunar.

Desayunar pronto es un hábito casi desconocido en las convenciones, ya que suele haber tantas juergas nocturnas que sólo unos pocos son capaces de despertarse antes de las diez de la mañana, y la mayoría duerme hasta el mediodía. Así que entré en un comedor casi vacío donde estaban John Campbell y su (segunda) mujer, Peg, desayunando. Llevaban una vida ordenada, como (casi siempre) yo.

—¡Vaya! —dijo Peg, con aprobación—. Me alegro de que alguien estuviera en la cama a una hora decente y pueda desayunar junto con nosotros.

—Intento cuidarme, Peg —le contesté con cara seria y descarada hipocresía.

Al año siguiente, 1960, la convención fue en Pittsburgh y de nuevo pensé que podía asistir a ella. Además, esta vez convencí a Janet, de modo que me acompañó. Gracias a ella me lo pasé muy bien. Lo que recuerdo en particular de esa convención son los siguientes acontecimientos:

Al principio, Theodore Cogswell, un escritor de ciencia ficción que encantaba a las mujeres, cogió a Janet por el brazo y se la llevó. No había ninguna razón para que no lo hiciera. Janet no me pertenecía y, además, yo era un hombre casado. Lo extraño es que me sentí celoso, una emoción a la que creía ser inmune. Por fortuna, Janet volvió a los pocos minutos.

Presenté a Janet a John Campbell, quien al enterarse de que era psiquiatra, empezó a darle lecciones de psiquiatría y (como siempre) todo lo decía al revés.

Por cierto, una vez estuve almorzando con George Gaylord Simpson, el gran paleontólogo de la Universidad de Harvard, que era un gran aficionado a la ciencia ficción y quería conocer a John Campbell.

—George —le dije—, si alguna vez conoces a alguien que, al saber que eres paleontólogo te habla de paleontología, se equivoca en todo y no te da la menor

oportunidad de meter baza, acabas de conocer a John Campbell.

En una cena, invité a Janet en calidad de acompañante, y Judith Merril (una abogada a la vanguardia de los derechos de la mujer, incluso en esa época) me preguntó si había pagado la cena de Janet. (Por supuesto que la había pagado, pero si Judith fuera una auténtica feminista habría querido que Janet pagara su cena, ¿o no?)

En cualquier caso, puse cara de inocente y dije:

—No, Judy, no he pagado su cena. ¿Debería haberlo hecho?

—Lo sabía, eres un idiota; la habías invitado, ¿no?

—¡Caramba! —dije. Saqué dinero de mi cartera y fui hacia Janet haciendo ademán de entregárselo.

Ofendida, Janet me propinó una bofetada que hizo que los oídos me zumbaran. Es la única vez que una mujer me ha abofeteado y yo sólo quería gastarle una broma.

89. *Guide to science*

En mis dos primeros años como escritor a jornada completa seguí escribiendo sobre todo para adolescentes. En eso me movían varias razones:

1. Pensaba honestamente que eran los que más necesitaban una introducción a las ciencias (y, si vamos a eso, a las letras). Una vez cumplidos los veinte, podía ser demasiado tarde para influir en ellos.

2. Al escribir para jóvenes lo hacía en el estilo informal que consideraba que era mi fuerte.

3. Los trabajos literarios que había realizado para adultos —aquellos libros de texto tan criticados— me habían traumatizado.

Pero entonces, el 13 de mayo de 1959 (dos semanas después de conocer a Janet), tuve noticias de Leon Svirsky, un editor de Basic Books. Era un individuo pequeño y con una nariz prominente que quería que escribiera un resumen de la ciencia del siglo XX para adultos. Me sentí halagado puesto que supuse (con bastante razón) que mi reputación como escritor científico estaba empezando a superar mi fama en el género de la ciencia ficción.

Debo admitir que eso era un poco esnob por mi parte. Temía que mi carrera como escritor científico pudiera ser abortada por editores que me tildaran de “simple escritor de ciencia ficción”. Sin embargo, esta situación nunca se planteó. Mi reputación en ambos campos siguió aumentando y sin que ninguna perjudicara a la otra. El doctorado y mi cargo puede que me ayudaran, y siempre me he sentido satisfecho de haberlo mantenido.

El resultado ha sido que nunca pensé en ocultar mi afición por la ciencia ficción. Cuando la gente que no me conoce me pregunta qué es exactamente lo que escribo, contesto: “Todo tipo de cosas, pero por lo que soy más famoso es por la ciencia ficción”.

Aunque me halagó la proposición de Svirsky, estaba algo asustado. Vino a Boston a verme y me dejó un contrato. Lo tenía que repasar y, si estaba de acuerdo, firmarlo.

Durante algunos días estuve dudando. Quería hacerlo pero sentía miedo y eso era terrible. Creía que no podría, pero me acordé de mi nueva amiga, Janet Jeppson, con la que ya me había carteado muy agradablemente. Le escribí con toda sinceridad y le expresé todos mis deseos, dudas y temores.

En realidad no le pedía consejo, puesto que siempre he sido reacio a cargar a los demás con las responsabilidades de mis propias decisiones, pero en esta ocasión no tuve que pedirlo. Me contestó que por supuesto yo podía hacerlo y, además, tenía que hacerlo. No podía rechazar un desafío como ése si quería triunfar en mi profesión.

Ella estaba en lo cierto, así que firmé. Este consejo fue el primero de una serie innumerable de actos de amabilidad y buen sentido que me ha dedicado Janet.

Me lancé a escribir el libro con todas mis ganas y en ocho meses había redactado y corregido medio millón de palabras; era extraordinario incluso para mí. El libro fue publicado por Basic Books en 1960 bajo el título de *The Intelligent Man's Guide to Science* (Guía de la ciencia para el hombre inteligente).

Me opuse al título basándome en que *man* (hombre, en inglés) me parecía excesivamente restrictivo. Quería que las mujeres también leyeran el libro y habría preferido *The Intelligent Person's Guide to Science*. Svirsky no aceptó. Pretendía imitar el título de la obra de Bernard Shaw Guía del socialismo para la mujer inteligente. Naturalmente hubo protestas de mujeres y todo lo que pude hacer fue sonreír con ironía y decir: "el concepto de hombre inteligente se refería al escritor y no al lector".

El libro se vendió mejor de lo que esperaba, e incluso mejor de lo que esperaba Basic Books. Se publicó en un conjunto de dos volúmenes dentro de una caja y se agotó enseguida. George Gaylord Simpson le hizo la mejor crítica que nunca me hayan hecho. Afirmó que yo era una "maravilla natural y un recurso nacional", una frase que comprenderá que recuerde.

Mi primer cheque de derechos de autor fue de veintitrés mil dólares, la mayor cantidad que había recibido hasta entonces, y mis ingresos, de repente, se duplicaron. (En cierto modo, esto me entristeció porque pensaba que se trataba de un hecho aislado que nunca se repetiría y que mis ingresos de 1962 serían los más elevados de mi vida. Pero no fue así. A partir de entonces, en realidad, nunca tuve unos ingresos anuales tan bajos como los de 1962.)

Estaba atónito. Cuatro años después de mi despido de la facultad mis ingresos habían multiplicado por diez lo que había sido mi sueldo de la facultad. Más o menos por entonces uno de mis amigos de la facultad me dijo de corazón que tenía buenas razones para pensar que si jugaba mis cartas adecuadamente, podría volver a mi puesto de profesor asalariado. Sonreí y le dije:

—Me temo que es demasiado tarde, no me lo puedo permitir.

A pesar de todo, no había roto por completo mis lazos con la facultad ya que todavía era un profesor asociado. Daba alguna clase de vez en cuando, por lo general la primera del semestre. Puesto que bioquímica era una asignatura del primer semestre y se daba por la mañana, mi clase era la primera que oían los alumnos de medicina. Lo que escuchaban era una auténtica clase de profesional, y nunca volverían a oír una así. En una ocasión, fui lo bastante imprudente como para decir esto en voz alta, y un alumno, con gran vergüenza por mi parte, se lo contó de inmediato al nuevo decano, que estaba conmigo. El decano suspiró y dijo:

—Probablemente tenía razón.

Debería mencionar algunos problemas secundarios surgidos con *The Intelligent Man's Guide to Science*. Al principio, Svirsky me pidió que leyera el contrato, algo

que me superaba. He tenido que firmar cientos de contratos y, en realidad, no he leído ninguno. Les he echado una mirada para ver si el adelanto era el prometido, y nada más. El resto era demasiado aburrido y no estaba dispuesto a perder el tiempo.

Dicen que es una excentricidad por mi parte.

En cierta ocasión, el presidente de Doubleday hablaba conmigo sobre una disputa que tenía con el personal de una película. Me preguntó lo que decía el contrato respecto de un determinado punto.

—No lo sé, Henry —le respondí—. Sólo lo firmé, no lo leí.

Me miró, entre divertido e incrédulo, y me dijo:

—Isaac, necesitas un guardián. —Después añadió—: No te preocupes, Doubleday será tu guardián.

En realidad no leer los contratos no me parece tan descabellado.

Después de todo, la mayoría son contratos-tipo, y si la editorial es de confianza y el escritor no está interesado en estipular cláusulas especiales (cosa que nunca hago, ya que sólo pido que me dejen escribir en paz y que no se pueda rechazar mi obra), no hay ninguno peligro en firmar lo no leído. Creo firmemente que mis editores no están para engañarme sino para ganar dinero conmigo.

Además, yo juzgo las cosas por los resultados. Si los derechos de autor me parecen adecuados y el editor está dispuesto a colaborar, me siento satisfecho. Y si creyese que un editor está jugando sucio, la respuesta sería automática. No examinaría sus libros ni le llevaría a los tribunales. Simplemente no le daría más libros. Esto ha ocurrido muy pocas veces.

Otra cuestión era que aunque *The Intelligent Man's Guide to Science* fue un gran éxito financiero y de crítica, yo no estaba satisfecho con él. A decir verdad, estaba profundamente descontento.

El problema era el propio Leon Svirsky. Era una persona agradable, pero resultó ser un editor nefasto, uno de los pocos que he conocido. Había trabajado como director en *Scientific American* y estaba acostumbrado a recibir artículos científicos importantes remitidos por expertos que informaban de sus investigaciones. Por desgracia, el científico responsable de los artículos rara vez llegaba a saber cómo adaptarlos y era trabajo de Svirsky cortarlos, reducirlos y darles forma.

Parece que nunca se libró de esa costumbre, porque cuando recibí las galeradas descubrí que había cortado, reducido y dado a mi libro lo que él creía que era “forma”. Protesté enérgicamente. Como todavía estaba trabajando en la última parte del libro cuando recibí las galeradas de la primera (ésa fue una de las razones por las que el libro se publicó tan rápido), amenacé con no trabajar más a menos que dejara de hacer estupideces.

Y lo hizo, hasta cierto punto, pero a pesar de ello, cuando se publicó el libro éste era lo bastante diferente de lo que yo había escrito como para negarme a reconocerlo

como propio. A pesar de su gran éxito financiero, lo odiaba, e incluso hoy en día me dan náuseas cuando veo el libro en mi estantería.

La segunda villanía que cometió Svirsky fue pedir a George Beadle que escribiera el prólogo. Beadle era un gran especialista en genética y había ganado el premio Nóbel, pero no me gustaba que nadie prologara mis libros. Con el tiempo, yo llegaría a prologar un centenar por lo menos, para otros escritores, pero no sentía ninguna necesidad de que nadie lo hiciera con los míos.

Svirsky empezó el segundo volumen afirmando que los avances científicos habían eliminado la distinción entre lo vivo y lo inerte. Era su afirmación, no la mía, y por supuesto levantó polémica.

Por ejemplo, Barry Commoner lo censuró. Atacó todo el libro de manera brutal en un importante artículo de Science. El titular me llamó la atención, eché una mirada a los primeros párrafos y casi me desmayo cuando me di cuenta de que estaba criticando mi libro. Su observación más estúpida era preguntarse qué sucedería con la biología como ciencia si desaparecía la diferencia entre lo vivo y lo inerte.

Escribí una respuesta breve y razonada (que Science publicó, como era su obligación) en la que señalaba que Copérnico, hacía más de cuatro siglos, había eliminado la diferencia entre la Tierra y los demás planetas, ¿y qué le había sucedido a la geología? Nada.

Años después conocí a Commoner, o al menos me senté frente a él, al otro lado de una gran mesa. La charla trataba de la contaminación atmosférica (Commoner era un importante experto en medio ambiente) y soporté el humo de los cigarrillos lo mejor que pude. Pero cuando sacó un gran puro y lo encendió, me fui.

Después escribí una carta a los organizadores de la reunión y les expresé mi desprecio por los expertos en medio ambiente que hablaban de manera altisonante de una atmósfera limpia mientras la contaminaban con el humo del tabaco. No recibí respuesta.

Pero estoy divagando. El tema era Svirsky. Había aceptado escribir otra obra para él cuando estaba trabajando en *Guide to Science*. Tenía que ser un libro corto sobre el descubrimiento de los distintos elementos. Se llamó *La búsqueda de los elementos* y fue publicado por Basic Books en 1962. Lo escribí antes de conocer la pasión de Svirsky por rescribir. En consecuencia, también maltrató el segundo libro. Me negué rotundamente a escribir nada más para él. Me suplicó por teléfono, pero mi decisión fue inamovible.

90. Los índices

The Intelligent Man’s Guide to Science me recordó la dificultad de preparar un índice.

Un libro de no ficción, que es un estudio sistemático de un tema, no sirve para nada sin un índice, y el primero que preparé en mi vida fue el de *Biochemistry and Human Metabolism*, nuestro libro malogrado. Nadie me enseñó nunca cómo hacerlo, ni busqué nunca instrucciones. Lo hice según un sistema propio que, probablemente, es bastante parecido a lo que se supone que se debe hacer.

Cojo un montón de fichas de 8 x 13 centímetros, voy leyendo las hojas de las pruebas del libro y escribo cada tema de la manera que se supone que la gente lo va a ir a buscar, limitándome a un solo subtítulo y apuntando la página en la que aparece. Después ordeno las tarjetas por orden alfabético y reúno todas las que tienen el mismo vocablo en una sola ficha con todas las páginas en las que aparece. Por último, lo escribo todo a máquina.

En los últimos años, insisten para que use un ordenador, pero me resisto a hacerlo. Me encanta jugar con las fichas, ordenarlas alfabéticamente y reagruparlas. Estas tonterías me divierten. Además, como digo muchas veces: “La felicidad consiste en hacerlo mal a tu manera”.

Estaba claro que hacer el índice de *The Intelligent Man’s Guide to Science* iba a costar varios días. No era tan malo como los últimos volúmenes de los libros de texto, pero había una diferencia. El índice de los libros de texto lo hacía yo en la facultad y la familia no era consciente del trabajo. Pero cuando escribí *Guide to Science* ya no había facultad y trabajaba en casa. La manera más fácil de hacerlo era esparcir las pruebas de las páginas y las fichas por el salón, durante la tarde, mientras veíamos la televisión, para no desperdiciar demasiado tiempo del dedicado a escribir. La televisión sólo necesitaba la mitad de mi cerebro, al igual que el índice, así que podía hacer ambas cosas a la vez con comodidad. Sin embargo, el único problema era que estaba convirtiendo un tiempo de diversión en trabajo y sospecho que la familia se resintió.

Uno de los problemas de los libros que tratan de ciencia contemporánea es que en unos pocos años están terriblemente anticuados, y las presiones para preparar una nueva edición se hacen muy fuertes. La preparación en sí no es demasiado odiosa, ya que no me cogió del todo por sorpresa, y en el caso de *Guide to Science* fui guardando notas sobre los nuevos descubrimientos que tendría que incluir en la nueva edición.

Cuando la segunda edición ya no se pudo retrasar más, descubrí que Svirsky se había retirado a Florida.

Acepté hacer una segunda edición, añadí nuevos datos al libro, volví a poner todo

lo bueno que Svirsky había eliminado y omití todo lo malo que había añadido. Además, me las arreglé para dar a entender al nuevo director que no aprobaría más cambios que los meramente puntuales. Basic Books publicó la segunda edición en 1965 con el título *The New Intelligent Man's Guide to Science*.

¿Final feliz? No del todo. A pesar de que la mayor parte de la segunda edición era más o menos idéntica a la primera, había que añadir al índice las materias y cambiar las páginas de todas las materias anteriores. En resumen, tenía que preparar un nuevo índice todavía más complicado. El director me dijo que utilizara un especialista para hacerlo. Me costó quinientos dólares, ya que la editorial no pagaba al que lo hacía sino que lo deducía de mis derechos de autor, y el índice fue una porquería. Así que nunca pude soportar la segunda edición más que la primera. Hasta que Basic Books no publicó la tercera en 1972, no logré que el texto y el índice estuvieran escritos a mi manera, y por fin pude mirarlo y utilizarlo con agrado.

En 1984 volví a preparar otro índice para la cuarta edición. No sé si habrá una quinta. Creo que soy demasiado viejo para esa tarea. Por supuesto, no deseo que el libro muera. Quiero una quinta edición y una sexta y así sucesivamente, pero las tendrán que hacer otros y (perdón por mi presunción) dudo que nunca encuentren a una sola persona que pueda hacerlo. Necesitarán un equipo.

91. Los títulos

Soy muy cuidadoso con los títulos. Creo que uno corto es mejor que uno largo y me gusta (cuando es posible) que sea de una sola palabra, como *Fundación*. Además, me gusta que describa el contenido de la narración sin revelarla del todo, pero que cuando el lector haya terminado le encuentre un significado añadido.

Por esa razón me desagrada tanto que los directores cambien el título para que se avenga a sus gustos personales. Por ejemplo, mi primer relato de robots se llamaba *Robbie*, que era el nombre que la niña daba a la niñera robot que la cuidaba. Lo utilicé para acentuar el contenido emocional de la historia. Fred Pohl lo cambió por *Strange Playfellow* (Extraño compañero de juegos), que no decía nada. La obra ha aparecido decenas de veces en decenas de lugares y siempre lo ha hecho con mi título, *Robbie*.

Un ejemplo más notorio es el de *The Ugly Little Boy* (El niño feo). Horace Gold pensó que la palabra ugly (feo) era deprimente y los cambió por *Last-Born* (El último nacido), que era ridículo. El adjetivo "feo" es esencial. El pequeño héroe de la historia es feo porque es un niño de Neanderthal y, a pesar de todo, al final recibe el cariño que se merece y el lector se conmueve. La historia no habría tenido ningún sentido si el niño hubiese sido guapo. ¡Pero quién puede hacer comprender estas sutiles cuestiones a Horace!

Puedo sobrevivir a los cambios de título de los relatos porque casi siempre los puedo volver a cambiar cuando los incluyo en una de mis colecciones. Sin embargo, a veces acepto los cambios de los directores cuando considero que son mejores. En cierta ocasión escribí un relato para Fred Pohl que titulé *The Last Tool*. Era un título significativo, pero Fred lo cambió por *Founding Father*, que era mucho mejor, y me sentí mortificado porque no se me había ocurrido a mí. Apareció en el número de octubre de 1965 de *Galaxy* y desde entonces ha seguido con ese nombre.

Los títulos de esos libros son más importantes porque tienden a ser permanentes. A pesar de todo, me las arreglé para cambiar *The Death Dealers* por *A Whiff of Death*. Sin embargo, es algo poco práctico. A veces tengo que explicar la cuestión a los lectores, que creen que son dos libros diferentes y quieren un ejemplar de cada uno.

El tema de los títulos de los libros surgió después de que T. O'Conor Sloane, de Doubleday (que era el nieto del hombre que sucedió a Hugo Gernsback como director de *Amazing*), me sugiriera que preparara un libro de biografías cortas de unos doscientos cincuenta científicos importantes para formar parte de una serie que estaban haciendo de músicos, artistas, filósofos y otros grupos intelectuales.

Quería hacerlo así, pero el libro creció en mis manos. Hice las biografías no de doscientos cincuenta sino de mil científicos, exploradores e inventores y las

biografías fueron más largas de lo estipulado.

Además, en vez de ordenarlas por orden alfabético, lo hice cronológicamente. Después de todo, la ciencia es un tema acumulativo, mientras que la música, el arte y la filosofía no lo son.

Fue un libro mucho más largo de lo que Doubleday esperaba, pero lo aceptaron sin protestar y lo hicieron a mi manera.

Resultó que requería un par de índices enormes (uno de nombres y otro de los temas citados), pero había numerado las biografías y clasifiqué los índices por el número de la biografía en vez del de la página. Esto me permitió preparar el índice a partir del manuscrito mientras estaba en caliente y entregarlo con él; no tuve que esperar meses para las pruebas de las páginas.

Quería llamar el libro *A Biographical History of Science* (Historia biográfica de la ciencia), que era el modo más corto de definir el libro con precisión. Pero Sloane insistió en añadir “and Technology” al título, aunque yo creía que era innecesario. Además, Sloane sostenía que “historia” era una palabra inadecuada que haría descender las ventas. Insistió en sustituirla por “enciclopedia”, aunque yo pensaba que era una tergiversación. Para terminar añadió “Asimov” al conjunto.

El título del libro fue, por lo tanto *Asimov’s Biographical Encyclopedia of Science and Technology* (1964) (Enciclopedia biográfica de ciencia y tecnología de Asimov). Desde entonces se han preparado dos nuevas ediciones, cada vez con un índice completamente nuevo.

Debo admitir que me tragué la tosquedad del título debido a su primera palabra. Sloane dijo que los vendedores insistían en que se vendería mejor si mi nombre estaba en el título y esto me halagó más de lo imaginable. Resulta que la idea de añadir mi nombre como algo mágico se ha convertido en predominante. Más de sesenta de mis libros han incluido mi nombre en el título.

Así que ¿cómo no voy a estar encantado? Demuestra que los directores esperan que la gente me acepte como un nombre que se puede añadir a cualquier tipo de libro: de ciencia ficción, de misterio, de ciencia, de humanidades o antologías como garantía de calidad.

92. Las colecciones de ensayos

Seguí reuniendo varios relatos cortos en colecciones. Durante los años sesenta, Doubleday publicó tres: *The Rest of the Robots* (1964), *Asimov's Mysteries* (1968) y *Nightfall and Other Stories* (1969).

La New English Library también publicó una colección de cuatro de mis relatos para la venta fuera de Estados Unidos: *Through a Glass, Clearly*, en 1967.

Desde entonces he publicado bastantes colecciones de relatos en las que se repiten los mismos títulos. Algunos de ellos aparecen, por el momento, hasta en cinco colecciones diferentes. Esto no parece muy razonable. Uno se puede imaginar a los lectores comprando una colección y descubriendo que han leído todos, o casi todos los relatos que contiene. Me remuerde un poco la conciencia, sobre todo cuando un importante escritor de ciencia ficción (es verdad que con una disposición no muy alegre) subrayó, más o menos sarcásticamente, que yo era un maestro haciendo recircular mis productos.

No obstante hay una base lógica en ello.

Los libros son mortales. Los de encuadernación de tapas duras es probable que se agoten al cabo de un par de años. Uno en rústica puede quedar enterrado bajo un montón de otros similares que inundan los expositores. Así que cuando un lector me escribe preguntándome dónde puede encontrar determinado relato mío que desea leer (o releer), me veo en un dilema. No puedo remitirle al número original de la revista en la que apareció. Éstas sólo se encuentran en unas pocas colecciones privadas y en unas cuantas tiendas especializadas en números atrasados.

Si le doy el nombre de una colección en la que sí aparece mi relato, puede que tampoco esté a su alcance. Sí, ya sé que hay tiendas de libros de segunda mano, pero si puedo decirlo sin ser calificado de monstruo vanidoso, mis libros rara vez se encuentran en ellas. La gente que compra mis libros tiende a conservarlos. Así que una colección nueva, que contenga algunos relatos recientes más algunos de los viejos, dirigida a aquellos lectores que no las pueden encontrar en otras partes, no parece ser tan descabellada.

Además, se dice que entre los lectores de ciencia ficción, una generación dura tres años. En otras palabras, al cabo de tres años existe gran cantidad de nuevos lectores que nunca han leído y que incluso pueden no haber oído hablar de las viejas narraciones. Para ellos, una colección de mis relatos es nueva, incluso si a algunos de ellos, los veteranos, les parece material conocido.

No obstante, la razón más importante para preparar colecciones que siempre contienen algún relato conocido, es que se venden. Los editores están encantados de hacerlas, y yo no me opongo.

Pero, si mis relatos pueden ser combinados y recombinados en beneficio de los

lectores, los editores y yo mismo, ¿qué sucedía con los artículos de no ficción que estaba produciendo en cantidades todavía mayores que los de ficción?

Publiqué una colección de estos ensayos bastante pronto. Fue *Only a trillion* (1957). Contenía varios artículos científicos que había publicado en *ASF*, pero no estaba muy satisfecho de ellos. Estos artículos los adaptaba para John Campbell y me parecía que eran demasiado fríos y formales.

Por otro lado, los que escribía para *F&SF* aparecían sin ninguna interferencia editorial, y existían sólo para agradarme a mí. Eran informales y, en su mayor parte, alegres. Pensaba que reflejaban mucho mejor mi capacidad que los artículos de *ASF*. Además, quería que un editor importante los recopilara.

En 1957 había conocido a Austin Olney, director de la colección de libros juveniles de Houghton Mifflin, la editorial más importante de Boston. Era de mi edad, delgado, guapo, con los ojos hundidos y, aunque era casi un auténtico brahmán[12] de Boston, no poseía la suficiencia y la arrogancia que se les supone. Era agradable y amable, y desde entonces hemos sido amigos.

Muchas veces iba a almorzar con él al famoso restaurante Locke-Ober's de Boston. Me encantan los callos, algo que al parecer gusta a muy poca gente, y siempre los pedía con mostaza. Pero después me fui de Boston. Al cabo de diecinueve años volví con Janet y nos alojamos en un hotel cerca del Locke-Ober's. Con gran alegría, la llevé allí y pedí callos con mostaza, y aunque seguían estando en el menú, ya no los hacían. Estuve a punto de sufrir un ataque y casi me puse a llorar. Supongo que cuando me fui, nadie volvió a pedirlos.

De todas maneras, Houghton Mifflin enseguida empezó a publicar mis libros científicos, el primero fue *Realm of Numbers*, en 1959, que trataba de aritmética, desde la suma a los números transfinitos, para estudiantes jóvenes. Austin fue tan amable que me envió una prueba de la cubierta y me pidió mi opinión. Le llamé por teléfono para decirle que era por completo de mi agrado excepto por una cosa.

Austin no me conocía muy bien todavía así que pensó que debía de ser uno de esos autores (que los directores miran con recelo) que se creen críticos de arte e intentan imponer su propia cubierta. En realidad, a mí no me podía importar menos. Mi único interés está en el interior.

Al oír que tenía una objeción, la temperatura bajó veinticinco grados de golpe, y Austin preguntó con frialdad:

—¿Qué es lo que no te gusta?

—Bueno, odio mencionarlo, sin duda es una pequeñez de la que no debería preocuparme, pero mi nombre está mal escrito –le respondí.

Por supuesto, tuvieron que rehacer la cubierta y Austin se disculpó.

En cualquier caso, en 1961 fui a verle con un montón de artículos de *F&SF*. Puesto que estaban dirigidos a adultos, Austin los pasó al departamento

correspondiente, que los rechazó. Él, avergonzado, se ofreció a publicarlos como un libro juvenil si estaba dispuesto a simplificarlos. Le dije que ni en un millón de años, pero no le guardo ningún rencor, y los llevé a Doubleday.

No es que Tim Seldes estuviera entusiasmado, pero tampoco quería rechazarme, así que mi primer libro de artículos de *F&SF* fue publicado por Doubleday en 1962, bajo el título de *Fact and fancy*.

Para entonces, Tim me conocía bastante bien, así que me advirtió que no recopilara otra colección de artículos hasta ver qué tal se vendía *Fact and Fancy*. Me pareció justo y, aunque tenía muchas ganas de seguir haciéndolo, esperé.

Pero los beneficios de *Fact and Fancy* cubrieron con asombrosa rapidez su adelanto y, algo extrañado, Tim me dijo:

—Muy bien, Asimov, puedes traerme otro.

Así que, antes de que terminaran los sesenta, Doubleday había publicado siete de mis colecciones de ensayos, y desde entonces han seguido haciéndolo. Todos mis artículos de *F&SF* acaban en una colección u otra, a excepción de siete de los primeros, y algunos se publican en más de una colección. (Sí, también reciclo mis artículos). Y muchos otros de mis artículos procedentes de fuentes diferentes a *F&SF* también han sido recogidos en colecciones. En total, tengo unos cuarenta libros de artículos científicos.

No creo que deba pedir perdón por ello. Los libros se venden y los lectores se entretienen. Así puedo juzgarlo por las cartas que recibo y, ¿quién necesita alguna otra justificación?

En realidad, estoy muy satisfecho de estas colecciones. En primer lugar, creo que tengo la marca mundial por haber publicado más colecciones de artículos que nadie en la historia. (Por favor, no estoy afirmando que escriba los mejores o casi los mejores, sino simplemente la mayor cantidad).

Además, siempre he oído que estas colecciones son “un fracaso de taquilla” y que los editores son muy reacios a publicarlas salvo en determinados casos de éxito asegurado, como Stephen Jay Gould, Martin Gardner o Lewis Thomas. Lo siento si parezco engreído, pero me gusta ser considerado un éxito asegurado.

Por supuesto, no a todo el mundo le gustan mis artículos. Hace poco, Arthur Clarke, mientras vegetaba en su casa de Sri Lanka, encontró una crítica de una de mis colecciones de ensayos y, temiendo que no la hubiera visto, la recortó y me la envió para que me deleitara. La primera frase era: “Éste es un libro que nunca debió ser escrito”.

Según el sistema de Lester del Rey, no tendría que haber seguido leyéndola, pero quería seguir para ver si averiguaba por qué no debí escribir aquel libro. Aparentemente, le horrorizaba la miscelánea que contenía y el modo en que pasaba de un tema a otro. Lo único que puedo inferir es que nunca habrá visto u oído hablar

de una colección de artículos. Supongo que la incultura es un requisito básico para su trabajo.

En mi opinión, el mérito de estas colecciones está en la variedad que ofrecen. No exigen disponer de tiempo para leer. Se leen temas cortos, y si uno de ellos parece aburrido o desagradable no se pierde el valor de todo el libro sino sólo una parte. Se puede pasar al siguiente, que a lo mejor es fantástico. Además, las obras cortas son perfectas para leer en la cama y en otros pequeños momentos de ocio.

Los lectores de mis artículos científicos pueden jugar a "A ver si cogemos a Isaac en un error" (y lo hacen). Lo hacen tan a menudo que el juego merece la pena. Siempre lo he agradecido y también me conmueve la gentileza con la que me corrigen y el cuidado que tienen siempre de atribuir mis errores a mi prisa y descuido más que a mi estupidez.

Si no he elogiado a mis lectores antes, déjenme hacerlo ahora. Puede que no sean tantos como los fans de las estrellas del rock o de los ases del deporte, pero en calidad, mis lectores están en la cima del grupo, son la crema, la elite y los quiero a todos.

93. La historia

Houghton Mifflin preparaba una serie de libros de la historia de Estados Unidos para jóvenes y Austin Olney me preguntó si yo quería tratar algún tema que encajara en la serie.

Después de pensarlo, dije que podía hacer un libro sobre las investigaciones de Franklin acerca de la electricidad y su influencia en el desarrollo de la Guerra de Independencia estadounidense. A Austin le pareció bien, así que lo escribí y lo titulé *The Kite that Won the Revolution*.

El escritor Sterling North era el director general de la serie y cuando vio mi manuscrito quiso rescribirlo a su gusto. Al final, me devolvieron un manuscrito todo tachado que me heló la sangre. Acababa de escapar de las garras de Svirsky y no estaba dispuesto a caer en las de North.

Le dije a Austin que retiraría el manuscrito y le expliqué el porque. Austin se ofreció a publicarlo tal y como lo había escrito yo. Pero entonces no podría formar parte de la serie y probablemente no se vendería tanto ya que la colección era muy conocida y estaba prácticamente garantizada una buena venta. Le dije que las ventas no me preocupaban en absoluto, sólo me importaba publicar un libro tal y como lo había escrito yo y no como lo había escrito otro. Se publicó en 1963 y sus ventas fueron moderadas, pero yo me sentí feliz.

Después de aceptar escribir *Realm of Numbers*, que Austin me había sugerido, le persuadí para hacer *Words of Science*, una serie de doscientos cincuenta ensayos de una sola página sobre las derivaciones y explicaciones de términos científicos, organizados por orden alfabético. Trabajé en estos libros en la Facultad de Medicina con una versión íntegra del Webster a un lado de mi mesa. (Después de todo, no podía inventar la etimología de las palabras. Tenía que conocer exactamente la forma del latín y el griego de la que procedían.) Matthew Derow me vio y empezó a dar vueltas, y mirando por encima de mi hombro el Webster me dijo:

—Todo lo que haces es copiar el diccionario.

—Tienes razón —le respondí al tiempo que cerraba el diccionario y se lo entregaba—. Aquí lo tienes, Matthew. Te desafío a que escribas tú el libro.

No aceptó el reto.

La obra se vendió bastante bien, pero lo más importante fue que me divertí enormemente al hacerla, así que escribí *Words from the Myths* (1961), *Words on the Map* (1962), *Words in Genesis* (1962) y *Words from the Exodus* (1963), todos con Houghton Mifflin.

No fue bastante, así que busqué otros temas además de la mitología, la geografía y la Biblia que pudieran servir como fuente de palabras. Pensé en mi vieja pasión, la historia, y preparé un libro titulado *Words from Greek History*, en el que relataba la

historia de Grecia, deteniéndome de vez en cuando para discutir palabras que utilizamos y que se derivaban de ella.

Austin leyó el manuscrito y dijo que le gustaba la historia mucho más que las derivaciones de palabras y no necesité oír nada más. Descarté el manuscrito y empecé a escribir una historia sencilla de Grecia para gente joven. La titulé *The Greeks (Historia Universal de Asimov. T.4. Los griegos)* y fue publicada por Houghton Mifflin en 1965.

Igual que Tim Seldes me había pedido que no hiciera una segunda colección de ensayos hasta que tuviéramos la oportunidad de ver cómo se vendía el primero, Austin me pidió que no hiciera más libros de historia hasta que viéramos cómo se vendía Los griegos.

Una vez publicado, esperé algún tiempo, después fui al despacho de Austin y le pregunté:

—¿Qué tal se está vendiendo Los griegos?

—Bastante bien —respondió Austin—. Puedes escribir otro libro de historia.

—Ya lo he hecho —le dije, y le llevé el manuscrito de *Historia Universal de Asimov. T.5. La república romana*.

Acabé escribiendo otros catorce libros de historia para Houghton Mifflin, no sólo sobre Grecia y Roma, sino también sobre Egipto, Oriente Próximo, Israel, la Alta Edad Media, los orígenes de Francia e Inglaterra, por no hablar de los cuatro volúmenes de la historia de Estados Unidos, desde los tiempos de los nativos americanos hasta 1918.

Escribir estos libros fue una pura diversión y puesto que los atiborré de datos, lugares y hechos relacionados con ellos, se convirtieron en trabajos de referencia importantes para mis obras posteriores.

Era evidente que mis libros publicados por Houghton Mifflin no se vendían tan bien como los de Doubleday, ni siquiera si se comparaban los de no ficción con los de ficción. Mis libros de historia nunca se publicaron en rústica, mientras que prácticamente todos mis libros de Doubleday, del tipo que fueran, aparecieron encuadernados de esta forma. Así que después de mi cuarto volumen de la historia de Estados Unidos, *Los Estados Unidos de la Guerra Civil a la Primera Guerra Mundial*, en 1977, Houghton Mifflin me dijo (con toda amabilidad, desde luego) que no querían ninguno más. Me molestó bastante, porque no me gusta que me impidan escribir lo que yo quiero. La consecuencia es que he escrito muy poco para esta editorial desde 1977.

94. Mi biblioteca de referencia

Ya he comentado en el capítulo anterior que utilizo mis libros de historia como fuente de información para mis obras posteriores, y esto me recuerda que con frecuencia me preguntan si tengo una biblioteca de referencia.

Por supuesto que la tengo. En cuanto alcancé una estabilidad económica suficiente, que me permitía comprarme libros, empecé a formar una. En la actualidad poseo unos dos mil libros, divididos por temas: matemáticas, historia de la ciencia, química, física, astronomía, geología, biología, literatura e historia. Tengo la *Encyclopedia Britannica*, la *Encyclopedia Americana*, la *McGraw-Hill Encyclopedia of Science and Technology*, un *Oxford English Dictionary* en su versión completa, libros de citas y otros muchos más.

Un entrevistador que inspeccionó mi biblioteca el 21 de junio de 1978, escribió después, de modo despectivo, que era bastante pequeña, pero no sabía de lo que estaba hablando. La mantengo así a propósito, eliminando los libros viejos cuando compro nuevos. Los que están anticuados o que, por una razón u otra, no he tenido ocasión de utilizar, no me sirven para nada. Lo que poseo es una biblioteca de trabajo y no para enseñar.

Por supuesto, mi referencia es mi mente. Mi memoria es excelente y muy útil, pero algunos de mis amigos la exageran, incluso de modo supersticioso. De vez en cuando, me llama algún amigo que no logra localizar determinada información y, desesperado, se dice: "Llamaré a Isaac. Él lo sabrá."

A veces lo sé. Lin Carter, un miembro de mi club, los Trap Door Spiders, me llamó en cierta ocasión y me dijo:

—Isaac, necesito saber quién dijo: "¡Libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!"

—Madame Roland, cuando pasaba por delante de la estatua de la Libertad camino de la guillotina en 1794 —le respondí de inmediato.

Creo que Carter fue invitado a cenar durante meses gracias a esta anécdota, y sirvió para animar a otros a utilizarme como una enciclopedia portátil y muy a mano.

En otras ocasiones no sé la respuesta. Hace algunos meses, Sprague de Camp me llamó desde su nuevo hogar en Texas para preguntarme por las longitudes de onda de los gritos de los murciélagos. Esta información no la podía sacar de mi memoria, así que apenado (porque me gusta contestar preguntas de este tipo sin pensarlas), le dije que le volvería a llamar.

Registré minuciosamente mi biblioteca y finalmente encontré un excelente artículo sobre el sonido en mi *Encyclopedia Americana*, que contenía precisamente la información que necesitaba Sprague. Le llamé, le leí la información, me dio las gracias y entonces, después de colgar, descubrí que ¡el artículo lo había escrito yo!

Como ya he dicho, mis propios libros son una fuente de información muy buena para mí. Sin embargo, para utilizarla tengo que recordar qué libro incluye una información concreta y dónde puede estar. Ser prolífico también tiene sus inconvenientes.

Cuando empecé a escribir, por supuesto, guardaba los números de las revistas en las que yo aparecía, pero no tenía ni idea del increíble volumen de material que estaba destinado a publicar. Pronto me di cuenta de que en el pequeño apartamento donde vivía no tendría sitio para guardar todas estas revistas, así que hice algo que sabía que había hecho Sprague. Arranqué con cuidado los relatos de las revistas junto con el índice (y la portada, si mi nombre aparecía en ella), y los encuaderné en un único volumen de tapa dura. Con el tiempo, seguí haciendo volúmenes de estas "hojas arrancadas". También encuaderno mis novelas en rústica.

Entre unos y otros en la actualidad tengo alrededor de trescientos cincuenta volúmenes encuadernados, y aunque vivo en un piso mucho mayor que el de antes, se me ha acabado el sitio. Me he visto obligado a enviar los volúmenes menos importantes de material encuadernado a la Universidad de Boston, que colecciona mis obras.

Al principio, archivaba una copia de cada uno de mis libros, en todas sus ediciones, en inglés o en otro idioma, pero pronto empezaron a invadirlo todo, así que también envío todas las ediciones extranjeras a la Universidad de Boston. Ahora guardo sólo las ediciones en inglés, y también esto me está creando problemas.

Archivo mis libros en orden cronológico, pero ni siquiera esto garantiza que pueda encontrar un determinado libro con facilidad entre un total de cuatrocientos cincuenta y un títulos diferentes, y muchos de ellos, en múltiples ediciones en inglés. Lo que hecho es pegar un número (en orden cronológico) en cada título diferente. Otto Penzler, un comerciante de libros y bibliófilo, me advirtió que esto arruinaría el valor monetario de la colección, pero le contesté que no utilizaba los libros como una inversión financiera sino como referencia imprescindible.

Por supuesto, los números no significan nada a menos que los libros estén catalogados en función de ellos. Tengo una ficha de todos ellos en la que se indica su número y todas sus ediciones (incluso las que no guardo). Utilizo otras fichas para apuntar el argumento de cada libro y su edición, y fichas distintas para los relatos cortos y los ensayos.

Mi sistema de catalogación es primitivo y sólo lo puedo usar yo porque lo conozco muy bien, pero cuando empecé no tenía ni idea de que tendría que manejar varios cientos de fichas de todo lo que escribiría. ¿Quién podía haber imaginado que tendría que utilizar alrededor de cinco mil fichas? El problema se fue agudizando tan despacio que en ningún momento se me ocurrió buscarme un profesional para que creara un sistema de archivo para mí, o mejor todavía, para que informatizara todo el sistema.

No obstante, para ser un escritor de ciencia ficción y un experto conocedor de los cambios, en realidad soy un patán. Me gusta conservar las cosas como han sido siempre. Después de todo, todavía puedo hacer que mi sistema funcione, a trancas y barrancas, y no hay duda de que mi carrera profesional se acerca a su fin, así que… olvidémoslo.

Mi buen amigo Martin Harry Greenberg (no confundir con el Martin Greenberg de Gnome Press) quería hacer una bibliografía completa de todo lo que yo había escrito. Detesto negarle a Marty cualquier cosa, porque su corazón es bueno como pocos, pero no quería que lo hiciera. No me quedaría más remedio que implicarme, y podía verme a mí mismo metido hasta las cejas en un proyecto que requeriría un libro de mil páginas de letra pequeña, que nadie querría, ni podría pagar si lo quisiera.

Así que le dije:

—Escucha, Marty, espera hasta que me muera, así sabrás que tienes todo el material y no verás como la bibliografía se queda anticuada enseguida.

—Cuando mueras, no parará nada —me respondió Martin—. Habrá nuevas publicaciones de tus libros y seguirán publicándose durante muchos años.

—¿De verdad? —pregunté asombrado. Pero después de un momento de reflexión, supe que tenía razón y, de repente, vi la ventaja de estar muerto: no tendría que meterme en todo ese lío.

95. La colección de la Universidad de Boston

He dicho en el capítulo anterior que la Universidad de Boston colecciona mis obras. Todo empezó de la siguiente manera.

En 1964, Howard Gotlieb, el conservador de la Colección Especial de la Universidad de Boston, me dijo que quería coleccionar mis manuscritos. La universidad se estaba especializando en escritores del siglo XX y le parecía ridículo no tener en cuenta a un escritor prolífico que estaba entre el profesorado de su universidad.

Le costó bastante convencerme de que no estaba tomándome el pelo. Después de todo, yo consideraba mis “papeles” (viejos manuscritos, segundas copias, galeradas, etc.) mera basura, que es exactamente lo que era y lo que es, no importa lo que diga Gotlieb. De vez en cuando, reunía más o menos una tonelada de este material que saturaba mi despacho y lo quemaba en la barbacoa del jardín de atrás de nuestra casa, en West Newton. No utilizábamos la barbacoa para nada más (nunca para asados, se lo garantizo), pero siempre me pareció que era un accesorio enormemente útil como sistema de eliminación de material no deseado.

Gotlieb se molestó cuando descubrió que quemaba mis papeles, pero le di todo lo que tenía, y desde entonces le envío una copia de todos los libros en todas sus ediciones, inglesas y en otros idiomas, de todas las revistas que incluyen algún artículo mío, mi correspondencia y manuscritos y todo lo demás. Cuando vivía en Boston, le llevaba el material periódicamente y almorzábamos juntos. Pero al trasladarme a Nueva York, decidí llevar ese material a Doubleday, donde tenían la amabilidad de enviárselo por correo a Gotlieb como un favor especial. Periódicamente insisto en que me lo descuenten de mis derechos de autor, e invariablemente sueltan comentarios despectivos sobre mi inteligencia y se niegan en redondo.

Pero sigo pensando que la mayoría de mis papeles son basura, y me estoy empezando a rebelar. Gotlieb está convencido de que los estudiantes de literatura del siglo XX estudiarán mis papeles y que el resultado serán innumerables tesis doctorales. Creo que está loco; angélico y amable, le quiero muchísimo pero está loco.

La bóveda especial en la que se almacena mi basura está a disposición del público en general, que puede estudiar con detenimiento su contenido cuando quiera; allí un joven aficionado entusiasta encontró el manuscrito de un relato que yo daba por “perdido”. No lo estaba, e incluso se había publicado bajo un seudónimo algo que nunca había registrado y que por alguna razón había olvidado por completo. Procuré que fuera publicado en el siguiente libro que consideré más apropiado. Después, Charles Waugh, de Maine (con quien he colaborado en varios libros), encontró

versiones antiguas de dos novelas y de un relato corto. Uno de los hallazgos era la versión original del relato que se convirtió en *Un guijarro en el cielo*. Publiqué todas estas versiones antiguas con el título *The Alternate Asimovs* en 1986, sólo por su interés histórico (y para recuperarme del trauma de que en 1947 el protoguijarro hubiese sido rechazado). Incluso se vendieron algunos ejemplares.

En conjunto, por tanto, mi bóveda de la Universidad de Boston debe de ser la colección más variada de basura del mundo. Tengo una sensación de pesadilla: creo que un día acabará todo demasiado apretado y explotará. Puedo ver los titulares del *Globe* de Boston cuando esto suceda: “La bóveda de Asimov explota. Commonwealth Avenue devastada. Diecinueve muertos.”

96. Las antologías

Cuando estaba en la NAES, a principios de los años cuarenta, empezaron a aparecer las primeras antologías de ciencia ficción.

Una antología es una colección de relatos, no sólo de un autor, sino de varios. Su función es la misma que una colección: proporciona al lector habitual relatos que puede tener la oportunidad de releer junto con otros que tal vez se haya perdido. Los lectores nuevos tienen la oportunidad de leer los relatos más notables del pasado.

Los editores pagan por el privilegio de utilizar los relatos en antologías. Crown publicó la primera en 1946, *The Best of Science Fiction*, editada por Groff Conklin (a la larga se convertiría en un gran amigo mío). Contenía un relato mío menor, *Blind Alley* (*ASF*, marzo de 1945). Street & Smith Publications había comprado todos los derechos, así que el dinero era para ellos, pero Campbell insistió en que en tales casos fuera para los autores. (Fue un gesto amable, típico de Campbell.)

Recibí cuarenta y dos dólares y cincuenta centavos por el relato de la antología. No fue mucho, pero era la primera vez que me volvían a pagar por algo que ya había escrito, vendido y cobrado en el pasado. Al cabo de un año, otra antología, *Adventures in Time and Space*, editada por Raymond J. Healy y J. Francis McComas, incluía *Anochecer*, y me pagaron sesenta y seis dólares y medio por ello. En el futuro recibiría muchos más pagos por antologías, pero en los años cuarenta nunca sospeché que algo así pudiera ocurrir.

Con el tiempo, las antologías de ciencia ficción se publicaron por centenares, y la mayoría contenía relatos míos. Algunos han sido incluidos en antologías hasta cuarenta veces o más, pero supongo que otros, de Arthur Clarke o de Harlan Ellison, lo han sido incluso más veces.

Por supuesto, sospecho que muchos de los antólogos, sobre todo los que preparan "libros de lectura" para escuelas, no recurren a las fuentes originales para buscar material, sino a otras antologías. Esto quiere decir que una vez que un relato ha sido incluido varias veces en antologías, seguirá apareciendo en otras por pura inercia.

Luego, los escritores, a medida que se hacen más conocidos y sus relatos tienen más demanda, tienden a exigir mayores retribuciones por su uso. Mi principio ha sido el contrario. Nunca pido mucho, con la esperanza de que esto anime a que incluyan mis relatos en antologías. Quiero que mis obras y mi nombre tengan una gran difusión, y esto para mí, es mucho más provechoso que andar regateando.

Se publicaron muchas antologías, algunas de ellas editadas por mis amigos escritores de ciencia ficción, y a pesar de que sabía que el editor, por lo general, recibía la mitad de los derechos de autor (la otra mitad se repartía entre los autores), nunca me sentí tentado a editar por mí mismo. Supondría leer números atrasados, decidir cuál incluir, escribir a los distintos autores para pedirles permiso, etc.

Demasiado trabajo. Prefería gastar mi tiempo en escribir en vez de perderlo con antologías.

Pero, en 1961, Avram Davidson tuvo una idea. Había publicado un relato corto: *Or All the Seas with Oysters* (*Galaxy*, mayo de 1958) y había ganado el Hugo. Avram siempre necesitaba dinero y sabía que podía ganar algo si el relato se incluía en una antología. Sólo necesitaba persuadir a alguien de que editara una antología de los ganadores de los premios Hugo.

El agente de Avram, Bob Mills, quería conseguir como editor a alguien que: (1) fuera un escritor de ciencia ficción muy conocido y (2) nunca hubiese ganado un Hugo. Pensó en mí de inmediato. Yo era reacio, pero como no tenía que seleccionar las narraciones y Bob Mills conseguiría los permisos, el trabajo parecía sencillo y acepté.

The Hugo Winners, la primera antología que edité, fue publicada por Doubleday en 1962 y se vendió muy bien. Pero descubrí que mis cálculos habían tenido un fallo. Cada seis meses llegaban los derechos de autor de *The Hugo Winners*. Debía mandar un diez por ciento a Bob Mills, dividir lo que quedaba por la mitad, quedarme con una mitad y dividir la otra entre nueve autores en partes proporcionales según la longitud de sus relatos, antes de enviarles los cheques a ellos o a sus agentes.

Podría haber soportado esto durante un período o dos de derechos de autor, pero la antología siguió vendiéndose de una manera u otra durante veinte años. Acabé harto de esta tarea y decidí no editar nunca más otra antología a no ser que alguien se encargara de todo el papeleo.

Mantuve esta resolución. Para 1977 había editado ocho antologías y otros hicieron el papeleo en todas las ocasiones. Las antologías de este período incluían dos volúmenes más de ganadores del Hugo, un volumen de premiados con el Nebula, una antología de relatos muy cortos de ciencia ficción de Groff Conklin, un libro de relatos de ciencia ficción seleccionados por Doubleday y uno llamado *Antes de la Edad de Oro*, que fue una idea completamente mía.

El 3 de abril de 1973 soñé que había preparado una antología de las grandes narraciones que había leído y me habían gustado en los años treinta (incluidas *World of the Red Sun*, de Cliff Simak; *Born of the Sun*, de Jack Williamson; *Tumithak of the Corridors*, de Charles Tanner y otras más). Le conté a Janet mi sueño y me dijo:

—¿Por qué no lo haces?

¿Por qué no? Llamé a Larry Ashmead, subrayé la importancia histórica de dicha antología y me dio luz verde. Llamé a Sam Moskowitz, el historiador extraoficial de la ciencia ficción. Me dijo que siempre había deseado hacer dicha antología pero que ningún editor quería publicarla, mientras que entendía que estuvieran dispuestos a que la hiciera yo. Con toda lealtad, me dio las separatas de los relatos que necesitaba en un tiempo récord, y por supuesto le pagué por ello.

Doubleday publicó el libro el 3 de abril de 1974, el aniversario de mi sueño. Sólo se vendió moderadamente bien, pero fue un libro que me proporcionó una enorme satisfacción. Desee con todo mi corazón poder retroceder en el tiempo para decirle al joven estudiante que fui lo que había hecho para conservar los relatos que tanto le gustaron.

Y esto me hartó por lo que a antologías se refiere. No preveía hacer ninguna otra, excepto quizá más volúmenes de ganadores del Hugo, y ni siquiera de esto estaba muy convencido.

Sin embargo, en 1977 conocí a Martin Harry Greenberg y eso lo cambió todo, como explicaré a su debido tiempo.

97. Encabezamientos

The Hugo Winners me planteó un problema. ¿Debería o no debería contarlo como uno de mis libros?

Cuando se publicó yo tenía cuarenta y dos años y había publicado cuarenta y seis libros. Estaba empezando a darme cuenta de que lo más importante respecto a mí, desde el punto de vista literario, era el número de libros que estaba publicando. Nadie me aclamaba como una gran lumbrera de la literatura. No era una amenaza para el reino de los Bellow y los Updike y nunca lo sería. Y sin embargo, a todos nos gusta el reconocimiento, queremos que se nos reconozca por algo, y estaba empezando a darme cuenta de que tenía bastantes posibilidades de ser conocido aunque sólo fuera por el gran número de libros que iba a publicar y por la gran variedad de temas que trataría. Estaría bien que también se apreciara la calidad de mis obras, pero presentía que nadie se daría cuenta de ello; sólo se fijarían en el número.

En consecuencia, deseaba considerar *The Hugo Winners* mi libro número cuarenta y siete, y que contribuyera así a aumentar mis posibilidades de ser famoso. Después de todo, mi nombre estaba en la cubierta: "Editado por Isaac Asimov."

Por desgracia, mi sentido de la ética y todos los consejos paternales sobre la honestidad que llenaron mi infancia se interponían. El hecho era que, en realidad, yo no había editado el libro. Los nueve relatos habían sido seleccionados por los aficionados a la ciencia ficción. El orden en que se incluían era estrictamente cronológico. No había dedicado demasiado tiempo al libro y cualquiera lo podía haber hecho igual que yo.

Entonces tuve una idea brillante. ¿Por qué no me incluía en el libro? Podía escribir una introducción y, además, un encabezamiento, ambos largos y muy personales, para cada relato. De esta forma, el libro sería mío y podría, con todo derecho, añadirlo a mi lista.

Eso fue exactamente lo que hice. Escribí una introducción cósmica en la que me alababa a mí mismo excesivamente y censuraba la infamia que había hecho que se me privara del Hugo (copié la actitud del viejo Bob Hope hacia los Oscar). Empecé a leerle la introducción a Tim Seldes en su despacho, y para cuando había terminado el primer párrafo, se produjo un colapso general. Wendy Wiel, la guapa secretaria de Tim, miró por encima de mi hombro y dijo:

—Tim, ha escrito eso de verdad.

Tim arrancó la introducción de mis manos y la leyó. Después dijo:

—Bueno, supongo que a los aficionados a la ciencia ficción les gustará, pero ¿y a la gente de Dubuque?

—A la gente de Dubuque —le respondí con una exhibición de confianza que no sentía en realidad— le encantará. Se sentirán como si estuviesen dentro del mundo de

la ciencia ficción.

Tim dudó y después decidió arriesgarse. El libro se publicó con la introducción y las notas exactamente como yo las había escrito y pasó a mi lista como el libro número cuarenta y siete.

Y dio la casualidad que enseguida se vio que había hecho lo adecuado. *The Hugo Winners* se vendió muy bien para ser una antología e innumerables cartas confirmaron que la introducción y los encabezamientos eran lo mejor del libro.

No necesito que me caiga un yunque sobre la cabeza para darme cuenta de algo. Hasta entonces mis colecciones de relatos y ensayos habían estado desnudas. Me había limitado a recogerlas y a reunirlas sin añadir una sola palabra por mi parte.

¡Nunca más! A partir de esta antología, los relatos de todas mis colecciones tendrían unas palabras mías en forma de introducción o de apéndice (a veces los dos). Lo que añadía era muy personal y, por lo general, explicaba cómo había llegado a escribir la historia. Además, el tono era alegre y autohalagador. Si pensaba que un relato era bueno, lo decía; si había logrado alguna fama, también; si creía que había sido infravalorado, lo destacaba y, además, me quejaba de ello.

En conjunto, el resultado era muy bueno. Los lectores tenían la sensación de que les estaba hablando libre y abiertamente y, por lo general, eso generaba una sensación de afecto y de amistad. Yo había dejado de ser un nombre propio, era una persona. Empecé a recibir cartas que empezaban: “Querido Isaac: Por favor perdóname que te llame por tu nombre, pero he leído tantas obras tuyas que me siento como si fuéramos amigos.”

Incluso recibí una carta de una joven de la Columbia Británica que empezaba así: “Hoy cumplo dieciocho años. Estoy sentada en la ventana, mirando cómo llueve fuera, y pensando cuánto te quiero.”

Por supuesto, se refería a mis relatos, pero mis encabezamientos se habían convertido en parte de mí.

Respondí con una carta de agradecimiento, pero no pude resistir la tentación de añadir: “No obstante, debo hacerte la siguiente pregunta: cuando era un solitario de veintiún años, ¿dónde estabais entonces todas las encantadoras chicas de dieciocho?”

Todo este cariño y afecto que generaba era infinitamente agradable para mí. Después de todo, ¿a quién no le gusta ser amado? Y era lo bastante práctico para darme cuenta de que eso también ayudaba a las ventas.

Incluso mis colecciones de ensayos científicos recibieron mi ayuda editorial. En realidad, me aficioné a prologar cada uno de mis artículos de *F&SF* con una anécdota personal, por lo general cómica, que era en primer lugar cierta, y además, adecuada (o que se podía adecuar) al tema del artículo. Hacía la función de encabezamiento y un comienzo divertido ayudaba al lector a deslizarse por un tema, a veces intrincado, e incluso podía ayudarle a llegar sano y salvo al final.

Por supuesto que hay gente a la que no le gustan mis encabezamientos. Afirman que muestran un ego exagerado y enfermizo. Es obvio que no es verdad. Sólo me quiero a mí mismo, eso es todo, y no creo que haya nada malo en ello. Un crítico escribió una vez algo con lo que estoy de acuerdo: “El hombre es muy inmodesto, pero tiene muchas razones para serlo.”

98. Mis propios Hugos

Durante algún tiempo hice un buen negocio con la publicación de los relatos premiados con el Hugo, que empecé con *The Hugo Winners*. En realidad, no me importaba no haber ganado un Hugo, puesto que la mayoría de mis mejores relatos habían aparecido antes de que estos premios existieran (aunque creía que *El niño feo* debería haber ganado uno). Pero era un buen pretexto para hacer bromas, e hice todas las que pude.

En 1963 la Convención Mundial se celebraba en Washington e iba a ser organizada por George Scithers, un aficionado del que me había hecho amigo cuando volvíamos en tren de Detroit después de la Convención Mundial de 1959. George me llamó por teléfono, me preguntó si iría a Washington y mencionó que Theodore Sturgeon sería el maestro de ceremonias.

Surgió una remota esperanza. ¿Por qué intentaban asegurarse de que iría si otra persona entregaría los premios? ¿Sería que iba a conseguir uno por algo? Confirmé mi asistencia y traté de ocultar mi satisfacción.

Pero entonces, algún tiempo después, recibí otra llamada. Ted tenía graves problemas familiares y no podía ir a Washington. ¿Podría yo ser el maestro de ceremonias en su lugar? Bueno, eso significaba, obviamente, que no recibiría ningún premio, pero había prometido ir y no podía echarme atrás. Así que puse buena cara y acepté.

Entregué los Hugo enfatizando la caracterización de Bob Hope, con mi ingenio agudizado por la decepción. Cuando me disponía a abrir el último sobre, estaba tan obsesionado que no advertí que no había nada escrito en él. Lo agité en el aire durante bastante rato mientras criticaba al comité. Había hecho acusaciones feroces contra ellos para sacar todo el humor posible de la situación y después les acusé de ignorarme por un mezquino y cruel antisemitismo.

Después abrí el sobre y, por supuesto, era un premio especial para mí por mis artículos científicos de *F&SF*. Me quedé mirando estupefacto a la audiencia, indeciso, incapaz de terminar de pronunciar mi nombre y todos estallaron en carcajadas. (Tuve la sensación de que todos sabían lo que pasaba menos yo.)

Después le pregunté a George Scithers:

—¿Cómo pudiste pedirme que entregara los premios cuando iba a recibir uno?

—No íbamos a hacerlo hasta que Ted Sturgeon tuvo problemas y entonces decidimos que eras el único autor de ciencia ficción capaz de entregarse un premio a sí mismo sin sonrojarse —me respondió.

En 1966, la Convención Mundial se celebraba en Cleveland, donde once años antes, yo había sido el invitado de honor. Decidí asistir porque el comité concedería un Hugo a la mejor serie formada por tres o más novelas. Como ejemplo, citaban *El*

señor de los anillos, de Tolkien, de tres volúmenes (cuatro si se cuenta *El Hobbit*). Esto era una indicación clara de que esperaban que ganara Tolkien, y la popularidad de sus libros era tal (yo los había leído cinco veces) que le consideré un ganador seguro, independientemente de la competencia.

No obstante, se nominaron otras series para que pareciera una verdadera competición: *Future History*, de Robert A. Heinlein; *Marte*, de Edgar Rice Burroughs; *Lensman*, de E. E. Smith, y mi serie de la Fundación. Era obvio que tenía que ir a Cleveland. Por lo general, los Hugo se valoran en función de la longitud de la narración, por tanto, los más valiosos son los que se conceden a la mejor novela del año. Pero en esta ocasión, por primera vez (y hasta ahora, también la última) había un premio para una serie de novelas "de todos los tiempos" y era, sin duda, el mejor del año. Por tanto, era el Hugo más valioso que se había concedido hasta la fecha (y a partir de ella). Estaba casi seguro de que la Fundación quedaría en último lugar, pero sólo el ser nominado ya era un honor, así que fui.

Esta vez me llevé a Gertrude y a los niños conmigo, lo que durante un tiempo pensé que podría resultar un error desastroso. El viaje en coche fue aburrido y cuando llegamos a Cleveland el hotel era muy viejo y la habitación bastante lamentable, casi sin espacio en el armario. Gertrude se lo tomó muy mal y yo auguraba un fin de semana absolutamente espantoso.

Por suerte, y de manera bastante fortuita, cuando nos dirigíamos bastante deprimidos hacia el mostrador de recepción, nos dimos de bruces con Harlan Elision y tuve la oportunidad de observar de cerca su encanto con las mujeres. En un instante tenía a Gertrude y a Robyn comiendo de su mano. Gertrude y yo nos quedamos con él prácticamente toda la noche y mi mujer disfrutó de la convención después de todo. Y si ella lo hizo, por supuesto, yo también.

En el banquete, los Hugo se entregaron en orden inverso de importancia, de manera que el premio a la serie de novelas se entregó el último. Cuando llegó este momento, Harlan sustituyó al maestro de ceremonias (aparentemente, había insistido en ello, y a nadie le gustaba contrariar a Harlan) y leyó la lista de nominados, omitiendo la serie de la Fundación. Le grité molesto, pero no me hizo caso y leyó el nombre del ganador. Era yo, por delante de Tolkien, Heinlein, Smith y Burroughs. Por eso él había insistido en hacer este anuncio, para ver mi cara.

Al principio pensé que era una de las típicas bromas de Harlan y me quedé sentado, molesto y con el ceño fruncido, hasta que me di cuenta de que de verdad había ganado y entonces puse la cara que Harlan había estado esperando. Era mi segundo Hugo y el más valioso de todos los que se habían dado. Todavía ganaría tres más, pero hablaré de ello en el momento adecuado.

A propósito, después de ganar el primer Hugo, hice notar a Doubleday que eso me incapacitaba para hacer ninguna otra antología ganadora de ese premio. (Esperaba

que me liberaran de esa carga.) No obstante, este tipo de cosas nunca funcionan en mi caso. Recibí la respuesta habitual:

—No digas tonterías, Isaac.

99. Walker & Company

Los directores cambian de una editorial a otra. Algunas veces me llevan con ellos, como si fuera un virus.

Así, a principios de los sesenta, Edward Burlingame trabajaba para la editorial de libros en rústica New American Library (NAL), a las órdenes de Truman Talley. Escribí varios libros científicos para ellos. Uno fue *The Wellsprings of Life*, que fue publicado con tapa dura por Abelard-Schuman en 1960. Otros dos fueron *The Human Body* y *The Human Brain* (excelentes libros, si se me permite decirlo), cuya edición en tapa dura publicó Houghton Mifflin en 1963 y 1964 respectivamente.

Pero después se produjo una reorganización en NAL y Ed se marchó a Walker & Company. En esa época, yo había escrito un libro de tres volúmenes sobre física para adultos, llamado *Understandig Physics*, que NAL iba a publicar en rústica. Una vez que Ed se instaló en Walker & Company, se ofreció a hacer la versión en tapa dura, que apareció en 1966. También me convenció para que escribiera un libro de astronomía, *El Universo*, que fue publicado el mismo año. Así fue como Walker & Company pasó a publicar mis obras con regularidad.

Walker & Company es una pequeña editorial familiar, una especie en extinción. Papá es Samuel Walker, un caballero alto y educado, siempre sonriente. Mamá es su esposa, Beth Walker, una mujer alta y muy atractiva, con un gran sentido del humor. Es muy divertido y un gran placer bromear con ella.

Hace algunos años, por ejemplo, cuando perdí unos pocos kilos de peso, Beth me dio unas palmaditas en el abdomen y me dijo:

—Sigue así, Isaac, sigue así.

—Si hicieras eso y fuera joven, no podría —le respondí.

Cuando dejó de reírse (se ríe a carcajadas y de manera contagiosa), preguntó como lo hacen tantas mujeres:

—¿Por qué te sirvo la respuesta en bandeja?

(La contestación es sencilla. La única manera de no darme pie a responder es no decir nada.)

Walker & Company se convirtió en mi editorial para publicar libros no precisamente científicos. Hubo una época, por ejemplo, en que *The Sensuos Woman*, de J, y *The Sensuos Man*, de M, se vendían con gran éxito, aunque en mi opinión eran una porquería (a juzgar por lo poco que pude leer sin vomitar).

Beth inquirió:

—¿Por qué no escribes un libro verde?

—¿Sobre qué? ¿Sobre como ser un viejo verde? —pregunté yo.

—Estupendo —concluyó.

Así que escribí *The Sensuous Dirty Old Man*, que Walker & Company publicó en

1971. Lo terminé en un fin de semana y estaba repleto de juegos de palabras y citas equívocas, que le conferían un color “verde” que, en realidad, nunca llegó a tener. Lo escribí en el despacho de Janet, que no lo utilizaba los fines de semana (todavía no estábamos casados), y lo escondía nervioso cuando ella entraba. Pensaba que no lo aprobaría, pero la conocía muy poco. Le divierten los temas picantes tanto como a mí.

El libro se vendió muy mal. Era demasiado frívolo para mis lectores habituales y poco pornográfico (o nada en absoluto) para los lectores de literatura barata. En relación con este libro, hice una de las pocas cosas de las que estoy realmente arrepentido. La cubierta muestra una foto mía con los ojos tapados por un sujetador. Se presentaba al autor como el “Doctor A” para enlazar con las iniciales de los autores de los otros dos libros Sensuous. Pero mi verdadera identidad se reveló en cuanto se publicó el libro.

Sin embargo, Walker me preparó una entrevista en el programa de Dick Cavett y para mantener mi supuesto anonimato me hizo llevar realmente un sujetador sobre los ojos. No sé por qué acepté. Por supuesto, me lo quité al poco de empezar la entrevista, pero no antes de haberme puesto en ridículo ante una gran audiencia.

Después, a principios de 1975, empecé a escribir una gran cantidad de poemas jocosos. En mi juventud ya había escrito de vez en cuando quintillas jocosas, pero en 1975 mi adición se convirtió en un vicio, como si fuera un adicto. No estoy seguro del porque.

Quizá fuera debido a que era una forma de verso con reglas rigurosas de metro y rima. Me repugnaba la poesía moderna porque no podía entenderla (y, peor todavía, no había nada en ella que me incitara a entenderla) y porque desdeñaba sus ideas sobre la libertad métrica de un poema. (Robert Frost decía que los versos libres eran como jugar al tenis sin red y yo estaba de acuerdo.) Por tanto, quería imponerme unas reglas, puesto que un poema jocoso bien hecho sería un desafío y un logro mayor.

Me impuse otra restricción. Estos poemas tenían que ser obscenos y olvidé mi resolución de no utilizar vulgarismos para hacer buenos versos. Sin embargo, mantuve la firme determinación de que mis poemas fueran algo más que “verdes”. Tenían que ser inteligentes, más inteligentes que verdes. Eso los hacía todavía más difíciles de escribir.

Durante algún tiempo combatí el insomnio creando estos poemas. Si no podía dormir, componía versos. Si me salían bien, me reía a carcajadas (y aunque consiguiera ahogarlas, mi cuerpo se estremecía y sacudía la cama). Janet se despertaba y le recitaba el poema que acababa de componer.

—Escríbelo —me insistía.

Pero no le hacía ni caso. Le aseguraba que lo recordaría y me dormía. Por la mañana, desde luego, lo recordaba.

Cuando tuve cien poemas los entregué (con notas, por supuesto) a Walker & Company y los publicaron como *Lecherous Limericks* en 1975. a finales de los setenta había escrito otros cuatro libros de poemas obscenos (dos en combinación con el poeta John Ciardi). Escribí también otros dos libros de poemas, no obscenos.

En total, publiqué cerca de setecientos poemas y después se me pasó la fiebre y no escribí más, excepto alguno de manera ocasional, a petición de mujeres por lo general.

Los libros casi no se vendieron. De todas maneras este tipo de literatura nunca se vende bien y en mi caso, una vez más, me había quedado entre dos aguas. A mis lectores no les interesaban los poemas, y los aficionados a este tipo de versos no los encontraban lo bastante obscenos. No importa. Fue divertido mientras duró.

No voy a sucumbir al impulso de citar varias docenas de mis poemas jocosos favoritos, pero reproduciré uno que escribí sobre John Ciardi y yo mismo (exagerando, por supuesto):

There is something about satyriasis
That arouses psychiatrits' biases.
But we're both of us pleased
We're in this way diseased,
As the damsel who's waiting to try us is.

[Hay algo en la satiriasis / que hace surgir prejuicios en los psiquiatras. / Pero nosotros dos estamos encantados / nosotros estamos contagiados por esta enfermedad, / como lo está la doncella que espera ponernos a prueba.]

Mientras tanto, una nueva directora de Walker & Company, Millicent Selsam (una conocida autora de temas de biología para gente joven) me propuso que escribiera un libro cuyo título fuera *How Did We Find Out the Earth is Round?* (La Tierra es redonda). Debía tener siete mil quinientas palabras e ir dirigido a jóvenes de diez a doce años.

Pensé que era una gran idea. Lo hice a toda velocidad y se publicó en 1973. Se vendió bien y Millicent me propuso que escribiera más libros de ese tipo. Al final se publicó una serie de pequeñas narraciones científicas sobre temas que van desde los volcanes a los agujeros negros, desde los átomos a la superconductividad. Hasta ahora he escrito treinta y cinco de estos libros y la serie, en conjunto, ha tenido mucho éxito.

Por el momento, he publicado sesenta y seis libros con Walker & Company. Es la

segunda editorial, después de Doubleday, que ha publicado más libros míos y ocupa el mismo puesto en cuanto a pago de derechos de autor.

Me gusta recordar las cosas agradables que dicen los editores de mí. En cierta ocasión, cuando me tenían que pagar los derechos de autor en febrero de 1978, en medio de una tormenta de nieve, llamé a Sam Walker para decirle:

—Iré a por el cheque en cuanto mejore el tiempo. No hay prisa.

Pero a Sam no le pareció bien. Entregó las cuentas y el cheque con esquís.

Beth me dijo una vez:

—Es extraño, pero eres nuestro mejor autor y también el más simpático.

Sé porque pensaba que era extraño. Todos los creadores artísticos, una vez que alcanzan la categoría de “estrellas”, se vuelven criticones, exigentes y, en general, desagradables. Al principio de mi carrera me juré a mí mismo que si alguna vez alcanzaba la fama no me convertiría en su prisionero. Excepto algunos pequeños deslices que he tenido en mis ataques de furia, he cumplido esta resolución.

En cierta ocasión, Patricia van Doren, de Basic Books, me invitó a almorzar, y en el restaurante nos encontramos con Robert Banker, de Doubleday.

Robert le dijo:

—Cuídelo bien, señorita Van Doren. Es el autor favorito de Doubleday.

—No se preocupe, señor Banker, también es el autor favorito de Basic Books —le respondió Pat con arrogancia.

No puedo evitar que me gusten las observaciones agradables como éstas, y tampoco puedo dejar de mencionarlas.

Una última palabra. Walker & Company me sirvió de otra manera inusual. Pero de eso hablaré más adelante.

100. Mis fracasos

No todos mis proyectos de los años sesenta fueron éxitos.

En 1961 la World Book Encyclopedia me pidió que me uniera a un equipo que iba a escribir su anuario. Éramos siete y cada uno se encargaría de un aspecto de los avances del año. Así, James *Scotty* Reston haría los asuntos nacionales; Lester Pearson, de Canadá, asuntos internacionales; Red Smith, deportes; Sylvia Porter, economía; Alistair Cooke, cultura y Lawrence Cremin, educación.

Yo tenía que escribir acerca de las ciencias. El trabajo era sencillo, un artículo de dos mil palabras cada año. Pagaban bien, dos mil dólares. Todavía no había llegado el momento en que podía cobrar de manera rutinaria un dólar por palabra y ese dinero me parecía muchísimo.

Puse una sola condición: no viajar.

Estuvieron de acuerdo, pero el pacto era una farsa. Me convencieron para ir a Chicago y después a Virginia Occidental. Finalmente, en 1964, pretendieron que fuera a las Bermudas y me negué en redondo.

Me preguntaron si quería más dinero. Les respondí:

—No, ya me pagan más que suficiente. Lo que no quiero es viajar.

Así que me despidieron.

Una situación todavía peor se produjo en 1966, cuando Ginn and Company quiso publicar una serie de libros científicos para jóvenes de escuelas primarias. Estaban reuniendo un equipo y querían que me uniera a él para escribir parte del material para el cuarto, quinto, séptimo y octavo grados.

Era muy reacio a hacerlo porque nunca había superado mi experiencia de escribir libros de texto, unos doce años antes, sobre todo de escribirlos en grupo. Pero me sobornaron.

Para 1966 estaba bastante seguro de que mi matrimonio con Gertrude no iba a durar muchos años más, y eso me preocupaba mucho. Estaba experimentando el sentimiento judío de la culpabilidad hasta más no poder. Cuando Ginn and Company me aseguró que la serie de los libros de texto sería un éxito multimillonario, tuve la brillante idea de arreglarlo para que la mitad de los derechos de autor fueran a parar a Gertrude. Eso la ayudaría a mantenerse.

Así que suspiré, me incliné y acepté el trabajo. El grupo se reunía de vez en cuando para discutir el libro y yo pasaba el tiempo contándoles las últimas bromas, como en el Concord algunos años después. Tenía que hacer soportable algo que era insoportable.

Odiaba el trabajo en su conjunto, y todo lo que podía hacer para aguantar era pensar en los millones de los beneficios. Por desgracia, los libros fueron un fracaso, y no produjeron millones sino miles. Gertrude recibió la mitad de los derechos de autor,

pero fue una cantidad tan ridícula que se puso furiosa en vez de contenta.

No fue mi culpa. Bueno, pensándolo bien, en cierto modo lo fue. Una de las razones por las que la serie no funcionó fue porque mencionaba la teoría de la evolución y los trogloditas de Texas y de otros estados no la utilizaron. Querían enseñar ciencia como el Génesis.

Los editores, con su valor habitual, simplificaban sus libros de texto para ganar dinero a costa de que los niños estadounidenses aprendieran poco, o lo que es peor, mal. Ginn and Company se preparaba para unirse al desfile y destruir las mentes de los jóvenes eliminando los capítulos de la evolución y sustituyéndolos por algo así como el “desarrollo”. Pero fui yo el que escribí los capítulos de la evolución (y, por tanto, era responsable en cierto modo de la escasa proyección de los libros) y me negué a hacer ningún cambio.

Les dije con arrogancia: “No está escrito en las estrellas que vaya a ganar un millón de dólares, pero sí está escrito en ellas que debo ser fiel a mis principios.”

Así que me despidieron. Otra persona hizo los cambios y el 26 de junio de 1978 ordené que quitaran mi nombre de los libros. El proyecto fue un fracaso absoluto.

¿Qué hace uno en casos como éste? Se siente desamparado frente a los editores cobardes, las juntas escolares dóciles y los ignorantes fanáticos. Todo lo que pude hacer fue escribir artículos denunciando el creacionismo y su creencia en Adán, Eva, la serpiente que habla, el diluvio universal y un universo que tiene entre seis y diez mil años de edad, además de una creación sobrenatural y súbita de todas las especies vivas diferentes entre sí.

Algunos de mis artículos aparecieron en un medio de comunicación excelso como el *New York Times Magazine*, lo que provocó las iras de muchos fundamentalistas. Me siento orgulloso y feliz por haberlas desencadenado.

101. Los adolescentes

Al principio del libro mencioné mi carencia de afecto hacia los bebés y los niños. Tampoco es que los adolescentes me cautiven. Recelo de cualquier chico que tenga menos de veintiún años y de cualquier chica que tenga menos de dieciocho. Me convencí de ello, más bien a la fuerza, después de haber comprado nuestra casa en West Newton en 1956. Estaba a manzana y media de un colegio y, en mi inocencia, sólo pensé que eso sería una ventaja para mis dos hijos cuando crecieran. No pensé en la presencia de los demás chicos.

Cada mañana lectiva, una marea de adolescentes de doce a quince años, recorrían la calle hacia el colegio. Cada tarde el flujo bajaba en dirección contraria. Por la mañana era soportable, ya que tenían que estar en el colegio a una hora determinada y rara vez se levantaban lo bastante pronto como para dar un paseo matinal. Pero por la tarde, al volver a casa, muchos parecían no tener ninguna prisa por estar con sus amantes familias a una hora determinada. En su regreso a casa iban paseando y la marea quedaba atrapada en aguas poco profundas y se estancaba, a menudo justo enfrente de nuestra casa.

Eran gritones, estridentes, groseros y obscenos. Decir tacos los hacía sentirse mayores.

Una vez escribí algo sobre el aparato excretor para esa serie de Ginn and Company que siempre lamentaré, y tuve la ocasión de utilizar de manera natural la palabra “orina” repetidas veces. En una de nuestras reuniones habituales, el director jefe de la serie puso objeciones a su uso.

Yo estaba confundido.

—¿Qué se supone que debo decir? —pregunté.

—Di “excreciones líquidas”.

Seguía confundido.

—¿Por qué? —insistí.

—Porque los estudiantes se reirán nerviosos si oyen la palabra “orina”.

Me puse en pie furioso y le dije:

—Escucha, vivo en una manzana inundada de colegiales y la única razón por la que se reirían es porque “orina” para ellos es una palabra estrafalaria. Están acostumbrados a llamarlo “pis”. si quieres cambiaré “orina” por “pis” pero no por “excreciones líquidas”.

Se mantuvo la palabra “orina”.

Francamente, los jóvenes nos asustaban. A Gertrude y a mí nos parecía que eran un poder fáctico. No podíamos echarlos y si lo hacíamos se comportaban como un saco de boxeo. Siempre volvían y nuestras reprimendas no hacían más que provocar en ellos un espíritu de desafío y rebelión, y la multitud de delante de nuestra casa se

hacía cada vez mayor y más ruidosa.

Eran chicos de clase media, sin duda, y nunca padecimos violencia ni vandalismo alguno, pero nos molestaba el volumen del ruido. Aprendimos a reconocer los primeros murmullos que anunciaban que la marea se acercaba y ya nos estremecíamos. Realmente esto nos amargó la vida. Un pequeño detalle; pero estos detalles pueden ser un auténtico engorro. Piense en el zumbido de una mosca diminuta que le impidiera dormir turbando el silencio.

Finalmente resolví el problema, pero ocurrió por casualidad, como ya explicaré.

102. Al Capp

Al Capp es el famoso dibujante de historietas que creó el mundo de *Li'l Abner* que yo adoraba. Nos vimos por primera vez en 1954, cuando nos presentó un profesor de la Universidad de Boston. Al era un hombre de estatura media, con una pierna de madera y una cara de rasgos duros. Se reía con facilidad y tenía un don especial para la conversación.

Nuestra amistad se fue desarrollando, aunque nunca fue muy íntima. De vez en cuando hablábamos por teléfono, le visité una vez en su casa, fuimos a ver juntos *The Crucible*, de Arthur Miller, etc. Nuestro mayor contacto se produjo en 1956 en la Convención Mundial de Nueva York, donde era uno de los conferenciantes y a la vuelta nos llevó en su coche a Hal Clement y a mí.

La amistad alcanzó un terrible clímax en 1968, pero para explicarlo debo dar un rodeo. Perdóneme.

Toda mi vida he sido un liberal. He tenido que serlo. Desde muy joven me di cuenta de que los conservadores, que están más o menos satisfechos con las cosas tal y como son e incluso con tal y como eran hace cincuenta años, son "amantes de sí mismos".

Es decir, tienen tendencia a que les guste la gente que se parece a ellos y recelan de los demás. En mi juventud, en Estados Unidos la piedra angular del poder social, económico y político residía en una clase dirigente formada en su totalidad por gente que procedía de Europa noroccidental y los conservadores que formaban esta clase dirigente despreciaban a los demás. Entre otras cosas despreciaban a los judíos, y en los años de Hitler los nazis no les preocupaban demasiado ya que los consideraban un baluarte contra el comunismo.

Como judío, tenía que ser liberal, primero por autoprotección y segundo porque aprendí a inclinarme hacia ese lado a medida que crecía. Quería ver a un país cambiado y más civilizado, más humano y más fiel a las tradiciones que ellos mismos proclamaban. Deseaba que todos los estadounidenses fueran juzgados como individuos, no como estereotipos. Quería que todos tuvieran las mismas oportunidades. Anhelaba que la sociedad se preocupara por el bienestar de los pobres, los desempleados, los enfermos, los mayores y los desesperados.

Tenía sólo trece años cuando Franklin Delano Roosevelt fue nombrado presidente y lanzó su New Deal, pero no era demasiado joven para hacerme una idea de lo que intentaba realizar. Sólo estuve en desacuerdo con Roosevelt cuando no fue lo bastante liberal, cuando por razones políticas ignoró la situación de los afroamericanos del Sur o de los republicanos en España.

El liberalismo empezó a desvanecerse después de la Segunda Guerra Mundial. Los tiempos fueron prósperos y muchos trabajadores, al tener empleo y sentirse

seguros, se volvieron conservadores. Tenían lo suyo y, en el fondo, no querían molestarse por los que seguían abajo. Muchos de los que estaban peor y podían haber peleado por una parte del pastel se refugiaron en la apatía y las drogas a medida que pasaban las décadas.

Y finalmente llegamos a la era Reagan, cuando se generalizó el no gravar sino pedir prestado; gastar dinero no en servicios sociales sino en armamentos. La deuda nacional no hizo más que duplicarse en ocho años y el pago de los intereses de los préstamos se disparó por encima de los ciento cincuenta mil millones de dólares al año. Esto no afectó a la población de inmediato. Los estadounidenses ricos se hicieron más ricos en un ambiente de descontrol y avaricia y los pobres… Pero ¿a quién le preocupan los estadounidenses pobres excepto a la gente etiquetada con la palabra que empieza por L[13] que nadie se atreve ya a pronunciar?

Me hace pensar en los versos de Oliver Goldsmith:

Ill fares the land, to hastening ills a prey,
Where wealth accumulates, and men decay.

[Enferma el país, las desgracias se abalanzan sobre su presa, / donde la riqueza se acumula y los hombres se desmoronan.]

Como estadounidense leal, me enferma.

He visto que algunas personas pasaban de liberales a conservadores a medida que se hacían mayores, más gordos y “más respetables”. Los que fueron conservadores desde su infancia, como John Campbell, no me molestan en realidad. He discutido de política y sociología con él durante décadas y nunca le hice cambiar de opinión, pero tampoco él a mí.

Sin embargo, Robert Heinlein, que durante la guerra fue un ardiente liberal, después se convirtió en un fanático conservador. El cambio se produjo casi al mismo tiempo que cambió de mujer, la liberal Leslyn por la conservadora Virginia. Por supuesto, dudo que Heinlein se llame a sí mismo conservador. Siempre se imagina como un libertario, lo que para mí significa: “Quiero la libertad de hacerme rico y tú tienes la libertad de morirte de hambre.” Es fácil pensar que nadie debería depender de la ayuda de la sociedad cuando uno mismo no lo necesita.

El caso que observé más de cerca, sin embargo, fue el de Al Capp (ahora vuelvo a coger el hilo). No sé qué le sucedió. Hasta mediados de los sesenta era un liberal, como se podía comprobar por sus tiras cómicas de *Li’l Abner*. Recuerdo incluso que en 1964, en una reunión, ambos criticamos el intento de Barry Goldwater de acceder

a la presidencia. (Al recordarlo, sin embargo, me doy cuenta de que Goldwater era un hombre honesto, de integridad muy superior a la de Lyndon Johnson, a quien voté, así como a la de Richard Nixon y Ronald Reagan, a quienes no voté.)

Después, de la noche a la mañana, se volvió conservador. No sé que le impulsó a ello. Admito que los "nuevos liberales" de los sesenta a veces eran difíciles de aceptar; ellos mismos se exponían a la burla con sus largas melenas desaliñadas; y aparentemente Al se hartó de ellos y se pasó a la extrema derecha.

Recuerdo una reunión posterior a 1964 en la que Al Capp hizo unos comentarios muy mordaces acerca del escritor afroamericano James Baldwin, por ejemplo, sobre otros destacados afroamericanos y de los movimientos a favor de los derechos civiles y anti-Vietnam en general.

Le escuché horrorizado y planteé objeciones, por supuesto, pero Al las rechazó.

Después de esto, nuestra amistad terminó. Fui educado e incluso amable en las raras ocasiones en las que nos vimos (nunca he sido tan grosero como para cortar o desairar a alguien), pero no hice nada por encontrarme con él.

Lo que más me molestó fue que su nueva actitud se reflejó en *Li'l Abner*. Su caracterización de Joaney Phoney como estereotipo de cantante *folk* liberal era cruel. Peor todavía, empezó una larga serie de historietas que contenían lo que a mí me parecían ataques muy velados a los afroamericanos.

Cada vez me indignaba más la perversión (al menos en mi opinión) de una tira cómica que me había gustado tanto. Por fin me irrité tanto que escribí una frase de protesta al *Globe* de Boston, donde publicaba Al. Decía: "¿Soy el único que está harto de la propaganda antinegra de Al Capp en su tira de *Li'l Abner*?"

El 9 de septiembre de 1968 el Globe la publicó en un recuadro que la destacaba mucho. Estaba encantado, y no pensé en las consecuencias.

Al día siguiente, a las 3 de la tarde, Al Capp me llamó. Había visto el periódico y me preguntó:

—Hola, Isaac, ¿qué te hace pensar que soy antinegro?

—¿Cómo me lo preguntas, Al? —respondí sorprendido—. Te he oído hablar. Sé que lo eres.

—Pero ¿puedes probarlo en los tribunales? —inquirió.

—¿Quieres decir que me vas a demandar? —pregunté con voz temblorosa.

—Exactamente, por libelo. A menos que rompas con los Panteras Negras.

—No tengo nada que ver con los Panteras Negras, Al.

—Entonces escribe una carta de disculpa al *Globe* negando que yo sea antinegro —concluyó.

Pocas veces han puesto tan a prueba mi cobardía. Me gusta creer que soy firme al mantener mis principios, pero nunca he estado en los tribunales, no he tenido ninguna experiencia tan espantosa y, sencillamente, temblaba.

Fui a mi despacho a escribir la carta de disculpa y a humillarme y descubrí algo extraño. Podía ser un cobarde, pero mis dedos eran valientes como leones. Se negaron a escribir la carta. Poco importa lo que les dijera; no lo harían. Me quedé mirando la hoja en blanco y finalmente abandoné. No habría carta de disculpa. Que Al Capp hiciera lo que quisiera. Llamé a mi abogado.

Se rió y me dijo que no podía demandarme sin demandar también al periódico por publicar la carta. Y le repliqué:

—Pero yo la envié para que la publicaran.

—Pero nadie obligó al periódico a hacerlo —me respondió—. Llámales.

Llamé al periódico y se rieron. Dijeron que Al Capp era una figura pública y que su trabajo era un blanco fácil para los comentarios. Lo mismo que en mi caso, según me dijeron. (Pensé en todas las calumnias que los críticos habían dicho de mis obras y me sentí relajado.) Además, me aseguraron que le explicarían a Al que un juicio no haría más que dar publicidad a sus sentimientos en contra de los negros, lo cual no sería de su agrado.

El periódico me llamó al día siguiente. Justo veinticuatro horas después de que Al hubiera lanzado sus amenazas, se retractaba y yo nunca pedí perdón.

Al cabo de un tiempo, me lo encontré una vez en una gran recepción. Le saludé amablemente y no comentamos el asunto.

¡Pobre Al! Su final no fue feliz. La popularidad de *Li'l Abner* decayó con rapidez, a lo mejor como consecuencia de lo que yo consideraba una mala propaganda. Después de todo, perdió su público liberal y los conservadores sólo leen los informes de la Bolsa.

Además, el joven Charles Schultz le eclipsó con sus *Peanuts*, que aportaron una nueva visión a las tiras cómicas que hicieron que las payasadas de Al se pasaran de moda (lo que ofendió mucho a Al). Por fin, un escándalo en el recinto universitario en el que estaba implicada una estudiante puso fin a su carrera como profesor. Después de su muerte, en 1970, nadie continuó con su tira.

Cómo me hubiera gustado que lo que sucedió a mediados de los sesenta e hizo cambiar todas las opiniones y la personalidad de Al no hubiese ocurrido.

El embrollo de Al Capp tuvo una peculiar consecuencia. Me había amenazado, como ya he dicho, a las tres de la tarde, justo en el momento en el que los jóvenes del colegio salían como locos. Estuve demasiado preocupado para oírlos. La tarde siguiente, también a las tres de la tarde, el periódico me llamó para decirme que todo estaba en orden. Busqué a Gertrude para darle las buenas noticias y la encontré fuera, sermoneando a los chicos.

Me precipité al exterior lleno de jovialidad y amabilidad, envié a Gertrude adentro, reuní a los chicos, puse mis brazos alrededor de los dos más cercanos e indagué si alguien había leído alguno de mis relatos. Unos pocos lo habían hecho y

dijeron que les gustaban. Les pregunté si alguno había intentado escribir uno. Sólo un chico levantó la mano y admitió que era muy difícil hacerlo.

Entonces les solté:

—Bueno, estoy tratando de escribir, y si pasarais cerca de la casa sin armar follón, me resultaría más fácil. ¿Qué os parece?

—Su mujer nos grita —dijo uno.

Miré hacia la casa para asegurarme de que Gertrude no podía oírme, porque estaba seguro de que no entendería mi estratagema y murmuré:

—Tengo que vivir con ella. ¿Cómo creéis que me siento?

Hubo una carcajada y se creó un vínculo masculino. Después de esto, ya no hubo problemas.

Me creé la obligación de estar fuera de vez en cuando a la hora que pasaban. Los saludaba con una sonrisa y ellos me gritaban: “¿Cómo van los relatos?” Era una fiesta entre amigos.

Al recordarlo, no siento más que pena. ¿Cómo pude dejar que mi desagrado irracional por los jóvenes creciera hasta hacerme sentir que ser desagradable lograría mejores resultados que mostrarme amable? ¿Por qué tuve que esperar a que las circunstancias me enseñaran algo que ya sabía?

Desde entonces he tratado de evitar este error y, a veces, no es fácil. Una tarde, después de que anocheciera, me dirigía con algunos amigos a una reunión en un gran edificio. Tenía que subir un tramo de escaleras para llegar a la puerta, pero en las escaleras había un grupo de jóvenes que me miraban con solemnidad a medida que me acercaba.

Mi cobardía me decía: “¡Son ladrones!” (Hasta ahora no me han atracado nunca.) El primer impulso fue darme la vuelta y largarme, pero no iba a dejarme dominar por un miedo irracional y seguí con resolución. Levanté la mano para saludar mientras me miraban de cerca, bajo la tenue luz que brillaba en lo alto de las escaleras y les dije:

—¡Hola, chicos!

Como si el sonido de mi voz fuera lo que estaban esperando, uno de los jóvenes preguntó:

—Oiga, ¿no es usted Isaac Asimov?

Me paré en seco, sorprendido.

—Sí, soy yo.

—Me gustaron los libros de la Fundación —me dijo el joven, mientras los demás me sonreían de manera agradable.

Les di las gracias, les estreché la mano y seguí mi camino, muy contento.

103. Los oasis

Se puede escribir un libro que sea un éxito comercial y de crítica y, sin embargo, odiarlo. Esto fue lo que ocurrió, como ya he explicado, con la primera edición de *The Intelligent Man's Guide to Science*.

Una situación parecida, pero a mucha menor escala, se produjo con *Anochecer*. Antes de su publicación, Cambpell añadió un párrafo hacia el final. Era muy poético, pero no estaba escrito en mi estilo, y a mis ojos era un "no Asimov". Además, en el párrafo Campbell mencionaba la Tierra, que yo había eludido mencionar en el relato porque no quería que el lector considerara el planeta Lagash un cuerpo celeste alienígena.

Para mí, el párrafo de Campbell destrozó el relato y ayudó a que cuando la gente lo alababa y aseguraba que era mi "mejor obra" mi reacción fuera negarlo rotundamente.

Hace unos años todavía se insistió más en ello cuando el escritor de ciencia ficción Harry Harrison afirmó que yo podía escribir poéticamente cuando quería, y para probarlo, citó el párrafo de Campbell en *Anochecer*. Todo esto me sumió en la desesperación.

Sin embargo, aunque en los años sesenta y setenta me dediqué al trabajo literario de la no ficción, ello no quiere decir que no escribiera ciencia ficción. Hubo algún oasis en el desierto y en ese intervalo escribí varios relatos de ciencia ficción, algunos bastante buenos. Entre ellos, *Feminine Intuition*, por ejemplo, que apareció en el número de octubre de 1969 de *F&SF*. Después vino *Light Verse*, un relato por encargo muy corto para *The Saturday Evening Post*, que apareció en el número de septiembre-octubre de 1983 y me gustó mucho.

Ya había publicado relatos en esta revista (después de su relativo renacimiento como una sombra difusa de lo que fue), pero todos eran reimpresiones. En 1983 el *Post* me pidió un relato original y para recalcar que *Light Verse* lo era, les adjunté una carta que certificaba su reciente creación: había sido escrito ese mismo día.

Me preguntaron asombrados cómo lo había hecho. No les contesté, pensé que no sería bueno explicarles que en realidad lo había escrito en una hora. La gente no entiende lo que significa ser prolífico.

También escribí novelas de ciencia ficción en esa época, y la primera fue *Viaje alucinante*, acerca de la cual hay cierta confusión, ya que en realidad yo no la considero una novela mía. Por lo menos, no en mi fuero interno.

Se había rodado una película titulada Viaje alucinante, en la que un submarino miniaturizado, con una tripulación también miniaturizada, se pasea por el flujo sanguíneo de un hombre moribundo. Para curarle desde adentro. Existía un guión de película y la idea era convertirlo en una novela. Bantam Books, en aquel entonces

dirigida por Marc Jaffe, se hizo con los derechos en rústica y quería que yo la escribiera.

Dudé. Nunca había hecho algo así y pensé que no me divertiría escribir una novela que en cierto modo ya estaba escrita. No obstante, me convencieron para que leyera el guión. Era una historia emocionante, y Marc siguió dándome coba y afirmó que yo era el único escritor en quien podía confiar y cosas así. Como siempre, los halagos hicieron su efecto, y acepté.

No me costó mucho escribir la historia, aunque tuve que perder tiempo corrigiendo unos pocos errores elementales del guión. (Sus autores habían asumido que la materia es continua, y no entenderían que cuando los seres humanos eran reducidos al tamaño de una bacteria, las moléculas de aire sin miniaturizar serían demasiado grandes para respirar. Además, al final dejaban el submarino en el cuerpo y afirmaban que había sido devorado por un glóbulo blanco. Tuve que señalar que, devorado o no, estaba formado por átomos miniaturizados que se expanderían y desintegrarían al hombre que los contenía.)

A pesar de perder el tiempo corrigiendo los errores, terminé de novelar el guión en sólo seis semanas.

Ésa era la parte más sencilla, lo difícil vino después. Las novelas en rústica de películas lo único que pretenden es hacer publicidad de las mismas mientras se exhiben en los cines. Después, no se vuelve a oír hablar de ellas. Estaba decidido a que esto no le sucediera a uno de mis libros. Una obra mía puede fracasar y desvanecerse, como *The Death Dealers*, pero nunca premeditadamente. Por tanto, puse como condición para reelaborar el guión, el que hubiera una edición encuadernada en tapas duras.

Bantam se avino, pero controlaba sólo los derechos en rústica. Tenía que encontrar a mi propio editor de libros encuadernados en tapas duras. Doubleday no lo haría si no poseía también los derechos en rústica. (Éste fue otro de sus errores, sobre todo teniendo en cuenta que, veinte años después, Doubleday y Bantam pertenecerían al mismo grupo de empresas.)

Así que convencí a Houghton Mifflin de que lo hiciera. Austin dudaba de que la edición en tapas duras se vendiera, puesto que casi a la vez se publicaría la edición en rústica. Le aseguré que en mi caso las ventas de una no se ven afectadas por la presencia de la otra. En realidad no lo sabía, pero corrí el riesgo y acerté. La edición de tapa dura se sigue vendiendo en la actualidad, un cuarto de siglo después, no en grandes cantidades, lo admito, pero se sigue vendiendo.

Trabajé tan rápido y las películas avanzan tan despacio que la edición de tapa dura de *Viaje alucinante* se publicó a principios de 1966, seis meses antes de que la película se estrenara, y pareció que la película se había hecho a partir del libro. Esto era terrible porque había tenido que ceñirme al guión y estaba convencido de que yo

solo podía haber escrito un libro mejor. Por tanto, declaré muchas veces, oralmente y por escrito, que el libro procedía de la película y no al revés. No creo que eso ayudara mucho.

No fue una mala película, dicho sea de paso. Además, Raquel Welch interpretaba su primer papel estelar y distrajo la atención de cualquier pequeño fallo de la película.

La edición en rústica apareció a la vez que la película se exhibía en los cines, y ante la extrañeza de Bantam (y mía), resultó no ser un producto desechable. Siguió vendiéndose mucho después de que la película dejara de exhibirse y aún sigue vendiéndose en la actualidad. Se han hecho varias docenas de reimpresiones y se han vendido unos cuantos millones de ejemplares. Hoy en día, después de la serie de la Fundación, es el libro que mejor se vende.

Sin embargo, no me ha hecho rico, ya que no era un trabajo original sino que seguía el guión muy de cerca, y sólo me ofrecieron una suma fija de cinco mil dólares. Al final, Marc Jaffe admitió que se había vendido mejor de lo esperado, y me dio otros dos mil quinientos dólares.

Insistí en pactar un arreglo de los derechos de autor para la edición de tapa dura, la cuarta parte sería para mí y el resto para Hollywood, y conseguí recibir mi parte directamente, y no a través de Hollywood. Esto fue inteligente por mi parte, ya que si Hollywood hubiese recibido todos los derechos, yo nunca habría visto ni un penique.

No me gusta Viaje alucinante y es uno de mis pocos libros que nunca volvería a leer. No es porque consiguiera tan pocos beneficios de un éxito fácil y perdurable, sino que el libro se basaba en un guión que no era mío, y no creo merecer más de lo que he recibido.

Seis años después escribí *Los propios dioses*. Fue el mayor oasis en el desierto de aquellos años, puesto que fue la única novela de ciencia ficción que produje en estos veinte años. La publicó Doubleday en 1972, y como ya dije antes, la segunda parte de esta novela contenía algunos de los mejores fragmentos que haya escrito jamás; estaba escribiendo por encima de mis posibilidades.

Me nominaron para el Hugo y en 1973 fui a Toronto para la Convención Mundial, por si acaso. El viaje mereció la pena, ya que gané el premio a la mejor novela de 1972. Era mi tercer Hugo y el primero por un relato de ficción actual. Ése fue un momento maravilloso.

Por entonces, los Escritores de Ciencia Ficción de América entregaban un premio anual llamado Nebula y *Los propios dioses* lo ganó también.

Después, en 1975, una joven me pidió que escribiera un relato corto de ciencia ficción. El año siguiente se conmemoraba el bicentenario de la independencia de los Estados Unidos y quería publicar una antología de narraciones originales, todas tituladas *El hombre del bicentenario*. Le pregunté qué quería decir el título y me respondió:

—Nada. Haga lo que quiera con él.

Así que intrigado por la idea escribí un relato de un robot que quería ser un hombre y que luchó por ello durante doscientos años antes de ser aceptado como tal. Me fascinó tanto que su extensión duplicó la requerida.

Una vez más, escribí por encima de mis posibilidades. Dio la casualidad de que la antología nunca llegó a publicarse. La joven que la propuso tuvo problemas sociales y económicos y yo fui el único que había escrito un relato publicable.

Así que me devolvió el relato y yo le devolví el adelanto, porque: (a) lo necesitaba, y (b) tenía otra salida para la novela, que logré de una manera que describiré brevemente. Se publicó en 1976 en *Stellar 2*, otra antología de obras originales, y al final ganó el Hugo y el Nebula a la mejor novela corta del año. Era mi cuarto Hugo y mi segundo Nebula.

En este último, dicho sea de paso, se escribieron mal tanto mi nombre como mi apellido. Aparecí como “Isaac Asmimov”. No espero que el grabador ignorante que realizó la impresión supiera cómo se escribía mi nombre, ni siquiera que hubiera oído hablar de mí, pero creo que la organización de los Escritores de Ciencia Ficción de América debería haber comprobado el diseño original y haberse dado cuenta del error. Se sintieron avergonzados y se ofrecieron a rehacer el Nebula, pero no estaba dispuesto a esperar los cinco años más o menos que les costaría a esos guasones hacer el trabajo. Me limité a decirles, altivamente, que me lo quedaría como estaba para que sirviera de prueba de la capacidad mental de la organización.

Y por supuesto, hacia esa época escribí mi novela de misterio de gran éxito Asesinato en la convención.

Puede que crea que con todos estos éxitos vería abierto el camino para volver a la producción en masa de literatura de ficción. Pues no lo hice. Las alegrías de la no ficción me esclavizaban.

104. Judy-Lynn del Rey

Judy-Lynn Benjamin (para utilizar su nombre de soltera) nació el 26 de enero de 1943. Era hija de un médico y la mayor parte de su vida estuvo marcada desde el momento de su concepción, ya que nació con un defecto genético: era una enana acondroplásica. Tenía una incapacidad congénita de fabricar cartílagos con normalidad, de manera que sus brazos y piernas siempre fueron cortos e, incluso de adulta, sólo medía 1,20 metros de altura.

La conocí en una convención local de ciencia ficción en Nueva York, el 20 de abril de 1968. Cuando la vi por primera vez, me estremecí y me di la vuelta. (Lo siento, pero tiendo a no mirar las cosas desagradables, me tapo los oídos con las manos cuando la gente habla de ciertos temas y abandono una habitación cuando las cosas se van a poner mal. Podría decir que se debe a que tengo una naturaleza muy sensible, pero sospecho que es debido, sencillamente, a que quiero que todo sea "bonito" para no tener que sentirme mal o infeliz. No es precisamente una de mis mejores cualidades.)

No obstante, Judy-Lynn trabajaba por aquel entonces como directora adjunta de *Galaxy* y su labor era llegar a conocer a los escritores de ciencia ficción. Así que empezó una conversación conmigo, diálogo en el que estaba obligado a participar, no importa lo reacio que fuera.

Y entonces sucedió algo extrañísimo. Al poco tiempo de hablar con ella, me olvidé de que era enana. Su brillante inteligencia (no puedo pensar en un adjetivo más apropiado) oscurecía por completo su apariencia física. Fue cuestión de minutos el que empezara a disfrutar de verdad.

Independientemente de cómo reaccionaran los demás ante su aspecto, Judy-Lynn nunca actuaba como si tuviera algún defecto. (Lester del Rey me dijo una vez: "No creo que sepa que es una enana.") Tenía sentido de humor, era alegre, pensaba que la vida era una fuente de felicidad y, en resumen, se convirtió en una amiga muy querida y en la compañera que elegía cuando los dos asistíamos a convenciones.

En cierta ocasión entré en un ascensor con ella, y detrás llegó una mujer con un niño de cinco años. El niño, en su inocencia, se quedó mirando boquiabierto aquello que no había visto nunca y exclamó:

—Mamá, mira ¡una mujer pequeñita!

Judy-Lynn, por supuesto, no parpadeó ni movió un solo dedo, pero lo que me asombró (después, cuando reflexioné) fue que yo era tan poco consciente de la deficiencia de Judy-Lynn que miré a mi alrededor buscando a la mujer pequeña que el niño afirmaba haber visto.

Judy-Lynn había tenido mucho éxito en su vida profesional. Asistió al Hunter College, donde estudió literatura inglesa, se especializó en James Joyce y ganó varios

premios. Empezó a trabajar en *Galaxy* en 1965, era directora adjunta en 1966 y directora en 1969.

Por supuesto, su sentido del humor no siempre era amable. Era lo bastante inteligente como para notar en mí una cierta simpleza, una disposición a creer a la gente y una naturaleza lo bastante acomodaticia como para estar dispuesto a aceptar convertirme en el objetivo de bromas pesadas siempre que no produjeran daño físico. Por tanto, durante dos años o más se dedicó a crear complicadas comedias a mis expensas. Le ayudaba Lester del Rey, que en aquella época también trabajaba en *Galaxy*.

Por ejemplo, una vez me mandó las pruebas de la portada de un número de *Galaxy* en el que se publicaba uno de mis relatos. Mi nombre estaba mal escrito y, por supuesto, en medio segundo estaba yo al teléfono muy preocupado. Pero ella insistió en que el nombre estaba escrito correctamente.

Otra vez escribí el guión para un programa de televisión y Judy-Lynn utilizó las instalaciones de la oficina para preparar una crítica del programa, una crítica que daba la impresión de haber aparecido en un periódico. Lester la escribió, asegurándose de tocar todos los temas que sabía que me pondrían furioso. De nuevo, volví a llamar indignado, exigiendo saber el nombre del periódico para poder escribirle una carta muy dura.

Peor que estas travesuras fue la vez que recibí una carta que me comunicaba el despido de Judy-Lynn. La carta estaba escrita por su sustituta, una tal Fritzi Vogelgesang.

Respondí con otra carta, indignado y exigiendo saber cómo la revista podía haber dejado escapar a una mujer como Judy-Lynn. La señorita Vogelgesang respondió con tanta dulzura y con un coqueteo tan inocente que mi ira desapareció y, al poco tiempo, le escribía amables cartas de contestación. Para cuando decidí que esta Fritzi era tan encantadora como Judy-Lynn, la Fritzi desapareció de repente para siempre. Y recibí una carta mordaz de Judy-Lynn:

“¡Ay, Asimov! ¡Qué pronto te olvidaste de mí y aceptaste a mi sustituta!”

Nunca la habían despedido y Fritzi Vogelgesang era ella.

La broma más preparada consistió en hacerme llegar la noticia, una mañana, de que ella y Larry Ashmead se habían fugado para casarse. Me encontré ante un dilema. Me dieron la noticia tan en serio que me pareció que tenía que creerla. Y, sin embargo, conociéndolos a los dos, pensaba que un matrimonio entre ambos era muy improbable.

Pasé varias horas llamando por teléfono a todo el que podía saber algo del asunto, y fue una frustración completa. Las personas con las que intenté hablar estaban fuera o si se ponían al teléfono lo único que me decían era que la boda se estaba celebrando y que no conocían los detalles.

Nunca se me ocurrió que Judy-Lynn había convencido a todo Doubleday (y probablemente a toda la industria editorial de Nueva York) para que siguieran adelante con la broma. Ni tampoco me paré a pensar que era el 1 de abril de 1970, el Día de los Inocentes.

Eso era, una inocentada, y yo el que hacía de inocente. Todos los demás se divirtieron muchísimo a medida que mis llamadas telefónicas se volvían más frenéticas.

Quince años después, el 15 de abril de 1985, Janet y yo, junto con Judy-Lynn, Lester del Rey y Larry Ashmead cenamos en un restaurante de lujo y celebramos el aniversario de la “no boda”.

Pero con ella no se trataba sólo de “gastemos una broma a Asimov”. Hizo los preparativos con Austin Olney para invitarme a mí y a mi familia a una cena íntima para celebrar mi quincuagésimo cumpleaños el 2 de enero de 1970, y después, mediante una representación complicadísima, me llevó a un lugar en el que había organizado una fiesta sorpresa a la que asistieron un montón de amigos de todas partes.

Pero en el mismo mes, Evelyn, la mujer de Lester, murió en un accidente de coche. Sólo tenía cuarenta y cuatro años y me dejó anonadado ya que Evelyn era una de mis amigas favoritas. Lester se mantuvo bastante sereno, pero honestamente creo que se habría derrumbado si Judy-Lynn, una buena amiga de los dos, no le hubiera ayudado y apoyado con su fuerza y su cariño. Lester se lo agradeció mucho y al cabo de no demasiado tiempo decidió que no viviría sin ella. En marzo de 1971 Judy-Lynn Benjamin se convirtió en Judy-Lynn del Rey. Yo estuve en la boda y lo celebré.

(Ella me dijo que tuvo la fuerte tentación de interrumpir la ceremonia y decir: “Sólo es otra broma pesada, Asimov”, porque quería ver cómo me desmayaba, ya que yo los había animado a casarse, con todo el ímpetu del que fui capaz. Al parecer se refrenó porque sabía que su madre se habría sentido muy molesta.)

En un principio pensé que Lester era demasiado para ella, pero no tuve que preocuparme. En muy poco tiempo, Judy-Lynn había limado todas las asperezas de Lester y fue un marido dócil y devoto. Los quince años siguientes fueron los más felices y los de más éxito de sus vidas. Él siempre admitió con agrado que Judy-Lynn provocó varios cambios en él, tanto en las cosas grandes como en las pequeñas.

En 1973, Judy-Lynn dejó *Galaxy* para unirse a Ballantine Books, que había entrado a formar parte del grupo de empresas Random House. Mostró de inmediato una nueva faceta de sus aptitudes, ya que reconocía un éxito en cuanto lo leía y se ganaba la amistad de los buenos escritores.

En 1975, Lester se le unió, convirtiéndose en director de la colección de fantasía, mientras que ella trabajaba en ciencia ficción. Juntos formaban un gran equipo y en 1977 Random House reconoció su valor creando un nuevo pie de imprenta: “Del Rey

Books.” Con él, los Del Rey alcanzaron nuevas cotas, ya que tenían libros en las listas de éxitos, tanto en rústica como en tapa dura, casi continuamente.

Judy-Lynn era, sin duda, la fuerza dominante y de más éxito de la ciencia ficción desde la época gloriosa de John Campbell, hacía treinta y cinco años, y cuando dominaba, su mano era firme. En cierta ocasión le llevé unas cuantas galeradas que había corregido de uno de mis libros. Ella no estaba, así que le entregué el material a su secretaria.

—Y no lo pierda —le aconsejé—. Ya sabe cómo es Judy-Lynn.

—No se preocupe —respondió—. Conozco a Judy-Lynn. —Y le juro que temblaba.

Tuvo alguna influencia en varias de mis obras de ciencia ficción. Una vez me pregunto por qué no escribía una narración sobre un robot mujer. Pensé que era una idea interesante y cuando Ed Ferman (que había sucedido a Avram Davidson como director de *F&SF*) me pidió un relato para un número de aniversario de la revista, escribí *Feminine Intuition* para él. Cuando todavía estaba en la imprenta, Judy-Lynn me preguntó:

—¿Has escrito ya la narración del robot femenino?

—Sí, Judy-Lynn —le respondí—. Y aparecerá en *F&SF*.

—¡En *F&SF*! —gritó—. La quería para Galaxy.

—¿De verdad? —inquirí con cara de inocente mientras palidecía.

Me lo hizo pagar. Su invectiva no era al estilo de Harlan, pero tenía más formas de llamarme idiota de las que se puedan imaginar.

En otra ocasión me preguntó:

—¿Por qué no escribes un relato sobre un robot que va a trabajar para ahorrar dinero con el que poder comprar su libertad?

—Quizá —respondí riéndome, y me olvidé de ello.

Después llegó el momento en que escribí *El hombre del bicentenario* y algún tiempo después, cuando todavía estaba en imprenta en la antología fracasada, me preguntó si había pensado sobre el relato del robot que compra su libertad.

Esta vez me quedé paralizado por el pánico. Era el germen que había dado lugar a *El hombre del bicentenario* y se me olvidó que fue ella quien me dio la idea. Traté de explicárselo, más balbuceante que nunca, y ella se me echó encima dispuesta a matarme (o al menos eso me parecía a mí), gritando:

—¡Has vuelto a dar mi idea a otra persona!

Me escondí detrás de los muebles.

Se rehizo con dificultad y me dijo:

—Asimov, me vas a dar la copia y vas a conseguir que esa mujer te devuelva la obra.

—¿Cómo voy a hacerlo? Sé razonable. Ya la he vendido.

—Esa antología —me dijo— no se publicará nunca. Consigue que te la devuelva.

Le di la copia y a la mañana siguiente me llamó:

—Asimov, he intentado que no me gustara, pero me encanta, así que consigue que te la devuelvan.

Bueno, lo conseguí y fue Judy-Lynn la que la publicó en una antología, y ganó el Hugo y el Nebula.

Un crítico escribió lo siguiente: “He leído *El hombre del bicentenario* y durante una hora he vuelto a la Edad de Oro.” ¿Por qué no todos los críticos son capaces de ver las cosas tan claras como éste?

Para Janet y para mí se había convertido en una costumbre el ir a celebrar nuestros cumpleaños con Lester y Judy-Lynn. Siempre íbamos a cenar, incluso en 1984, cuando sólo estuve dos días fuera del hospital.

Ella y Lester asistieron a la fiesta del 2 de enero de 1985, para celebrar el sexagésimo quinto aniversario de mi no jubilación. El 18 de septiembre de 1985 ella acudió a la fiesta de publicación de mi libro *Robots e imperio* y el 4 de octubre, Judy-Lynn y Lester y Janet y yo comimos juntos por última vez, sin pensar en que la guadaña estaba al acecho.

El cuerpo de Judy-Lynn al final la traicionó. El 16 de octubre de 1985, mientras trabajaba, sufrió una grave hemorragia cerebral. A pesar de que fue trasladada al hospital con urgencia, nunca se recuperó y murió el 22 de febrero de 1986, a la edad de cuarenta y tres años. Era una mujer extraordinaria. Y a menudo, Janet se queda pensativa y dice:

—Echo de menos a Judy-Lynn.

Yo también.

105. La Biblia

Siempre me ha interesado la Biblia, aunque no puedo recordar haber tenido sentimientos religiosos ni siquiera cuando era joven. Hay un ritmo en el lenguaje bíblico que impresiona al oído y a la mente. Admito que es una gran obra de la literatura en hebreo o, en el caso del Nuevo Testamento, en griego, pero no creo en absoluto que la Biblia Autorizada (o sea, la Biblia del rey Jacobo) sea, junto con las obras de William Shakespeare, el logro supremo de la literatura inglesa.

También me proporciona un cierto placer perverso el pensar que el libro más importante e influyente de todos los tiempos sea producto del pensamiento judío. (No, no creo que fuera escrita al dictado de Dios, no más que la *Ilíada*.)

Lo llamo "perverso" porque es un ejemplo de orgullo nacional que no quiero sentir y contra el que lucho constantemente. Me niego a considerarme algo más que un "ser humano" y creo que, aparte de la superpoblación, el problema más difícil al que nos enfrentamos para evitar la destrucción de la civilización y la humanidad es la costumbre diabólica que tiene la gente de dividirse en pequeños grupos, cada uno ensalzándose a sí mismo y acusando a sus vecinos.

Recuerdo que una vez un judío subrayaba con satisfacción la gran proporción de ganadores del premio Nobel que eran judíos.

—¿Y eso le hace sentirse superior? —le pregunté.

—Por supuesto —me respondió.

—¿Y si le dijera que el sesenta por ciento de los pornógrafos y el ochenta por ciento de los manipuladores sin escrúpulos de Wall Street son judíos?

—¿Es eso verdad? —preguntó asombrado.

—No lo sé. Me he inventado las cifras. Pero ¿y si fuera verdad? ¿Se sentiría inferior por eso?

Tuvo que reflexionar. Es mucho más fácil encontrar razones para considerarse superior que inferior. Pero una y otra cosa no son más que las dos caras de la misma moneda. El mismo argumento que sirve para atribuirse el mérito de los logros reales o imaginarios de un grupo definido artificialmente, se puede utilizar para justificar el sometimiento y la humillación padecido por los individuos debido a las culpas reales o imaginarias achacadas a ese mismo grupo.

Pero volvamos a mi interés por la Biblia. Ya había escrito dos libritos para Houghton Mifflin que lo atestiguaban. Eran *Words in Genesis* (1962) y *Words from the Exodus* (1963). En éstos citaba pasajes de la Biblia (del Génesis en el primero y del Éxodo al Deuteronomio en el segundo) y subrayaba cómo las referencias bíblicas forman parte del idioma inglés. Tenía la intención de hacer un repaso de toda la Biblia de esta manera, pero los libros no se vendieron muy bien, así que me dediqué a otras cosas.

No obstante, el deseo de escribir sobre la Biblia seguía latente y tuve la oportunidad de expresarlo en Doubleday. T O'Conor Sloane, el director de la *Enciclopedia biográfica de ciencia y tecnología*, estaba extrañado de que se vendiera tan bien (y yo también). En 1965 me preguntó:

—Isaac, ¿hay algún otro gran libro que puedas escribir?

—¿Qué tal un libro sobre la Biblia?

Sloane, un buen católico, desconfiaba de mis opiniones religiosas o de mi falta de ellas, e indagó con recelo:

—¿Qué tipo de libro?

—Nada sobre religión ni teología —le respondí—. ¿Qué sé yo de eso? Estaba pensando en un libro que explique los términos y las alusiones bíblicas a una audiencia actual.

Sloane no estaba muy entusiasmado, pero me fui a casa y empecé a trabajar de inmediato. Cuando tenía escritas unas cuantas páginas, le envié una copia a Sloane. Unos pocos días después, almorcé con él y con Larry Ashmead. Sloane seguía sin estar muy entusiasmado. Estaba abatido, pero después del almuerzo, el bueno y leal de Larry me dijo que si Sloane rechazaba el libro, él estaría encantado de editarlo. Me animé y volví al trabajo.

Al final, Sloane lo rechazó y Larry lo publicó.

Tuvimos problemas con el título. Mi propuesta de trabajo era *It's mentioned in the Bible*. A Doubleday le pareció demasiado suave, así que sugerí *The intelligent Man's Guide to the Bible* para que se pareciera a mi *Guide to Science*. Pero podía resultar confuso, ya que los dos libros pertenecían a editoriales diferentes. Entonces sugerí *Everyman's Guide to the Bible*, pero también fue rechazado. Los comerciales, conscientes del éxito de la *Asimov's Biographical Encyclopedia of Science and Technology* lo atribuyeron a la utilización de mi nombre e insistieron en que se llamara *Asimov's Guide to the Bible* (Guía de la Biblia) y ése fue el título.

Era un libro tan largo que Doubleday decidió publicarlo en dos volúmenes, puesto que se prestaba fácilmente a la división. El primero, que trataba del Antiguo Testamento, se publicó en 1968 y el segundo, que trataba del Nuevo Testamento y los evangelios apócrifos, se publicó en 1969.

Mi padre recibió el primer volumen en Florida. (Siempre le enviaba una copia de todos los libros que escribía y él se los enseñaba a todos sus conocidos, aunque sin permitir que los tocaran. Debían limitarse a mirarlos mientras él los sujetaba. Esto debe de habernos hecho a él y a mí muy impopulares.)

Mi padre me contó que no había leído más que siete páginas y que después había cerrado el libro porque no reflejaba las opiniones ortodoxas. Ésta era la época, recuerde, en que él había vuelto a la ortodoxia para poder tener algo que hacer. Eso me sentó mal porque era la prueba más evidente de su reincidencia religiosa, y yo la

desaprobaba.

106. El centésimo libro

Cuando la década de los sesenta se acercaba a su final, yo estaba a punto de escribir mi libro número cien. El 26 de septiembre de 1968, almorcé con Austin, que me preguntó si tenía algún plan previsto para el libro número cien. No lo tenía, así que me animó a que pensara en uno y me pidió que dejase que Houghton Mifflin lo publicara.

Se me ocurrió que para conmemorar el acontecimiento podría preparar un libro en el que presentaría extractos de los primeros cien libros. Los dividiría en capítulos que corresponderían a los distintos géneros de mi obra (ciencia ficción, misterio, ciencia en sus distintas ramas, la Biblia, etc.) y el libro se llamaría *Opus 100*.

Houghton Mifflin estaba entusiasmado, así que lo preparé y se publicó en 1969. mi cara sonriente apareció en la cubierta y a cada lado había una pila de mis libros, expresamente amontonados en desorden.

El 16 de octubre de 1969 Houghton Mifflin organizó una fiesta en honor de su publicación. Uno siempre lee en los libros y ve en las películas cómo se celebran fiestas por este motivo, y en mi época juvenil di por sentado que la fiesta era un acompañamiento imprescindible de toda nueva obra. Sin embargo, ésta fue la primera que se organizó en mi honor y tuve que escribir cien libros para conseguirla. No sé si debería alegrarme por ello.

107. La muerte

a) Henry Blugerman: Hasta 1968 no experimenté la muerte en mi familia inmediata, sólo golpeaba en otras partes. Tuve un tío, una tía y un primo de mi edad que habían muerto, pero nunca nos relacionamos mucho; en realidad, estábamos tan alejados que ni siquiera supe cuando murieron o en qué circunstancias. También hubo muertes en la familia de la ciencia ficción, como Cyril Kornbluth y Henry Kuttner.

Pero entonces, en 1968, el padre de Gertrude, Henry, empezó a debilitarse rápidamente. Tenía cáncer de pulmón, y aunque nunca había fumado, el polvo de la fábrica de cajas de cartón en la que trabajó durante muchos años puede que fuera el desencadenante. En cualquier caso, fue hospitalizado. Cuando estuve en Nueva York, visité a Henry el 17 de febrero y era evidente que su mente empezaba a divagar.

Gertrude iba a ir a Nueva York para verle en cuanto yo volviera, pero en la tarde del 18 nos comunicaron que había muerto. Tenía setenta y tres años.

Gertrude estaba completamente desconsolada, en parte por su muerte y en parte porque no pudo verle antes de morir. Naturalmente iría a Nueva York para el funeral y los niños y yo también.

Esto me planteó un dilema. Me horrorizan los funerales, no sólo porque son desagradables, sino también porque se detecta una aureola de hipocresía en todo el asunto. En cuanto alguien muere, se transforma en un milagro de comportamiento y personalidad angelicales, aunque en vida no era así, y todo el mundo adopta una actitud afligida, aunque no sienta pena.

Asistí una vez a un funeral porque me pareció que tenía que hacerlo, y contemplé asombrado a la viuda, toda vestida de negro, tambaleándose por el pasillo, con la cara inundada por las lágrimas, mientras dos hijos la sujetaban con fuerza, uno a cada lado. Yo sabía (y la mayoría de la gente también) que ella y su difunto marido estaban enzarzados en un arduo proceso de divorcio y se odiaban cuando él murió.

Supongo que esto no tiene nada que ver. En muchas culturas, lamentarse y llorar en un funeral es de rigor, y se contratan plañideras profesionales para aumentar el volumen de la tristeza.

Sin embargo, para mí, la muerte no es más que eso, muerte, una persona viva que se ha ido, y aunque la pena y la soledad te puedan devorar, no se debe hacer exhibición pública de ello, no más de lo imprescindible. Sé que ésta no es una opinión muy popular y que no se impondrá.

En cualquier caso, tenía otros motivos para no querer asistir al funeral de Henry. Acababa de regresar de Nueva York y no quería volver allí. Además, el 19 de febrero era el decimotercer cumpleaños de Robyn y pensaba que asistir a un funeral era una manera terrible de celebrarlo. No obstante, me sometí al ritual inevitable.

Retrasé las cosas un día, por el bien de Robyn. La mañana del 19 llevé a Gertrude

y a David al aeropuerto, donde cogieron el avión para Nueva York. Robyn y yo celebramos una cena de cumpleaños en un bonito restaurante e hice todo lo posible por que la situación fuera agradable. (La vida es para los vivos.) El 20 fuimos en coche a Nueva York y, al día siguiente, después de asistir al funeral, regresamos todos a casa.

Fue una época espantosa para mí y no sólo porque Mary Blugerman estaba en el cenit de su autocompasión. Se había revolcado en ella toda su vida, y enseñó a la pobre Gertrude a hacer lo mismo, pero nunca hasta entonces tuvo una disculpa tan buena. Por supuesto, aparecieron otros miembros de la familia. (Incluso mi padre y mi madre.) Mary se agarró a la hermana pequeña de Henry, Sophie, y le largó un inacabable discurso sobre las miserias de la viudez y las desgracias a las que se enfrentaba.

Llevé a Gertrude aparte y le dije por lo bajo:

—¿No puedes detener a tu madre? Sophie lleva viuda veinte años y debe de ser muy duro para ella oír hablar a tu madre de desgracia e infidelidad.

—¿Qué quieres decir? —me dijo indignada, ya que nunca consentía ninguna crítica a su madre—. El marido de Sophie murió cuando ella todavía era joven y podía cuidar de sí misma.

Miré a Gertrude asombrado y añadí:

—¿Me estás diciendo que hubiera sido mejor para tu madre que Henry se hubiera muerto hace veinte años, en vez de ser tan egoísta como para esperar a que tu madre fuera mayor?

No me contestó pero se fue con paso airado. No creo que me entendiera en absoluto. Cuando un autocompasivo está tan absorto en sí mismo, parece no haber manera de conseguir que la razón actúe. Entonces recordé que ya me había pasado lo mismo antes con Gertrude.

Veinte años antes, cuando Henry se aventuró en su fracasado negocio después de la Segunda Guerra Mundial, uno de los desastres que más le afectó fue que Jack, su vendedor, le abandonara.

Pregunté a Gertrude por qué se había ido Jack y me respondió:

—Porque su suegro ha muerto y le ha dejado un montón de dinero. Es un tipo con suerte.

—¿Quieres decir que tiene suerte porque se ha muerto su suegro? —inquirí.

—Por supuesto —afirmó—. Es tan injusto. ¿Por qué tiene que pasarle a él?

—¿Preferirías que mi suegro hubiera muerto y me hubiese dejado dinero? —pregunté ésta vez.

Tampoco respondió en esa ocasión. Supongo que eso era lo más difícil de soportar en Gertrude, su insistencia en dejar que la autocompasión primara sobre cualquier otro sentimiento.

Creo que todo el mundo pasa por etapas así. Yo lo hago y he descrito algunas de ellas. No obstante, es una emoción desagradable y poco digna y hago todo lo posible por luchar contra ella. Siempre recuerdo a la mujer que me preguntó, cuando estaba en el ejército esperando ir a las islas Bikini: "¿Qué le hace pensar que sus problemas son tan especiales?"

Rara vez he intentado dar lecciones a Robyn o imponer mis opiniones, pero lo hice a este respecto porque temía que adquiriera de su madre el truco de la autocompasión.

Le dije:

—Robyn, en mi opinión, a todo el mundo le corresponde una cierta cantidad de compasión y no más. Si te compadeces de ti misma, dejas disponible mucha menos compasión para que los demás la sientan por ti. Si te compadeces demasiado, nadie más sentirá pena por ti. Sin embargo, si te enfrentas a un problema con valor, entonces conseguirás toda la compasión y la ayuda que necesites.

Estoy muy contento de que me escuchara, porque se ha convertido en una persona alegre que acepta la parte que le corresponde de desgracia y dolor, y siempre se ha enfrentado a ello con valor.

b) Judah Asimov: Mi padre, como ya he dicho, vivió durante treinta años con dolores de angina de pecho y tomando pastillas de nitroglicerina.

En 1968, la familia decidió celebrar una gran cena para festejar las bodas de oro de mis padres. Poco después se iban a retirar a Florida. Cuando nos despedimos me pregunté, con triste resignación, si los volvería a ver alguna vez, después de todo yo no iba a ir a Florida y no creí que ellos volvieran a Nueva York. De hecho, a mi padre no le volví a ver.

El 3 de agosto de 1969 apareció una crónica sobre mí en el *New York Times Book Review* del domingo. Era excelente, me citaba con exactitud y no decía nada que fuera una idiotez o estuviera equivocado. En ella, alababa a mi padre con todo cariño. Le llamé para asegurarme de que había visto el artículo, y me lo confirmó. Era una persona muy poco efusiva, pero se le notaba conmovido y contento. De pasada, como hacía a menudo, se quejó de un dolor en el pecho, y le expresé mi preocupación e insistí para que viera a un médico.

Me contestó impaciente:

—¿Por qué te preocupas? Si me muero, me muero.

Al día siguiente, el 4 de agosto de 1969, los dolores empeoraron. Mi madre hizo que lo llevaran al hospital y murió pacíficamente a la edad de setenta y dos años.

Mi padre había tenido una vida dura, pero llena de triunfos. Vino a Estados Unidos como un emigrante sin un penique a la edad de veintiséis años; sin embargo, logró educar a tres hijos, vio a su hija felizmente casada, a su hijo pequeño en un alto

cargo en un periódico y a su hijo mayor como profesor y escritor prolífico.

Mi hermano Stan fue a Florida, recogió a mi madre y el cadáver de mi padre y los trajo a Long Island. Mi padre no tuvo un funeral oficial (Stan los desaprobaba tanto como yo). Sólo acompañamos al rabino a la tumba situada en un cementerio de Long Island y vimos su entierro. Yo vi su cara antes de que cerraran el ataúd, pero Stan no pudo soportarlo.

c) Anna Asimov: Mi hermano ingresó a mi madre en una residencia muy buena a unos pocos kilómetros de su casa para poderla visitar a menudo. Yo la veía con menos frecuencia, pero la llamaba sin falta en días convenidos. Mi padre había dejado dinero para que pudiera mantenerse durante el resto de su vida, aunque por supuesto, mi hermano y yo estábamos dispuestos a intervenir si el dinero de mi padre no bastaba.

De vez en cuando, la hacía partícipe de mi fama. Di una charla en un almuerzo sobre “el autor y su libro”, en Long Island, patrocinada por *Newsday*, el periódico de mi hermano. Stan llevó a mi madre en limusina y estuvo en la mesa principal durante la celebración. Me temo que durante mi charla hice bromas sobre Stan, por lo que mi madre se puso en pie y me amenazó con el puño. (Recuerdo los días en que su puño era realmente formidable.) Después de la charla, cuando la gente se dispuso a comprar mi libro y los de otros autores presentes, y a pedir que se los dedicaran, alguien le llevó el libro a mi madre, quien lo firmó con gran aplomo.

Tiempo después, di una charla en la biblioteca de Long Beach, que se encontraba muy cerca de la residencia de mi madre, y lo hice sólo para que interpretara el papel de “madre del orador”.

Pero su salud decayó con rapidez. La telefoneé el 5 de agosto de 1973, ya que era uno de mis días de llamada. Estaba muy llorosa y hablaba de mi padre, a quien siempre recordaba. Esa noche murió y la encontraron en su cama la mañana del día 6. Fue viuda durante cuatro años y dos días y le faltó un mes para cumplir los setenta y ocho años.

Se necesitaba la identificación oficial de un pariente. No pudieron localizar a mi hermano y mi hermana no tenía coche, así que fui a Long Island con Janet. Fue un mal día, porque era el cumpleaños de Janet, y puesto que había estado en el hospital en el anterior aniversario, me habría gustado que éste fuera muy especial, y lo fue pero no de la manera en que lo había deseado.

Llegué a la residencia e identifiqué a mi madre, después cerraron el ataúd para llevarla a una tumba junto a la de mi padre. Me dijeron que mis hermanos estaban en camino, de modo que los esperamos, y poco tiempo después llegaron Stan, Ruth, Marcia y Nick.

Revisamos las escasas pertenencias de mi madre y decidimos qué entregar al

Ejército de Salvación y qué quedarnos. Yo sólo me quedé con un bolígrafo y dejé que Stan y Ruth se repartieran lo demás.

No obstante, me las arreglé para soltar una de mis bromas macabras. Mirando a toda la familia dije:

—Si mamá hubiese sabido que íbamos a estar todos aquí hoy, se habría esperado.

Aunque parezca extraño, una carcajada general ayudó a romper la tensión y salimos todos a cenar.

En esa época me preocupé por no haber sentido más pena por la muerte de mis padres. Pensaba que era insensible y que tenía un corazón de piedra. Pero había algunos motivos.

Por una parte, como siempre he afirmado, no me gustan las demostraciones excesivas de dolor y, todavía menos, entregarme a lamentaciones ruidosas. Por otra parte, mis padres tenían problemas de corazón en sus últimos años, y había que ser muy inconsciente para no esperar su muerte en cualquier momento. Lo podríamos ver incluso como una liberación de su debilidad creciente. Después de todo, ambos estuvieron en posesión plena de sus facultades mentales hasta el último día de su vida, y eso es mucho. No hubiera querido que vivieran lo bastante como para volverse seniles.

Pero creo que el motivo principal fue que sabía que a lo largo de mi vida los había complacido de todas las maneras posibles, y que al alejarse de mí, no sentía la menor culpabilidad. La habría experimentado si hubiese sido consciente de haberles fallado y sospecho que una pena ruidosa y ostentosa demuestra, en el fondo, un sentimiento de culpa.

Con gran sorpresa por mi parte, mi madre dejó una sustanciosa cantidad de dinero y en su testamento propuso un reparto equitativo entre los tres. Naturalmente, yo no acepté nada, pensé que Stan y Marcia (sobre todo ella) lo necesitaban mucho más que yo e insistí en que se dividiera en dos partes.

Stan pidió a un abogado que supervisara las modificaciones para asegurarnos de que no hacíamos nada ilegal y el abogado me dijo:

—Debería buscarse un abogado para usted.

—¿Por qué? —pregunté.

—Para proteger sus intereses.

—Me resulta impensable que mi hermano y yo podamos enfadarnos por algo tan trivial como el dinero. No necesito un abogado —comenté riéndome.

Y no lo busqué.

d) Mary Blugerman: Mary tenía mala salud cuando la conocí y desde entonces empeoró con rapidez. Al menos ésa era su opinión sobre la situación, y la exponía a los cuatro vientos.

Henry le había dejado dinero suficiente para vivir con holgura. Sobrevivió a los de su generación y su existencia se prolongó diecinueve años más que la de su marido. Siguió en el viejo piso donde tantos años antes yo había cortejado a Gertrude, hasta casi el final, cuando la ceguera y la debilidad crecientes la obligaron a trasladarse a una residencia en Brooklyn.

Murió allí finalmente, el 12 de febrero de 1987, a la edad de noventa y dos años. Gertrude estaba entonces cerca de su septuagésimo cumpleaños y no se encontraba muy bien, así que no pudo ir a Nueva York. Tampoco pudo John, su hermano, que vivía en California. No obstante, Robyn se ocupó de todo y vio cómo enterraban a Mary.

Aproveché la oportunidad para llamar a Gertrude, de la que me había divorciado hacía tiempo, y le aseguré que no debía preocuparse por el asunto económico. Si el dinero de Mary no llegaba para pagarlo todo, yo pondría lo que faltara. (Después de todo, era la abuela de Robyn y no podía abandonarla, independientemente de lo que hubiera sucedido.) Fue una de las pocas ocasiones en que Gertrude me dio las gracias.

108. Vida después de la muerte

La muerte de mis padres debió de suscitar en mí una nueva reflexión sobre la posibilidad de la vida después de la muerte. Qué cómodo sería esperar que la propia muerte fuera, además, una oportunidad para una vida (probablemente) más gloriosa, y sentir que se va a ver de nuevo a los padres y a otros seres queridos, a lo mejor incluso con todo el vigor de su juventud.

A pesar de la falta absoluta de pruebas, una gran mayoría acepta sin ninguna duda la existencia de la vida después de la muerte porque tales pensamientos son muy reconfortantes y estimulantes y acaban con la idea terrible de la muerte.

¿Cómo empezó todo?, nos podríamos preguntar. Mi idea, puramente especulativa, es la siguiente…

Por lo que sabemos, la especie humana es la única que comprende que la muerte es inevitable, no sólo en general sino también en cada caso individual. No importa lo que hagamos para protegernos contra la depredación, los accidentes, la infección, cada uno de nosotros morirá por el deterioro de nuestro propio cuerpo y lo sabemos.

Debió de haber un tiempo en el que este conocimiento brotara en una comunidad humana por primera vez, y debió de ser un choque terrible. Equivalía al “descubrimiento de la muerte”. Lo único que podía hacer soportable esa idea era suponer que no existía en realidad, que era una ilusión. Después de que uno aparentemente moría, seguía vivo de alguna otra manera, en algún otro lugar. Esto debió de ser favorecido, sin duda, por el hecho de que los muertos se aparecían a menudo en los sueños de los amigos y parientes, y estas apariciones en los sueños se podían interpretar como la representación de una sombra o “fantasma” de la persona “muerta” todavía con vida.

De esta manera, las especulaciones sobre el otro mundo cada vez fueron más complejas. Para los griegos y los hebreos, el otro mundo (*Hades* o *Sheol*) era fundamentalmente un lugar sombrío, en el que predominaba la no existencia. Sin embargo, había lugares especiales de tormento para los malos (Tártaro) y lugares de deleite para los hombres bendecidos por los dioses (Campos Elíseos o Paraíso). Estos extremos fueron admitidos por quienes querían verse bendecidos y a sus enemigos castigados, si no en este mundo por lo menos en el futuro.

La imaginación llegó a concebir un lugar final de descanso para los malos o para cualquiera, por bueno que fuera, que no suscribiera la misma farsa que el imaginador. Esto nos lleva a la noción moderna del infierno como un lugar de eterno y cruel castigo. Éste es el sueño estúpido de un sádico injertado en un Dios al que se proclama infinitamente bueno y misericordioso.

Sin embargo, la imaginación nunca ha logrado construir un Cielo útil.

El Cielo islámico tiene sus huríes, siempre disponibles y virginales, de manera

que se convierte en una casa de sexo eterna. El Cielo vikingo tiene a sus héroes celebrando banquetes en el Valhalla y luchando unos con otros entre dos banquetes, de manera que se convierte en un restaurante y un campo de batalla eterno. Y nuestro propio Cielo por lo general se representa como un lugar en el que todo el mundo tiene alas, toca el arpa y canta himnos interminables de alabanza a Dios.

¿Qué ser humano con una inteligencia media puede creer en ninguno de esos cielos, o de los otros que ha inventado la gente? ¿Dónde hay un cielo con la posibilidad de leer, escribir, explorar, de mantener una conversación interesante o de realizar investigaciones científicas? Nunca he oído que exista ninguno.

Al leer el *Paraíso perdido* de Milton, se descubre que su cielo es un canto eterno de alabanza a Dios. No es de extrañar que una tercera parte de los ángeles se rebelaran. Cuando fueron arrojados al infierno se dedicaron a los ejercicios intelectuales (lea el poema si no me cree) y yo pienso que, infierno o no, allí estaban mejor. Cuando lo leí, sentí una gran simpatía por el Satán de Milton y lo consideré el héroe de la epopeya, lo pretendiera Milton o no.

Pero ¿en qué creo yo? Puesto que soy ateo y no creo que existan Dios ni el diablo, el cielo ni el infierno, sólo puedo suponer que cuando muera todo lo que habrá será una eternidad hecha de nada. Después de todo, el Universo existía quince mil millones de años antes de que yo naciera, y yo (quienquiera que sea ese "yo") sobreviví a todo esto en el "no ser".

Puede que la gente se pregunte si ésta no es una creencia poco prometedora y desesperanzada. ¿Cómo puedo vivir con el espectro de la nada balanceándose sobre mi cabeza?

No creo que sea un espectro. No hay nada aterrador en dormir eternamente. Sin duda, es mejor que el tormento eterno del infierno o el aburrimiento eterno del cielo.

¿Y qué si estoy equivocado? Le hicieron esta pregunta a Bertrand Russel, el famoso matemático, filósofo y ateo franco.

—¿Y si muere —le preguntaron— y se encuentra cara a cara con Dios? ¿Entonces qué?

—Le diría: "Señor, deberíais habernos dado más pruebas" —respondió el valiente campeón.

Hace unos meses, tuve un sueño que recuerdo con asombrosa claridad. (Por lo general no recuerdo ninguno.)

Soñé que había muerto y estaba en el cielo. Miré alrededor y sabía dónde estaba: campos verdes, nubes algodonosas, aire perfumado y el sonido lejano y embelesador de un coro celestial. Y ahí estaba el ángel de la entrada con una amplia sonrisa de bienvenida.

—¿Es esto el cielo? —pregunté asombrado.

—Sí, lo es —respondió el ángel.

—Pero debe de haber un error. No pertenezco a este lugar. Soy ateo —dije (y al despertar y recordarlo estaba orgulloso de mi integridad).

—No hay ningún error —afirmó el ángel.

—Pero, siendo ateo, ¿cómo puedo cumplir los requisitos?

—Somos nosotros los que decidimos quién los cumple, no usted —contestó el ángel con severidad.

—Ya veo —asentí. Miré a mi alrededor, reflexioné unos segundos, me volví hacia el ángel y añadí—: ¿Hay alguna máquina de escribir aquí que pueda utilizar?

Para mí, el significado del sueño era muy claro. Sentirse en el cielo era poder escribir. Yo he estado en el cielo durante medio siglo y siempre lo he sabido.

Un segundo punto importante fue la observación del ángel de que es el Cielo y no los hombres el que decide quién cumple los requisitos. Supongo que esto significa que si no fuera ateo, creería en un Dios que elegiría salvar a la gente según su comportamiento en la totalidad de sus vidas y no por sus palabras. Creo que Dios preferiría un ateo honesto y recto a un telepredicador que no hace más que repetir la palabra, Dios, Dios, Dios, y cuyos actos son horribles, horribles, horribles.

También querría un Dios que no permitiese un infierno. La tortura infinita sólo puede ser un castigo para el mal infinito, y no creo que se pueda afirmar que éste exista, incluso en el caso de Hitler. Además, si la mayoría de los gobiernos humanos son lo bastantes civilizados como para tratar de eliminar la tortura y proscribir los castigos crueles e insólitos, ¿podemos esperar algo menos de un Dios todo misericordioso?

Creo que si hubiera vida futura, el castigo del mal sería razonable pero sólo por un tiempo determinado. Y pienso que el castigo más largo y peor debería ser aplicado a los que han calumniado a Dios al haber inventado el infierno.

Pero todo esto no es más que un juego. Soy firme en mis creencias. Soy ateo y, en mi opinión, a la muerte le sigue un sueño eterno.

109. Mi divorcio

Cuando la década de los sesenta se acercaba a su fin, mi matrimonio con Gertrude era casi insoportable. La situación empeoró a partir de 1967. Gertrude empezó a sufrir de artritis reumatoide. Los ataques le venían y se iban, pero sufría de dolor muy a menudo. Es imposible padecer casi continuamente y ser juicioso.

Además, yo estaba muy absorto en mi trabajo y ella cada vez más sola. No puedo culparla por su resentimiento. Y aunque nuestra cuenta bancaria seguía aumentando, a ella le parecía que no la aprovechábamos. Me gustaba nuestra vida doméstica y estar siempre en casa. Todo lo que yo quería era papel en blanco y trabajar en la máquina de escribir; el dinero podía seguir en el banco.

En 1970 llegué a la conclusión de que la vida que llevábamos estaba conduciendo a Gertrude a la desesperación y como sabía que yo no podía cambiar, me pareció que el divorcio era la única alternativa. Estaba dispuesto a darle la mitad del dinero que teníamos en el banco, más la casa (totalmente pagada) y todo lo que contenía a excepción de mi despacho. También pensaba estipular una pensión alimenticia que yo creía que era generosa.

En esa época, David tenía diecisiete años y Robyn quince, y ésta acababa de entrar en la *senior high school*. Me hubiese gustado esperar hasta que tuviera dieciocho y estuviese en la universidad, pero ni Gertrude ni yo lo hubiésemos soportado.

Después de decidir que yo me iría, di una paga y señal para un apartamento cercano y empezamos los trámites del divorcio. Si yo quería el divorcio, tendría que llevarla a los tribunales, donde me explicó con claridad, haría todo lo posible por dejarme sin blanca.

Esto era horrible. En Massachusetts, los únicos argumentos legales para que se aceptara el divorcio eran las alegaciones de locura, infidelidad, malos tratos, crueldad y cosas así. La locura y la infidelidad estaban fuera de lugar, pero mi abogado me dijo que si me limitaba a contar historias de nuestra vida matrimonial, podían servir como pruebas suficientes de crueldad mental y convencerían al juez. Me negué bastante enfadado. No quería acusar a Gertrude de algo así.

En ese caso, me dijo el abogado, me tendría que ir a un Estado en el que hubiera la posibilidad de celebrar un divorcio sin culpables y donde pudiera presentar argumentos convincentes de que no estaba cambiando de residencia sólo para conseguir el divorcio. La elección obvia era Nueva York, donde después de todo, había crecido y estaban la mayoría de mis editores (Doubleday en particular).

Así que hice los preparativos y el 3 de julio de 1970 vino un camión de la mudanza, cargó mi equipo de trabajo, mi biblioteca, mis estanterías y todo lo que necesitaba para vivir y me fui a Manhattan.

Pero esto no fue el final. Lo que siguió fue bastante amargo. Gertrude contrató un abogado, que hizo todo lo que pudo para que me rindiera por agotamiento. Por ejemplo, en dos ocasiones me citó ante el tribunal y mientras yo iba corriendo a Boston, se las arregló para obtener un aplazamiento, de manera que al llegar a Boston, tenía que dar media vuelta y regresar a Nueva York.

Pero insistí, y después de tres años y cuatro meses, llegó el divorcio. Lo que es más, el juez otorgó a Gertrude menos de lo que yo le había ofrecido. Mi abogado estaba encantado, pero yo no. Dije que no la iba a engañar y aumenté de manera voluntaria la cantidad hasta lo que yo había ofrecido.

Con eso quedaba libre.

Sólo querría añadir algo. Durante aquellos mortales e infelices meses anteriores a mi partida, estaba ocupado escribiendo *Isaac Asimov's Treasury of Humor*. Desafío a cualquiera que lo lea y a que señale algún detalle que refleje mi estado de desesperación. La respuesta es muy sencilla. Mientras escribía, no estaba desesperado. Escribir, como creo que siempre he dicho, es para mí el calmante perfecto.

110. Mi segundo matrimonio

No llegué a Nueva York de improviso. Conseguí la ayuda de Janet Jeppson, con quien me había carteado durante once años. Me encontró un pequeño apartamento en la calle Setenta y dos, a sólo cuatro manzanas de su propio piso. Cuando me trasladé, me sentía exactamente igual que en mi primera noche en el campamento del ejército, allá por 1945. No, me sentía peor. Cuando entré en el ejército tenía veinticinco años y sabía que en dos años, como máximo, volvería a ser un civil y podría recuperar mi antigua vida. Ahora tenía cincuenta y no había final posible. Me había desarraigado para siempre.

Contemplaba tristemente las dos habitaciones que había alquilado. Mi biblioteca todavía estaba de camino, así que no tenía trabajo que hacer. Era el fin de semana del Día de la Independencia, así que no podía visitar ninguna editorial.

Janet, que había abastecido mi cocina de algunos cubiertos y de lo más esencial para que pudiera instalarme, estaba conmigo mientras contemplaba la situación. Es una mujer muy sensible y no hay duda de que percibió mi soledad y el sentimiento de culpabilidad que me abrumaba por haber abandonado a mi familia. Con gran delicadeza comentó que aquel fin de semana ella no tenía que ver a ningún paciente y que durante el día yo podía estar en su apartamento. Estaría más acompañado.

Le agradecí de corazón el ofrecimiento. La amabilidad de Janet alivió enormemente la transición. Recuerdo que éramos bastante más que amigos cuando llegué a Nueva York. Nuestra correspondencia durante once años era de por sí un romance. Janet escribía largas y fascinantes cartas y mis respuestas iban a vuelta de correo. Ella las enviaba a la Facultad de Medicina para evitar que se plantearan preguntas embarazosas en casa y yo solía ir a la facultad al menos una vez por semana, más por recoger sus cartas que por cualquier otra razón. También hablábamos frecuentemente por teléfono.

Era evidente que Janet era tan inteligente y hablaba tan bien como yo, y sus opiniones y filosofía de la vida eran muy parecidas a las mías. Las cartas eran maravillosas. (Janet las conserva y de vez en cuando vuelvo a leer algunas.)

Ella, creo, estuvo enamorada de mí durante todo ese tiempo. No tenía marido ni familia que la detuvieran. Además de mis cartas, leía todo lo que escribía y había disfrutado de mi obra antes de conocerme. Sospecho que yo también la quería, pero por supuesto, estaba totalmente confuso por unos sentimientos que, como hombre casado, yo rechazaba.

Permítame puntualizar que yo no era la fidelidad en persona. (Gertrude, estoy seguro, lo era. Nunca se me ocurrió cuestionarme o investigar el asunto, pero estoy seguro de ello de todas maneras.)

Carecía de experiencia sexual cuando me casé, y no tuve contactos

extramatrimoniales durante once años, a pesar de las oportunidades que se me ofrecieron en el ejército y en las convenciones. Sin embargo, no era inmune a la tentación en general y, con el tiempo, hubo ocasiones en las que alguna mujer joven mostró sus intenciones sin ninguna duda, y cuando la oportunidad estuvo allí… pues sucumbí.

Eso tenía su importancia. Con Gertrude nunca me sentí particularmente diestro sexualmente, pero otras mujeres parecían impresionadas, lo que me produjo un asombroso placer. Me doy cuenta de que las proezas sexuales no son algo a lo que un “intelectual” como yo debería conceder mucha importancia, pero el orgullo biológico es difícil de vencer. Con franqueza, mejoró mi opinión de mí mismo y me hizo más feliz.

Me podría haber convertido fácilmente en un Don Juan. Tenía el ímpetu para hacerlo, pero me faltaba tiempo. Escribir seguía siendo lo primero, y quería hacerlo en abundancia, así que las oportunidades de echar una cana al aire se redujeron al mínimo. No lo sentí, ya que, por lo que a mí respecta, incluso el sexo ocupa un segundo lugar después de la literatura.

Además, no era una cuestión de “amor”. Todas las aventuras de los años cincuenta no eran más que aventuras, tanto por mi parte como por la de ellas, pues entre nosotros no había nada en común fuera de una pasajera atracción sexual.

Janet era diferente. Su presencia me pareció interesante y muy agradable cuando estuvimos en la Convención Mundial de Pittsburgh en 1960 y, de nuevo, en Washington en 1963. (Allí, recuerdo que nos escapamos de la convención para visitar la Casa Blanca y los museos.) Después, en 1969, Janet vino a Boston cuando Gertrude y Robyn fueron a visitar Gran Bretaña con unos amigos; David estaba en su escuela especial de Connecticut y yo estaba solo en casa.

Se alojó en un hotel cercano y durante unos días recorrimos en coche el nordeste de Massachusetts visitando lugares como Salem y Marblehead. Con ella, me olvidé realmente de escribir, la única vez que recuerde, así de improviso, que esto haya sucedido. En realidad, esos días pueden haber sido los más alegres y despreocupados de mi vida, ya que no estuve pendiente de nada, ni de la tienda de caramelos, ni de la escuela, ni de un trabajo, ni de mi familia, ni tan siquiera de mi obra literaria.

Mi mundo, durante unos días, fue sólo Janet.

Pero lo más importante no era su deliciosa presencia física, sino la gran armonía de nuestras mentes y personalidades; de hecho, fue esta armonía la que hizo la presencia física de cada uno tan importante para el otro. Las cartas habrían sido suficientes para hacerme suspirar por Janet incluso si no la hubiese visto nunca, y sé que estos sentimientos eran recíprocos.

Pero en cuanto me mudé a Nueva York y pasé el fin de semana del Día de la Independencia con ella, desapareció la menor duda que hubiese podido albergar al

respecto. Estaba enamorado de Janet y ella de mí y ambos lo sabíamos con absoluta seguridad. Sabía que me casaría con ella tan pronto como fuera legalmente posible.

Además, puesto que los trámites del divorcio se alargaban interminablemente, no parecía haber ninguna razón para mantener una vida totalmente separada. Me trasladé a su apartamento y utilicé el mío sólo para trabajar durante el día.

Janet fue para mí un gran apoyo durante la época infeliz de incertidumbre que precedió al divorcio. Nunca me empujó, nunca me apremió para que aceptara cualquier insensatez con tal de acelerar el proceso; parecía dispuesta por completo a seguir con nuestra irregular situación durante el resto de nuestras vidas. Si Gertrude estaba poniéndome las cosas difíciles, Janet las facilitaba todavía más.

Cuando por fin llegó el divorcio, insistí (Janet, no) para que nos hiciéramos los análisis de sangre necesarios y sacáramos una licencia. Así que nos casamos el 30 de noviembre de 1973. Una ceremonia civil nos parecía muy sosa y ninguno de los dos quería una ceremonia religiosa convencional de ningún tipo, así que Edward Ericson, un jefe de la Ethical Culture Society, que estaba a cuatro manzanas de casa, nos casó en el salón de Janet.

Cuando escribo este libro Janet y yo llevamos casados diecisiete años y hace veinte que vine a Nueva York. Les aseguro que hemos sido muy felices todo este tiempo y que estamos tan enamorados como siempre. Sigo muy dedicado a mi trabajo, pero Janet es una mujer con una profesión y una carrera propias. Era una psiquiatra y psicoanalista destacada, y después de jubilarse continuó escribiendo y tuvo éxito, independientemente de mí, así que ella también estaba ocupada en su trabajo.

Los dos trabajamos en nuestro piso, uno mayor al que nos trasladamos en 1975, después de que abandonara el primer despacho que mantuve durante cinco años. Estamos siempre juntos, incluso cuando los dos trabajamos en nuestra propia zona del piso. Además, su paciencia y sensibilidad son extraordinarias y soporta todos mis defectos con un amor inquebrantable. Estoy seguro de que yo soportaría todos los suyos con el mismo amor, si tuviese alguno.

Al principio, este matrimonio no fue fácil para Janet. Cuando nos casamos tenía cuarenta y siete años, siempre había vivido sola y tenía éxito en su profesión. No estaba segura de poder adaptarse a la vida de casada y el día anterior a la boda estuvo llorando. Le pregunté alarmado qué era lo que iba mal.

—No puedo evitarlo, Isaac. Me siento como si fuera a perder mi identidad —me confesó.

—Tonterías —le respondí—. No perderás tu identidad, ganarás subordinación.

Janet estalló en carcajadas, y todo fue bien.

Y respecto a nuestra relación amorosa de Darby y Joan[14], piense en esto…

En 1986, el portero de nuestro edificio me entregó el *Post* de Nueva York y me

dijo:

—Sale en la página seis.

Subí a casa agitando el periódico y anuncié:

—Janet, Janet, tengo el *Post*.

—¿Por qué? —preguntó sorprendida. (No somos lectores del *Post*.)

—Me han pillado besando a una mujer.

Janet sacudió la cabeza (conoce todas mis galanterías irreflexivas) y advirtió:

—Siempre te digo que tengas cuidado.

Le alargué el periódico. Habíamos estado en alguna reunión en la que se hacía publicidad del libro de un escritor científico, y en un momento Janet y yo nos besamos (cosa que hacemos con frecuencia, estemos en público o no). Un reportero del *Post* lo vio y celebraba las travesuras de los “sexagenarios”, aunque Janet en realidad sólo tenía cincuenta y nueve años.

—Mira en qué sociedad vivimos —le dije—. Si un hombre besa a su mujer en público, sale en los periódicos.

111. *Guide to Shakespeare*

Mi mudanza a Nueva York no hizo que dejara de escribir. Admito que cada vez que las circunstancias de mi vida cambiaron de manera radical, me preocupaba no poder escribir como antes, pero siempre dudé en vano. Mi trabajo literario continuó.

Después de entregar la *Guía de la Biblia* me sentí vacío. Había trabajado en ella tanto tiempo que tuve ganas de dejarlo. Me preguntaba si habría algo más que pudiera complacerme tanto, ¿y cuál es la única parte de la literatura inglesa comparable a la Biblia? Por supuesto, las obras de William Shakespeare.

Así que en 1968 empecé a escribir *Asimov's Guide to Shakespeare*. Pretendía revisar cada una de sus obras con detalle, explicar todas las alusiones y arcaísmos y mostrar todas las referencias implícitas, ya fueran de historia, geografía, mitología o sobre cualquier otro tema, que se pudieran prestar a un comentario.

Empecé incluso antes de mencionar mis planes a Doubleday, y sin firmar ningún contrato. No obstante, cuando terminé mi análisis de *Ricardo II*, se lo presenté a Larry Ashmead y le pedí un contrato. Larry aceptó y seguí trabajando con ahínco.

Lo que más me ha divertido de toda mi obra ha sido escribir mis autobiografías. Después de todo, ¿qué puedo encontrar más interesante que escribir de mí mismo? Pero, aparte de ellas, *Asimov's Guide to Shakespeare* fue el trabajo más entretenido que jamás haya hecho. Me gustaba Shakespeare desde que era joven y lo leí concienzudamente, línea a línea, así que escribir sobre todo lo que había leído me producía una gran alegría.

Fui recompensado por ello, ya que poco después de trasladarme a Nueva York, el fin de semana siguiente al Día de la Independencia, cuando Janet estaba de nuevo con sus pacientes, recibí la gran cantidad de galeradas del libro, ya que tenía más de medio millón de palabras. Esto me tuvo muy ocupado justo cuando más lo necesitaba, y me ayudó a borrar de mi mente los sentimientos de culpa e inseguridad.

Las galeradas o "pruebas" son, para aquellos de ustedes que no lo sepan, unas hojas muy largas en las que se imprime el contenido del libro, por lo general dos páginas y media del libro por hoja de galerada. Se supone que el escritor las tiene que leer con mucho cuidado para descubrir todos los errores tipográficos cometidos por el impresor y todas las equivocaciones cometidas por él mismo. Esta "lectura de pruebas" y las correcciones se supone que garantizan que el libro final esté libre de errores.

Sospecho que a la mayoría de los escritores las galeradas les suponen un trabajo pesado, pero a mí me gustan. Me dan la oportunidad de leer mi propia obra. El problema está en que no soy un buen lector de pruebas, porque leo demasiado deprisa. Leo por *gestalt*[15], frase por frase. Si hay una letra errónea, o una de más, no lo noto. El pequeño error se pierde en la corrección general de la frase. Me tengo que

obligar a mí mismo a mirar cada palabra, cada letra, por separado, pero si bajo la guardia un momento, acelero de nuevo.

El lector de pruebas ideal debería ser, en mi opinión, un erudito en todos los aspectos de la ortografía, la acentuación, la gramática y al mismo tiempo ligeramente disléxico.

Asimov's Guide to Shakespeare se publicó en dos volúmenes en 1970 y siempre que la utilizo, o la miro, vuelvo a recordar aquellos primeros días en Nueva York, inseguro de mi futuro y algo asustado.

112. Los comentarios

El 16 de junio de 1965 almorcé con Arthur Rosenthal, editor de Basic Books, que había publicado *The Intelligent Man's Guide to Science*. Martin Gardner, a quien admiraba muchísimo, estaba presente. Yo había leído (y tenía) casi todos sus libros y seguía con avidez su columna de "Juegos matemáticos" en *Scientific American*.

El libro de más éxito de Gardner era *The Annotated Alice*. Incluía los dos libros, *Alicia en el país de las maravillas* y *A través del espejo*, con las ilustraciones de Tenniel. En el margen, Gardner exponía todos los aspectos de las líneas que según él necesitaban un comentario. Es un libro fascinante y lo he leído varias veces.

Se lo comenté durante el almuerzo y Gardner (que fue lo bastante amable como para decirme que también admiraba mis libros, y de hecho, desde entonces hemos sido muy buenos amigos) me sugirió que si realmente quería divertirme, debía encontrar un libro que me gustara mucho y comentarlo.

En cierto modo, *Asimov's Guide to the Bible* y *Asimov's Guide to Shakespeare* eran comentarios pero, por supuesto, no podía incluir el texto completo ni de la Biblia ni de las obras de Shakespeare, sólo podía citar pasajes seleccionados. Pero la idea de un comentario real seguía dándome vueltas en la cabeza.

¿Y por qué no? Estos libros me habían animado. Hasta entonces mis obras de no ficción se habían limitado a temas científicos, e incluso cuando me aventuré fuera de este mundo, con mis libros de historia, estaba escribiendo para gente joven y no se esperaba que fueran textos muy profundos.

Pero los libros sobre la Biblia y Shakespeare demostraban que mis conocimientos eran más amplios de lo que se creía y, además, estaban dirigidos a adultos. Me sentía preparado para enfrentarme a una recepción hostil unida a la frase: "¿Por qué Asimov no sigue con sus estupideces de ciencia ficción en vez de intentar meterse en campos de los que no sabe nada?"

Algo de eso pasó. Recuerdo una crítica corta y despreciativa de un profesor de literatura de un determinado *college* que dejó bastante claro que pensaba que mis libros sobre Shakespeare no merecían ni el menor comentario. Apareció en el *Sunday Times* y el paso de dos décadas no ha aplacado mi ira contra él.

Años más tarde saludé a un estudiante de ese *college* y le pregunté si conocía al crítico (cuyo nombre conozco perfectamente, pero no diré). Y le conocía.

—¿Podrías describírmelo? —inquirí.

—Bajo —me respondió—, y muy vanidoso.

—¡Vaya —exclamé—, exactamente como me lo imaginaba!

No obstante, los libros sobrevivieron y tuvieron bastante aceptación, aunque estas obras nunca alcanzan una gran cantidad de ventas. Cuando volví a Nueva York estaba convencido de mi capacidad para escribir sobre cualquier tema que me apeteciera y

de que la crítica no me destruiría por ello.

En relación con esto, he de explicar que durante mi primera semana en Nueva York se me ocurrió que podría hacer lo que quisiera con absoluta libertad. No tenía familia y Janet estaba ocupada con sus pacientes. Así que fui a la parte baja de la Cuarta Avenida, que en 1970 seguía siendo una zona de librerías de segunda mano. Allí me paseé por las estanterías mohosas buscando libros viejos, algo que siempre había soñado hacer.

Encontré un ejemplar del *Don Juan* de Lord Byron. Había uno en la casa de los Blugerman e intenté leerlo por las mañanas, cuando me levantaba antes que nadie y estaba prohibido hacer el menor ruido para evitar que se despertara el hermano de Gertrude, John, quien como diría su madre, "Necesita dormir sus doce horas". Y lo peor es que lo decía en serio. Pero aquella edición tenía la letra microscópica y el ambiente era deprimente, así que nunca pude terminarlo.

En esta ocasión volvería a intentarlo con más probabilidades. Nunca había dormido más de cinco horas, así que si no podía dormir, ¿por qué debía intentarlo? Estaba solo. Podía encender la luz y leer durante toda la noche. ¿Quién me lo impediría?

Esa noche me metí en la cama, que era muy mala (no era mía, estaba en el apartamento), abrí el *Don Juan* y empecé a leer. Apenas había terminado el prólogo, en el que Byron vilipendiaba a Robert Southy, William Wordsworth y Samuel Taylor Coleridge, y ya estaba enardecido. Las palabras de Martin Gardner retornaron a mi mente y me propuse hacer un comentario, uno de verdad. Quería que Doubleday publicara una edición de *Don Juan* con mis anotaciones explicando todas las alusiones clásicas y las referencias de interés actual para el lector contemporáneo americano.

A la mañana siguiente fui a Doubleday, le vendí la idea a Larry Ashmead y empecé a trabajar de inmediato. Gardner tenía razón. Era divertidísimo. David vino a visitarme mientras estaba enfrascado tras la pista de Byron y apenas le atendí. Sólo quería trabajar en el libro. Eso era lo que me convirtió en un mal padre o, en palabras amables de Robyn, en un "padre ocupado".

Dudaba de que el libro se vendiera, y Doubleday también. Después de todo, el gusto del público ya no se inclinaba hacia la poesía romántica posnapoleónica. Por otro lado, el precio del libro tendría que ser elevado, demasiado para la mayoría de los lectores. No obstante, quise hacerlo y Doubleday me complació.

Se publicó en 1972. No pudimos llamarlo *The Annotated Don Juan* porque Clarkson Potter (una filial de Crown Publishers), que había publicado *Annotated Alice*, de Gardner, había registrado la propiedad de esta forma de título. Así que se llamó Asimov's Annotated Don Juan. Doubleday hizo una edición muy bonita que ganó un premio (por su diseño, no por su contenido, me apresuro a aclarar) y se

recuperó el adelanto. (Por supuesto, había pedido uno pequeño para asegurarme de que se recuperaría.)

En cuanto terminé el libro, empecé a trabajar en lo que iba a ser *Asimov's Annotated Paradise Lost* porque quería llevarlo a Doubleday antes de que se publicara el primero y, probablemente, fracasara. Fue tan entretenido como el anterior y se publicó en 1974. También preparé un pequeño libro con varios poemas conocidos que tenían un significado histórico y que se publicó como *Familiar Poems, Annotated* en 1977.

No se puede decir que ganara dinero con ninguno de esos libros, aunque tampoco hubo pérdidas, y el placer que me proporcionó fue mayor que el dinero que me hubieran dado.

En realidad quería hacer más, pero pensé que no podía forzar a Doubleday más allá de un determinado límite. No obstante, en 1979, Jane West, de Clarkson Potter, me pidió que hiciera un comentario para ellos, y me permitió elegir el libro que considerara oportuno. Gardner, en aquel almuerzo que compartimos hacía varios años, mencionó *Los viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift, como un libro ideal para que yo lo comentara, así que se lo sugerí. Jane se entusiasmó con la idea y me puse a trabajar de nuevo.

Esta vez, el libro se pudo llamar *The Annotated Gulliver's Travels*, ya que se trataba de un libro de Clarkson Potter, y se publicó en 1980. Las ventas fueron algo mejores que las de los libros de Doubleday, pero no mucho más.

Había otro comentario que ansiaba hacer y encontré mi oportunidad a finales de los ochenta cuando era, más que nunca, por razones que explicaré más adelante, el niño bonito de Doubleday. Me tomé dos meses, puesto que pensé que me lo podía permitir, y trabajé con ahínco hasta que terminé *Asimov's Annotated Gilbert & Sullivan*. Se lo ofrecí a Doubleday sin que me pagaran adelanto, tan deseoso estaba de que lo publicaran, lo que evocó el famoso "No digas tonterías, Isaac", tan característico de ellos, y me dieron un adelanto cinco veces mayor del que me habían dado por el Don Juan. Se publicó en 1988. Aunque era un libro enorme que costaba cincuenta dólares y pesaba mucho, realmente recuperó el adelanto.

Pero eso es todo. No se me ocurre ningún otro comentario que desee hacer, excepto Homero, por supuesto, pero está escrito en griego y no se puede uno guiar por una de sus numerosas traducciones.

113. Nuevos parientes políticos

Me di cuenta de que, puesto que estaba planeando casarme con Janet en cuanto pudiera, iba a tener otra familia política.

Confieso que esto me angustiaba un poco. Mientras que Gertrude y su familia eran judíos, Janet no lo era. Sabía que a ella no le importaba en absoluto que fuera judío (como a mí que ella fuera gentil), pero ¿y a su familia?

Los padres de Janet eran mormones, aunque luego supe que no eran practicantes. Janet nunca había sido bautizada y no era mormona en absoluto. En realidad, es tan atea como yo.

Cuando se acercaba el momento de casarnos, Janet, ansiosa por complacerme en todo, me preguntó si quería que se convirtiese al judaísmo.

—Desde luego —le contesté—. Siempre que me permitas que yo me haga mormón.

Eso terminó para siempre con ese tipo de insensateces. (En la actualidad es miembro de la Ethical Culture Society, pero no creo que yo llegue nunca tan lejos.)

Los mormones son partidarios de las familias numerosas y los padres de Janet tenían muchos hermanos. En consecuencia, Janet tenía docenas y docenas de primos carnales, tíos, tías y un amplio surtido de parientes. Por fortuna, la mayoría estaba en Utah y no necesité conocerlos a todos. (Janet sintió más alivio que yo todavía.)

Su padre, John Rufus Jeppson, murió en 1958, un año antes de que Janet y yo nos conociéramos en el banquete de Escritores de Misterio. Fue una muerte súbita e inesperada, ya que sólo tenía sesenta y dos años, y Janet, que le adoraba, sufrió mucho por su pérdida.

Su padre tuvo una vida muy dura; abriéndose camino desde la pobreza, logró pasar por la Facultad de Medicina y acabó siendo oftalmólogo y un respetado ciudadano de New Rochelle. A su lado, estuvo siempre su esposa, Rae Evelyn Jeppson (Knudson de soltera). John y Rae fueron novios casi desde la infancia y fue un matrimonio muy unido desde el principio hasta el final. (Esto también les sucedió a mis padres.)

Conocí a Rae bastante pronto, mientras Janet y yo estábamos viviendo juntos. Estaba nervioso no sólo porque era judío sino también porque vivíamos juntos sin estar casados. No temía la desaprobación materna en sí, pero no quería dificultar la vida de Janet y ser la causa de una ruptura entre madre e hija.

Janet me aseguró que no debía preocuparme, pero fui precavido.

La madre de Janet era más baja que ella y su pelo seguía siendo castaño claro a pesar de sus setenta y tantos años. Se parecía mucho de cara a Janet y eso fue suficiente, en sí mismo, para predisponerme en su favor en el momento en que la conocí. Era una dama educada a la antigua usanza: amable, cortés y de conversación

pausada. (Janet a menudo dice que Rae intentó hacer de ella una dama, pero fracasó.)

También era honesta. Sin tener en cuenta que podía avergonzar a su hija, me miró a los ojos y me dijo con firmeza:

—Doctor Asimov, lo siento por su mujer.

Pero la miré a los ojos y le dije con la misma firmeza.

—Señora Jeppson, créame. Yo también.

Eso fue todo. El tema nunca volvió a surgir. Rae estaba satisfecha. Creo que me hice un gran favor al resistir la tentación de defenderme. Si lo hubiese hecho, habría parecido un llorón y a Rae no le habría gustado.

Mi suegra y yo nos llevamos a las mil maravillas, aunque mientras pasábamos la noche en su casa quería que durmiéramos en habitaciones diferentes. Pensé que lo podríamos soportar sin problemas y le dije a Janet que era una manera inocente de agradar a su madre. Janet, sin embargo, no estaba dispuesta. No quería, a su edad, someterse a lo que ella consideraba los deseos irracionales de su madre, y Rae cedió. Me sentí culpable y sigo pensando que no nos hubiera supuesto ningún sacrificio tratar de que Rae se sintiera más cómoda.

El momento crucial de mi relación con Rae llegó cuando Janet ingresó en el hospital en 1973, con una hemorragia cerebral repentina. Me parecía que tenía que llamar a Rae para explicarle que su vida corría peligro, pero no era fácil decírselo puesto que la hermana pequeña de Rae, Opal (cuyo nombre habían puesto a Janet), había muerto por la misma causa a la edad de cuarenta y siete años y, por pura coincidencia, Janet tenía esta edad cuando sufrió la hemorragia.

Tenía miedo de comunicárselo. Estaba muy alterado por el estado de Janet y no confiaba del todo en mí mismo para plantear la situación con el suficiente tacto y la amabilidad necesaria. Tenía que enfrentarme a una madre probablemente igual de alterada que podía, en su dolor, buscar en mí un chivo expiatorio. Rae había recibido una educación religiosa muy estricta y podría considerar que lo que le había sucedido a Janet era un castigo de Dios por haber “vivido en pecado” conmigo.

Naturalmente, no aceptaría ninguna de estas interpretaciones de los acontecimientos, pero probablemente tampoco podría discutir con una madre con el corazón destrozado. Cobré ánimos para soportar sin defenderme una nueva crítica. Llamé a Rae por teléfono y le di la noticia lo mejor que pude. Creo que estaba llorando cuando lo hice (no, no me avergüenzo de ello) y ella no pudo dudar de mi propio dolor.

Durante un momento permaneció en silencio, después, de la manera más suave y cálida posible, afirmó:

—Pase lo que pase, Isaac, quiero darte las gracias por haber hecho tan feliz a Janet durante estos últimos años.

Por fortuna Janet se recuperó sin problemas. Le repetí las palabras de su madre y

puedo asegurar que después de esto, Rae siempre tuvo mi más profunda consideración. La quise como a otra madre, y aunque Janet, como cualquier hija, a veces se quejaba de ella, yo nunca lo hice.

Después de padecer cáncer durante un año, Rae Jeppson murió el 10 de junio de 1976, poco antes de su octogésimo cumpleaños. Se mantuvo activa física y mentalmente casi hasta el final. Tuvo una muerte tranquila, y a diferencia de mis padres o de los de Gertrude, no murió sola o entre extraños. Murió en su casa, en su cama, con su hija a su lado cogiéndola de la mano.

Lo último que Janet le dijo fue:

—Te quiero, mamá.

—Yo también te quiero, Janet —murmuró ella, y después murió tranquilamente.

¿Y qué mejor manera de morir que mientras recibes y das amor?

El padre de Janet fue el primer médico de los Jeppson, pero inició la moda en la familia. Janet y su hermano pequeño, John Ray Jeppson, siguieron la tradición.

Después de graduarse en Harvard, John fue a la Facultad de Medicina de la Universidad de Boston y estuvo en la última clase que di. Informaba sobre mí a su hermana y también la aficionó a la ciencia ficción. No puedo expresarle todo mi agradecimiento por las consecuencias de su proceder.

Se casó con una bella joven llamada Maureen mientras todavía estudiaba en la facultad, y después se hizo anestesista. Vive en California y tiene dos hijos, una chica llamada Patti y un hijo, John tercero.

Janet y yo queríamos mucho a Patti, que se dedica a la arqueología histórica. El joven John es dentista, está casado y tiene una hija llamada Sarah. Esto convierte al hermano pequeño de Janet en abuelo y a ella en tía abuela. (Y a mí en tío abuelo, por supuesto.)

Janet tiene una prima carnal, Chaucy Bennetts (Horsley de soltera), que es dos años mayor que ella. Crecieron como hermanas más que como primas y mantienen una verdadera unión fraternal.

Chaucy no es su verdadero nombre. La bautizaron Shirley, pero su padre también se llamaba Shirley. Quizá fue la confusión inevitable de persona y de sexo, lo que inspiró en parte el cambio de nombre. Sin embargo, Chaucy se casó con un hombre muy agradable llamado Leslie Bennets, y cuando tuvieron una hija, ¿qué nombre le pusieron? Pues, Leslie, por supuesto. Nunca lo he comprendido.

Chaucy era un mujer muy inteligente y extraordinariamente hermosa. Fue actriz durante durante poco tiempo, y después se dedicó a publicar y se convirtió en una importante editora de libros infantiles durante muchos años. En la actualidad es correctora de manuscritos en Doubleday y a menudo me detengo a verla cuando visito la editorial. Su marido, bastante mayor que ella, era un hombre simpático, tranquilo y atento que murió en 1985 a la edad de ochenta años.

La hija de Chaucy, la joven Leslie, heredó la belleza juvenil de su madre. Vi las fotos de su primera boda y en una de ellas, en que estaba de pie con su madre, parecía mucho más guapa que muchas estrellas de cine. Miré la foto con asombro y dije:

—Increíblemente bella. Totalmente increíble.

Chaucy sonrió contenta por el cumplido a su hija y dijo:

—Sí, ¿verdad que lo es?

—¿Lo es? —pregunté. Miré de nuevo la foto y dije:

—Ah, sí, también Leslie es muy guapa.

Por desgracia, su matrimonio no fue un éxito. Sólo duró un año, pero Leslie se hizo una periodista famosa, escribió para el *Bulletin* de Filadelfia, después para el *New York Times* y ahora trabaja para *Vanity Fair*. Es una entrevistadora buenísima. (No obstante, una vez en una entrevista, dijo que yo medía cinco centímetros menos de los que mido en realidad. Puesto que no ando sobrado de altura, no pude soportar esa rebaja, y lo llevé muy mal. Por supuesto, ella es más alta que yo, y también Chaucy, y puede que esto la confundiera.) Hace poco se ha casado por segunda vez. Su marido es el escritor Jeremy Gerard y tienen una hija llamada Emily.

El hermano pequeño de Leslie, Bruce, es actor y fotógrafo. También es alto, guapo e inteligente y tiene una voz excelente.

Me llevo de maravilla con la familia de Janet y ellos me iniciaron en algo que desconocía; las celebraciones familiares. Mi familia nunca celebraba nada, puesto que la tienda de caramelos era un ancla siempre presente que nos inmovilizaba. Había fiestas ocasionales en casa de los Blugerman, pero allí siempre me sentí como un extraño.

Sin embargo, los Jeppson y los Bennetts me recibieron en su familia de todo corazón y participé en todas sus fiestas: Pascua, Día de Acción de Gracias y Navidades. Chaucy preparaba el plato principal y era tan extraordinariamente buena cocinera como Mary Blugerman. Rae hacía unas patatas dulces especiales y un inolvidable bombón de merengue blando. Los Bennetts preparaban *pâté* de hígado. Había frutos secos, dulces, frutas y tarta, y a mí me encantaba todo.

La fiesta más extraordinaria fue la de las Navidades de 1971. Había recibido las pruebas de la tercera edición de mi *Guide to Science,* y cuando llegó el momento de ir a casa de Rae las miré con tristeza ya que quería utilizarlas para preparar el índice.

Janet me dijo:

—Llévatelas. Puedes trabajar allí.

Lo hice. Cogí las pruebas y varios miles de fichas de 8 x 13 en blanco, me aseguré de tener un par de buenos lápices y nos fuimos. Me dejaron el antiguo despacho del padre de Janet, con un sillón grande y cómodo y una mesa perfecta y me aseguraron que nadie molestaría.

Estaba a punto de decir que no me importaba que me molestasen cuando

desaparecieron y durante todo el día todos trabajaron en la preparación de la fiesta, menos yo. Trabajé con mis fichas, completamente solo, sin que nadie osara molestar al gran hombre mientras trabajaba. Ni pasos, ni murmullos, nada me distrajo. Nunca me había sucedido nada parecido y sabía que en breve descubrirían que no necesitaba en absoluto estar aislado y que nunca volvería a suceder. Me llamaron para participar en la cena y para abrir los regalos. ¡Qué recuerdo más agradable!

(Por cierto, la tercera edición de *Guide to Science* en la que estaba trabajando en esas Navidades gloriosas tuvo problemas con el título. No podía llamarse *The New New Intelligent Man's Guide to Science*. Pero mi nombre se había hecho mucho más famoso en la última década, así que decidieron llamarla *Asimov's Guide to Science* [Introducción a la ciencia]. Cuando se publicó la cuarta edición, se llamó *Asimov's New Guide to Science* [Nueva guía de la ciencia]. No sé como titularán la quinta edición, si es que hay alguna.)

Pero volvamos a Janet. Yo también le presenté a mi familia. Era demasiado tarde para que conociera a mi padre así como para que yo saludara al suyo, pero sí vio a mi madre en Long Beach. También conoció a Stan y a Ruth. Gustó a todo el mundo, por supuesto. (No he conocido a nadie al que no le gustara.) Stan, después de haber hablado con Janet durante un rato, me llevó aparte y murmuró:

—Es una joya, Isaac. ¿Cómo te las has arreglado para encontrarla?

—Tengo talento —le respondí.

114. Hospitalizaciones

Acababa de cumplir cincuenta años cuando volví a Nueva York. Estaba sano y entero. No me habían quitado las amígdalas, las vegetaciones, ni me habían operado de apendicitis. Tenía treinta y un dientes y el único que me faltaba se podría haber salvado si hubiese tenido más cuidado a principios de los cuarenta. Nunca me había roto un hueso.

Estaba orgulloso de mí mismo y esperaba ser enterrado todavía entero. Sin embargo, el hombre propone y la vejez dispone…

Mi fe en mi estado de salud era tal que rara vez acudía a los médicos, sólo cuando era absolutamente necesario. En parte era consecuencia de los condicionamientos de la infancia. Mis padres eran pobres y los médicos cuestan dinero. (No mucho, desde luego. En mi infancia, los médicos te visitaban en casa y te cobraban tres dólares, pero eso era mucho dinero para la gente pobre, y se llamaba al médico sólo cuando un niño estaba muy mal o cuando un adulto estaba medio muerto.)

Cuando me trasladé a vivir con Janet, descubrí que las cosas no eran así. Era médico e hija de médicos y una gran partidaria de consultar siempre a tales profesionales por cualquier comezón o arañazo. Me quedé sorprendido cuando insistió para que me hiciera una revisión general.

—Estoy completamente sano —protesté.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó con frialdad.

(He descubierto que cuando oigo ese tono glacial, lo mejor es rendirse con elegancia. Janet dice que puede que lo haya descubierto, pero que nunca he logrado hacerlo.)

De todas maneras, un colega le había dado el nombre de Paul R. Esserman. Parece que tenía fama de ser un internista (que es lo que solíamos llamar un médico de Medicina General) con una inteligencia y unos conocimientos médicos fuera de lo normal. Janet insistió para que fuera a verle y el 16 de diciembre de 1971 estaba en su consulta.

Paul medía 1,82 metros, le sobraban unos pocos kilos, su voz era suave y tranquilizadora y (como descubrí con el tiempo) tenía mucho tacto con los enfermos. Como siempre, fui incapaz de mantener una relación profesional. Nos hicimos amigos y se ha convertido en mi médico desde entonces. Hubiera deseado ardientemente no necesitar sus servicios, pero los necesité.

Realizó la primera exploración y le pregunté cómo me encontraba.

—Perfecto —respondió.

—Lo sabía —añadí.

—A excepción del nódulo en la tiroides.

—¿Qué nódulo?

Me hizo echar la cabeza hacia atrás y no hay duda de que había un bulto visible en el lado derecho de mi cuello.

—¿No lo notó nunca al afeitarse? —me preguntó.

—No —le contesté de mal humor—. Nunca había estado ahí. Lo ha debido de poner usted.

—Por supuesto —afirmó amablemente—, y ahora necesitamos un buen endocrinólogo que nos diga qué es y qué tenemos que hacer.

El endocrinólogo fue el doctor Manfred Blum, que me sometió a una prueba con yodo radiactivo. El nódulo de la tiroides estaba frío; no asimilaba el yodo y por tanto no funcionaba como debía.

—¿Qué significa eso, doctor? —le pregunté.

Blum dudaba, así que le dije con bastante frialdad:

—Está permitido utilizar la palabra “cáncer”.

Así que eso fue lo que dijo, pero subrayó que el de la tiroides era un tejido tan especializado que un cáncer de tiroides nunca se extiende y se puede atajar con facilidad.

Así que fuimos al cirujano, Carl Smith, que aceptó alegremente quitarme la parte afectada de la tiroides y fijó la operación para el 15 de febrero de 1972.

Era la primera vez en mi vida que me enfrentaba a una operación que necesitaba anestesia general y no me sentía muy feliz.

Había oído hablar de casos aislados en los que una persona sensible a un determinado anestésico moría en la mesa de operaciones. También sabía que tenía cincuenta y dos años y que mi compañero y escritor William Shakespeare había muerto a esa edad y pensaba que las parcas podían confundirnos a ambos con facilidad. En resumen, estaba aterrorizado.

Así que llamé a Stan, el miembro sensato de la familia. Unos años antes se enfrentó y sobrevivió a una operación importante en la columna vertebral. Le pregunté cómo se las había arreglado para enfrentarse a esa situación tan terrible.

—Estaba aterrorizado —me dijo Stan—. Apenas podía andar. Habría hecho cualquier cosa por librarme del dolor y no temía a la operación. La esperaba con ilusión. El problema con tu tiroides, Isaac, es que no te duele, así que no sientes la necesidad de operarte.

Tenía toda la razón y me las arreglé para calmar mis temores. Lo cierto es que antes de operarme me pusieron tantos calmantes (a pesar de mis protestas de que estaba perfectamente bien y de asegurar que no los necesitaba) que en vez de nervioso estaba eufórico.

Cuando llegó Carl Smith con la bata verde y la máscara le recibí alegremente entonando:

Doctor, Doctor, in your green coat,
Doctor, Doctor, cut my throat.
And when you've cut it, Doctor, then
Won't you sew it up again.

[Doctor, doctor, con su bata verde / doctor, doctor, córteme la garganta. / Y cuando la haya cortado, doctor, entonces / no la coserá de nuevo.]

No recuerdo que nadie se riera. Oí que alguien decía:

—Ponle la anestesia y que se calle de una vez —o algo parecido, y perdí el conocimiento.

Después, Carl Smith me explicó exactamente las tonterías que había dicho. Me dijo que tenía que operar con mucho cuidado para evitar cortar un nervio, cuya destrucción me habría dejado ronco para el resto de mi vida.

—Imagínate que mientras lo estoy haciendo pienso en tus versitos —me dijo con severidad— y empiezo a reírme de ellos y mi mano tiembla.

Estoy seguro de que en ese momento empalidecí, y tengo que controlarme para no temblar cada vez que pienso en ello, incluso ahora.

La operación me confirmó lo maravilloso que es ser escritor. Carl me cobró mil quinientos dólares por la operación (lo valía) y más tarde escribí un divertido artículo sobre ello (incluido mi versito) y cobré dos mil dólares por él. Ja, ja, ¿qué te parece eso, vieja profesión médica? (Estaba más contento que nunca por no haber sido aceptado por ninguna Facultad de Medicina.)

Hubo un efecto secundario importante de la operación.

Mi última observación en serio antes de la operación había sido: “No toque las paratiroides.” Probablemente fue imposible cumplir esta orden. Carl cortó la mitad derecha de mi glándula tiroides y dos de las cuatro pequeñas glándulas paratiroides incrustadas en la tiroides también fueron eliminadas.

Las paratiroides controlan el metabolismo del calcio y la composición de mis piedras del riñón era oxalato cálcico deshidratado. Una vez que la mitad de mi tiroides enferma y las dos paratiroides desaparecieron, nunca más se me formaron dolorosas piedras en el riñón. Sólo por esto merecía la pena la operación.

De todos modos el asunto en general me disgustaba. Yo no estaba entero, y tenía una cicatriz en la parte inferior del cuello para probarlo.

Tres meses después de mi operación de tiroides, el ginecólogo de Janet le encontró un bulto en el pecho izquierdo. Hubo un período de incertidumbre que fue una agonía, y por fin se decidió que se necesitaba cirugía exploratoria.

Tuvo lugar el 25 de julio de 1972, y Carl Smith fue el que operó de nuevo. Esperé

a Janet en la habitación del hospital y cuando pasaron diez horas empecé a desfallecer. La exploración había mostrado la necesidad de una mastectomía y Carl Smith llevó a cabo una radical, eliminando también el músculo de detrás del pecho. (Las mastectomías radicales ya no se suelen hacer, la de Janet debió de ser una de las últimas.)

A Janet le costó dos o tres días darse cuenta de lo que había ocurrido. Perdió uno de sus pequeños pechos y lloró amargamente. Me las arreglé para sacarle la razón real de sus lágrimas. Se sentía “mutilada”. Todavía no estábamos casados y estaba convencida de que, sin ningún papel legal con que retenerme, me limitaría a marcharme y encontraría a alguien que fuera más joven, más guapa y que tuviera dos grandes pechos.

Estaba a punto de volverme loco, ¿cómo podía convencerla de que lo que amaba de ella no era algo que se pudiera ver o que un bisturí pudiera cortar? Por fin, desesperado, le dije:

—Escucha, no es tan grave como si fueras una corista. Si lo fueras y te hubiesen quitado el pecho izquierdo, te caerías hacia la derecha. Así que, con tus pequeños pechos, ¿a quién le importa? Dentro de un año te miraré y preguntaré: “¿Cuál es el pecho que te quito el cirujano?”

Era muy cruel, pero funcionó. Janet rompió a reír a carcajadas y se sintió mucho mejor.

Los dos sabíamos lo aprensivo que era, y Janet temía que la primera vez que viera las cicatrices de su pecho me quedaría sin respiración, me diera media vuelta y no volviera jamás. Y yo temía que, aunque sabía que no me iría, de todas maneras me quedara sin respiración y la hiciera sentirse desdichada para siempre.

Así que hice que Carl me explicara con detalle exactamente cuál sería el aspecto de su pecho y ensayé fingiendo que lo veía. Más adelante, unas semanas después de la operación, cuando pensé que había estado ocultando el asunto durante el tiempo suficiente, esperé a que se hubiera duchado y le quité suavemente la toalla del pecho. No me quedé sin respiración, y ella se sintió infinitamente aliviada.

Hasta hoy día la ataca la pena y la preocupación por el pecho perdido y me pregunta si estoy seguro de que no me importa. Yo le digo la verdad:

—Janet, sabes que no soy una persona observadora, ni siquiera lo noto.

Y no lo noto.

Incluso fui capaz de bromear sobre ello con otras personas. Judy-Lynn y Lester del Rey vinieron a visitarnos durante la convalecencia y hablaron de cualquier tema excepto de perder un pecho. Después Judy dijo algo sobre bares “de ligones solitarios” y le dijo a Janet:

—¿Has estado alguna vez en uno?

Los interrumpí y dije:

—¿Estado en uno? Ella tiene uno solitario, al que yo me siento muy ligado.

Judy-Lynn se puso furiosa y estaba a punto de lanzarme uno de sus improperios, pero intervino Janet:

—No le hagas caso —le dijo—. Sólo está presumiendo. El mío no es lo bastante grande como para ligar a nadie.

Una revista de divulgación médica me pidió que escribiera sobre alguna emergencia médica a la que yo, o algún pariente próximo, se hubiera enfrentado con valor. Les hablé de la mastectomía de Janet pero les dije que no quería escribir sobre el tema hasta que no estuviéramos casados, para que los lectores supieran que había habido un "final feliz".

Después de nuestra boda escribí el artículo. Por supuesto, pedí permiso a Janet, y al principio no quería proclamar su desgracia para que todo el mundo la supiera. Pero le dije:

—¿Sabes, Janet?, puede que sea el único artículo que se escriba nunca sobre un tema como éste en el que el escritor no atribuya el mérito a Dios por haberle dado la fuerza para superar el desastre.

Gracias a este razonamiento Janet aceptó de inmediato y el artículo se publicó.

115. Los cruceros

He compensado mi animadversión hacia los aviones con mi afición a los grandes trasatlánticos. Me encantan, debe de ser una cuestión de tamaño. Cuando voy en un trasatlántico no me siento como si estuviera dentro de un vehículo sino como en un hotel, pero construido en horizontal.

Mis primeras experiencias navales fueron involuntarias. Viajé desde Riga (Letonia) a Brooklyn, Nueva York, en 1923, pero no tengo más que un recuerdo muy vago e incierto. También fue en barco desde San Francisco a Hawai en 1946, pero entonces estaba en el ejército, así que el viaje no fue muy alegre. No obstante, este último trayecto fue muy útil. Me las arreglé para no marearme a pesar de que el barco cabeceaba y se balanceaba mucho y los camarotes olían a vómito, porque otros no tenían mi resistencia. Esto me ayudó a convencerme de mis aptitudes marineras. Lo cierto es que por propia iniciativa jamás habría realizado un crucero, porque para ello necesitaba tiempo y yo odiaba pasar ese tiempo fuera de casa.

Sin embargo, al compartir la vida con Janet, la atracción del mar se hizo mucho más fuerte, porque a Janet le encantaba. Había viajado en sus tiempos mucho más que yo, y esto incluía viajes por mar a Escandinavia, durante los años sesenta, y antes a Europa, en mercantes. Ella atribuía esta atracción a su “ascendencia vikinga”, de la que está muy orgullosa. (También cree que ha conservado algunos genes de Neandertal, porque según ella, tiene nariz de Neandertal, pero yo prefiero la teoría de que desciende, de alguna manera misteriosa, de los ángeles.)

Debido a esta afición marinera de Janet, estaba más que dispuesto a escuchar a un joven que hablaba muy deprisa, llamado Richard Hoagland, cuando vino a exponerme sus planes para organizar un crucero en el mismísimo *Queen Elizabeth 2*. En diciembre de 1972, iba a dirigirse a las costas de Florida para ver el lanzamiento del *Apolo XVII*, el último viaje planeado para la Luna y el único cuyo despegue iba a ser nocturno. Nunca había presenciado algo así y sabía que a Janet le encantaría viajar en el *Queen*, así que acepté. (A Janet, desde luego, la idea la entusiasmó.)

Como suele ocurrir con los planes de un hombre joven que no pone límites a su imaginación, la realidad acaba por no coincidir con la fantasía. No fuimos en el *Queen Elizabeth 2* sino en el *Statendam*, más pequeño (y sin embargo, bastante apropiado). No estuvimos en un barco lleno de participantes entusiastas sino en otro que estaba vacío en su mayor parte (lo que significa que el servicio fue impecable).

Estuvieron presentes unas pocas celebridades. Entre los escritores de ciencia ficción (aparte de yo mismo) estaban Robert y Virginia Heinlein, Ted Sturgeon y su mujer de entonces, Fred y Carol Pohl y Ben y Barbara Bova. Estaban también Norman Mailer, Hugh Downs (que era el maestro de ceremonias) y Ken Franklin (un astrónomo del Planetarium Hayden, que había descubierto la emisión de ondas de

radio desde Júpiter). Un gravísimo error fue la inclusión de Katherine Anne Porter. No hizo nada de particular durante el viaje pero consiguió un éxito de ventas en 1962 con su libro *La nave de los locos*, así que ya se imagina cómo nos llamaron los periodistas.

Más tarde se unieron a nuestro viaje Carl Sagan, el astrónomo, y su segunda mujer, Linda. Conocí a Carl en 1963, cuando sólo tenía veintiocho años. Era un aficionado a la ciencia ficción e iniciamos una gran amistad, y de hecho firmé como testigo de su boda con Linda. No es necesario describirle; todo el mundo sabe qué aspecto tiene. Él y Fred dieron las mejores conferencias del viaje.

Vimos el lanzamiento en la noche del 6 al 7 de diciembre de 1972. Era bellísimo y muy impresionante incluso once kilómetros mar adentro. Vimos al *Apolo XII* ascender por el cielo e iluminar la noche con un color cobre que hacía parecer que casi fuera de día, y un minuto después de contemplar esto, las ondas de sonido nos alcanzaron y el mundo tembló.

Sólo esto ya hizo que el viaje mereciera la pena, aunque no nos hubiéramos divertido, pero sí lo hicimos.

Al año siguiente, se presentó la oportunidad de realizar un crucero todavía más rebuscado. Estaba organizado por Phil y Marcy Sigler; Phil era increíblemente reservado y por lo general hablaba con sus ojos fijos en el suelo, mientras que Marcy era muy dinámica y sus grandes ojos oscuros te traspasaban. El crucero se realizaría en el trasatlántico australiano *Canberra*, que viajaría a las costas occidentales de África para observar un eclipse total de sol el 30 de junio de 1973. Recordando lo que habíamos disfrutado Janet y yo en el *Statendam*, acepté de inmediato, aunque me obligaba a dar cuatro conferencias sobre astronomía, y cada una dos veces si lograban llenar el barco.

La fecha de salida del crucero era el 22 de junio, pero cinco días antes Janet sufrió una hemorragia cerebral. ¿Qué podía hacer? Sabía muy bien que iba a ser la estrella del viaje con mis conferencias, pero de cualquier manera tenía que cancelarlo. Era un golpe terrible para los Sigler, que me pidieron que lo reconsiderara, pero, tal y como estaba la situación, me sentía impotente.

A no ser que el estado de Janet cambiara. La hemorragia había anulado temporalmente parte de su mente, pero le quedaba la suficiente para gemir:

—Lo he estropeado todo, lo he estropeado todo.

—Tendrás que irte al crucero, Isaac —me dijo Paul Esserman.

—No puedo ir y dejarla en el hospital –le respondí.

—No hay ninguna razón para que no lo hagas. No habrá ninguna operación. Lo único que tenemos que hacer es esperar a que se recupere, pero no estoy seguro de que lo haga si sólo piensa en el crucero. Tienes que ir y podré asegurarle que te has ido.

Así que, sumido en la desesperación, y con el suficiente sentimiento de culpa judía como para ahogar a todas las huestes del faraón, llamé a los Sigler para decirles que iría, lo que les llenó de alegría. No obstante, les hice aceptar que lo arreglaran todo para que pudiera llamar al hospital, del barco a tierra, todos los días.

Eso es lo que hice exactamente, subía todos los días al locutorio de radiofonía y esperaba mi turno. Calculé que en el curso de los dieciséis días de crucero pasé alrededor de doce horas en ese habitáculo. Hablé con ella todos los días menos uno y me aseguré de que estuviera contenta por mi estancia en el crucero. Ese día, en vez de hablar con ella, lo hice con Paul Esserman para comprobar que Janet no me estaba mintiendo. Al final, vi el eclipse y me alegré de haberlo hecho, ya que fue el único eclipse total que he visto en mi vida, pero todo lo que anhelaba era volver con Janet (quien, dicho sea de paso, nunca ha visto un eclipse total de sol hasta el momento).

Para pasar el tiempo y ahogar mi desesperación mientras estaba en el barco, me convertí en un *tummler*. Es una palabra yidis que quiere decir “el que organiza tumulto o ruido”. Hay *tummlers* en los lugares de veraneo judíos y su función es contar chistes, organizar la diversión y los juegos, flirtear con las señoras mayores poco atractivas y, en general, crear la ilusión de que por la noche todo el mundo se divierte en la ciudad.

Me convertí en el *tummler* de las dos mil personas de a bordo y, además de mis ocho conferencias, conté chistes, canté canciones, besé a las señoras, participé en los espectáculos organizados por la tripulación y, en general, alboroté por cincuenta. Todo fue un éxito. Años después, la gente que me encontraba y que había ido en el *Canberra* me decía lo bien que se lo había pasado.

Me recuerda a una de mis narraciones favoritas que, no se por qué, nunca incluí en *Isaac Asimov’s Treasury of Humor*. Es la siguiente:

A principios del siglo XX, un caballero que pasaba por Viena, se sentía tan profundamente deprimido que incluso pensaba en suicidarse, así que fue a ver a Sigmund Freud.

Freud le escuchó durante una hora y después le dijo:

—Su estado es grave, está profundamente arraigado, y no se puede tratar en una tarde. Debe buscar ayuda profesional y prepararse para años de tratamiento. Pero, mientras tanto, puede encontrar un final para su tarde de hoy. El gran Grimaldi, el payaso, está en la ciudad y su público se muere de risa. Asista a su actuación. Seguro que se divertirá durante dos horas y puede que el alivio que le produzca dure varios días.

—Lo siento —dijo el caballero deprimido—, no puedo hacerlo.

—¿Por qué no? —preguntó Freud.

—Porque soy Grimaldi, el payaso.

Tal vez parezca que yo sentía pena de mí mismo durante el crucero (una emoción que detesto, como ya sabe), pero no es así. Me persuadí de que me estaba divirtiendo, simplemente actuando como si fuera cierto. Sólo después, cuando estuve a salvo con Janet de nuevo, recordé el viaje y me identifiqué a mí mismo con Grimaldi, el payaso. Ese mismo año, poco después de que nos hubiéramos casado, tuvimos la oportunidad de ir de crucero de nuevo, esta vez de luna de miel, y en el *Queen Elizabeth 2*. Era un "crucero a ninguna parte". Simplemente salíamos de Nueva York, navegábamos por el océano sin tocar tierra y volvíamos a Nueva York. Perfecto para alguien de mis gustos.

Subimos al barco el 9 de diciembre de 1973, y me sentía muy feliz porque esta vez Janet estaba conmigo. En ciertos aspectos, el crucero fue un fracaso, ya que nos disponíamos a ver el Kohoutek, que se pregonaba como un cometa que iba a ofrecer un magnífico espectáculo. Por desgracia, llovió y estuvo nublado todas las noches; pero incluso con buen tiempo el cometa habría resultado decepcionante, pues apenas se distinguía a simple vista. ¿Pero porqué nos debíamos preocupar Janet y yo? Éramos nuestro propio cometa.

Lajos Kohoutek, el descubridor del cometa, estaba en el barco y tenía que pronunciar una conferencia. Janet y yo nos instalamos cómodamente en nuestros asientos y Janet dijo:

—Es tan agradable ir en un viaje contigo cuando no eres el que tiene que dar una conferencia.

Y en ese momento el maestro de ceremonias nos dijo que Kohoutek, por desgracia, no se sentía muy bien, estaba encerrado en su camarote y la charla quedaba cancelada. La audiencia respondió suspirando con tanta desilusión que Janet (siempre bondadosa) se puso de pie y dijo:

—Mi marido, Isaac Asimov, dará una conferencia.

Asegura que no hizo eso, sino que sólo me dio el codazo que todas las mujeres utilizan para decir "no hay réplica" y después me comunicó por lo bajo que debería presentarme voluntario. No creo que haya mucha diferencia. En cualquier caso, avancé tambaleándome hasta el estrado e improvisé una charla para una audiencia que esperaba oír hablar de otra cosa.

Lo logré. En realidad, lo hice tan bien que el director del crucero me invitó después a ir como conferenciante en otros cruceros, y Janet y yo hicimos varios viajes en el *QE2* con todos los gastos pagados.

116. Los libros de Janet

Hubo otro efecto secundario muy peculiar de la hemorragia cerebral de Janet, pero para explicarlo tengo que remontarme un poco al pasado.

Las primeras experiencias de Janet eran en algunos aspectos extrañamente paralelas a las mías. Como yo, desde niña quería ser escritora, pero, también como yo, se percató de que sería difícil ganarse la vida de esta manera. Se decidió por una carrera científica. Se sobreentendió que asistiría a la universidad, ya que su entorno familiar no excluía la educación superior para las mujeres, así que no tuvo que abandonar sus estudios como Gertrude o Marcia.

Janet quería ir a Stanford, pero la Segunda Guerra Mundial estaba en plena ebullición y era imposible viajar a California. Así que fue a Wellesley, Massachusetts, durante dos años. Cuando terminó la guerra, se trasladó a Stanford para estudiar los dos últimos años y, según ella, ésta fue la mejor época de su vida hasta que me conoció.

Quería entrar en la Facultad de Medicina, pero no era fácil. Los veteranos de la guerra tenían prioridad, y la mayoría de las facultades reservaban pocos plazas para las mujeres. (Había bastante sexismo en 1948.) La Facultad de Medicina de la Universidad de Nueva York la admitió y se licenció en Medicina en 1952. Después de hacer el internado en el Hospital General de Filadelfia, hizo las prácticas de psiquiatría como residente en el Hospital Bellevue. También se graduó en el Instituto de Psicoanálisis William Alanson White y desde entonces ha mantenido sus contactos con este Instituto, del que fue directora de formación durante ocho años. Se retiró de la práctica privada de la psiquiatría en 1986, después de haber trabajado en ese campo durante treinta años.

A lo largo de todo ese tiempo mantuvo vivas sus inquietudes literarias. Escribió acerca de gran variedad de temas, incluidas novelas de misterio que no vendió, pero que le sirvieron de entretenimiento. (El único sistema para poder aprender a escribir es escribiendo.) Vendió un relato corto de misterio, muy inteligente por cierto, a Hans Stefan Santesson, que por aquel entonces editaba *The Saint Mystery Magazine*. Apareció en el número de mayo de 1966 de la revista.

Después de su mastectomía, asustada porque creía que se iba a morir, empezó a escribir una novela. Más tarde, cuando al año siguiente estaba en el hospital con la hemorragia (y yo en el crucero del eclipse), Austin Olney, de Houghton Mifflin, fue como buen amigo a visitarla. Janet le contó con entusiasmo el argumento de su novela. (Dice que si hubiese estado en su sano juicio no lo habría hecho.)

Austin se mostró interesado. Cuando Janet por fin se recuperó, su pequeña escaramuza con la muerte (que, por cierto, sintió muy de cerca) la impulsó a terminar la novela y a presentarla a Houghton Mifflin. Le pidieron que hiciera una corrección

muy amplia y aceptó.

Después llegó el 30 de noviembre de 1973, el día de nuestra boda. Para evitar interrupciones mientras Ed Ericson nos casaba, Janet descolgó el teléfono. Cuando terminó la breve ceremonia (con nuestros amigos Al y Phyllis Balk como testigos éramos cinco, el mínimo legal), Janet volvió a colgar el teléfono. Al instante sonó, y era Austin, que le anunciaba que Houghton Mifflin publicaría la novela. Fue un día doblemente feliz.

Siempre cuento que Janet, al terminar de hablar con Austin dijo: "¡Vaya! Sabía que hoy sucedería algo bueno." No lo dijo, lo inventé; pero todo el mundo suelta una carcajada.

La primera novela de Janet, *The Second Experiment*, fue publicada por Houghton Mifflin en 1974 con su nombre de soltera, Janet O. Jeppson. *The Last Immortal,* una secuela del primer libro, fue publicado por Houghton Mifflin en 1980. También escribió relatos cortos para revistas de ciencia ficción, incluida una serie que me pareció muy notable, ya que consistía en una sátira amable de la psiquiatría, en la que presentaba las conversaciones a la hora del almuerzo de un grupo de psiquiatras de distintas escuelas, miembros del mítico club Pshrinks Anonymous. Estos relatos fueron publicados por Doubleday en 1984 en una colección que se llamó *The Misterious Cure and Other Stories*. Mientras tanto, había elaborado una magnífica antología de ciencia ficción cómica —incluidos versos y dibujos— llamada *Laughing Space*, que publicó Houghton Mifflin en 1982. Mi nombre apareció en el libro porque escribí la introducción y los encabezamientos, pero Janet hizo el noventa por ciento del trabajo.

Ninguno de estos libros se vendió bien, aunque a Janet y a mí nos dieron muchísimas satisfacciones.

Después, Walker & Company pidió a Janet una narración de ciencia ficción para jóvenes. Durante años, había estado urdiendo una trama sobre un pequeño robot, vanidoso pero simpático. Eso le dio la oportunidad de escribir *Norby, un robot especial*. Querían que mi nombre apareciera en el libro (para mejorar las ventas, supongo), así que repasé el manuscrito y lo retoqué un poco. Pero, una vez más, Janet hizo casi todo el trabajo.

A los Walker les gustó mucho el libro y pidieron más. Janet aceptó y, hasta este momento, ha publicado no menos de nueve obras de Norby.

Está escribiendo su décimo "Norby". Estos libros se han vendido bastante bien. Berkley los ha publicado en rústica, y recibimos cartas de jóvenes admiradores de este simpático robot.

Su libro favorito, sin embargo, no es ninguno de los que he mencionado, sino uno llamado *How to Enjoy Writting*, publicado por Walker en 1987. Es una colección de escritos sobre cómo escribir (muchos míos) comentados por Janet. Es una de las

obras más encantadoras que jamás haya leído.

En total, Janet ha publicado dieciséis libros, incluidos dos recientes de ciencia ficción, en los que mi nombre no aparece. Son *Mind Transfer* y *A Package in Hyperspace*, ambos publicados en 1988.

Las primeras novelas de Janet aparecieron, como ya he dicho, con su nombre de soltera, y no se mencionaba ni en las solapas ni en el libro que fuera mi mujer. No quería que pareciera que se aprovechaba de mi nombre.

No sirvió de nada. La gente del mundo de la ciencia ficción sabía, o descubrió, la relación, y algunos lo aprovecharon muy bien. Un escritor, como ya he explicado con anterioridad, acusó a Janet de haber publicado *The Second Experiment* gracias a que el gran Isaac Asimov había utilizado su influencia para obligar a Houghton Mifflin a publicar el libro.

No necesito decir que esto no era verdad. Nunca levanté un dedo para ayudar a Janet a publicar el libro. Por un lado, creo que hubiera sido algo poco ético, y Janet piensa lo mismo. Por otro, no habría funcionado, porque ni toda mi supuesta influencia podría obligar a una casa editorial a publicar un libro malo. Después de todo, a veces también tengo problemas para vender obras que he escrito yo. ¿Dónde está mi influencia entonces?

Por tanto, le dije a Janet que intentar ser superético a este respecto era una pérdida de tiempo. Por esa razón, en sus libros más recientes, incluso cuando yo no participo, aparece como autora Janet Asimov.

117. Hollywood

Me preguntan con frecuencia si alguno de mis libros ha sido llevado al cine. Durante mucho tiempo la respuesta fue que no, y eso me hacía feliz.

Puede parecer extraño. Para la mayoría de la gente, Hollywood evoca el aura del romance y, todavía más, del dinero.

Sin embargo, trabajar para Hollywood significa, por lo general, trasladarse a California (como han hecho cada vez más los escritores de ciencia ficción en las dos últimas décadas) y yo no tenía la menor intención de hacerlo. No he visto mucho mundo pero no puedo creer que haya algún lugar más bello que Nueva Inglaterra y los Estados del Medio Atlántico, sobre todo en otoño. Las llanuras me parecen aburridas y las montañas (las de verdad) espantosas. Lo que quiero son colinas y árboles y vistas verdes, y en medio de todo ello, los gloriosos rascacielos de Manhattan.

Además, a medida que oía más historias de Hollywood, menos me gustaba. Walter Bradbury, de Doubleday, viajaba a Hollywood una vez al año por negocios. Cuando almorzaba con él después de una de esas visitas, estaba cansado y tenso. Odiaba a la gente con la que tenía que tratar allí; según él, unos falsos, todos y cada uno de ellos, no podía confiar en nadie.

Después de escuchar a Bradbury, elaboré mi propia teoría. Había leído un libro que trataba de la publicación de libros en el siglo XIX en Estados Unidos y me sorprendió descubrir que los editores, en esa época, eran unos tiburones y unos estafadores. Desde luego, no parecía ser así en el caso de mis editoriales en la segunda mitad del siglo XX.

Decidí que cuando Hollywood apareció se había llevado a los tiburones y a los estafadores, todos y cada uno de los cuales olían a dinero, dinero y dinero. Esto hizo que se quedaran atrás, en las editoriales, las almas caritativas, inservibles para la carrera de ratas, pese al dinero.

Bien, yo tampoco servía para la carrera de ratas. Me convencí de ello cuando oí los comentarios sobre Hollywood de escritores como Harlan Ellison (al que le gustaban California y los californianos). Entonces, me di cuenta de que Hollywood era peor que una carrera de ratas, era una trampa. Tentaba a una persona con un estilo de vida de sol y bronceado, de barbacoas y piscinas, una vida que no te puedes permitir a no ser que sigas trabajando para Hollywood. Así que sigues trabajando. Era un pacto para siempre con Mefistófeles.

Hay que considerar, además, que como escritor de libros impresos, soy mi dueño. Mis libros se pueden cambiar, pero sólo ligeramente, y tengo que aprobar cada coma que se cambie. Como guionista de películas o televisión, los que llevan la batuta son el productor y el director, y la imagen domina sobre la palabra. El guionista ocupa

una posición muy baja entre las deidades de Hollywood, y cualquiera puede estropear su trabajo.

No, gracias. Soy inmune a la tentación del dinero y del estilo de vida. Tengo la intención de permanecer en Nueva York a cualquier precio.

Todo esto no significa que Hollywood no viniera a mí de vez en cuando. En 1947, Orson Welles compró los derechos para el cine de mi relato *Evidence* por doscientos cincuenta dólares. En mi inocencia, pensé que pronto aparecería una gran película basada en el texto. No necesito explicar que jamás se hizo.

Después de esto, fue Doubleday la que negociaba la venta de películas, o mejor dicho, la venta de opciones para películas. O sea, alguien compra los derechos para el uso en exclusiva de una determinada narración o serie durante un período de tiempo concreto, a cambio de determinada cantidad de dinero. Si antes de que acabe el plazo el comprador de la opción reúne los fondos suficientes para hacer la película, ¡estupendo! Entonces recibiré mucho más dinero. Si no, podría renovar la opción por una cantidad de dinero adicional o abandonarla y yo, por supuesto, me quedaría con el dinero pagado hasta ese momento.

Por ejemplo, a finales de los sesenta, Hollywood suscribió una opción por Y*o, robot*, que fue renovada año tras año durante unos quince años. Sin embargo, al final no se hizo nada a pesar de que Harlan Ellison escribió un guión fantástico basado en la novela. Hubo otras opciones, pero tampoco cristalizaron, y enuncié lo que llamé la Primera Ley de Asimov de Hollywood:

“¡Pase lo que pase, no pasa nada!”

Pese a ello, hace un par de años, Doubleday vendió una opción de mi relato *Anochecer*. Se llegó a hacer una película, pero no me enteré hasta que unos amigos me contaron que habían visto un anuncio del film en Variety. Nunca me consultaron mientras la rodaron y se me dijo que se estrenaría en Tucson (Arizona).

Desde luego no pensaba ir a Tucson a verla, así que pregunté:

—¿Cuándo se estrenará en Nueva York?

—Nueva York es muy cara —me respondieron.

Entonces supe que la película se había hecho con un presupuesto muy bajo y yo me preguntaba lo mala que sería. Anunciaron la película, en los pocos sitios en los que se exhibió, con mi nombre en grandes titulares y la gente fue a verla por eso. Al poco tiempo empezaron a llegarme cartas, y me enteré de lo peor. La opinión generalizada era que se trataba de la peor película jamás rodada y que no tenía ni el más ligero parecido con mi relato.

Algunos me acusaban como si hubiese dirigido yo la película y otro exigía que le devolviera el dinero. Tuve que escribirles a todos declinando cualquier responsabilidad. Por fortuna, la película murió como se merecía, casi de inmediato, y sólo espero que nadie que la haya visto o haya oído hablar de ella la recuerde.

Y con cosas como ésta, ¿alguien cree que puedo querer que se hagan películas con mis libros?

He actuado de “asesor” en varios ocasiones. Gene Roddenberry, famoso por *Star Trek*, me pidió algunos consejos en relación con la primera película de *Star Trek* y lo hice con mucho gusto porque es amigo mío. No le pedí dinero, pero me envió un cheque y me dijo que aparecería en los títulos de créditos. Nunca había aparecido mi nombre en una película, así que fui a verla. Al final, todo el mundo empezó a salir, mientras una interminable lista pasaba por la pantalla. Janet y yo esperamos tozudamente mientras el cine se vaciaba y por fin, lo último que se leía era: “Asesor científico: Isaac Asimov.” Naturalmente aplaudí ruidosamente, y pude oír una voz que con toda claridad, desde el pasillo, decía: “Es Asimov que aplaude a su propio nombre.”

Acababa de nacer otra anécdota sobre mi vanidad.

También fui asesor en 1979 en algunos episodios de una amena serie de ciencia ficción para televisión llamada *Salvage 1*, protagonizada por Andy Griffith, un actor al que admiro mucho. Y lo más importante de todo, me persuadieron para que trabajara como creador y asesor de una serie de televisión llamada *Probe*, de ciencia ficción para adultos, cómica y divertida. Antes de que terminara la temporada se había grabado dos horas piloto y seis episodios, que me gustaron mucho. Pero entonces se produjo una prolongada huelga de escritores, en el curso de la cual Probe murió. ¡Una pena!

Debo mencionar una extraña situación relacionada con *Probe*. Mi contribución era limitada y el escritor principal quería aparecer como co-creador. A mí no me importaba. Yo no estaba intrigando para tener influencia, posición o prestigio en Hollywood, así que no puse ningún obstáculo.

Sin embargo, en el contrato se señalaba que yo era el único creador de la serie, así que Equity (o alguien) me llamó por teléfono ofreciéndose para defender mis derechos ante los tribunales.

—No quiero ir a los tribunales. Deje que el chico sea co-creador. No me importa —le respondí.

Me costó bastante convencerlos de que lo decía en serio y de que no tenía intención de sacar hasta el último centavo de Hollywood liándolo todo. Me demostró una vez más cómo era ese lugar y la suerte que tenía por evitar al máximo el contacto con su mundo.

118. Las convenciones *Star Trek*

Puesto que ya he mencionado *Star Trek* en el capítulo anterior, explicaré algunas cosas sobre esta serie. Concebida y producida por Gene Roddenberry, se emitió por primera vez en 1966 y constituyó un gran éxito entre los aficionados a la ciencia ficción. Fue la primera obra de este género que apareció en televisión.

Al final del primer año, los mandamases decidieron cancelar la serie. La decisión fue recibida con una protesta instantánea y masiva de los aficionados que cogió a esos señores por sorpresa. Los pobres imbéciles no sabían lo claros y apasionados que llegan a ser los aficionados a la ciencia ficción. Se revocó la decisión y *Star Trek* siguió dos años más antes de dejar de emitirse.

Sin embargo, nunca murió. Se sigue reponiendo. Luego, se hicieron cinco largometrajes con el antiguo reparto durante los ochenta (aunque los protagonistas ya habían envejecido bastante) y en 1988 empezó una nueva serie de televisión con un nuevo reparto, *Star Trek: The Next Generation* (*Star Trek: la nueva generación*.)

Janet es una gran entusiasta de *Star Trek*. De vez en cuando escribo un artículo corto sobre algún tema de televisión para TV Guide y allá por 1966 me pidieron un comentario sobre esta serie y algunos de los otros programas (muy inferiores) de ciencia ficción que también se emitían en esa época. Decidí ser divertido y mencioné unos pocos errores científicos de los programas sin perdonar del todo a *Star Trek*. De inmediato recibí una carta furiosa de Janet y no me quedó más remedio que escribir un nuevo artículo que alababa las virtudes de *Star Trek*. Dicho sea de paso, esto inició mi amistad con Gene Roddenberry.

Janet formó parte de la protesta contra el fin de la serie después de su primer año. Desde entonces, ha visto todas las reposiciones una y otra vez hasta que —bromeo— sus labios se mueven mientras repite el diálogo con los protagonistas.

No se perdió ni una reposición hasta que se compró todos los vídeos para poder verlas sin los anuncios. Por supuesto, conoce todos los largometrajes y sigue las nuevas series con entusiasmo. No puedo interrumpirla. Sin embargo, no me deja llamarla trekkie. No sé por qué me lo impide.

Otros, muchos otros, eran tan entusiastas como Janet y uno de ellos era una joven dama llamada Elyse Pines, que tuvo la idea de organizar una convención de *Star Trek* en la que los entusiastas de la serie se reunirían para hablar de ella, se venderían recuerdos de *Star Trek* y a la que, a lo mejor, se invitaría a algunos de los actores. También quería mi promesa de que asistiría. Puesto que se iba a celebrar en Manhattan, acepté.

Cuando Elyse concibió la convención, en 1972, todavía no se había comprobado la popularidad de la serie a largo plazo y no esperaba a más de cuatrocientas personas. Fueron dos mil quinientas. Por supuesto, Elyse (y también otros) tuvo que

organizar otras convenciones a lo largo de los años setenta. Asistí prácticamente a todas las que se celebraron en Manhattan, y en tales ocasiones siempre di una charla. Estuve presente en una que tuvo un éxito clamoroso. Había tanta gente en el hotel para asistir a la convención que se “cristalizaron”. Los salones y las escaleras estaban tan llenos que nadie (literalmente) podía moverse. Por fortuna, me di cuenta de ello antes de que la cristalización fuera completa y me las arreglé como pude para salir a la calle.

Siempre me agrada hablar y firmar libros (dentro de un límite razonable), es halagador y contribuye a las relaciones públicas. Sin embargo, era consciente de que el foco de atención era la gente de *Star Trek* y yo era un extraño. La mayoría de los asistentes podían muy bien no saber siquiera quién era yo. El desencanto fue completo cuando, en cierta ocasión, el propio William Shatner (el Capitán Kirk de la magnífica nave *Enterprise*) mantuvo embelesada a una enorme audiencia con una charla constituida sobre todo por una sesión de preguntas y respuestas, pero finalmente terminó y se tenía que marchar.

Esto creaba un gran problema: cómo salir del hotel sin ser avasallado por la multitud y, probablemente, ahogado por sus admiradores. Había un grupo de guardias destinados a protegerlo y a abrirle camino, pero si la multitud se abalanzaba, sería arrolladora.

Así que los organizadores de la reunión (no Elyse, que había dejado el campo a otros) me pidieron que retuviera a la multitud mientras Shatner salía. Yo no sabía lo que iba a suceder, pero me puse de pie y empecé a hablar. Todo iba muy bien hasta que llegó la noticia de que Shatner había alcanzado su coche y se había largado; en ese momento, me echaron del estrado a mitad de una frase.

Me adula que piensen que soy el único capaz de mantener a una audiencia pegada a sus asientos, pero no aprecio que me utilicen de manera tan descarada. Podrían haberme dejado terminar mi charla. Después de esto, sigo el ejemplo de Shatner. Cuando tengo ganas de ir a una convención local, llego justo antes de empezar una charla y desaparezco justo después de finalizarla.

Por supuesto, nunca he estado en peligro de que me asalten los admiradores.

119. Relatos cortos de misterio

Pero volvamos a mi carrera de escritor y al nuevo rumbo que tomé en los años setenta.

Siempre había deseado escribir relatos cortos de misterio. Al principio estaba entregado a la ciencia ficción y muchos de esos relatos eran muy parecidos a los de misterio, por ejemplo muchas de mis narraciones de robots.

Escribí también una serie de cinco relatos sobre un personaje llamado Wendell Urth, que resolvía misterios sin ni siquiera salir de casa. El primero de ellos, *The Singing Bell*, apareció en el número de enero de 1955 de *F&SF*.

Las narraciones de Wendell Urth eran divertidas, pero no me satisfacían del todo. Quería elaborar relatos de misterio "auténticos", sin nada de ciencia ficción. Escribí uno en 1955, pero *Ellery Queen's Mystery Magazine (EQMM)* lo rechazó. Finalmente, lo coloqué en *The Saint Mystery Magazine*, donde apareció en el número de enero de 1956 con el título de *Death of a Honey-Blonde*. Se desarrollaba en un laboratorio de química, así que aunque no era ciencia ficción, no me había librado del todo de la ciencia.

No era un relato muy bueno y estaba desanimado. No obstante, persistía el impulso de escribir relatos cortos de misterio. *EQMM* publicaba regularmente "primeras narraciones", por lo general muy cortas, de escritores que nunca antes habían publicado. Mi desazón por fin se desbordó y pensé: "Si estos aficionados pueden hacerlo, ¿por qué yo no?"

Así que el 12 de noviembre de 1969 escribí un relato muy corto y lo eché al correo dos horas después de que se me ocurriera la idea. *EQMM* lo aceptó y lo publicó con el título *A Problem in Numbers* en el número de mayo de 1970.

Pero también trataba de un departamento de química y, para eso, ya tenía *The Death Dealers*, mi única novela auténtica de misterio por el momento. Esto me irritaba. Quería escribir relatos de misterio no científicos. ¿Por qué? La ciencia y la ciencia ficción se habían portado tan bien conmigo que ¿por qué abandonar a una mujer fiel (por decirlo de alguna manera) para buscar a una coqueta desconocida?

Pues bien, ya había escrito ciencia ficción. Quería conquistar nuevos mundos. Desde mi infancia, siempre me habían gustado los relatos de misterio, así que también quería escribirlos. Además, si he de dar una razón menos idealista, me parece que estos relatos son más fáciles de elaborar que los de ciencia ficción.

A lo mejor era el espíritu de emulación lo que me excitaba. Noté que cuando veía un buen programa de televisión en el que intervenían abogados, músicos, detectives o lo que fuera, de inmediato experimentaba un gran deseo de ser abogado, músico, detective o cualquier otra cosa. Llegué al colmo del ridículo cuando una vez en que estaba viendo un buen programa de televisión sobre escritores, me volví hacia Janet y

le dije:

—¡Como me gustaría ser escritor!

(Sólo ha habido una excepción. Nunca he visto un programa sobre médicos que me hiciera desear serlo. Más bien al contrario.)

¿Por qué este espíritu de emulación? Supongo que es un deseo de hacerlo todo, de destacar. Incluso cuando me encierro a escribir, a veces digo, en un delirio de grandeza: “Si tuviese un sistema, escribiría cualquier libro.”

¿Es una mera ambición loable? ¿O es la megalomanía que hizo llorar a Alejandro Magno porque sólo había un mundo para conquistar? Creo que más bien lo primero. Después de todo, no importa cuáles sean mis impulsos, mantengo bajo firme control los hechos reales y no inicio proyectos que sospecho no poder concluir. No intento realmente ser un abogado, un músico, un detective o cualquier otra cosa. Me doy cuenta de que escribir llena toda mi vida y que ser cualquier otra cosa, incluso sólo un poco, me obligaría a dejar de escribir, y eso sería imposible.

No obstante, me pesa continuamente haber desaprovechado dos oportunidades no relacionadas con la literatura. La primera es que nunca aprendí ruso, y lo hubiera aprendido sin ningún problema si mis padres me hubieran hablado en ruso cuando era pequeño. La segunda es que no tuvimos dinero para tomar clases de piano y de canto. (Puedo retener cualquier melodía sin problemas y tengo buena voz, pero no está en absoluto educada.)

Bueno, habría tenido que seguir practicando para que no se me olvidara y también tendría que haber practicado música con regularidad si tocase un instrumento. Por otro lado, la literatura es a prueba de oxidación. Al menos a mí me lo parece. Si las circunstancias me alejan de mi máquina de escribir durante un tiempo, vuelvo a ella sin perder un ápice de mi habilidad.

Pero regresemos a los relatos cortos…

Mi primera venta a *EQMM* no me llevó a escribir relatos de misterio a raudales. Después de todo, nunca me faltaban otras cosas que hacer.

Sin embargo, a principios de 1971, Eleanor Sullivan, la bella rubia directora ejecutiva de *EQMM*, me envió una carta pidiéndome uno. Acepté con entusiasmo, pero debía buscar un argumento.

Enseguida encontré uno. Dos plantas más arriba de nuestro piso vivía David Ford, un actor corpulento con una fuerte voz de barítono. (La voz, en mi opinión, es mucho más importante que la cara para un actor, a no ser que sea el típico ídolo necio de culebrón.) En cierta ocasión nos invitó a su casa y comprobamos que estaba a rebosar de lo que en yidis se llamaba *chochkes*, objetos varios que descubren la fantasía de un frenético coleccionista. Nos contó que estando una vez un técnico de reparaciones en su casa, se vio obligado a sacar a pasear al perro. Estaba seguro de que el hombre le había robado una o dos de sus chochkes, pero nunca pudo determinar qué era lo que

le faltaba, o si en realidad, faltaba algo.

Era todo lo que necesitaba. Escribí el relato a todo correr y se publicó en el número de enero de 1972 de EQMM con el título de *The Acquisitive Chuckle*.

Lo ideé como un relato independiente pero, cuando apareció, Fred Dannay destacó que era “el primero de una Nueva Serie de Isaac Asimov”. (Las mayúsculas eran de Dannay.) Era la primera vez que oía hablar de ello, pero estaba dispuesto a continuar.

Escribí muchos más con los mismos personajes. Cuando había llegado a la docena decidí recogerlos en un libro; Dannay supuso que la serie había terminado y lo publicó. Me conocía mal. Seguí tenazmente con la serie y llevo escritos no menos de sesenta y cinco relatos. (¿Qué tiene de bueno ser un escritor prolífico si no escribes mucho?)

Bauticé la serie “los relatos de los viudos negros”, porque todos se desarrollaban en uno de los banquetes mensuales de un club llamado así. El escenario es una copia descarada de un club real al que pertenezco, los Trap Door Spiders, del que hablaré más adelante.

Las narraciones transcurren a lo largo de una conversación. Los seis miembros del club discuten asuntos de manera pendenciera y muy personal. Hay un invitado, al que después de cenar se le plantea una pregunta, y cuyas respuestas revelan algún tipo de misterio que los viudos negros no pueden resolver, pero que al final resuelve Henry, el camarero.

Con el tiempo, Doubleday publicó los relatos de los viudos negros, de doce en doce. Hasta ahora se han editado los siguientes:

Cuentos de los viudos negros, 1974
Más cuentos de los viudos negros, 1976
El archivo de los viudos negros, 1980
Banquets of the Black Widowers, 1984
Los enigmas de los viudos negros, 1990

He escrito otros cinco que se incluirán en un sexto libro algún día, cuando lleguen a un total de doce.

Empecé una segunda serie de misterio cuando Eric Protter, editor de *Gallery*, me pidió un relato mensual de misterio de dos mil doscientas palabras. (Los de los viudos negros son de cinco mil quinientas palabras de media.) *Gallery* es lo que se llama una “revista de desnudos femeninos”, y aunque no era tan anatómica como algunas otras, eso me preocupó bastante.

—No escribo temas eróticos, Eric —le advertí.

Me aseguró que no tendría que hacerlo. Así que creé otro contexto. Cuatro hombres se reunían periódicamente en la biblioteca del Union Club. Tres de ellos abordaban una conversación que recordaba al cuarto, Griswold, una situación. Éste la contaba y resultaba que siempre encerraba algún misterio que él mismo resolvía. Nunca desvelaba la solución hasta que los otros se la exigían, indignados, negando que existiera alguna. Entonces la revelaba. Eran "los relatos de Griswold".

Escribí el primero el 9 de marzo de 1980, y *Gallery* publicó treinta y tres antes de que cambiara de propietario en agosto de 1983 y prescindiera de mis servicios. No obstante, de vez en cuando escribí algún otro y los publiqué en *EQMM*.

También han aparecido algunos relatos muy cortos para jóvenes, la mayoría en *Boy's Life*. El mejor de todos, en mi opinión, fue rechazado por esta revista (a lo mejor porque hablaba de terrorismo), pero *EQMM* me lo quitó de las manos y apareció en su número de julio de 1977 con el título *The Thirteen Day of Christmas*.

En los años setenta y ochenta escribí unos ciento veinte relatos cortos de misterio, muchos más que de ciencia ficción en ese período. No creo que esto vaya a cambiar. Me divierten más los relatos de misterio.

Puedo explicarlo. Los ciento veinte relatos de misterio son "anticuados". Los modernos son, cada vez más, ejercicios de procedimientos policiales, dramas de detectives y psicopatologías, y todos ellos exaltan explícitamente escenas de sexo y violencia.

La mayor parte de los relatos más antiguos, en los que hay una serie cerrada de sospechosos y un detective brillante (a menudo aficionado) que teje una inteligente trama de conclusiones y deducciones, parecen haber desaparecido. En la actualidad se los llama, con un cierto aire de desprecio, "misterios blandos", y su apogeo se produjo en Gran Bretaña en los años treinta y cuarenta. Los grandes de este género eran escritores como Agatha Christie, Dorothy Sayers, Ngaio Marsh, Margery Allingham, Nicholas Blake y Michael Innes.

Pues bien, eso es lo que escribo. No es ningún secreto que mis relatos tienen como modelo a Agatha Christie. En mi opinión son los mejores que se hayan escrito jamás, mucho mejores que los de Sherlock Holmes, y Hércules Poirot es el mejor detective de ficción de la historia. ¿Por qué no iba a utilizar como modelo lo que considero lo mejor?

Además, todos y cada uno de los relatos son misterios de "detectives de sillón". El misterio se desvela durante la conversación, las claves se presentan de manera bastante clara y el lector tiene una oportunidad de vencer al detective para hallar la solución. A veces, eso es exactamente lo que hacen los lectores y recibo cartas llenas de júbilo por ello. En algunas ocasiones incluso recibo cartas señalando mejores soluciones.

¿Pasado de moda? ¡Sin duda! Bueno, ¿y qué? Otras personas al escribir relatos de

misterio se proponen infundir una sensación de aventura o de terror o de cualquier otra cosa. Mi propósito (en realidad, en todo lo que escribo, ficción y no ficción) es que la gente piense. Mis narraciones son relatos de enigmas y no veo nada malo en ello. De hecho, considero que son un desafío, como escribir versos jocosos, puesto que las reglas para escribir relatos de misterio auténticos son muy estrictas.

Esto significa, dicho sea de paso, que no tienen que incluir actos patológicos ni crímenes violentos; en realidad, ningún crimen. Uno de los relatos que más me ha divertido escribir últimamente ha sido *Lost in a Space Wrap*, que se publicó en el número de marzo de 1990 de *EQMM*. Se trata de un hombre que ha extraviado su paraguas en el pequeño apartamento de su novia y no puede encontrarlo. De la información que da, Henry deduce dónde se puede encontrar sin moverse de su posición, al lado del aparador.

Además, no pienso alterar el formato de estos relatos. Siempre seguirán igual. El invitado de los viudos negros tendrá siempre un misterio que contar, los viudos negros siempre se quedarán perplejos y Henry aparecerá con la solución. De la misma forma, Griswold siempre contará sus relatos y los otros tres nunca hallarán la solución hasta que él se la explique.

¿Por qué no? El contexto es artificial, diseñado únicamente como soporte del enigma. Lo que intento es que el lector reciba cada nuevo relato con la sensación agradable de encontrarse con viejos amigos, viendo a los mismos personajes en circunstancias idénticas y con una mente despejada con la que intentar adelantarse a mí.

120. Los Trap Door Spiders

Durante los años setenta entré a formar parte de una serie de organizaciones, más debido a las circunstancias que por deseo propio. Puesto que ya mencioné a los Trap Door Spiders en el capítulo anterior, me parece que éste es un buen punto de partida.

Cuando fui por primera vez a Filadelfia, allá por 1942, conocí a John D. Clark a través de Sprague de Camp. En su juventud habían sido compañeros de estudios. Clark (universalmente llamado *Doc* porque tiene un doctorado) tenía la cara delgada y un bigote muy fino, un sentido del humor grave y (por desgracia) era un fumador empedernido, lo que me mantenía alejado de él.

Era licenciado en química inorgánica y durante la guerra trabajó en explosivos para cohetes. A finales de los años treinta había escrito dos excelentes relatos de ciencia ficción y después lo dejó. Uno de ellos, *Minus Planet* (*ASF*, abril de 1937), creo que fue el primer relato en que apareció el concepto de la antimateria.

Cuando lo conocí estaba a punto de casarse con una futura cantante de ópera bastante vistosa. No me gustaba especialmente, pero era la elección de *Doc*, no la mía. No obstante, resultó que a ninguno de sus amigos les gustaba y se hizo imposible mantener relaciones sociales con él a no ser que su mujer no estuviera presente.

Fletcher Pratt era uno de los amigos de *Doc* y había colaborado con Sprague en varios relatos excelentes en *Unknown*. Era un hombre bajo, con una barba fina, una gran entrada en la frente y una inteligencia formidable. Era experto en historia militar y escribió *Ordeal by Fire*, que considero que es el mejor volumen sobre la Guerra Civil estadounidense que se haya escrito. Inventó un juego de guerra en el que modelos en miniatura de barcos de guerra reales entablan batallas navales según un complicado conjunto de reglas que imitan la realidad. Tenía tities en su apartamento, que apestaba a estos animales. Murió en 1956 a los cincuenta y nueve años y, por un capricho de la memoria, mantengo una imagen muy clara de la última vez que le vi cuando nos separamos en las calles de Nueva York, agitando la mano.

En 1944, a Fletcher se le ocurrió crear un club que se reuniría todos los meses para cenar y sería estrictamente sólo para hombres. *Doc* Clark podía convertirse en miembro y, una vez al mes, podría reunirse con sus amigos sin que su mujer estuviera presente. Un miembro distinto, o un par de ellos, hacía de anfitrión en cada reunión (y pagaba la cena), y se convirtió en una costumbre el que cada anfitrión invitara a un huésped que, después de cenar, era interrogado sin piedad sobre su vida y su trabajo. El club se llamó a sí mismo los Trap Door Spiders; la idea era que se habían encerrado en una madriguera protegida por una escotilla que mantendría fuera a los enemigos, o sea, a la mujer de *Doc*.

Con el tiempo, parece que tampoco *Doc* pudo soportar a su mujer, ya que se

divorció de ella tras siete años de matrimonio, pero los Trap Door Spiders permanecieron y él siguió siendo miembro. También eran socios mis viejos amigos Sprague de Camp y Lester del Rey.

Fui varias veces como invitado, cuando mis visitas a Nueva York coincidían con el día de reunión del club (siempre un viernes por la noche), pero me negué a convertirme en miembro de hecho porque sabía que rara vez estaría en la ciudad el día apropiado. No obstante, una vez que me mudé a Nueva York en 1970, fui admitido de inmediato y soy miembro desde entonces.

Es divertido ser un Trap Door Spider. La conversación es deliciosa, y todos los miembros son profesionales de algún tipo. En cada reunión suele haber una media de doce. Para dar una idea de esta diversidad diré que Roper Shamhart es un ministro episcopaliano, experto en teología y música litúrgica; Richard Harrison es cartógrafo profesional; Jean Le Corbeillier es profesor de matemáticas; Lionel Casson es arqueólogo especializado en la vida romana, etc.

(Una vez estaba leyendo un libro de Casson sobre Roma mientras esperaba que Robyn —que estaba de visita en casa— volviera de una cita. Llegaba tarde, lo que por lo general me hubiera provocado una gran preocupación, pero en esta ocasión estaba tan enfrascado en el libro que no me di cuenta. En realidad, cuando volvió, bastante tarde, me enfadé porque me había interrumpido antes de terminar el libro. Se lo conté a Casson y le encantó.)

Presenté dos nuevos miembros al club, que fueron dos grandes Spiders: Martin Gardner y Ken Franklin. El problema es que ambos se jubilaron (no es un delito) y entonces se fueron a vivir lejos (un delito terrible).

Como ya mencioné en el capítulo anterior, mis viudos negros ficticios estaban basados en los Trap Door Spiders, aunque eran la mitad para facilitar su manejo. Incluso cada uno de los socios de los viudos negros se inspiraba en un Spider concreto.

Así pues, Geoffrey Avalon se inspira en Sprague de Camp, Emmanuel Rubin en Lester del Rey, James Drake es un reflejo de *Doc* Clark, Thomas Trumbull de Gilbert Cant, Mario Gonzalo de Lin Carter y Roger Halsted de Don Bensen. No es ningún secreto y les pedí permiso a todos.

Una vez, la mujer de Ken Franklin, Charlotte, preguntó qué pasaba en estas reuniones de los Spiders.(Supongo que las mujeres no pueden evitar preguntarse acerca de las reuniones de hombres, entre pensamientos vagos de mujeres desnudas e innumerables orgías.) Ken le dio uno de mis libros de los viudos negros y le dijo:

—Como en el libro, sólo que no tan divertido.

Las cosas no cambian en mi libro, pero sí lo hacen en la vida real. Tres de los que sirvieron de modelo a los viudos negros ahora están muertos: Gilbert Cant, Lin Carter y el propio *Doc* Clark. De los tres restantes, Sprague se ha ido a Texas y Lester está

relativamente inmóvil en la actualidad y no viene a las reuniones.

Por lo que a Henry se refiere, el camarero esencial, que está siempre en la trastienda hasta el final, no se corresponde con una persona real. Pertenece por completo a mi inspiración, aunque debo admitir que le veo cierta semejanza con el inmortal Jeeves, de P. G. Woodehouse.

La gente me pregunta si aparezco en los relatos de los viudos negros. Aparecí una sola vez como invitado, Mortimer Stellar, en *When No Man Pursueth* (*EQMM*, marzo de 1974). Le comuniqué a Janet con orgullo que me había descrito con bastante exactitud en la historia.

Me dijo:

—Eso es imposible. El invitado es vanidoso, arrogante, retraído y horrible.

—¡Lo ves! —exclamé triunfante. (Estaba furiosa. Me temo que me ve a través de un cristal color de rosa.)

También soy el narrador en las historias de Griswold.

121. MENSA

En 1961 conocí a una joven llamada Gloria Saltzberg. Había sido víctima de la epidemia de poliomielitis de 1955, la última que sufrió el mundo antes de que se empezara a utilizar la vacuna Salk. Como consecuencia iba en una silla de ruedas, pero no estaba amargada. Era una mujer vivaz y llena de alegría, lo que encuentro admirable. Era también muy inteligente y miembro de Mensa.

Mensa es una organización fundada en Gran Bretaña, formada por gente con un cociente de inteligencia (CI) determinado por un test, que les sitúa (supuestamente) entre el dos por ciento más inteligente de la humanidad.

Gloria quería que formara parte de ella, pero yo rehusaba. En primer lugar, aunque me he beneficiado de los test de inteligencia durante toda mi vida, no me gustan mucho. Creo que examinan sólo un aspecto de la inteligencia: la capacidad de responder a preguntas que otra gente con la misma inteligencia son capaces de hacer. Mi CI ha sido siempre muy elevado, pero soy perfectamente consciente de que en muchos aspectos soy un completo palurdo. Segundo, me parece que ofende mi dignidad el someterme a un test de inteligencia. No cabe duda de que mi vida y mi trabajo testimonian ampliamente mi inteligencia.

Gloria me preguntó:

—¿No será que te pone nervioso hacer un test?

Pensé en ello y sí, era eso. No tenía nada que ganar, y todo que perder. Si mi puntuación era alta, no era más que lo que se esperaba; pero si mi puntuación era baja, la desgracia sería insoportable. Pero entonces, al haber descubierto esto, me sentí molesto por dudar de mí mismo. Así que hice mi test, saqué una elevada puntuación y me convertí en un miembro de Mensa.

En conjunto no fue una experiencia feliz. Conocí a muchos mensa maravillosos, pero otros estaban orgullosos de su cerebro y utilizaban su CI con agresividad. Uno tenía la impresión de que, al ser presentados, les gustaría decir: “Soy Joe Doakes, y mi CI es 172”, o a lo mejor llevar la cifra tatuada en la frente. Como yo en mi juventud, intentaban imponer su inteligencia a víctimas que no lo deseaban. Por lo general, se sentían poco apreciados y sus méritos poco reconocidos. En consecuencia, estaban amargados y eran desagradables.

Además, se retaban continuamente entre sí, poniendo a prueba su inteligencia, y estas cosas, después de un rato, resultan agotadoras.

No sólo eso, vi que los mensa, por muy alto que fuera su CI, podían ser tan irracionales como los demás. Muchos de ellos se sentían parte de un grupo “superior” que debería gobernar el mundo y menospreciaban a los demás. Naturalmente tendían a pertenecer a la derecha más conservadora y, por lo general, no sentía ninguna simpatía por sus opiniones.

Lo que es peor, entre ellos había grupos, como descubrí con el tiempo, que aceptaban la astrología y muchas otras creencias seudo científicas y que formaban GIE (grupos de interés especial) dedicados a distintas especialidades de esta basura intelectual. ¿Cuál era el mérito de asociarse con este tipo de gente, aunque no fuera más que de manera tangencial?

Y lo peor de todo, me consideraban la diana perfecta. Cada mequetrefe mensa parecía creer que demostraría su valía al desafiarme a una contienda de inteligencia y ganarme. Me sentía como un viejo pistolero que nunca puede enfundar su revólver porque es desafiado continuamente por todos los jóvenes francotiradores de su territorio.

No quería participar en ese juego. No me importa perder en una contienda de inteligencia, he perdido muchas en mi vida. No obstante, prefiero que estas cosas sucedan de forma natural. No quiero estar siempre en guardia. En resumen, para ser metafórico, disparo si tengo que hacerlo, pero no quiero pasarme toda la vida con las manos en la pistolera.

Por tanto, dejé de asistir a las reuniones y de pagar las cuotas. Nunca renuncié formalmente, aunque fue como si lo hubiera hecho.

Pero aquí no acaba la historia. Cuando llegué a Nueva York, vi que los mensa de la ciudad me consideraban uno de ellos. En un momento de descuido acepté asistir a una reunión para conocer a Victor Serebriakoff, por quien sentía una sana curiosidad. Era británico, presidente a escala internacional de los mensa y su líder espiritual.

Serebriakoff era un hombre bajo, con una cara oval y rubicunda y una pequeña barba gris. Era capaz de contar gran variedad de chistes con diferentes acentos, incluido el *cockney*[16], y esto me ganó de inmediato. Declaró que pagaría mis deudas si yo no lo hacía y que me convertiría en miembro lo quisiera o no.

Bueno, no podía permitirlo, así que me convertí en miembro activo de Mensa de nuevo. Para ser sincero, tenían cosas buenas. Cuando la Convención Nacional de Mensa se celebraba en Nueva York, por lo general me obligaban a hablar en el banquete o en alguna otra función y podía tratar sobre temas profundos que no eran adecuados para el público en general. Incluso dediqué una de mis colecciones de ensayos, *The Road to Infinity* (1979) a la audiencia de Mensa.

No obstante, las viejas dificultades surgieron de nuevo y, a menos que estuviera hablando a un grupo numeroso de mensa, evitaba todas sus reuniones. Era difícil darse de baja, ya que Victor me indicó que me habían elegido como uno de los dos vicepresidentes internacionales de Mensa, puesto que tenía que ocupar durante quince años. Aparecí en las publicidades de Mensa ocupando este cargo sin que me hubieran consultado ni yo lo quisiera. Era puramente honorario, pero dificultaba mi renuncia.

Por supuesto, había muchos mensa agradables e inteligentes, como por ejemplo Margot Seitelman, que prácticamente dirigía la sección de Nueva York y era una

infatigable anfitriona y excelente cocinera. Cuando Victor estaba en la ciudad, Margot y yo cenábamos con él, y por lo general se nos unía Marvin Grosswirth, el más simpático de todos los mensa. Podía contar chistes mejor que yo y con un acento yidis todavía más auténtico.

Seguí con los mensa durante años, cada vez más harto de ellos. Ni siquiera podía ignorar mi calidad de miembro. Aparte de pagar las cuotas todos los años, siempre recibía muchas cartas de gente que empezaba por anunciarse a sí misma como mensa y por lo tanto, como quien dice, eran hermanos de sangre. Casi sin excepción todos querían que hiciera algo por ellos que yo no quería hacer: escribir un artículo, colaborar en un libro, leer un manuscrito, conseguir alguna información para ellos y cosas así. Me sentía en una posición desagradable, totalmente ridícula.

Por fin, después de la muerte de Marvin y Margot, me di de baja.

122. The Dutch Treat Club

Ralf Daigh, que se parecía un poco a Alan Hale, el que hacía de Little John en la película *Robin Hood* de Errol Flynn, era director jefe de Fawcett Publications, una importante editorial de libros en rústica. Me invitó a almorzar en abril de 1971 y me dijo:

—Pagaremos a escote.

Quedé con Ralph en el hotel Regency el martes siguiente. Cuando saqué la cartera para pagar, Ralph me anunció:

—Eres mi invitado.

—Pero me dijiste que pagaríamos a escote —repliqué yo.

Estaba horrorizado.

—¿Crees que te voy a invitar a comer y te voy a hacer pagar? Éste es el Dutch Treat Club[17] y tú eres mi invitado.

Unas semanas después, me uní al club como miembro.

El Dutch Treat Club fue fundado en 1905 por un grupo de periodistas que se reunían todos los martes para almorzar y cada uno pagaba lo suyo (de ahí lo de Dutch Treat). Con el tiempo, el club se amplió para acoger a cualquier persona del mundo de las artes. Nos reunimos a mediodía para los aperitivos y para conversar, nos sentamos a almorzar a las doce y media, y a la una y diez el moderador se pone en pie, da los avisos, presenta a los invitados y después empieza la función; por lo general hay un cantante, seguido de un orador que da una charla sobre un tema interesante. A las dos se levanta la sesión.

Todo es muy agradable. Al principio, mi asistencia era esporádica, pero me divertía tanto cuando iba que empecé a ser uno de los habituales. Cuando canto *Give My Regards to Broadway* en mi ducha matinal (soy un tenaz cantante de ducha) y llego a las frases “*Tell them my heart is yearning / To mingle with the oldtime throng*” (Diles que mi corazón siente anhelo / de volver a unirme a la multitud de los viejos tiempos), esa multitud es, en realidad, la gente del Dutch Treat Club.

Cuando me uní a ellos, su presidente era William Morris, el conocido lexicógrafo, un hombre jovial, rechoncho, encantador y con una espesa barba blanca que le hacía parecer increíblemente distinguido. Tuvo que dimitir porque su mujer estaba muy enferma y no podía asistir con regularidad. (Vive en Connecticut.) Tras la muerte de su cónyuge volvió a asistir con regularidad pero no recuperó su antiguo cargo. Es presidente honorario.

El sucesor de Bill Morris fue el famoso Lowell Thomas, el miembro más distinguido del club durante los años setenta. Tenía más de ochenta años (aunque nadie lo diría por su porte, su vida tan ocupada y su mente tan activa, por no hablar de su joven y atractiva mujer). Insistió en que sería sólo presidente temporal hasta

que el club encontrara otro, pero nadie tenía intención de buscar a otro. Fue presidente hasta que murió, a la edad de ochenta y nueve años.

El 3 de mayo de 1981, Janet y yo asistimos a una de las celebraciones que tuvo lugar con motivo de su octogésimo noveno cumpleaños. Me dijo que estaba cansado de todo el follón por los ochenta y nueve años y que se temía que sería peor cuando cumpliera los noventa. Comentó que se iría de viaje para que nadie le encontrara. Y eso fue lo que hizo, aunque no como él esperaba, ya que murió tranquilamente en la cama el 29 de agosto de 1981, después de un día muy activo, como cualquier día normal para él, y ése fue un buen final.

A Lowell le sucedió Eric Sloane, el gran pintor de la herencia cultural estadounidense. Nadie lo hubiera dicho por su plácido aspecto, pero se había casado siete veces. Era un tipo estupendo, que de vez en cuando invitaba a vino a todas las mesas del club, y pagaba de su bolsillo. El único problema era que pasaba mucho tiempo en el suroeste y rara vez presidía las reuniones.

Vio las dificultades que esto planteaba y propuso que yo fuera presidente interino cuando él estaba ausente, pero siempre pensé que bromeaba. Presidí alguna que otra vez, aunque por lo general quien le sustituía era Walter Frese, el secretario del club.

Eric también era bastante mayor y llevaba un marcapasos. El 6 de marzo de 1985, poco después de su octogésimo cumpleaños, visitó una galería de arte en la calle Cincuenta y siete en la que se exponían cuadros suyos. Después fue a la Quinta Avenida y su corazón debió de fallarle, ya que se desplomó y murió en la acera. Aunque parezca increíble, iba sin documentación, pero llevaba una tarjeta de la galería. La policía fue allí, donde alguien le identificó.

En ese momento, Janet decidió que debíamos tener un cuadro de Eric Sloane en casa. En la galería eligió tres posibles cuadros y me pidió que seleccionara uno. Lo hice, elegí el que más me gustaba. Ahora cuelga en la pared de nuestro salón.

En el funeral de Eric, Janet y yo estábamos sentados tranquila y tristemente en nuestro banco cuando Emery Davis, un miembro del club, conocido director de orquesta, muy jovial y muy calvo, se inclinó y me susurró:

—Tú harás el elogio.

No me avisaron previamente, pero me levanté e improvisé. Salió bien, pero no pude prever las consecuencias. Había sido miembro de la junta del club desde el 12 de enero de 1982 y, como resultado del elogio, todos los miembros de la junta decidieron por unanimidad que sería el nuevo presidente. Después de algunas dudas me rendí y asumí el mandato el 16 de abril de 1985.

En cierto modo, el Dutch Treat Club cambió la rutina de mi vida. Puesto que siempre almorzaba fuera los martes, lo convertí en mi día de visita a las editoriales. En concreto, iba a Doubleday, y todo el mundo estaba tan acostumbrado a ello que cuando no podía ir se decía que no parecía un martes.

Muchos miembros del club se han convertido en grandes amigos míos (y algunos de ellos han muerto desde que me uní a él). Dudo en citarlos porque estoy seguro de que olvidaría a alguno sin querer. Sólo diré que el miembro más pintoresco es Herb Graff. En su presencia, incluso yo tiendo a desvanecerme.

Herb Graff es un hombre bajo y calvo; cuando le conocí llevaba peluquín, pero más tarde se lo quitó y se dejó crecer una poblada barba, lo que le daba el aspecto de un rabino excéntrico. Su especialidad son las películas de los años treinta.

Herb y yo nos llevamos muy bien. Durante diez años nos sentamos juntos, como espíritus afines, y fuimos la mesa más bulliciosa del lugar. Eric Sloane la llamaba la "mesa judía", aunque era Herb y no yo, el que merecía, según Eric, el título de "judío jefe". En cierta ocasión, simulando una queja durante el crucero del eclipse en el Canberra, dije que siempre me sentaba en la mesa más ruidosa. Walter Sullivan, el alma más amable que jamás haya existido, estaba sentado en la misma mesa que yo, me tomó en serio y me dijo asombrado:

—Pero Isaac, eres tú el que organiza el follón.

Bueno, lo hago, pero no siempre. Cuando Herb está en la mesa, él es el que organiza el follón. Claro que yo también soy bastante hablador. No hace mucho, Robyn le dijo despreocupadamente a un amigo: "Conversar con mi padre es como escuchar un monólogo." Pero cuando Herb está presente, suelo permanecer callado y la conversación se convierte en un monólogo de Herb Graff. Conoce todos los chistes e historias divertidas y las cuenta con gran maestría, una tras otra.

Una de las muchas anécdotas sobre el club tuvo lugar cuando uno de los miembros habituales faltó a una o dos comidas con la ridícula excusa de que su mujer estaba en el hospital. Altivamente y con la típica (falsa) grandiosidad machista solté:

—La única razón por la que faltaría a una comida sería por estar en la cama con una nena maravillosa.

Después de lo cual, Joe Coggins afirmó con voz sepulcral:

—Lo que justifica el récord de perfecta asistencia de Isaac.

Me di cuenta de lo que se avecinaba nada más hacer la observación, pero era demasiado tarde para tragarme mis palabras. No me quedó más remedio que unirme a las carcajadas de los demás.

123. Los Baker Street Irregulars

Los Baker Street Irregulars (BSI) son un grupo de entusiastas de Sherlock Holmes. El nombre es el mismo con el que Holmes llamaba a un grupo de chicos de la calle que trabajaba para él en algunas de sus primeras aventuras.

La organización celebra un banquete anual uno de los primeros viernes de enero, el más próximo al día 6, que se supone que es el cumpleaños de Holmes. Allí, después de la conversación y las copas, nos sentamos para un festín. Después de esto, se celebran varios rituales tradicionales y “ponencias”.

Todos jugamos a imaginar que los casos de Sherlock Holmes son reales, que el doctor John H. Watson los escribió de verdad y que Arthur Conan Doyle era un simple agente literario.

En realidad, Conan Doyle era un escritor chapucero y descuidado que acabó odiando las aventuras de Sherlock Holmes porque anularon por completo sus otros trabajos literarios e incluso le obligaron a retirarse. Probablemente las escribió tan rápido como pudo para librarse de él. Al final, intentó matar a Sherlock, pero la presión de los lectores lo obligó a resucitarlo. Después de esto escribió nuevos relatos todavía con mayor resentimiento.

En consecuencia, los casos están llenos de contradicciones, algo que a Conan Doyle no le importaba en absoluto. No obstante, los BSI suponen que los relatos no tienen errores y el propósito de las “ponencias” es explicar las contradicciones de una manera retorcida y proponer todo tipo de teorías profundas e improbables para justificar una cosa u otra.

En 1973 fui propuesto como miembro de los BSI por Edgar Lawrence, un antiguo miembro (ahora ya muerto) de los Trap Door Spiders. Uno de los requisitos para serlo es que los candidatos preparen y presenten una ponencia sobre los relatos. No lo hice. Es más, no pude hacerlo porque no conocía lo suficiente los casos de Holmes y no tenía intención de hacer la investigación. Parece que en mi caso se pasó por alto este requisito.

Por fortuna, después de algunos años, me pidieron que contribuyera a un libro de escritos sobre Holmes. Cuando dije que no tenía los conocimientos suficientes, Banesh Hoffman (un físico ya fallecido que había trabajado con Einstein, de cara fea pero simpática y un alma encantadora e igual de simpática) sugirió que analizara el libro *Dinámica de un asteroide*.

En una de las narraciones se dice que el libro es obra del gran matemático y archicriminal James Moriarty. No alude al contenido del libro por la sencilla razón de que Conan Doyle no sabía nada de astronomía. Inventé una idea magníficamente razonada sobre su contenido —algo que encajaba a la perfección con el terrible demonio de Moriarty— y escribí el artículo para la colección. Más tarde lo amplié y

lo convertí en un relato de los viudos negros bajo el título *The Ultimate Crime*. No lo envié a ninguna revista, pero lo incluí como un “original” en *Más cuentos de los viudos negros*.

Después de esto, por fin me sentía como un verdadero Irregular.

Con todo, debo admitir (ya que en esta autobiografía sólo digo la verdad) que no soy un verdadero entusiasta de Sherlock Holmes. Hace unos años escribí (porque me lo pidieron) una crítica del relato de Sherlock Holmes *The Five Orange Pips* y señalé los errores de su lógica que me llevaron a pensar que Conan Doyle lo había escrito mientras dormía.

Uno de los ritos del banquete es hacer los seis “brindis canónicos” por determinados caracteres definidos en los relatos. Un año me pidieron brindar por el propio Sherlock Holmes y lo hice con tanta habilidad que, a partir de entonces, todos los años di la charla de clausura de la reunión. También me aficioné a escribir versos sentimentales a Sherlock Holmes y a cantarlos con melodías conocidas. Canté el primero con la melodía de *Believe Me, If All Those Endearing Young Charms*, el 8 de enero de 1982.

No obstante, no todo era maravilloso en los BSI. Puesto que Sherlock era un fumador empedernido, los Irregulars pensaban que debían fumar. El aire estaba siempre cargado de humo durante el banquete y eso me ponía enfermo. Había bastantes fumadores en los Trap Door Spiders y en el Dutch Treat Club, pero fueron disminuyendo, en parte a causa de mis críticas constantes, pero no pude hacer nada con los Irregulars.

Señalé sarcásticamente que Holmes también era adicto a la cocaína. ¿Deberíamos unirnos a la cultura de la droga también? No obtuve respuesta alguna. Exigí, y conseguí, una mesa de no fumadores, pero ¿de qué servía cuando el efluvio de las otras mesas situadas a un metro contaminaba el aire? Así que estaba furioso, pero me aguanté.

Una de las razones por las que aguanté era que el que dirigía el espectáculo era Julian Wolff, médico y miembro de Dutch Treat. Se había retirado pronto de la medicina para dedicarse por completo a las actividades de los Irregulars. Era bajo, con cara de niño y rezumaba amor e inocencia. Todos le idolatrábamos. Fue el que me invitó a hablar en el banquete y quien insistió para que siguiera con mis versos sentimentales; yo no podía borrarme de los BSI porque hubiera herido sus sentimientos.

Pero pasó el tiempo. En 1986, Julian dimitió de su puesto y murió en 1990 a la edad de ochenta y cuatro años. Puesto que el nuevo jefe de festividades no quería que yo interviniera, dejé de ir a los banquetes.

124. La Gilbert & Sullivan Society

He sido un entusiasta de Gilbert & Sullivan desde cuarto grado, cuando aprendí a cantar *When the Foeman Bares his Steel*, de *The pirates of Penzance*. Por supuesto, no sabía que era de Gilbert & Sullivan pero me encantaba la canción. Por aquel entonces era un chico soprano (con, creo yo, una voz agradable) y me encantaba vocear la parte de soprano: “Go, ye heroes, go to glory.”

Todavía me atraen las canciones de soprano, dicho de paso, aunque mis días de buena voz acabaron hace unos sesenta años. Ahora soy un barítono (aunque puedo hacer de tenor si hace falta). Hace unos años, me uní a un grupo de cantantes en la interpretación de *God Save the Queen*, y me di cuenta de que los demás barítonos no estaban cantando las mismas notas que yo. Después de terminar, me volví hacia mi amiga Jocelyn Wilkes, una magnífica contralto y la mejor Katisha (en *The Mikado*) que ha habido, y le dije:

—Creo que estaba cantando la parte del tenor.

—Nada de eso —me respondió con gran majestuosidad—. Estabas cantado la parte de la soprano.

Bueno, es que eran las únicas notas que conocía de la canción.

En mi adolescencia oía las obras de Gilbert & Sullivan en la emisora de radio WNYC y antes de asistir por primera vez a una representación suya me sabía casi todas sus canciones y las cantaba constantemente. También leía las obras una y otra vez y me apasionaban.

En las convenciones de ciencia ficción solía entonar canciones de Gilbert & Sullivan o a veces de otros junto con Anne McCaffrey, una escritora de ciencia ficción parecida a Juno y con el pelo blanco, cuyas obras se vendían muy bien. Tenía una gran voz y me tapaba, sobre todo cuando había que sostener una nota. Por supuesto nunca se molestó en confesarme que había recibido clases de canto para ópera.

En una convención en Nueva York, poco después de que volviera a la ciudad, hice mi contribución de canciones de Gilbert & Sullivan y alguien me preguntó si pertenecía a la Gilbert & Sullivan Society. Le dije que no sabía nada de ella. Me indicó dónde y cuándo ir y me hice socio de inmediato.

Esta sociedad siempre me ha proporcionado momentos inolvidables. Primero se celebra un canto colectivo de una de las obras y después una representación por alguno de los muchos grupos de aficionados a Gilbert & Sullivan del área metropolitana, frente a una audiencia del todo benévola que se puede unir a los coros.

En raras ocasiones, he cantado algo de Gilbert & Sullivan ante el grupo de la sociedad (y una o dos veces ante una audiencia mayor) y he notado algo muy peculiar. Puedo ponerme ante una multitud de miles de desconocidos, sin una nota en

mis manos, e improvisar una conferencia de una hora por la que se supone que me van a pagar miles de dólares y lo hago sin marearme, sin ni siquiera notar el más leve cosquilleo en el estómago. Sin embargo, estar ante cincuenta amigos que no me pagan nada (y que, por lo tanto, no están arriesgando el dinero), están dispuestos a sonreír con indulgencia ante cualquier equivocación que pueda cometer, y tener que cantar una canción que conozco a la perfección, me hace sentir una gran vergüenza.

¿Por qué? Creo que porque la letra se debe acoplar perfectamente a la música, mientras que en la charla, al ser improvisada, puedo seguir mi propio ritmo. Incluso si meto la pata mientras hablo, conozco cien formas de disimularlo para que nadie se dé cuenta. No puedo hace esto cuando interpreto una canción de Gilbert & Sullivan.

En resumen, la canción no es mía y la conferencia sí, ésa es la diferencia. De lo que se deduce que cuando canto una canción cómica de mi propia creación, no me pongo nervioso.

Tampoco lo estoy cuando recito alguna de las *Bab Ballads* de Gilbert. Por supuesto, no me las aprendo de memoria, las leo de un libro. En este caso, el truco está en exagerar. Ésta es, en mi opinión, la mejor parte de las obras. En los textos en prosa, lo que hay que hacer es exagerar el papel, al menos en mi opinión.

He contagiado a Janet mi fiebre por Gilbert & Sullivan. Hemos visto juntos todas sus obras, incluso *The Grand Duke*, que es la última y la peor. La música de su primera obra, *Thespis*, se ha perdido, pero disfrutamos de su representación el 10 de julio de 1987; la compañía cogió la música de otras obras y la adecuó a las canciones de *Thespis*.

El 19 de noviembre de 1989 vimos una versión americana de *H.M.S. Pinafore* (llamada para la ocasión *U.S.S. Pinafore*). Todas las canciones se podían adaptar con ajustes mínimos excepto la de Sir Joseph Porter, *When I was a lad I served a term*. La compañía me pidió que compusiera una letra totalmente diferente y acepté.

La canción revisada era muy divertida, creo yo y, a juzgar por la reacción, lo mismo opinaba la audiencia. Al final de la representación, movieron el foco hacia mi asiento, me puse en pie y me incliné para saludar. Fue muy gratificante.

Después, por supuesto, tuve el placer de escribir *Asimov's Annotated Gilbert & Sullivan*, del que ya he hablado antes.

125. Otros clubes

Los Trap Door Spiders, el Dutch Treat Club, la Gilbert & Sullivan Society e incluso los Baker Street Irregulars eran organizaciones divertidas a las que me encantaba pertenecer, pero observé que como miembro de ellas me veía obligado a asistir a una serie de almuerzos y cenas que me mantenían alejado de la máquina de escribir. Por tanto, no era probable que me convirtiera en un "clubófilo" y buscara más organizaciones a las que apuntarme. Por desgracia, uno de los castigos de ser una celebridad es que son las sociedades las que vienen a buscarte.

Lo descubrí cuando recibí una carta del Explorers Club que me invitaba a unirme a ellos. Sonreí ante semejante idea y respondí de inmediato diciendo que se habían equivocado de hombre. Les manifesté que no sólo jamás había explorado el Himalaya sino que con mucha dificultad me dejaba convencer para llegar a Hoboken.

No les importaba en absoluto. Respondieron que era un famoso explorador de las galaxias y de los lugares más lejanos, así que estaba totalmente cualificado.

No puedo resistirme a los halagos, así que me inscribí. No obstante, sólo era miembro honorífico. Se dan muchas charlas sobre exploraciones en la suntuosa sede del Explorers Club, pero he asistido en muy pocas ocasiones. No tengo tiempo.

Fui, por supuesto, a la reunión especial del club para nuevos miembros el 4 de junio de 1978, y conocí a Charles Brush, un gran escalador que acababa de estrenar su primera presidencia. Me llevó aparte y me preguntó si sería el maestro de ceremonias del siguiente banquete anual del club. Acepté y lo fui durante dos años.

En el banquete, el club por lo general sirve entremeses muy raros (como serpiente de cascabel), pero me gusta comer cosas exóticas (y también comida corriente). Cuando las "ostras de la montaña" resultaron ser testículos de toro, o algo parecido, decidí que incluso mis gustos tenían ciertos límites.

También otras organizaciones, de una manera u otra, me han tendido una trampa. Muchos de los miembros del Dutch Treat Club pertenecen al Players Club, y algunos insistieron en que formara parte de él. No me entusiasmó. Está lejos del centro, no pensé que pudiera ir a las reuniones con asiduidad y su cuota era muy elevada. Sin embargo, no quise ofender a mis amigos negándome a su propuesta.

Puede imaginarse mi alivio cuando el Players Club me puso en la "lista negra". Parece que uno de los socios era un fumador que conocía mi acérrima militancia antitabaco y vetó mi admisión en el club.

Otro amigo decidió que me iba a introducir en el prestigioso Century Club. No me alegré porque, en realidad, mi estatus social no es el de los miembros del club. (No soy más que un chico de los barrios bajos que contempla todo esto de ser rico y famoso con mucho escepticismo.) Sin embargo, insistió y confié en otro veto. Pero fallé. Ahora soy miembro, pero no aprovecho ninguna de sus ventajas.

126. *American Way*

Volvamos una vez más a mi obra literaria.

Me gusta escribir artículos y, sobre todo, una columna, ya que así sé que puedo escribir a intervalos regulares. Mi columna de éxito es, por supuesto, la de *F&SF*, que tiene ya treinta y dos años de veteranía.

No es la única. Escribí una columna para *Science Digest* hasta que cambió de directores. Tuve otra, de ficción, en *Gallery* hasta que cambió de propietarios. Elaboré una serie de artículos cortos sobre ciencia química dirigida a estudiantes adolescentes para *Sciquest*, hasta que dejó de publicarse en 1982, y otras más.

Una columna que me divirtió mucho y que tuvo bastante éxito mientras duró, circulaba por los aviones alrededor de todo el mundo.

La mayoría de las líneas aéreas editan una revista interna para ofrecer a los pasajeros y entretenerlos, supongo. American Airlines publicaba una muy elegante llamada *American Way*. En 1974, su director, John Minahan, quería crear una columna de ciencia y le pidió a Larry Ashmead que le recomendara a alguien para que la escribiera. Bueno, pedir a Larry que recomiende a alguien para algo tiene siempre la misma respuesta: “Isaac Asimov es tu hombre.”

Ya había publicado alguna cosa en la revista, así que el director me conocía y se puso en contacto conmigo de inmediato. Era cuestión de setecientas cincuenta palabras al mes y aproveché la oportunidad de poder escribir una columna de ciencia para una audiencia muy amplia. Por supuesto, mi sentido de la ética me obligó a informarles de que nunca vuelo en aviones, pero John contestó que, siempre que no lo mencionara en mi columna, carecía de importancia. También advirtió que había dos temas que no podía tratar: la política y la muerte.

Los artículos para *American Way* eran fáciles de hacer y muy divertidos, y cuando la revista fue quincenal, entregaba dos al mes e incluso me pidieron que los alargara un poco más. Me felicitaron porque los artículos eran muy populares y dijeron que la página opuesta a su posición fija en la revista se vendía para publicidad a un precio más alto (eso decían ellos). Era evidente, por las cartas que recibía, que mucha gente que leía la columna no solía leer el resto de mi producción literaria.

Durante casi catorce años escribí más de doscientos artículos para *American Way*, sobreviviendo a muchos directores. Pero después, en octubre de 1987, se produjeron demasiados retoques. El nuevo director decidió cambiar por completo la revista y me despidió sin darme ninguna explicación.

Esto podía haber sido terrible para mí pero, por supuesto, la gente del *Times Syndicate* de Los Ángeles se enteró de mi existencia el 21 de mayo de 1986 y, como necesitaban una columna de ciencia, me pidieron que la escribiera. Empecé con artículos para el *Syndicate* similares a los de *American Way*, pero hacía uno a la

semana y estaba más contento que unas pascuas.

En cierto sentido los artículos del *Syndicate* son diferentes. Puesto que están destinados a un periódico, me gusta tratar temas de actualidad. Así que recortaba de revistas y periódicos los avances científicos recientes que me parecían entretenidos e interesantes. Al principio, estaba nervioso porque pensaba que no tendría suficientes temas de actualidad para cada semana, pero la situación resultó ser justo la contraria. Tenía que escoger entre varios.

Me mantuve, no obstante, alejado de los avances médicos. Es la única especialidad de la ciencia que los periódicos cubren con amplitud y no tenía ningún sentido que me uniera al coro. Prefería escribir sobre las supernovas, los electrones, edulcorantes artificiales y las especies en peligro de extinción.

No permito que mis artículos mueran después de su aparición en una revista o periódico. Los de *American Way* aparecieron en dos colecciones publicadas por Houghton Mifflin: *Change* (1981) y *The Dangers of Intelligence* (1986). Mis columnas del *Syndicate* se han recogido en *Fronteras*, publicado por Dutton, en 1990 y *Fronteras II*, en 1993.

127. El instituto Rensselaerville

Si de mí dependiera, no me tomaría vacaciones, pero nunca depende de mí. Existen las esposas y ellas sí quieren vacaciones. Cuando me casé con Gertrude, íbamos a algún sitio de veraneo durante una semana o dos. Por lo general, mis costumbres eran desiguales. Si daba la casualidad de que había alguna o varias personas que eran tan activas como yo y que a Gertrude le gustaran, todo iba bien, incluso fantásticamente bien. Si no era así, resultaba bastante aburrido.

En cierta manera era diferente con Janet. Descubrí (con asombro, al principio) que si ella estaba conmigo no me importaba que hubiera o no alguien más con nosotros. Era perfectamente posible no relacionarse con ninguna otra persona y pasear nosotros solos, los dos, y que todo fuera bien.

Era tan fácil complacer a Janet; le gustaban las cosas tan pequeñas y era tan manifiesta su satisfacción por estar conmigo, incluso cuando las cosas no iban bien, que perdí por completo el antiguo nerviosismo causado por alguien que siempre está a punto de sentirse a disgusto y agriarlo todo. Las vacaciones se convirtieron en algo delicioso, aunque seguía escatimando su frecuencia y su duración ya que, incluso en las mejores circunstancias, la llamada de mi máquina de escribir era superior a mis fuerzas.

Descubrí esto a principios del verano de 1972, la aprensiva época en que esperábamos la biopsia de pecho de Janet para saber si había que operar o no. Recibí una invitación para ir al Instituto del Hombre y la Ciencia para dar una conferencia sobre el futuro de las comunicaciones. (Desde entonces, le han cambiado el nombre por el de Instituto Rensselaerville, y así es como le suelo llamar.)

No me pagaban y habría rechazado la invitación sin pensarlo dos veces. Pero esta vez reflexioné con atención. La sede estaba en Rensselaerville, un pequeño pueblo en el norte del estado de Nueva York, cerca de Schenectady. Me habían descrito el instituto como un lugar rústico, y aunque soy un “urbanita”, sabía que a Janet le encantaba el campo. Se enfrentaba a una experiencia penosa, incluso probablemente a la pérdida de un pecho, y deseaba que disfrutara de unos días agradables, en caso de que sucediera lo peor. Por tanto, acepté ir.

Pasamos el fin de semana del Día de la Independencia allí y me alegré por ello, ya que a Janet le extirparon el pecho tres semanas después y no me habría perdonado nunca el haberla privado de ese fin de semana.

El lugar era rústico y bello, y a Janet le encantó. Estaba situado en una zona de verdes y suaves colinas, rodeado de bosques, y había un lago y un arroyo que formaba cataratas espectaculares.

No obstante, los edificios que albergaban los salones de conferencias eran modernos y estaban equipados con agradables instalaciones, incluido el aire

acondicionado. Contaba con un buen restaurante y se podían ver ardillas listadas, liebres y otras criaturas. A Janet esto también le encantó. Me felicité mil veces por mi acertada decisión.

Janet y yo pedimos habitaciones separadas (pero adyacentes) por decoro, ya que todavía no estábamos casados. No obstante, esto resultó ser muy incómodo. Estar separados por la noche resultó doloroso y fue la última vez que lo hicimos. Después de esto, tiramos las apariencias por la ventana. ¿Por qué no? De todas maneras, al cabo de un año y medio íbamos a estar casados.

Por supuesto, tuvimos que asistir al acto de clausura de mi conferencia, una charla comercial que nos divirtió y que incluía la proyección de una cinta de video que necesitaba dos voluminosos aparatos para que funcionara. (Recuerde que fue en 1972.) Dichas cintas, aseguró el orador, serían el futuro, y reemplazarían a los libros, así que la gente como Isaac Asimov (y sonrió hacia donde estaba sentado en la primera fila), se moriría de hambre. En ese momento, la audiencia, enfrentada a la posibilidad de que muriera de hambre, empezó a reírse a carcajadas.

Para la tarde siguiente estaba programada la conferencia principal, pero dio la casualidad de que el orador fue retenido en Gran Bretaña y no pudo llegar. Me pidieron que les echara una mano. Protesté diciendo que no tenía nada preparado y me contestaron:

—Venga, Isaac, todo el mundo sabe que no necesitas preparación.

Puesto que enseguida sucumbo al halago, acepté.

En mi conferencia recogí el tema de las cintas de vídeo y señalé lo voluminoso e incómodo que era el equipo, pero insistí (con bastante exactitud) que sería simplificado en poco tiempo. Después especulé sobre hasta dónde podría llegar la simplificación: hacerlo pequeño y transportable, independiente, sin fuente de energía y con mandos que pudieran hacer que empezara, se detuviera, avanzara o fuera hacia atrás con poco más que un esfuerzo mental, y muchas cosas más. Y, fíjese bien señalé, todo eso es un libro.

También indiqué que la televisión proporcionaba tanta información que el espectador se convertía en un receptor pasivo, mientras que el libro daba tan poca que el lector tenía que ser un partícipe activo: su imaginación suplía todas las imágenes, sonido y efectos especiales. Esta participación, añadí, proporcionaba tanto placer que la televisión no podía erigirse como un buen sustituto.

La conferencia tuvo tanto éxito que me pidieron que volviera en 1973 a dar mi propio seminario. Quería que Janet disfrutara otra vez de aquel lugar, así que acepté. Fue igual de agradable. El 19 de agosto de 1973 estábamos de nuevo en el Instituto Rensselaerville,. Janet se recuperó de su mastectomía y de su hemorragia cerebral y yo de la muerte de mi madre.

En realidad, hemos vuelto todos los años desde entonces. También vuelve un

grupo recalcitrante de “asiduos” y algunos nuevos asistentes, aunque no hay manera de que quepan más de unas sesenta personas.

El grupo siempre trata de algún problema relacionado con la ciencia ficción: la llegada de alguna catástrofe, la creación de una colonia espacial y cosas así. Se divide en varios subgrupos que realizan una tarea concreta, por supuesto con la máxima seriedad, elaborando trabajosamente procedimientos, soluciones, conclusiones, discutiendo intensamente con los demás y todo ello sin prestar atención al maravilloso clima del exterior.

Una vez pronuncié una charla y dije que deberíamos estar sentados fuera poniéndonos morenos, jugando al tenis o nadando en el lago. En vez de eso, estábamos dentro discutiendo y pensando. Después esperé unos minutos y añadí:

—¡Que suerte tenemos!

Todo el mundo estalló en aplausos.

Por supuesto, hemos hecho buenos amigos en Rensselaerville. Los mejores de todos son Isidore Adler, un químico de la Universidad de Maryland, y su mujer Annie. Izzy era otro de esos individuos que no es guapo pero que es tan atractivo que las jóvenes siempre revolotean a su alrededor. Intercambiábamos bromas sin descanso. Era el típico escocés que podía ganar al tenis y al balonmano a hombres lo bastante jóvenes como para ser sus nietos. Se levantaba al amanecer y corría varios kilómetros por la carretera atravesando el pueblo. Una joven muy atractiva, Winnie, quería perder algo de peso, así que a veces corría con él. Por supuesto, él era más rápido, así que si la gente del pueblo miraba por la ventana, podía ver un espectáculo poco frecuente: una atractiva joven persiguiendo alocadamente a un hombre mayor, bastante feo, que parecía escapar de ella.

Winnie bailaba la danza del vientre y, dicho sea de paso, era muy espectacular. Siempre reservábamos una noche para este baile cuando le tocaba el turno a ella. Y todas las noches, por supuesto, yo hacía una exhibición contando mis mejores chistes. Había algunos que (a petición popular) repetía todos los años, ya que nadie era capaz de contarlos como yo.

También conocimos a Mary Sayer, cuya naturalidad (por no hablar de su tipo) nunca perdía su atractivo. Era una mujer con la que flirtear era un placer, porque siempre acababa totalmente perpleja, lo que resultaba encantador. Además, era aficionada a la ciencia ficción. En 1983 me la encontré en la Convención Mundial de Baltimore. Janet había ido a hacer un recado pero no había vuelto, así que me estaba poniendo nervioso. Mary, con su amabilidad acostumbrada, me dijo que era absurdo buscarla entre la multitud. Me aconsejó que fuera a mi habitación y que esperara allí, ya que Janet seguramente volvería pronto. Me acompañó a la habitación y me senté sintiéndome muy desgraciado. No le hice ni caso hasta que oí la llave en la cerradura. Me puse en acción de inmediato.

—Rápido, Mary —le dije, y la arrastré hacia la puerta. Allí la abracé y me las arreglé para besarla en los labios justo en el momento en que entraba Janet.

—Hola, Mary —saludó Janet.

No prestó la menor atención al beso, que sabía que era en su honor. Además, la bondad de Mary era tan diáfana que hacía que cualquier otra cosa fuera imposible.

Durante los últimos años en el Instituto, Mark Chartrand (un astrónomo) y Mitchell Waldrop (un escritor científico) también asistieron con regularidad y participaron en el juego.

Siempre doy una conferencia introductoria de una hora de duración la primera tarde, a la que pueden asistir los habitantes del pueblo. En Rensselaerville tuve la suerte de conocer a Andy Rooney, que tenía allí una casa de veraneo.

Casi siempre me las arreglaba para escribir un relato a mano, mientras estaba en el instituto, por lo general uno de misterio de los viudos negros. También lo hacía en los cruceros. En uno escribí tres relatos y después los vendí todos.

La gente que me ve escribiendo a mano me habla de los ordenadores portátiles, pero no les hago caso. Siempre me ha gustado más escribir a mano. ¿Por qué no lo pueden entender? En realidad, la mayor parte de este libro que está leyendo lo escribí originalmente a mano, por razones que explicaré más adelante. Pero el tiempo pasa. En 1987, a Izzy Adler le descubrieron un cáncer de próstata. Siguió asistiendo aunque sufría dolores constantes y en 1989 fue en silla de ruedas. El 26 de marzo de 1990 murió, a la edad de setenta y tres años.

La noticia de su muerte me causó una gran pena, a pesar de que la esperaba. Esto, unido a los problemas médicos que se me acumularon, y que describiré más tarde, me ayudaron a decidir que la estancia de 1990 fuera la última. El grupo seguirá adelante igual de bien sin mí, o quizá mejor.

128. Mohonk Mountain House

Los padres de Janet a menudo pasaban algún tiempo en Mohonk Mountain House, un lugar de veraneo rodeado de kilómetros de soledad. Los edificios más antiguos databan de un siglo atrás y se respiraba un ambiente victoriano.

Está en New Paltz (Nueva York), frente a Poughkeepsie, justo al otro lado del río Houdson.

Iban sobre todo porque el padre de Janet era un entusiasta del golf y las instalaciones de Mohonk eran muy buenas. Janet nunca los acompañó (estaba ocupada con sus estudios y, como la mayoría de los jóvenes, no creía que ir pisándoles los talones a sus padres fuera la mejor manera de pasar unas buenas vacaciones.) Sin embargo, le hablaron mucho de la belleza del paraje y de lo agradable que era su ambiente.

En 1975, cuando íbamos hacia el sur por la autopista de Nueva York después de dar una conferencia en el norte, al llegar a una señal que anunciaba “New Paltz, próxima salida”, Janet dijo:

—Hay un lugar llamado Mohonk Mountain House en New Paltz, me encantaría conocerlo.

Por lo general, para mí un viaje —cuando tengo que viajar— no es más que un medio de ir de A a B, lo más rápido y directo posible. Me resisto al impulso de parar y hacer un poco de turismo a no ser que Janet insista. Esta vez no insistió, pero debía de estar de un humor especialmente condescendiente porque contesté:

—Bueno, desviémonos y echemos un vistazo.

Seguimos por una tortuosa carretera de montaña durante quince kilómetros y por fin llegamos a un lugar en el que se mezclaban, de forma indiscriminada, edificios de distintos estilos arquitectónico. Lo más pintoresco que se pueda imaginar. Estaba rodeado de jardines, colinas, parajes salvajes y un pequeño lago. El almuerzo fue excelente y después paseamos por sus magníficos jardines. Janet estaba extasiada, y yo estoy dispuesto a que me guste cualquier cosa que le produzca éxtasis a Janet. En realidad, yo también estaba impresionado, así que se ha convertido en nuestro lugar favorito de descanso.

Vamos dos o tres veces al año durante tres o cuatro días. Paseamos del brazo por los salones, el lago y los jardines. Una vez asistimos a cinco “fines de semana de misterio y asesinato” en invierno, y después dirigí dos “fines de semana de ciencia ficción”. A veces asistimos a una semana dedicada a la música y en una ocasión fuimos a ver una lluvia de meteoritos. También vamos sin ninguna razón aparente, simplemente para estar allí. De vez en cuando doy alguna charla, a petición suya, pero por supuesto no acepto dinero, sólo la habitación y la comida.

Los animales salvajes de Mohonk, sobre todo los ciervos, no se asustan de los

seres humanos puesto que nadie les hace nada. Durante uno de los tranquilos paseos, que se consideran adecuados para mí, vimos, a menos de cincuenta metros de nosotros, media docena de ciervos de cola blanca paciendo en la hierba al anochecer. Los miramos embelesados; ellos nos ignoraron. Por fin, Janet inquirió:

—¿No son preciosos?

—Sí, son maravillosos —respondí.

Suspiró, pero recordé que le encanta comer carne de venado cuando aparece en la carta.

En cierta ocasión, encontramos por casualidad un lugar especialmente tranquilo y en apariencia virgen y nos sentamos encantados durante media hora. Cuando volvimos al hotel escribí un relato de los viudos negros, *The Quiet Place* (El lugar tranquilo), que apareció en el número de marzo de 1987 de *EQMM*.

En 1987, el *Washington Post* me pidió un artículo sobre algún sitio al que hubiera viajado y que me gustara mucho. Les dije que no viajaba a no ser que fuera a Mohonk Mountain House, a menos de ciento cincuenta kilómetros de Nueva York. Me dijeron que servía y entonces me enfrenté al problema, ya que no soy una persona muy observadora, de describir el lugar.

Así que le sugerí a Janet que lo escribiera y, después de muchas dudas, lo hizo. Luego lo revisé, introduje unos pocos cambios y lo envié. (Como ocurre siempre con nuestras colaboraciones, Janet hizo el noventa por ciento del trabajo.) Al *Post* le encantó. Insistí para que los dos fuéramos citados como autores. Estuvieron de acuerdo y apareció en el número de Navidad bajo el título de *Our Shangri-La*.

El artículo les gustó y me encargaron uno sobre el Museo Americano de Historia Natural. Puesto que a Janet le encantaba el lugar, le pasé el trabajo. Apareció en 1988 en el Post como *The Tyrannosaurus Prescription*, firmado por Janet e Isaac Asimov.

Los dos artículos se incluyeron en una colección publicada por Prometheus Press en 1989. a los editores les impresionó tanto el artículo de Janet que titularon el libro *The Tyrannosaurus Prescription*.

Janet es una buena escritora de no ficción. Ha vendido todos los artículos que ha escrito (incluso uno dos veces, cuando la primera revista quebró y tuvo que encontrar otra) y yo insisto para que escriba más.

129. Viajar

A pesar de mis reticencias respecto de los viajes, he estado en Evansville (Indiana) y Raleigh (Carolina del Norte), porque tenía que asistir a actos y dar conferencias en estos lugares tan lejanos y exóticos. He estado en Mammoth Cave (Kentucky) y he visto túmulos indios en Ohio.

Ir tan lejos (para mí) requiere estímulos extraordinarios. Fui a Indiana porque Lowell Thomas me lo pidió como un favor especial y a Carolina del Norte por invitación del gobernador del Estado. Con el tiempo, incluso estos estímulos fueron insuficientes, pero mientras estuve en la cincuentena, lo hacía.

El mayor de mis estímulos era el deseo de Janet. Nunca me forzaba ni me exigía nada, pero sabía, por ejemplo, que siempre había querido visitar los Everglades, en Florida. Algunas personas, supongo, sueñan con ir de compras a París o con jugar en Las Vegas, pero Janet soñaba con la flora y la fauna de los Everglades, y yo quería complacerla de todo corazón.

La oportunidad llegó en 1977, cuando me invitaron a dar una conferencia a un gran grupo de empleados de IBM en Miami. La remuneración era mayor de lo habitual, pero eso no me influyó. Sin embargo, pedí una visita con guía a los Everglades y aceptaron.

Así que el 26 de marzo de 1977 inicié, muy nervioso, el viaje más largo que había emprendido por mi cuenta hasta entonces. Cogimos el tren a Miami.

No me importa demasiado viajar en tren, aunque me pongo nervioso cuando corre por la noche. Que me maten si llego a convencerme de que el maquinista puede ver adónde va, ya que cuando miro afuera por la ventanilla, todo está oscuro. (Lo sé. Lleva luces y hay señales luminosas a lo largo de la vía, pero aunque mi mente lo sabe, mi corazón, no.)

Lo paso peor cuando hay un tramo desigual de vía y el tren se mueve y traquetea. No hago más que pensar en descarrilamientos, con quién sabe qué terribles consecuencias.

No creo que sea sólo cobardía, aunque me parece que he subrayado que no soy físicamente valiente. Mis temores reflejan también una imaginación hiperactiva. La he ejercitado y utilizado en mis obras durante décadas y no la puedo desconectar cuando quiero. Las consecuencias terribles siempre se presentan solas, ante mis ojos, en forma real y en tres dimensiones, y no hay nada que pueda hacer.

Hicimos todo lo que pudimos para estar cómodos. Pedimos no sólo un compartimiento del coche-cama, sino dos adyacentes, y manteníamos la puerta abierta entre ambos. Esto quiere decir que teníamos dos cuartos de baño, un lujo que valoramos mucho ya que cuando sólo hay uno surgen los conflictos. Yo me levanto pronto y estoy acostumbrado a encerrarme en el cuarto de baño con un libro o un

periódico, sin tener ninguna prisa por salir. En nuestro piso tenemos baños separados, así que puedo disfrutar tomándomelo con calma.

Puesto que el coche-cama era el último del tren y el vagón restaurante estaba casi al principio, teníamos que atravesar varios vagones, lo que reactivó mi liberalismo. Estaban los proletarios en sus vagones tumbados como podían en sus asientos tratando de descansar (sobre todo cuando pasamos temprano a desayunar) y estábamos nosotros, con nuestro compartimiento doble, nuestras camas y dos cuartos de baño separados, viviendo en el lujo. No sólo me sentía terriblemente culpable de traicionar a mi clase por haberme hecho rico, sino que tenía la desagradable sensación de que en cualquier momento todos los pasajeros oprimidos se iban a levantar airados gritando: “*Les aristocrates à la lanterne*”[18] y nos iban a colgar, a pesar de que, de pensamiento, yo era uno de ellos.

Pero llegamos sanos, sin descarrilar y sin ser colgados, y mi charla tuvo mucho éxito. Me divirtió bastante la estricta organización de IBM. La conferencia estaba programada para una hora muy temprana y no hubo rezagados. (Estoy convencido de que cualquiera que hubiese llegado tarde habría sido fusilado en el acto.) Todo el mundo estaba en sus asientos y los hombres iban todos de uniforme: traje oscuro, camisa blanca, corbata estrecha y un ligero aroma de loción de afeitado.

Yo llevaba una chaqueta roja, que pareció cegar a todos, pero la toleraron. (Otro de los conferenciantes fue enviado a su habitación a ponerse la corbata de la que había prescindido.)

Sin embargo, mi atuendo dejó su huella. Cuando volví a Nueva York, informé a mi agente de conferencias, Harry Walker, que había arreglado el viaje. Mientras estaba allí, dio la casualidad que recibió una llamada de IBM expresando su satisfacción por mi conferencia.

Harry Walker estaba de broma y dijo:

—En realidad, está aquí mismo hablando conmigo.

Después una mirada de asombro cruzó su rostro y añadió:

—No, no lleva una chaqueta roja.

Fuimos de excursión a los Everglades y fue un éxito completo, aunque el invierno anterior había sido muy duro y las temperaturas habían alcanzado los siete grados centígrados bajo cero; no había precedentes de temperaturas tan bajas (en los Everglades). Esto acabó con mucha vegetación, que no estaba adaptada al frío. Todavía quedaban manchas marrones de plantas muertas que daban pena, y Janet lo lamentó.

A pesar de todo, quedaba mucho por ver, hasta caimanes, que no parecían muy amenazadores. Nos dijeron que no les diéramos de comer, pero había uno al que le faltaba una pata (probablemente arrancada de un mordisco por algún rival) y Janet insistió en alimentarlo. El almuerzo fue estupendo —el tiempo era magnífico— y yo

contemplaba las aguas de lo que me aseguraron que era el golfo de México, algo que nunca había pensado ver.

Sin embargo, me entristecí sólo con pensar en vivir en Florida, un lugar en el que quince centímetros se considera una gran elevación. Me gustan las colinas verdes, como ya he dicho antes. En Florida, además, no existe un auténtico invierno y, aunque tienen sus desventajas, también son muy bellos. En los climas sin invierno, como los de Florida, el sur de California y Hawai, creo que me volvería loco de nostalgia por la nieve.

Mi buen amigo Martin H. Greenberg, del que hablaré más a fondo después, nació y creció en Florida, pero fue al *college* en Connecticut y vio la primera nevada allí. Decía que le produjo una alegría y una emoción indescriptibles contemplar cómo caía del cielo el agua helada y hacer bolas de nieve. No obstante, vive desde hace muchos años en Green Bay (Wisconsin) y me temo que no contempla las nevadas extasiado en la actualidad.

Al año siguiente, 1978, me enfrenté a un desafío todavía mayor. Me pidieron que fuera a Pebble Beach (California) y a San José para dar sendas conferencias por una cantidad que me pareció enorme en esa época.

¡Nunca! ¡Nunca! ¡Nunca! Pero Janet ansiaba visitar el zoológico de San Diego, y sabía muy bien que no podría hacerlo si no íbamos a California. El viaje a Florida me dio confianza, así que nos fuimos en diciembre de 1978.

Janet insistió en que saliéramos con un día de anticipación, a lo que me opuse rotundamente, pero es muy persuasiva y resultó una buena idea.

Nos costó cuatro días y cuatro noches llegar en tren a California, y después otros cuatro días y otras cuatro noches volver. Los dos viajes me parecieron más largos. Cuando nos detuvimos en Chicago aprovechamos la oportunidad para subir a la torre Sears, el edificio de oficinas más alto del mundo.

No me gustó tanto como esperaba. Dejando aparte incluso mi acrofobia, la vista de la llanura del Medio Oeste me pareció monótona. Yo quiero colinas y más colinas.

Peor aún, estaba molesto por la mera existencia del edificio. Mi militancia neoyorquina me obligaba a sentirme amargamente ofendido al ver que otra ciudad había osado construir un edificio más alto que los rascacielos de Manhattan.

El tren tenía un coche con una bóveda de cristal para disfrutar del paisaje. Todo fue bien hasta Wyoming, donde el invierno paralizó todo el campo. Seguíamos a un tren de mercancías que avanzaba resoplando por una línea férrea de una sola vía y, aparentemente, esa tortuga monstruosa no podía apartarse porque, en esa época, los trenes de mercancías tenían preferencia sobre los de pasajeros.

A altas horas de la noche, el corazón de la tortuga se paró. Esperamos a que llegara otra máquina para reemprender la marcha, y nosotros detrás. Janet estuvo despierta y nerviosa durante toda la noche, pero yo dormí casi todo el tiempo.

Cuando me desperté, estaba indignado con el tren de mercancías, la red ferroviaria y toda la filosofía de viajar. Para darme más argumentos, se estaba acabando el combustible del tren, se quedaba sin calefacción, y los vagones empezaron a padecer temperaturas invernales. Por fin, cuando se estaban agotando los últimos restos de la calefacción de nuestro vagón, llegó la nueva máquina y nos pusimos en marcha. Llegamos a Oakland, después fuimos en autobús a San Francisco y llegamos con exactamente doce horas de retraso. Así que Janet tuvo una buena idea al insistir en que saliéramos un día antes.

A causa del tiempo perdido, atravesamos Utah de día y no durante la noche anterior, como estaba previsto. Janet no tenía en cuenta su herencia mormona, pero sus padres habían nacido en Utah y residieron allí hasta los veinte años; muchos parientes vivían allí y a algunos los había visitado. Se emocionó al contemplar el Estado a la luz del día, así que pensé que el retraso había merecido la pena.

La estancia en California fue todo un éxito. Las dos conferencias fueron bien, aunque mis opiniones no eran compartidas por los que parecían ser mayoría en Pebble Beach. (Recuerdo que defendí Nueva York con gran energía contra los violentos ataques de los no neoyorquinos, que pensaban que la ciudad era el subsótano de los infiernos.) En la charla de San José vi a Randall Garret por última vez y me entregó la *Canción de los clones*.

Janet estuvo con su hermano y su cuñada durante bastante tiempo y yo alquile un coche (por primera y, por el momento, única vez en mi vida) para podernos aventurar por los bosques y ver los enormes secoyas. Me quedé maravillado y me indigné al recordar una de las muchísimas y necias observaciones de Ronald Reagan cuando afirmó que si se había visto una secoya se habían visto todas y que, por lo tanto, no importaba talar estos magníficos ejemplos del reino vegetal. (Aunque, probablemente, lo único que hizo fue repetir lo que alguien escribió para él en una de esas tarjetas.)

Después de dar mis conferencias, Janet y yo recorrimos en coche la autopista de la costa y contemplamos durante muchos kilómetros el océano Pacífico. No puedo decir que me guste el paisaje pardo. Janet me explicó que en primavera todo se vuelve verde brillante, pero a mí me gusta que el paisaje esté verde o cubierto de nieve, y no pardo.

Por fin llegamos a San Diego, donde habíamos concertado con los directores del zoológico de la ciudad una visita guiada para el día siguiente, el 17 de diciembre de 1978. Miré el cielo y le pregunté al portero del hotel si llovería. Se rió de buena gana. ¿Llover en San Diego, tío del Este?, podía oírle decir. Por supuesto que no.

Al día siguiente llovió a cántaros, de la mañana a la noche.

No podíamos quedarnos sin visitar el zoológico sólo porque lloviera, así que fuimos y todo salió muy bien. Un alto cargo del zoológico apareció con equipo de

tormenta (parecía el capitán de un ballenero) e hicimos nuestra visita. (También nosotros íbamos adecuadamente vestidos para la ocasión.)

Mientras que en un día normal el zoológico habría estado abarrotado de gente y habríamos tenido dificultades para movernos y conseguir ver bien a los animales, esta vez estuvimos bastante solos, y puesto que no nos importaba la humedad, las condiciones eran ideales.

Al día siguiente fuimos en coche hasta Los Ángeles y Janet insistió en que paráramos en Disneylandia. Lo hice con mucha aprensión y, ante mi horror y vergüenza, me divertí muchísimo.

Presentaban el espectáculo de *It's a Small World After All* que me había gustado en la Feria Mundial de Nueva York de 1965. Yo no lo sabía, y mientras paseábamos por Disneylandia, pregunté a Janet:

—¿Dónde dan *It's a Small World After All*?

Lo preguntaba sólo para fastidiar, para que cuando me dijera que no existía, poder hacer comentarios despreciativos sobre Disneylandia, California y el Universo.

Pero me respondió con toda calma:

—Ahí mismo, en ese edificio.

Naturalmente, insistí en verlo. Los asientos estaban llenos de niños de siete a diez años, sentados en silencio sepulcral, más un niño de cincuenta y ocho que no podía contener su emoción y señalaba con júbilo los distintos muñecos que pasaban.

En Los Ángeles la lluvia limpió el aire temporalmente, así que sus habitantes tuvieron su oportunidad anual de ver cielos azules y cúmulos. El hombre del tiempo de la televisión mostraba entusiasmado imágenes de las nubes y explicaba lo que eran, mientras en la calle la gente miraba con asombro hacia las montañas lejanas, visibles a través de una atmósfera que de repente se había vuelto transparente. (¡Y critican a Nueva York!)

Después, devolvimos el coche, cogimos el tren y llegamos a casa el 22 de diciembre. Habíamos estado fuera durante tres semanas, lo que significaba una acumulación considerable de correo, de llamadas telefónicas y de retraso en los plazos de entrega. Cuando la gente normal va de vacaciones, su trabajo lo hacen un ejército de ayudantes, secretarias, asistentes, familiares, etc. Cuando voy yo, nadie hace mi trabajo. Todo me espera y a la vuelta tengo que trabajar el doble. Así que ¿qué tienen de bueno las vacaciones?, me pregunto. (Dicho sea de paso, no complazco a Janet en todos sus deseos. También sueña con ir a Vancouver y a Kyoto, y no la he llevado allí y supongo que nunca lo haré.)

Después del viaje, Janet escribió un artículo sobre las dificultades de atravesar el continente con un hombre que detesta viajar y se niega a volar. Ante mi sorpresa, lo vendió a la sección de viajes del *New York Times*. Apareció en el número del 25 de febrero de 1979 del *Sunday Times* y mereció gran cantidad de comentarios favorables

de los lectores.

Una persona me paró en la calle y me preguntó si era Isaac Asimov. Cuando lo admití me dijo:

—¿Le dirá por favor a su mujer que me encantó el artículo?

Me detuve en el teléfono más cercano y la llamé.

—Janet —le dije—, este fastidio tiene que terminar.

130. Viajar al extranjero

Nunca pensé que abandonaría el territorio de Estados Unidos después de que me trajeran en 1923, y no lo hice ni siquiera cuando fui a Hawai, ya que Hawai, aunque todavía no era un estado, sí era territorio estadounidense. La primera vez que salí de Estados Unidos fue porque Gertrude había nacido en Toronto y de vez en cuando yo tenía que acceder a visitar esta ciudad. Fuimos en coche dos veces y una a Quebec.

Nos aconsejaron llevar nuestra carta de ciudadanía, y claro, tuvimos que enseñarla. Esto me molestó. Era una cuestión de principios. Los nacidos en Estados Unidos, al volver de Canadá, simplemente decían que habían nacido en el país; no enseñaban el certificado de nacimiento porque su palabra era suficiente. Pero yo era un ciudadano nacionalizado, mi palabra no era suficiente y tenía que presentar mi carta de ciudadanía. Esto es recibir un tratamiento de ciudadano de segunda.

Yo soy tan estadounidense como cualquier otro y eso me molestó.

Fuimos a ver las cataratas del Niágara y mientras conducía hacia la población más cercana me preguntaba en voz alta si no nos perderíamos y nos quedaríamos sin verlas. Acabé de decirlo, di la vuelta a una esquina y allí estaban. Esta primera visión, inesperada por completo, fue magnífica. Permanecimos en el lado canadiense y contemplamos las cataratas Horseshoe en silencio, impresionados al ver caer por el precipicio los últimos restos de hielo del invierno. Al día siguiente el hielo había desaparecido, sólo quedaba una cascada de agua azul que caía con gran estruendo.

Mi recuerdo más vivo, sin embargo, es una imagen de mí mismo preparándome para ir a la cama en un motel situado justo al lado de las cataratas y, de repente, me di cuenta de que por la noche no las desconectaban. El rugido continuó durante las horas de oscuridad, pero era un "rumor monótono" y después de un rato me acostumbré y dormí bien.

Naturalmente, llevábamos a los niños con nosotros, y en el viaje a Quebec David estuvo especialmente excitado porque le dije que la gente de Quebec hablaba en francés. David nunca había oído hablar en otro idioma y se mostró muy impaciente. No hablaba más que de la oportunidad de oír hablar en otro idioma.

Una vez en la habitación del hotel, puso la televisión, por supuesto, y escuchó una perorata en francés. Parecía totalmente perplejo.

—Eso es francés —le expliqué—. Es lo que estabas esperando oír, David.

—Pero no entiendo nada —me respondió.

Se me había olvidado decirle que un idioma extranjero no lo entienden los que no lo conocen. Me temo que esto le estropeó el viaje.

En 1973 la Convención Mundial de Ciencia ficción se celebró en Toronto, y mi libro *Los propios dioses* estaba nominado para un Hugo. Así que fui a Toronto con Janet, aunque nos faltaban tres meses para casarnos. Los dos hemos estado tres veces

en Canadá desde entonces. Visitamos Quebec en una escala de un crucero en el *QE2* e hicimos excursiones por tierra a Montreal y Ottawa. Di conferencias en las tres ocasiones.

En conjunto, me gusta Canadá. Las ciudades están limpias y la gente es amigable. Había un restaurante ruso muy agradable en Montreal y me da pena que no volveré a comer allí, ya que estoy seguro de que nunca volveré a ir a Montreal (Ser una persona a la que no le gusta viajar también tiene sus desventajas).

Durante los diferentes cruceros que hemos realizado, a veces he pisado tierra firme fuera del continente norteamericano. En los viajes al Caribe, Janet y yo pasamos unas horas en las diferentes islas, incluidas La Martinica (donde tienen una estatua de Josefina, la mujer de Napoleón, que nació allí), Tobago, una de las islas Vírgenes y algunas más. En estas islas hace calor y mucha humedad, excepto en Barbados, que no cuenta con una montaña central para captar la lluvia y por eso goza de un clima excelente.

Durante un crucero que atracó en un puerto venezolano, todo el mundo desembarcó para ver las maravillas del interior, pero Janet y yo nos contentamos con bajar del barco y pasear durante un rato por el muelle para que pudiera decir que había pisado el continente sudamericano.

En los cruceros, lo que me gustaba era estar en el mar. Atracar en puertos extranjeros siempre me fastidiaba. Significaba que tendría que dejar el barco. Ir del barco a tierra significaba “viajar” y eso no me gustaba. En cuanto llevaba unas horas en un barco, se convertía en “mi casa” y no me gustaba abandonarla. Si tenía que hacerlo, siempre volvía con la misma sensación de alivio con la que regreso a mi propia casa.

No se me ocurre otra explicación: lo que considero “mi casa” me produce una gran sensación de seguridad. Quizás esa sensación se desarrolló durante mis primeros veintidós años, cuando prácticamente no salí de mi hogar (excepto para ir a la escuela) y mis padres siempre estaban allí también. Cualquier otro lugar era territorio extranjero y esto puede justificar mi renuencia a viajar.

Hubo veces en que me negué en redondo a salir del barco. En el crucero del eclipse en el *Canberra*, desembarqué en la mayor de las islas Canarias. Insistí en acompañar a dos chicas. Después de todo estaba convencido de que encontrarían el camino de vuelta al barco cuando llegara el momento, así que si se mantenían siempre al alcance de mi vista evitaría perderme. Entré con ellas en algunas tiendas donde intentaron comprar algo y no pudieron porque ellas no hablaban español y el dueño de la tienda no tenía ni idea de inglés. Yo tampoco sabía español pero logré hacerme entender mediante el lenguaje de los signos y, en consecuencia, me gané una gran reputación como lingüista.

No obstante, me negué a desembarcar en Lagos (Nigeria) cuando el *Canberra*

atracó allí y, en consecuencia, nunca he podido decir que he pisado suelo africano.

Mi renuencia a abandonar el barco alcanzó su apogeo cuando nos detuvimos en aguas de la República Dominicana, sobre todo porque el *QE2* tenía demasiado calado para atracar en el puerto, y debía permanecer fuera de él. Así que la gente iba a tierra en embarcaciones auxiliares. Acepté que Janet fuera sin mí. No fue una buena idea. Yo estaba seguro en el barco, pero había perdido la seguridad de Janet. Estuve inquieto todo el tiempo que estuvo fuera y mucho antes de la hora fijada para la vuelta ya estaba abajo en la plataforma de desembarque esperando con ansiedad su retorno.

Nuestros cruceros de “Islas Astronómicas” nos llevaron una docena de veces a las Bermudas, donde daba una conferencia a los aficionados de la astronomía del barco y al grupo de astronomía de las Bermudas. Estas islas preciosas pronto me resultaron lo bastante familiares como para servirme casi de hogar, de modo que descubrí que podía abandonar el barco sin problemas.

Cuando Victor Serebriakoff me habló de volver a unirme a Mensa, tenía en mente algo más que una simple reincorporación. Empezó una campaña muy estudiada para convencerme de ir a Gran Bretaña y hablar allí a Mensa. Por descontado, me negué, pero siguió insistiendo y con el tiempo consideré su propuesta.

Tanto Janet como yo somos anglófilos, ya que hemos pasado nuestra juventud leyendo el rico legado de la literatura británica. Estábamos casi más familiarizados con la historia y la geografía británicas que con sus equivalentes estadounidenses. Así que acepté ir si alguien de la Mensa Británica aceptaba llevarnos en coche por Gran Bretaña y enseñarnos los monumentos de interés ocupándose del alojamiento y la manutención.

Aceptaron, pero todavía teníamos que sacar los pasajes para el barco y el pasaporte (el primero de mi vida) y cada vez estaba más asustado. Janet escuchó mis gritos de preocupación y finalmente puntualizó:

—Escucha, Isaac, siempre me dices que algunas cosas que he aceptado hacer, en realidad no quiero hacerlas, pero que una vez que he aceptado, tengo que hacerlas de buen grado y sonriendo. Bueno, si tú no eres capaz de ello, cancelemos el viaje.

Me llegó al fondo del alma porque tenía toda la razón. Había sermoneado a los más allegados y queridos subrayando la necesidad de hacer aquello a lo que uno se compromete de buen grado y sonriendo. El problema es que pertenezco a esa casta tan común entre los humanos que reparte consejos a diestro y siniestro, por supuesto llenos de nobles sentimientos, pero a los que les parece bastante más difícil seguirlos. Después de que Janet me sermoneara debo admitir que seguía igual de asustado, pero tuve cuidado de no demostrarlo.

Embarcamos en el *France* el 30 de mayo de 1974. Era su último viaje, ya que justo antes de llegar a tierra nos llegó el aviso de que el gobierno francés no estaba

dispuesto a asumir las pérdidas que generaba e iba a vender el barco.

Permanecimos una semana y media en Gran Bretaña y después volvimos en el *Queen Elizabeth 2*. Todo el viaje duró tres semanas y, si exceptuamos mi paso por el ejército, ésta es la vez que más tiempo estuve fuera de casa, aunque fue igualada cuatro años después por mi viaje a California, del que ya he hablado.

Debo admitir que me fascina el lujo de los grandes transatlánticos y, sobre todo, la comida. En el *QE2* devoraba el caviar siempre que tenía ocasión, mientras que a Janet le encantaban los soufflés de chocolate. Los dos nos deleitábamos con el buey Wellington e hicimos bien porque como descubrimos después, a medida que uno se hace viejo los médicos le prohíben cualquier clase de comida que sea buena, y es justo que se disfrute mientras se pueda.

En Inglaterra vimos jacintos silvestres azules en New Forest y un maravilloso arco iris doble en Forest of Dean. Visitamos Stonehenge, Stratford en Avon y todas las catedrales que pudimos. Comí todos los platos típicos que pude encontrar: pastel de pastor, empanada de salchicha, pastel de carne y riñones y tartas de melaza.

En Londres visité el laboratorio y el auditorio de Faraday (justo al lado del hotel Brown’s, donde nos alojábamos). Cuando estuve en la abadía de Westminster, lloré ante la tumba de Newton y vi en sus alrededores las tumbas de varios de los más importantes científicos del planeta.

Por casualidad atisbamos a la reina Isabel en un coche, escoltada delante y detrás por jinetes con uniforme rojo, y descubrí algo sobre estos desfiles de equinos que nunca había visto u oído mencionar. Dejan la calle cubierta de fresco estiércol de caballo.

Firmé libros en Londres y en Birmingham y, por supuesto, di una charla a los mensa. Arthur C. Clarke me presentó con insultos geniales (que, no le quepa la menor duda, le devolví en mi charla).

Después de las primeras conferencias que di en el *QE2*, Janet y yo cruzamos dos veces más el Atlántico. Puesto que no tenía ningún interés en estar en Europa, planeamos quedarnos en el barco, pero no se podía.

Todos los pasajeros tenían que desembarcar en Southampton, aunque no fuera más que para pasar una noche en tierra y luego volver. El buque estaba oficialmente “muerto” y cortaban toda la electricidad.

Así que aunque mi segundo viaje a través del Atlántico a bordo del *QE2* fue delicioso, vivía con aprensión preguntándome lo que sucedería en Southampton. ¿Y si por alguna razón no podíamos volver al barco a la mañana siguiente y se hacia a la mar sin nosotros? Como siempre, estos temores resultaron sin fundamento. No perdimos el barco y llegamos a tiempo.

Dicho sea de paso, no puedo explicar las razones de este miedo constante a llegar tarde, a perderme o ambas cosas. Casi nunca he llegado tarde a ninguna parte y jamás

me he perdido de verdad. Entonces, ¿por qué padezco esta ansiedad si no he experimentado nunca éstas situaciones?

¿Tal vez porque mi madre siempre se angustiaba tanto por mí que sabía que nunca debía llegar ni un minuto después de la hora permitida o moriría mil veces? Es muy probable. He transmitido mi propia ansiedad a Robyn y a Janet, así que nunca llegan tarde, al menos cuando saben que las estoy esperando. Parece una manera estúpida, incluso perversa, de fastidiar a las personas que quieres y, puesto que siempre fui consciente de que los miedos de mi madre eran una presión molesta, no comprendo cómo he sido capaz de transmitírselos a mi mujer y a mi hija. Pero esta reflexión no me sirve de nada, porque no puedo evitarlo.

Incluso enseñé a Gertrude mi primer mandamiento: “Nunca llegarás tarde.” Al principio ella ponía reparos y decía que era ridículo darse prisa, pero le recordé que la última vez que cogimos un tren llegó justo con un minuto de anticipación y tuvimos que correr por toda la estación arrastrando el equipaje. Le decía: “Vamos pronto para no tener que correr”, y comprendió mi punto de vista.

Pero volvamos a nuestro viaje. Nos divertíamos mucho en Southampton, que para los ojos de un neoyorquino estaba extraordinariamente limpia. Incluso hicimos un pequeño recorrido, visitamos la catedral de Winchester y el buque insignia de Nelson en la bahía de Portsmouth, el *Victory*. Una taxista nos advirtió:

—No necesitan coger un taxi para eso. Les costaría cinco libras.

—No importa —le dije—. Soy un americano rico.

Así que nos llevó adonde queríamos y le di una buena propina por haberse preocupado más por mi cartera que por la suya.

La tercera vez que cruzamos el Atlántico en el *QE2*, Janet me dejó petrificado al sugerir que bajáramos en Cherburgo (Francia), donde atracaba el barco antes de cruzar el Canal hacia Southampton. Podíamos quedarnos en Francia durante día y medio antes de embarcar de nuevo. No sólo eso, además Janet propuso utilizar ese tiempo para ir a París la misma tarde de nuestro desembarco, el 18 de septiembre de 1979, pernoctar allí, pasar el día y la noche siguientes y volver a Cherburgo para coger el barco en el viaje de vuelta.

No esperaba que me gustara París, puesto que me habían dicho que los franceses desprecian a cualquiera que no domine su idioma y, en particular, a los norteamericanos. Por tanto, estaba preparado para mostrarles mis garras, pero en realidad París me encantó. Un amigo me había dado dos entradas para el Folies-Bergère, pero no me interesó. Las chicas francesas desnudas no son diferentes de las estadounidenses desnudas. En vez de eso, recorrimos lentamente los Campos Elíseos en una noche perfecta y observamos a la gente que pasaba. Vimos el Arco del Triunfo y la Torre Eiffel. No subimos a la torre porque la estructura parecía demasiado abierta e insegura.

Vimos la catedral de Notre Dame, algunos museos, comimos en varios restaurantes excelentes y, en resumen, apuramos todo lo que pudimos nuestras treinta y seis horas, pero no vi ningún espectáculo de desnudos y Janet no hizo compras. Y como ya he dicho, cogimos el barco.

Antes de abandonar el tema de los viajes, me gustaría añadir unos pocos detalles incidentales.

Confirmé mi gusto por los lugares con cuatro estaciones climáticas en uno de nuestros viajes al Caribe, que se produjo en febrero. Me pareció de lo más molesto el calor que hacía en una época en la que debería haber experimentado frío. Cuando enfilábamos hacia el norte por el Atlántico, me regocijaba según iba bajando la temperatura, aunque todos los demás se quejaban. Esperaba ansioso poner el pie en los muelles de la ciudad de Nueva York con temperaturas bajo cero. ¡No hubo suerte! Resultó que llegamos en un día de febrero en el que la temperatura era de dieciséis grados centígrados. No hay palabras que puedan describir mi enojo.

Nuestro último viaje en el *QE2*, en julio de 1981, fue la primera vez que este barco llegaba a Quebec, así que miles de personas nos esperaban a lo largo del río durante varios kilómetros para vernos llegar y, después, para vernos marchar. Cuando nos fuimos, una flota de pequeños barcos nos acompañó durante un buen trecho río abajo por el San Lorenzo, como pececillos en la estela de una ballena, una visión muy poco corriente.

Por supuesto, uno de los inconvenientes de viajar en barco es la necesidad de que el equipaje sea inspeccionado por los aduaneros a la vuelta. Janet y yo no hacemos muchas compras en el extranjero. No compramos alcohol, así que los bajos precios no son un aliciente, y esto elimina una gran suma de tasas de aduana. Tampoco sentimos la necesidad de comprar fardos y más fardos de ropa y chucherías que no necesitamos o podemos comprar en nuestro país. Por lo general, volvemos con unos pocos libros en rústica y, de vez en cuando, con un jersey o una bufanda. Nunca superamos el máximo permitido. Un aduanero, mirando nuestra lista, exclamó:

—¡Ah! El último de los derrochadores rumbosos.

Una última palabra…

Con frecuencia, cuando surge el tema de mis viajes me preguntan si he visitado Israel alguna vez.

No, no lo he hecho. Llegar a Israel sin subir a un avión es un asunto demasiado complicado. Tendría que ir en barco y en tren y estoy seguro de que me llevaría más tiempo del que dispongo y sería mucho más complicado de lo que podría soportar.

Por tanto, suponen que, si no voy o no puedo ir, como soy judío, debo tener el corazón destrozado, porque tengo que visitar Israel. Pues no.

En realidad no soy sionista. No creo que los judíos tengan el derecho ancestral de ocupar una tierra sólo porque sus antepasados vivieron allí hace mil novecientos

años. (Este tipo de razonamiento nos obligaría a entregar América del Norte y del Sur a los indios, y Australia y Nueva Zelanda a los aborígenes y maoríes.) Tampoco considero válidas legalmente las promesas bíblicas hechas por Dios de que la tierra de Canaán pertenecería para siempre a los hijos de Israel. (Sobre todo, porque la Biblia fue escrita por los hijos de Israel.)

Cuando se fundó el Estado de Israel, en 1948, todos mis amigos judíos estaban felices; yo fui el aguafiestas. Les advertí:

—Estamos construyendo un gueto nosotros mismos. Estaremos rodeados por decenas de millones de musulmanes que nunca perdonarán, nunca olvidarán y nunca desaparecerán.

Estaba en lo cierto, sobre todo cuando resultó que los árabes estaban asentados en la mayor parte de los abastecimientos petrolíferos del mundo. Así que las naciones del mundo, que necesitaban el petróleo, pensaron que era diplomático ser pro-árabe. (Si el tema de las reservas petrolíferas se hubiese conocido antes, estoy convencido de que Israel no se habría creado.)

Pero ¿no merecemos los judíos una patria? En realidad, creo que a ningún grupo humano le conviene pertenecer a una "patria" en el sentido habitual de la palabra.

La Tierra no debería estar dividida en cientos de secciones diferentes, cada una habitada por un solo segmento autodefinido de la humanidad que considera que su propio bienestar y su propia "seguridad nacional" están por encima de cualquier otra consideración.

Soy partidario de la diversidad cultural y me gustaría que cada grupo identificable valorara su patrimonio cultural. Por ejemplo, soy un patriota de Nueva York y si viviera en Los Ángeles me encantaría reunirme con otros neoyorquinos expatriados y cantar *Give My Regards to Broadway*.

No obstante, este tipo de sentimientos deben ser culturales y benignos. Estoy en contra de ello si cada grupo desprecia a los demás y aspira a destruirlos. Estoy en contra de dar armas a cada pequeño grupo autodefinido con las que reforzar su propio orgullo y sus prejuicios.

La Tierra se enfrenta en la actualidad a problemas medioambientales que amenazan con la inminente destrucción de la civilización y con el final del planeta como un lugar habitable. La humanidad no se pude permitir desperdiciar sus recursos financieros y emocionales en peleas interminables y sin sentido entre los diversos grupos. Debe haber un sentido de lo global en el que todo el mundo se una para resolver los problemas reales a los que nos enfrentamos todos.

¿Se puede hacer esto? La pregunta equivale a: ¿puede sobrevivir la humanidad?

Por tanto, no soy sionista porque no creo en las naciones y porque los sionistas lo único que hacen es crear una nación más para dar lugar a más conflictos. Crean su nación para tener "derechos", "exigencias" y "seguridad nacional" y para sentir que

deben protegerla de sus vecinos.

¡No hay naciones! Sólo existe la humanidad. Y si no llegamos a entender esto pronto, las naciones desaparecerán, porque no existirá la humanidad.

131. Martin Harry Greenberg

En 1972 recibí una carta de un tal Martin Greenberg de Florida, quien preparaba una antología y quería utilizar dos narraciones mías. El asunto me pareció tan nimio y rutinario que ni siquiera lo mencioné en mi diario, así que no sé exactamente cuándo recibí la carta. Es una pena, porque fue el inicio de una extraordinaria amistad.

Por supuesto, en ese momento no lo podía prever, no sólo porque no soy adivino, sino también porque de inmediato pensé en una posibilidad inquietante. Martin Greenberg había sido el propietario de Gnome Press y quien, hacía un cuarto de siglo, publicó por primera vez *Yo, robot* y los tres libros de la serie de la Fundación. También había publicado varias antologías, dos de ellas con relatos míos. Mi relación con él no fue precisamente ejemplar y no quería reanudarla.

Con todo, había pasado un cuarto de siglo y Martin y Greenberg eran nombres bastante comunes. Además, la carta empezaba con “Querido doctor Asimov”, y sin duda el anterior Martin Greenberg habría empezado con “Querido Isaac”.

Así que en mi carta le pregunté: “¿Es usted el Martin Greenberg que…?”

No lo era. El caballero de Florida era Martin Harry Greenberg y había nacido en 1941, así que sólo tenía nueve años cuando se publicó *Yo, robot*. Inmediatamente le permití que utilizara mis relatos en la antología, y el intercambio de cartas estableció una progresiva relación de amistad entre nosotros. Por tanto, no resulta sorprendente, como descubrí enseguida, que Marty (que es como me referiré a él desde este momento) sea una persona tan agradable como yo.

No fui el único que receló de Marty. Ese nombre era un obstáculo para iniciarse en el mundo de la ciencia ficción, aunque al principio él no se dio cuenta. Después de todo, fuimos muchos quienes no tuvimos buenas relaciones con el primer Martin Greenberg.

David Kyle, por ejemplo, fue socio del primer Martin Greenberg en la gestión de Gnome Press, y se sintió estafado. Lo recordaba tan vivamente que, cuando visitó a Marty por primera vez creyendo (como yo) que era el primer Greenberg, su intención era darle un puñetazo en la mandíbula. Y para que su puñetazo fuera más contundente llevaba un tubo de monedas de veinticinco centavos en el puño.

Tengo entendido que Lester del Rey le aconsejó a Marty que cambiara de nombre, pero en mi opinión no era necesario. Le expliqué que le convenía utilizar su segundo nombre, Harry, en sus relaciones con el mundo de la ciencia ficción, y lo hizo. Con el tiempo, todo el asunto se solucionó, ya que Marty se hizo tan famoso que el nombre de Martin Greenberg ya sólo se aplica a él. La primera persona con ese nombre fue olvidada por completo y dudo que nadie que no tenga mi edad patriarcal y mi sólida memoria le recuerde.

Incluso yo, que durante algunos años dirigí mis cartas a Marty como “Querido

Marty, el otro:” con el tiempo abandoné la costumbre y ahora sólo escribo “Querido Marty:”.

Poco después de conocernos por carta, Marty se trasladó a Green Bay (Wisconsin), la ciudad en la que se crió su mujer, Sally. Había logrado una plaza en la Universidad de Wisconsin, donde es profesor de ciencias políticas y, además, enseña ciencia ficción.

Allí está muy bien considerado, es popular entre los estudiantes y ha conseguido el éxito académico. Sin embargo (como en mi caso) fue su ocupación secundaria la que le proporcionó su auténtica fama.

Su tierno amor por la ciencia ficción creció con los años y en la actualidad muy pocos pueden igualar sus conocimientos sobre el tema. (Sabe mucho más que yo, por ejemplo.)

Marty es un individuo alto y, además, ancho. En 1989 (en parte gracias a las críticas amables pero constantes de Janet y mías) inició un tratamiento de adelgazamiento con el que perdió veintisiete kilos, pero, incluso ahora, nadie diría que está delgado.

Es simpático, amistoso, muy trabajador y absolutamente digno de confianza. Le conozco bien y estoy totalmente convencido de que es imposible ser más honesto y leal que él. Buena prueba de ello es que en ocasiones maneja sumas de dinero de las que yo también soy partícipe, y siempre me ha pagado mi parte con absoluta exactitud y puntualidad. Durante algún tiempo, Marty acompañaba cada cheque con las cuentas detalladas, pero yo no soportaba verle perder el tiempo en semejante tontería y finalmente le convencí (con mucho esfuerzo) de que me mandara los cheques tal cual, por decirlo de alguna manera. No necesitaba los apuntes, al menos no los suyos.

La situación también se ha repetido a la inversa. En ocasiones, yo tengo que mandarle dinero. Al principio, Marty me explicaba concienzudamente cómo había que repartirlo y a quién, pero le persuadí de que bastaba con que me hiciera saber la cantidad que debía escribir en el cheque. Nunca, en toda nuestra relación, me he preocupado ni un segundo porque pudiera estar engañándome en un sentido u otro. Sería como dudar de que mañana amanecerá.

Sally, la mujer de Marty y profesora de escuela, tuvo dos hijas de un matrimonio anterior. Marty la quería muchísimo y crió a las niñas como a sus propias hijas. Sally era tranquila y reservada y, como yo, odiaba salir de casa. En consideración hacia ella Martin se trasladó a Green Bay.

Por lo general viajaba solo, porque ella no quería ir y, puesto que yo tampoco viajo, Sally y yo sólo nos vimos en una ocasión. Fue en julio de 1982, cuando Marty y Sally vinieron con nosotros a las Bermudas. Disfrutamos mucho de su compañía.

Sin embargo, Sally murió de cáncer de riñón el 10 de junio de 1984, a la edad de

cuarenta y siete años, y durante un tiempo Marty estuvo deprimido. En esa época, le llamaba por teléfono con frecuencia para asegurarme de que iba tirando e intentar conseguir que estuviera de quince a treinta minutos hablando de trivialidades y así ayudarle a olvidar su tristeza, aunque fuera temporalmente. La costumbre se convirtió en un hábito y al final le llamaba todas las noches y aún lo hago, excepto cuando me es totalmente imposible (lo que no sucede muy a menudo).

Puesto que Marty viaja sin problemas, viene a Nueva York con frecuencia, nos reunimos y salimos a comer.

El 2 de enero de 1985 cumplí sesenta y cinco años y celebré una “fiesta de no jubilación” en la que pedí que nadie trajera regalos sino que me complacieran no fumando. Invitamos a más de cien personas a una comida china de muchos platos (en un buen restaurante, ya que nunca recibo en casa). A propósito, invitamos a gente sobre todo del área metropolitana de Nueva York, pero Marty vino desde Green Bay sólo para la ocasión.

Fue una buena idea que lo hiciera porque había conocido casualmente a una joven llamada Rosalind y aprovechó que estaba en Nueva York para citarse con ella. Todo se desarrolló con gran rapidez. Conocí a Rosalind el 24 de mayo de 1985, cuando cenamos los cuatro. Me gustó, y el 28 de agosto del mismo año se casaron. Me parece que es un segundo matrimonio muy feliz para Marty, y me siento muy dichoso por haber contribuido a unirlos, aunque fuera de manera indirecta.

Rosalind Greenberg es una mujer muy bonita, y tan simpática y amistosa como Marty. También es alta y grande, con cierta tendencia a la obesidad. Es una ferviente amazona y recientemente incluso se ha asociado a otros aficionados a la equitación para comprar un caballo. Contemplo esto con gran preocupación ya que mi gusto por los animales sólo alcanza a los gatos, pero Marty es mucho más permisivo que yo. A lo mejor le divierte tener un caballo como pariente político, por decirlo de alguna manera.

En julio de 1986, Marty y Rosalind vinieron al Instituto Rensselaerville y gustaron tanto a todos que estaba seguro de que se convertirían en asiduos, pero sucedió algo todavía mejor. El 1 de julio de 1987, justo antes de la siguiente estancia en Rensselaerville, Rosalind dio a luz a una niña, a la que llamaron Madeleine, y desde entonces no se han reunido con nosotros en el Instituto.

En esa época Marty tenía cuarenta y seis años y era su primer hijo biológico. No es difícil comprobar, incluso por teléfono, cuánto quiere a su hija. A juzgar por las fotos que reparte, por no hablar de lo que me cuenta de Madeleine por teléfono, está claro que éste es el tipo de niña capaz de tener encandilado a un padre. (Conozco muy bien a las hijas que poseen esa aptitud.)

Pero ahora comentaré mi conexión profesional con Marty. Él es un antólogo. Su conocimiento enciclopédico de la ciencia ficción y de otros géneros le ha permitido

preparar muchas antologías de ciencia ficción, fantasía, horror, misterio, del oeste y otros campos. Desde que me envió la primera carta ha publicado cerca de cuatrocientas antologías y no hay duda de que es, con mucho, el antólogo más prolífico, y también el mejor, que el mundo haya contemplado.

Posee el don de idear antologías “temáticas”, o sea, colecciones de relatos con un denominador común. Además, es capaz de persuadir a directores y editores para realizar estas antologías, y lo que es más importante, cuenta con la organización necesaria para obtener permisos, negociar contratos, ocuparse de todos los pagos y repartirlos entre co-editores y autores.

Así, Marty, habitualmente trabaja con co-editores, que siempre son escritores especializados en el campo de la antología, que dan realce a la portada pero que no tienen el tiempo, la energía o la disponibilidad, o ninguna de las tres cosas, para hacer el poco trabajo requerido.

A mí se me dan muy bien estas cosas, así que Marty y yo hemos coeditado más de un centenar de antologías.

Marty tiene la impresión de que mi nombre le ha abierto las puertas de las oficinas de los editores y de que me debe a mí el que sus ingresos hayan aumentado constantemente año tras año, pero esto es absurdo. También ha coeditado antologías con Robert Silverberg, Frederick Pohl y Bill Pronzini, y cualquiera de ellos le podría haber dado el empujón.

De todas maneras, sólo en sus inicios necesitaba la ayuda de un nombre. En muy poco tiempo se convirtió en una autoridad por sí mismo. Ha sido invitado de honor en varias convenciones, ha ganado numerosos premios y es recibido inmediatamente en los despachos de todos los editores del país.

Le he insistido en que si yo me retirara del negocio de las antologías, él podría seguir adelante sin ninguna dificultad. Por otro lado, si fuera él quien se retirara, yo lo dejaría de inmediato. Sin él, sólo sería capaz de hacer alguna antología muy de vez en cuando. Tampoco podría trabajar con otra persona, porque no existe nadie más en quien pueda confiar como en Marty, por su organización, seriedad, competencia y absoluta honradez.

(En alguna ocasión, Marty ha dicho que me considera su padre adoptivo, sobre todo después de que su padre muriera hace algún tiempo a la edad de ochenta y seis años. No es una idea demasiado grotesca. Marty es veintiún años más joven que yo, y debo admitir que, en cierto modo, me siento como si fuera su padre.)

A veces Marty y yo trabajamos solos, pero por lo general, somos tres. Este tercero, la mayoría de las veces es Charles E. Waugh, profesor de psicología de una universidad de Maine. (Es curioso que los tres co-editores de docenas de antologías de ciencia ficción seamos todos profesores.) Charles es un individuo alto y tímido con el que he estado en muy pocas ocasiones. Es terriblemente educado y no puedo

conseguir que me llame Isaac. Tiene una mujer encantadora que está loca por los ositos de peluche y una hija de concurso de belleza, a la que nunca me han permitido conocer.

Entre nosotros las cosas funcionan del siguiente modo. El conocimiento de la ciencia ficción de Charles es casi tan enciclopédico como el de Marty. Juntos eligen las narraciones para una antología determinada y preparan fotocopias. Me las envían y las leo cuidadosamente puesto que tengo derecho a veto y cualquier historia que no me guste es eliminada de inmediato. No obstante, debo admitir que evito hacer uso de este veto. Una narración puede no gustarme y, sin embargo, estar bien escrita, y debo anteponer la calidad literaria a mis propios gustos.

Entonces, escribo una introducción más o menos detallada para la antología y, muy a menudo, encabezamientos para cada relato. Marty se ocupa de los detalles legales y financieros, como ya he dicho.

Nos repartimos el porcentaje del editor en dos mitades iguales si Marty y yo trabajamos juntos y en tercios iguales si Charles también participa. Yo lo considero una estupenda división del trabajo.

Aunque las antologías no requieren tanto tiempo como un libro normal de los que escribo, necesitan más dedicación que muchos de mis libros cortos para jóvenes. Así que las añado a mi lista de obras, pero también soy honesto en este aspecto. Cuando hace falta, digo: “He publicado cuatrocientos cincuenta y un libros de los que ciento dieciséis son antologías de relatos de otros escritores.”

No obstante, debo subrayar otro aspecto. Parece que algunas personas creen que mi única función en estas antologías es la de dejar que se utilice mi nombre y cobrar. No es cierto. Si una antología aparece en mi lista, quiere decir que he participado activamente en ella.

Hay libros en cuya portada aparece mi nombre en los que no he trabajado, no he elegido los relatos, ni he realizado funciones editoriales. Éstos no aparecen en mi lista de libros. Si he escrito la introducción de un libro pero no he hecho ningún trabajo editorial, no lo añado a la lista. Todos los libros citados son obras en las que he trabajado como escritor, editor o ambas cosas.

Pero ¿por qué participo en todas estas antologías? ¿Para qué sirven todas estas colecciones interminables de viejas narraciones?

Recuerde que muchos relatos cortos de ciencia ficción (incluso los muy buenos) se pierden en el olvido, los números de las revistas en las que aparecen terminan en algún vertedero y las colecciones en las que pueden haber aparecido en forma de libro a menudo están agotadas y no disponibles. Las antologías recuperan estas viejas narraciones para un público que nunca las ha leído, así como para algunos que las leyeron hace una o más décadas y que ahora quisieran tener la oportunidad de volver a leerlas. Además, los escritores cuya mejor época ya pasó, tienen la oportunidad de

presentar de nuevo ante los lectores sus primeros relatos, algo que reanimará su fama y les permitirá ganar algo de dinero extra.

Estoy dispuesto a prestar mi nombre y a trabajar por cosas de este tenor. Me siento muy afortunado por ser uno de los pocos autores cuyos libros continúan vendiéndose y cuyos relatos, por muy antiguos que sean, continúan reimprimiéndose. Para mí es un placer, e incluso una obligación, hacer lo que pueda para ayudar a otros escritores no tan bien situados como yo.

Y es Marty quien me permite hacerlo, y quien trabaja en cientos de antologías en las que yo no intervengo. Por muy apreciado que sea por editores, autores y lectores, no puedo dejar de pensar que no se le reconoce lo suficiente.

132. *Isaac Asimov's Sciencie Fiction Magazine*

A principios de 1976 llevaba cuatro años escribiendo relatos de los viudos negros para *EQMM*.

El editor de la revista es Joel Davis, un tipo no muy alto, pero delgado y bastante guapo, algo que no ha cambiado aunque su pelo se haya vuelto gris con el tiempo. Siempre me ha parecido una persona muy correcta que se sorprendía por mis repentinas salidas de tono pero que, en cierto modo, se ha acostumbrado a ellas.

Uno de los ejecutivos de Davis Publications asistió a una convención de *Star Trek* en atención a sus hijos y le sorprendió el gran número y el enorme entusiasmo de los asistentes. Así que pensó que una revista de ciencia ficción podría hacer ganar mucho dinero a Davis Publications.

En esto, no tenía toda la razón. No se dio cuenta de que la gran mayoría de los *trekkies* estaban interesados en la ciencia ficción visual y no en la escrita. No obstante, los resultados no fueron catastróficos así que no necesitamos preocuparnos por eso.

El ejecutivo vendió su idea a Joel y éste la considero. Tenía dos revistas de ficción, ambas de misterio: *Ellery Queen's Mistery Magazine* y *Alfred Hithcock's Mistery Magazine*. Si lanzaba una revista de ciencia ficción quería un nombre para su cabecera que preservara esta simetría, y deseaba, por supuesto, que fuera un nombre famoso en ese campo.

Era inevitable que Joel pensaba en mí, el único escritor de ciencia ficción que llamó su atención puesto que yo flirteaba ruidosa y escandalosamente con Eleanor Sullivan, la atractiva directora editorial de *EQMM*, siempre que visitaba la revista.

Así que el 26 de febrero de 1976, Joel me llamó a su oficina y me dijo que pensaba crear una nueva revista que se llamaría *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine* (I*ASF*M).

Puse varias objeciones, que cito a continuación:

1. No tenía talento, ni tiempo, ni ganas de dirigir y sencillamente no me iba a encargar de la dirección de una revista.

2. Amigos míos dirigían revistas, en particular Ben Bova, que era el director de *Analog* y Edward Ferman, que lo era de *F&SF*. ¿Cómo iba a competir con mis amigos?

3. Tenía una columna mensual de ciencia en *F&SF*, que de ninguna manera podía abandonar, ni siquiera por la oportunidad de hacer una columna similar en *IASFM*. No expliqué esto con demasiado detalle porque me había dado cuenta de que hablar de la importancia de la lealtad provoca cierta incredulidad o diversión en mis interlocutores.

4. Los autores se negarían a escribir para una revista que llevara el nombre de un

compañero. Si lo hicieran, se sentirían infravalorados.

Con paciencia, Joel deshizo todas mis objeciones. No tendría que dirigir. Elegiríamos a un director que haría el trabajo real y yo me limitaría a escribir el editorial de cada número y a llevar la sección de cartas al director. De esta manera daría un toque Asimov a la revista, que era todo lo que él quería.

Aceptaba que yo siguiera con mi columna científica en *F&SF*, puesto que era de no ficción, si yo aceptaba presentar primero en I*ASF*M todos mis relatos de ciencia ficción.

Afirmó que puesto que los escritores de relatos de misterio estaban dispuesto a escribir para Ellery Queen y Alfred Hitchcock, los de ciencia ficción no se negarían a hacerlo para Isaac Asimov.

Con esto quedaban sólo los sentimientos de Ben Bova y Ed Ferman y les consulté a cada uno por separado. Ambos dijeron lo mismo. Otra revista más reforzaría el género suministrando otro mercado importante para los escritores. Puesto que esto fomentaría la literatura de ciencia ficción, el número de contribuciones importantes a las tres revistas aumentaría.

A pesar de todo, yo dudaba, y Joel necesitó grandes dosis de persuasión para hacerme firmar el correspondiente contrato. El primer número de la revista, con fecha de primavera de 1977, apareció en los quioscos a mediados de diciembre de 1976.

Menciono esto porque en 1986 el escritor británico Brian Aldiss escribió una historia de la ciencia ficción en la que criticaba mi obra. No me importó. Es muy dueño de satisfacerse a sí mismo de esta manera si eso le hace sentirse mejor.

Sin embargo, también afirmaba de forma insultante que yo había logrado engatusar a alguien para lanzar una revista con mi nombre. No puedo citar sus palabras exactas puesto que me deshice del libro después de leer esto. No obstante, le escribí a él y a su editor, profundamente indignado, ya que quien me había engatusado era Joel y no yo a él. El 5 de enero de 1987 recibí su carta de disculpa. Era todo lo que yo quería, y a partir de entonces me olvidé del asunto.

La revista apareció cuando ya hacía mucho tiempo que no se había lanzado una nueva publicación. Los éxitos anteriores más recientes habían sido *Galaxy*, que apareció en 1950, e *If*, que salió a la calle en 1952, y que con el tiempo se convirtió en una revista hermana de la anterior. No obstante, *If* había dejado de publicarse hacía unos pocos años, y *Galaxy* iba camino a su desaparición. *Amazing* no era más que una leve sombra de lo que fue y también estaba a punto de morir. Aparecieron muchas otras revistas que aguantaron durante un tiempo breve y después dejaron de publicarse. En 1976, sólo quedaban dos grandes revistas, las dos a las que había consultado antes de empezar la mía: *Analog* y *S&SF*.

Además, todo el sector en general estaba en declive, en parte debido al ascenso de la televisión, que retiró a los lectores menos convencidos como público de las

revistas, y también porque la llegada de cientos de novelas en rústica, colecciones y antologías suponía una mayor competencia.

Por tanto, había muy pocas razones para pensar que *IASFM* fuera a tener éxito y, puesto que no soy un farsante, lo decía en el editorial que escribí para el primer número. (Yo podía decir algo así, por supuesto, pero no los demás. El editor de una revista de aficionados predijo que *IASFM* no duraría más de seis números, con lo cual le dije rápidamente a Joel que hiciera todo lo posible, incluso si estaba perdiendo dinero, para publicar siete.)

No hubo ningún problema. La revista está en el decimocuarto año de su publicación y el último número que tengo por el momento es el ciento cincuenta y ocho. Empezó como revista trimestral durante su primer año, pasó a ser bimestral el segundo y mensual en el tercero. En la actualidad se publica cada cuatro semanas, por tanto hay trece números al año.

Y yo he cumplido con mi parte. He escrito un editorial de mil quinientas palabras en cada número y he leído todas las cartas al director, he elegido cuáles publicar y he escrito una respuesta para cada una de ellas. Aparezco en las oficinas todos los martes por la mañana para recoger las cartas, entregar los editoriales (junto con los relatos que escribo para la revista tan a menudo como puedo) y discutir los problemas, si es que hay alguno.

Joel estaba tan satisfecho con la ciencia ficción que compró *Analog* el 20 de febrero de 1980 y fue tan inteligente que mantuvo a su excelente director, Stanley Schmidt. Creo que compraría también *F&SF* si estuviese a la venta. Joel mantuvo su palabra, dicho sea de paso. Durante los más de trece años de existencia de la revista, he seguido escribiendo mi artículo para *F&SF*. La situación ha ayudado, lo creo firmemente, a *F&SF* sin dañar a *IASFM*.

Por lo que a los editoriales se refiere, no he fallado en un solo número y nunca he temido quedarme sin nada que decir. Los lectores preguntan si los directores quieren de verdad escribir el editorial alguna vez, pero no quieren. Es una tarea que no quieren emprender, y más les vale, porque (si le digo la verdad) no les dejaría hacerlo. Los editoriales son míos y además me encanta escribirlos.

En ellos a veces hablo sobre alguna etapa de la obra literaria, a veces sobre ciencia ficción. A menudo son muy personales, hasta el punto de que algunos de mis lectores empiezan a quejarse de mi ego.

De vez en cuando, tomo partido en algún tema controvertido. John Campbell solía hacerlo continuamente, para mi desesperación, ya que era un conservador recalcitrante y a mí me desagradaban sus enfoques partidistas. Yo soy un liberal convencido y mi parcialidad no me molesta en absoluto. No obstante, molesta a algunos lectores, pero creo que un poco de controversia es bueno, incluso esencial, en una sociedad plural como la nuestra, y no dudo en hacer que se publiquen cartas que

están en franco desacuerdo conmigo o que incluso contienen algunas observaciones nada halagadoras sobre mí.

Conseguí la mayor reacción cuando confesé que aborrecía el rock-and-roll. Los amantes de este ruido vil se vengaron de mí con creces. Por otro lado, en cierta ocasión, hice el inocente comentario de que los caballos olían (que huelen) y recibí cartas de indignados amantes de los caballos.

No quiero dar la impresión de que soy responsable del éxito de la revista, aunque espero haber contribuido a él de algún modo. El mérito corresponde a los directores.

El primero de ellos y su fundador fue George Scithers, un importante seguidor de la ciencia ficción y un editor aficionado, que había dirigido la Convención de Washington en 1963, en la que recibí mi primer Hugo. Convirtió la revista en una entidad viable desde el principio, haciendo destacar a nuevos escritores tan buenos como John Varley, Barry Longyear y Somtom Sucharitkul. También potenció mucho los relatos muy cortos humorísticos y se alejó de lo oscuro y sensacionalista. El 4 de septiembre de 1978, cuando sólo habían aparecido cuatro números de la revista, George ganó el Hugo al mejor director del año.

Por desgracia, nunca se entendió bien con Joel en algunos aspectos. Entre ellos no había química. Después de cuatro años, George decidió que la revista estaba en marcha y que ya no le necesitaba. A Joel le sustituyó Kathleen Moloney, relativamente desconocida en este campo, que permaneció sólo un año en el puesto hasta que encontró un trabajo que le gustaba más. A ella le sucedió Shawna McCarthy, que había sido directora ejecutiva con los dos primeros. Shawna me defraudó justo cuando me estaba animando sólo con pensar que tendría a una joven irlandesa con la que flirtear; me dijo que, a pesar de su nombre y de su aspecto, era judía. Dio a la revista una nueva orientación, enfatizando los aspectos experimentales y más modernos.

Con esto, la revista se convirtió en un gran éxito entre los aficionados que la habían criticado con anterioridad por ser poco profunda.

Después de que Shawna la abandonara para entrar en el campo de la edición de libros, fue sustituida, el 17 de mayo de 1985, por el escritor de ciencia ficción Gardner Dozois, que sigue siendo su director y continuó con la línea anterior. *IASFM* está considerada la revista más vanguardista del sector. Tanto Shawna como Gardner han ganado el Hugo y los relatos que aparecen en la revista reciben más nominaciones para los Hugo y los Nebula que los de ninguna otra publicación.

También debería mencionar que el funcionamiento cotidiano de la revista ha estado en manos de la directora ejecutiva, Sheila Williams, una joven muy dulce que está totalmente de acuerdo conmigo en todo lo relacionado con la revista.

No digo que la revista refleje con exactitud mi gusto por los relatos, pero es mejor que no lo haga. Mi gusto está profundamente arraigado en los años cincuenta, y lo

reconozco. Por tanto, jamás he tratado de interferir en las decisiones editoriales o de expresar mi opinión sobre cualquier cuestión, a no ser que me la pidan.

Una vez, por ejemplo, en el otoño de 1988, *IASFM* utilizó una ilustración en la portada, bastante inocentemente, que se asemejaba demasiado a una que había aparecido antes en *F&SF*, dibujada por un artista diferente. Ed Ferman pidió que se pagara una suma importante de dinero al primer artista, pero Davis Publications no quería dar la impresión de admitir que había hecho algo malo. Así que me preguntaron:

—¿Qué hacemos?

—Muy fácil —les dije, y envié al primer artista un cheque extendido por un particular, y todo terminó de manera satisfactoria.

Los relatos que escribo para la revista son, por supuesto, del tipo de los de los años cincuenta, pero su publicación se justifica porque gustan a un número suficiente de lectores. Además, a mí también me gustan, y eso es lo que importa por lo que a mí concierne[19].

133. Autobiografía

Durante los años setenta, en Doubleday cada vez se mostraban más impacientes conmigo. Querían que volviera a escribir novelas de ciencia ficción y, a medida que los años pasaban, insistían cada vez más. El problema era que me asustaba escribir novelas y, cuantos más años pasaban, más crecían mis temores.

Sabía cómo había cambiado este género. Los nuevos escritores se habían vuelto más literarios y, a pesar de las afirmaciones de Evelyn del Rey de que yo “era” el género, no me atrevía a competir. El éxito de *Los propios dioses*, en cierto modo, tampoco ayudó.

Así que seguí buscando maneras de distraer la atención de Doubleday. El 3 de febrero de 1977, Cathleen Jordan, me presionó un poco más, me estremecí, pensé rápidamente y sugerí escribir una autobiografía. En cuanto mencioné la posibilidad me enardecí. Mi entusiasmo repentino fue tal que Cathleen pensó que no podría disuadirme y me dejó que siguiera adelante.

(Cathleen, una persona encantadora, había trabajado para Larry Ashmead y le sucedió como mi realizador cuando éste se fue. Al final ella también dejó Doubleday y empezó a buscar otro trabajo. Por aquel entonces, me enteré por casualidad de que Davis Publications estaba buscando un nuevo director para *Alfred Hitchcock’s Mistery Magazine* y mencioné el nombre de Cathleen. Se incorporó al trabajo el 1 de agosto de 1981 y desde entonces trabaja allí y está muy contenta. Incluso le he vendido un par de relatos; los editores no se libran de mí sólo por cambiar de empresa.)

Escribir mi biografía no era un idea del todo nueva para mí. Recuerdo que cuando cumplí los veintinueve sentí que mi juventud había terminado y que podía dedicarme con toda legitimidad a escribir una autobiografía. Pero, al pensarlo fríamente, me di cuenta de que no me había ocurrido casi nada interesante, tenía poco que contar sobre mi vida y además ningún editor la publicaría.

A medida que transcurrían los años y me hacía mayor, llegó el momento en el que supe que si escribía la autobiografía podría publicarla, pero me seguía pareciendo que no me había sucedido nada. Mi vida ha sido bastante tranquila (nunca me he quejado de ello) y he estado involucrado en muy pocas cosas aparte de mi obra literaria, así que no tenía nada sobre lo que escribir.

Pero algún realizador, de vez en cuando, se presentaba con la idea.

Larry Ashmead, por ejemplo, me preguntó en cierta ocasión si había considerado esta idea, pero me limité a reír y le dije que nunca me había sucedido nada que pudiera interesarle a alguien. Larry era tan parcial a mi favor que yo no le tomaba en serio y dudaba de que sus superiores en Doubleday le apoyaran en este proyecto en concreto.

Algún tiempo después, Paul Nadan, de Crown Publishers, intentaba que hiciera un libro para ellos y fuimos juntos a almorzar para discutir el tema. Me habría gustado hacer un libro para Crown y, en particular para Paul, que era un individuo muy agradable y amistoso, pero mi programa estaba lleno y detestaba aceptar algo que luego no pudiera hacer. Por tanto, intenté disuadirle contándole anécdotas divertidas que me habían sucedido.

De repente preguntó:

—¿Por qué no escribes una autobiografía, Isaac?

—Porque nunca me ha pasado nada interesante —le respondí.

—Pero —añadió— todo lo que me estás contando es interesante y resultaría perfecto para una autobiografía. Vamos, te haré un contrato para que hagas una.

Me tentó, pero resistí. Temía ponerme en ridículo y que resultara que Crown, al hacer la revisión, se negara a publicar la autobiografía, o que si la publicaba la gente se negara a leerla, o que si la leía, la censurara clamorosamente. Pero cuando Cathleen me presionó para que escribiera otra novela de ciencia ficción, recordé lo que había dicho Nadan y sugerí la autobiografía. Estaba seguro de que no funcionaría, pero mi entusiasmo por el tema creció, no porque quisiera hacerla, sino porque alejaría de mí cualquier posibilidad de escribir una novela por lo menos durante un año, quizá dos. Hubiera hecho cualquier cosa con tal de evitar escribir una novela.

Así que me puse a trabajar. Había dos cosas a mi favor: tengo una extraordinaria memoria y recuerdo las cosas con todo detalle. Esto no siempre es bueno. Samuel Vaughan, que por aquel entonces ocupaba un alto cargo en Doubleday, me dijo que el arte de la autobiografía consistía en saber qué eliminar, pero le hablaba a una pared y probablemente lo sabía. Yo no pensaba eliminar nada que pudiera servir, salvo detalles que pudieran herir sin necesidad a otras personas.

Incluso si mi memoria fallaba, tenía un as en la manga. El 1 de enero de 1938, un día antes de mi decimoctavo cumpleaños, empecé un diario y lo seguí escribiendo desde entonces. (Muchos jóvenes empiezan diarios, pero muchos, creo yo, lo dejan al cabo de unas semanas.) Claro que mi diario, después del primer año, era cada vez más abreviado y se reducía a una escueta enumeración de mis trabajos literarios del momento. Algunas personas utilizan su diario para plasmar sus sentimientos y sus pensamientos, pero yo nunca lo hice. No era más que un libro de consulta y tan aburrido que ni siquiera yo lo podía leer con interés. Lo utilicé sólo para comprobar fechas y acontecimientos. La ventaja es que no tengo que guardarlo bajo llave. Cualquiera que lo desee puede leerlo y desafío a quienquiera que lo haga a que aguante más de cinco páginas sin que le empiece a doler la cabeza.

La autobiografía era cada vez más extensa, y debo admitir que incluso yo empecé a dudar cuando ya había escrito cincuenta mil palabras y apenas había alcanzado el

punto en el que empezaba mi diario. Si podía escribir tanto sólo de memoria, ¿cuánto escribiría con la ayuda del diario?

Además, abordar mi autobiografía y escribirla me confirmó que tenía razón respecto a que mi vida carecía de los elementos de un gran drama. Como puede comprobar al leer este repaso retrospectivo de mi existencia, las grandes emociones consisten en cosas como no conseguir entrar en la Facultad de Medicina o pelearme con las autoridades de la Universidad de Boston. Con este material no se puede crear un gran interés, que digamos.

Sin embargo, puesto que enseguida me di cuenta de esto, me concentré en otras cosas y traté de seguir la sugerencia de Paul Nadan. Escribí de forma alegre sobre asuntos cotidianos. Utilicé mi capacidad literaria para enmascarar la escasa importancia de los acontecimientos.

Una vez, un lector me dijo entusiasmado, después de que se publicara la autobiografía, que la había leído con mucho interés y que no pudo dejar de pasar páginas y seguir leyendo hasta el final riéndose todo el tiempo.

Le pregunté con curiosidad:

—¿Se dio cuenta de que no pasaba nada?

—Lo noté —me dijo—. Pero no me importó.

(Recibo la misma respuesta cuando pregunto a los lectores si se han dado cuenta de que en mis novelas nunca hay tiros ni explosiones. Bueno, si a ellos no les preocupa, a mí, desde luego, tampoco.)

Otra cosa que hice para otorgarle originalidad a mi biografía fue convertirla en algo estrictamente cronológico. Podía hacerlo gracias a mi diario.

En otras palabras, describiría la historia de mi vida exactamente igual a cómo la había vivido, con diferentes entramados y sin pistas que permitieran saber de antemano lo que iba a suceder con posterioridad. Pensé que esto le daría cierto realismo al relato y era algo que (que yo supiera) no había intentado nunca ningún otro autobiógrafo, al menos no con la misma intensidad que yo.

Además de presentarlo todo de manera cronológica, intenté hacerlo lo más objetivo (y divertido) posible y evité el exceso de subjetividad. Hablaba de los acontecimientos que me afectaban desde el exterior, pero comparativamente, prestaba poca atención a los pensamientos y respuestas que bullían en mi interior.

Cuando terminé el libro y llegué con la historia de mi vida hasta finales de 1977 (que fue cuando terminé el libro), había escrito seiscientas cuarenta mil palabras, nueve veces la extensión de mi novela *Bóvedas de acero*.

Me preocupaba la reacción de Cathleen cuando lo viera. Temía su respuesta: “Tendremos que reducirlo a la mitad, Isaac”, y estaba preparado para contestar: “No, no puedo permitirlo.”

Hubiera apostado a que volvería a casa con mi manuscrito y que después tendría

que intentar vendérselo a Crown o a Houghton Mifflin. Al mirar las cajas del manuscrito, pensé entristecido que nunca se lo vendería a nadie.

No obstante, fui a Doubleday exteriorizando mis mejores ánimos y dije:

—Cathleen, aquí está, toda entera.

(No le había anticipado su extensión y puesto que sólo tardé nueve meses, no había motivo para pensar que sería más larga que una novela.)

Miró a las cajas con horror y llamó a Sam Vaughn, quien se ganó mi gratitud eterna cuando dijo:

—Entonces, publícala en dos volúmenes.

Y así se hizo. El primero se publicó en 1979 y el segundo en 1980.

Hubo alguna discusión sobre el título. Yo quería llamarla *As I Remember* (Como yo lo recuerdo), que era bastante descriptivo, pero en Doubleday querían algo más dramático, que sonara más como el título de una novela. Estaba perplejo y pregunté:

—¿Como qué?

Alguien (probablemente Sam) respondió:

—Busca un poema desconocido y utiliza un verso como título.

Así que propuse la siguiente estrofa desconocida:

In memory yet green, in joy still felt,
The scenes of life rise sharply into view.
We triumph; Life's disasters are undealt,
And while all else is old, the world is new.

[Con la memoria todavía fresca, cuando todavía sentimos alegría, / Las escenas de la vida surgen ante nosotros con claridad. / Triunfamos; los desastres de la vida no han concluido, / Y aunque todo lo demás es viejo, el mundo es nuevo.]

Tenía una vaga idea de lo que significaba, y me pareció adecuado. Así que llamé al primer volumen de mi biografía *In Memory Yet Green* y al segundo *In Joy Still Felt*.

Me gustaría seguir con este pequeño plagio y llamar a esta retrospectiva (que se podría considerar el tercer volumen de mi autobiografía) *The Scenes of Life*, pero no sé si la idea sobrevivirá a la intervención de la editorial. No puedo decirlo.

Cuando se iba a publicar el primer volumen, recibí una queja de Doubleday. No habían podido localizar el original de los versos que había utilizado y necesitaban saber quién era el autor. Les dije la verdad, como casi siempre:

—Los he escrito yo.

Por consiguiente, en ambos volúmenes atribuyeron el verso a ese poeta tan prolífico: "Anónimo".

Tras la aparición del primer volumen, bastantes lectores se interesaron por la fecha de publicación del segundo, y en cuanto éste apareció empezaron a preguntarme por el tercero. Siempre respondí lo mismo: "Primero tengo que vivir el tercer volumen."

Mi intención era escribirlo en el año 2000 (una cifra muy redonda) para celebrar mi octogésimo cumpleaños. Pero las circunstancias, de las que hablaré después, decidieron que lo hiciera para celebrar mi septuagésimo cumpleaños.

In Memory Yet Green, dicho sea de paso, fue mi libro número doscientos. No obstante, escribí *Opus 200* para Houghton Mifflin y ése fue mi libro doscientos. Doubleday no estaba dispuesta a ceder a Houghton Mifflin la gloria de esta marca, así que les dije (siempre encuentro una solución sencilla) que no había ninguna razón para que no pudieran ser considerados ambos como el doscientos y que el siguiente sería el doscientos dos.

Ambas editoriales estuvieron de acuerdo e incluso pusieron un anuncio conjunto en el *New York Times Book Review* anunciando ambos libros. Puede que haya sido la única vez que dos editoriales hayan unido su talento en un solo anuncio.

134. Ataque cardíaco

Como ya he dicho antes en este libro, mi padre sufrió una angina de pecho a los cuarenta y dos años. Uno se vuelve supersticioso al pensar que la vida de nuestro padre tal vez se repita en nosotros, al menos por lo que respecta a padecimientos físicos. Por tanto, mi preocupación iba en aumento a medida que me acercaba a esa edad.

No obstante, llegó y se fue, y pasé los dos siguientes años sin ningún dolor en el pecho. Sin embargo, en 1944 emprendí un programa de reducción de peso que, a medida que pasaban las décadas, me permitió reducir mi peso en veintisiete kilos.

Celebré mi quincuagésimo séptimo cumpleaños sin problemas, pero el 7 de mayo de 1977, cuando estaba haciendo recados en el vecindario, sentí un dolor agudo en el pecho y que me faltaba el aire. Dejé de andar y los síntomas desaparecieron. Empecé a caminar y aparecieron de nuevo.

Sentí un escalofrío porque sabía lo que era. Me había librado del mal de mi padre durante quince años, pero entonces, a los cincuenta y siete, por fin me estaba atacando. Sufría una angina de pecho. Una vida en la que había comido demasiado y de manera imprudente había llegado a atascar mis arterias coronarias hasta el punto de que el músculo de mi corazón recibía un escaso suministro de oxígeno.

No sabía muy bien qué hacer. Debería haber consultado a Paul Esserman de inmediato, pero yo tenía un programa de conferencias muy apretado y no quise interrumpirlo. Después de todo, si mi padre había vivido treinta años más con la angina yo también podría; y cincuenta y siete más treinta eran ochenta y siete, que es una vida bastante larga. Decidí esperar un poco hasta terminar mi avalancha de conferencias y, mientras tanto, me propuse controlar mi manera de andar para que Janet no se diera cuenta.

Seguí con mis charlas y el 16 mayo fuimos en coche a la Universidad de Haverford, en las afueras de Filadelfia, donde iba a pronunciar el discurso de graduación al día siguiente. (Ésta fue la ocasión en la que me pidieron que hablara durante quince minutos y un estudiante que llevaba un cronómetro descubrió que lo hice durante catorce minutos y treinta y dos segundos, aunque nunca miré mi reloj.)

Después del discurso, fuimos en coche hasta Filadelfia, donde tenía programadas dos charlas más, y a la una y media de la madrugada del 18 de mayo de 1977, de repente me incorporé en la cama sacudido por un ataque agudo de lo que parecía una enorme indigestión. Era un dolor tan intenso como el de la piedra en el riñón, pero en el lugar equivocado. Me dolía el abdomen superior.

Incapaz de estar tumbado, sentado o de pie (como en el caso de un cólico néfrico), le dije a Janet con voz entrecortada que no quería lloros ni lamentos si moría, que debía vivir alegremente y que mi testamento se ocupaba de ella y de mis

hijos para el resto de sus vidas.

Me dio un antiespasmódico y a las tres de la mañana el dolor empezó a remitir, igual que ocurría después de un ataque de riñón. Cuando desapareció, me metí en la cama con una sensación de alivio increíble.

—¿Cómo te encuentras, Isaac? —me preguntó Janet temerosa.

Al día siguiente me sentía bastante mal, pero no hice caso a Janet, que quería que fuera al médico. El espectáculo debía continuar, así que di mis dos conferencias. (Dio la casualidad de que una de ellas era a un grupo de cardiólogos y ninguno de ellos adivinó por mi expresión y porte lo que me había sucedido dos noches antes.)

La noche del 18, mientras todavía estábamos en Filadelfia, Janet llamó a Paul Esserman y le describió lo que había ocurrido. Paul estaba impresionado por mi insistencia de que el dolor abdominal era muy parecido al de un ataque de riñón, y especuló con la posibilidad de que podía haber sufrido un ataque de cálculo biliar porque el dolor desapareció después de tomar el antiespasmódico. (No le dije nada ni a él ni a Janet sobre mi angina de pecho.) Paul insistió en que le fuera a ver en cuanto volviera.

Una vez en Nueva York, el día 20, Janet quería que Paul me visitase de inmediato, pero yo sospechaba que habría problemas y me negué. Tenía un almuerzo de trabajo con Sam Vaughn y Ken McCornick de Doubleday el 25 de mayo y no quería faltar porque les iba a insinuar que mi autobiografía podía ser muy larga y quería que se fueran haciendo a la idea.

Del almuerzo fui andando a la consulta de Paul, que está a un kilómetro de distancia, y subí a pie las escaleras, sólo para ver si podía. Paul me hizo un electrocardiograma y la expresión de su cara en el momento en que la aguja empezó a moverse me dijo todo lo que quería saber (o no quería saber, en realidad). No era un ataque de cálculo biliar, sino un ataque cardíaco.

—¿Cómo de malo? —pregunté.

—No mucho, puesto que sigues vivo después de haber subido las escaleras andando —me respondió Paul—. ¿Por qué lo has hecho? ¿Sabes cómo me habría sentido si llegas a sufrir un paro cardíaco al entrar en mi consulta?

—Mejor de lo que me habría sentido yo —le dije—. Pero puesto que no estoy demasiado mal, seguiré con mis asuntos.

—No, Isaac. Vas a ingresar en el hospital ahora mismo.

—No puedo —repuse—. Tengo que dar el discurso de graduación en Johns Hopkins pasado mañana.

—No, no puedes.

—¿Por qué no? Si he vivido una semana, puedo vivir dos días más.

—¿Y si mueres en el estrado mientras das la charla?

—Sería una muerte muy profesional —le dije convencido.

Esto enfureció a Paul. Los médicos se creen que son los únicos que tienen obligaciones profesionales. Corrió a la calle, paró un taxi y (con la ayuda de la traidora de mi mujer) me subieron a un taxi. Al cabo de media hora estaba en cuidados intensivos.

Justo antes de que se consumaran los hechos, llamé a Cathleen Jordan para darle la noticia y asegurarle que intentaría mantenerme vivo a pesar de todo lo malo que hicieran los médicos. Después Janet llamó a la Universidad Johns Hopkins para explicarles por qué les tendría que dejar plantados y también canceló algunos otros compromisos.

Era la primera vez en mi vida que anulaba varias charlas y cancelar la de Johns Hopkins me resultó muy embarazoso. Después les escribí una carta de disculpa en la que les prometí que pronunciaría una charla gratis. En 1989, la universidad reclamó mi deuda y, aunque habían pasado doce años, acudí. Fui a Baltimore y di una conferencia sin cobrar.

En 1977 Ben Bova se puso en marcha y me sustituyó en algunas de mis charlas, e hizo un gran trabajo. Pero luego, el muy tunante, tuvo el valor de pedir a los organizadores de cada uno de los eventos que me enviaran a mí los cheques. Por fortuna, me llamaron al hospital para comprobar si realmente debían hacerlo, y me encolericé. Ben tuvo que quedarse los cheques, se los merecía.

Aunque no había estado en el hospital con anterioridad, era evidente que no necesitaba cuidados intensivos. Lo que me hacía falta era el descanso y recuperación, y Paul Esserman insistió en que me quedara dieciséis días. Después de tres horas estaba terriblemente aburrido y lo manifesté ostensiblemente.

Paul consultó a Janet, quien le dijo que yo estaba trabajando en el primer borrador de mi autobiografía y que me quedaría en el hospital si me permitían corregir el manuscrito. Pero sólo existía una copia y Janet temía perderla o que sucediera algo de camino al hospital.

Así que cargó con él hasta Doubleday, donde lo fotocopiaron y archivaron, y después me lo llevó al hospital. Un día tras otro trabajé en él, y la sensación de que no estaba perdiendo el tiempo fue maravillosa.

Ben Bova me visitó y, al ver el manuscrito extendido por toda la cama, quiso saber qué estaba haciendo. Se lo expliqué.

—En esta autobiografía —le dije— incluyo todas las estupideces que recuerdo haber dicho o hecho.

—¡Ah! —dijo hojeando las páginas—. No me extraña que sea tan larga.

Trabajar en mi autobiografía me mantenía tan contento que los médicos residentes que me visitaban todas las mañanas se quedaban asombrados. El departamento de cardiología habitualmente estaba ocupado por gente deprimida (tener un ataque al corazón no es ninguna causa de regocijo), así que mis risas y mis

bromas se convirtieron en tema de conversación y asombro durante sus desayunos.

Sólo un día, el primer domingo en el hospital, me derrumbé. Estaba con Janet y me sentí muy deprimido. Empecé a creer que Paul me obligaría a reducir mis actividades en un cincuenta por ciento, así que durante el resto de mi vida sólo podría trabajar a tiempo parcial. Esto significaría, predije enfadado, que mis ingresos de 1977 representarían el máximo y que a partir de ese momento disminuirían paulatinamente, así que mis planes para mantener a mi mujer y a mis hijos después de mi muerte se vendrían abajo.

Esto ya era bastante, pero además me molestaba otra cosa. Cuando ingresé en el hospital, Paul me preguntó si quería mantener en secreto mi dolencia.

—¿En secreto? —pregunté—. ¿Por qué?

—Hay personas que piensan que si se sabe que han sufrido un ataque al corazón, serán discriminados y no conseguirán nuevos trabajos o tareas para realizar.

—Tonterías —le dije riéndome—. Díselo a quien quieras. Seguro que escribo algún artículo sobre esto. (Y lo hice.)

Pero aquel domingo, de repente me pareció que Paul estaba en lo cierto y que los editores me esquivarían; pensarían que era inútil encargarme algo si era probable que me cayera muerto en cualquier momento.

Janet me consoló lo mejor que pudo y mis temores fueron pasajeros. Desaparecieron antes de que terminara el día y nunca volvieron. Tampoco eran justificados.

Mis trabajos literarios han continuado a toda marcha después de mi ataque cardíaco. Y respecto a que 1977 representará el máximo en mis ingresos, no ha habido un año desde entonces que no haya sido mucho mejor que ése.

¿Y dejaron los editores de pedirme material?

En absoluto. Mientras yacía en la cama del hospital, recibí una llamada de Merill Panitt, editor jefe de *TV Guide*, para quien ya había trabajado. Me preguntó qué tal estaba y le respondí que iba bien.

Entonces me preguntó:

—Estupendo. Escucha, mientras estás en la cama del hospital sin nada que hacer, ¿te importaría ver la televisión durante el día y escribir algo sobre el tema?

Eso fue exactamente lo que hice. Entonces supe que si me encargaban trabajos mientras estaba en el hospital, no tendría problemas para conseguirlos cuando estuviera fuera.

Por supuesto, Paul insistió en reducir mi actividad en un aspecto.

—Isaac —advirtió—, quiero decirte dos cosas. Primero, debes dar menos conferencias. Te exigen mucho esfuerzo. Puedes incrementar los honorarios para que tus ingresos no se resientan, y no dejes que tus amigos te comprometan a dar charlas gratis. ¿Lo entiendes?

—Sí —le respondí—. ¿Y cuál es la segunda?

—Mi grupo, la Asociación de Alumnos de la Facultad de Medicina de la Universidad de Nueva York quieren que les des una charla. ¿Podrías?

Estallé en carcajadas. Era gratis, por supuesto, pero acepté de inmediato, por dos razones. Primera, porque Janet también era alumna y segunda, porque Paul pareció no darse cuenta de que ambas advertencias se excluían mutuamente.

Di la conferencia el 12 de mayo de 1979, y conté esta anécdota, imitando la voz característica de Paul, lo que provocó grandes carcajadas. Además todos los alumnos llevaban insignias que indicaban el mes y el año de su graduación. Paul se había graduado durante la Segunda Guerra Mundial en un curso acelerado que él terminó en marzo; algo realmente extraordinario. Le pregunté por qué era el único que tenía una M en su insignia y me lo explicó.

Pero es mejor que reproduzca exactamente cómo les relaté nuestro diálogo a los asistentes a la conferencia. Dije lo siguiente:

—Le pregunté a Paul: "¿Por qué llevas una M en tu insignia, Paul?" Y me respondió: "Es de mediocre."

Sonaron más carcajadas (sobre todo porque Paul, en realidad, se había graduado con honores), y sentí que le había castigado lo suficiente por haberme llevado a la fuerza al hospital haciendo que me perdiera la graduación de la Universidad Johns Hopkins.

(Paul siempre me amenaza con llevarme a los tribunales por algo que llama "negligencia del paciente".)

Después de mi estancia en el hospital viví una vida normal, excepto que me cuidaba más. A pesar de todo, de vez en cuando sentía una punzada en el pecho cuando caminaba demasiado deprisa, y me paraba para esperar a que remitiera.

Cuando escribí el relato de mi ataque al corazón en el segundo volumen de mi autobiografía, uno de los críticos me dijo que lo había descrito "con una evidente falta de autocompasión".

Me gustó que lo notara. Como he dejado en claro en este libro, detesto la autocompasión y cuando noto que caigo en ella, hago todo lo posible por desdeñarla.

Después de todo, ¿qué motivos tengo para sentir autocompasión? ¿Qué importa si no hubiese sobrevivido? He gozado de una vida razonablemente buena, una infancia segura, unos padres que me querían, una excelente educación, un matrimonio feliz, una hija deliciosa y una carrera llena de éxitos. He soportado algunos disgustos y tristezas pero, si lo pienso con toda honestidad, muchos menos que la media de los seres humanos, y he logrado muchos más éxitos y más satisfacciones que la mayoría.

Incluso si hubiese muerto a los cincuenta y siete años, mi vida habría sido completa, sobre todo respecto a Janet y mi obra literaria, y nunca me hubiera perdonado lamentarme por ello. Además, como dio la casualidad que seguí viviendo,

junto a Janet y a mis éxitos literarios, y que he gozado de todas las demás cosas buenas (que han superado en número a las malas), pues nunca he tenido verdaderos motivos para quejarme o sentir autocompasión.

Me da la impresión de que las personas que creen en la inmortalidad mediante la reencarnación de las almas tienden a pensar que en el pasado han sido Julio César o Cleopatra y que serán igual de famosos en el futuro. No hay duda de que esto puede ser así. Puesto que alrededor de un noventa por ciento de la raza humana vive (y siempre ha sido así) en distintos grados de pobreza y miseria, las probabilidades están en contra de que cualquier reencarnación de la personalidad resulte feliz. Si, a mi muerte, mi personalidad tuviera que reencarnarse en un recién nacido elegido al azar, las probabilidades de llevar una nueva vida mucho más miserable que la anterior serían altísimas. No quiero jugar a la ruleta, gracias.

Muchos piensan que la gente que es buena tiene garantizada una vida mejor cuando muere y que los malos sufrirán una vida peor. Si esto fuera verdad, sospecho que seguramente fui una persona muy buena en mi vida anterior por haber merecido mi actual felicidad, y si sigo siendo noble y virtuoso tendré una vida todavía más feliz la próxima vez. ¿Y dónde terminará todo eso? Pues en el estado más feliz de todos: el Nirvana, o sea, la nada.

Pero yo creo que todos alcanzamos el Nirvana a la vez, en el momento en que la muerte termina con nuestras propias vidas. Puesto que he disfrutado de una buena vida, aceptaré la muerte con toda la alegría posible, cuando me llegue, aunque preferiría tener una muerte sin dolor. También me gustaría que aquellos que me sobrevivan —parientes, amigos y lectores— eviten perder el tiempo y amargar sus vidas con duelos y tristezas inútiles. En vez de eso, deberán estar felices en mi nombre, porque mi vida ha sido muy buena.

135. Crown Publishers

Me sentí culpable por hacer la biografía para Doubleday cuando fue Paul Nadan, de Crown, quien se había ofrecido a publicarla, así que dejé que Paul me convenciera para firmar un contrato para escribir un libro que tratara sobre la posibilidad de hallar vida e inteligencia en alguna parte del Universo.

Se llamaría *Civilizaciones extraterrestres*. Le prometí que lo haría, aunque le advertí que estaba muy ocupado y que no sabía cuándo lo empezaría. Por tanto, fue lo bastante considerado para no imponer una fecha de entrega en el contrato.

Aunque Paul era diez años más joven que yo y estaba delgado, tenía problemas cardíacos. Durante el tiempo en que este libro estuvo en barbecho, si se me permite la expresión, ingresó en el hospital debido a un ataque cardíaco.

Fui a verle al hospital, aunque no acostumbro a hacerlo. Por lo general, no me gusta visitar a los amigos que están hospitalizados. Mis escrúpulos habituales y mi tendencia a rechazar las escenas desagradables, me impiden hacerlo. Sin embargo, algunas veces me lo impongo.

Por dar ejemplos recientes, cuando Herb Graff estuvo internado en Brooklyn debido a una operación de *bypass* triple, Ray Fox (otro miembro del Dutch Treat Club) fue a visitarle e insistió en que yo le acompañara. Lo hice, y al no reconocer al hombre calvo de la cama, pensé que nos habíamos equivocado de habitación. Mi evidente sobresalto cuando descubrí que era él quizá fuera uno de los motivos que le decidió a no usar nunca más peluquín. (Creo que está mejor sin él.)

También visité a mi hermano Stan cuando sufrió una operación de próstata. Fui hasta el hospital de Long Island, donde le habían operado.

Fueron casos excepcionales, y por tanto me sorprendí a mí mismo al visitar a Paul Nadan. Sin duda, una razón fue que era una persona muy agradable y que habíamos almorzado juntos muchas veces. Otro motivo fue mi profundo sentimiento de culpabilidad. Le prometí que empezaría enseguida *Civilizaciones extraterrestres*.

En marzo de 1978 Paul me escribió para preguntarme si le haría un comentario favorable para un libro sobre el ADN recombinante escrito por un científico llamado John Lear. En 1954 John Lear se había referido a mi libro *Bóvedas de acero* en términos muy insultantes. Después de citar una crítica de un solo parrafo y mostrando señales de no haber leído el libro, se preguntaba: “¿Qué sabe el autor de ciencia?”

Inmediatamente escribí una carta a Lear diciéndole que yo tenía muchos más conocimientos científicos que él y que, además, era mejor escritor científico que él, pero nunca me contestó. Si lo hubiese hecho y se hubiese disculpado, todo estaría perdonado. Así que lo puse en mi lista negra. Por supuesto, nunca le hice nada, pero tampoco le haría un favor, de modo que cuando Paul Nadan me pidió un comentario favorable para el libro de Lear, le remití una negativa categórica y le expliqué el

porqué.

De cualquier manera, me envió las galeradas acompañadas de una carta fechada el 21 de marzo de 1978 en la que decía, sencillamente: “Perdonar es divino.”

Esto me creó un dilema. No quería perdonar, y sin embargo la frase me hizo sentirme culpable. Y mientras decidía si podría llegar a perdonar a Lear, recibí la noticia de que el 22 de marzo, el día siguiente al que me había escrito, Paul había sufrido otro ataque y había muerto.

Yo había sido cautivo de mi corazón duro e implacable, y ahora era demasiado tarde para reaccionar. Todo lo que podía hacer era empezar *Civilizaciones extraterrestres* de inmediato. Me hubiese gustado no haber sido tan lento e iniciar el libro cuando Paul todavía estaba vivo. ¿Pero cómo iba a saber lo que sucedería? El no tenía más que cuarenta y ocho años.

Cuando terminé el libro, se lo dediqué.

Crown me asignó otro realizador, Herbert Michelman, al que conocí el 2 de noviembre de 1978. Una vez más, tuve suerte, ya que Herbert era otro de esos realizadores que parece que encuentro con tanta frecuencia, amable, de voz suave y encantador. En las comidas, intercambiábamos bromas y reíamos continuamente.

Una vez terminado *Civilizaciones extraterrestres* (se publicó en 1979), empecé un nuevo libro para él, *Exploring the Earth and the Cosmos*, que trataba de la expansión constante del universo.

Le invité a almorzar al Dutch Treat Club y se divirtió mucho. Resultó que Ernest Heyn, uno de nuestros miembros más antiguos, conocía bien a Herbert Michelman y sugirió que le propusiéramos ser socio. La idea me entusiasmó y también a Herb, así que lo admitimos sin problemas.

El 11 de noviembre de 1980, Herb asistió a su primer almuerzo como miembro activo y me preguntó con su amabilidad acostumbrada:

—¿Puedo sentarme contigo, Isaac?

—Por supuesto —le respondí—, no te dejaría sentarte en ningún otro lugar.

Así que se sentó en la “mesa judía”, aunque el primer plato no fue más que un pedazo de *quiche* no muy grande. Robert Friedman (el miembro que me había dado un consejo sobre las críticas que he seguido desde entonces, y que más tarde se dio de baja indignado porque el club no admitía a mujeres como socios) sacó su vale de la comida y lo partió por la mitad.

—Tenga —le dijo al camarero—. No merece más que la mitad.

Me sentía incómodo y esperaba, sin mucha esperanza, que la semana siguiente el menú fuera un poco más generoso y que Herbert quedara algo más satisfecho, pero no fue así. Herbert también tenía problemas de corazón, y esa misma tarde murió en la estación de ferrocarril. Tenía sesenta y siete años y sólo hacía dos que le conocía.

A la semana siguiente llegué muy triste y me preguntaron dónde estaba mi amigo.

—Me temo —les respondí— que murió el martes pasado por la tarde, tres horas después de dejarnos.

Bob Friedman no pudo contenerse y soltó:

—Fue la comida de la semana pasada. Era el *quiche* de la muerte.

La naturaleza humana es como es, de modo que todos los comensales se rieron. Incluso yo mismo.

Exploring the Earth and the Cosmos fue publicado en 1982 y lo dediqué a la memoria de Herbert Michelman.

Jane West, que trabajaba para Clarkson Potter, una filial de Crown, y que había sugerido en 1979 que hiciera *The Annotated Gulliver's Travels*, murió el 11 de septiembre de 1981. En su caso, fue cáncer. En un espacio de tiempo inferior a tres años perdía tres buenos realizadores en activo, todos de la misma editorial. Fue una coincidencia muy dolorosa.

136. Simon & Schuster

Hasta finales de los años setenta nunca había escrito un libro para Simon & Schuster. Tenía la vaga idea de que, en cierta manera, eran los principales competidores de Doubleday y me parecía desleal trabajar para ellos.

En realidad, me sorprendí bastante cuando, en cierta ocasión, Timothy Seldes me presentó a una visita que tenía en el despacho y que resultó ser uno de los editores de Simon & Schuster. Yo pensaba que sería más apropiado que los empleados de las dos empresas no se hablaran y que, si mantenían contactos de cerca, fueran despedidos.

No obstante, me rehice y le dije al visitante:

—He oído decir que las mujeres de Simon & Schuster son fáciles.

—¡Qué! —gritó escandalizado, y Tim también me hizo el honor de quedarse boquiabierto.

—La razón por la que lo digo —manifesté con expresión de inocencia— es que recientemente, cuando intenté flirtear con una joven de Doubleday, Tim Seldes me dijo: “¿Dónde te crees que estás, Asimov? ¿En Simon & Schuster?”

Era verdad que Tim había dicho eso y también recordaba haberlo dicho, así que le dejé que saliera del lío como pudiera.

Dio la casualidad que Larry Ashmead, después de abandonar Doubleday, se fue a Simon & Schuster, y por supuesto permanecimos en contacto. No abandono mi amistad con los editores sólo porque cambien de empresa.

Era inevitable que Larry me pidiera que hiciera un libro sobre él, y me sugirió que versara sobre las distintas maneras en las que el mundo podía llegar a su fin.

No pudo sugerir un tema mejor, porque yo acababa de escribir sobre ello un artículo relativamente breve para *Popular Mechanics*. Dicho artículo había aparecido en el número de marzo de 1977 de la revista bajo el título *Twenty Ways the World Could End* (Veinte maneras en que podría terminar el mundo). Había sido muy difundido, pero no estaba contento con el resultado y le agradecí la oportunidad de poder hacer todo un libro sobre el tema. Además, quería utilizar mi propio título *A Choice of Catastrophes* (*Las amenazas de nuestro mundo*). Firmé con gran placer el contrato y empecé a trabajar de inmediato.

Mientras lo escribía, Larry cambió de trabajo y se trasladó a Harper & Row. Esto no me importó, ya que di por supuesto que sencillamente se llevaba el libro con él. No era la primera vez que me había sucedido esto. Cuando escribí mi libro The Neutrino, la edición encuadernada en tapas duras era para mi antiguo editor, Walter Bradbury, que en ese momento trabajaba con Henry Holt. Mientras preparaba el libro, Brad volvió a Doubleday y se llevó el libro con él. Lo publicó Doubleday en 1966. di por supuesto que sucedería lo mismo con *Las amenazas de nuestro mundo*.

Pues no. Simon & Schuster y los jefazos querían que el libro se quedara allí.

Informé a Larry y me ofrecí a dejar de trabajar en el libro. Pero me contestó:

—No, no quiero que pierdas el libro. Haz otro para mí.

Así que terminé *Las amenazas de nuestro mundo*, que fue publicado por Simon & Schuster en 1979. Se vendió bastante bien, pero no me gustó mucho porque el realizador había eliminado el capítulo sobre terrorismo urbano. Nunca me explicó el motivo y tuve la incómoda sensación de que los editores pensaban que lo que yo decía podía tener repercusiones desagradables. Me pareció que era una censura, y eso me entristeció.

No le guardo ningún rencor a Simon & Schuster, pero nunca me pidieron que escribiera otro libro para ellos y *Las amenazas de nuestro mundo* sigue siendo la única muestra de nuestra colaboración.

Mantuve mi compromiso con Larry. Le sugerí que escribir un libro sobre distancias cada vez más largas y después cada vez más cortas; períodos de tiempo que se ampliaban y después se reducían; masas cada vez mayores y después cada vez menores. En todos lo casos, serían aumentos y disminuciones muy regulares y con ejemplos sacados de la vida real. De esta manera daría una idea de la escala que tiene todo lo que nos rodea.

Era el tipo de libro que me encanta hacer, con pequeños cálculos en los que me agrada enfrascarme, y Larry, por supuesto, siempre me deja las manos libres. Escribí el libro, *La medición del Universo*, y fue publicado por Harper & Row en 1983. También se vendió moderamente bien.

Y a propósito, el que repita una y otra vez que este libro o aquel se vendieron bien, no quiere decir que no tuviera algún que otro auténtico fracaso. No muchos, quizá, pero sí unos pocos.

Por ejemplo, *Our World in Space*, publicado por New York Graphic en 1974. Escribí una serie de ensayos sobre los distintos planetas del Sistema Solar tal y como habían sido revelados por los cohetes y sondas especiales hasta ese momento, y Robert McCall, un ilustrador maravilloso de los paisajes de la era espacial, hizo los dibujos. McCall era el autor principal, lo que estaba justificado, y recibía el sesenta por ciento de los derechos de autor.

Mis ensayos no eran malos, pero los dibujos de McCall no podían ser mejores. Era un gran libro precioso, adecuado para ocupar un espacio en la mesa de un salón, y esperaba mucho de él, pero no se vendió. Ni siquiera se recuperó el anticipo y al cabo de unos pocos años ya estaba anticuado.

Después me vi envuelto en la aventura de Carl Sagan en el mundo de la edición de libros. Sus obras se vendían cada vez mejor, hasta que con su libro *The Dragons of Eden* ganó el premio Pulitzer. (Cuando leí las galeradas del libro, pronostiqué a Janet que Carl tenía un auténtico ganador. Yo estaba encantado por el éxito de mi perspicacia crítica; algo de lo que, en general, creo que carezco.)

Carl, después, tuvo un gran éxito con su programa de televisión *Cosmos* y el correspondiente libro estuvo en la lista de éxitos casi eternamente.

Le parecía (y a mí también) que su nombre era lo bastante conocido y que sería una buena idea crear su propia empresa editorial para publicar libros de astronomía y del espacio. Había descubierto, por ejemplo, un libro de ilustraciones bellísimas realizadas por un artista japonés llamado Kasuaki Iwasaki. Pero los pies de ilustración le parecían insuficientes. Me pidió que escribiera unos pies más adecuados, lo que acepté encantado, y él mismo escribió el prólogo del libro.

De nuevo el artista era el autor principal y el título del libro fue *Visions of the Universe*. Lo publicó Cosmos Store (la empresa de Sagan) en 1981, y yo pronostiqué unas ventas enormes, su aparición en la lista de éxitos, etc. Nada de eso ocurrió. El libro se vendió mal y, en realidad, Cosmos Store quebró.

Le daré un tercer ejemplo. Harmony Books, una filial de Crown Publishers, me pidió el 4 de mayo de 1983, que escribiera un libro sobre robots, su historia, desarrollo, aplicaciones en la industria y la ciencia y cosas de este tenor. Me negué alegando que aunque escribía sobre robots en mis obras de ciencia ficción, no sabía nada de ellos en la sociedad actual.

Me dijeron que utilizarían mi nombre y que me conseguirían un coautor que supiera de robots. Encontraron a una joven llamada Karen Frenkel, atractiva, inteligente y muy trabajadora. Hizo la investigación necesaria y escribió una gran parte de la obra. Yo la repasé y rehice algún apartado. Puesto que ella había hecho más de la mitad del libro, lo arreglé para que recibiera un adelanto mayor. Sin embargo, no pude solucionar la cuestión de los nombres de forma adecuada. Quería que ella apareciera como la autora principal, pero el libro, que se llamaba sencillamente *Robots*, se publicó en 1985. Mis protestas no sirvieron para nada. Según ellos, tenía que ser así para asegurar mayores ventas.

En cierto modo la justicia actuó de manera inexorable, puesto que el libro casi no se vendió y nunca recuperó más que una parte relativamente pequeña del adelanto (que, por fortuna, había sido casi todo para Karen).

Algunos lectores pueden concluir que los tres fracasos fueron debidos a que eran colaboraciones, pero he publicado muchas más colaboraciones que se han vendido muy bien: los libros de Norby con Janet, por ejemplo, y varias antologías con Marty.

Puede que algunos libros que sólo llevaban mi nombre no hayan sido fracasos, pero tampoco se vendieron muy bien. Por ejemplo, aventuras como *Asimov's Annotated Paradise Lost*, que aunque fue un placer escribirlas, recuperaron poco más que su modesto adelanto.

La moraleja de todo esto, en mi opinión, es que mi nombre no es una palabra mágica y que ponerlo en un libro no garantiza su éxito. (No debería garantizarlo. Un libro habría de tener éxito por sí mismo y no sólo por el nombre de su autor.)

137. Obras dudosas

Ya he hablado de las dificultades que tuve con mis ciento dieciséis antologías, y de mis dudas sobre si añadirlas o no a la lista de mis libros. Siento lo mismo frente a varias obras no antológicas (por fortuna no muchas), que también son dudosas.

Algunas están asociadas con el editor S. Arthur (*Red*) Dembner, un hombre alto y delgado con la cara huesuda y los cabellos grises surcados por algunos mechones rojos, causa de su apodo. Dirigía una pequeña editorial y junto con Jerome Agel, promotor de libros, me propuso que escribiera un “libro de hechos” que contuviera muchos detalles raros y poco conocidos, clasificados en una infinidad de grupos. Muchos de estos detalles me dijeron que se podían extraer de mis libros.

Puse pegas. En realidad no disponía de tiempo para dedicarme a tan larga investigación.

Me dijeron que eso no era ningún obstáculo. Un equipo descubriría los hechos. Sólo tendría que proporcionar algunos de mi cosecha y revisarlos todos para eliminar los que me parecieran equivocados o simplemente dudosos.

Consideré la posibilidad. Sería el primer libro en el que un equipo de investigadores haría gran parte del trabajo. Por lo general yo lo hacía todo, no importa lo largo y complicado que fuera el libro, y estaba orgulloso de ello. Algo inquieto acepté, siempre que no apareciera como el autor del libro y que todos los miembros del equipo de investigación fueran citados al principio. Estuvieron de acuerdo.

Así que trabajé en ello, proporcioné alrededor del veinte por ciento de los hechos que aparecieron en el libro, revisé todos los demás y eliminé unos cuantos.

El libro se publicó en 1979 bajo el sello editorial Grosset & Dunlap y, como acordamos, yo no aparecía como autor. Pero el título era *Isaac Asimov’s Book of Facts*, lo que implicaba concederme más importancia de la que merecía. A la vuelta de la página del título aparecían todos los que habían intervenido. Yo constaba en primer lugar como “editor”, pero las letras eran del mismo tamaño que las de los otros dieciséis.

Me di por satisfecho y había trabajado lo suficiente en el libro como para sentirme cómodo para ser incluidos en la lista de autores. Menos cómoda fue la circunstancia de que, al contener varios miles de hechos, era inevitable que algunos resultaran dudosos o incluso erróneos, a pesar de todos mis esfuerzos por evitarlo. Y cuando los lectores protestaban por algún error se dirigían a mí. Casi siempre fue por datos que yo no sabía cuál era la fuente. Me limitaba a enviárselos a *Red*.

El 11 de junio de 1981 *Red* apareció con otro proyecto. Un canadiense, Ken Fisher, le había llevado un libro de acertijos y *Red* me pidió que le echara una mirada. Lo hice, y me aventuré a pronosticar que los acertijos parecían interesantes y

adecuados, así que merecería la pena publicar el libro. Entonces me pidió que seleccionara alrededor de la mitad, corrigiera los errores, escribiera la introducción y permitiera que el libro se publicara como *Isaac Asimov Presents Superquiz*. En compensación, recibiría una pequeña parte de los derechos de autor.

Le dije que eso sería injusto para Ken Fisher. *Red* me explicó que Fisher aparecería como el autor y que estaba ilusionado porque el libro se vendería mejor con mi nombre en la portada. (De nuevo la superstición del poder mágico de mi nombre.)

Me cuesta mucho negarle algo a la gente agradable y no hay duda de que Red lo es. Dembner Books publicó el libro en 1982 con el nombre de Fisher colocado de manera destacada en la cubierta.

Durante los siete años posteriores, al libro le siguieron tres volúmenes más. En cada caso, trabajé en el libro y escribí una introducción. Tuve que soportar a los que encontraron errores que se me habían pasado por alto, el más destacado de los cuales fue una pregunta sobre la única nación que tenía la combinación de letras “ate” en su nombre. La respuesta que se daba era “Guatemala”, que debido a su pronunciación en inglés es difícil de acertar. No obstante, no es la única nación con esta combinación. Un lector me escribió para preguntarme por qué United States no servía. Y no hallé una respuesta convincente.

Hicieron un juego a partir de los libros de Superquiz, para aprovechar el éxito increíble, aunque de corta duración como era de prever, del Trivial Pursuit. El juego del Superquiz se vendió bastante bien, pero desde luego no era el Trivial Pursuit. También se creó, a partir de los libros, una columna de preguntas y respuestas para varios periódicos, que mencionaba sólo mi nombre y no el de Fisher. Pregunté y, como era habitual en estos casos, mis quejas fueron desoídas.

En relación con el juego del Superquiz, tuve una experiencia bastante desagradable, que merece una explicación detallada.

No me importa firmar libros en una librería si se hace algún esfuerzo por convocar al público. Con una promoción adecuada me las arreglo para firmar alrededor de un centenar de libros o más a los lectores entusiastas. En cierta ocasión estuve ocupado firmando libros durante una hora y media sin interrupción, aunque me habían contratado para hacerlo sólo durante una hora. (Es difícil contemplar una larga hilera de esperanzados lectores y decir: “Bueno, mi hora se ha terminado. Los demás no han tenido suerte”, así que seguí firmando.)

Cuando no se hace ninguna promoción, puede ser un desastre, pero es parte del precio que tienen que pagar los escritores. Además, la mayoría están dispuestos a viajar por todo el país para promocionar sus libros, haciendo un increíble número de paradas en un solo día. Yo me niego rotundamente a hacerlo. Sólo me aventuro en contadas ocasiones por los barrios residenciales de los alrededores, y una vez incluso

llegué a firmar libros hasta en Filadelfia. Por esta razón, trato de compensarlo no negándome nunca a firmar en Manhattan, concedo entrevistas telefónicas y acepto, con resignación, cualquier fallo.

Pero hay algunos difíciles de aceptar. Por ejemplo, el 16 de diciembre de 1979, un montón de mis libros y yo estábamos en Bloomingdale’s y a la dirección no se le ocurrió llevarme a otro lugar más apropiado que el departamento de ropa de señoras. Me senté allí durante una hora intentando hacer caso omiso de las miradas hostiles de las mujeres que pasaban, que obviamente creían que era un mirón.

A pesar de todo firmé algunos libros. Incluso una mujer vino muy emocionada y me felicitó por el éxito de mi obra en Broadway y me deseó que ganara un millón de dólares con ella. Le respondí con toda educación que yo también, ya que me pareció que no tenía por qué avergonzarla innecesariamente. ¿Para qué le iba a decir que yo no era Isaac Bashevis Singer?

No obstante, la situación más desagradable se produjo el 15 de junio de 1984. había aceptado estar sentado en los almacenes Macy’s durante tres horas con una pila de juegos de Superquiz que me había ofrecido a firmar. En estas tres interminables horas hubo exactamente ocho ventas, y lo peor de todo fue que uno de los ocho que cogió la caja para comprarla se negó en redondo a que se la firmara.

Hubo otra situación aún más embarazosa relacionada con este juego. Los editores del juego deseaban conseguir un poco de publicidad y tener la oportunidad de aparecer en los medios de comunicación, así que me hicieron asistir a una demostración de cómo se jugaba. Tenía que proporcionar el carisma necesario (que ellos pensaban que tenía).

Un hombre mayor empujó hacia delante a su nieto y presentándolo como un genio increíble me pidio que le hiciera cualquier pregunta del Superquiz. El niño miraba avergonzado, así que vacilé, pero el abuelo insistió.

Saqué un par de preguntas, elegí la más sencilla, y se la hice. El chico, como me temía, se quedó en blanco. Le cubrí lo mejor que pude, y me las arreglé para encontrar una pregunta todavía más fácil. Otra vez en blanco. Así que saqué otra tarjeta, pero ignoré lo que ponía y en vez de eso le hice una pregunta que era imposible no contestar. El niño acertó la respuesta y después de alabarlo con entusiasmo hice que se fueran.

Si algún abuelo lee este libro y tiene un nieto que es un genio, por favor, déle a su nieto un respiro y no le haga avergonzarse en público. Sé por experiencia que los niños realmente brillantes se las arreglan para hacerse publicidad ellos solos de forma bastante detestable, de modo que no necesitan parientes que los ayuden.

Un caso similar se produjo cuando me invitaron a una *Bar Mitzva* en 1979. En esta ceremonia se celebra el decimotercer cumpleaños de un muchacho judío e indica que ya es lo bastante mayor para obedecer todas las leyes rituales judías bajo su

propia responsabilidad. (Ni Stan ni yo la celebramos, lo que supone para nosotros una victoria sobre la hipocresía, ya que no teníamos intención alguna de obedecer las leyes incluso aunque hubiésemos cumplido el rito.)

Las pocas *Bar Mitzva* a las que he asistido (porque no encontré una buena excusa para evitarlas) me han parecido terriblemente aburridas. No obstante, todas se acompañaban de una abundante comida que contenía sal, colesterol, grasas saturadas y otros componentes nocivos, aunque todo eso tiene un sabor exquisito. Siempre podía comer y matar el aburrimiento.

Pero en este caso, el orgulloso padre era un amigo, y me dijo que su hijo estaba muy interesado en Shakespeare y que si podía llevar una copia de mi *Asimov's Guide to Shakespeare* para el joven. Lo cierto es que no estaba muy dispuesto, ya que tenía muy pocos ejemplares y eran irreemplazables pues el libro estaba agotado, pero un regalo de Bar Mitzva es, de todas maneras, de *rigueur*, y un amigo es un amigo.

Por tanto, llevé conmigo un ejemplar y se lo entregué al joven con la mejor de mis sonrisas. Lo cogió con un aire inconfundible de asombro y desagrado, y por la manera en que hojeó cautelosamente el libro, deduje que ni siquiera había oído hablar del bardo de Avon. Sencillamente, sacrifiqué el libro por la vanidad de un orgulloso papá.

Pero volvamos al asunto de mis libros dudosos. Preparé para Carolina Biological Supplies *The History of Biology*, que se publicó en 1988, y *The History of Mathematics*, publicado en 1989. Son esquemas enormes para exhibir en escuelas y bibliotecas, y que citan una gran cantidad de detalles precisos de la historia de estas ciencias animados por caricaturas muy inteligentes.

También me ocupé de realizar para Dembner un libro llamado *From Harding to Hiroshima*, de Barrington Boardman, subtitulado *An Anecdotal History of the United States from 1923-1945*. Me encantó. Lo leí cuidadosamente, corregí las galeradas y las pruebas de las compaginadas, y se publicó como *Isaac Asimov Presents: From Harding to Hiroshima*. En la cubierta aparecía de manera destacada el nombre de Boardman como autor.

Después me enviaron una selección de un gran número de citas de científicos y de otros personajes famosos sobre cuestiones científicas. Me pidieron que las corrigiera o las desechara si lo estimaba conveniente, que creara pequeños epigramas para encabezar cada una de las ochenta y seis clasificaciones en las que se dividieron las citas, y que escribiera una introducción. Insistí en que el editor correspondiente incluyera su propio nombre como coeditor, y el libro lo publicó en 1988 el sello editorial Weidenfeld & Nicholson, con el título de *Isaac Asimov's Book of Science and Nature Quotations*, editado por Isaac Asimov y Jason A. Shulman.

Hay alguna que otra obra más de este tipo dispersa entre mis cientos de libros. ¿Por qué las hago? Por una razón. Representan un trabajo que encuentro interesante,

incluso fascinante. Y también porque me cuesta negarme a participar en cualquier proyecto de obra literaria, sobre todo cuando se trata de algo muy diferente de lo que suelo hacer habitualmente.

A lo mejor debería haber presentado más batalla contra las proclamaciones de *Isaac Asimov Presenta*, pero las editoriales por lo general insisten y, debo admitirlo, a mí me satisfacen. Después de todo, mi nombre puede incitar a vender el libro hasta cierto punto, pero nada más. También eso ayuda a que el público vea mi nombre y entonces puede que algunos compren un libro que yo haya escrito en su totalidad. Así nos ayudamos mutuamente y todos salimos ganando.

138. Nightfall, Inc.

A medida que avanzaban los años setenta mis ingresos continuaron creciendo y mis negocios se complicaron cada vez más. De vez en cuando, mi contable murmuraba que haría mejor en convertirme en una sociedad anónima, y cada vez que lo oía, me sumía en algo muy parecido al pánico.

La sociedad anónima sería un paso más, otro eslabón de mi vasallaje a la riqueza.

Obviamente me gustaban algunas de las ventajas de ser relativamente rico. Después de haber pasado la mitad de mi vida sabiendo exactamente cuánto dinero llevaba en el bolsillo y analizando cuidadosamente cada compra, era muy agradable entrar en un restaurante y pedir lo que me apetecía sin ni siquiera mirar la lista de precios. Era una delicia tomar un taxi para ir a cualquier parte, y firmar cheques para pagar las cuentas cuando llegaban, sin preocuparme del saldo bancario.

Todo esto me gustaba, pero no quería padecer los efectos secundarios de la riqueza. Temía todo lo que la gente pudiera esperar de mí: que diera fiestas de disfraces, que tuviera que asistir a fiestas sociales durante el resto de mi vida, que se diera por supuesto que debía tener mi piso lleno de los últimos avances tecnológicos, que dispusiera de un ama de llaves y de un despacho fantástico, un coche de lujo, un barco, una casa de veraneo y cualquier otra cosa que la imaginación pueda sugerir.

No quería estas cosas. Quería vivir con tranquilidad y sencillez, y cada vez que me permitía un capricho caro, temía que el mundo no me dejara seguir con mi natural tendencia a la sobriedad.

Mi contable, no obstante, insistía más y más en su consejo; Janet le apoyó y el 22 de octubre de 1979 claudiqué:

—De acuerdo. Adelante, arréglalo.

Así que el 3 de diciembre de 1979 me convertí en presidente y tesorero de una sociedad de la que Janet fue nombrada vicepresidenta y secretaria.

Pero había que bautizar la sociedad. El contable vetó con toda firmeza mi sugerencia de que fuera sencillamente “Isaac Asimov, Inc.”. No quería que mi nombre apareciera. Quería que sonara más parecido a una empresa normal.

—¿Por qué no le pones el nombre de alguna de tus obras? —me preguntó.

Esto hizo que pensara rápidamente en dos posibilidades: Foundation o Nightfall. Mi contable eligió la segunda, tal vez porque sonaba más romántica. Así que me convertí en “Nightfall, Inc.”

Debo añadir que ningún organismo oficial ha encontrado nunca un error ni siquiera de un centavo en mis declaraciones de Hacienda, y no es extraño, porque las hago con toda honestidad. Sin embargo, incluso si me investigan y lo encuentran todo correcto, ocupan el tiempo de mi contable y él cobra por ello, así que les rogaría encarecidamente que creyeran en mi honestidad y me dejaran en paz. Una vez, hace

muchos años, me entrevistaron en televisión y me preguntaron:

—Suponga que gana mil millones de dólares. ¿Qué haría con el dinero?

Sé que respuesta esperaban. La gente egoísta compraría grandes palacios y viviría como un rey. Los idealistas crearían universidades y apoyarían causas medioambientales. Yo, sin embargo, tenía ideas diferentes.

Le respondí:

—Iría a las oficinas del Ministerio de Hacienda y les diría: "Acabo de ganar mil millones de dólares. Aquí tienen hasta el último penique. Es para el Tío Sam. Ahora, por favor, no quiero saber nada de ustedes durante el resto de mi vida."

El gobierno, sin duda, le sacaría un buen partido a todo ese dinero, ya que los impuestos de toda mi vida ascenderían a mucho menos de mil millones de dólares; muchísimo menos. Sin embargo, el sueño de no tener que mantener archivos, de no hacer ningún cálculo y de no tratar con contables y abogados merecería mucho más la pena que el dinero.

139. Hugh Downs

Siempre me sorprende que alguien a quien considero una celebridad dé muestras de saber de mi existencia. No tengo que describir a Hugh Downs, porque todo el mundo le conoce. Ha aparecido en televisión en horas de gran audiencia más veces que nadie en Estados Unidos.

Tomó parte en el crucero que nos llevó a Florida con motivo del lanzamiento del *Apolo XVII* en 1972, aunque en esta ocasión no mantuvimos muchos contactos. El 9 de junio de 1978, sin embargo, desayunamos juntos a petición suya y hablamos de astronomía y cosmología.

A Hugh le fascina la ciencia y, a pesar de que su trabajo en la televisión le ocupa la mayoría de su tiempo, se las arregla para mantenerse al corriente de los últimos descubrimientos en ciencia (sobre todo en cosmología) y puede defenderse bien incluso en discusiones con profesionales.

Parece que yo le gustaba. Hugh pensaba organizar una cena anual en la que una docena de personas interesadas en la ciencia serían invitadas a una noche de buena comida y mejor conversación. La primera de ellas se celebró el 6 de mayo de 1980 en el Metropolitan Club y la cena fue muy suntuosa.

He sido invitado a todos los banquetes subsiguientes y sólo falté a uno. El coste de la cena debe de ser elevado, y todos los años me ofrezco a pagar la mitad de la cuenta. Hugh siempre sonríe y me dice que es un placer y que lo hace con mucho gusto.

Desde luego es un placer, ya que la conversación es impresionante, y a menudo soy el alivio cómico. Puedo mantenerme al mismo nivel que los demás en las discusiones sobre los límites de la ciencia, pero también paso con facilidad a contar chistes ya que casi todo me recuerda alguna anécdota divertida.

Pronto se supo que cada año se celebrara una de estas reuniones y, en cierta ocasión, recibí una llamada telefónica de una periodista que, por el tono de sus preguntas, demostraba creer que Hugh era un “escalador intelectual y social”, que pagaba el banquete para ser aceptado por intelectuales de renombre que comían su comida y se burlaban de sus pretensiones.

La paré en seco. Le dije a la periodista que Hugh, aunque era un aficionado, era una persona muy inteligente, erudita en ciencias y querida y respetada por todos los asistentes. Esto probablemente destruyó su “notición”, cosa que me alegró.

En las reuniones hay algunos que, como yo, son fijos. Lloyd Motz, un astrónomo de la Universidad de Columbia, nunca ha faltado a una sesión. Otros que acuden de manera intermitente son: Walter Sullivan, Robert Jastrow, Jeremy Bernstein, Marvin Minsky, Ben Bova, Mark Chatrand, Gerard O’Neill, Gerald Feinberg, Robert Shapiro y algunos más. Heinz Pagels vino a unas cuantas cenas, pero más adelante hablaré de

él.

Por lo general, cunado llego a casa, le hago a Janet un resumen de la discusión y de las cosas inteligentes que las distintas personas han dicho (sin omitir las de mi propia cosecha, por supuesto). Hago lo mismo después de las reuniones del Dutch Treat Club y de los Trap Door Spiders. A Janet le divierte, pero a menudo se queja de que las organizaciones sean sólo para hombres.

En cierta ocasión, esta característica resultó ser especialmente molesta. En abril de 1980 recibí una invitación para asistir a una reunión de médicos que se dedicaban a la investigación. Lewis Thomas, el gran escritor científico de biología, iba a ser el orador. Acepté de inmediato y le dije a Janet que, por supuesto, esperaba que viniera conmigo ya que le gustaban mucho los artículos de Thomas.

Janet leyó la invitación y me atravesó con una mirada glacial. Me dijo:

—Isaac, deberías leer atentamente la invitación en vez de captar sólo una palabra de cada cinco; la invitación es sólo para hombres. Tú puedes ir pero yo no, a pesar de que yo soy médico y tú no.

Me alejé cabizbajo y les envié una carta explicándoles que, sin darme cuenta, había invitado a mi mujer a acompañarme y que ahora, en interés de la armonía matrimonial, me temía que no podía asistir.

Me llegó una contestación escrita a mano. Mi mujer también estaba invitada, por supuesto. Así que el 7 de abril de 1980 allí estábamos en la cena, sesenta hombres y Janet. Y no crea que a ella le disgustó. Conocía a varios de los asistentes y se entretuvo en una animada conversación. Yo, que no era médico, era el extraño.

Janet, como cualquier otra mujer, por supuesto, puede asistir al banquete anual del Dutch Treat, y siempre viene conmigo, aunque no sea más que para asegurarse de que mi incomodidad por llevar un esmoquin no se convierta en un problema estrepitoso. En cierta ocasión, asistió a una de las reuniones ordinarias en circunstancias que describiré más adelante.

También puede asistir de vez en cuando a las reuniones ordinarias como invitada autorizada, cuando la ocasión lo permite. Así fue el 24 de abril de 1990, por ejemplo, cuando di mi conferencia sobre pentámetros yámbicos y quintillas jocosas.

140. Exitos de venta

Los dos volúmenes de mi autobiografía se vendieron bastante bien. Avon publicó las ediciones en rústica, pero los de Doubleday no estaban satisfechos. Querían novelas.

Claro que no había descuidado a Doubleday, puesto que habían publicado *The Road to Infinity*, una nueva colección de ensayos científicos y *El archivo de los viudos negros*, la tercera colección de estos relatos. Además, estaba a punto de aparecer una colección de ensayos científicos, *El Sol brilla luminoso*, otra de relatos de ciencia ficción, *Asimov on Science Fiction* y una antología, *The Thirteen Crimes of Science Fiction*. También estaba trabajando a destajo en otra edición de la *Enciclopedia biográfica de ciencia y tecnología*, así que Doubleday no podía decir que la descuidaba.

Tampoco me olvidaba de otras editoriales, dicho sea de paso, ya que entre 1980 y 1981 había publicado veinticuatro libros. Entre ellos: *Civilizaciones extraterrestres*, para Crown; *Las amenazas de nuestro mundo*, para Simon & Schuster; *Isaac Asimov's Book of Facts*, para Grosset & Dunlap; *The Annotated Gulliver's Travels*, para Clarkson Potter; y cuatro libros de la colección *How Did We Find Out…?*, para Walker & Company.

Como puede ver, estaba trabajando a tope, como siempre.

Pero esto no importaba a Doubleday. No hacía al caso. Pensaban que, sencillamente, yo debía dejar algunas de las cosas que estaba haciendo a fin de escribir una novela para ellos. Además, ya no iban a pedírmelo; iban a ordenármelo.

Hugh O'Neill había sustitudo a Cathleen Jordan como mi director después de que ésta abandonara Doubleday. El 15 de enero de 1981, Hugh me llamó a su despacho. Era un joven, nuevo en su trabajo, que se enfrentaba a un escritor mayor y distinguido. ¿Quién podía saber lo temperamental o incluso lo violento que se puede volver un escritor mayor y con arranques de cólera si, de repente, se le enfrenta a un ultimátum?

Así que todo lo que me dijo era que Betty Prashker quería verme. Betty era un alto cargo de la editorial y muy respetada en su especialidad. Me acompañaron a su despacho. Esta mujer apacible de mediana edad me sonrió y me dijo:

—Isaac, queremos que escribas una novela para nosotros.

—Pero Betty… —la interrumpí.

Era evidente que ella no iba a escuchar nada de lo que dijera, ya que ignoró mis palabras y siguió hablando:

—Vamos a enviarte un contrato y vamos a entregarte un adelanto importante.

—Pero Betty —le dije—, ya no sé si soy capaz de escribir novelas.

—No digas tonterías, Isaac —me respondió, repitiendo el estribillo habitual—.

Vete a casa y empieza a pensar en una novela.

Me echó de la oficina. Esa tarde, Pat LoBrutto, que estaba al frente de la sección de ciencia ficción en Doubleday, me llamó por teléfono.

—Escucha, Isaac —me dijo—, déjame que te lo aclare bien. Cuando Betty dice una “novela” quiere decir una “novela de ciencia ficción” y cuando nosotros decimos una “novela de ciencia ficción” queremos decir una “novela de la Fundación”. Eso es lo que queremos.

Le escuché pero me resistía a tomármelo en serio. En veintidós años sólo había escrito una novela de ciencia ficción y ni una palabra sobre la historia de la Fundación en treinta y dos años. Ni siquiera recordaba con detalle el contenido de los relatos de la Fundación.

Además, había escrito la serie de la Fundación, de principio a fin, a la impetuosa edad que media entre los veintiuno y los treinta años, y bajo el látigo de Campbell. En ese momento tenía sesenta y cinco años y John Campbell ya no existía ni tenía parangón.

Me horrorizaba que me obligaran a escribir una novela de la Fundación y que no valiera nada. Doubleday no la podría rechazar y la publicaría; pero los críticos y los lectores la pondrían de vuelta y media y yo pasaría a la historia de la ciencia ficción como un escritor que fue magnífico en su juventud, pero que después intentó aferrarse a ella cuando fue viejo e incompetente y terminó por convertirse en un burro.

Además, si mis ingresos aumentaban era gracias a mi gran número de libros de no ficción, veinte veces superior a los de la época en que escribía novelas. Pensaba que lesionaría mis propios intereses económicos si volvía a escribir novelas.

Lo único que podía hacer era no asomar la cabeza y esperar que en Doubleday lo olvidaran.

Pero no lo hicieron. El 19 de enero Hugh me dijo, rebosante de satisfacción, que me iban a dar un anticipo de cincuenta mil dólares, que era exactamente diez veces más de lo que recibía por mis libros en Doubleday. Estaba perplejo. Me preocupaban los adelantos elevados. ¿Y si no ganaba lo suficiente para compensarlos? Sé que la reacción normal de un escritor es no darle importancia, quedarse con el anticipo, y dejar que el editor asuma las pérdidas, pero yo soy incapaz de hacer algo así. Tendría que devolver el dinero no recuperado (como ya había hecho en una o dos ocasiones en el pasado). Esto no sería de mi agrado y además me supondría una pelea con Doubleday, que seguramente se negaría a aceptar la devolución, con su observación habitual y a menudo repetida de “No digas tonterías, Isaac”.

Así que respondí:

—Venga, Hugh, Doubleday perderá hasta la camisa con un adelanto como ése.

Pero Hugh ya se sabía su papel y replicó:

—No digas tonterías, Isaac. ¿Has pensado ya en un argumento?

Estaba claro que Doubleday iba completamente en serio y debo admitir que un adelanto de cincuenta mil dólares era muy atractivo. Incluso si resultaba un mal libro y me negaba a que Doubleday lo publicara, o si ni siquiera lo terminaba y tenía que obligar a Doubleday a aceptar la devolución del dinero, podría decirme a mí mismo: “En cierta ocasión me prometieron cincuenta mil dólares por escribir un libro que no había empezado y del que no había ni tan sólo el argumento.”

Una semana más tarde me dieron un cheque con la mitad del adelanto (y la otra mitad me la daríañ a la entrega del manuscrito) y después de esto ya no tuve ninguna oportunidad de escurrir el bulto. En cuanto terminara los proyectos en los que estaba comprometido, tuve que empezar.

Y antes de empezar tenía que releer la trilogía de la Fundación. Me sentía aterrorizado puesto que estaba convencido de que me parecería un texto tosco e inmaduro después de todos estos años. Seguramente me desconcertaría leer las tonterías que escribí cuando tenía poco más de veinte años.

Así que, con aprensión, abrí el libro el 1 de junio de 1981 y al cabo de unas pocas páginas reconocí que me había equivocado. Sin duda, descubrí los toques folletinescos de las primeras narraciones, y supe que lo podía haber hecho mejor después de haberme tomado unos cuantos años más para aprender mi oficio, pero el libro me había atrapado. No pude dejar de pasar las páginas.

No recordaba lo suficiente para saber con seguridad cómo iban a resolver sus problemas mis personajes y lo leí con gran emoción.

Por supuesto, me di cuenta de que le faltaba acción, los problemas y soluciones estaban expresados fundamentalmente en forma de diálogo, de discusiones racionales planteadas desde distintos puntos de vista, sin indicaciones claras para el lector de qué opinión era la válida y cuál la errónea. Al principio unos personajes eran los malos, pero a medida que avanzaba la acción, los héroes y los villanos se difuminaban en sombras grises y el problema real siempre era: ¿qué era mejor para la humanidad?

Para esto nunca había una respuesta clara. Siempre suministraba una respuesta, pero todo el tono de la serie indicaba que, como sucede en la historia, no existía una respuesta definitiva.

Cuando terminé de leer la trilogía, el 9 de junio, experimenté exactamente lo que los lectores me habían dicho durante décadas, una sensación de furia porque se había acabado y no había más.

Quería escribir la cuarta novela de la Fundación, pero aún no tenía un argumento para ella, y entonces descubrí el comienzo de una cuarta novela de la Fundación que había iniciado unos cuantos años antes. Había escrito catorce páginas y después abandoné, sobre todo porque tenía muchas otras cosas que hacer.

Entonces repasé esas catorce páginas, y vi que se leían bien. Esto me dio pie para comenzar una novela todavía sin final. (Siempre lo suelo hacer al revés.) Así que me senté a crear un final, y al día siguiente forcé a mis dedos temblorosos a reescribir estas catorce páginas y después seguí adelante.

No fue un trabajo fácil. Traté de conservar el estilo y la atmósfera de las primitivas narraciones de la Fundación. Tuve que resucitar toda la parafernalia de la psicohistoria y hacer referencias a quinientos años de historia pasada. Me esforcé por mantener un bajo nivel de acción y subir la fuerza de los diálogos (los críticos se quejan a menudo de esto pero no me importa en absoluto) y tuve que presentar perspectivas racionales equiparables y describir varios mundos y sociedades diferentes.

Además, no me sentía cómodo porque me fijé en que las primeras narraciones de la Fundación habían sido escritas por alguien que conocía sólo la tecnología de los años cuarenta. Por ejemplo, no había ordenadores, aunque suponía la existencia de unas matemáticas muy avanzadas. No intenté explicarlo. Me limité a poner ordenadores muy avanzados en la nueva novela de la Fundación y esperé que nadie notara la inconsecuencia. Por raro que parezca, nadie lo hizo.

En las primeras novelas de la Fundación no había robots y tampoco los introduje en la nueva.

En los años cuarenta escribía dos series diferentes a la vez: la de la Fundación y la de los robots. Las mantuve deliberadamente separadas, la primera, en el futuro lejano sin robots y la segunda, en el futuro cercano con robots. Quería que ambas series permanecieran lo más alejadas posibles, de manera que si me cansaba de una de ellas (o si lo hacían los lectores), podría seguir con la otra con un solapamiento mínimo y poco problemático. Y, en realidad, me cansé de la Fundación y no escribí nada más después de 1950, mientras seguía escribiendo relatos de robots (e incluso dos novelas).

Al escribir la nueva novela de la Fundación en 1981, pensaba que la ausencia de robots era anómala, pero no había modo de introducirlos de repente sin llamar la atención. Podía hacerlo con los ordenadores; eran cuestiones secundarias que sólo hacían apariciones breves. Sin embargo, los robots estarían ligados a los personajes principales y tenía que seguir dejándolos fuera. El problema seguía en mi mente y supe que tendría que enfrentarme a él algún día.

Llamé a la nueva novela *Lightning Road*, por razones que me parecían buenas y suficientes, pero Doubleday vetó ese título de inmediato. Una novela de la Fundación tenía que incluir la palabra “Fundación” en el título de manera que los lectores supieran de inmediato que eso era lo que estaban esperando. En este caso, Doubleday tenía razón, y por fin le puse el título de *Los límites de la Fundación*.

Me costó nueve meses escribir la novela y fue una época difícil, no sólo para mí

sino también para Janet, ya que mi desasosiego respecto de la calidad de la novela se reflejó en mi humor. Cuando pensaba que la novela no iba bien meditada tristemente, en silencio y deprimido, y Janet afirmó que añoraba los días en que escribía sólo no ficción, cuando no tenía problemas, y mi humor era generalmente risueño.

Otra razón para mi melancolía era que mientras escribía la novela no podía emprender tareas de no ficción de gran envergadura, aparte de la revisión constante de la Enciclopedia biográfica. Desde luego, durante estos nueve meses coedité casi veinte antologías, escribí varios relatos cortos de ciencia para Walker, y produje un flujo constante de piezas cortas, pero echaba en falta mis grandes proyectos.

Por fin, el 25 de marzo de 1982 terminé la novela y la entregué de inmediato, conseguí la segunda parte de mi adelanto al instante y recibí mi primer ejemplar de *Los límites de la Fundación* en septiembre.

Para entonces, Doubleday me informó de que les habían llegado grandes pedidos por anticipado, pero me lo tomé con calma y tranquilidad. A los pedidos grandes podían muy bien seguirles grandes devoluciones y las ventas reales podían ser pequeñas.

Estaba equivocado.

Durante más de treinta años, generaciones y generaciones de lectores de ciencia ficción leyeron las novelas de la Fundación y habían pedido más a voces. Todos ellos, el equivalente a treinta años de aficionados, estaban ahora dispuestos a saltar sobre el libro en el momento en que apareciera.

El resultado fue que a la semana de su publicación *Los límites de la Fundación* aparecieron en el lugar número doce de la lista de libros más vendidos del *New York Times*, y honestamente no podía creer lo que estaba viendo. Había publicado obras durante cuarenta y tres años y *Los límites de la Fundación* era mi libro número doscientos sesenta y dos. Nunca me habían ni tan siquiera asomado a estas listas durante todo este tiempo y no sabía muy bien qué hacer.

El libro llegó hasta el tercer lugar el primer domingo de diciembre, y permaneció en la lista durante veinticinco semanas en total. Podría haber esperado una más, para poder decir “medio año”, pero todo este tiempo era exactamente veinticinco semanas de permanencia en la más prestigiosa lista de éxitos, muchísimo más de lo que había soñado nunca en mis mayores momentos de megalomanía, así que no podía quejarme. (Y debo añadir que mis ingresos, que pensé que se verían perjudicados por mi retorno a la ficción, enseguida se duplicaron.)

Dicho sea de paso, cuando Hugh me mostró una prueba de la cubierta, solté una risotada porque anunciaban *Los límites de la Fundación* como el cuarto libro de “La trilogía de la Fundación”. Cuando Hugh me preguntó por qué me reía, señalé que “trilogía” significa “tres libros”, así que introducir un cuarto libro era un contrasentido.

Hugh pasó mucha vergüenza y dijo que lo cambiaría. Pero yo repuse:

—No, Hugh. Déjalo. Se hablará de ello y será una buena publicidad.

Sin embargo, a Doubleday no le interesaba este tipo de publicidad y el libro fue anunciado como el cuarto volumen de “la saga de la Fundación”. Yo aún tengo el original en la pared del salón de mi casa con la contradicción a plena vista.

Por supuesto, la inclusión en la lista de libros más vendidos también tenía sus inconvenientes. Ver mi nombre en la lista del *Times* encendió una luz de alarma en mi cerebro y supe que estaba condenado. Doubleday nunca me permitiría dejar de escribir novelas, y nunca lo hizo.

141. Procedentes del pasado

Avanzaban los ochenta y yo entraba en la sesentena, y empecé a enfrentarme a ese fenómeno que experimenta toda la gente que se acerca al final de una vida normal. Sus contemporáneos algo mayores empiezan a morir y, a veces, los algo más jóvenes también.

Bernard Zitin, que en el NAES fue mi superior directo y con quien, por supuesto, no congenié, murió en 1979 a la edad de sesenta años.

Gloria Saltzberg, la joven agradable de la silla de ruedas que no me dejó en paz hasta que hice la prueba que me convirtió en miembro de Mensa, murió el 25 de enero de 1978, a los cincuenta años de edad. Sin duda, las secuelas de su parálisis infantil acortaron su vida.

La viuda de John Campbell, Peg Campbell, una mujer rolliza y agradable, que soportó las peculiaridades de John (igual que Janet es capaz de soportar las mías), murió el 16 de agosto de 1979.

Al Capp, que casi me llevó a los tribunales por mi carta al *Globe* de Boston, murió el 5 de noviembre de 1979, a la edad de setenta años.

Hacia finales de 1979, Robert Elderfield, que primero me amargó la vida en la universidad y después me contrató durante un año para un trabajo de posgrado, murió a los setenta y cinco años de edad.

Burnham Walker, que era el jefe del Departamento de bioquímica cuando me contrataron como profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad de Boston y que fue un buen jefe para mí (uno de los pocos superiores con el que siempre pude llevarme bien, porque me dejaba en paz), murió el 3 de abril de 1980, a la edad de setenta y ocho años. Le había visto por última vez un año antes, el 15 de mayo de 1979, cuando fui a la Facultad de Medicina a dar una conferencia y los viejos colegas de mi época se reunieron allí para felicitarme. Walker tenía dificultades para andar y se ayudaba de una muleta, había cambiado tanto que, a primera vista, no le reconocí.

Harold C. Urey, que casi me impidió entrar en la universidad, murió el 6 de enero de 1981, a la edad de ochenta y siete años. Ralf Halford, quien me preguntó por la tiotimolina en la defensa de mi tesis doctoral, también murió por esa época, a los sesenta y cuatro años de edad.

Había otras muestras del paso de tiempo. Charles Dawson, mi querido profesor de investigación, sigue vivo en el momento de escribir este libro, con setenta y nueve años de edad, pero el 27 de febrero de 1978 se retiró y fui a Columbia para demostrarle mi gratitud.

Todo esto no hace más que machacar nuestra mente con la evidencia del paso del tiempo. La sensación de la mortalidad se hacía más próxima y mi ataque al corazón de 1977 fue revelador, así como otras señales más visibles aunque menos

importantes, como las canas de mi pelo y mis patillas, y el hecho de que el 29 de marzo de 1978 tuviera que rendirme a mi edad y comprar mi primer par de gafas bifocales.

Un extraño retazo del pasado, que no tenía nada que ver con la muerte, apareció ante mí también por esa época.

A los ocho años, tuve una breve amistad con un chico de mi edad que se llamaba Solomon Frisch. Me contaba historias que se inventaba y yo le escuchaba fascinado. Su familia se trasladó a otro vecindario y perdí el contacto con él, pero nunca le olvidé. Es posible que al escucharle contar historias y saber que las inventaba, naciera en mí el primer deseo inconsciente de ser escritor.

Le mencioné en el primer volumen de mi autobiografía, y mi propia fascinación por la literatura me llevó a pensar que Solly, que inventaba historias con tanto entusiasmo, debía de haberse convertido en un escritor de éxito. Parecía inevitable, y puesto que no conocía a ningún escritor llamado Solomon Frinch, sólo cabían dos posibilidades: o escribía con un seudónimo o había muerto.

En realidad estaba vivo, y su hijo, al ver su nombre en mi biografía, se lo comentó. Solomon me escribió inmediatamente y el 7 de febrero de 1981 Janet y yo almorzamos con Solly y su mujer, Chicky. Nos reuníamos después de cincuenta y tres años.

Era evidente que Solly estaba felizmente casado y disfrutaba de la vida, pero para mi asombro y disgusto, nunca se convirtió en escritor. Trabajaba en Correos, y como me dijo alegremente:

—Creo que, por lo que a la literatura respecta, me agoté a los ocho años.

142. Un ordenador

En mi vida privada he sido muy conservador. Tiendo a encarrilarme en una rutina y a mantenerme en ella porque me resulta cómodo hacer las cosas como las he hecho siempre. El mundo de la tecnología avanza y gira a mi alrededor y lo ignoro hasta que irrumpe en mi vida con fuerza.

Sigo utilizando una vieja máquina de escribir eléctrica, una IBM Selectric III, y temo el día en que se estropee definitivamente y tenga que comprar una nueva. Las nuevas máquinas de escribir electrónicas no son de mi agrado. Demasiada fantasía para un alma simple como la mía. Incluso uso una cinta de tela (lo que cada vez es más difícil de conseguir) porque las de plástico de un solo uso se gastan demasiado deprisa debido a la velocidad y a la constancia con que yo trabajo.

Y, por supuesto, nunca se me ocurrió comprarme un ordenador.

¡Vamos, hombre! ¿Abandonar mi fiel máquina de escribir? Como verá, mi extraña obsesión por la lealtad también abarca a los objetos inanimados. Al principio tampoco me decidí a comprar una calculadora porque eso habría significado una traición para mi regla de cálculo. Después, cuando empecé a recibir por correo estas calculadoras de parte de gente que me quería regalar una por algún motivo que se me escapa, intenté no utilizarlas. Y, finalmente, cuando a mi testarudo yo no lo quedó más remedio que admitir la conveniencia de su utilización (sobre todo para las sumas y las restas, para las que no sirven las reglas de cálculo), seguí conservando de todas maneras mis dos reglas de cálculo y me siento muy culpable cada vez que las miro.

He oído muchas historias de gente que se compra un ordenador y después no vuelve a usar nunca la máquina de escribir. Yo no quería hacerle semejante faena a la mía así que hice oídos sordos contra el clamor creciente que insistía en que me comprara un ordenador. Mi hermano, Stan, mantuvo una insistencia constante y estoy seguro de que utilizó mi resistencia para bromear en el trabajo sobre “el idiota de mi hermano Isaac”.

Por fin, en la primavera de 1981, una revista de ordenadores (de ésas que estuvieron tan de moda) me pidió que escribiera un artículo sobre mis experiencias con mi ordenador. Creían que tenía uno, con la misma naturalidad que suponía que respiraba.

Les dije que no tenía ordenador y que no podía escribir su artículo. ¿Creen que eso me salvó? En absoluto. El asombrado e incluso ofendido personal de la editorial de la revista se encargó de inmediato de enviarme un ordenador. Me llegó el 6 de mayo de 1981.

Estaba horrorizado e hice todo lo que pude para fingir que no lo veía, a pesar de que se hallaba en medio de mi biblioteca, perfectamente empaquetado en varias cajas. Pero el 12 de mayo llegaron dos jóvenes de Radio Shack y me lo instalaron, mientras

me estrujaba las manos con desesperación. Era un microordenador TRS—80 Model II, de Radio Shack, con una impresora de margarita y un programa Scripsit.

Con el tiempo, llegaron a preguntarme en qué me había basado para elegir este modelo en concreto, puesto que daban por descontado que una persona con mi gran inteligencia habría pasado varios meses sopesando las ventajas e inconvenientes de todos los modelos existentes y habría elegido el mejor con todo esmero.

Mi respuesta fue siempre la misma:

—Porque es el que me dieron. ¿Hay otros más?

Y entonces todo el mundo se apresura a contar las historias de "el idiota de mi amigo Isaac".

Los que lo instalaron me enseñaron cómo funcionaba y me dieron dos volúmenes de instrucciones, grandes, pesados y escritos de la manera más incomprensible posible. (La gente que redacta los manuales de instrucciones siempre supone, o a mí me lo parece, que uno ya conoce el tema que intentan explicarle.)

No entendí sus instrucciones y el manual no me sirvió de nada. Soy un inepto irremediable para los aparatos y nada de lo que hiciese haría funcionar el ordenador. Los jóvenes volvieron el 4 de junio y me repitieron las instrucciones, que tampoco entendí. El 12 de junio hacía un mes que tenía el ordenador y seguía sin conseguir que funcionara como yo quería. Dos días después decidí pedir a Radio Shack que se llevaran el aparato y me senté frente a él para darle su última oportunidad.

Y funcionó de maravilla. Supongo que notó mi decisión y se asustó; no quería ser devuelto. Desde entonces, he sido capaz de utilizarlo y lo uso constantemente.

Pero sólo para preparar manuscritos. Hice que los técnicos de Radio Shack lo habilitaran para que tuviera los márgenes y el doble espaciado que quería, y todo lo demás. No tengo ni la más remota idea de cómo se pueden cambiar estas cosas. No podría ponerlo a un espacio o ajustar los márgenes, así que no lo utilizo más que para los manuscritos.

Tampoco sé cómo cambiar el número de la página. Así que cuando escribo algo en el ordenador indico para cada página los mínimos de edición necesarios (corregir la ortografía y la puntuación y a veces añadir, quitar o cambiar una palabra) y después paso a la siguiente. Y en cuanto he pasado una página, la anterior ya es prácticamente inalterable. Por fortuna, como nunca he revisado mucho mis obras, no es algo que me moleste.

Pero lo principal es que no he abandonado mi vieja máquina de escribir. La uso para la correspondencia, para los catálogos de fichas, para todo menos para los manuscritos. E incluso en este caso, la máquina de escribir no ha caído por completo en desuso. Las piezas cortas de hasta dos mil palabras más o menos, las escribo directamente en el ordenador, lo admito. Pero todo lo que sea más largo lo escribo primero en la máquina y después lo paso al ordenador, haciendo los cambios menores

página por página.

Al bueno de Stan esto le parece intolerable.

—¿Por qué haces eso? —me pregunta—. Tienes que teclear todo dos veces.

Intento explicarle que con las obras largas necesito el consuelo de un montón de papeles amarillos, el mismo montón del primer borrador al que he estado acostumbrado durante décadas y décadas. Si quiero comprobar algo que he puesto en alguna página anterior de la novela (por ejemplo ¿qué color de pelo he dicho que tenía mi héroe), prefiero pasar las hojas amarillas que ir de disquete en disquete.

Pero si hago el primer borrador de mis libros en la máquina, el lector se preguntará para qué quiero el ordenador.

En primer lugar, en los viejos tiempos, todavía hacía cambios de última hora en el borrador final. Se puede añadir o eliminar una palabra a mano. Además corregía algunos tipos de letra. Pero con el ordenador se acabaron los cambios a mano. Todos los introduzco en la pantalla, así que manejo una copia más limpia.

¿Es importante? Eso creo. Las correcciones hechas a mano hacen que el manuscrito parezca confuso. No es algo irremediable. Mis editores soportan algo de confusión en mis obras, pero como todo el mundo entrega copias limpias que han sido corregidas de manera invisible en la pantalla, me temo que mi desorden destacaría y les daría la idea subliminal de que mi obra es mala sólo porque está desordenada. Mi ordenador evita que esto suceda. Entrego una copia limpia, como todo el mundo.

Radio Shack me dejó el ordenador a prueba durante el resto del año 1981, con el pago por la instalación a posteriori. No obstante, en cuanto empecé a trabajar con él, decidí quedármelo, los llamé y pregunté cuánto costaba para extender un cheque que lo cubriera todo.

Pero me respondieron:

—Espere. No haga el cheque. ¿Le gustaría ser uno de nuestros portavoces? Si lo hace, se puede quedar con el ordenador y le pagaremos algo al mes.

Me pareció bien y fui su portavoz durante varios años. De vez en cuando me sometía a una sesión fotográfica de un día de duración y las fotos se utilizaban para anunciar productos de Radio Shack. Esto me resultaba algo incómodo, pero el ordenador funcionaba perfectamente, así que me pareció que recomendaba algo que valía la pena.

Con el tiempo, Radio Shack decidió hacer todo su trabajo publicitario en Tejas, donde estaba la sede central y, por supuesto, comprendieron que no quisiera ir allí, así que no me pidieron que hiciera nada más y se limitaron a enviarme mi sueldo mensual. No obstante, al cabo de algún tiempo, no soportaba que me pagaran por no hacer nada, así que se lo planteé: o se las arreglaban para que hiciera algo o no quería recibir más cheques. Dejaron de pagarme a partir de noviembre de 1987.

El primer libro que escribí con el ordenador fue Exploring the Earth and the Cosmos. Era el doscientos cincuenta y dos y en este momento he llegado a cuatrocientos cincuenta y uno. Si cuento los libros que tengo en imprenta en estos momentos, resulta que en los nueve años que hace que tengo el ordenador, he introducido más de doscientos libros en sus entrañas y, además, debo de haber escrito unas doscientas obras cortas que todavía no han aparecido en ninguno de esos libros. En conjunto, en un cálculo aproximado, debo de haber escrito entre diez y once millones de palabras con el aparato.

Y en todo este tiempo no me ha dado prácticamente ningún problema. Claro que en dos ocasiones se renovaron los cables y se engrasó el teclado, pero fui precavido y me agencié un segundo teclado, que siempre uso mientras el otro está en reparación, y así no pierdo el tiempo. El 13 de enero de 1988, un técnico entusiasta cambió el tubo de la pantalla, pero dudo que fuera necesario.

El 29 de marzo de 1982 el ordenador ni siquiera se puso en marcha. Llamé a la empresa y el hombre que vino al día siguiente estudió la situación y le dio al interruptor de la pared que dejé desconectado por casualidad y se me olvidó volver a conectar. No creo que esto pueda contabilizarse como un problema causado por el ordenador.

Puede que el lector piense que, ahora que tengo un ordenador y que estoy al corriente con los tiempos modernos, la gente ya me deja en paz, pues no. A la velocidad que progresan estos aparatos, el mío, que tiene nueve años, resulta medieval. De hecho, ya no se fabrica.

Aparentemente, se supone que debo estar al día y comprar las nuevas máquinas cada vez que surge una mejora. Pero no voy a ceder. No voy a cambiar de ordenador sólo para mantenerme al día. Soy leal al que tengo. Hace todo lo que necesito y uno nuevo no significaría más que pasar por el purgatorio de aprender un conjunto de nuevos hábitos.

Así que le digo a todo el mundo: “Cuando se rompa el ordenador que tengo, me compraré uno más moderno.”

Por fortuna no se ha roto.

143. La policía

Nunca he tenido problemas graves con la ley, aunque después de conducir durante cuarenta años me han puesto dos multas de aparcamiento y otras dos o tres por exceso de velocidad, pero no creo que sea algo terrible.

Mi peor infracción de tráfico tuvo lugar en la interestatal de Massachusetts, donde me pararon por exceso de velocidad y, con gran sorpresa, resultó que mi carné de conducir había caducado. El policía de tráfico que me detuvo me reconvino con severidad, pero no me llevó a comisaría (como yo temía). Se limitó a decirme que dejara conducir a Janet y que no tocara el volante hasta que no renovara el carné.

Esto también tiene una explicación. En 1975 me había trasladado del apartamento que tenía cuando volví de Nueva York al piso, bastante más amplio, que Janet y yo hemos ocupado desde entonces. Sólo nos habíamos desplazado a seis manzanas de distancia y nuestra correspondencia seguía llegando a través de la misma oficina de correos. Pero cuando llegó el nuevo carné de conducir, que habían mandado a la antigua dirección, la oficina de correos, que me enviaba unas cincuenta cartas al día a la nueva dirección, lo devolvió con una nota de "dirección desconocida". Cuando llegué a casa después de mi desgraciado viaje, fui a pedir un nuevo carné, y después discutí el asunto con la oficina de correos.

También me las tuve con la policía en 1982. Al volver de un viaje me sentí bastante mal. Entré en el ascensor de mi casa y allí estaba una mujer que succionaba un cigarrillo a pesar de que había un cartel de "Prohibido fumar" delante de sus narices. Señalé el cartel y le pedí que apagara el cigarrillo y me lanzó una bocanada de humo a la cara.

Así que hice como si fuera a quitarle el cigarrillo de la mano, ella soltó un grito y me atacó. Janet, como sabía que estaba enfermo, se puso delante de mí y la detuvo. Al cabo de media hora había dos agentes y una mujer policía frente a mi puerta porque la fumadora informó de que la había atacado. Les expliqué la situación y se fueron.

En febrero de 1983 recibí una citación policial y descubrí que me pedían medio millón de dólares. Es la única vez en mi vida que me han llevado a los tribunales. Más divertido que asustado llamé a mis abogados, Donald Laventhall y Robert Zicklin, y me sacaron indemne del asunto.

Aunque Don y Bob son mis abogados, les doy muy poco trabajo, y puesto que soy incapaz de mantener sólo relaciones de trabajo con nadie durante mucho tiempo, se han convertido en mis amigos. En dos ocasiones llevé a Bob Zicklin, que vive en el centro, a unas pocas manzanas de mi casa, a la sede de los Trap Door Spiders como invitado, y se divirtió tanto que el 21 de noviembre de 1986 fue admitido como socio. Se convirtió en uno de los miembros más entusiastas.

Bob me descubrió el intríngulis de este proceso abortado. Me dijo:

—No tiene caso y ella lo sabe, al igual que su abogado, pero piensan que pueden sacarte una indemnización. Cualquiera lo hará si te reconoce, así que ten mucho cuidado. Evita cualquier altercado, porque eres una celebridad.

Es difícil recordarlo continuamente, pero en nuestra sociedad litigante, supongo que no tengo otra alternativa.

No obstante, el contacto más extraño que he tenido con la policía se produjo el 7 de octubre de 1989. Era un tranquilo sábado por la tarde y estábamos los dos viendo la televisión. Janet contemplaba *Star Trek* en su despacho y yo la repetición de un episodio de *Kate & Allie* en el salón cuando sonó el timbre de la puerta.

Nadie puede llegar a nuestra puerta desde la calle sin anunciarse previamente, así que supuse que era algún empleado del edificio o un vecino. Fui a la puerta (Janet se niega a ser molestada mientras ve *Star Trek*) y grité:

—¿Quién es?

No hubo respuesta así que me acerqué a la mirilla y vi varios uniformes de policía. Abrí rápidamente la puerta y allí estaban cuatro hombres y una mujer.

—¿Qué sucede? —pregunté asombrado.

—Nos han avisado de una pelea doméstica —respondió el oficial al mando.

—¿Aquí? —dije—. Debe de ser en otro apartamento.

—No. Nos han dado el número del apartamento y el nombre. —Señaló el nombre de la puerta y después añadió—: Nuestra información es que usted amenazaba a su mujer con una navaja en su garganta.

No creo que Lawrence Olivier hubiera podido fingir la expresión de completa sorpresa de mi cara.

—¿Yo? ¿En su garganta? —repetí.

Entonces me di cuenta de que Janet seguía en su despacho con la puerta cerrada, y pensé que sería mejor que le presentara a mi mujer intacta o creerían que estaría tumbada tras la puerta y convertida en un cadáver apaleado. Así que grité:

—¡Janet! ¡Ven aquí!

Tuve que llamarla tres veces (con la policía cada vez más desconfiada) antes de que Janet, enfurecida por verse obligada a abandonar su programa de televisión, traspasara la puerta. Vio a la policía y se asustó.

Le repetí lo que me había dicho la policía, y si alguien podía parecer más asombrado que yo, ésa fue Janet.

Después de que la policía comprobara que se trataba de una falsa alarma, se fue, y Janet y yo discutimos las posibilidades. ¿Quién podía haber informado de algo tan ridículo? La respuesta obvia era que un admirador, a lo mejor un poco borracho, había pensado que era una broma divertida, pero muy pocos admiradores podían saber mi dirección y número de apartamento.

Después recordé que alguien estuvo acosando a Janet llamándola por teléfono. (Su nombre de soltera, que usa profesionalmente, está en el listín telefónico.)

Llamamos a la policía. ¿Qué nombre les habían dado?

Por supuesto, el de Janet.

Al cabo de una semana había escrito un relato de los viudos negros basado en el incidente. Lo titulé: *Police at the Door* (La policía en la puerta) y fue publicado en el número de junio de 1998 de *EQMM*.

144. Heinz Pagels

Almorcé con Heinz Pagels el 12 de abril de 1982 y llegué a conocerle bien. Era un hombre alto, con la frente despejada y una melena prematuramente canosa que contrastaba de manera extraña con su aspecto juvenil. Parecía incluso más joven de lo que sus cuarenta y dos años indicaban. Era un físico brillante que pronto elegirían presidente de la Academia de Ciencias de Nueva York. Escribió varios libros sobre mecánica cuántica, incluido *The Cosmic Code*, que leí con gran placer.

En mi opinión era la más brillante de las lumbreras que acudían a las cenas de Hugh Downs. También dirigía el Reality Club, un grupo de mentes preclaras que se reunían más o menos todos los meses en distintos lugares de Manhattan para escuchar charlas de más que notable erudición y para discutir posteriormente sobre el tema. Me invitaron a participar, pero no fui con regularidad. Hubo algunos momentos muy interesantes en las pocas sesiones a las que asistí. Di mi propia conferencia en el Reality Club el 7 de mayo de 1987, y por supuesto, hablé sobre ciencia ficción.

El 5 de noviembre de ese mismo año, Alan Guth dio una conferencia fascinante sobre el "Universo inflacionario", una teoría que fue el primero en presentar.

Algún tiempo antes yo había oído hablar a Heinz por primera vez de la teoría inflacionaria del Universo. Él me explicó que era posible que el Universo se hubiera iniciado con una partícula subatómica que representaba apenas una fluctuación cuántica en un mar infinito de "vacío falso".

Estaba fascinado porque años antes de que nadie hubiera sugerido algo así yo había escrito un artículo, titulado *I´m Looking Over a Four-Leaf Clover* (*F&SF*, septiembre de 1969), en el que presentaba mis ideas sobre cómo empezó todo, y la explicación que avancé fue: "En el principio no había nada", y la llamé la Primera Regla de la Cosmología de Asimov.

No era más que una intuición, pero estoy muy orgulloso de mi instinto científico, y este incidente me agradó.

También recuerdo algunas discusiones. El 5 de febrero de 1987, un orador que hablaba de la Iglesia cristiana primitiva expuso algunas opiniones bastante parciales en las que atribuía a Jesús el papel de un mago. A propósito de algo que dijo señalé que el verdadero fundador del cristianismo había sido san Pablo y que sin él el cristianismo podía haber vivido y muerto como una oscura secta judía.

No estuvo de acuerdo conmigo y citó algunas comunidades cristianas muy prósperas que San Pablo nunca visitó. Traté de explicarle que todas esas comunidades fueron desmanteladas por lo que la Iglesia posterior consideró herejías y, a la larga, por el Islam, y que en las regiones en las que San Pablo fue misionero fue donde la corriente principal de la cristiandad sobrevivió y floreció.

Intenté citar a Horacio, que dijo: "Muchos hombres valientes vivieron antes que

Agamenón, pero todos están postrados en la noche eterna… porque no tuvieron un poeta sagrado.” Traté de explicar que san Pablo fue para Jesús lo que Homero para Agamenón, pero no pude exponer mi punto de vista porque me interrumpía para repetir sus propias opiniones. No me habría importado si me hubiese escuchado y después me hubiese refutado, pero no me escuchaba y Heinz tuvo que detenerme porque vio que me estaba enfadando cada vez más y temía que explotara e hiriera los sentimientos del huésped invitado.

En otra ocasión intentaba explicar que el carbono 14 era más peligroso para el cuerpo que el potasio 40, porque el carbono 14 afectaría hasta los propios genes, en los que cada ruptura significa, sin excepción, una mutación, mientras que el potasio 40 no está presente en los genes y, por tanto, no causa mutaciones obligatoriamente.

La premio Nobel Rosalyn Yalow opinaba que el potasio 40 producía más energía al desintegrarse y que, por tanto, era más peligroso. Varias veces señalé que no era la energía sino la localización lo que constituía el peligro, y ella se negaba a admitirlo.

Por supuesto, el lector puede argumentar que yo era tan testarudo en mis opiniones como ellos en las suyas. Sí, desde luego, pero yo tenía razón y ellos estaban equivocados, y ahí radicaba la conferencia.

Recuerdo que en otra ocasión, reflexionaba sobre los fractales, que son conjuntos de curvas con propiedades fascinantes. Tienen dimensiones fraccionarias, de manera que una curva fractal puede que no presente una dimensión, ni dos, sino una dimensión y media, que es la razón por la que les llaman fractales. Dichas curvas pueden ser de una complejidad infinita, de manera que cada pequeña parte, por muy pequeña que sea, es tan compleja como el conjunto.

La teoría de los fractales fue desarrollada con detalle por primera vez por el matemático franco-estadounidense Benoit Mandelbrot, a quien conocí el 16 de abril de 1986, cuando el Instituto Franklin de Filadelfia le ofreció un homenaje. En esa ocasión yo daba la conferencia principal de la tarde, pero no me habían avisado de que se trataba de una ceremonia de gala. En definitiva, fui el único que no llevaba esmoquin, lo que no me molestó en absoluto.

Sea como fuese, Heinz planteó la siguiente cuestión en una reunión del Reality Club:

—¿Podrá la ciencia explicarlo todo alguna vez? Y ¿podemos decidir si puede hacerlo?

Me puse de pie de inmediato y dije:

—Estoy seguro de que la ciencia nunca podrá explicarlo todo y puedo dar mis razones para esta opinión.

—Adelante, Isaac —dijo Heinz.

—Creo que el conocimiento científico tiene propiedades de fractal; no importa cuanto aprendamos, lo que queda, por muy pequeño que pueda parecer, es tan

infinitamente complejo como lo era el todo al empezar. Ése, creo, es el secreto del Universo.

—Muy interesante —dijo Heinz pensativo, pero ninguno de los presentes añadió nada más.

El 25 de julio de 1988, en la reunión anual del Instituto Rensselaerville, Mark Chatrand llevó una cinta de video de media hora que mostraba un fractal. Empezaba con una figura oscura en forma de corazón que tenía pequeñas figuritas alrededor y poco a poco se iba agrandando en la pantalla. Una figura "satélite" era enfocada lentamente y se hacía mayor hasta que llenaba la pantalla y se advertía que también estaba rodeada por figuras subsidiarias que, cuando se agrandaban, seguían teniendo otras figuras "satélite".

El efecto era el de un lento hundimiento en una complejidad que nunca cesaba de ser compleja. Estaba totalmente hipnotizado al mirar este desdoblamiento interminable. Así, creía yo, era el descubrimiento científico, un desdoblamiento interminable de capas de complejidad cada vez más profundas.

Me acordé de Heinz y pensé con ilusión que le hablaría de la cinta, si todavía no la conocía.

Pero en Rensselaerville yo no leía los periódicos, ni oía la radio ni veía la televisión. Por tanto, no sabía que exactamente veinticuatro horas antes de que yo viera la cinta de los fractales, Heinz Pagels, que asistía a una conferencia en Colorado, se disponía a descender de una montaña a la que había subido. (Era un escalador entusiasta.) Pisó una roca suelta, perdió el equilibro, cayó rodando montaña abajo y se mató.

No lo descubrí hasta que volví a casa y repasé los números atrasados del *New York Times*. Di un grito, conmocionado, y Janet vino corriendo asustada para ver lo que había sucedido. Heinz tenía sólo cuarenta y nueve años cuando murió.

145. Nuevas novelas de robots

Incluso antes de que se publicara *Los límites de la Fundación*, en Doubleday estaban satisfechos con el acuerdo de los anticipos y con las ventas de derechos para el extranjero, que iban a proporcionar mucho dinero. Yo no lo estaba, sencillamente porque no podía creer que uno de mis libros pudiera ser un best-seller. Si había escrito doscientos sesenta y un libros seguidos que no fueron best-seller, en mi opinión, eso establecía un patrón.

Sin embargo, los de Doubleday estaban tan seguros de sus razones que hicieron que Hugh O'Neill me entregara un contrato para escribir otra novela, el 18 de mayo de 1982. Este contrato me ofrecía un adelanto bastante más elevado que el de *Los límites de la Fundación*. Además, en cuanto lo firmé, Hugh me dio un cheque por la mitad del anticipo.

Mantuve la calma. Ni siquiera pensaba empezar la nueva novela hasta que *Los límites de la Fundación* se publicara y comprobara cómo se vendía.

Lo comprobé. Cuando apareció en la lista de libros más vendidos, supe hasta que no tenía elección. Empecé la nueva novela el 22 de septiembre de 1982.

Sin embargo, ni en el contrato ni en ninguna comunicación verbal se decía que debía ser otra novela de la Fundación y desde luego no quería que lo fuera. En vez de eso, pensé en reemprender otra serie que no había terminado nunca.

En 1954 había publicado la versión en libro del relato *Bóvedas de acero* y su continuación, *El sol desnudo*, en 1957. En 1958 tenía otro contrato para una tercera novela sobre Elijah Baley y R. Daneel Olivaw (el detective y su robot ayudante), ya que mi intención era hacer otra trilogía con ellos. Empecé el tercer volumen en 1958 y me quedé atascado en el capítulo octavo. No se me ocurría nada más y no me gustaba lo que había escrito. Éste era el libro del que traté de devolver los dos mil dólares de adelanto que Doubleday me pagó. Al final transfirieron el anticipo a mi primer libro de no ficción con Doubleday, *Life and Energy*.

En 1982, veinticuatro años después de haber fallado con el tercer libro de la trilogía de robots, mis pensamientos volvieron de nuevo hacia él. Si había logrado con éxito escribir un cuarto libro de la Fundación, sin duda, podía añadir un tercer libro a la saga de los robots.

En 1958 me había atascado en una narración en la que pretendía que una mujer se enamorara de un robot humanoide como R. Daneel Olivaw. Entonces no encontré la manera de hacerlo, y mientras escribía los ocho capítulos, la necesidad de describir la situación se hizo imperiosa y aterradora a la vez.

Pero en 1982 la mentalidad había cambiado. Los escritores podían hablar con más libertad de las relaciones sexuales, y yo era mejor escritor. No volví a los capítulos olvidados (cosa que sí hice con las catorce páginas del material de la Fundación). No

los quería para nada. Decidí empezar de nuevo.

Me habían pedido que *Los límites de la Fundación fuera más larga* que mis anteriores novelas, que tenían unas setenta mil palabras, excepto *Los propios dioses*, que tenía noventa mil. Por eso, *Los límites de la Fundación* llegó a las ciento cuarenta mil palabras. Supuse que las instrucciones eran válidas para las siguientes obras y resolví que la tercera novela de robots también sería de ciento cuarenta mil palabras, o sea, tan larga como las dos primeras novelas de robots juntas. Esto me daría más espacio para describir los detalles de la nueva sociedad de la que trataría, y una mayor comodidad para resolver la complejidad del argumento.

Llamé a la nueva novela *The World of the Dawn* (El mundo del amanecer), porque el marco principal se desarrollaba en un planeta llamado Aurora, diosa romana del amanecer. Pero Doubleday, una vez más, tuvo la última palabra. Una novela de robots, según ellos, tenía que incluir la palabra “robot” en el título. Por tanto, el libro se llamó *Los robots del amanecer*, que resultó ser un título todavía más adecuado.

Me divertí mucho más con esta novela que con *Los límites de la Fundación*. En parte porque con un éxito de ventas en el bolsillo, esta vez tenía más confianza.

Además, *Los robots del amanecer*, al igual que las otras dos novelas anteriores, trataba fundamentalmente de un misterioso asesinato y me siento muy a gusto con estos relatos.

Terminé la novela el 28 de marzo de 1983. para entonces *Los límites de la Fundación* se había vendido tan bien y *Los robots del amanecer* había gustado tanto a los editores de Doubleday que me resigné a escribir novelas.

En realidad, esta última novela también figuró en las listas de libros más vendidos, pero durante menos semanas que la primera, aunque en mi opinión era mejor. Probablemente esto fue debido a dos razones ajenas a las cualidades relativas de ambos libros. Por un lado, *Los límites de la Fundación* se había beneficiado de la expectación creada por la aparición de un nuevo libro de la Fundación. La expectación creada por un tercer libro de robots no fue tan larga ni tan intensa. Por otro lado, el éxito de un libro depende en gran medida del resto de los libros que aparecen al mismo tiempo. *Los límites de la Fundación* se publicó sin apenas competencia mientras que *Los robots del amanecer* tuvo que enfrentarse a varios libros más.

Puesto que estaba obligado a seguir con otra obra, el placer que me produjo escribir *Los robots del amanecer* me llevó a emprender la cuarta novela de robots. En ella, Elijah Baley iba a morir, pero ya había decidido que el robot, Daneel Olivaw, era el verdadero héroe de la serie y que seguiría en activo.

Con todo, el hecho de que mis robots fueran evolucionando en cada uno de mis libros, hacía más difícil evitar que no los introdujera en mi serie de la Fundación.

Con gran esmero, busqué una razón para ello y, al meditarlo, me di cuenta de que necesitaba unir mis novelas de robots y de la Fundación en una sola serie. Intenté iniciar este proceso en la cuarta novela de robots y para insinuar mis intenciones quería titularla *Robots e imperio*.

Discutí el tema con Lester y Judy-Lynn del Rey, porque la editorial Random House había absorbido a Fawcett y controlaba mis obras de ficción en rústica. En concreto, estaban editando mis nuevas novelas de los ochenta y pensé que deberían saberlo. Para mi sorpresa y disgusto, los del Rey se opusieron rotundamente a mi propuesta. Argumentaban que los lectores preferirían tener las dos series por separado y me pareció que estaban dispuestos a no publicar las versiones en rústica si seguía adelante con mi plan.

Me fui muy desanimado y le expliqué la situación a Kate Medina. (A Hugh O'Neill le habían ofrecido un puesto en Times Books, y Kate, a quien conocía desde hacía años, era mi nueva directora.)

Me preguntó:

—¿Qué es lo que quieres hacer tú, Isaac?

—Quiero unir las dos series —le respondí tristemente.

—Pues tú eres el escritor, hazlo.

—No lo entiendo, Kate. Si lo hago, los del Rey probablemente no comprarán los derechos para editar mis libros en rústica.

—Eso no es tu problema —sostuvo Kate—. Tú escribe lo que quieras y Doubleday venderá los derechos en rústica; si no a los del Rey, a otros.

(Así que ya puede ver el lector lo fácil que es ser leal a Doubleday. ¡Después de todo, ellos son leales conmigo!)

Seguí adelante, escribí *Robots e imperio* e inicié claramente el proceso de fusión de las dos series. Al final, triunfó la virtud, ya que los del Rey, a pesar de todo, compraron los derechos. Tuvo lugar una fiesta de presentación del libro el 15 de septiembre de 1985 y Judy-Lynn del Rey asistió de muy buen humor y nunca mencionó una palabra del tema. (Fue la última vez que la vi con vida. Es estupendo que no podamos predecir el futuro.) Dicho sea de paso, aunque *Los límites de la Fundación* se publicó en 1982 y *Los robots del amanecer* un año más tarde, *Robots e imperio* no apareció hasta 1985. La razón de este retraso la explicaré más adelante.

Robots e imperio se vendió muy bien y figuró en la lista de libros más vendidos de *Publishers Weekly*, al igual que las dos novelas anteriores, pero no apareció en la lista del *New York Times*. Esto era importante porque las ventas de libros en rústica proporcionaban ingresos extraordinarios si el libro permanecía durante cierto tiempo en la lista de *best-sellers*, y sólo contaba la del *New York Times*.

En consecuencia, me sentía desanimado; no por la pérdida de ingresos sino por lo que yo pensaba que podía ser una desventaja para Doubleday. Fui a ver a Kate y le

propuse no volver a escribir más novelas puesto que no había aparecido en la lista del *Times*.

Y Kate me respondió:

—No te preocupes por eso. Si el libro no aparece en la lista, es culpa nuestra, no tuya. Tú limítate a escribir las novelas y deja que nosotros nos ocupemos de lo demás.

Así que volví a la serie de la Fundación y escribí *Fundación y Tierra*, que era una continuación de *Los límites de la Fundación* y el quinto libro de la serie. Se publicó en 1986, y esta vez apareció en la lista de los libros más vendidos, no sólo en la de *Publishers Weekly* sino también en la del *New York Times*.

146. Robyn de nuevo

Como ya dije anteriormente, la ruptura de mi primer matrimonio no destruyó ni debilitó en modo alguno el profundo afecto que nos profesamos Robyn y yo.

Robyn se graduó en el Boston College, especializándose en psicología, el 22 de mayo de 1978. Después fue a la Universidad de Boston y el 27 de mayo de 1981 se licenció en asistencia social.

Asistí a ambas ceremonias de graduación. En la primera conseguí evitar a Gertrude acudiendo únicamente a la ceremonia y no a la recepción posterior.

Pero, en la segunda, ni Gertrude ni yo queríamos perdernos la ceremonia y, con gran recelo, Robyn nos pidió que asistiéramos y nos aguantáramos mutuamente. Yo también recelaba, pero puesto que ninguno de los dos queríamos aguarle una ocasión tan señalada a Robyn, funcionó. Incluso invité a Gertrude a almorzar a solas, y resultó bastante agradable. Estaba más delgada y creo que había dejado de fumar. Acababa de cumplir sesenta y cuatro años el día anterior, pero todavía era atractiva y parecía mucho más joven. Fue el primer encuentro desde nuestro divorcio.

Al cabo del tiempo, Robyn descubrió que no quería ser asistenta social durante toda su vida. Tuvo que enfrentarse tan a menudo a la infelicidad y a la tristeza de la gente de la que se ocupaba, que su sensible corazón no lo aguantó y sufrió una depresión. Además, la administración Reagan siguió transfiriendo fondos de los hospitales y otras instituciones sociales muy necesitadas a los bolsillos de los fabricantes de armas, y por consiguiente las condiciones de trabajo en estos centros de asistencia fueron empeorando cada vez más.

Robyn decidió trasladarse a Manhattan y encontrar allí un trabajo, en el tumulto de la metrópoli más extraordinaria del mundo. Yo me opuse. Me encanta Manhattan y no viviría en ningún otro lugar, a no ser que me obligaran a punta de pistola. Tampoco sentía ningún temor, a pesar de la impresión general de la gente que dice que la ciudad de Nueva York padece el mayor índice de delincuencia urbana. Con todo, debo admitir que me inquieté al pensar que Robyn viviría en Manhattan. Sin embargo, si ella lo quería, era su propia decisión.

Procuro no interferir en absoluto en la vida de Robyn, aunque vive en la misma ciudad. Tampoco le pido que me visite a menudo. Hablo con ella por teléfono, pero (a propósito) de forma irregular. No quiero que se sienta atada y, sinceramente, una de mis grandes preocupaciones es que, cuando llegue mi hora, a ella no le resulte difícil aceptar este inevitable trance.

Preferiría incluso que nuestra relación fuera más distante, aunque esto me afectara negativamente, si esta actitud la ayudara a superar su dolor cuando —de muy mala gana— yo la abandone.

Es obvio que también estoy preocupado por Janet por la misma razón. Ella y yo

llevamos juntos desde que vine a Nueva York en 1970 y me imagino cómo reaccionará cuando yo —de manera absolutamente involuntaria— la abandone. Me doy cuenta de cómo se preocupa por mí, de sus temores cada vez que toso o me sueno, pero ¿qué puedo hacer? (Oigo a Janet y a Robyn exclamar a coro: “¡Vivir eternamente! ¡Eso es lo que puedes hacer!”)

Bien, lo intentaré, pero debo admitir que la confianza me abandona a medida que envejezco y mi salud va empeorando.

147. *Bypass* triple

Habían pasado seis años desde que sufrí el ataque al corazón y durante ese tiempo llevé una vida normal, igual que antes. Mi agenda estaba repleta de conferencias fuera de la ciudad, de almuerzos y cenas de negocios y de entrevistas y compromisos sociales. En estos seis años, publiqué alrededor de noventa libros, incluidas las dos novelas que aparecieron en la lista de los libros más vendidos.

¿Por qué no me lo tomé con más calma? No cabe duda de que sufrir un ataque al corazón es una excelente excusa para vivir con más tranquilidad.

Pero, en primer lugar, no quería hacerlo. Me daba miedo ir más despacio.

El segundo motivo es que me negaba a aceptar mi situación. Había conocido a algunos hipocondríacos que disfrutaban con su mala salud, insistían en ello, dejaban de ir a un médico si les decía que no tenían nada y utilizaban su mala salud para ser compadecidos y obligar a los demás a estar pendientes de ellos.

Yo decidí no ser así. Me tomaba cualquier enfermedad como si fuera un insulto a mi masculinidad y, por tanto, negaba su existencia. Insisto en que estoy bien cuando es obvio que no lo estoy, y si no me queda más remedio que aceptar la enfermedad, a pesar de todo lo que diga o haga, me encierro en un silencio taciturno hasta que me recupero; y entonces, niego que haya estado enfermo en algún momento. Como puede ver el lector, mi ataque cardíaco me produjo otro tipo de problemas y, hasta donde pude, me negué a reconocer que lo había padecido e insistí en que podía vivir una vida normal sin preocuparme.

En tercer lugar, yo tenía prisa ya que a pesar de todo, no podía negar que era mortal; en realidad, mucho más mortal de lo que me había sentido hasta entonces. Cuando era joven me ilusionaba pensar que viviría hasta el año 2000, un año tan carismático para la ciencia ficción; en otras palabras, hasta que tuviera ochenta años. Di por supuesto que lo conseguiría.

Pero cuando mis padres murieron antes de esa edad y a mí me operaron un cáncer de tiroides, tuve que admitir que llegar a los ochenta tal vez fuera poco realista y que a lo mejor me tendría que conformar con vivir hasta los setenta. Después del ataque al corazón, a los cincuenta y seis años, me preguntaba si no tendría que darme por satisfecho con llegar a los sesenta. Por tanto, sentía la necesidad de acelerar en vez de frenar, para terminar la mayor cantidad de trabajo posible antes de ser obligado, de muy mala gana, a abandonar mi máquina de escribir.

Así que, con todo esto, el lector comprenderá por qué en los años posteriores al ataque de corazón trabajaba todo lo que podía.

Sin embargo, a pesar de todas las negaciones, no podía desprenderme de mi herencia personal de debilidad cardiaca. Estaba mi angina. No era muy molesta, pero si andaba más de lo conveniente, demasiado deprisa, o subía una cuesta, el dolor

atenazaba mi pecho y me obligaba a esperar a que pasara. Me enfurecía esta prueba fehaciente de vejez y mortalidad, pero no tenía solución.

Sin embargo, durante años fue un problema menor, puesto que podía evitarla sólo con andar a paso moderado y contando con las pausas naturales de los semáforos en rojo (así fingía que no me tenía que parar por razones internas).

El problema fue que la situación empeoró lentamente y, en 1983, llegó un momento en que mi dolencia no se podía ignorar. Ya no había negación posible. Mis arterias coronarias se estrechaban porque se formaban placas, y en consecuencia, mi corazón recibía cada vez menos oxígeno. Sin embargo, era incapaz de anotarlo en mi diario; no podía poner la verdad por escrito.

Durante el fin de semana del Día del Trabajo fui a la Convención Mundial de Ciencia Ficción en Baltimore. El 4 de septiembre de 1983 *Los límites de la Fundación* ganó el premio por un estrecho margen, a pesar de la competencia de Heinlein y Clarke. Era mi quinto Hugo.

Pero para mí, la convención fue auténticamente memorable porque se celebraba en dos hoteles adyacentes, y tuvimos que recorrer constantemente las pasarelas para trasladarnos de uno a otro. Yo tuve muchas dificultades para lograrlo.

El 12 de septiembre pasé algún tiempo con George Abell, el astrónomo, a quien conocí anteriormente gracias a Carl Sagan. Era un hombre muy inteligente y muy agradable, más joven que yo, y parecía estar en perfecta forma puesto que hacía ejercicio con regularidad y no presentaba ninguna señal de obesidad.

Yo pensaba en mi vida sedentaria y en el creciente martirio que constituía mi angina, y supongo que habría sentido envidia si no hubiese sido porque era muy consciente de que estaba así por mi culpa; era el resultado de toda una vida de abusos dietéticos y sedentarios. No tenía derecho a dar rienda suelta a mi envidia, aunque no fue necesario, puesto que el 7 de octubre el pobre George murió de un ataque al corazón, y yo seguía vivo. Sólo tenía cincuenta y siete años, la edad a la que yo sufrí el ataque al corazón.

Seis días más tarde asistí a “Nueva York es el país del libro”, una fantasía anual de promoción literaria que tiene lugar en la Quinta Avenida, que permanece temporalmente cerrada al tráfico. Robyn se presentó con dos amigas y después nos fuimos todos a cenar. Tuve que rogarles que fueran más despacio y me arrastré lentamente porque no podía ir más deprisa. Fue muy embarazoso para mí puesto que además Robyn se asustó.

El 24 de septiembre mencioné la angina en mi diario.

Pero la vida continuaba y yo incluso pretendía que estaba bien. Daba mis conferencias, viajé a Connecticut y a Boston (para dar una última charla en la facultad de medicina el 3 de octubre de 1983) e incluso fui a Newport News (Virginia).

El 23 de septiembre conocí a Indira Gandhi en una reunión que tuvo lugar a petición suya con una serie de autores, quienes le entregamos varios libros. Era una mujer afable e inteligente.

Cinco días después asistí a una ceremonia benéfica destinada a recaudar fondos para bibliotecas, y en el escenario, como parte del entretenimiento, Richard Kiley recitó *The Walrus and the Carpenter*, de Lewis Carroll. Hacia el final se quedó atascado en un verso y después de algunos segundos de incertidumbre en los que dudaba en intervenir, le grité el verso. (Me aprendí de memoria las dieciocho estrofas del poema en la escuela y estas cosas no se me olvidan.) Siguió y yo traté de pasar desapercibido en mi asiento pero no lo logré. El maestro de ceremonias me reconoció y rápidamente anunció quién había sido el "apuntador".

Pero el 17 de octubre de 1983, en mi visita mensual a Paul Esserman, finalmente me derrumbé y admití ante un médico que tenía problemas con la angina. Intenté restarle importancia, pero Paul no lo pasó por alto. Frunció el ceño, llamó por teléfono al cardiólogo Peter Pasternack y me concertó una cita.

Cuatro días más tarde conocí a Pete Pasternack, quien también se negó a restarle importancia a mi angina. Fijó una fecha para hacerme un test de estrés y utilicé por primera vez parches de nitroglicerina para aliviarme, pero no sirvieron de mucho. Al día siguiente fui con Marty Greenberg desde mi casa al hotel en el que se celebraba el Bouchercon (una convención de autores de relatos de misterio). No era más que un kilómetro pero tuve que pararme tres veces con grandes dolores. De nuevo me enfadé y me preocupé por el susto que le di a Martin.

El 25 de octubre Janet llevó a la reunión del Dutch Treat Club una pierna de mujer de chocolate (casi de tamaño natural, pero hueca). Me la habían regalado en Doubleday y Janet no permitió que me la comiera yo solo. El club la aceptó con mucho gusto y la repartieron entre todos (incluido yo) para el postre. Esperaba que Janet, después de hacer la entrega, fuera acompañada, más o menos educadamente, hasta la puerta, ya que era, después de todo, una reunión masculina, pero nadie lo hizo. En agradecimiento por el regalo, la sentaron a la mesa presidencial (mientras yo estaba en mi habitual mesa judía) y la colmaron de atenciones.

El 26 de octubre pasé el test de estrés y no salí nada airoso. Me fotografiaron el corazón con isótopos que mostraban con toda claridad que mis arterias coronarias estaban muy obstruidas. Ese día escribí en mi diario que 1983 estaba en camino de convertirse, con mucho, en mi mejor año por lo que a ingresos se refería, pero que por desgracia "no esperaba sobrevivirlo durante mucho tiempo".

Y, sin embargo, la vida seguía e incluso en esta crisis viajé a Filadelfia para dar una conferencia. Por otro lado, tuve la precaución de preparar un nuevo testamento el 4 de noviembre.

Diez días más tarde fui al hospital de la universidad para hacerme un angiograma.

El bloqueo coronario era grave, pero según Peter Pasternack todavía tenía “opciones”. Podía someterme a una operación de *bypass* triple o depender de las pastillas de nitroglicerina y llevar una vida normal sin pasar por el quirófano aunque sería, más o menos, un “lisiado cardíaco”.

—¿Qué probabilidades hay de morir en la mesa de operaciones, Peter? —le pregunté.

—Alrededor de una entre cien —me respondió—. Pero esto es válido para todo el mundo: la gente muy mayor, los que sufren emergencias, los que tienen mal el corazón. En tu caso, las probabilidades son mucho menores.

—¿Y cuáles crees que son mis posibilidades de morir al cabo de un año si no me opero?

—Calculo que una entre seis.

—De acuerdo —le dije—. Me operaré.

Así que Peter me concertó una cita con el cirujano.

(En esa época tenía que empezar una nueva novela, pero me negué hasta estar seguro de que viviría para terminarla. Si podía evitarlo, no pensaba dejar detrás de mí una novela inacabada, como hizo Charles Dickens. Por esta razón hubo un lapso de un año antes de que se publicara *Robots e imperio*. No obstante, no haraganee. Durante esos meses trabajé como un loco en la revisión de *Introducción a la ciencia*, puesto que esperaba completar la cuarta edición antes de morir.)

El 29 de noviembre fue a ver a Steven Colvin, un hombre joven, delgado e hiperactivo, dedicado por completo a su trabajo y que era, probablemente, el mejor cirujano de operaciones a corazón abierto del mundo.

Peter me lo recomendó y, como testimonio de la valía de Colvin, me explicó que había operado a su madre el año anterior. Recapacité y después le hice una pregunta destinada a cubrir un flanco que quedaba fuera de la lógica.

—¿Quieres a tu madre, Peter?

—¡Muchísimo! —replicó él con tanta sinceridad que podía ponerme en las manos de Colvin con toda tranquilidad.

Después de examinarme, Colvin me preguntó si quería esperar hasta después de las fiestas de Navidad para operarme.

En realidad, tenía una razón para esperar, ya que quería asistir al banquete anual de los Baker Street Irregulars que se celebraría el 6 de enero. Estaba preparando una canción para cantarla con la melodía de Danny Boy y quería hacerlo de todo corazón.

Pero no me arriesgué, así que respondí:

—No, doctor Colvin, quiero operarme lo antes posible.

Se fijó la fecha para el 14 de diciembre de 1983.

Terminé la canción, la grabé en una cinta magnetofónica y le dije a Janet que la entregara a los BSI si yo no podía hacerlo. La perspectiva de la operación no nos

animó a celebrar un feliz décimo aniversario de boda, puesto que fue al día siguiente de la entrevista con Colvin.

Para mayor desgracia, Sally Greenberg, la mujer de Marty, también ingresaba en el hospital. Tenía cáncer de riñón y estaba peor que yo.

Unos días antes de la fecha de mi operación me olvidé de mi estado, y como tenía problemas para conseguir un taxi, corrí tras uno que se había parado en un semáforo y así evitar que alguien me lo quitara.

La descarga de adrenalina me mantuvo en pie mientras corría, pero después de entrar en el taxi, anunciarle al conductor mi destino y tranquilizarme, la adrenalina dejó de fluir y mi corazón, incapaz de conseguir el oxígeno que necesitaba, se quejó como nunca. Tuve el peor ataque de angina de mi vida y mientras me agarraba el pecho y jadeaba para conseguir aire, pensé que era el final. Iba a tener un segundo ataque y esta vez me mataría.

Creí que el taxista, al llegar a Doubleday, adonde yo me dirigía, descubriría que tenía un cadáver en su taxi y, como no estaría dispuesto a cumplir los trámites burocráticos derivados de informar sobre mí (o eso me imaginaba), seguiría conduciendo hasta el East River, me arrojaría al río y se iría. Janet se volvería loca porque yo no regresaba a casa.

Intenté coger mi libreta para escribir mi nombre y dirección con letras grandes, con instrucciones para llamar a Janet, pero antes de hacerlo sentí que el dolor disminuía y cuando llegamos a Doubleday ya me sentía bien, aunque muy inquieto.

Lo que me dijo Stan hacía once años, cuando me iban a operar tiroides, era cierto. Cuando el dolor te ataca, las operaciones no te dan miedo, y yo apenas podía esperar para operarme.

El lunes 12 de diciembre de 1983, entré en el hospital. Allí, el anestesista me explicó la naturaleza de la operación. Pregunté cómo se podía hacer el *bypass* puesto que era obvio que había que perforar la aorta y pensaba que me desangraría mucho.

—Bueno —me dijo—. Paramos el corazón.

Me puse verde.

—Eso me da cinco minutos de vida.

—No, no. Estará conectado a una máquina corazón-pulmón que mantendrá la sangre en circulación y a usted respirando.

—¿Y si se va la luz?

—Tenemos un generador de emergencia.

—¿Y si mi corazón no empieza a latir de nuevo?

—Se empeñará en hacerlo. Lo difícil es evitar que empiece antes de que estemos listos.

Recapacité y pedí ver a Paul Esserman.

—Paul —le dije—, siento haberle dicho todo eso al anestesista porque pensará

que estoy chiflado, pero tú me comprenderás. Escucha, mi cerebro tiene que recibir todo el oxígeno que necesite. No me perdonaría que un flujo insuficiente acabara con él. No me preocupa lo que le suceda a mi cuerpo, dentro de unos límites, pero mi cerebro no debe ser perjudicado de ninguna manera. Tendrás que explicar a todos los que participan en la operación que tengo un cerebro extraordinario que debe ser protegido.

—Lo entiendo, Isaac —dijo Paul asintiendo con la cabeza—, y te prometo que se lo haré entender también. Y tras la operación te haremos un tren.

(Años más tarde el *New York Times* publicó un artículo que avalaba mis temores. Se había demostrado que uno de cada cinco personas sometidas a una máquina corazón-pulmón sufre algún tipo de daño cerebral, no necesariamente grave. Tanto Paul como Peter recordaron mi insistencia en recibir suficiente oxígeno y ambos admitieron que tuve toda la razón en haberla requerido. Da la casualidad de que no sufrí ningún daño cerebral, algo de lo que puedo estar seguro porque mi obra siguió inalterable.)

La tarde del día 14, me llevaron a los ascensores y yo le recordé a Janet:

—Ten en cuenta, si algo me sucede, que he recibido un adelanto de setenta y cinco mil dólares de Doubleday que tendrás que devolver.

Cuando todo terminó, también lo comenté en Doubleday para impresionarlos y para que supieran que no tenía intención de aceptar dinero de ellos a cambio de un libro que no pudiera escribir. Me replicaron, como adiviné, con la vieja cantinela:

—No digas tonterías, Isaac. No habríamos aceptado el dinero.

Me habían atiborrado de sedantes y no recuerdo nada de lo que ocurrió antes de entrar en el ascensor. Sin embargo, luego me dijeron que no quise que empezara la operación hasta después de haber cantado una canción.

—¿Una canción? —pregunté sorprendido—. ¿Qué canción?

—No lo sé —dijo mi interlocutor—. Algo sobre Sherlock Holmes.

Es obvio que mi parodia para el BSI estaba muy arraigada en mi mente. En realidad, la víspera de mi operación dio rienda suelta a una fantasía. Yo había muerto en la mesa de operaciones y Janet, toda vestida de negro, llegaba al BSI para entregar la cinta grabada.

—Mi difunto marido —decía angustiada y llorosa— tuvo a los BSI en sus últimos pensamientos y me pidió que les entregara esto.

Y representaban mi parodia con la melodía de Danny Boy. Los primeros versos decían:

Oh, Sherlock Holmes, the Baker Street Irregulars
Are gathered here to honor you today,
For in their hearts you glitter like a thousand stars,

And like the stars, you'll never fade away.

[¡Oh! Sherlock Holmes, los Irregulares de Baker Street / están aquí reunidos hoy para honrarte, / ya que brillas en sus corazones como un millar de estrellas, / y como las estrellas, nunca te desvanecerás.]

Cantarían la canción y la audiencia lloraría. Terminada la canción, todos se pondrían de pie y aplaudirían sin cesar durante veinte minutos. Y, en mi soñar despierto, escuchaba veinte minutos de aplausos mientras mis ojos se llenaban de lágrimas de felicidad.

Después me operaron y lo siguiente que supe era que abría los ojos y veía que estaba en la sala de reanimación. Había sobrevivido. Mi primer pensamiento fue que ya no recibiría tantos aplausos como si hubiese muerto.

—¡Oh! (taco borrado) —dije disgustado.

Siempre he pensado en ese momento como el testimonio final del cómico que había en mí, ya que lamentaba haber sobrevivido porque eso me hacía perder mi ovación.

Después, Paul me dijo que tras la operación esperó hasta que abrí los ojos y le reconocí.

No lo recuerdo, porque durante un rato estuve flotando entre la conciencia y la inconsciencia. No recuerdo nada de lo sucedido hasta que no estuve consciente del todo.

En un momento de semiconsciencia dije:

—Hola, Paul.

Paul se inclinó y ansioso por comprobar el estado de mi cerebro me dijo:

—Inventa un verso jocoso.

Parpadee y después dije lentamente:

There was an old doctor named Paul
With a penis exceedingly small…

[Había un viejo doctor llamado Paul / con un pene sumamente pequeño…]

Y Paul me dijo adustamente:

—Es suficiente, Isaac. Has aprobado.

En cuanto amaneció, una amable enfermera me trajo el *New York Times* y permanecí allí tumbado en la sala de reanimación leyendo el periódico. Teniendo en cuenta que llegué a creer que no viviría para ver el 15 de diciembre de 1983, el hecho de estar leyendo el periódico de ese día me llenó de satisfacción. ¡Estaba vivo!

Un médico que pasó, se me quedó mirando y preguntó:

—¿Qué hace usted?

Levanté la mirada sorprendido y respondí:

—Leer el *Times*.

—¿En reanimación?

—¿Por qué no? Leer no impedirá que me recupere.

Se marchó sacudiendo la cabeza. Al parecer se supone que los pacientes lo único que pueden hacer en reanimación es estar tumbados en estado semicomatoso.

Colvin vino a verme y le dije:

—Doctor Colvin, Paul Esserman me ha dicho que la operación ha sido un éxito.

—¿Un éxito? —preguntó Colvin despectivamente—. Ha sido perfecta.

Una de mis arterias mamarias estaba en muy buen estado y se utilizó para hacer el *bypass* de la coronaria mayor. Una vena de mi pierna izquierda sirvió para los otros dos. Una arteria puede soportar el vapuleo mucho mejor que una vena, así que el *bypass* arterial de la coronaria principal fue todo un éxito y me dejó en muy buena forma.

Esto no era más que el principio, por supuesto. Tuve que permanecer en el hospital unas dos semanas más para seguir la recuperación. El tener dinero ayuda, se lo puedo asegurar. Las enfermeras del hospital, agobiadas de trabajo, no podían proporcionarme los cuidados que necesitaba, así que Janet contrató enfermeras privadas que estuvieran conmigo las veinticuatro horas del día, en turnos de ocho horas.

Todas, puedo asegurarlo, fueron encantadoras.

No pude ingerir comida sólida durante varios días porque estaban esperando que desapareciera el exceso de albúmina de mi orina. (La máquina que conectan al corazón y a los pulmones afecta a los riñones, y los míos no han funcionado al ciento por ciento desde entonces; aunque no me di cuenta de esto hasta mucho después. Nadie se molestó en decírmelo. Pero no es algo de lo que me pueda quejar. El estado de los riñones no amenaza a la vida directamente y el de la arteria coronaria que me curaron en la operación sí.)

Así que me alimenté de sopa y gelatina durante días y acabé odiando la dieta. Cuando por fin la albúmina descendió a un nivel tolerable, mi “asistenta” (una muy mona que trabajaba de enfermera mientras esperaba su oportunidad en el mundo del espectáculo) me trajo un bocadillo de pollo picado con pan blanco que compró en la tienda. En una situación normal no me hubiera molestado en hincarle el diente, pero

esta vez me lo comí como si fuera un lobo ante una chuleta de cordero; me lo tragué en un instante, después me dejé caer en la cama con un suspiro de placer y le dije a la enfermera:

—Felicite al cocinero de mi parte, por favor.

Por fin salí del hospital el 31 de diciembre de 1983 y pude ver los fuegos artificiales de Año Nuevo desde la ventana de mi casa. No sólo eso, sino que el 2 de enero fui despacito hasta Shun Lee (nuestro restaurante chino local, que es excelente) y celebré mi sexagésimo cuarto cumpleaños de la manera tradicional, con los del Rey, y esta vez también con Robyn.

Pero se acercaba el 6 de enero y le di la lata a Peter Pasternack para que me permitiera asistir al banquete de los Baker Street Irregulars. Por fin se rindió y me dijo:

—Si la temperatura sube por encima de cero grados y no llueve.

No tenía muchas posibilidades, ya que acabábamos de pasar uno de los meses más fríos de la historia mientras estaba en el hospital. Sin embargo, la diosa Fortuna me sonrió. La tarde del 6 de enero de 1984 la temperatura subió hasta cuatro grados y medio, y aunque estaba nublado, no llovía. Cogimos un taxi, le dije al taxista que le daría propina doble si iba despacio (no estaba en condiciones de soportar ni siquiera una pequeña colisión), y llegué al banquete durante el descanso.

Todo el mundo se arremolinó a mi alrededor para decirme lo bien que me veían (señal evidente de que mi aspecto era horrible) y canté mi canción con una voz bastante ronca, ya que había tenido un tubo metido en la garganta mientras estaba en la mesa de operaciones. Recibí una grata ovación pero sólo durante dos minutos, no veinte. Las desventajas de estar vivo.

Era importante para mí que me quedara en casa y descansara, aunque con gran alivio por mi parte, resultó que ocuparse del correo acumulado y escribir libros no se consideraba un trabajo agotador. (Al menos no físicamente.)

Esto fue un descanso para mí porque había ido al hospital con el último capítulo de la *Guía de la ciencia* sin revisar. Me las arreglé para terminarlo y lo entregué personalmente en Basic Books (que ahora es una filial de Harper & Row) el 17 de enero de 1984, y todos me comentaron el magnífico aspecto que tenía. La cuarta edición, *Nueva guía de la ciencia*, se publicó a finales de ese año.

Me quedaban dos pequeños problemas físicos. Mi voz continuaba ronca, y empecé a pensar que tenía cáncer de garganta. Le dije a Janet:

—Si he sobrevivido a un *bypass* triple sólo para tener un cáncer de garganta, me molestaría bastante.

Fui a mi otorrino, Noel Cohen, el 25 de enero y después de mirar mis cuerdas vocales éste me dijo:

—Siguen ligeramente inflamadas debido al tubo que tuviste en la garganta. ¿Has

estado cantando, gritando o hablando?

—Sí, sí y sí —le contesté.

—Durante dos semanas habla bajito —me aconsejó.

Fueron dos semanas duras, pero la ronquera desapareció.

Además no podía controlar del todo el dedo meñique de la mano izquierda. Paul Esserman dijo que probablemente algún nervio estaba dañado como consecuencia de la operación y que habría que esperar que se curara.

—¿Durante cuanto tiempo? —pregunté indignado.

—Es difícil de decir —me contestó—. Pero hay que ser paciente.

(Los médicos son muy pacientes con los problemas de sus pacientes.)

El dedo siguió así durante dos meses y medio. Puede parecer poca cosa —qué supone un dedo meñique—, pero me molestaba para escribir a máquina y en mi ordenador y hubo veces en las que gritaba exaltado: “¡Tomad mi *bypass* y devolvedme mi meñique!”

Pero se curó. A mediados de marzo mis manos estaban normales, tecleaba tan bien como siempre y ya no tenía angina. (¡Mi pobre padre! En su época no había operaciones de *bypass*.)

148. Azazel

En los años ochenta empecé una nueva serie de relatos cortos bastante diferentes de todo lo que había hecho antes. Sucedió así…

A principios de aquella década comencé a escribir relatos de misterio para *Gallery*, y el primero de ellos no implicaba un asesinato (mis relatos rara vez lo hacen). Más bien era la historia de una venganza fantástica.

Mi héroe se desquitaba de un hombre muy rico utilizando a un demonio de sólo dos centímetros de altura cuyos poderes mágicos eran mínimos. Lo que hizo el demonio fue eliminar pequeños trozos de pintura de cuadros muy valiosos que poseía el hombre rico. Estos restos eran lo que formaban las firmas de Picasso y otros artistas y, por tanto, sus cuadros dejaron de tener valor.

Gallery publicó el relato, que titulé *Getting Even*, en su número de agosto de 1980. Me gustó tanto aquel personaje que escribí el segundo relato de la serie también sobre el diablillo. Pero al editor, Eric Protter, no le pareció bien. Un relato sobre un demonio sí, pero más no. Así que lo archivé sintiéndolo mucho, porque también me gustaba.

Después de haberlo dejado en un cajón durante un año, de repente se me ocurrió que podría venderlo en otra parte. Le pregunté a Protter y me dijo que no tenía ningún inconveniente, siempre que hiciera algunos pequeños cambios para que no pareciera que formaba parte de la serie de *Gallery*.

Inventé otra situación rápidamente.

Había sólo dos personajes, un narrador anónimo (que evidentemente era yo) y un gorrón llamado George, que siempre me sableaba una comida y después me contaba una historia fantástica. El demonio se llamaba Azazel (un nombre bíblico).

Presenté el relato a *F&SF* y apareció en el número de abril de 1982 bajo el título de *One Night of Song*.

Seguí escribiendo nuevos relatos de la serie, que cada vez eran más estilizados. En cada uno, George trataba de ayudar a mi amigo mediante los poderes de Azazel, y en todos ellos la ayuda resultaba ser un estorbo. Por supuesto, se supone que el lector tiene que adivinar que irá mal antes de que yo lo revele y en ese sentido el relato cuenta con cierto misterio.

Además, se trata de relatos deliberadamente muy elaborados y rodeados de una atmósfera embaucadora. Las cosas más ridículas se dicen con toda seriedad y satirizo muchos de los aspectos de la sociedad que creo que lo merecen. Además, los relatos son divertidos, al menos para mí.

Después de publicar dos relatos de Azazel en *F&SF*, Shawna McCarthy, que entonces era la directora de *IASFM*, se quejó. Sostenía que debían publicarse en mi propia revista.

Yo repuse:

—Pero Shawna, los relatos son fantasías. Participa en ellos un demonio. *F&SF* publica fantasías, pero *IASFM* no.

—Entonces haz que el demonio sea un ser extraterrestre y dale poderes científicos avanzados en vez de mágicos.

Así lo hice. *To the Victor* se publicó en el número de julio de 1982 de I*ASF*M, y a partir de ese momento allá aparecieron todos los relatos de Azazel.

De vez en cuando recibo cartas de lectores que los critican por insustanciales, frívolos o insignificantes, pero no les hago ningún caso, aunque me tomo la molestia de publicar algunas de estas cartas en la revista. Mi actitud es que *IASFM*, bajo la dirección de Shawna McCarthy primero y después de Gardner Dozois, es una revista muy seria, que publica relatos de gran calidad literaria que a menudo requieren una considerable concentración para poder apreciarlos en su totalidad. Un relato de Azazel de vez en cuando, que no necesita ninguna concentración sino que se desarrolla con alegría, es un cambio que se agradece, o al menos a mí me lo parece.

Por supuesto, hay quien insiste en que los escribo sólo porque son muy fáciles de elaborar y porque soy un perezoso. Vaya mi desprecio para ellos si piensan que la literatura ligera es fácil de crear. Se necesita bastante arte para escribir de manera sencilla y si fuera tan fácil contar con éxito historias divertidas, se escribirían más.

Cuando llevaba escritos diecisiete relatos de Azazel me pareció que había llegado el momento de publicarlos en forma de libro y llevé la colección a Doubleday, donde Jennifer Brehl había sucedido a Kate Medina como mi directora. A Jennifer no le gustó que Azazel fuera un extraterrestre, quería que fuera un demonio. Le expliqué que eso había sido al principio pero que la revista me hizo cambiarlo. Jennifer me aconsejó:

—Vuelve a cambiarlo. Vamos a decir que éste es tu primer libro de fantasía.

Estuve de acuerdo y así lo hice. También escribí un prólogo que describía cómo el narrador conocía a George. El libro, bajo el título de *Azazel* y con el subtítulo de *Fantasy Stories*, se publicó en 1988. Desde entonces, he escrito ocho relatos más de Azazel y, si vivo lo suficiente, supongo que con el tiempo formarán una segunda colección.

149. *Viaje Alucinante II: Destino el cerebro*

Parece que el éxito recurrente de la película *Viaje alucinante* (que todavía se repone en televisión de vez en cuando) y mi propia novelización de la misma, inspiró la idea de rodar una segunda parte. Compraron el título de la película (pero no los personajes) y decidieron contratarme para escribir *Viaje alucinante II* y después hacer una película a partir de ella.

En la agencia literaria William Morris, que se ocupaba del asunto, se comentaba con insistencia que sería un auténtico bombazo. No soy del todo inmune a los éxitos de ventas, así que me tentaron. También me interesaba la sugerencia porque nunca estuve del todo satisfecho con *Viaje alucinante*, ya que lo elaboré a partir del guión de una película no era un auténtico producto de mi imaginación. Me pareció que podía escribir un libro mucho mejor sobre la miniaturización de naves introducidas en el flujo sanguíneo si lo hacía a mi manera.

Me presentaron una pequeña sinopsis, que era totalmente inadecuada. Implicaba dos naves introducidas en el flujo sanguíneo, una estadounidense y otra soviética, y lo que seguía era una versión submicroscópica de la Tercera Guerra Mundial. No escribiría algo así bajo ningún concepto y sabía que no podían obligarme a hacerlo. Si me querían como autor insistiría en mantener el control total del contenido, y si se negaban no escribiría el libro.

Después de todo, cuando reflexioné con más frialdad, me pregunté si realmente harían la película, y si la hacían, si vería un solo penique del dinero que ganaran con ella. (Hollywood es famosa por su “creativa teneduría de libros”. Pueden ganar muchísimos millones con una película pero todo es para los actores y la dirección, y lo que queda, el “beneficio neto”, del que los escritores reciben un porcentaje, por lo general suele resultar una “pérdida neta”.)

Así que no tuve en cuneta la sinopsis sugerida, les dije que escribiría mi propio libro dejando de lado sus sugerencias, y puntualicé que me gustaría que el libro lo publicara Doubleday. Si se iba a celebrar una subasta (como ellos insistían, subrayando que de esa manera conseguirían un millón de dólares o más), entonces, Doubleday se merecía una oportunidad imparcial para pujar por él. Después, de todo, estaba seguro de que Doubleday no lo dejaría escapar y presentaría la mejor oferta.

No fue así. El agente me llamó para comunicarme que la New American Library había sido el mejor postor. Yo, asombrado, contesté:

—Bueno, necesito el permiso de Doubleday para publicar en otra parte.

—¿Tiene un contrato en exclusiva con ellos? —me preguntó el agente.

—En absoluto —añadí—. El permiso no es más que una cuestión de honor y ética. (No esperaba que un agente descifrara el sentido de esta afirmación, pero tampoco quería discutir sobre el tema.)

Yo no me había dado cuenta de que en esa época Doubleday pasaba por una mala racha debido a las pérdidas que acumulaba. Aparte de eso (que hizo que las mentes del personal de la editorial no estuvieran centradas en los asuntos de la empresa) mi directora, Kate Medina, tenía un primer embarazo muy difícil, a una edad relativamente avanzada, y estaba de baja, en cama. Su ayudante también estaba enfermo. No había nadie en Doubleday con quien hablar del problema de *Viaje alucinante II* y que pudiera entender la situación. Por fin encontré a un realizador de confianza, Lisa Drew, el 11 de septiembre. Estaba sola y le pregunté si pensaba que podía hacer el libro para New American Library. La pregunta la cogió por sorpresa y me dijo que primero tenía que consultar a los jefazos.

Al día siguiente me llamó para contarme que los jefazos ponían reparos. (El 18 de septiembre dejó Doubleday, y la siguieron otros muchos empleados de la editorial, lo que me dejó atónito.)

De todas maneras, me llamaron para que fuera a ver a Sam Vaughan y Henry Reath, ambos jefes de la edición editorial.

Me comentaron que Doubleday no aceptaba que escribiera una novela de ciencia ficción para otros. Argumenté, perplejo, que el agente me había dicho que Doubleday tuvo la oportunidad de pujar y que perdió, y me contestaron que no era cierto, que nadie pidió nunca una oferta a Doubleday.

Estaba anonadado. Contacté con el agente y me aseguró que había hablado con Dell Books para que pujara y que Dell era una editorial de libros de bolsillo filial de Doubleday.

No estaba de acuerdo y sostuve que cuando dije que Doubleday merecía tener la oportunidad de pujar, quería decir Doubleday, no Dell. El agente respondió que desde el punto de vista corporativo era lo mismo, pero Sam Vaughan y Henry Reath insistían en que no habían sabido nada de las actividades de Dell.

Las interminables conversaciones telefónicas sobre el asunto cada vez me desconcertaban más y finalmente decidí que me daba igual quién tuviera razón y quién no; no iba a intentar descubrir lo que había dicho y hecho; me atendría a los fundamentos básicos.

Doubleday era mi editorial de ciencia ficción. Habían trabajado conmigo durante treinta y cuatro años, me habían publicado unos noventa libros, incluidos dos éxitos de ventas, y no iba a traicionarlos. Así que el 27 de septiembre de 1984 le dije al agente que no escribiría *Viaje alucinante II*.

El 1 de octubre, el agente y sus representados del mundo del cine me amenazaron con demandarme con incumplimiento de contrato. Les respondí que había dejado perfectamente claro, por escrito, que mi acuerdo estaba condicionado a que Doubleday tuviera una oportunidad imparcial de pujar por el libro y que dicha condición no se había cumplido.

No obstante, pensaba que me iban a llevar a los tribunales y que, incluso si ganaba, me costaría un dineral en abogados, en tiempo perdido y en problemas nerviosos. Así que fui a Doubleday el 5 de octubre (fue cuando Henry Reath sacudió la cabeza y dijo que “necesitaba un guardián”, al descubrir que no había leído el contrato con la gente del cine). Pregunté qué podía hacer y Henry me dijo que Doubleday sería mi guardián, y que sus abogados se ocuparían de todo y correrían con todos los gastos. (En mi opinión, la lealtad engendra lealtad.)

No sé qué hizo Doubleday, pero nunca más se oyó hablar de la demanda y el asunto de *Viaje alucinante II* quedó olvidado, con gran alivio por mi parte.

Seguí trabajando y terminé *Robots e imperio*, que escribía mientras la disputa estaba en pleno apogeo. Se publicó en 1985. Después empecé *Fundación y Tierra* y más tarde, ante mi asombro, *Viaje alucinante II* renació. Sucedió de la manera siguiente…

Después de mi negativa a trabajar en el proyecto, los que aspiraban a rodar la película se dirigieron a Philip Farmer, un excelente escritor de ciencia ficción, mucho más hábil que yo, si se me permite decirlo.

Escribió una novela y les envió el manuscrito, pero no les gustó y tampoco a la New American Library. Los “aspirantes” del cine acudieron a Scott Meredith, probablemente el agente literario más destacado del mundo, al que conocí bien cuando yo tenía veinte años y él diecisiete. Querían que Scott me hiciera reconsiderar mi postura sobre la novela. Si me lo hubiera propuesto cualquier otra persona, le habría respondido con una rotunda negativa, pero un viejo amigo es un amigo, así que lo reconsideré y pedí el manuscrito de Phil, para ver lo que no tenía que hacer.

Scott me envió una copia y la leí. No era una novela de ciencia ficción de las que yo querría o podría hacer, pero en mi opinión era fantástica. Además se ajustaba a la perfección a la sinopsis que me habían enviado. Se trataba de una Tercera Guerra Mundial en el flujo sanguíneo y tenía mucha acción y emoción.

Llamé a la oficina de Scott Meredith y les dije que estaban locos. Habían pedido una novela en concreto y Farmer se la había proporcionado con todo lo que querían. No había ningún error en ella. ¿Por qué no aceptaban el manuscrito, buscaban a alguien que lo publicara y hacían una película con ella?

No, no, no y no. No querían ni oír hablar del asunto. Querían que yo escribiera la novela, así que con todo cuidado puse una serie de condiciones que pensé que rechazarían.

1. Tendrían que pagar a Phil Farmer lo estipulado por una novela aceptada, ya que bajo ningún concepto yo haría la competencia desleal a un compañero.

2. Deberían entender que la novela que iba a escribir tendría un argumento completamente distinto al de Phil (para que así pudiera vender su manuscrito en otra parte si lo deseaba) y en ningún caso se ajustaría a la sinopsis que me habían enviado.

3. La edición encuadernada en tapas duras tenía que ser publicada por Doubleday.

Para entonces, Doubleday había cambiado por completo. Betty Prashker, Kate Medina, Sam Vaughan y Henry Reath se habían ido y Dick Malina, a quien no conocía, ocupaba el lugar de este último. El 27 de enero de 1986 Scott Meredith y Dick Malina elaboraron con mucho esfuerzo los acuerdos necesarios y se persuadió a New American Library para que abandonara el libro.

Después de tanto trabajo, yo tenía que escribirlo, así que empecé el 1 de febrero de 1986. Tenía cierto parecido con *Viaje alucinante*, pero era más largo, más detallado, más científico y con mejor caracterización; en mi opinión, era superior en todos los aspectos. Estaba satisfecho del resultado y Doubleday lo publicó en 1987. (Para cuando se publicó el libro, Dick Malina se había ido y Nancy Evans le había sustituido, pero ninguno de estos continuos cambios afectó a mi obra o a mis relaciones con la editorial.)

Pensaba que *Viaje alucinante II: Destino el cerebro* no se vendería tan bien como se podría esperar, porque representaba un futuro en el que la Unión Soviética y los Estados Unidos eran amigos cautelosos. No trataba de submarinos que competían en el flujo sanguíneo sino de un submarino con mi héroe estadounidense que colaboraba (no del todo voluntariamente) con cuatro miembros de una tripulación soviética.

Supongo que habría tenido mayor aceptación si se hubiera tratado de vapulear a los soviéticos y los villanos comunistas hubieran sido derrotados y masacrados, pero los relatos de guerra no se me dan muy bien.

Por supuesto, tres años después sonreía irónicamente cuando la guerra fría terminaba y parecía que Estados Unidos y la Unión Soviética iniciaban una relación de mayor cooperación y amistad. Todo el mundo en Estados Unidos se preguntaba: “¿Quién lo hubiera imaginado?”

Pues bien, a mí se me había ocurrido, y *Viaje alucinante II* resultó ser toda una premonición. De todas maneras, la película nunca se hizo. Los del cine deberían haberme hecho caso y haber filmado la novela de Phil Farmer.

150. Limusinas

Cuando vivía en Nueva York y era pobre, siempre iba en metro y en tranvía, que sólo costaban cinco centavos. Los taxis, aunque más cómodos, eran para los ricos.

Al volver a Nueva York, siendo ya un rico de mediana edad, utilizaba los taxis, no sólo por comodidad. El metro y los autobuses ya no costaban cinco centavos sino 1, 15 dólares y su suciedad y peligrosidad también habían aumentado en la misma proporción.

El siguiente paso era utilizar la limusina, pero el problema es que no soy una persona de limusina. En ella me siento fuera de lugar; es el medio de transporte equivalente al esmoquin, dentro del cual tampoco me siento cómodo.

Pero las circunstancias se aliaron y me he convertido en uno de sus usuarios, al menos en parte. A medida que me hacía mayor y más famoso, mi renuencia a viajar se acentuaba todavía más y me ofrecían con frecuencia el transporte en limusina como un incentivo adicional. Es difícil rechazar algo así. En definitiva, Janet y yo nos hemos acostumbrado a viajar de este modo, algunas veces durante varios kilómetros y, en cierta ocasión, desde Nueva York hasta las cataratas del Niágara. (Naturalmente, siempre especificamos que queremos un chofer prudente y que no fume.)

Sólo una vez tuve problemas con la limusina, y fue el 4 de noviembre de 1984. me llevaron a unos ochenta kilómetros al norte del estado para dar una conferencia que resultó un éxito. Después hubo una recepción y cuando nos disponíamos a irnos a casa, el coche no estaba. El organizador de la conferencia tuvo que llamar a la empresa de las limusinas para que volvieran a recogerme y tuvieron unas palabras porque el coche no me había esperado.

Cuando llegó la limusina y me hube instalado en su interior, el chofer se dirigió al edificio (yo lo supe más tarde) y allí siguió discutiendo con el organizador. Esperé pacientemente durante unos diez minutos hasta que regresó. Durante el trayecto de vuelta a casa se le veía de mal humor porque (lo supe después) el organizador se había negado a pagarle por adelantado.

Aparentemente, el conductor le daba vueltas al asunto y, cuando estábamos a mitad de camino, paró el coche junto a una cabina telefónica y, pidiéndome perdón, fue a llamar a su jefe. Volvió y empezó a maniobrar el coche de una manera que me hizo sospechar.

—¿Qué está usted haciendo? —pregunté.

—Volvemos porque no me han pagado.

—No puede hacer eso, tengo que volver a casa.

—Lo siento, pero mi jefe dice que primero me tienen que pagar.

—¿Cuánto es?

—Ciento cincuenta dólares.

—Yo le pagaré. Lléveme a casa.

—¿Y si le llevo a su casa y después no me paga?

—Le pagaré ahora —respondí exasperado.

Saqué el dinero, se lo di y me llevó a casa.

Finalmente, la persona que había organizado la conferencia me devolvió el dinero, pero fue una experiencia desagradable. Para ser justos, ésta ha sido la única vez en que un chofer de limusina no ha cumplido con su obligación profesional de dar preferencia a los intereses del cliente, si se me permite la expresión.

151. Los humanistas

Nunca me he molestado en "etiquetar" mis creencias. Creo en la ciencia y en el raciocinio como métodos para entender el Universo. No creo en la existencia de entidades a las que no se puede llegar por estas vías y, de existir, las consideraría "sobrenaturales". Desde luego no creo en los mitos de nuestra sociedad, en el cielo, el infierno, en Dios y los ángeles o Satán y los demonios. Pienso en mí mismo como un "ateo", pero eso sólo define lo que no creo, no mis creencias.

Poco a poco, sin embargo, fui descubriendo la existencia de un movimiento llamado "humanista", cuyos seguidores creen, por decirlo de una manera sencilla, que los seres humanos son los protagonistas del avance progresivo de la sociedad y también de las desgracias que la acosan. Creen que si hay que mitigar estas desgracias, será la humanidad la que deba hacer el trabajo. No creen que lo sobrenatural influya en lo bueno ni en lo malo de la sociedad, ni en sus desgracias o en su ventura.

Recibí una copia del *Manifiesto humanista* hace décadas, cuando todavía era bastante joven. Leí la declaración de principios del humanismo, descubrí que estaba de acuerdo con ella y la firmé. Cuando en los años setenta me enviaron una declaración actualizada, *Manifiesto Humanista II*, también estuve de acuerdo con ella y firmé. Esto me convirtió en un humanista declarado, y Janet, por voluntad propia (y como resultado de la evolución de sus ideas antes de conocerme) ha seguido mi ejemplo.

En realidad, cuando íbamos a casarnos y estábamos decidiendo bajo qué auspicios lo haríamos, elegimos a Edward Ericson, de la Ethical Culture Society, porque él también había firmado el *Manifiesto humanista* en ambas ocasiones. Él interrumpió sus ocupaciones para casarnos porque sabía que yo también lo había firmado.

Mi humanismo no se reduce sólo a adherirme a declaraciones de intenciones, por supuesto. He escrito gran cantidad de ensayos y artículos que apoyan al razonamiento científico y donde denuncio todo tipo de basura seudocientífica. En concreto, he luchado con vehemencia contra los fundamentalistas religiosos que defienden la visión babilónica del mundo de los primeros capítulos del Génesis. Estos artículos han aparecido en varios medios de comunicación, incluso en el *The New York Times Magazine* del 14 de junio de 1981.

También publiqué una tribuna abierta en el *New York Times* en la que discutía con energía (y creo que con justicia) las opiniones de un astrónomo eminente y autor de un libro en el que sostenía que la teoría de la Gran Explosión fue anunciada en cierto modo por los escritores bíblicos del Génesis y que los astrónomos dudaban en aceptarla porque no querían apoyar esta teoría religiosa convencional.

Amplié este artículo hasta convertirlo en un libro, *In the Beginning*, en el que repasaba uno a uno los versículos de los primeros once capítulos del Génesis, de la manera más imparcial y menos emocional posible, y comparaba la interpretación literal de su lenguaje con las creencias modernas de la ciencia. Lo publicó Crown en 1981.

También hay que contar, por supuesto, con mis dos volúmenes anteriores de la *Guía de la Biblia*, escritos desde un punto de vista estrictamente humanista.

Por todo ello la Asociación Humanista Americana me eligió "Humanista del año" en 1984, y fui a Washington a recibir el galardón y pronunciar unas palabras el 20 de abril. Era un grupo pequeño, ya que el número de los humanistas es reducido. Al menos, los que estamos dispuestos a reconocer públicamente nuestra adhesión al humanismo somos pocos. Sospecho que muchas personas de tradición occidental son humanistas, por lo que respecta a la manera en que viven, pero que los condicionamientos de su infancia y las presiones sociales los obligan a declararse seguidores de una religión aunque no la practican y no les dejan reconocer que su religiosidad es una mera postura.

Allí estaban otros "Humanistas del año" anteriores como Margaret Sanger, Leo Szilard, Linus Pauling, Julian Huxley, Hermann J. Muller, Hudson Hoagland, Erich Fromm, Benjamin Spock, R. Buckminster Fuller, B. F. Skinner, Jonas E. Salk, Andréi Sájarov, Carl Sagan y muchos otros del mismo nivel, así que éramos pocos pero escogidos.

Di una charla humorística que trataba de los diversos tipos de cartas que recibía de los creyentes, cartas que llegaban al extremo de rezar por mi alma o de condenarme al infierno. Tuve un gran éxito, demasiado, puesto que acabaron pidiéndome que fuera el presidente de la Asociación Humanista Americana.

Dudé y argüí que no viajaba y que no podría asistir a las convenciones que no se realizaran en Nueva York, y que además mi programa estaba tan apretado que no podía comprometerme a responder la correspondencia o a implicarme en las discusiones políticas, inevitables en todas las organizaciones.

Me aseguraron que no esperaban que viajara ni que hiciera cualquier cosa que no quisiera hacer. Lo que deseaban era mi nombre, mis escritos (los tenían) y mi firma unida a las cartas para solicitar fondos.

Incluso después de aclarar esto, todavía me preguntaba qué sucedería si destacaba aún más mi presencia en el movimiento humanista. Mi revista *IASFM* todavía era bastante joven y una o dos personas habían cancelado su suscripción "porque Isaac Asimov es un humanista". ¿Daría la puntilla final a la revista si me convertía en el presidente de la AHA?

Después pensé que mis editoriales en la revista eran totalmente francos, así pues, ¿qué podía empeorar mi presidencia? Además, no quería tomar una decisión influido

por la cobardía. Por tanto, acepté y desde entonces soy el presidente de la Asociación Humanista Americana.

La asociación ha mantenido su palabra. No viajo ni participo en las cuestiones de organización. Sin embargo, he firmado varias cartas de petición de fondos y sigo escribiendo mis ensayos humanísticos. La asociación está satisfecha conmigo porque desde que soy presidente el número de miembros se ha incrementado considerablemente e insisten en atribuirme el mérito.

152. Ciudadano de la tercera edad

Pasé mi sexagésimo cumpleaños a salvo, un hito que pensé que no alcanzaría después de mi ataque al corazón de 1977. Después me fui acercando a mi sexagésimo quinto aniversario, otra hazaña que temí no poder alcanzar en los angustiosos meses previos al *bypass* triple.

Y allí estaba. El 2 de enero de 1985 cumplí los sesenta y cinco, una edad que a menudo se considera la línea divisoria oficial más allá de la cual uno se convierte en un “ciudadano de la tercera edad”, una definición que detesto con todo mi corazón.

Yo era, a los sesenta y cinco años, un anciano.

Ésa es, desde luego, la edad tradicional para la jubilación, pero esto sólo sucede si alguien puede despedirme y llamarlo jubilación. Como escritor independiente, yo podía ser rechazado pero no despedido. Los editores podían negarse a publicar mis libros, pero no evitarían que los escribiera.

Así que organicé una “fiesta de no jubilación” para más de cien personas.

Janet y yo especificamos que era “sin regalos” y “sin tabaco”. Una fiesta sin humos era el mejor regalo que podía recibir y salió estupendamente; todos mis editores y amigos estuvieron muy simpáticos, mi hermano Stan leyó un divertido discurso, etc.

Y mi carrera de escritor pasó la barrera de mi sexagésimo quinto cumpleaños como si nada.

Pero el 7 de febrero de 1985, la administración me pilló y me llamaron para que fuera a ver a algunos funcionarios que querían comprobar mi partida de nacimiento y mis declaraciones a Hacienda. (Las podría haber enviado por correo, pero mi partida de nacimiento, una hoja frágil de papel viejo de Rusia, no era algo que quisiera confiar a Correos, o a los funcionarios del gobierno, si vamos a eso.)

Me dijeron que tenía derecho a recibir asistencia médica gratuita y la acepté con cierta culpa puesto que tengo un seguro médico de cobertura muy amplia y aunque no lo tuviera me podría pagar mi propia asistencia médica. Sin embargo, acababa de pasar por una operación grave y podrían llegar más. No quería privarme de una parte de una parte importante de mi fortuna sólo por mi supervivencia, puesto que quería dejar asegurado el futuro de mi mujer y de mis hijos después de mi muerte. Así que cuando los funcionarios me dijeron que tenía que aceptar la asistencia médica gratuita, lo hice.

La pensión de la Seguridad Social era otra cosa. Me negué rotundamente a aceptarla. Dije:

—No me he jubilado. Gano mucho dinero y voy a seguir haciéndolo. No necesito la pensión de la Seguridad Social y otros sí, así que guarde mi dinero para ellos.

El funcionario que estaba detrás del mostrador repuso:

—Si es eso lo que quiere, de acuerdo, pero sólo hasta que cumpla los setenta. Después, tendrá que aceptar su pensión.

No le di más importancia y lo olvidé hasta enero de 1990, cuando me llegó un cheque del gobierno para el que no encontraba justificación hasta que recordé el tema de la Seguridad Social. Consulté a mi contable, y me dijo:

—Has pagado por ello, Isaac. Es tu dinero.

Así era. Y entonces pensé en los cientos de miles de dólares que pago al año en impuestos y en la gran parte que va a los bolsillos de políticos y hombres de negocios avariciosos; así que decidí aceptar el dinero, que créame, no es mucho.

153. Más sobre Doubleday

Después del embrollo de *Viaje alucinante* II la situación en Doubleday seguía, por decirlo suavemente, inestable. Estaba claro que Nelson Doubleday, propietario de la empresa y del equipo de béisbol de los Mets de Nueva York, sólo estaba interesado en éste último. La editorial perdía dinero y estaba buscando un comprador.

Como ya dije, a un director le seguía otro, ya que todos se iban en busca de mejores oportunidades. Sin embargo, yo pensaba seguir unido a la empresa. No tenía la intención de abandonar un barco que se estaba hundiendo, sobre todo porque no creía que se hundía. Pensé que Nelson lo vendería a alguna otra empresa y que las cosas seguirían como siempre.

Dicho sea de paso, Nelson me enviaba todos los años una invitación para el partido de inauguración de la temporada de los Mets en el Shea Stadium, y el 14 de abril de 1986 fui a ver el juego. Era la primera vez que asistía a un partido de béisbol en vivo desde que llevé a David a un partido de los Red Sox hacía un cuarto de siglo.

Me pareció que la magia del espectáculo había desaparecido. Ya no me divertía el entorno, todo el mundo bebiendo cerveza, tanto griterío y el pensar que, aunque había llegado en taxi al Shea Stadium, tendría que volver a casa en metro. (En la actualidad, si tuviese que repetirlo, usaría una limusina, sin duda, pero no merecería la pena.)

Tampoco ayudó el resultado. Los Mets perdieron el primer partido de la temporada y Dwight Gooden, su lanzador estrella, al que había ido a ver especialmente, fue eliminado. Luego, los Mets ganaron los siguientes once partidos, que por supuesto no vi. Después de la undécima victoria, me encontré por casualidad con Nelson en el ascensor de la oficina.

—Señor Doubleday —le dije—, vi a los Mets perder el primer partido en Shea, pero desde entonces, cuando no he estado en las gradas, han ganado once seguidos.

—Bien —me respondió Doubleday—. En ese caso no vayas a ningún partido más, Isaac.

—No tengo intención de hacerlo —le dije—. Pero ¿no cree que deberían pagarme por no asistir?

En cierto modo me pagó, porque cuando los Mets llegaron a la final del campeonato de ese año, me consiguió cuatro entradas al precio de coste (en la reventa se pagaban cantidades astronómicas). Por supuesto, no asistí, pero se las di a Bob Zicklin, mi abogado, sin cobrarle comisión.

La situación de Doubleday me llevó a conocer a una nueva directora, la joven Jennifer Brehl. Por aquel entonces tenía veinticuatro años, llevaba sólo dos en Doubleday, había sido la ayudante de Kate Medina y, al sustituirla, me heredó.

Como ya he explicado entes, no me importa lo más mínimo tener directores jóvenes y aún menos si son como Jennifer, que trabajaba duro, era entusiasta, de toda

confianza y muy inteligente. Establecimos enseguida una relación de trabajo muy estrecha con la que los dos estábamos muy contentos. Para ella yo era un elemento importante, la afirmación de su categoría editorial, por decirlo de alguna manera, así que trabajaba con ahínco en mi beneficio y eso era exactamente lo que yo quería. Como no soy temperamental y acepto rápida y alegremente cualquier cosa que sea mínimamente razonable, Jennifer acabó sintiendo un afecto filial hacia mí y su preocupación por mi salud y bienestar era casi tan profunda como la de Robyn. De hecho, en octubre de 1987, cuando la Bolsa se hundió y perdió quinientos puntos, sólo dos personas me llamaron por teléfono para saber si por casualidad me había pillado los dedos. (En realidad, no me pilló. Recordaba el hundimiento de la Bolsa de 1929 y mi agente, Robert Warnick, un tipo estupendo, tenía muy claro que yo sólo quería invertir en bonos, no en acciones. No estaba tan loco por ganar una fortuna y arriesgarme a perderlo todo. Por tanto, el hundimiento de la Bolsa no me costó ni un penique.)

Robyn fue una de las dos personas que me telefonearon, y la tranquilicé, pero pensé que al fin y al cabo, tenía derecho a preocuparse por su herencia, por mucho que padeciera bastante más por mi bienestar. La segunda persona que me llamó fue Jennifer, y no tenía herencia por la que inquietarse. Sólo estaba preocupada por mí y me emocionó mucho. Por supuesto que también la tranquilicé.

El 5 de marzo de 1989 Jennifer me dijo que tenía que dejar su puesto en Doubleday para ayudar a su padre en su negocio. Entonces, el trabajo cotidiano en Doubleday (en relación conmigo) pasó a hacerlo una mujer todavía más joven, Jill Roberts, quien como Jennifer, trabajaba duro, era entusiasta, de toda confianza y muy inteligente.

Como ejemplo…

A finales de 1989 se preparaba una edición especial limitada de mi nueva novela, *Nemesis*. Se suponía que iba a firmar cada uno de los quinientos ejemplares de la edición. Cada libro llevaba su envoltorio individual y después iba empaquetado en cajas grandes de diez volúmenes. Los libros estaban numerados y colocados en el correspondiente envoltorio con su número, y hasta que todo estuvo hecho y empaquetado nadie se dio cuenta de que no los había firmado.

Me llamaron una mañana temprano, y hubo que abrir todas las cajas grandes y todos los envoltorios para que firmara los libros, y después los volvieron a meter en los envoltorios y en las cajas. Me pasé allí sentado toda la mañana firmando. No fue muy complicado porque Jill lo organizó con tanta eficacia que los libros aparecían como por arte de magia frente a mí. Todo lo que hacía era firmarlos, mientras que Jill abría las cajas, cerraba los envoltorios y hacía todo lo necesario con tanta tranquilidad que ni un solo libro acabó en el sitio equivocado. Fue un encantador ejemplo de eficiencia.

Y yo también, sin saberlo, di un buen ejemplo. Por lo general, un autor que tiene que sufrir alguna molestia por culpa del editor da rienda suelta a su temperamento y amarga la vida a todos los que le rodean, sobre todo si es un autor viejo y venerado que sabe que puede hacerlo impunemente.

Pero eso no ocurre conmigo. Por un lado, no soy temperamental (al menos no de manera irracional). Y por otro, todo lo que hice fue firmar y Jill se cargó con la parte más pesada, así que no había motivo para no pasar el tiempo agradablemente, gastando bromas y cantando canciones. Sin embargo, en la habitación en la que estaba trabajando se congregó gente de todo Doubleday (eso me dijeron después) para fisgar y comprobar la veracidad de la extraña visión de un escritor feliz.

Cuando terminamos, Jill y algunos más insistieron en invitarme a almorzar, aunque les aseguré que no hacía falta. Es asombroso cómo pululan a mi alrededor las mujeres jóvenes, ahora que soy mayor e inofensivo. ¿Dónde estaban cuando podía haberme aprovechado perversamente de su afecto?

154. Las entrevistas

Ningún escritor puede librarse de las entrevistas. El apetito de los periódicos y las revistas es insaciable y a medida que yo iba siendo más conocido, aumentaba el número de entrevistas. Incluso cuando todavía era profesor en la Facultad de Medicina y no estaba más que en los comienzos de mi inusual carrera literaria, el *Boston Herald* me entrevistó y aparecí en un titular a ocho columnas como “profesor de la Universidad de Boston”.

Era la época en que luchaba con ahínco por mantener mi título académico y mis enemigos de la administración se lanzaron sobre el titular, que consideraron una prueba de que utilizaba mi posición en mi propio beneficio.

Fue fácil de contrarrestar. Los titulares no los había puesto yo, y nada en la entrevista olía a promoción personal. Además, yo la había concedido a petición del presidente de la Sociedad Química Americana, que quería un pequeño apoyo publicitario de cara a una reunión de la sociedad que se iba a celebrar en la ciudad. Tenía la correspondencia que lo probaba y no podía eludir mi obligación de ayudar a mi sociedad profesional cuando ésta me lo pedía. Los de administración se batieron en retirada, muy confusos.

La mejor entrevista escrita que me hayan hecho jamás fue la que apareció en el *New York Times Book Review* el 3 de agosto de 1969, la víspera de la muerte de mi padre.

También me han entrevistado muchas veces en televisión. Las dos más logradas (en el sentido de que fueron las que más disfruté) fueron una de Edwin Newman, en 1987, y otra de Bill Moyers, en 1988.

En ambos casos la entrevista duró una hora y el entrevistador se limitó a hacerme preguntas y a dejarme hablar. Quizá el lector crea que eso es lo que se espera que haga un entrevistador, pero si es así, hay muy pocos que lo sepan. Lo normal es que el entrevistador compita con el entrevistado desesperadamente en lo que parece ser un frenético intento de probar su propia erudición. En tales casos, como yo no necesito probar la mía, preferiría quedarme en casa y dejar que el entrevistador suelte un monólogo.

Una vez, un entrevistador acompañaba todo lo que yo decía con pequeñas interjecciones que pretendían indicar que me estaba escuchando. No me di cuenta de ello cuando estaba grabando la entrevista, pero cuando la vi por televisión me enfurecí. Sus continuos “ums” y “ajás” apagaban mi voz y estropeaban mi discurso.

En el caso de Ed Newman y Bill Moyers, dicho sea de paso, no sabía de antemano qué preguntas me iban a hacer. No hubo ni ensayo ni preparación. Sencillamente me senté, me hicieron preguntas y las respondí. Tengo una gran experiencia en dirigirme al público y soy demasiado claro en mis opiniones (que he

expresado en innumerables artículos) para necesitar preparación, sin contar con que hablo con más facilidad y elocuencia cuando no he estado rumiando el asunto en mi mente, puesto que entonces ya he perdido la mayoría de su sabor.

También existen las entrevistas por teléfono. Después de la llegada de la televisión, la radio descubrió que la mayoría de sus elementos de entretenimiento se habían trasladado al nuevo medio. Entonces proliferaron los programas de entrevistas informales. Los presentadores de estos programas tienen que conversar con gente continuamente y, puesto que no viajo, acepto de buen grado realizar las entrevistas por teléfono. Es la única manera de que la gente de Detroit, Tampa o San Antonio me escuche alguna vez.

Naturalmente, llegan montones de peticiones para realizar entrevistas telefónicas. Cada vez que publico una novela o un libro importante de no ficción es seguro que habrá numerosas llamadas pidiendo fijar una hora para una entrevista.

A veces me llaman porque ha sucedido algo que tiene un ángulo científico o técnico. Cuando las sondas del *Viking* aterrizaron en la superficie de Marte, me hicieron muchas entrevistas. El tono general de todas ellas era que puesto que no se había encontrado vida en Marte, no servía para nada y era un gasto inútil, “¿no es así, doctor Asimov?”. Y siempre expliqué pacientemente el enorme valor del conocimiento científico en relación con Marte, incluso si no había vida en él.

Pero durante unos días recibí una verdadera avalancha de llamadas, después del 28 de enero de 1986, cuando el transbordador espacial *Challenger* explotó poco después de despegar y murieron siete astronautas. Me enteré de la noticia justo cuando entraba en el Union Club para presidir una comida del Dutch Treat. Alguien había llevado un transistor, así que oímos los últimos boletines y puedo asegurarle que fue una reunión muy triste.

Pero sabía lo que me esperaba. Mi teléfono no dejó de sonar durante varios días, puesto que todos los programas de entrevistas radiofónicas del país querían conocer mi parecer sobre el tema. La única opinión posible era que se trataba de una tragedia horrible. ¿Y qué otra cosa podía decir además de que en todo gran proyecto cargado de riesgos se producen tragedias, y que a pesar de todo los proyectos deben continuar?

155. Los honores

No se puede vivir toda una vida y no conseguir un premio por algo a menos que uno haya sido un vagabundo borracho. He asistido a muchas convenciones y en muy pocas no se han otorgado premios a varias personas, incluso como agradecimiento (creo) por aceptar la jubilación.

También en el mundo de la ciencia ficción proliferaban los galardones. Están los Hugo (cada vez con mayor número de categorías) y los Nebula. Además, se conceden premios en honor de las grandes estrellas de la ciencia ficción ya fallecidas; galardones con el nombre de John Campbell, Philip Dick, Ted Sturgeon y otros más. A lo mejor llegará un día en que haya un premio Isaac Asimov.

Naturalmente, yo he recibido muchos premios (y tendría más si estuviese dispuesto a viajar). Algunos son bastante triviales, y el que más, aunque me gusta de todas maneras, es una placa estrafalaria que reza: “Isaac Asimov, simpático libertino.” Esto si se merece un premio, ¿o no?

También he recibido diplomas, no sólo el de doctor, que está enmarcado y colgado de la pared, sino también catorce doctorados *honoris causa*, que están en un baúl.

Nunca tuve una toga propia (me negué a asistir a mis graduaciones), así que cada escuela en la que hacía el discurso de graduación tenía que proporcionarme una con birrete y borla. No obstante, cuando me nombraron *doctor honoris* causa por la Universidad de Columbia me regalaron también la toga y no tuve que devolverla al final de la ceremonia. ¡Qué placer! Ahora puedo llevar la mía.

Sin embargo, la primera vez que me la puse en otra graduación empezó a llover durante el discurso. Nunca me había sucedido antes, así que tuve que sujetar un paraguas mientras hablaba para proteger mi preciosa toga.

Y ya no me la he vuelto a poner, porque me estoy haciendo viejo para permanecer sentado dos horas al sol viendo cómo cientos de jóvenes recogen diplomas, a fin de hacer al final un discurso de veinte minutos.

También he recibido honores por razones que no tenían nada que ver con mis logros, sino que me correspondieron por mi lugar de nacimiento o por circunstancias de mi infancia.

Así, cuando surgió el proyecto de reconvertir la isla de Ellis en una especie de museo para honrar a los inmigrantes que llegaron a Estados Unidos durante los años en que la isla era la puerta de oro de la Tierra Prometida, la revista *Life* buscó a gente que realmente hubiera entrado por la isla de Ellis; forzosamente gente mayor, ya que la isla hacía varias décadas que se había cerrado.

Yo fui uno de los ancianos que encontraron. El 28 de julio de 1982 me llevaron al extremo sur de Manhattan (dio la casualidad que fue en medio de una lluvia

torrencial) y después en *ferry* a la isla de Ellis. Era la primera vez que la pisaba desde 1923, cuando llegué y cogí el sarampión para celebrarlo. Los edificios estaban semiderruidos y me fotografiaron bastante taciturno, sentado en medio de uno de ellos.

La fotografía apareció en *Life* y todos los que la vieron me preguntaron:

—¿Por qué llevabas botas de agua?

—Porque llovía mucho. ¿Por qué si no? —les respondía.

Un par de años después me concedieron algún tipo de medalla por (a) haber sido un inmigrante y (b) haber hecho algo para que Estados Unidos no se arrepintiera de mi llegada. Estaba en Battery Park con docenas de otros inmigrantes famosos en un día gloriosamente soleado. El alcalde Ed Koch (a quien he presentado en tres ocasiones distintas como orador en el Dutch Treat) pronunció un discurso, alguien cantó *Barras y estrellas* y se me citó en el momento oportuno.

Probablemente, el honor más sorprendente que he recibido es el de ver mi nombre en una losa de piedra en un camino del Jardín Botánico de Brooklyn. Por supuesto no soy el único. A medida que se recorre el camino, losa tras losa aparecen los hombres de famosos nacidos en Brooklyn. (Está el de Mae West, por ejemplo.)

Cuando me dijeron que iban a añadir mi nombre, les señalé que yo no nací en Brooklyn pero me respondieron que puesto que me crié allí desde los tres años y fui allí a la escuela, era suficiente. Así que Janet y yo nos dirigimos al Jardín Botánico el 8 de junio de 1986.

Cuando llegamos en taxi a la Gran Army Plaza nos encontramos la zona bloqueada por la fiesta (que era mucho mayor de lo que se podía esperar) y sólo dejaron pasar al taxi porque uno de los policías me reconoció.

Janet y yo seguimos el sendero, leímos todos los nombres y conocimos a varias celebridades que también fueron homenajeadas. Me pidieron que dijera unas palabras, pero la auténtica estrella era Danny Kaye, al que siempre había admirado y con el que estuve por primera y única vez. Me llamó *payess* (patillas, en yidis) y después dio una charla encantadora.

Sin embargo, parecía enfermo y, de hecho, murió el 3 de marzo de 1987, sólo nueve meses después, a la edad de setenta y cuatro años.

156. Los parientes rusos

Por supuesto, sabía que tenía parientes en Rusia. Mi padre tenía tres hermanos y un par de hermanas y mi madre varios hermanos. Y probablemente éstos, a su vez tenían hijos, etc. Pero no manteníamos ningún contacto. Nunca lo habíamos hecho.

Durante los primeros años en Estados Unidos mis padres recibían cartas de Rusia de vez en cuando, pero no me las leían ni me hablaban de ellas. (Y, para ser sincero, tampoco me interesaban.) Por tanto, me crié sólo con mi núcleo familiar, padre, madre, hermana y hermano, y estaba bastante contento con la situación. También estaba el hermanastro de mi madre, su mujer y su hijo, pero nos tratábamos poco.

Después de la guerra di por supuesto que no era probable que ninguno de mis parientes hubiese sobrevivido. Los que se alistaron seguramente estarían entre los millones que murieron. Y los que fueron atrapados por los invasores podían estar entre los millones de asesinados por la brutalidad nazi.

Hasta que los primeros volúmenes autobiográficos llegaron a la Unión Soviética no supe que tenía parientes que habían sobrevivido; o mejor dicho, ellos supieron que yo existía.

Sin duda, durante años fui un escritor popular de ciencia ficción en la Unión Soviética (quizás ayudado por el final en “ov” de mi apellido) y puede que los que llevaban el mismo apellido, o estuvieran casados con alguien llamado así, sospecharan que yo era un pariente lejano.

Pero Asimov es un apellido corriente en Uzbekistán, en el Asia Central, y allí se escribe (en caracteres cirílicos) con una “s”. En Bielorrusia, donde yo nací, se escribía con “z”, pero mi padre se equivocó al deletrearlo cuando llegó a Estados Unidos. Era difícil que otros bielorrusos supieran si yo era un pariente o no juzgando sólo por el apellido. En realidad, fui yo quien se enteró de que había uzbecos que afirmaban ser parientes míos.

Cuando se publicó la autobiografía, mi lugar de nacimiento, Petrovichi, se hizo famoso al igual que el nombre de mi abuelo, Aaron. Esto bastó. Empecé a recibir cartas, sobre todo de mi prima carnal, Serafina, la hija de un hermano menor de mi padre, Samuel, que fue oficial del ejército soviético y sobrevivió a la guerra, pero que ya había muerto. (Otro hermano más joven, Ephraim, murió luchando en el Caucaso en 1942.)

El benjamín de los hermanos de mi padre, Boris, sobrevivió a la guerra y vivió en Leningrado, pero en los años setenta logró salir de la Unión Soviética y emigró a Israel. Mi hermano Stan, que tiene más sentido de la familia que yo, averiguó su paradero. Acto seguido, decidimos actuar (teníamos que hacer algo, puesto que estaba sin un penique y era el hermano de nuestro padre).

Sugerí que Marcia se encargara de la correspondencia con Boris, en la que

incluiría cheques. Yo proporcionaría el dinero y Stan tomaría las decisiones. Si Marcia tenía algún problema relacionado con el tío Boris, tendría que consultar a Stan, que ostenta el monopolio del sentido común en la familia.

No funcionó demasiado bien porque a Marcia le resultó difícil mantener una correspondencia fluida, pero de una forma u otra nos las arreglamos. Stan incluso consiguió que alguien de Newsday, que casualmente pensaba viajar a Israel, le prometiera que visitaría a Boris y vería como estaba. Y lo hizo. Mi tío era muy viejo, estaba muy débil y aparentemente no muy en su sano juicio. Murió el 30 de agosto de 1986.

Pero éste no era el único pariente ruso, en absoluto. Teníamos primos carnales, primos segundos y gente que se había casado con ellos y tenía hijos y todos ellos escribían cartas a su pariente famoso de América. Una vez que Mijaíl Gorbachov suavizó la situación en la Unión Soviética, algunos de ellos vinieron a Estados Unidos y, entonces, las cartas empezaron a llegar desde América.

Recibí una carta en la que se quejaban de que no me hubiese presentado en Florida para saludar a mis parientes desconocidos y perdidos durante mucho tiempo. Tuve que responder educadamente que nunca viajaba.

Otro grupo vino a nuestra casa sin avisar. Cuando el portero, precavido, me llamó para decirme que había unos extranjeros que decían ser mis parientes, tuve que bajar a verlos. Cuando lo hice, una mujer de mediana edad se lanzó a mis brazos y lloró sobre mi hombro por la alegría de ver a su querido esto o lo otro. No llegué a descubrir exactamente qué parentesco tenían conmigo, pero lo que querían era que les encontrase un lugar para vivir. Les dije que se había establecido una gran colonia de rusos judíos en Brighton Beach, pero dijeron que ya lo sabían y que querían un vecindario mejor.

¿Esperaban que les pagara un apartamento? Por fin se fueron.

Mientras tanto, siguieron llegando cartas de distintas partes de la Unión Soviética. Las ramificaciones familiares parecían ser increíbles.

Es uno de esos asuntos que me deprimen. No puedo evitar pensar que la mayoría de la gente tiene familias muy grandes, con lazos familiares muy fuertes y deben vivir según un código establecido por el cual cualquier miembro de la familia puede recurrir a otro pidiéndole ayuda y estar seguro de recibirla. Los parientes de Janet son así.

Pero yo nunca he tenido una gran familia y no poseo ese sentimiento de espíritu familiar excepto para Janet, Robyn y Stan. No quiero parecer cruel y duro de corazón y estoy dispuesto a dar dinero a los que están sin blanca, pero nada más. Simplemente no soy capaz de recibirlos con lágrimas de alegría, invitarlos a que me visiten y agasajarlos, sólo porque son parientes lejanos, o dicen que lo son.

157. Gran Maestro

Podría parecer que cuando tenía sesenta y siete años ya había conseguido todo lo que deseaba por lo que a la ciencia ficción se refiere. Tenía varios Hugo, unos cuantos Nebula y novelas que eran grandes éxitos de ventas. Era uno de los Tres Grandes. En las convenciones de ciencia ficción me trataban como a una vaca sagrada y los jóvenes recién llegados al mundo de la literatura de ciencia ficción me respetaban. Gracias a mis prominentes patillas blancas me reconocían por la calle y estaba seguro de que, si viajase, descubriría que me conocían en todo el mundo. Era tan popular en Japón, España y la Unión Soviética como en Estados Unidos, y mis libros han sido traducidos a más de cuarenta idiomas.

¿Qué más quería?

¡Una cosa! En 1975 los Escritores de Ciencia Ficción de América crearon un Nebula muy especial, que se llamaría el premio Gran Maestro. Era para entregarlo en el banquete de los premios Nebula, a una gran estrella de la ciencia ficción por la obra de su vida, más que por una producción en concreto.

El primero fue inevitablemente para Robert Heinlein. No hubo discusión. Era el principal favorito de los lectores de ciencia ficción y había sido pionero en la inclusión de este género en las revistas importantes y en el cine. Era tan respetado fuera como dentro del mundo de la ciencia ficción. Por casualidad, Sprague de Camp estuvo en la celebración junto con Heinlein, el 23 de octubre de 1984, y tuvimos la oportunidad de hacernos una foto en la misma postura en que nos la hicimos los tres en la NAES, exactamente treinta años antes.

En los años siguientes, se otorgaron estos premios a otros autores; Jack Williamson fue el segundo y Clifford Simak el tercero. Otros fueron para Sprague de Camp, Fritz Leiber, Arthur C. Clarke y Andre Norton, también muy merecidos. Todos menos Norton estaban íntimamente relacionados con John W. Campbell y la Edad de Oro.

Es más, ellos eran de edad avanzada, pero afortunadamente habían sobrevivido para recibir el honor. En realidad, sólo puedo recordar a dos personas relacionadas con las revistas de ciencia ficción que seguramente hubieran merecido el honor pero que murieron antes de 1975. Eran E. E. Smith y el propio John W. Campbell.

Naturalmente, pensaba que yo era uno de los que más posibilidades tenía de conseguir que algún día me nombraran Gran Maestro, pero ¿cuándo?

Los premios no se concedían todos los años. En el período de 1975 a 1986, sólo se otorgaron siete premios. Los siete Grandes Maestros eran mayores que yo y todos habían empezado a publicar en los años treinta y cuarenta, así que no tenía nada en contra de que los consiguieran el premio. De los que quedaban, había dos respetables candidatos que eran mayores que yo, Lester del Rey y Frederik Pohl, y esto podía

retrasar mi turno entre dos y cuatro años.

Estaba nervioso. Padecía una serie de problemas físicos que no me daban mucha confianza en mis posibilidades de sobrevivir tres o cuatro años más y, desde luego, no quería que la gente anduviera diciendo: “Deberíamos haberles dado el Gran Maestro antes de que muriera.” ¿Para qué me hubiera servido?

Puede parecer codicioso por mi parte anhelar tanto el premio, pero también soy humano. No obstante, guardaba mis deseos para mí. No hice ninguna campaña a mi favor y ninguna de mis palabras o hechos indicaron nunca abiertamente que estuviera interesado.

Pero por fin llegó el momento, y seguía vivo. El 2 de mayo de 1987, en el banquete de los premios Nebula, recibí el título de Gran Maestro. Era el octavo, y todos los demás premiados seguían vivos, algo que subrayé con júbilo en el discurso de aceptación.

(Por desgracia, fue la última vez que se pudo decir esto, ya que al año siguiente murieron dos de los Grandes Maestros, Robert Heinlein y Clifford Simak. Además, en 1988 el noveno Gran Maestro iba a ser Alfred Bester, pero se estaba muriendo y el premio que le dieron fue a título póstumo. Por fortuna, se lo comunicaron antes de que muriera, el 20 de septiembre de 1987, a la edad de setenta y cuatro años. El décimo y último premio por el momento fue para Ray Bradbury, en 1989. Espero que Lester del Rey y Frederik Pohl consigan uno pronto. En estos momentos, Lester tiene setenta y cinco años y Fred setenta, y ambos se lo tienen muy merecido.)

En mi discurso, dicho sea de paso, dije que todos buscamos una distinción especial. Así que aunque Bob Heinlein fue el primer Gran Maestro, Arthur Clarke fue el primer Gran Maestro británico y Andre Norton fue la primera mujer Gran Maestro, yo, aunque era el octavo, era el Primer Gran Maestro judío.

Después del banquete, Robert Silverberg (que, junto conmigo es el escritor judío de ciencia ficción más destacado) me preguntó:

—Ahora que eres el primer Gran Maestro judío, ¿qué me queda a mí?

A no ser que Bob muera de forma prematura, es seguro que algún día será Gran Maestro, y así se lo hice saber:

—Bob, serás el primer Gran Maestro judío guapo.

Sonrió complacido.

158. Libros para niños

He escrito un considerable número de libros para jóvenes. De ficción, por ejemplo, la serie de Lucky Starr, que firmé como Paul French y la de Norby, que hice con Janet (aunque ella realizó, con mucho, la mayoría del trabajo). En obras de no ficción, la serie de libros de ciencia que escribí para Abelard-Schuman estaba dedicada a los adolescentes.

No es muy difícil escribir para jóvenes si se evita pensar en ellos como niños. No simplifico mi vocabulario para ellos, aunque a menudo añado la pronunciación de los términos técnicos, simplemente para reducir el terror que inspiran visualmente. Evito las frases demasiado largas y complejas y no caigo en alusiones de difícil interpretación. Los jóvenes no carecen de inteligencia ni de capacidad de razonamiento, sólo les falta experiencia.

(En realidad, a veces los críticos más arrogantes consideran que la parte de mi producción de ficción dirigida a una audiencia adulta es “lectura para jóvenes”, y eso me duele. Supongo que se debe a que mis novelas de adultos eluden la violencia y el sexo descriptivo y también cometen el terrible crimen de estar escritas con claridad. Esto quiere decir, por supuesto, que los adolescentes inteligentes pueden leer mis novelas de adultos con facilidad y las comprenden, aunque eso no las convierte en “lectura para jóvenes”.)

De vez en cuando, también he escrito libros para niños de la escuela primaria, menores de trece años. Eso es más difícil. Aquí hay que cuidar el vocabulario. Las obras de ficción tienen que ser cortas, mientras que los libros de no ficción sobre ciencia deben ser especialmente claros.

Mi primer intento de escribir ciencia ficción para niños fue *The Best New Thing*, que escribí a principios de 1962. Era para niños pequeños y puesto que Robyn estaba a punto de cumplir los siete años en esa época, se lo leí y le fascinó. Pero la editorial para la que lo escribí sufrió grandes cambios, y el libro no se publicó hasta 1971, bajo el sello de World Publishing.

Boy´s Life publicó varios relatos cortos para niños algo mayores. El más conocido de los míos para esta revista fue *Sarah Tops*, el primer cuento en que aparecía Larry, mi joven detective de la escuela, que ha formado parte de alrededor de una docena de antologías.

Por lo que respecta a la no ficción, fracasó el *Ginn Science Program*, para el que redacté el texto de los volúmenes dirigidos de cuarto a octavo grado. No quiero hablar de ellos.

Mucho más de mi estilo fue una serie de cuatro libros que hice para Walker & Company: *ABC’s on Space* (1969), *ABC’s of the Ocean* (1970), *ABC’s of the Earth* (1971) y *ABC’s of Ecology* (1972).

La idea de hacer estos libros me atrajo de inmediato cuando Beth Walker me lo sugirió por primera vez. También parecían fáciles, pero dio la casualidad de que no resultaron ni fáciles ni buenos.

Tenía que elegir dos palabras que empezaran por cada una de las letras del alfabeto y definirlas. Por ejemplo, en el libro sobre el espacio, la S se podía utilizar para sol, estrella (star, en inglés), Saturno, satélite, espacio (space, en inglés) y muchas más. Otras letras, como la Y, no tenían prácticamente ningún candidato. El resultado fue que algunas palabras muy importantes fueron omitidas y otras muy dudosas tuvieron que incluirse. Tampoco fue fácil definir cada palabra en tres o cuatro líneas con claridad y precisión.

Después del cuarto libro de ABC me rebelé y me negué a hacer más. Los Walker tampoco intentaron persuadirme ya que no se vendían muy bien. La serie *How Did We Find Out About…?* que escribí para Walker dirigida a una audiencia algo mayor, fue más satisfactoria y se vendió mucho mejor.

En 1987, un caballero llamado Gareth Stevens iniciaba un negocio editorial en Milwaukee y Martin Greenberg, siempre atento a las ventajas que suponía entrar en un negocio incipiente, consiguió de alguna manera establecer contacto con él. El resultado fue que hice una serie de libros de astronomía para niños. Marty actuó como mi agente y después se negó a cobrar su parte. En ese aspecto es una persona muy difícil de llevar.

Gareth me pidió que hiciera una serie de treinta y dos libros sobre astronomía. Cada uno consistiría en doce pequeños ensayos sobre el tema, otros tres sobre “hechos asombrosos” y tres más de “enigmas”. En cada caso, alguien con conocimientos sobre pautas educativas me pondría al corriente del tema a tratar.

El primer libro de la serie, *Did Comets Kill the Dinosaurs?*, lo terminé el 19 de junio de 1987 y se publicó antes de que finalizara el año. Creo que lo eligieron para iniciar la serie porque estaba relacionado con dinosaurios y cataclismos, y ambas cosas son populares entre los jóvenes. Desde luego fue un acierto, ya que basándose en lo bien que fue recibido el libro, Gareth siguió adelante a toda velocidad con el resto.

Cuando escribo esta autobiografía, se han publicado veintinueve libros de la serie y dos están en imprenta. El número treinta y dos, y último, llegó cuando mi salud no me permitía escribir. Por tanto, lo escribieron los de la editorial, pero puede que lleve mi nombre para mantener la uniformidad de la serie. (Si es así, no lo añadiré a mi lista.)

Estos libros tienen éxito. Incluyen unos dibujos artísticos maravillosos y espectaculares y son muy famosos en escuelas y bibliotecas. Gareth, gracias a sus viajes al extranjero y a una publicidad agresiva, ha vendido muchas ediciones al extranjero y todas las que he visto respetan el tamaño, los dibujos y el estilo, sólo mis

palabras aparecen traducidas.

Únicamente me desagradó uno de los temas asignado a la serie, el de los OVNI. Yo me opuse porque los OVNI no son astronomía sino mitología. Pero Gareth argumentó que estaba vendiendo la serie basándose en la lista de temas programados y que ése había despertado un interés especial

—De acuerdo —repuse—, pero dejaré muy claro de que no hay ninguna prueba de que los OVNI sean naves espaciales extraterrestres y subrayaré que hay mucho engaño e ilusión alrededor de este tema.

—Adelante —dijo Gareth.

Y eso fue exactamente lo que hice.

159. Novelas recientes

El final de *Fundación y Tierra* me creó un dilema. Acostumbro a dejar un cabo suelto al final de cada novela por si se da el caso de que quiera continuarla. Al final de la novela anterior de la misma serie, *Los límites de la Fundación*, incluso añadí la anotación: “Fin (por ahora).” A Janet le pareció muy mal y me dijo que obligaba a los lectores a esperar cuando podía tardar años en publicar la continuación.

No obstante, escribí la nueva novela enseguida, pero en el último párrafo de *Fundación y Tierra* daba a entender que existían complicaciones que sólo se podían resolver en otro libro, y yo no tenía ni idea de cómo se podrían solucionar. Todavía sigo sin saberlo, aunque ya han pasado cinco años desde entonces.

Esto puede haber sido una de las razones por las que escribí *Viaje alucinante II*, como excusa para aplazar la exploración adicional que necesitaba para continuar en el universo de la Fundación. Pero cuando éste estuviese terminado, ¿qué iba a hacer a continuación?

Dio la casualidad que un día subía en el ascensor de mi casa y un hombre joven me dijo que había leído la serie de la Fundación y siempre quiso saber qué le había sucedido a Hari Seldon cuando era joven y cómo había inventado la psicohistoria (la ciencia ficticia que sirve de base a la serie).

Me valí de esto, y cuando llegó el momento de firmar contratos para nuevas novelas, propuse retroceder en el tiempo y escribir *Preludio a la Fundación*, que trataría de los acontecimientos que ocurrieron cincuenta años antes del primer libro de la serie y de Hari Seldon y la creación de la psicohistoria.

Jennifer Brehl estuvo de acuerdo de inmediato. Al notar que me había cansado de los libros de la Fundación, sugirió que la siguiente novela no formara parte de la serie de la Fundación ni de la de los robots, sino que fuera un producto independiente por completo, con un origen nuevo y totalmente diferente.

Me pareció perfecto y el 12 de febrero de 1987 empecé a escribir *Preludio a la Fundación*. La terminé nueve meses después y se publicó en 1988. apareció en rústica un año más tarde como el primer volumen de una nueva colección de novelas de bolsillo creada por Doubleday/Bantam, que se llamó *Foundation* en mi honor. Después empecé *Nemesis* el 3 de febrero de 1988. Estaba ambientada en una época más próxima a nuestros tiempos que las novelas de robots o las de la Fundación. Trataba de la colonización de un satélite que giraba alrededor de un planeta parecido a Júpiter, que a su vez giraba alrededor de una estrella enana roja. Mi protagonista era una joven y contaba con dos mujeres adultas entre los personajes. La novela era mucho más emocionante de lo que acostumbran a ser mis obras.

Me divirtió escribirla, pero me costó cuatro meses más de lo acostumbrado, por razones que explicaré a continuación. El libro se publicó en el otoño de 1989 y tuvo

bastante éxito.

160. De vuelta a la no ficción

Mientras escribía mis últimas novelas de los ochenta no abandoné del todo la no ficción. Publiqué muchos ensayos y varias colecciones de ellos. Entre otras *Hasta donde alcanza el ojo* (1987) y *The Relativity of Wrong* (1988), dos colecciones de mis ensayos de *F&SF*. También hice varios libros de la colección *How Did We Find Out About…?* para Walker y, por supuesto, los de astronomía para Gareth Stevens.

Sin embargo, sólo escribí uno de no ficción para adultos, *Orígenes* (1987), mi relato de la evolución del Universo, de la Tierra y del hombre, narrado desde el presente hacia el pasado; y mi comentario de Gilbert y Sullivan.

Suspiraba por hacer algo y lo que más echaba de menos eran los libros de historia que había escrito para Houghton Mifflin. El número dieciséis y último (antes de que esta editorial decidiera terminar con ellos) fue *Los Estados Unidos de la Guerra Civil a la Primera Guerra Mundial*, el cuarto volumen de mi historia de Estados Unidos, que se publicó en 1977.

Desde entonces no había escrito nada más del tema y ya llevaba toda una década añorando esta materia.

El lector puede preguntarse por qué no continué la serie con otra editorial. Se me ocurrió, pero en cierto modo el asunto se había ampliado de forma notable. Pensé que debía hacer una historia del mundo desde sus comienzos, que incluyera todas las naciones que pudiera. La contaría a mi manera, como un cuento, enfatizando como solía hacerse antaño las guerras y la política.

Sabía que era más importante comentar aspectos sociológicos económicos y culturales, y los introduje cuanto pude. Pero todo lo que en la actualidad se considera la esencia fundamental de la historia es aburrido, y quería que se leyera el libro como un pasatiempo. No me preocupaba lo que dirían los críticos; pretendía escribir algo que me gustara a mí e incluir la emoción y el dramatismo, que resultan entretenidos. Esto, a su vez, exigía poner el acento en la guerra y en la política. Después de todo, puesto que escribía ciencia ficción y relatos de misterio bastante pasados de moda, ¿por qué no escribir también historia con un cierto aire "retro"?

Conseguí que Walker aceptara publicarla y firmamos un contrato con un adelanto de mil dólares. (No me habría importado si no me los hubieran dado, sólo quería que la publicasen.) Empecé en enero de 1979 y seguí escribiendo de manera intermitente durante un año. Compuse casi medio millón de palabras y llegué hasta 1850. Pero entonces pasé a escribir novelas y estaba claro que el último siglo y cuarto por lo menos necesitaría otro millón de palabras, así que lo abandoné.

Odiaba dejarlo sin sacarle partido, ya que me jactaba de que nunca desperdiciaba nada y de que publicaba de un modo u otro todo lo que escribía, pero este proyecto me derrotó. No creí que fuera una batalla definitiva, por supuesto, ya que durante

años pensé que volvería al frente y ganaría, pero nunca regresé.

(No era el primer proyecto a gran escala ante el que me rendía. Durante la Segunda Guerra Mundial escribí cantidades ingentes de notas sobre todo lo que estaba sucediendo porque pretendía escribir una historia de la guerra una vez que terminara. Nunca la escribí y ni siquiera la empecé.)

Mientras escribía mis novelas, varias editoriales me presentaron otras propuestas. Doubleday me pidió que hiciera un repaso general de la ciencia en forma de preguntas y respuestas. Empecé y avancé bastante, pero también tuve que dejarlo bajo la presión de las novelas. Devolví a Doubleday un adelanto bastante importante.

Después, Harper & Row me pidió que escribiera una historia de la ciencia, año por año. Acepté con entusiasmo ya que estaba seguro de que escribir mi novela interferiría en cualquier gran proyecto de no ficción. Pero después me propusieron que añadiera en cada año algún acontecimiento que sucediera en el mundo fuera de la ciencia. Esto me animó aún más. Sería una especie de libro de historia, uno general, y no sólo uno sobre ciencia.

Con mis novelas a toda marcha, no podía empezarlo, pero seguí pensando y soñando con ello. Entonces, el 8 de noviembre de 1987, cuando estaba a punto de terminar *Preludio a la Fundación*, dejé a un lado la prudencia y empecé el libro que titulé *Science Timeline*. Al final, Harper & Row le puso el nombre torpe pero descriptivo de *Asimov's Chronology of Science and Discovery* (Cronología de los descubrimientos).

Rara vez me he divertido tanto en mi vida. Utilicé mi propia *Enciclopedia biográfica de ciencia y tecnología* como fuente onomástica y de datos, saqué de mi biblioteca todas las demás historias de la ciencia, usé varias de mis enciclopedias, recogí datos de todas partes y empecé a contar la historia de la ciencia, desde sus comienzos, hace cuatro millones de años, cuando aparecieron los primeros homínidos. Además, añadí mucha historia propiamente dicha, utilizando para obtener datos mis propias obras, incluido mi manuscrito interrumpido de historia del mundo y todos los libros de historia de mi biblioteca.

Traté de escribirlo a la vez que *Nemesis*, alternando las dos. Utilizaba la novela como un soborno y la *Cronología* como una recompensa. Si lograba hacer diez páginas de la primera, me sentía libre para hacer veinte de la segunda, y así sucesivamente.

La *Cronología* se llevaba la palma. Sabía que con *Nemesis* ganaría diez veces más dinero que con la Cronología, pero mi corazón estaba con la no ficción. El resultado fue que terminé la *Cronología* a finales de 1987, dentro del plazo, pero la novela, que debía acabar al mismo tiempo, seguía incompleta. Hasta que Jennifer no frunció el ceño y fijó una fecha de entrega, no me puse a trabajar, y la terminé en marzo de 1988.

Ambos libros se publicaron en octubre de 1989. la *Cronología de los descubrimientos* era un libro extenso, de unas setecientas páginas, con el triple de palabras que *Nemesis* y estaba muy orgulloso de él, aunque me molestaron dos cuestiones.

Una fue la preparación del índice. A pesar de que no era más difícil de preparar que el de los demás libros largos, a mí me lo pareció, porque yo era más viejo y porque (aunque en ese momento no me di cuenta del todo) mi salud se estaba deteriorando, y me cansaba con más rapidez.

El otro asunto molesto era que me había extendido bastante en los acontecimientos históricos que no eran científicos y, en conjunto, esta parte no científica constituía una importante proporción del libro. Harper & Row, deseosos de que el libro no tuviera unos costes demasiado elevados para competir en el mercado, y de no tener que dividirlo en dos volúmenes, eliminó gran parte de lo que era pura historia, aunque no cortó ni un párrafo de mi historia de la ciencia.

Al final estuve de acuerdo porque se me ocurrió una nueva idea.

El registro de acontecimientos históricos en el mundo, año a año, me recordó la historia del mundo sin terminar que había preparado para Walker y que abandoné hacía casi una década. ¿Por qué no intentarlo con un patrón diferente, uno más parecido al de la Cronología? Después, tal vez podría conseguir que Harper & Row lo publicara como una pieza complementaria.

Me puse a trabajar y le dediqué más tiempo del que había empleado en mi intento anterior. Empecé la historia quince mil millones de años atrás, con la creación del Universo y la Gran Explosión, y mi intención era llegar hasta el momento presente.

Llegué bastante más delante de 1850, el punto de interrupción del primer intento, en parte porque fui más sistemático en la organización del libro y también porque fui más conciso. Sin embargo, al llegar a la Segunda Guerra Mundial me di cuenta (una vez más) de que no llegaría hasta el presente. Sería demasiado largo. Me pareció que 1945 era un buen punto donde detenerme y que después, en el futuro, podría escribir otro libro que tratara de la historia del mundo a partir de 1945.

En realidad, a mitad de camino de la Segunda Guerra Mundial tuve que interrumpirlo por razones que explicaré enseguida, pero esta vez sabía que la interrupción era sólo temporal. Salvo que muriera, terminaría el libro.

Por supuesto, mi única preocupación ética era: ¿qué pasaba con el contrato que tenía con Walker para hacer una historia mundial?

Podría haber argumentado fácilmente que eso no importaba. Desde que empecé esa primera historia mundial, había publicado cerca de cuarenta libros con Walker, así que no se quejarían de que les tuviera abandonados.

Sin embargo, estaba el adelanto de mil dólares que me dieron por el libro. Por fortuna, en 1989 Beth Walker, consciente de que se acercaba el año 2000, me propuso

que hiciera un libro sobre cómo era la Tierra en cada milenio en relación con la historia del hombre. Después, una vez que llegara al presente, seguiría con un capítulo sobre cómo podrían ser las cosas en el año 3000.

Le dije que aceptaría de inmediato si lo sustituían por el fallido libro de historia del mundo y transferían el anticipo de mil dólares al nuevo libro. Aceptaron, pero insistieron en añadir otros mil dólares más. (Los editores rara vez me dejan hacer lo que quiero con los adelantos. Siempre me dan más dinero del que pido.)

El libro era fácil de hacer y lo terminé en unos pocos meses. Se publicará bajo el título de *The Next Millenium*.

161. Robert Silverberg

Robert Silverberg nació en 1936 y los primeros años de su vida debieron de ser muy parecidos a los míos puesto que así me lo comentó después de leer el primer volumen de mi autobiografía.

Es muy probable que esto sucediera porque, indudablemente, él era tan brillante como yo y tuvimos las mismas dificultades para adaptarnos a la sociedad. Sin embargo, los resultados fueron diferentes. Yo siempre fui escandaloso y presuntuoso y me relacionaba con la gente, de manera que tenía algo de bufón para aquellos a quienes no impresionaba. Bob, por el contrario, era serio y circunspecto y aunque tenía un agudo sentido del humor, sólo lo demostraba de vez en cuando y de manera inesperada.

Interpreté esta seriedad de Bob como tristeza y hablé de ello en los primeros volúmenes de mi autobiografía. Después me dijo que había sido desgraciado en su primer matrimonio. Pero yo también, y si eliminamos su infelicidad, él seguía siendo serio y yo escandaloso.

Creo que mi actitud le molestaba un poco, porque recuerdo que una vez dijo que no podía permitirse hacer las payasadas de autopromoción que representaban gente como Isaac Asimov y Harlan Ellison. Sin embargo, discrepo; no es una cuestión de autopromoción, es sólo la forma de ser de Harlan y mía. Si no fuéramos así por naturaleza, nos sería imposible asumir ese papel sólo para promocionarnos. Debe salir de forma natural, o si no, no funciona.

De todas maneras Bob tiene varios factores a su favor. En primer lugar, es uno de los mejores escritores de ciencia ficción y si hubiese nacido quince años antes, habría sido uno de los Tres Grandes, y hubiera ocupado mi puesto.

En segundo lugar, es muy prolífico. Sin duda, lo es tanto como yo y también escribe sobre temas muy variados. Algunos de sus libros de no ficción son de primera, y recuerdo haber leído con entusiasmo sus obras sobre los constructores de túmulos de la América precolombina y el Preste Juan. Además, ha escrito novelas históricas muy buenas; disfruté mucho con una sobre Gilgamesh de Sumeria.

No obstante, existe otra diferencia entre Bob y yo; él es una persona completa. Le gusta viajar y hacer muchas otras cosas. Esto limita su obra. También es más práctico que yo. Dejó de escribir no ficción de manera deliberada porque daba menos dinero, mientras que yo creo que la diversión de escribir no ficción compensa el déficit económico. Cuando consideró que sus editores estaban dejando que la mayoría de sus obras se agotaran, se “retiró” durante cinco años. (A mí me resultaría inconcebible reaccionar de esa manera. Me estaría castigando a mí mismo mucho más que a mis editores y a mis lectores.) Por fortuna, al final Bob volvió a escribir.

Su primer relato lo publicó en 1954, y le conocí en la convención de ciencia

ficción de Cincinnati hacia finales de junio de 1957. después de mi regreso a Nueva York en 1970, los del Rey, los Silverberg y los Asimov formamos una especie de sexteto con la entusiasta Judy-Lynn como aglutinador. En varias ocasiones estuvimos todos en los *seder*[20] de Pascua que Lester se empeñaba en dirigir con toda la solemnidad de un converso. Lester era también un excelente cocinero y si bien yo no podía emular su entusiasmo religioso, por lo menos comía bien.

Sin embargo, Bob decidió que Nueva York no era para él y se mudó a Oakland (California), donde ha vivido desde entonces. Me apenó su marcha, y recordé que la emigración de Nueva York a California se parecía mucho a la anterior, de Europa a Estados Unidos, pues era una búsqueda de pastos más verdes y de una nueva vida. En California, Bob se divorció y después se volvió a casar, y esta vez su matrimonio fue feliz (como el mío).

En 1988 Marty Greenberg tuvo una idea. (Su creatividad es infinita.) Se le ocurrió que los escritores de mi generación habíamos publicado en nuestra juventud muchos relatos en revistas, relatos con los que después nunca hemos trabajado. ¿Por qué no conseguir que un escritor más joven cogiera un relato clásico y lo ampliara hasta convertirlo en una novela?

En concreto, ¿por qué no buscar a alguien, darle mi relato *Anochecer*, que entonces tenía cuarenta y seis años, y hacer que mantuviera el relato básicamente como había sido escrito, pero añadiéndole un principio y un final diferente? Me quedé atónito. Eso significaba que otro escritor podría arruinar el relato y escribir cualquier cosa que no fuera de estilo Asimov.

Marty argumentó que siempre podríamos arreglarlo para que fuera yo quien tuviese la última palabra antes de aprobar el final de la novela e incluso para poder cambiarla si lo creía necesario. Además, intentaría conseguir que Bob Silverberg lo hiciera, porque era muy competente.

—Vamos, hombre —repuse desconfiado—. Bob nunca consentiría en enterrar su trabajo en un relato de Asimov.

—Sí, lo hará —respondió Marty, y tenía razón.

Yo no estaba convencido. Después de todo, había terminado *Nemesis* y tenía que empezar otra novela. Acababa de firmar el contrato para hacer otra obra de la Fundación. Seguía sin poder escribir la continuación de *Fundación y Tierra*, así que decidí llenar el vacío que había entre *Preludio a la Fundación* y *Fundación*.

El 4 de junio de 1989 empecé la nueva novela, que titulé *Hacia la Fundación*, pero estaba realmente harto de novelas. Durante los ochenta había escrito siete, con un total de un millón de palabras y me hubiera tomado otro descanso de veinte años (si hubiese sido lo bastante joven para hacerlo). Además quería terminar mi libro de historia del mundo, que se estaba acercando al medio millón de palabras.

Entonces se me ocurrió que si Bob escribía una novela con *Anochecer*, éste

podría ser mi libro de ficción de 1990 y tendría un año de descanso antes de completar *Hacia la Fundación*.

Naturalmente, había algunos pequeños detalles que discutir. Primero, ¿y mi sentido de la ética? ¿Tendría derecho a poner mi nombre en el libro y a recibir la mitad de los derechos de autor si Bob escribía la mayor parte del mismo? Se lo comenté a Marty, que inmediatamente señaló que Bob tendría la ventaja de una base argumental preparada, por no hablar de los personajes y acontecimientos con los que podía trabajar, y que, por lo tanto, yo tenía todo el derecho a mi mitad. Dejé que Marty me convenciera.

Pero aún quedaban algunos otros detalles. Le expliqué a Bob que no quería sexo gratuito, violencia innecesaria ni lenguaje vulgar en la novela, y estuvo de acuerdo, y añadió que yo tendría la última palabra en cualquier materia en discusión.

Cuando yo dijera "¡Borra!", borraría, cuando yo dijera "¡Cambia!", cambiaría.

Por su parte, Bob quería asegurarse de que no le eclipsaría haciendo que mi nombre apareciera más destacado que el suyo (como había ocurrido, poco antes, cuando el nombre de Arthur Clarke eclipsó al de su colaborador). Le dije a Bob que me conocía muy mal si creía que permitiría algo así. Seríamos tratados exactamente igual (en este momento, recordando lo mal que había sido tratada Karel Frenkel, me aseguré de que Doubleday hubiese entendido la necesidad de respetar escrupulosamente este aspecto).

No fue fácil convencer a Doubleday de lo atractivo del proyecto, ya que querían mis nuevas novelas en vez de una ampliación de un viejo relato, pero cedieron cuando les dije que necesitaba un descanso. Para ser exactos, Doubleday aceptó publicar tres novelas. Bob no sólo ampliaría *Anochecer*, sino también *El niño feo* y *The Positronic Man*.

Por fin recibí el manuscrito ampliado de Anochecer. A pesar de todo, temía enfrentarme con algo que no pudiera soportar y me preguntaba cómo les daría la noticia a Bob, a Marty y a Doubleday.

Mis temores eran infundados. Bob hizo un trabajo magnífico y casi se podía creer que yo lo había escrito todo. Se mantuvo fiel al relato original y había muy poco que discutir. Bob ya tenía bosquejada la versión de *El niño feo*. Había visto la sinopsis y la aprobé sin ningún reparo.

Bob cambió el nombre del planeta y de uno de los personajes porque yo había utilizado a propósito nombres sumerios y egipcios para que resultara exótico sin serlo demasiado. Bob pensaba que esto era un error y no quería ninguna reminiscencia de la Tierra, y puede que tuviera razón. De todas maneras, le dejé que hiciera lo que quisiese.

162. Las sombras lo cubren todo

En 1972, después de que publicara la primera edición de la *Enciclopedia biográfica de ciencia y tecnología*, adquirí la costumbre de echar una mirada a la página de necrológicas del *New York Times*. La razón era que tenía que saber exactamente la fecha de la muerte de aquellos científicos citados en las últimas páginas del libro. Después, en una copia del libro preparada a los efectos, escribía la fecha y lugar exactos de la muerte. Esto me mantenía al día para las siguientes ediciones, y he seguido este sistema desde entonces.

Empecé leyendo las necrológicas con cierta indiferencia, porque sin duda la muerte era algo propio de la gente mayor. Sólo tenía cincuenta y dos años cuando empecé a leerlas y la muerte me parecía muy lejana. Sin embargo, a medida que me hacía mayor, la página de necrológicas se fue haciendo poco a poco más importante y amenazadora. Ahora se ha convertido en una obsesión morbosa.

Sospecho que esto le sucede a mucha gente. Ogden Nash escribió un verso que siempre recuerdo: “*The old men know when an old man dies*” (Los viejos saben cuándo muere un anciano).

Con los años, este verso ha adquirido un nuevo significado para mí. Después de todo, una persona mayor a la que has conocido durante mucho tiempo no es una “persona mayor”. Es mucho más probable que pienses en ella como la persona joven que está en tu memoria, vigorosa y vibrante. Cuando muere un anciano que ha formado parte de nuestra vida, lo que muere es una parte de nuestra juventud. Y puesto que sobrevivimos, nos vemos obligados a contemplar cómo la muerte nos arrebata el mundo de nuestra juventud, poco a poco.

Puede que haya cierta satisfacción morbosa en ser el último sobreviviente, pero ¿realmente es mucho mejor que la muerte sea la última hoja del árbol, encontrarte solo en un mundo extraño y hostil en el que nadie recuerda cómo eras de joven y donde nadie comparte contigo los recuerdos de un mundo desaparecido hace mucho tiempo que relucía a tu alrededor?

Pensamientos como éste me asaltan de vez en cuando desde que celebré mi sexagésimo noveno cumpleaños el 2 de enero de 1989, cuando me di cuenta de que estaba a menos de doce meses de los bíblicos setenta años.

Claro que no me había vuelto del todo morboso. La mayoría de las veces mantenía mi actitud optimista y entusiasta sobre el mundo. Continuaba con mi apretado programa de reuniones sociales, charlas, conferencias, editoriales y escribía, escribía sin parar. Pero a veces, a altas horas de la madrugada, cuando no podía dormir, pensaba en los pocos que recordaban conmigo cómo era todo al principio.

La ciencia ficción se ha convertido en la actualidad en una especialidad para jóvenes brillantes que probablemente piensan en mí como en un fósil viviente, un

vestigio de un clan de jubilados que ha sobrevivido inexplicablemente a los tiempos modernos, y que deben de recordar al gran John Campbell, si es que piensan en él, como una mítica personalidad paleontológica.

A veces me parece que si no hubiera insistido tanto en hablar de Campbell en mis obras, se hubiera desvanecido para siempre de la mente de la gente; y lo mismo pienso que sucederá con mi propio nombre cuando muera, después de la primera ráfaga de pena.

No espero vivir para siempre, no me aflijo por ello, pero soy débil y me gustaría ser recordado eternamente. Y, sin embargo qué pocos de los que han vivido, incluso de los que han realizado cosas mucho más importantes que yo, permanecen en la memoria del mundo aunque no sea más que un siglo después de su muerte.

Esto, como puede ver, raya peligrosamente en lo que para mí es el pecado más odioso, la autocompasión; y lucho contra ella. Sin embargo, hay veces en las que me cuesta mucho animarme ante la gran cantidad de muertes, cada vez más frecuentes, que se producen con el paso de los años.

Hasta ahora ya he citado en este libro varias de estas muertes.

En mi familia, y de mi propia generación, el marido de mi hermana Marcia, Nicholas, había fallecido, al igual que el marido de Chaucy Bennetts y su hermano mayor, Harold.

Varios miembros de los Trap Door Spiders están muertos, incluidos tres que sirvieron como modelo para mis personajes de los relatos de los viudos negros: Gilbert Cant, Lin Carter y John D. Clark. También lo están algunos miembros del Dutch Treat Club, incluidos los presidentes Lowell Thomas y Eric Sloane.

Muchos escritores de ciencia ficción de mi generación han muerto, desde Cyril Kornbluth, en los años cincuenta, a Alfred Bester, en los ochenta. Entre la fraternidad de los escritores de relatos de misterio han fallecido dos amigos: Stanley Ellin y Fred Dannay (Ellery Queen).

Banesh Hoffman, un físico que siempre se sentaba a mi izquierda en los banquetes de los Baker Street Irregulars, murió en 1986. Robert L. Fish, un escritor de novelas de misterio que siempre se sentaba a mi derecha, falleció incluso antes. David Ford, el actor, que me dio la idea para escribir el primer relato de los viudos negros, murió en 1982.

Lloyd Roth, uno de mis íntimos amigos durante mis primeros años de estudiante universitario y que me recomendó a Charles Dawson, también murió en 1986, de la enfermedad de Alzheimer.

Una vez, en un programa de radio en el que el público podía llamar e intervenir, alguien llamó y me preguntó:

—¿Recuerda a Al Heikin?

—Desde luego —respondí—. Estaba conmigo en la NAES a principios de los

cuarenta. ¿Cómo está?

—Está muerto —fue la lacónica respuesta, y eso me hizo perder mi serenidad en la radio. Heikin había muerto en noviembre de 1986.

Arthur W. Thomas, el profesor que me amparó cuando pedí permiso para hacer mi tesis doctoral, murió en 1982, a la edad de noventa y dos años. Louis P. Hammett, que me había enseñado química física en 1939 (la última vez que me fue bien desde el punto de vista académico), falleció en 1987, también a la edad de noventa y dos años.

Richard Wilson, uno de los viejos futurianos, murió en 1987, a los sesenta y seis años. Bea Mahaffey, para quien había escrito mi relato Everest en 1952 mientras visitaba su despacho en Chicago, falleció en 1987 a los sesenta años de edad. Bernard Foronoff, un viejo camarada de los días de Boston, murió el mismo año, a la edad de sesenta y siete.

William C. Boyd, que me llevó por primera vez a la Facultad de Medicina, falleció en 1983 y Lile, su primera mujer (también una amiga), había muerto antes. Matthew Derow, otro compañero de la facultad, murió en 1987, a la edad de setenta y ocho años. Lewis Rohrbaugh, que sucedió a Chester Keefer como decano de la Facultad de Medicina y con quien me había llevado muy bien, falleció en 1989, a los ochenta y un años.

Y la vida continúa. Me aferro cada vez más apasionadamente al grupo, ya muy reducido de amigos que sobreviven: Sprague de Camp, Lester del Rey y Fred Pohl, en la fraternidad de los escritores de ciencia ficción; Fred Whipple de Boston, y otros más.

No hay duda de que el crepúsculo se acerca y las sombras lo van cubriendo todo cada vez con más intensidad.

163. Setenta años

Estas reflexiones deprimentes, estos pensamientos tristes de muerte y separación y de un final que se acerca, no eran sólo consecuencias de un pensamiento filosófico y de la experiencia amarga que adquirí con los años. Era algo más concreto que eso. Mi salud física se estaba deteriorando.

No habría sido un buen “negador” si hubiese admitido este deterioro y puedo garantizarle que no lo hice. Durante el verano y el otoño de 1989 continué obstinadamente con mi vida habitual, fingiendo que no se notaban los años.

Janet y yo fuimos por cuarta vez al sur, hasta Williamsburg (Virginia), para dar una conferencia. El 19 de octubre de 1989 tuve el inefable placer de cenar en dos lugares diferentes; en uno comí conejo y en otro venado, y encontré ambas cosas de una perfección celestial. Cuando se lo conté con placer a alguien, la respuesta de desaprobación fue:

—¿Quieres decir que te comiste a Bambi y a Tambor el mismo día?

El 15 de marzo de 1989 participé en Boston en la celebración del sesquicentenario de la Universidad de Boston. También pronuncié la conferencia que prometí a la Universidad Johns Hopkins, el 28 de junio del mismo año.

Por supuesto, seguí escribiendo, terminé *Nemesis* y *The Next Millenium* y un par de libros de la serie *How Did We Find Out About…?* También empecé *Hacia la Fundación* y revisé la conversión de *Anochecer* en novela. Además, trabajé sin descanso en mi enorme libro de historia.

Y sin embargo, durante todo el verano y el otoño sentí cada vez más una tendencia inexplicable a la fatiga. Andaba despacio y con esfuerzo. De vez en cuando la gente comentaba mi falta de animación y yo, molesto, intentaba ser más vivaz, pero a costa de un mayor gasto de energía. A veces, me sorprendía imaginándome lo agradable que sería tumbarse, dejarse arrastrar por el sueño y no despertar jamás. Estos pensamientos eran tan extraños en mí que, cuando se me ocurrían, los alejaba lleno de pavor. Lo hacía doblemente horrorizado porque, por un lado, no podía evitar pensar cómo reaccionarían Janet y Robyn y, por el otro, me daba cuenta, consternado, de que dejaría tras de mí varios trabajos inacabados.

Pero estos pensamientos eran recurrentes.

A pesar de todo, ni una sola palabra de esta fatiga creciente aparecía en mi diario. Me negaba a admitir abiertamente su existencia. De todas maneras, había algo más que no podía negar porque era una manifestación física y no algo que podía ser sólo hastío.

Ya el 15 de marzo de 1984, Paul Esserman había notado que mis tobillos estaban un poco hinchados. Retenía líquido y me aconsejó que tomara de vez en cuando algún diurético para favorecer la evacuación de orina y la eliminación de líquidos.

La retención de líquidos es algo que acompaña con bastante frecuencia el aumento de edad y Paul no estaba preocupado. Yo estaba indignado, por supuesto, y odiaba cualquier sugerencia que supusiera que mi cuerpo no funcionaba a la perfección. Además, me resistía a tomar diuréticos por necesidad, ya que no deseaba sufrir la indignidad de las urgencias urinarias y la consecuente carrera al cuarto de baño.

Esto sucedió sólo tres meses después de mi operación de *bypass*, y lo que no sabía (y a lo mejor Paul, en ese momento, también lo ignoraba) era que los riñones habían sido dañados de alguna manera por la máquina que tuve conectada al corazón y al pulmón durante la operación.

Janet se encargó de que tomara un diurético ocasionalmente (siempre estaba del lado de los médicos y nunca entendió que por lealtad debería ponerse de mi parte contra ellos). Esto pareció resolver lo de la retención de líquidos, al menos durante un tiempo.

Después, en Rensselaerville, en 1987, las cosas empeoraron. Me hundí en la tristeza cuando descubrí que a Izzie Adler le habían diagnosticado un cáncer de próstata, y compartí la depresión comiendo de manera imprudente, que en mi caso siempre quiere decir demasiado y bien.

Además, no me preocupaba que la comida fuera salada. En realidad, prefería la sal. Me gustaba su gusto. Me encantaban las anchoas, el salmón ahumado, los arenques, el tocino y cualquier otra cosa que fuera buena y salada. Si estaba buena pero no salada, añadía sal con generosidad.

Janet protestaba. La hipertensión era común en su familia y ella tenía que dejar de tomar sal porque hace subir la tensión. Yo, por el contrario, aunque me tomara la tensión cualquier doctor que llevara un aparato para medirla y estuviera a mi alcance, nunca, ni una vez, presenté esa tendencia.

Así que cuando Janet me reconvino por la cuestión de la sal le respondí con arrogancia que la hipertensión no era un problema mío y que no pensaba dejar de tomarla. Lo que yo no sabía y descubrí rápidamente después de mi estancia en Rensselaerville, era que la sal facilitaba enormemente la retención de líquidos.

Llegué a casa con tres kilos y medio de más y los pies visiblemente hinchados. Tampoco negaré la seriedad del asunto, ya que en Rensselaerville tuve grandes dificultades para subir la cuesta del comedor al dormitorio, algo que antes jamás me había dado problemas.

Paul Esserman me recetó grandes dosis de diuréticos y dictó su ley: una dieta sin sal durante el resto de mi vida.

Me sentí amargado y, luego, indiferente. Janet se dedicó con entusiasmo a preparar comidas sin sal (después de todo, tenía que hacerlo para ella de todas maneras) y a controlar con gran celo mis hábitos alimenticios en los restaurantes. Me

sometí, pero le aseguro, querido lector, que no lo hice dando saltos de alegría.

Para entonces la retención de líquidos y ciertas indicaciones de la química de mi sangre (con una concentración elevada de creatinina, por ejemplo) mostraron, si duda, que mis riñones no funcionaban como era debido, así que el 24 de agosto de 1987 visité a otro médico, Jerome Lowestein, un urólogo (especialista del riñón). Era un caballero muy agradable, con la cara delgada y el pelo canoso, y fue muy simpático a pesar de que insistió en la orden: "sin sal".

La retención de fluidos que se produjo en Ressenlaerville se corrigió gracias al abundante uso de diuréticos, pero el problema no desapareció. En realidad, las cosas fueron acelerándose hacia el máximo en 1989.

De vez en cuando, experimentaba lo que en mi diario llamó una "caída". Una de esas veces, por ejemplo, fue el 17 de noviembre de 1989, en que me quedé en la cama casi todo el día. Lo achaqué a una sucesión de noches sin dormir, y esto, por supuesto, algo tuvo que ver. Pero no era sencillamente que tenía un día perezoso; el problema radicaba en que no me sentía culpable por ello. En una caída, no me enfurecía quedarme en la cama; en vez de eso, me gustaba y me negaba a levantarme.

A pesar de todo, luché por sobreponerme. Fui a Long Island para celebrar con Stan y Ruth el Día de Acción de Gracias. (Por supuesto nevó, la única nevada importante en todo el invierno.) El 4 de diciembre, Janet y yo cenamos en Peacock Alley con Fred Pohl. Fred estaba escribiendo un libro sobre medio ambiente y quería que yo cooperara con él. Le dije que lo haría encantado, pero ése iba a ser el último día normal que tendría en medio año.

El 6 de diciembre tenía programada una sesión combinada de tres horas de charla, tanda de preguntas y respuestas y firma de libros, pero pasé muchas dificultades para terminarla. Era la primera vez en muchos años que no me divertía hablando. Cuando terminó, me apresuré a ir a casa, estaba agotado, y Janet furiosa porque me había comprometido a una sesión de tres horas. Así que empecé a pensar que había abarcado más de lo que me podía permitir.

Al día siguiente experimenté una caída y a partir de ese momento, durante varios días, lo único que pude hacer era arrastrarme. Mi debilidad, contra la que luché durante meses, era tan aguda que me obligó a mencionarla en mi diario. El 13 de diciembre escribí: "No tengo energía. Ése es el problema."

En realidad, eso era el síntoma. El problema era algo que no habría admitido incluso si lo hubiese sabido.

La anotación de mi diario del 14 de diciembre tiene una sola palabra: "¡Enfermo!"

Paul llamó dos veces a casa para preguntar cómo estaba y me conmovió. Los médicos ya no llaman a las casas y lo tomé como una prueba de que Paul se consideraba más un amigo que un médico. (En realidad está totalmente dedicado a su

profesión, como Peter Pasternack. Soy un hombre muy afortunado al tener dos médicos como éstos cuidándome, aunque procuro que no se enteren de lo que siento, ya que prefiero gritarles mucho.)

Pasé tres semanas en cama y descuidé el trabajo, aunque no del todo. Me las arreglé para leer mi correo, contestado sólo las cartas estrictamente esenciales. También escribí mi columna semanal para el Times de Los Ángeles. Pero mi trabajo en el libro de historia se interrumpió. Tampoco pude añadir los toques finales a *The Next Millenium* ni a los dos libros *How Did We Find Out About…?* en los que había estado trabajando. No pude escribir el trigésimosegundo y último número de la serie de astronomía para Gareth Stevens. De hecho, las fechas del 17, 18 y 19 de diciembre están totalmente en blanco en mi diario.

Con gran esfuerzo logré ponerme en pie para ocasiones especiales. El 20 de diciembre Janet y yo fuimos en limusina a un restaurante del centro para cenar con Lou Aronica, de Bantam Books, y unas pocas personas más de Doubleday. La conversación versó sobre los planes de ambas editoriales para publicar una colección perfectamente coordinada de todas mis obras de ficción, tanto novelas como relatos cortos de ciencia ficción y de misterio.

Era una idea magnífica y estaba contento y halagado, pero también sentí la ligera sensación (que no expresé) de que es el tipo de idea que se lleva a la práctica a título póstumo. ¿Estaban, como buenos hombres de negocios, simplemente preparando el futuro?

Si era así no podía culparlos, ya que yo también lo hacía. Durante todo ese desgraciado mes de diciembre no dejé de pensar: “Estoy muy cerca, muy cerca, pero no llegaré a los setenta.”

Ese mes casi se convirtió en una obsesión. Pensaba que me moría y, furioso, me quejé con amargura a Janet de que el destino no me iba a dejar alcanzar la edad mágica de los setenta años.

¿Qué tiene de mágico el número setenta? Pues que en Salmos 90:10 se dice: “La duración de nuestra vida es de tres veintenas más diez…”

Esta edad se había considerado, de acuerdo con la Biblia, la duración normal de la vida humana. En realidad no lo era. La vida media de los seres humanos no llegó a los setenta para una gran parte de la población hasta bien avanzado el siglo XX. La medicina y la ciencia moderna lograron que nuestro años de vida fueran setenta. Pero la Biblia hablaba de setenta y esta cifra se convirtió en mágica.

Desde joven, me las arreglé para grabar en mi mente la idea de que no era ninguna desgracia morir después de los setenta, pero que hacerlo antes era “prematuro” y un reproche a la inteligencia y el carácter de una persona.

Sin duda, era poco razonable; yo diría que bastante irracional.

Con todo, había llegado a los sesenta, cuando, después de mi ataque cardíaco,

pensé que podría no hacerlo. Después, alcancé los sesenta y cinco, cuando, antes de mi *bypass* triple, pensé que no lo lograría. Y ahora, los setenta estaban a mi alcance y pensaba: “No los cumpliré.” (Me acordaba de los días de 1945 cuando intentaba llegar a los veintiséis antes de que me llamaran a filas y fracasé.)

Janet, desesperada, trataba de tranquilizarme. Me dijo:

—A menudo me has dicho que el 2 de enero era una fecha de nacimiento ficticia que te asignaron al salir de Rusia, y que probablemente naciste dos o tres meses antes. Así que en realidad, ya tienes setenta años.

No quería saber nada de eso.

—Mi fecha oficial de nacimiento es el 2 de enero —le respondí furioso—. Si me muero antes, la necrológica del New York Times dirá “Isaac Asimov, 69” y eso es inaceptable. Quiero que ponga como mínimo “Isaac Asimov, 70”.

Con todo, yo resistía. El día de Navidad, Janet, Robyn y yo fuimos a la casa de Leslie Bennetts a celebrarlo y a contemplar maravillados a su bebé de diez meses. Y al día siguiente, por primera vez en tres semanas, salí solo a la calle y me dirigí a Doubleday.

Fui arrastrando los pies, y mis piernas estaban cubiertas de edemas. Tenía lo que en los viejos tiempos se llamaba “hidropesía” y mis piernas parecían troncos de árbol. No me podía poner los zapatos, andaba con zapatillas y no me sentía muy cómodo con ellas.

Robyn, al enterarse de esto, se puso muy nerviosa y me obligó a ir a ver a un cardiólogo. Trabajaba en un hospital y estaba en permanente contacto con médicos, así que ahora yo tenía a dos excelentes guardianes, Janet y Robyn.

Pero hice lo que Robyn quería y visité a Peter Pasternack el 27 de diciembre en su consultorio del hospital universitario. Escuchó mi corazón y me dijo:

—Tienes un soplo.

—Lo sé —le dije—. Probablemente es congénito.

Le expliqué que cuando pasé la revisión médica para el ejército en 1945, cuarenta y cinco años antes, los médicos que me examinaron me dijeron que tenía un soplo, pero que no era suficiente para librarme del ejército.

Pasternack sacudió la cabeza.

—No podemos descartarlo así —me respondió—. En vista de tu edema, tenemos que saber el alcance de tu soplo ya que puede ser la raíz de todos tus problemas.

Por supuesto, esto significaba el comienzo de una nueva tanda de análisis.

Por fin amaneció el 2 de enero de 1990 y, después de todo, cumplí setenta años de manera oficial. Janet, Robyn y yo lo celebramos en nuestro restaurante chino y tomamos pato a la pequinesa. O, por lo menos, ellas lo comieron. Yo sólo probé una pequeña cantidad, ya que tenía sal, así que no fue exactamente un cumpleaños feliz a pesar de que me sentía muy aliviado por haber llegado. Tampoco sirvió de mucho el

que me inundaran de postales de todo el mundo que me deseaban un “feliz y saludable septuagésimo cumpleaños”.

No lo tuve, ya que a pesar de la dosis diaria de diuréticos, seguía con grandes edemas y Peter pretendía que continuara con los análisis.

164. El hospital

Meses antes había aceptado ir a Mohonk durante el primer fin de semana de enero para dar una charla a sus huéspedes. No quería ir, pero una promesa es una promesa. Preguntamos a Peter y me dijo que podía arriesgarme, así que hablé con Mohonk para que nos enviaran una limusina y fuimos allí.

Di la charla la tarde del 5 de enero de 1990. Con gran satisfacción por mi parte, todo fue bien y disfruté. Era un claro indicio de que aunque estuviera enfermo, no estaba muerto. Volvimos a casa el día 7 y me fui directo a la cama, agotado.

El 9 de enero visité a los editores y también presidí la reunión del Dutch Treat Club por primera vez desde hacía un mes. Sin embargo, era tan evidente que estaba enfermo y agotado que Jill, en Doubleday, y Sheila, en la revista, se asustaron. También mis camaradas del club estaban preocupados.

Pero me negué a hacerme más análisis clínicos y había llegado a una decisión trascendental.

El 11 de enero de 1990 decidí ir a ver a Paul Esserman. Casi llorando, hice un discurso bastante elocuente en el que fundamentalmente le expliqué que no quería hacerme análisis ni que me hospitalizaran. No quería nada, sólo que me dejaran morir en paz y que no me convirtieron en un balón de fútbol que fuera rebotando de médico en médico mientras experimentaban conmigo y empezaban a tomar medidas cada vez más drásticas para mantenerme vivo.

Le recalqué que había llegado a los setenta y que para mí ya no era una desgracia morir. Había acumulado una importante cantidad de bienes que no pensaba disfrutar pero que servirían para mantener a mi mujer y a mis hijos cuando me hubiera ido, y no quería malgastar nada más sólo por el privilegio de mantenerme en una existencia mutilada. Y terminé diciéndole que dependía de él para que esto se cumpliera.

Paul me escuchó atentamente sin hacer ningún comentario. Cuando terminé, llamó al hospital universitario y me consiguió una habitación privada en la sección de asistencia cooperativa. Para la hora de cenar estaba allí.

Días después, le pregunté cómo podía haber hecho eso después de que estuve durante media hora diciéndole todo lo contrario. Y me respondió:

—Bueno, puede que tú estuvieras listo para morirte, pero yo no lo estaba para dejar que lo hicieras.

La primera tarea en el hospital (en donde Janet y Robyn hicieron turnos para acompañarme) fue librarme del edema, y esto significaba inyectarme un diurético intravenoso. Me habían colocado un tubito en la vena del brazo para que los medicamentos pudieran ser introducidos a voluntad en mi flujo sanguíneo.

Me sentía pesimista. Murmuraba que no serviría para nada. Estaba condenado a muerte y no hacían más que prolongar mi desgracia.

Pero estaba equivocado. El diurético intravenoso hizo muy bien su trabajo. Durante mi estancia en el hospital perdí ocho kilos de líquido y mis piernas recuperaron la normalidad. Había contemplado durante tanto tiempo aquellos troncos de árbol que luego me parecieron palillos. Casi daban la impresión de que no serían capaces de aguantar mi peso.

Mientras estuve allí, mi pierna izquierda (de la que me habían extirpado una vena para hacer el *bypass* y que en consecuencia era más propensa a las infecciones) desarrolló celulitis, una inflamación bacteriana de la piel que es más propensa a producirse cuando la piel padece edema. Tuve que mantener la pierna izquierda levantada lo más posible, mientras tomaba antibióticos para luchar contra la infección, que también fue derrotada.

Mi gran problema se produjo el 16 de enero, el sexto día de mi hospitalización. Durante meses, Doubleday había planeado una fiesta para celebrar mi septuagésimo cumpleaños y el cuadragésimo aniversario de mi primer libro, *Un guijarro en el cielo*. Se iba a celebrar en el restaurante Tavern on the Green, e iba a ser, para mi horror, de gala. Insistí en que se anunciara que la etiqueta era innecesaria, pero, por supuesto, yo tenía que ir de esmoquin.

Cuando llegó el día, yo estaba en el hospital. Sin embargo, no podía defraudar a cientos de personas, así que conseguí que Paul me cubriera las espaldas. Estuvo de acuerdo en no comentar el asunto y decidió asistir a la fiesta para controlarme. Janet "cogió prestada" una silla de ruedas y me sacó del hospital a las tres de la tarde, cuando nadie miraba. Doubleday había mandado una limusina que nos llevó a casa. Me puse el esmoquin y el coche dio la vuelta a la manzana hasta el Tavern on the Green, donde mis compañeros de diversas editoriales, todos mis compinches del Dutch Treat Club y los de los Trap Door Spiders, mis amigos y vecinos, cercanos y lejanos, estaban allí esperándome.

Hubo una recepción. Saludé feliz a todo el mundo desde mi silla de ruedas con la pierna izquierda posada en un escabel. Rechacé los exquisitos bocados que comía todo el mundo (demasiado salados) y pasé con un zumo de naranja. Nancy Evans, la presidenta de Doubleday, hizo una presentación muy cariñosa y, después, solté mi discurso.

Hablé de mis últimos "encuentros" con la muerte, explicando con detalle mis fantasías sobre los Baker Street Irregulars cuando me pusieron el *bypass* y la desilusión que sufrí al darme cuenta de que había sobrevivido y no conseguiría el aplauso que hubiese logrado un hombre muerto.

Hubo una carcajada y un aplauso general y, por supuesto, el único comentario negativo que recibí fue de Robyn, que se puso a llorar y vino a quejarse amargamente de mi discurso.

—Pero Robbie —le dije—, ha sido divertido. Todo el mundo se ha reído.

—Pues yo no —me respondió—. Puede que te parezca divertido hablar de morirte, porque estás loco, pero yo no creo que lo sea.

Bien, todos los demás se rieron.

A las nueve de la noche estaba de vuelta en mi habitación, pensando que lo había arreglado todo estupendamente y que nadie del hospital lo sabía.

Pero el *New York Times* se enteró de la fiesta. La reseña apareció en el periódico al día siguiente y por lo visto todo el mundo en el hospital la leyó, así que las enfermeras me riñeron. Lester del Rey (cuyo estado no le permitió asistir a la fiesta) me llamó y me insultó porque había puesto mi vida en peligro. Todo lo que pude decir fue: "¡Lester, no sabía que te preocupara tanto!", y esto no pareció calmarle.

No obstante, lo que más me molestó fue un asunto relacionado con mi columna literaria. Había llegado el momento de escribirla y la única manera de solucionarlo era eligiendo un tema que no requiriera material de referencia, escribirla a mano y después llamar al Times de Los Ángeles y dictarla en una grabadora.

Y así lo hice. Pero cuando llamé al periódico me contestó una joven que, en cuanto dije mi nombre, me soltó:

—Chiquillo desobediente, ¿por qué se escapó del hospital?

Esto me partió el corazón. Ni siquiera podía llevar a cabo un pequeño e inocente engaño sin que se enterara todo el mundo.

Así que no lo podía repetir. Al cabo de unos días *Analog* celebró su sexagésimo aniversario, puesto que la revista, que en sus orígenes se llamaba *Astounding Stories of Superscience*, se publicó por primera vez a principios de los treinta. Había confirmado mi asistencia e iba a dar el discurso principal pero no pude hacerlo. La hora del almuerzo del día de la celebración fue bastante triste y lo lamenté amargamente.

Mientras tanto, por fin, dieron con el diagnóstico. Me introdujeron un catéter, me miraron por el scanner y me trataron con ultrasonidos, y resultó que el soplo, que probablemente se debía a una debilidad congénita de la válvula mitral del corazón, había empeorado en 1989. La válvula estaba estropeada y perdía. Como resultado, la sangre no pasaba bien de la aurícula derecha al ventrículo derecho sino que de alguna manera regurgitaba. Esto disminuía la eficacia de la circulación hacia los pulmones, lo que hacía que enseguida me quedara sin aire. Además, el corazón no podía funcionar con eficacia para ayudar a mis riñones defectuosos a que expulsaran los líquidos de mi cuerpo.

Además, existía la posibilidad de que la válvula mitral estuviera infectada y que sus fallos se debieran a eso. Eso quería decir que me tenían que volver a abrir el pecho, exactamente igual que como en el *bypass*, y someterme de nuevo a la máquina corazón-pulmón. Me aseguraron que era una operación sencilla. (Bob Zicklin, mi abogado y un buen amigo había sufrido una operación idéntica en tres ocasiones, la

primera en condiciones bastante primitivas, y sobrevivió a todas sin problemas.)

Por fin salí del hospital el 26 de enero de 1990, quince días después de haber entrado. No obstante, me dijeron que tendría que hacerme análisis para determinar si existía realmente la infección. El 2 de febrero me llamó Peter. Aunque todos los análisis bacterianos fueron negativos, no iban a arriesgarse. Tenía que ir al hospital y seguir una serie de tratamientos intravenosos con antibióticos.

Así que al día siguiente estaba de vuelta en el hospital, esta vez en una habitación privada en la que pasé cuatro semanas. En otras palabras, todo el invierno de 1989—1990 lo pasé entre el hospital y mi casa, en la cama o arrastrándome para realizar mis trabajos y sintiéndome muy mal.

Fue un invierno muy desgraciado. Tuvieron que seguir con el goteo intravenoso durante cuatro semanas. Dos veces al día me introducían lo necesario en mis venas durante una o dos horas.

Después, el 15 de febrero, los médicos llegaron nuevas noticias. En vista de que no encontraron ninguna infección no pensaban que fuera sensato someterme a una operación y arriesgar mis riñones dañados debido a la ya famosa máquina. Así que no me practicarían la operación de la válvula mitral. Dijeron que podía vivir con la regurgitación mitral, que no era probable que dejara de funcionar y me matara. Como mucho se debilitaría más, mis síntomas empeorarían y entonces me operarían.

El 3 de marzo estaba de nuevo en casa y dispuesto a reemprender mi vida, con una válvula que funcionaba mal y unos riñones defectuosos. Los médicos me prohibieron realizar cualquier esfuerzo excesivo, pero admitieron que escribir (incluso con la extensión que yo lo hacía) no era físicamente agotador y que podía seguir.

165. Una nueva autobiografía

Mi invierno de enfermedades provocó muchas complicaciones añadidas a mi vida. La acumulación del correo era un desastre. Janet me llevó diariamente las cartas importantes mientras estuve en el hospital y allí solucioné unos pocos asuntos, pero la mayoría de las cuestiones tuvieron que esperar a mi vuelta. Las dos habitaciones de nuestro piso estaban abarrotadas de sobres y paquetes. Poco a poco me ocupé de todo.

Incluso volví a escribir un artículo sobre los coches del futuro. También me pidieron que hiciera una ligera revisión, pero eso era imposible de hacer en el hospital.

Por fortuna, suelo entregar los artículos de *F&SF* y de las editoriales de mi revista a tan largo plazo que incluso tres meses de inactividad no me crearon ningún problema. Disponía de tiempo de sobra cuando terminó el invierno devastador, y enseguida me puse el día y volví a la situación anterior.

La columna del periódico era otra cuestión. Estaba ligada a algún tema de actualidad y yo no podía entregarla más que con una semana de adelanto sobre el día de su publicación. Me vi obligado a escribir una carta explicando que hasta que no saliera del hospital no podría hacer mi columna, y que esperaba que después de tres años de no haber fallado nunca una entrega me pudieran dar una baja por enfermedad.

Respondieron que no había ningún problema y procedieron a llenar el espacio de mis cuatro columnas volviendo a publicar algunas que había escrito antes. Fue muy amable por su parte, porque esto significaba que los lectores habituales de la columna no se olvidarían de mí. Inmediatamente les escribí para comunicarles que no esperaba que me pagaran por publicar artículos antiguos. Pero debieron de consultar a Doubleday, porque me llegó la contestación enseguida: "No digas tonterías, Isaac", y me pagaron mis honorarios.

Tuve que cancelar tres conferencias y pasé por un apuro por primera vez en mi vida: me retrasé al reunir los datos para la declaración de Hacienda. Mis contables pidieron varias prórrogas, pero me pareció que mi excusa era bastante razonable.

También debo decir que Janet fue un ángel durante todo el tiempo, venía todos los días, pasaba la mayoría de las noches conmigo, me traía el correo y cualquier cosa que necesitara, siempre sonriente y alegre. Soportó mis ataques de mal genio y tranquilizó mi ánimo.

Robyn venía periódicamente a sustituir a Janet para que pudiera irse a casa a echar una siesta con tranquilidad. También recibía visitas de Jennifer. Hice todo lo que pude para que no vinieran a verme porque creía que era una pena desbaratar los planes del agente sólo porque debían visitar a un viejo achacoso. No obstante,

vinieron a verme Stan y Ruth, también Don Laventhall, mi abogado, Robert Warnick, mi agente de negocios, y otros amigos. Marty Greenberg me visitó dos veces y me llamó por teléfono todas las tardes.

Y por supuesto, los médicos me visitaban continuamente: Paul Esserman, Peter Pasternack, Kerry Lowenstein y muchos otros. Entraban las enfermeras a tomarme la tensión, me daban pastillas y ponían el goteo de antibióticos. El personal de servicio entraba a fregar el suelo, traían la comida y cambiaban el agua. En la habitación había una actividad demencial; nada era especialmente bienvenido (excepto la comida).

Mientras me ponían el goteo de antibióticos lo único que podía hacer era ver la televisión. Y vi algunos programas que, en mi sano juicio, hubiera prohibido que se vieran en mi propia casa y en toda la ciudad, si estuviera en mis manos. Y sin embargo, los miraba con avidez, ya que hacían que el tiempo del goteo pasara y no fuera insoportable.

Pero no todo era tan malo, ya que el 26 de enero de 1990 Janet me convenció en el hospital para que empezara el tercer volumen de mi autobiografía.

No me quedó más remedio que sonreír. Durante toda mi enfermedad Janet mantuvo una actitud constante de optimismo, intentando convencerme de que viviría para siempre si me empeñaba en ello. Sin embargo, esta observación me dio la impresión de que pensaba que debía apresurarme para escribir el libro en el corto tiempo de vida que me quedaba. No se lo dije porque sabía que la molestaría, pero sí contesté:

—Sólo han pasado doce años desde el final de mi biografía anterior, y desde entonces mi vida ha sido todavía más gris, si es que eso es posible. Lo único que podría contar es que he escrito esto y después aquello; que di una conferencia aquí y otra allá. Casi la única interrupción sería mi *bypass* triple y mi enfermedad actual, y esto sería deprimente de leer.

—No hagas un relato día a día —me respondió—. Sé subjetivo. Expresa tus ideas.

—Siguen siendo doce años —insistí.

—Empieza por el principio —me sugirió—. Abarca toda tu vida de manera retrospectiva, pero no te metas en detalles interminables. Cuenta los hechos generales y tu reacción ante ellos. Después de todo, hay mucha gente que no ha leído los dos primeros volúmenes, e incluso si lo han hecho, les interesará que se lo expliques de manera diferente.

En realidad no me lo creí. No soy un filósofo profundo y no puedo creer que la gente se muera por leer mis pensamientos. Sin embargo, sé que mi estilo de escribir es agradable y puede lograr que la gente me lea sin importar lo que escriba. También tenía la sensación de que estaba haciendo una carrera contra la muerte. Y, como siempre, quería complacer a Janet.

Así que empecé el libro inmediatamente. Al cabo de unas pocas páginas me había enganchado. (Yo soy mi tema favorito, como sabe todo el mundo que me lee.) Tenía ciento cinco páginas escritas cuando me llamaron para la segunda estancia en el hospital, así que abandoné el libro con mucha pena, preguntándome si lo terminaría alguna vez.

Cuando fui al hospital me llevé, como lo más normal, un montón de libretas y varios lápices por si el tiempo se me hacía muy largo, lo que ocurrió enseguida. De modo que empecé a garabatear en los cuadernos. En pocos días había terminado un nuevo relato de los viudos negros, *The Haunted Cabin*, y estaba muy metido en un relato de Azazel. (*The Haunted Cabin* contiene un incidente que sucedió de verdad durante mi primera hospitalización. Después lo vendí a *EQMM*.)

El 9 de febrero, cuando llegó Janet, me encontró garabateando y me preguntó que estaba escribiendo. Se lo dije.

—¿Por qué escribes eso? —me preguntó—. ¿Por qué no escribes tu autobiografía?

—Necesito los dos primeros volúmenes y mis diarios para ponerlo todo en el orden cronológico adecuado —le respondí.

—Te he dicho —insistió— que no es menester que sigas un orden estrictamente cronológico. Limítate a escribir sobre los incidentes a medida que llegan a tu mente bajo distintos títulos y cuando llegue el momento de hacer la copia final, siempre podrás reordenarlos a tu gusto.

Por supuesto, tenía razón. Fui escribiendo por temas y no en orden cronológico, así podía mezclar como quisiera. Trabajaba feliz todo el día, excepto cuando estaba con el goteo o atendía a las visitas, ya fueran médicos, enfermeras, ayudantes, familiares o amigos. Cuando Janet no pasaba la noche conmigo, me despertaba a las cinco de la mañana (mi hora habitual de levantarme), encendía la luz y empezaba a escribir rápidamente. Tenía tres horas antes del desayuno y ésa era la mejor parte del día, ya que sólo me interrumpían para tomarme la tensión, sacarme sangre y darme las pastillas (además de la visita de Paul).

Cuando me disponía a abandonar el hospital ya tenía escritas más de doscientas cincuenta páginas con una letra bastante pequeña. Esto no sólo evitó que me volviera loco, sino que además me alegró y me devolvió el buen humor. Casi lo único irritante fue que todos aquellos que me veían escribiendo me preguntaban qué hacía y, cuando se lo decía, todos, sin excepción, intentaban convencerme de que me comprara un ordenador portátil. Les explicaba (y cuando iba por la décima persona, empezaba a impacientarme) que me gustaba escribir a mano, pero no hubo uno que me creyera.

Una vez fuera del hospital seguía trabajando en la autobiografía. Si es una carrera contra la muerte, parece que la estoy ganando, ya que espero terminar hoy el libro, 28 de mayo de 1990, exactamente cuatro meses después de haberla empezado. Tendré

que revisarla para darle los últimos toques, pero espero llevarla a Doubleday dentro de una o dos semanas.

Es algo más larga de lo que me pidió Doubleday (bueno, un cincuenta por ciento más larga), pero se publicará en un solo volumen e intentaré por todos los medios evitar que le hagan ningún recorte que no sea "cosmético".

166. Una nueva vida

En realidad no es que haya vuelto a una nueva vida puesto que hago todo lo posible para que sea lo más parecida a la que llevaba antes. Pero si he tenido que cambiarla mucho, para peor, supongo. Ahora soy un septuagenario, con una válvula cardiaca que funciona mal y unos riñones que no trabajan bien.

No puedo ir muy lejos o andar muy deprisa sin pararme para recuperar el aliento, y me canso más de lo que me gustaría. Pero estoy vivo y sigo adelante.

Además de este libro, escribo varias columnas, repaso manuscritos y los dejo cuando me siento mal. He vuelto a hacer mi ronda semanal por las editoriales y el Dutch Treat Club me recibió con una gran ovación cuando entré el 6 de marzo de 1990 para retomar mi función de maestro de ceremonias. (Todos los martes que estuve en el hospital hizo sol y, claro, el 6 de marzo nevó.)

Más tarde, ese mismo mes, reuní una nueva colección de artículos de *F&SF*, que se tituló *El secreto del universo*.

Janet y yo vamos al teatro más a menudo que antes, cuando casi no íbamos, y me divirtieron especialmente las reposiciones de *Los rivales*, de Sheridan, y *La ópera del mendigo*, de Gay.

El 6 de abril de 1990 di mi primera conferencia fuera de la ciudad desde que estuve enfermo. Fue en el William Patterson College, en Wayne (Nueva Jersey) y estuvo muy bien. El 2 de mayo fui recibido todavía con más entusiasmo por una multitud que se puso en pie en la Universidad Lehigh, en Bethlehem (Pensilvania).

El 20 de abril asistí a una reunión de la Gilbert & Sullivan Society y escribí un nuevo relato de ciencia ficción, *Kid Brother*; se lo vendí a *IASFM*.

El 7 de mayo presidí el banquete anual del Dutch Treat Club, con Victor Borge como invitado de honor. Fue el mejor de todos a los que he asistido y los socios estaban encantados. Al día siguiente tomé parte en la undécima cena anual de Hugh Downs.

El 15 de mayo di una charla sobre Gilbert & Sullivan en el Players Club, donde presenté a cinco miembros, y tres días después, por fin, fui a una reunión de los Trap Door Spiders por primera vez en seis meses.

Sí, estoy viviendo esta nueva vida exactamente igual que la antigua. Sigo tan ocupado como siempre y hago lo mismo que hacía antes (menos comer lo que quiero), pero no me engaño pensando que esto será para siempre. Las sombras de la noche siguen al acecho en el horizonte cercano.

El 10 de mayo de 1990, *Red* Dembner, que publicó mis libros de acertijos, y al que hice miembro del Dutch Treat Club, llamó para preguntar por mi salud. Sus obligaciones editoriales le mantenían alejado del club excepto en contadas ocasiones, y hacía tiempo que no me había visto.

Le aseguré que iba bastante bien y entonces me dijo:

—Estoy tan contento. Te tengo mucho cariño. ¿Por qué no almorzamos juntos?

—Estupendo —le respondí—, pero tienes un programa muy apretado. Elige un día, *Red*, y después llámame y quedamos para almorzar.

No llegó ese día. El 14 de mayo murió de un ataque al corazón, sin avisar y sin síntomas premonitorios, por lo que yo sé. Tenía sesenta y nueve años.

Al final también llegará mi turno, pero he tenido una buena vida y he conseguido todo lo que quería y más de lo que podía esperar.

Así que estoy preparado. Aunque no del todo. El 26 de mayo de 1990, conocí en un almuerzo a Corliss Lamont, el viejo y gran humanista. Tenía ochenta y ocho años y su aspecto era frágil, pero estuvo de pie durante cuarenta y cinco minutos e improvisó una excelente charla. Era evidente que conservada sus facultades mentales en plena forma.

Eso desearía yo.



[Esta morriña posvacaciones me está deprimiendo de verdad / ¡Tiene que haber algo que celebrar!. / ¡FELIZ CUMPLEAÑOS, ISAAC ASIMOV!]

Epílogo
Janet Asimov

Uno de los deseos más profundos del ser humano es ser conocido y comprendido. Hamlet insta a Horacio a que cuente su historia. Un niño pide que le cuenten un cuento y se emociona más si uno de los personajes se parece a él.

Isaac afirma en esta autobiografía que yo le dije que la escribiera, pero lo importante es que él quería hacerlo, compartir su vida con sus lectores de una manera diferente de cómo lo hizo en sus dos primeras autobiografías, que eran más detalladas, con más exactitud cronológica y no introspectivas.

En mayo de 1990, Isaac terminó este libro esperanzado, aunque sabía que no iba a vivir mucho tiempo. Esperaba durar varios años más, pero su corazón y sus riñones empeoraron y murió el 6 de abril de 1992.

Él quería que esta autobiografía se publicara enseguida para poder ver el libro antes de morir, pero no se hizo así. También me dijo que quería que el libro estuviera ordenado como está, en "escenas" escritas según las iba recordando.

Después de la muerte de Isaac emprendí el trabajo de editar el manuscrito. El editor quiso recortarlo, pero creo que el libro debe quedar como lo quería Isaac.

El manuscrito termina en mayo de 1990 y da la impresión de que él pensaba que el lector iba a leerlo muy pronto. He escrito este epílogo para proporcionar a los lectores un breve relato de lo que sucedió después.

El diario de Isaac cita el 30 de mayo como el día en que terminó de teclear la copia final de la autobiografía. Escribe: "Ahora todo está listo para entregarlo, ciento veinticinco días después de que lo empezara. No hay mucha gente que pueda escribir doscientas treinta y cinco mil palabras en ese tiempo, mientras además hace otras cosas."

Al día siguiente fuimos a Washington D.C., para una recepción en la embajada soviética. Durante el viaje, a Isaac le pareció que la enfermedad había desaparecido y sintió que formaba parte de la vida una vez más. Estaba especialmente contento de conocer a Gorbachov, porque le final de la guerra fría daba esperanzas al mundo. Isaac creía firmemente que todos los pueblos deberían trabajar unidos por el bien común de la humanidad.

Durante el resto de 1990 dio una conferencia sobre Gilbert y Sullivan durante la semana musical de Mohonk. Además del discurso inaugural en su último "Seminario de Asimov" del Instituto Rensselaerville, cantó y explicó los versos de *Barras y estrellas*. Hubo otras reuniones, convenciones y charlas, e incluso firmó ejemplares en la feria del libro al aire libre en la Quinta Avenida.

A pesar de su debilidad creciente, escribía todos los días. Estuvo encantado al

descubrir que 1990 había sido su mejor año desde el punto de vista financiero.

Le preocupaban varios problemas de salud, el suyo y los de su hija y su hermano. Mencionó por primera vez en su diario su depresión y el empeoramiento de su salud, con bastante amargura. Sin embargo, trató de que no se le notara y procuró no deprimir a nadie más, así que siguió gastando bromas y mostrándose tan agradable como siempre.

El 2 de enero de 1991 escribió en su diario: "Lo hice. Hoy cumplo 71 años… En la tira de Garfield hay una felicitación para mí… lo que probablemente me ha dado más publicidad de la que he tenido nunca." Después: "Robyn ha venido y hemos ido a Shun Lee a tomar pato a la pequinesa y venado. Estaba estupendo."

También en enero de 1991 empezó a trabajar en *Asimov Laughs Again*, que le levantó la moral. El 5 de abril, casi exactamente un año antes de morir, terminó el libro con una página final en la que dice que él y yo hemos estado profundamente enamorados durante treinta y dos años.

La página termina así: "Me temo que el curso de mi vida está llegando a su fin; no espero vivir mucho más. Sin embargo, nuestro amor permanece y no tengo nada de qué quejarme.

"En mi vida he tenido a Janet, a mi hija Robyn y a mi hijo David; he disfrutado de mis muchos y buenos amigos; he creado mi propia obra literaria, que me ha aportado fama y fortuna. Ni importa lo que me suceda ahora, ha sido una vida feliz y estoy satisfecho con ella.

"Así que, por favor, no se preocupe por mí, ni se sienta mal. En vez de eso, sólo espero que este libro le haya proporcionado algunas carcajadas."

Después de terminar y entregar *Asimov Laughs Again* a Harper Collins, se encerró más en sí mismo. La caligrafía de su diario se deteriora y hay menos anotaciones y más cortas. Pero siguió trabajando cuanto pudo.

Cuando le costaba teclear me dictaba a mí, sobre todo su último artículo para *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*. Era un conmovedor *Farewell-Farewell* (Adiós, adiós) a todos sus "amables lectores". En él decía: "Siempre he ambicionado morir con las botas puestas, con la cabeza sobre un teclado y la nariz entre dos teclas, pero no es así como funcionan las cosas."

Todavía pasamos algunos ratos felices y le seguía divirtiendo presidir el Dutch Treat Club, presentando a oradores como el alcalde Dinkins. Incluso fuimos a Mohonk una vez más. Practicamente la última anotación del diario es la del 3 de agosto de 1991, cuando dice: "Empecé un editorial para *Asimov's*. Será uno de longitud doble sobre la Fundación."

No entraré en detalles sobre los últimos meses de Isaac, que pasó entre hospitalizaciones y un progresivo deterioro físico. Tampoco daré detalles sobre sus últimos días, excepto para decir que no sufrió dolores, el fallo terminal de los riñones

produce una especie de apatía y, finalmente, la paz.

Robyn y yo estuvimos allí cuando murió. Le sosteníamos la mano y le dijimos que le queríamos. Su última frase completa fue: "Yo también os quiero."

Quiero volver a contar algo que le dije a Harlan Ellison sobre un incidente de la última semana de Isaac en casa. Isaac no podía hablar y estaba dormido la mayoría del tiempo, pero una vez se despertó mirando terriblemente ansioso.

Me dijo:

—Quiero… quiero…

—¿Qué, Isaac? —le pregunté.

—Quiero… quiero…

—¿Qué quieres, cariño?

Pareció que se le escapaba.

—¡Quiero… Isaac Asimov!

—Sí —le dije—. Ése eres tú.

—Yo SOY Isaac Asimov —dijo después, perplejo y triunfal.

—E Isaac Asimov ahora puede descansar —añadí.

Isaac sonrió reliz.

—Está bien —dijo y se durmió de nuevo.

Incluso cerca del final, siguió con su sentido del humor. Como dije en el funeral, Robyn, Stan, su mujer Ruth y yo estábamos en la habitación del hospital el día anterior a su muerte. Le dije:

—Isaac, eres el mejor.

Isaac sonrió y se encogió de hombros. Después, levantó la ceja maliciosamente, dijo que sí con la cabeza y todos nos reímos.

Isaac estaba realmente orgulloso y feliz de sus logros. Después de su muerte me encontré con un trozo de papel en el que había escrito con tinta (tal vez después de su primera enfermedad):

Durante cuarenta años, vendí
una obra cada diez días por término medio.
Durante la segunda veintena, vendí
una obra cada seis días por término medio.
Durante cuarenta años, publiqué una media
de mil palabras al día.
Durante la segunda veintena, publiqué
una media de mil setecientas palabras al día.

Escribir lo que le gustaba era para él un acto de alegría durante el que se relajaba

y olvidaba sus problemas. En los últimos años refunfuñó por tener que escribir tantas novelas, pero incluso esto le ayudó. *Hacia la Fundación* le costó, porque al matar a Hari Seldon también se estaba matando a sí mismo, y la angustia le alcanzó.

Me dijo cuál iba a ser el final de *Hacia la Fundación*, o sea que Hari Seldon moría, las ecuaciones del futuro se arremolinan a su alrededor y sabe que está escudriñando el futuro que él mismo ha descubierto y ha ayudado a que suceda.

Isaac dijo:

—No siento autocompasión porque no estaré presente para ver ninguno de los posibles futuros. Como Hari Seldon, puedo mirar mi trabajo, a mi alrededor y me siento confortado. Sé que he estudiado, imaginado y escrito muchos futuros posibles. Es como si hubiese estado allí.

Un día en que Isaac y yo hablamos sobre la vejez, la enfermedad y la muerte, dijo que no era tan terrible enfermar, envejecer y morir si has sido parte de la vida completándola como un patrón. Incluso si no lo haces hasta una edad avanzada, merece la pena, sigue habiendo placer en esa visión de ser parte del patrón de la vida, sobre todo si ha sido un patrón expresado con creatividad y compartido con amor.

Catalogo de Libros de Isaac Asimov

Ficción

<u>Novelas de ciencia ficción</u>

Pebble in the Sky, Doubleday, 1950. (Versión española: *Un guijarro en el cielo*, Ediciones Martínez Roca, S.A., 1992.)

The Stars, Like Dust, Doubleday, 1951. (Versión española: *En la arena estelar*, Ediciones Martínez Roca, S.A., 1991.)

Foundation, (Gnome) Doubleday, 1951. (Versión española: *Fundación*, Plaza & Janés Editores, S. A., 1992.)

David Starr: Space Ranger, Doubleday, 1952. (Versión española: *Lucky Starr, el ranger del espacio*, Bruguera, S.A., 1984.)

Foundation and Empire, (Gnome) Doubleday, 1952. (Versión española: *Fundación e imperio*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1992.)

The Currents of Space, Doubleday, 1952. (Versión española: *Las corrientes del espacio*, Ediciones Martínez Roca, S.A., 1991.)

Second Foundation, (Gnome) Doubleday, 1953. (Versión española: *Segunda fundación*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1990.)

Lucky Starr and the Pirates of the Asteroids, Doubleday, 1953. (Versión española: *Lucky Starr. Los piratas de los asteroides*, Bruguera, S.A., 1984.)

The Caves of Steel, Doubleday, 1954. (Versión española: *Bóvedas de acero*, Ediciones Martínez Roca, S.A., 1990.)

Lucky Starr and the Oceans of Venus, Doubleday, 1954. (Versión española: *Lucky Starr. Los océanos de Venus*, Bruguera, S.A., 1984.)

The End of Eternity, Doubleday, 1955. (Versión española: *El fin de la eternidad*, Ediciones Martínez Roca, S.A., 1989)

Lucky Starr and the Big Sun of Mercury, Doubleday, 1956. (Versión española: *Lucky Starr. El gran sol de Mercurio*, Bruguera, S.A, 1981.)

The Naked Sun, Doubleday, 1957. (Versión española: *El sol desnudo*, Ediciones Martínez Roca, S.A., 1990.)

Lucky Starr and the Moons of Jupiter, Doubleday, 1957. (Versión española: *Lucky Starr. Las lunas de Júpiter*, Bruguera, S.A., 1980.)

Lucky Starr and the Rings of Saturn, Doubleday, 1950. (Versión española: *Lucky*

Starr. Los anillos de Saturno, Bruguera, S.A., 1981.)

Fantastic Voyage, Houghton Mifllin, 1966. (Versión española: *Viaje alucinante*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1991.)

The Gods Themselves, Doubleday, 1972. (Versión española: *Los propios dioses*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1993.)

Foundation's Edge, Doubleday, 1982. (Versión española: *Los límites de la fundación*, Plaza & Janés Editores, S.A, 1991.)

Norby, the Mixed-up Robot (con Janet Asimov), Walker, 1983. (Versión española: *Norby, un robot especial*, Editorial Molino, 1987.)

The Robots of Dawn, Doubleday, 1983. (Versión española: *Los robots del amanecer*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1991.)

Norby's Other Secret (con Janet Asimov), Walker, 1984. (Versión española: *El otro secreto de Norby*, Editorial Molino, 1987.)

Norby and the Lost Princess (con Janet Asimov), Walker, 1985. (Versión española: *Norby y la princesa desaparecida*, Editorial Molino, 1987.)

Robots and Empire, Doubleday, 1985. (Versión española: *Robots e imperio*, Plaza & Janés Editores, S.A, 1992.)

Norby and the Invaders (con Janet Asimov), Walker, 1985. (Versión española: *Norby y los invasores*, Editorial Molino, 1987.)

Foundation and Earth, Doubleday, 1986. (Versión española: *Fundación y Tierra*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1992.)

Norby and the Queen's Necklace (con Janet Asimov), Walker, 1986. (Versión española: *Norby y el collar de la reina*, Editorial Molino, 1988.)

Norby Finds a Villain (con Janet Asimov), Walker, 1987. (Versión española: *Norby salva el universo*, Editorial Molino, 1988.)

Fantastic Voyage II: Destination Brain, Doubleday, 1987. (Versión española: *Viaje alucinante II: Destino el cerebro*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1992.)

Prelude to Foundation, Doubleday, 1988. (Versión española: *Preludio a la Fundación*, Plaza & Janés, S.A., 1992.)

Norby Down to Earth (con Janet Asimov), Walker, 1988. (Versión española: *Norby regresa a la Tierra*, Editorial Molino, 1990.)

Nemesis, Doubleday, 1989. (Versión española: *Némesis*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1991.)

Norby and Yobo's Great Adventure (con Janet Asimov), Walker, 1989. (Versión española: *La gran aventura de Norby*, Editorial Molino, 1990.)

Norby and the Oldest Dragon (con Janet Asimov), Walker, 1990.

Nightfall¸ Doubleday, 1990. (Versión española: *Anochecer*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1993.)

The Ugly Little Boy, Doubleday, 1992. (Versión española: *El niño feo*, Plaza &

Janés Editores, S.A., 1993.)

Norby and the Court Jester (con Janet Asimov), Walker, 1993.

Forward the Foundation, Doubleday, 1993. (Versión española: *Hacia la Fundación*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1993.)

The Positronic Man, Doubleday, 1993. (Versión española: *El robot humano*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1993.)

Novelas de misterio

The Death Dealers, Avon, 1958.

Murder at the ABA, Doubleday, 1976. (Versión española: *Asesinato en la convención*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1990.)

Relatos cortos de ciencia ficción y colecciones de relatos cortos

I, Robot, Gnome (Doubleday) 1950. (Versión española: *Yo, robot*, Edhasa, 1992.)

The Martian Way and Other Stories, Doubleday, 1955. (Versión española: *A lo marciano*, Ediciones Martínez Roca, S.A., 1990.)

Earth Is Room Enough, Doubleday, 1957. (Versión española: *Con la Tierra nos basta*, Ediciones Martínez Roca, S.A., 1991.)

Nine Tomorrows, Doubleday, 1959. (Versión española: *Nueve futuros*, Ediciones Martínez Roca, S.A., 1990.)

The Rest of the Robots, Doubleday, 1964.

Through a Glass, Clearly, New English Library, 1967.

Asimov's Mysteries, Doubleday, 1968. (Versión española: *Estoy en Puerto Marte sin Hilda y otros cuentos*, Alianza Editorial, S.A., 1986.)

Nightfall and Other Stories, Doubleday, 1969.

The Best New Thing, World Publishing, 1971.

The Early Asimov, Doubleday, 1972. (Versión española: *Selección*, Bruguera, S.A., 1984.)

The Best of Isaac Asimov, Sphere, 1973.

Have You Seen These?, NESRAA, 1974.

Buy Jupiter and Other Stories, Doubleday, 1975. (Versión española: *Compre Júpiter*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1992.)

The Heavenly Host, Walker, 1975.

The Dream, Benjamin's Dream y Benjamin's Bicentennial Blast, Edición privada, 1976.

Good Taste, Apocalypse, 1976.

The Bicentennial Man and Other Stories, Doubleday, 1976. (Versión española: *El hombre del bicentenario*, Ediciones Martínez Roca, S.A., 1989.)

Three by Asimov, Tart, 1981.

The Complete Robot, Doubleday, 1982. (Versión española: *Los robots*, Ediciones Martínez Roca, S.A., 1988.)

The Winds of Change and Other Stories, Doubleday, 1983. (Versión española: *Los vientos del cambio*, Ediciones Martínez Roca, S.A., 1984.)

The Edge of Tomorrow, Tor, 1985. (Versión española: *La edad del futuro*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1987.)

It's Such a Beautiful Day, Creative Education, 1985.

The Alternate Asimov´s, Doubleday, 1986. (Versión española: *Cuentos paralelos*, Ediciones Martínez Roca, S.A., 1986.)

Science Fiction by Asimov, Davis, 1986.

The Best Science Fiction of Isaac Asimov, Doubleday, 1986.

Robot Dreams, Byron Preiss, 1986. (Versión española: *Sueños de robot*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1992.)

Other Worlds of Isaac Asimov, Avenel, 1987.

All the Troubles of the World, Creative Education, 1989.

Franchise, Creative Education, 1989.

Robbie, Creative Education, 1989.

Sally, Creative Education, 1989.

The Asimov Chronicles, Dark Harvest, 1989. (Versión española: *Crónicas*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1993.)

Robots Visions, Byron Preiss, 1990. (Versión española: *Visiones de robots*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1992.)

Colecciones de relatos cortos de misterio

Tales of the Black Widowers, Doubleday, 1978. (Versión española: *Cuentos de los viudos negros*, Alianza Editorial, S.A., 1990.)

More Tales of the Black Widowers, Doubleday, 1976. (Versión española: *Más cuentos de los viudos negros*, Alianza Editorial, S.A., 1990.)

The Key Word and Other Mysteries, Walker, 1977.

Casebook of the Black Widowers, Doubleday, 1980. (Versión española: *El archivo de los viudos negros*, Alianza Editorial, S.A., 1990.)

The Union Club Mysteries, Doubleday, 1983.

Banquets of the Black Widowers, Doubleday, 1984.

The Disappearing Man and Other Stories, Walker, 1985.

The Best Mysteries of Isaac Asimov, Doubleday, 1986.

Puzzles of the Black Widowers, Doubleday, 1990. (Versión española: *Los enigmas de los viudos negros*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1991.)

Antologías (Editadas por Isaac Asimov)

The Hugo Winners, Doubleday, 1972.

Fifty Short Science-fiction Tales (con Groff Conklin), Collier, 1963.

Tomorrow's Children, Doubleday, 1966.

Where Do We Go From Here?, Doubleday, 1971.

The Hugo Winners, Volume II, Doubleday, 1971. (Versión española: *Los Premios Hugo 1968—1969*, Ediciones Martínez Roca, S.A., 1987.)

Nebula Award Stories Eight, Harper, 1973.

Before the Golden Age, Doubleday, 1974. (Versión española: *Antes de la Edad de Oro, Vols. 1 y 2*, Ediciones Martínez Roca, S.A., 1989.)

The Hugo Winners, Volume III, Doubleday, 1977.

One Hundred Great Science-fiction Short-short Stories (con Martin H. Greenberg y Joseph D. Olander), Doubleday, 1978.

Isaac Asimov Presents the Great SF Stories, 1: 1939 (con Martin H. Greenberg), DAW Books, 1979. (Versión española: *La Edad de Oro, 1939—1940*, Ediciones Martínez Roca, S.A., 1988.)

Isaac Asimov Presents the Great SF Stories, 2: 1940 (con Martin H. Greenberg), DAW Books, 1979. (Versión española: *La Edad de Oro, 1939—1940*, Ediciones Martínez Roca, S.A., 1988.)

The Science Fictional Solar System (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), Harper & Row, 1979.

The Thirteen Crimes of Science Fiction (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), Doubleday, 1979.

The Future in Question (con Martin H. Greenberg y Joseph D. Olander), Fawcett, 1980.

Microcosmic Tales (con Martin H. Greenberg y Joseph D. Olander), Taplinger, 1980.

Isaac Asimov Presents the Great SF Stories, 3: 1941 (con Martin H. Greenberg), DAW Books, 1980. (Versión española: *La Edad de oro, 1941*, Ediciones Martínez Roca, S.A., 1988.)

Who Dun It? (con Alice Laurance), Houghton Mifflin, 1980.

Space Mail, (con Martin H. Greenberg y Joseph D. Olander), Fawcett, 1980.

Isaac Asimov Presents the Great SF Stories, 4: 1942 (con Martin H. Greenberg), DAW Books, 1980. (Versión española: *La Edad de Oro, 1942—1943*, Ediciones Martínez Roca, S.A., 1989.)

The Seven Deadly Sins of Science Fiction (con Charles G. Waugh y Martin H. Greenberg), Fawcett, 1980.

The Future I (con Martin H. Greenberg y Joseph D. Olander), Fawcett, 1980.

Isaac Asimov Presents the Great SF Stories, 5: 1943 (con Martin H. Greenberg),

DAW Books, 1981. (Versión española: *La Edad de Oro, 1942—1943*, Ediciones Martínez Roca, S.A., 1989.)

Catastrophes (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), Fawcett, 1981.

Isaac Asimov Presents the Best SF of the 19th Century (con Charles G. Waugh y Martin H. Greenberg) Beaufort, 1981.

The Seven Cardinal Virtues of Science Fiction (con Charles G. Waugh y Martin H. Greenberg), Fawcett, 1981.

Fantastic Creatures (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), Franklin Watts, 1981.

Raintree Reading Series I (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), Franklin Watts, 1981.

Miniature Mysteries (con Martin H. Greenberg y Joseph D. Olander), Taplinger, 1981.

The Twelve Crimes of Christmas (con Carol-Lynn Rösse Waugh y Martin H. Greenberg), Avon, 1981.

Isaac Asimov Presents the Great SF Stories, 6: 1944 (con Martin H. Greenberg), DAW Books, 1981. (Versión española: *La Edad de Oro, 1944—1945*, Ediciones Martínez Roca, S.A., 1989.)

Space Mail II (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), Fawcett, 1981.

Tantalizing Locked Room Mysteries (con Charles G. Waugh y Martin H. Greenberg), Walker, 1982.

TV: 2000 (con Charles G. Waugh y Martin H. Greenberg), Fawcett, 1982.

Laughing Space (con J.O. Jeppson), Houghton Mifflin, 1982.

Speculations (con Alice Laurance), Houghton Mifflin, 1982.

Flying Saucers (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), Fawcett, 1982.

Raintree Reading Series II (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), Raintree, 192.

Dragon Tales, (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), Fawcett, 1982.

Big Apple Mysteries (con Carol-Lynn Rössel Waugh y Martin H. Greenberg), Avon, 1982.

Isaac Asimov Presents the Great SF Stories, 7: 1945 (con Martin H. Greenberg), DAW Books, 1982. (Versión española: *La Edad de Oro, 1944—1945*, Ediciones Martínez Roca, S.A., 1989.)

The Last Man on Earth (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), Fawcett, 1982.

Science Fiction A to Z (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), Houghton Mifflin, 1982.

Isaac Asimov Presents the Best Fantasy of the 19th Century (con Charles G. Waugh y Martin H. Greenberg), Beaufort, 1982.

Isaac Asimov Presents the Great SF Stories, 8: 1946 (con Martin H. Greenberg), DAW Books, 1982. (Versión española: *La Edad de Oro, 1946—1946*, Ediciones Martínez Roca, S.A., 1990.)

Isaac Asimov Presents the Great SF Stories, 9: 1947 (con Martin H. Greenberg), DAW Books, 1983. (Versión española: *La Edad de Oro, 1946—1947*, Ediciones Martínez Roca, S.A., 1990.)

Show Business is Murder (con Carol-Lynn Rössel Waugh y Martin H. Greenberg), Avon, 1983.

Hallucination Orbit (con Charles G. Waugh y Martin H. Greenberg), Farrar, Straus & Giroux, 1983. (Versión española: *Órbita de alucinación*, Ediciones Martínez Roca, S.A., 1986.)

Caught in the Organ Draft (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), Farrar, Straus & Giroux, 1983.

The Science Fiction Weight-Loss Book (con George R. Martin y Martin H. Greenberg), Crown, 1983.

Isaac Asimov Presents the Best Horror and Supernatural Stories of the 19th Century (con Charles G. Waugh y Martin H. Greenberg) Beaufort, 1983.

Starships (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), Fawcett, 1983.

Isaac Asimov Presents the Great SF Stories, 19: 1948 (con Martin H. Greenberg), DAW Books, 1983.

The Thirteen Horrors of Halloween (con Carol-Lynn Rössel y Martin H. Greenberg), Avon, 1983.

Creations (con George Zebrowski y Martin H. Greenberg), Crown, 1983.

Wizards (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), NAL, 1983.

Those Amazing Electronic Machines (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), Franklin Watts, 1983.

Computer Crimes and Capers (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), Academy Chicago, 1983. (Versión española: *Se acabaron las espinacas y otros delitos de computadora*, Alianza Editorial, S.A., 1988.)

Intergalactic Empires (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), NAL, 1983.

Machines That Think (con Patricia S. Warrick y Martin H. Greenberg), Holt, Rinehart and Winston, 1983.

100 Great Fantasy Short Stories (con Terry Carr y Martin H. Greenberg), Doubleday, 1984.

Raintree Reading Series III (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), Raintree, 1984.

Isaac Asimov Presents the Great SF Stories, 11: 1949 (con Martin H. Greenberg), DAW Books, 1984.

Witches (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), NAL, 1984.

Murder on the Menu (con Carol-Lynn Rössel Waugh y Martin H. Greenberg), Avon, 1984.

Young Mutants (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), Harper & Row, 1984.

Isaac Asimov Presents the Best Science Fiction Firsts (con Charles G. Waugh y Martin H. Greenberg), Beaufort, 1984.

The Science Fictional Olympics (con Martin H. Greenberg), NAL, 1984.

Fantastic Reading (con Martin H. Greenberg y David C. Yeager), Scott, Foresman, 1984.

Election Day: 2084 (con Martin H. Greenberg), Prometheus, 1984.

Isaac Asimov Presents the Great SF Stories, 12: 1950 (con Martin H. Greenberg), DAW Books, 1984.

Young Extraterrestrials (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), Harper & Row, 1984. (Versión española: *Jóvenes extraterrestres*, Labor, 1990.)

Sherlock Holmes Through Time and Space (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), Blue, Jay, 1984.

Supermen (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), NAL, 1984.

Thirteen Short Fantasy Novels (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), Crown, 1984.

Cosmic Knights (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), Nal, 1984.

The Hugo Winners, Volume IV, Doubleday, 1985. (Versión española: *Los premios Hugo: 1978—1979*, Ediciones Martínez Roca, S.A., 1989.)

Young Monsters (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), Harper & Row, 1985.

Spells (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), NAL, 1985.

Great Science Fiction Stories by the World's Great Scientist (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), Donald Fine, 1985.

Isaac Asimov Presents the Great SF Stories, 13: 1951 (con Martin H. Greenberg), DAW Books, 1985.

Amazing Stories Anthology (con Martin H. Greenberg), TSR, Inc., 1985.

Young Ghosts (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), Harper & Row, 1985. (Versión española: *Jóvenes fantasmas*, Círculo de Lectores, D.L., 1992.)

Thirteen Short Science Fiction Novels (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), Crown, 1985.

Giants (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), NAL, 1985.

Isaac Asimov Presents the Great SF Stories, 14: 1952 (con Martin H. Greenberg), DAW Books, 1986.

Comets (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), NAL, 1986.

Young Star Travellers (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), Harper & Row, 1986.

The Hugo Winners, Volume 5, Doubleday, 1986. (Versión española: *Los premios Hugo: 1980—1982*, Ediciones Martínez Roca, S.A., S.A., 1991.)

Mythical beasties (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), Nal, 1986.

Tin Stars (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), NAL, 1986.

Magical Wishes (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), Nal, 1986.

Isaac Asimov Presents the Great SF Stories, 15: 1953 (con Martin H. Greenberg), DAW Books, 1986.

The Twelve Frights of Christmas (con Charles G. Waugh y Martin H. Greenberg), Avon, 1986.

Isaac Asimov presents the Great SF Stories, 16: 1954 (con Martin H. Greenberg), DAW Books, 1987.

Young Witches and Warlocks (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), Harper & Row, 1987,

Devils (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), NAL, 1987.

Hound Dunnit (con Martin H. Greenberg y Carol-Lynn Rössel Waugh), Carrol & Graf, 1987.

Space Shuttles (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), NAL, 1987.

Atlantis (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), Nal, 1988.

Isaac Asimov Presents the Great SF Stories, 17: 1955 (con Martin H. Greenberg), DAW Books, 1988.

Encounters (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), Headline, 1988.

Isaac Asimov Presents the Best Crime Stories of the 19th Century, Dembner, 1988.

The Mammoth Book of Classic Science Fiction (con Charles G. Waugh y Martin H. Greenberg), Carroll & Graf, 1988.

Monsters (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), NAL, 1988.

Isaac Asimov Presents the Great SF Stories, 18: 1956 (con Martin H. Greenberg), DAW Books, 1998.

Ghosts (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), NAL, 1988.

The Sports of Crime (con Carol-Lynn Rössel Waugh y Martin H. Greenberg), Lynx, 1988.

Isaac Asimov Presents the Great SF Stories, 19: 1957 (con Martin H. Greenberg), DAW Books, 1989.

Tales of the Occult (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), Prometheus, 1989. (Versión española: *Historias de lo oculto*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1992.)

Purr-fect Crime (con Carol-Lynn Rössel Waugh y Martin H. Greenberg), Lynx, 1989.

Robots (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), NAL, 1989.

Visions of Fantasy (con Martin H. Greenberg), Doubleday, 1989.

Curses (con Martin H. Greenberg y Charles G. Waugh), NAL, 1989.

The New Hugo Winners: Volume VI (con Martin H. Grenberg), Wynwood, 1989.

Senior Sleuths (con Martin H. Greenberg y Carol-Lynn Rössel Waugh), G. K. Hall, 1989.

Cosmic Critiques (con Martin H. Greenberg), Writers Digest, 1990

Isaac Asimov Presents the Great SF Stories, 20: 1958 (con Martin H. Greenberg), DAW Books, 1990.

No Ficción

<u>Ciencia en general</u>

Words of science, Houghton Mifflin, 1959.

Breakthroughs in Science, Hoguhton Mifflin, 1960. (Versión española: *Momentos estelares de la ciencia*, Alianza Editorial, S.A., 1993.)

The Intelligent Man's Guide to Science, Basic Books, 1960.

Asimov's Biographical Encyclopedia of Science and Technology, Doubleday, 1964. (Versión española: *Enciclopedia biográfica de ciencia y tecnología*, Alianza Editorial, S.A., 1987.)

The New Intelligent Man's Guide to Science, Basic Books, 1965.

Twentieth Century Discovery, Doubleday, 1969.

Great Ideas of Science, Houghton Mifflin, 1969. (Versión española: *Grandes ideas de la ciencia*, Alianza Editorial, S.A., 1989.)

Asimov's Biographical Encyclopedia of Science and Technology (Edición revisada), Doubleday, 1972.

Asimov's Guide to Science, Basic Books, 1972. (Versión española: *Introducción a la ciencia*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1979.)

More Words of Science, Houghton Mifflin, 1972.

Ginn Science Program — Intermediate Level A, Ginn, 1972.

Ginn Science Program — Intermediate Level B, Ginn, 1972.

Ginn Science Program — Intermediate Level C, Ginn, 1972.

Ginn Science Program — Advanced Level A, Ginn, 1973.

Ginn Science Program — Advanced Level B, Ginn, 1973.

Please Explain, Houghton Mifflin, 1973. (Versión española: *Cien preguntas básicas sobre la ciencia*, Ediciones del Prado S.A., 1994.)

A Choice of Catastrophes, Simon & Schuster, 1979. (Versión española: *Las amenazas de nuestro mundo*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1992.)

Exploring the Earth and the Cosmos, Crown, 1982.

Asimov's Biographical Encyclopedia of Science and Technology (2.a Edición revisada), Doubleday, 1982.

The Measure of the Universe, Harper & Row, 1983. (Versión española: La medición del Universo, Plaza & Janés Editores, S.A., 1984.)

Asimov's New Guide to Science, Basic Books, 1984. (Versión española: *Nueva guía de la ciencia*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1993.)

Beginnings, Walker, 1987. (Versión española: Orígenes, Plaza & Janés Editores, S.A., 1992.)

Asimov's Chronology of Science and Discovery, Harper & Row, 1989. (Versión española: *Cronología de los descubrimientos*, Ariel, 1990.)

Our Angry Earth (con Frederick Pohl), TOR, 1991. (Versión española: *La ira de la Tierra*, Ediciones B, S.A., 1994.)

Matemáticas

Realms of Numbers, Houghton Mifflin, 1959.

Realm of Measure, Houghton Mifflin, 1960.

Realm of Algebra, Houghton Mifflin, 1961.

Quick and Easy Math, Houghton Mifflin, 1964.

An Easy Introduction to the Slide Rule, Houghton Mifflin, 1965.

How Did We Find Out About Numbers?, Walker, 1973. (Versión española: Números, Editorial Molino, 1984.)

The History of Mathematics (un esquema), Carolina Biological Supplies, 1989.

Astronomía

The Clock We Live On, Abelard-Schuman, 1959.

The Kingdom on the Sun, Abelard-Schuman, 1960.

Satellites in Outer Space, Random House, 1960.

The Double Planet, Abelard-Schuman, 1960.

Planets for Man, Random House, 1964.

The Universe, Walker, 1966. (Versión española: *El Universo*, Alianza Editorial, S.A., 1991.)

The Moon, Follet, 1967.

Environments Out There, Scholastic/Abelard-Schuman, 1967.

To the Ends of the Universe, Walker, 1967.

Mars, Follet, 1967.

Stars, Follet, 1968.

Galaxies, Follet, 1968.

ABC's on Space, Walker, 1969.

What Makes the Sun Shine?, Little Brown, 1971.

Comets and Meteors, Follett, 1973. (Versión española: *El Halley y otros cometas*, Ediciones SM, 1991.)

The Sun, Follett, 1973.

Jupiter, the Largest Planet, Lothrop, Lee & Shepard, 1973.

Our World in Space, New York Graphic, 1974.

The Solar System, Follett, 1975.

How did We Find Out About Comets?, Walker, 1975. (Versión española: *Cometas*, Editorial Molino, 1984.)

Eyes on the Universe, Houghton Mifflin, 1975. (Versión española: *Historia del telescopio*, Alianza Editorial, S.A., 1986.)

Alpha Centauri, the Nearest Star, Lothrop, See & Shepard, 1976. (Versión española: *Alpha Centauri, la estrella más próxima*, Alianza Editorial, S.A., 1991.)

The Collapsing Universe, Walker, 1977. (Versión española: *Las amenazas de nuestro mundo*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1986.)

How Did We Find Out About Outer Space? Walker, 1977. (Versión española: *Espacio*, Editorial Molino, 1984.)

Mars, the Red Planet, Lothrop, Lee & Shepard, 1977. (Versión española: *Marte, el planeta rojo*, Alianza Editorial, S.A., 1986.)

How Did We Find Out About Black Holes?, Walker, 1978. (Versión española: *Agujeros negros*, Editorial Molino, 1984.)

Saturn and Beyond, Lothrop, Lee & Shepard, 1979. (Versión española: *De Saturno a Plutón*, Alianza Editorial, S.A., 1986.)

Extraterrestrial Civilizations, Crown, 1979. (Versión española: *Civilizaciones extraterrestres*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1986.)

Venus: Near Neighbor of the Sun, Lothrop, See & Shepard, 1981.

Visions of the Universe, Cosmos Store, 1981.

How Did We Find Out About the Universe?, Walker, 1982.

Asimov's Guide to Halley's Comet, Walker, 1985. (Versión española: *El cometa Halley*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1986.)

The Exploding Suns, Dutton, 1985. (Versión española: *Soles en explosion*, Planeta, 1987.)

How Did We Find Out About Sunshine?, Walker, 1987.

Did Comets Kill the Dinosaurs?, Gareth Stevens, 1987.

Asteroids, Gareth Stevens, 1988.

Earth's Moon, Gareth Stevens, 1988.

Mars: Our Mysterious Neighbor, Gareth Stevens, 1988. (Versión española: *Marte, nuestro misterioso vecino*, Ediciones SM, 1990.)

Our Milky Way and Other Galaxies, Gareth Stevens, 1988.

Quasars, Pulsars, and Black Holes, Gareth Stevens, 1988.

Rockets, Probes and Satellites, Gareth Stevens, 1988.

Our Solar System, Gareth Stevens, 1988.

The Sun, Gareth Stevens, 1988.

Uranus: The Sideways Planet, Gareth Stevens, 1988. (Versión española: *Urano, el planeta inclinado*, Ediciones SM, 1990.)

Saturn: The Ringed Beauty, Gareth Stevens, 1988. (Versión española: *Saturno, el planeta de los anillos*, Ediciones SM, 1990.)

How Was the Universe Born?, Gareth Stevens, 1988.

Earth: Our Home Base, Gareth Stevens, 1988.

Ancient Astronomy, Gareth Stevens, 1988. (Versión española: *¿Qué sabían los antiguos sobre los astros?*, Ediciones SM, 1990.)

Unidentified Flying Objects, Gareth Stevens, 1988.

The Space Spotter's Guide, Gareth Stevens, 1988.

Is There Life on Other Planets?, Gareth Stevens, 1989. (Versión española: *¿Hay vida en otros planetas?*, Ediciones SM, 1990.)

Science Fiction, Science Fact, Gareth Stevens, 1989. (Versión española: *¿Ciencia o ciencia ficción?*, Ediciones SM, 1990.)

Mercury: The Quick Planet, Gareth Stevens, 1989. (Versión española: *Mercurio, el planeta veloz*, Ediciones SM, 1990.)

Space Garbage, Gareth Stevens, 1989. (Versión española: *¿Contaminamos también el espacio?*, Ediciones SM, 1990.)

Jupiter: The Spotted Giant, Gareth Stevens, 1989. (Versión española: *Júpiter, el gigante entre los gigantes*, Ediciones SM, 1990.)

The Birth and Death of Stars, Gareth Stevens, 1989. (Versión española: *¿Cómo nacen y mueren las estrellas?*, Ediciones SM, 1990.)

Think About Space (con Frank White), Walker, 1989.

Mythology and the Universe, Gareth Stevens, 1989. (Versión española: *Dioses y leyendas en el firmamento*, Ediciones SM, 1991.)

Colonizing the Planets and Stars, Gareth Stevens, 1989. (Versión española: *¿Cómo viviremos en el Universo?*, Ediciones SM, 1991.)

Astronomy Today, Gareth Stevens, 1989. (Versión española: *Hombres y máquinas estudian el espacio*, Ediciones SM, 1991.)

Pluto: A Double Planet, Gareth 1989. (Versión española: *Hombres y máquinas*

estudian el espacio, Ediciones SM, 1991.)

Piloted Space Flights, Gareth Stevens, 1989. (Versión española: *¿Cómo viven los astronautas en el espacio?*, Ediciones SM, 1991.)

Comets and Meteors, Gareth Stevens, 1989.

Neptune: The Farthest Giant, Gareth Stevens, 1990.

Venus: A Shrouded Mystery, Gareth Stevens, 1990. (Versión española: *Venus, el planeta inhóspito*, Ediciones SM, 1991.)

The World's Space Programs, Gareth Stevens, 1990.

How Did We Find Out About Neptune?, Walker, 1990.

How Did We Find Out About Pluto?, Walker, 1991.

Ciencias de la Tierra

Words on the Map, Houghton Mifflin, 1962. (Versión española: *Palabras en el mapa*, Alianza Editorial, S.A., 1989.)

ABC's of the Ocean, Walker, 1970.

ABC's of the Earth, Walker, 1971.

How Did We Find Out the Earth is Round?, Walker, 1973. (Versión española: *La Tierra es redonda*, Editorial Molino, 1987.

The Ends of the Earth, Weybright & Talley, 1975.

How Did We Find Out About Earthquakes?, Walker, 1978. (Versión española: *Terremotos*, Editorial Molino, 1987.

How Did We Find Out About Antarctica?, Walker, 1979. (Versión española: *Antártida*, Editorial Molino, 1986.

How Did We Find Out About Oil?, Walker, 1980. (Versión española: *Petróleo*, Editorial Molino, 1984.)

How Did We Find Out About Coal?, Walker, 1980.

How Did We Find Out About Volcanoes?, Walker, 1981.

How Did We Find Out About Atmosphere?, Walker, 1985.

Química y Bioquímica

Biochemistry and Human Metabolism, Williams & Wilkins, 1952.

The Chemicals of Life, Abelard-Schuman, 1954.

Chemistry and Human Health, McGraw-Hill, 1956.

Building Blocks of the Universe, Abelard-Schuman, 1957.

The World of Carbon, Abelard-Schuman, 1958.

The World of Nitrogen, Abelard-Schuman, 1958.

Life and Energy, Doubleday, 1952.

The Search for the Elements, Basic Books, 1962. (Versión española: *La búsqueda*

de los elementos, Plaza & Janés Editores, S.A., 1992.)

The Genetic Code, Orion Press, 1963. (Versión española: *El código genético*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1986.)

A Short History of Chemistry, Doubleday, 1965. (Versión española: *Breve historia de la química*, Alianza Editorial, S.A., 1992.)

The Noble Gases, Basic Books, 1966. (Versión española: *Los gases nobles*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1982.

The Genetic Effects of Radiation (con Theodusius Dobzhansky), AEC, 1966.

Photosynthesis, Basic Books, 1969. (Versión española: *Fotosíntesis*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1992.)

How Did We Find Out About Vitamins?, Walker, 1974.

How Did We Find Out About DNA?, Walker, 1985.

How Did We Find Out About Photosynthesis?, Walker, 1988.

Física

Inside the Atom, Abelard-Schuman, 1956.

Inside the Atom (Edición revisada), Abelard-Schuman, 1966.

The Neutrino, Doubleday, 1966.

Understanding Physics, Volume I, Walker, 1966.

Understanding Physics, Volume II, Walker, 1966.

Understanding Physics, Volume III, Walker, 1966.

Light, Follett, 1970.

Electricity and Man, AEC, 1972.

Worlds Within Worlds, AEC, 1972.

How Did We Find Out About Electricity?, Walker, 1973. (Versión española: *Electricidad*, Editorial Molino, 1987.)

How Did We Find Out About Energy?, Walker, 1975. (Versión española: *Energía*, Editorial Molino, 1986.)

How Did We Find Out About Atoms?, Walker, 1975. (Versión española: *Átomo*, Editorial Molino, 1984.)

How Did We Find Out About Nuclear Power?, Walker, 1976. (Versión española: *Energía nuclear*, Editorial Molino, 1984.

How Did We Find Out About Solar Power?, Walker, 1981.

How Did We Find Out About Computers?, Walker, 1984.

How Did We Find Out About Robots?, Walker, 1984.

Robots (con Karen Frenklen), Harmony House, 1985. (Versión española: *Robots*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1987.)

How Did We Find Out About the Speed of Light?, Walker, 1986.

How Did We Find Out About Superconductivity?, Walker, 1988.

How Did We Find Out About Microwaves?, Walker, 1989.

How Did We Find Out About Lasers?, Walker, 1990.

Atom, Dutton, 1991. (Versión española: *Átomos*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1992.)

Biología

Races and People (con William C. Boyd), Abelard-Schuman, 1955.

The Living River, Abelard-Schuman, 1960.

The Wellsprings of Life, Abelard-Schuman, 1960.

The Human Body, Houghton Mifflin, 1963.

The Human Brain, Houghton Mifflin, 1964.

A Short History of Biology, Doubleday, 1964.

ABC's of Ecology, Walker, 1972.

How Did We Find Out About Dinosaurs?, Walker, 1973. (Versión española: *Dinosaurios*, Editorial Molino, 1986.)

How Did We Find Out About Germs?, Walker, 1974. (Versión española: *Gérmenes*, Editorial Molino, 1986.

How Did We Find Out About Our Human Roots?, Walker, 1979. (Versión española: *Orígenes del hombre*, Editorial Molino, 1984.)

How Did We Find Out About Life in Deep Sea?, Walker, 1982.

How Did We Find Out About the Beginning of Life?, Walker, 1982.

How Did We Find Out About Genes?, Walker, 1983.

How Did We Find Out About Blood?, Walker, 1987.

How Did We Find Out About the Brain?, Walker, 1987.

The History of Biology (un esquema), Carolina Biological Supplies, 1988.

Little Library of Dinosaurs, Outlet, 1988.

Colecciones de ensayos científicos

Only a Trillion, Abelard-Schuman, 1957.

Fact and Fancy, Doubleday, 1962.

View from a Height, Doubleday, 1963.

Adding a Dimension, Doubleday, 1964.

Of Time and Space and Other Things, Doubleday, 1965.

From Earth to Heaven, Doubleday, 1966.

Is Anyone There?, Doubleday, 1967. (Versión española: *¿Hay alguien ahí?*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1988.)

Science, Numbers and I, Doubleday, 1968.

The Solar System and Back, Doubleday, 1970.

The Stars in Their Courses, Doubleday, 1971.

The Left Hand of the Electron, Doubleday, 1972. (Versión española: *El electrón zurdo y otros ensayos científicos*, Alianza Editorial, S.A., 1991.)

Today and Tomorrow and, Doubleday, 1973.

The Tragedy of the Moon, Doubleday, 1973. (Versión española: *La tragedia de la Luna*, Alianza Editorial, S.A., 1984.)

Asimov on Astronomy, Doubleday, 1974.

Asimov on Chemistry, Doubleday, 1974.

Of Matters Great and Small, Doubleday, 1975.

Science Past-Science Future, Doubleday, 1975.

Asimov on Physics, Doubleday, 1976.

The Planet That Wasn't, Doubleday, 1976.

Asimov on Numbers, Doubleday, 1977.

The Beginning and the End, Doubleday, 1977. (Versión española: *El principio y el fin*, Edhasa, 1990.)

Quasar, Quasar, Burning Light, Doubleday, 1978. (Versión española: *Luces en el cielo*, Edhasa, 1990.)

Life and Time, Doubleday, 1978. (Versión española: *Vida y tiempo*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1989.)

The Road to Infinity, Doubleday, 1979.

The Sun Shines Bright, Doubleday, 1981. (Versión española: *El Sol brilla luminoso*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1986.)

Change!, Houghton Mifflin, 1981.

Counting the Eons, Doubleday, 1983. (Versión española: *Contando los eones*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1984.)

The Roving Mind, Prometheus, 1983. (Versión española: *La mente errabunda*, Alianza Editorial, S.A., 1987.)

X Stands for Unknown, Doubleday, 1984. (Versión española: *X representa lo desconocido*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1985.)

The Subatomic Monster, Doubleday, 1985. (Versión española: *El monstruo subatómico*: una exploración de los misterios del universo, Salvat, 1993.)

The Dangers of Intelligence, Houghton Mifflin, 1986.

Far as the Human Eye Could See, Doubleday, 1987. (Versión española: *Hasta donde alcanza el ojo*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1988.)

Past, Present and Future, Prometheus, 1987. (Versión española: *Pasado, presente y futuro*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1989.)

The Relativity of Wrong, Doubleday, 1988.

The Tyrannosaurus Prescription, Prometheus, 1989.

Asimov on Science, Doubleday, 1988.

Frontiers, Dutton, 1990. (Versión española: *Fronteras*, Ediciones B, S.A., 1991.)

Out of Everywhere, Doubleday, 1990. (Versión española: *Más allá de cualquier lugar*, Ediciones B, S.A., 1993.)

The Secret of the Universe, Doubleday, 1990. (Versión española: *El secreto del universo,* Ediciones B, S.A., 1993.)

Frontiers II, Dutton, 1993. (Versión española: *Fronteras II*, Ediciones B, S.A., 1994.)

Colecciones de ensayos de ciencia ficción

Asimov on Science Fiction, Doubleday, 1981.

Asimov's Galaxy, Doubleday, 1989.

Historia

The Kite that Won the Revolution, Houghton Mifflin, 1963.

The Greeks, Houghton Mifflin, 1965. (Versión española: *Historia Universal de Asimov. T.4. Los griegos*, Alianza Editorial, S.A., 1992.)

The Roman Republic, Houghton Mifflin, 1966. (Versión española: *Historia Universal de Asimov. T.5. La República romana*, Alianza Editorial, S.A., 1992.)

The Roman Empire, Houghton Mifflin, 1967. (Versión española: *Historia Universal de Asimov. T.6. El Imperio romano*, Alianza Editorial, S.A., 1992.)

The Egyptians, Houghton Mifflin, 1967. (Versión española: *Historia Universal de Asimov. T.3. Los egipcios*, Alianza Editorial, S.A., 1993.)

The Near East, Houghton Mifflin, 1968. (Versión española: *Historia Universal de Asimov. T.1. El cercano Oriente*, Alianza Editorial, S.A., 1993.)

The Dark Ages, Houghton Mifflin, 1968. (Versión española: *Historia Universal de Asimov. T.8. La Alta Edad Media*, Alianza Editorial, S.A., 1991.)

Words from history, Houghton Mifflin, 1968.

The Shaping of England, Houghton Mifflin, 1969. (Versión española: *Historia Universal de Asimov. T.9. La formación de Inglaterra*, Alianza Editorial, S.A., 1993.)

Constantinople, Houghton Mifflin, 1970. (Versión española: *Historia Universal de Asimov. T.7. Constantinopla*, Alianza Editorial, S.A., 1991.)

The Land of Canaan, Houghton Mifflin, 1971. (Versión española: *Historia Universal de Asimov. T.2. La tierra de Canaán*, Alianza Editorial, S.A., 1992.)

The Shaping of France, Houghton Mifflin, 1972. (Versión española: *Historia Universal de Asimov. T.10. La formación de Francia*, Alianza Editorial, S.A., 1989.)

The Shaping of North America, Houghton Mifflin, 1973. (Versión española: *Historia Universal de Asimov. T.11. La formación de América del Norte*, Alianza Editorial, S.A., 1992.)

The Birth of United States, Houghton Mifflin, 1974. (Versión española: *Historia Universal de Asimov. T.12. El nacimiento de Estados Unidos*, Alianza Editorial, S.A., 1990.)

Earth: Our Crowded Spaceship, John Day, 1974.

Our Federal Union, Houghton Mifflin, 1975. (Versión española: *Historia Universal de Asimov. T. 13. Los Estados Unidos desde 1816 hasta la Guerra Civil,* Alianza Editorial, S.A., 1988.)

The Golden Door, Houghton Mifflin, 1977. (Versión española: *Historia Universal de Asimov. T.14. Los Estados Unidos desde la Guerra Civil hasta la Primera Guerra Mundial*, Alianza Editorial, S.A., 1986.)

The March of the Millennia (con Frank White), Walker, 1991. (Versión española: *El paso de los milenios*, Ediciones B, S.A., 1992.)

Asimov's Chronology of the World, Harper Collins, 1991. (Versión española: *Cronología del mundo: la historia del mundo desde el Big Bang a los tiempos modernos*, Ariel, 1992.)

La Biblia

Words in Genesis, Houghton Mifflin, 1962.

Words from the Exodus, Houghton Mifflin, 1963.

Asimov's Guide to the Bible, Volume I, Doubleday, 1968. (Versión española: *Guía de la Biblia: Antiguo Testamento*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1993.)

Asimov's Guide to the Bible, Volume II, Doubleday, 1969. (Versión española: *Guía de la Biblia: Nuevo Testamento*, Plaza & Janés Editores, S.A., 1993.)

The Story of Ruth, Doubleday, 1972.

Animals in the Bible, Doubleday, 1978.

In the Beginning, Crown, 1981.

Literatura

Words from the Myths, Houghton Mifflin, 1961.

Asimov's Guide to Shakespeare, Volume I, Doubleday, 1970.

Asimov's Guide to Shakespeare, Volume II, Doubleday, 1970.

Asimov's Annotated Don Juan, Doubleday, 1972.

Asimov's Annotated Paradise Lost, Doubleday, 1974.

Familiar Poems, Annotated, Doubleday, 1977.

Asimov's Sherlockian Limericks, Mysterious Press, 1977.

The Annotated Gulliver's Travels, Clarkson Potter, 1980.

How to Enjoy Writing (con Janet Asimov), Walker, 1987.

Asimov's Annotated Gilbert & Sullivan, Doubleday, 1988.

Humor y sátira

The Sensuous Dirt Old Man, Walker, 1971.

Isaac Asimov's Treasury of Humor, Houghton Mifflin, 1971.

Lecherous Limericks, Walker, 1975.

More Lecherous Limericks, Walker, 1975.

Still More Lecherous Limericks, Walker, 1977.

Limericks: Too Gross (con John Ciardi), Norton, 1978.

A Grossary of Limericks (con John Ciardi), Norton, 1981.

Limericks for Children, Caedmon, 1984.

Asimov Laughs Again, Harper Collins, 1992.

Autobiografías

In Memory Yet Green, Doubleday, 1979.

In Joy Still Felt, Doubleday, 1980.

I, Asimov, Doubleday, 1994. (Versión española: *Memorias*. Ediciones B, 1994.)

Miscelánea

Opus 100, Houghton Mifflin, 1969. (Versión española: *Opus 100*, Alianza Editorial, S.A., 1985.)

Opus 200, Houghton Mifflin, 1979. (Versión española: *Opus 200*, Alianza Editorial, S.A., 1985.)

Isaac Asimov's Book of Facts, Grosset & Dunlap, 1979.

Isaac Asimov Presents Superquiz (por Ken Fisher), Dembner, 1982.

Isaac Asimov Presents Superquiz II (por Ken Fisher), Dembner, 1983.

Opus 300, Houghton Mifflin, 1984.

Living in the Future (dirigido), Harmony House, 1985. (Versión española: *La vida en el futuro*, Círculo de Lectores, S.A., 1985.)

Future Days, Henry Holt, 1986. (Versión española: *El Futuro: una visión del año 2000 desde el siglo XIX*, Dembner, 1987.)

Isaac Asimov Presents Superquiz III (por Ken Fisher), Dembner, 1987.

Isaac Asimov Presents: From Harding to Hiroshima (por Barrington Boardman), Dembner, 1988.

Isaac Asimov's Science and Fantasy Story-a-Mouth 1989 Calendar (con Martin H. Greenberg), Pomegranate, 1988.

Isaac Asimov's Presents Superquiz IV (por Ken Fisher), Dembner, 1989.

The Complete Science Fair Handbooks (con Anthony D. Fredericks), Scott,

Foresman, 1989.

Notas

[1] Conté esta anécdota en mi autobiografia anterior. Lo siento, pero a veces es necesario que repita las historias para describir adecuadamente el pasado. Conviene recordar que muchos de los lectores de este libro no habrán leido el anterior.

[2] Palabra arcaica y en dialecto que, cuando se refiere a un barco, indica que es muy manejable, muy marinero.

[3] El parecido de la pronunciación en inglés da lugar al malentendido. (N. de la T.)

[4] Candelabro ritual de siete brazos que suele encenderse durante la festividad del Hanuka. (N. de la T.)

[5] Fiesta de las Luces que conmemora la victoria de los macabeos sobre los sirios (siglo II a.C.). Dura ocho días, no tiene carácter religioso y suele celebrarse en diciembre.(N. de la T.)

[6] Miembro de un grupo especial del ejército de EE.UU. entrenado para acciones en territorio enemigo.(N. de la T.)

[7] Scrooge es uno de los personajes, famoso por su avaricia, de *Canción de Navidad*, de Charles Dickens.(N. de la T.)

[8] El Día del Trabajo (Labor Day) se celebra en EE.UU. y Canadá el primer lunes de septiembre.

[9] Expresión francesa para aludir a cierto tipo de novela en la que los personajes reales y los lugares verdaderos aparecen bajo nombre ficticio.(N. de la T.)

[10] Personajes de A traves del espejo, de Lewis Carrol.(N. de la T.)

[11] Nombre con el que se conoce a uno de los primeros navíos de la armada estadounidense, cuyo verdadero nombre es *Constitution*, y que se distinguió por sus hazañas durante la Guerra de la Independencia de Estados Unidos. En la actualidad se le puede ver en la bahía de Boston.(N. de la T.)

[12] Este nombre se utiliza en Estados Unidos para designar a los aristócratas de unn alto nivel cultural e intelectual de Boston y otras zonas de Nueva Inglaterra.(N. de la T.)

[13] Es la L de liberal, palabra que en Estados Unidos tiene un especial matiz

peyorativo. Por eso, en la campaña electoral, George Bush acusó a Dukakis de ser un "demócrata liberal" (es decir, demasiado radical o extremista).(N. de la T.)

[14] John Darby y su mujer, Joan, se hicieron famosos en una balada inglesa de alrededor de 1735 en la que personificaban la felicidad conyugal.(N. de la T.)

[15] Percepción de algo como un todo, en vez de como un conjunto de partes.(N. de la T.)

[16] Acento característico de los londinenses del East End, de bajo nivel cultural.(N. de la T.)

[17] Literalmente, asistir a un convite holandés. En sentido figurado, pagar cada uno lo suyo en un restaurante, por eso se produce el malentendido.(N.de la T.)

[18] Grito revolucionario lanzado durante la Revolucion francesa para indicar que había que colgar a los aristócratas, para lo que se utilizaban las farolas o *lanternes*.(N. de la T.)

[19] Nota del editor: En el siguiente editorial de Isaac Asimov's Sciencie Fiction Magazine, Isaac tuvo el placer de anunciar a sus lectores que la revista habia sido adquirida por el grupo editorial Bantam Doubleday Dell.

[20] Entre los judíos, ceremonia familiar que se celebra la víspera del primer día de Pascua y durante la cual se lee el Hagadah.(N. de la T.)